

G A M A L I E L C H U R A T A

EL PEZ DE ORO

(Retablos del Laykhakuy)

O

EDITORIAL CANATA
La Paz - Cochabamba
BOLIVIA



OBRAS DEL AUTOR:

Invitación al Pez

Puma-Khapak

Khon

Orko-pata

Cántico

Historia del Tawantinsuyu

Teatro.

EN PRENSA :

Hararuñas del Chullpatullu.

PREVIAS sean dos palabras. EL PEZ DE ORO cursó no breve génesis editorial debido a causas –algunas de ellas– casi fantasmales, si cuando iba por la mitad la impresión de sus pliegos, y éstos se arracimaban en respetable volumen cabe sigiloso rincón, la imprenta de la SPIC fue asaltada por marejada fascista, que incendió lo incendiable y destrozó lo que no habría de ceder a la acción del fuego, respetando rincón sigiloso y montón de pliegos por obra acaso de la presciencia y el numen del Siluro, cuya es la epopeya. Lo cual, en no ligera monta, vino a retardar su aparición, dando origen a sus no pocos y risueños anacronismos, si, p.e., de Franz Tamayo, el gran poeta, y de Giovanni Papini, el gran desilusionado, habla como de actores en escena y ya de ella están ausentes, aunque siempre presentes, mal les venga... por anacronismos, malos onomásticos, errores gráficos, todos de su exclusiva responsabilidad, desea saber advertido al lector; si confía que unos y otros habrán desaparecido en la Segunda Edición, hecha necesario ya, y en cierto modo asegurada.

Por lo demás, no se quiera ver en el desarrollo dramático de sus diversos Retablos, ni en el hilo magnético que les da unidad, simbolismo autobiográfico, aunque por eso pueda decir que no constituyan la biología de un símbolo tan personal cuanto colectivo. Lo mismo, allí donde se le huele hipo cientista alguno, teorizante, polémico, apostolería o proselitismo, lo mejor será comprender que son mera eutrapelia, género de gozquilla terapéutica con ánimo más de guagua que de actor de carácter. Se trata de literatura simple, y su autor de más presume, ni puede, tanto que de ella tampoco ha de hacer el presumido.

Finalmente se permite aconsejar a quienes se animen a cometer con el masapo –lo que no les aconseja, sobre todo si se trata de vientres pudibundos irritables o hipcondriacos– tomarse el cuidado de leer los apuntes del “Guión”, que no tienen pretensiones filológicas, inserto tras el Índice; que de esta manera les resultará más simple formar concepto de locuciones ya radicalmente plebeyas, como las contenidas en parlamentos de los khestis frente al Khorí-Puma; pues

debe tratarse de formas orgánicas en que el barbarismo indígena pretende consolidar una retórica naturaleza. De estas formas se esparcen a lo largo del libro, aun entre el discurso hispánico del relato; y es necesario señalarlas, no confundirlas, sobre todo, como solecismos, para establecer su acaso única originalidad. Mas, digamos, más, no.

G. Ch.

1927 - 1957

DRAMATIS PERSONAE

El Puma de Oro

La Sirena del Titikaka

La madre tierra

Suchis,

Humantos,

Khesti-Challwas, etc.

Wikhuñas, Pakos, Achokhallos,

El hombre con cabeza de llamo

Wirakhocha

Thumos y otros perros

Duendes, el Diablo, Cronos

El Lago de los Brujos

Montes, Nubes, Vientos

El Visorrey de los Muertos

Esqueletos en el Infierno

Bacterias, Sueños, Versos.

Etc., etc.

H O M I L Í A D E L K H O R I - C H A L L W A

**Moscopa yana pachachahuan,
pampascani callampata sapallo-
tani paquini moscuypi.**

Me enterraron con mortaja negra,
he visto crecer hongos, he partido
calabazas en sueños.

(Onirólogos Inkaikos)

H A Y L L I

Maduro tu colmillo,
maduras las espigas,
Khorí-Puma;
enciendan tus gruñidos
su hoguera de Wiphalas.
Dirás que todo esto
es trino sólo
y como trino
con que arde su caverna
ni comienza ni acaba.

Por lo que en estos cuentos, si no fábulas, o mágicas del Laykhakuy, de ti diga y de tu lago, lo que de ambos haya escrito hasta acá, o escriba en días venideros, ¿a quién pediré perdón, Khorí-Challwa, sino a ti, si soy lerdo, y cojo, y manco, y como nadie conozco que arremeto en kharkhas para horadar en quienes me falta cincel aunque pulsos no me falten? Pero un manco como pocos picapedrero: don Miguel de Cervantes y Saavedra, lego de aulas y de órdenes, me enseñó que cojo, manco y lego, cuando el corazón se inflama en Inka, hasta los sandios para entender se tornan sabios y esculpen lo que se

atreven al granito con las yemas; que allí los mancos no manquean y los cojos vuelan... Cómo están de su eufonía ufanas las khellkas de ese varón no manco. Y cómo es de generosa su manquera, si los kuikos americanos escribimos al modo siniestro a merced de la mano que allá los suyos le cortaron.

En las letras, en la palabra, que se compone de letras, en el lenguaje que se edifica con palabras, si escritas, se contiene el órgano de expresión de una literatura; por lo que el punto de partida de toda literatura (y de todo hombre) está en el idioma que la sustancia. Los americanos no tenemos literatura, filosofía, derecho de gentes, derecho público, que no sean los contenidos en los idiomas vernáculos, ninguna literatura escrita y sólo leyendas en literatura vocal, ciencia hablada, que se guardaron mediante wayrurus, chispas de oro, khachinas de ónix, encantadora simbología y nemotecnia que empleaban los harawikus para representar sus epopeyas en los grandes días cívicos del Inkario y conservar así las creaciones específicamente literarias, —bobez aparte— en que no fue raquíptico el ingenio de sus poetas y filósofos. El caso es que nos empeñamos en tenerla valiéndonos de una lengua no kuika: la hispana. Y en ella borroneamos "como indios", aunque no en indio, que es cosa distinta. Y aun, así esto será posible sólo si resultamos capaces de hacer del español —solución provisional y aleatoria— lo que el español hizo de nosotros: mestizos —para España también aleatoria y provisional solución—. Pero un mestizo puede germinar en nueve meses y salirse toreando. Un idioma no. Los idiomas vienen de un tiempo de trino: el de lactancia del Pithencantropo; se mezclaron después, contendieron con voces a ellos ajenas, asimilaron unas, chakcháronlas, escupieron otras, en fin, las amañaron a la índole de su gorjeo y a la idiosincrasia de sus medios lonríngeos en no pocos siglos.

Cuando el Inka Garcilazo, mestizo que fue de Palla y de un segundón de los Duques de FERIA e Infantado, escribió sus inmortales epopeyas, él que pudo y debió hacerlo en kheswa, empleó, ¡y con qué gracia teresiana!, el idioma de su padre, ya condenó el de su madre a una interdicción punto menos que fatal.

Dice en las "Advertencias" de sus "Comentarios Reales":

"Para que se entienda mejor lo que, con el favor divino, huviéremos de escribir en esta historia, porque en ella hemos de dezir muchos nombres de la lengua general del Perú, será bien dar algunas advertencias de ella".

Advertencias que sólo nos advierten del inadvertimiento del gallardo escritor cuzqueño; pues la manera señorial de advertir a España de las galanuras de su madre, era escribir en su lengua, que es melodiosa y fina, según él como pocos la encarece.

Y agrega:

"Para atajar la corrupción [la de trocar unas por otras letras, vicio en que los españoles incurrían a paso cuando escribían la Runa-Simi], me sea lícito, pues soy indio que en esta historia yo escriba como indio con las mismas letras que tales dicciones se deben escrebir".

Lo penoso es que estos "atajamientos" muestran lo atajado que Garcilazo llevaba al indio que mal plañe en su rico romance su pobreza y encogimiento.

Y ésto aún:

"...que cierto es lástima que se pierda o corrompa [el kheswa], siendo una lengua tan galana".

¿Y quiénes, si no él, si no Valera, si no el indio Choquehuanca, que a poco de someterse a la férula de los amos escribieron con brillo, con gracia, con sentido arquitectural, el hispano, los llamados a evitar el naufragio? Galana es el habla maternal de Garcilazo, y más que galana, pródiga en contenidos expresionales, de idiostenia tan filosófica, pictórica o musical, como lo autorizan quienes tuvieron, o tienen, el privilegio de su posesión, si los mismos que apenas la sentimos en el gusto a saliva onírica, comprobamos cómo es ella lo que se nos amputó del alma sabiendo que así se nos privaría de una maternidad idiomática.

Cuánto no será si el sabio Domingo Mossi afirma en su monumental "Diccionario Sintético" haber hecho viaje de Roma a los Charcas exclusivamente por el gusto de predicarla, si la tiene por una de las lenguas más expresivas y ricas, tan dócil a la ternura, como generosa y mayestática para las concepciones superiores. Así mismo estima que se conserva con mayor caudalidad y pureza en los Charcas del Alto Perú que en el mismo solio del Inkario; lo que tenemos que admitirle, si Mossi además de autor de una Gramática Kheswa dedicó al estudio de este idioma su vida y sabiduría que no fueron cortas. De paso anotemos tales estupendas revelaciones que el historicismo no ha olisqueado, si nada confirman como no sea el contenido sustancioso de la política del Inka, el cual, cuando colonizaba, si absorbía un pueblo era para hacerse absorber por él en el grado ése en que el colono acaba en representativo categorial de su espíritu. Nada hay semejante a lo largo de la historia humana...

¿Qué fenómeno importa entonces la isla aymara para las consecuencias trascendentes del inkaísmo? ¿A qué factores se debe su resistencia al dominio kheswa en el orden idiomático? Se quiere sostener que el Inka nada hizo por suprimirlo, si, más bien, procuró su pervivencia en razón de ser su idioma materno. Aymaristas hay que ven en sus rudos y pétreos vestigios el eslabón de los idiomas modernos y no pocos sostienen que el kheswa es más que dialecto suyo. Si el aymara, o kolla, es idioma por lo menos tan rico que cualquier otro de su edad, es cuestión que fácilmente se descubre en la excelencia de los trabajos que de él ha dejado Bertonio (para no citar otros) o el estudio tudesco y por tanto racionalista de Middendorf.

En todo caso, uno y el otro para la realidad anímica del americano de América juegan el papel del latín y el griego para los grecoromanos, son lenguas depositarias nó en este caso de sabiduría clásica, sí de un sentimiento clásico de la naturaleza, de cultura biogenética; por lo que es muy importante y sugestivo comprobar que tanto en el Perú como en Bolivia suscitan preocupaciones jerárquicas que nada tardarán en convertirse en política y estética para sus pueblos.

Tentación como la de Mossi acometiera al Inka Garcilazo y si alguna le acometió supo hacerse más hispano que ella, de manera que

sotana y chullpa-tullu en uno se quedó en Córdoba, revelando sólo que la primera naturaleza del injerto no habría de ser tanto el esteta como el pongo, el portero de la casa señorial en quien los señores no tuvieron albardero sino al simio antropomorfo que por esos días los naturalistas exhibían como antecesor del hombre. A prestar pongueaje al Rey de España se marchara a las Cortes echando al desgaire el solar nativo con actitud que no explican y mal encubren sus reitaradas nostalgias y su no muy simpática quejumbre. Que la materia misma de su alegato se trocara en la fusta que el mundo anglojacobino hizo restallar en los pecados de España, bien que no por que él se supiera libre de otros semejantes, cuanto porque así aceleraba su liberación dentro de la órbita de sus intereses, casi resulta ajeno a las intenciones del Inka. Y acá bien se puede parafrasear a Quintana, diciendo: Culpa fué del pecado y no del Inka Garcilazo.

Lo cierto es que estas lenguas, que al último revelan ligámenes de una perdida unidad, han sido cultivadas con otro propósito que el catequista, y en qué gigantesca magnitud en la Colonia; por clérigos protestantes hoy. Clorinda Matto de Turner y Vicente Pazos Kanki, criolla kheswa e indio aymara, tradujeron algunos evangelios con la misma finalidad, pudiendo, pese a su erizada polémica liberal, o por ella misma, dejarnos algunos cuadernillos en lengua americana, que ellos les salvaran del enanismo que en tanta medida nos es propio a los mestizos metidos a estilistas hispanos.

A lo largo de la guerra española contra España por la emancipación de la América criolla, y en las grescas conventuales lo mismo, se las usaron en pasquines que se adherían a las puertas de las iglesias, o esquinas de los poblados; todavía los resplandores de su prelación se manifiesta en Ollantay, que un cura sicuaneño descubrió, o adobó, con todos los condimentos hispánicos del caballero valiente y enamorado que enfrenta sacrilegios; pero en el cual, así y todo, es dable encontrar el espíritu de una dramática con patria, de un cósmos literario. Después..., dos o tres generosos atropellos, ¡Y el viento! El viento que sólo en los días que corren vuelve a henchirse de gérmenes, pues afloran con un mensaje que sería insólito si no fuera deslumbrante, poetas cuzqueños, bolivianos, puneños, ayacuchanos, ecuatorianos, en quienes es forzoso identificar el renacimiento de la mentalidad poética

del Tawantinsuyu; y en razón nó de entusiasmos esporádicos sí por acentuación de valores germinales del alma americana. Estos harawikus ya no persiguen "interpretar" al indio, buscan expresarlo, y expresarlo en ellos, puesto que toda surgencia estética debe contenerse en ego. Y es preciso que la voz india adquiriera vigencia porque haya llegado la decisión fatal de su victoria sobre los elementos negativos que la soterraron. A poco que estos fenómenos sean estudiados en planos vitales y la crítica literaria pueda servirse del testimonio objetivo del alma humana, se establecerá ley por la cual todo injerto de la ahayu, (alma colectiva) supone, en período cíclico, la expulsión de los factores que determinaron su inhibición.

Los signos de este, no para todos sorpresivo, fenómeno, incuban en los primeros años de la Conquista. Y uno de ellos es la tendencia a la amestización del hispano, ya en manos del indio alfabeto o del mismo fraile conversor. En 1536, un hijo de Agustín de Hipona, trabaja ya, y piensa, que es lo más insólito, en un cerebro entreverado: no hay otra forma de caracterizarle.

"Inmaculada Virgen y Madre de Dios, y de los creyentes; y, como a real y verdadera Wiñay Cusiatha y Kota-khanaway y Titikaka de los Arusayas del Inti-llampu en su Apupu-Wakawy del Tawantinsuyu. A la cual, divina Reyna del tiempo y de la eternidad, sea el sin fin: ¡Ilillu! ¡Llally! ¡Iyau!".

De la multitud de tales mestizos arrumacos, típicamente colonistas, pues, aunque espiritualmente colónidas no comentemos ya, podría hacerse interesante y voluminosa colección o breviario, y más interesante exégesis del proceso. Bertonio en Juli y Morúa en Capachica, y tantos catequistas, y jesuitas en competencia con dominicos, rivalizaron en el empleo de las lenguas indígenas para las finalidades de las impacientes levas parroquiales, e hicieron verdaderas filigranas en prez de la Virgen Madre, indianizándola, como en muchos puntos del territorio colonial se comprueba, y se magnifica en Copacabana, santuario labrado a voto de un indio cuzqueño de stirpe orejona. Y esto, y gramáticas, y lexicones, y cartillas, revelan el orden

severo con que cumplían su deber. Que el P. Rivadeneira, o el P. Lainez, como Generales de los soldados de Iñigo, impusieran el conocimiento del idioma indígena, **sine qua non** para la tonsura del misionero, ya revela en qué grado los frailes concedían importancia al idioma como medio único de llegar a la mentalidad del catecúmeno y cuánta elasticidad para adoctrinarlo empleaban, si allí donde habían de establecerse –y es a los jesuitas a quienes mayor mérito tiene que reconocérseles–, no solamente conservaban los regímenes sociales del trabajo y la tributación, si llegaron a admitir junto al sagrario las formas ancestrales de ritos animistas y hasta diabolistas en el culto a los muertos; osada maniobra destinada a penetrar por métodos psicológicos en la conciencia "del bárbaro", conduciéndole a venerar en sus grandes mitos los símbolos del cristianismo. Los resultados fueron negativos – son ahora mismo: el indio seguirá fiel a los reclamos de la tierra. Es así que, sin percibir la hondura del hecho, el conversor acabará convertido, y cuando quiera elevar preces a la Divina Madre por cuenta de sus deliquios, la hablará en indio, e invocará a los sirpas y achachilas de las montañas y de los légamos. Finalmente, la matrona davídica se confesará india, y en manos de Yupanki, su escultor cinegético, habrá de transmutar el color.

Elake: ya es la Virgen de llokallas y tawakus, la que bien parió la Guagua de los cenisañas. Pero, tras de los ruborosos ayrampus hallaremos el grandioso mito de la Mamata, espasmo germinal del surco que no solamente se da en los frutos primiciales sino que se vuelca en la sangre de los runahakes, se matrimonia con el doncel garrido y, finalmente, tras haberle regalado su propecta virginidad, retorna al seno prolífico de la Pacha-mama.

Por la misma ineficacia de su acción, manifiesta a poco que se desee saberlo, es de justicia reconocer a los frailes que si aún quedan napas idiomáticas y cierta indianidad ceremonial en la América de los burgos, se debe a que fueron ellos los únicos que cultivaron sistemáticamente las lenguas aborígenes, su coreografía, su música. Es no poco expresivo para el enjuiciamiento de los valores de la Emancipación Americana, considerar que a poco de fundada la Universidad de San Marcos de la ciudad de los Virreyes, se hubiese

creado cátedra para el estudio del kheswa... ¿Con qué finalidad? Con la de escupirnos en el rostro a los libertadores de América; si han tendido que venir a lomo de asno varios siglos para que esa misma Universidad la restituyera!

Convengamos que acá no se manifiesta la fusión de dos sangres, pero es inevitable constatar la fusión de dos espíritus en un plano de categorías mentales. Garcilazo se decide a escribir "como indio", mientras el fraile español lo hace en indio. La actitud del Inka revelaría que en él contienen los gérmenes indoespañoles con evidente subalternidad de "lo indio", lo que a no poco constituiría la encrucijada del mestizo; la del español el fisocrático "imperio de la naturaleza" de que hablara Bolívar. Y más que eso aún: el imperio de la ahayu americana por peso físico de una jerarquía cósmica. El catolicismo en los distritos del régimen inkásico no es, ciertamente, tomista: es más afín con Plotino y Simón el Mago y sus teúrgias.

¿En tanto, el indio se mantiene leal al idioma lácteo, persigue elevarlo a escritura, servirse de él para sus menesteres superiores o siquiera íntimos? No. El indio busca superar al mono antropoide en que acabó colándose a las heráldicas del mestizo. Es en cholo que cholifica el español, puesto que es cosa patente que el cholo es indio, posee sus ataxias, y habla si no con la pureza traslativa del indio, con un genio del injerto que hace del romance de las plebes coloniales obra maestra del rringo rrango. No nos hemos dedicado los historiadores de la Literatura Americana a observar estos fenómenos, que acaso ellos nos habrían atusado un poco las crinejas autonomistas. La historiografía del Inkario conserva un centón: biblia le llamo yo. Es la "Nueva Cronica", del indio Tomás Huaman Poma Ayala Inka, extraordinaria personalidad sin valoración para este objeto hasta hoy, que si obliga al español a una hibridación pintoresca, su simplicidad resulta inquietante y sorpresiva. Huaman es un temperamento con sensibilidad estética, y si su "romance" encalabrina, como dibujante es —sé yo poco de estas cosas— algo digno de Gauguin o de Picasso, al menos es un artista de pulsos suprarrealistas sin venenos químicos.

La "Nueva Cronica", además de importancia historiográfica tiene la de constituir testimonio escrito del proceso de amestizamiento del idioma de los Conquistadores.

A ojo ciego se lee en la "Nueva Cronica":

"... y esta gente no sabía hazer ropa bestianse hojas de arboles y estera texido de paxa no sauia hazer casas, ueuian en cuevas y penascos, y todo su trauajo era adorar a dios – como el profeta abacuchy y dezias aci agrandes bozes: Sor, hasta cuando clamare y noyras y dare bozes y no responderas; capac Sor huaynacaman caparisech mana huainihuanquicho".

La "Nueva Cronica" sí es un alegato de "raza"; en ella hay la reacción vertebral de un pueblo que si bien se resigna a aceptar dioses foráneos, o hace como que los acepta, no consiente en ceder su sentimiento del cósmos. Se argüirá que el "español" de Huaman es tan imperfecto como el romance vulgar era entonces, que, por tanto, no tiene elementos por los cuales pueda juzgársele episodio filológico de interpenetración. Si se estudia el romance curialesco de esos tiempos, en primer lugar no se encuentra en él la fonética kheswa de la "Nueva Cronica" y en segundo lugar que sus plebeyismos e índoles viles pertenecen a la generalizada rusticidad del demos colonial. En el indio no: hay una dialéctica idiomática y quien despotrica no es la chusma hispánica; es la gleba india. Los medios fonéticos y ortológicos con que sefarditas y marranos deformaban, por esos mismos tiempos, el romance, son exactamente iguales a los empleados por el indio americano; y el sefardita ni el marrano constituyeron la hez de la cultura hispánica.

Huaman encasqueta al español la fonética de su lengua, cárgale su acento grave, y emplea el kheswa a guisa de excrilogía latina. Que decidan los expertos en patrística si quien hace lo que Huaman con el kheswa no implica, casi, un problema sismático. No perseguía rivalizar con el teólogo, ciertamente; buscaba hablarse a sí mismo; hablar a su puebla en ego. Amestiza el idioma del amo porque tiene mucha casta para entenderlo castizo.

De las cartas del caudillo aymara Tupak Khatari al brigadier Segurola durante el famoso cerco de La Paz (Bolivia), de 1781, fue bárbaramente amputada la "ortografía bárbara e indígena"; pero aún en la forma en que aparecen descubren la radical del proceso de hibridación idiomática que sería lo más vivaz de la resistencia india frente al dominio hispano. Que Huaman y Khatari usaban no ya español se descubre en que para publicar las cartas de éste hubiese sido necesario "españolizarlas", y en que para hacer menos inaccesible la "Nueva Cronica" se la debe traducir a un romance accesible.

Huaman permite descubrir algún atisbo germinal como síntoma o posibilidad de una Literatura Americana, pues —lo que ya nadie ha intentado, y con jerarquía menos—, en él se constata la concurrencia colonial de las dos lenguas en que se enfrentan España y el Inkario; y que para devenir expresión nacional debe decidirse en unidad. En otras palabras: si América es una realidad genéticamente mestiza, la literatura americana debe ser idiomáticamente **híbrida**.

El español de Huaman se parece mucho al que empleábamos los "vanguardistas" del Titikaka, por atrás de 1924, malo por su naturaleza (tanto como el que se lee acá), bastante indio por sus modos y, como el de aquél, horro de toda ciencia, menos por ignorancia —menos, digo— cuanto por lealtad con la expresión del indio en cuanto hombre. El de Huaman y el nuestro fue un español en el estado del romance cuando amalgamaba las influencias que le conformaban y no asimilaba aún las substancias visigóticas que, según historiadores del hispano, habrían de darle las características que le diferencian del latín. Los idiomas indígenas carecen de artículos y preposiciones, y el indio al hablar el español de ellos le priva. A la larga le impondría, como en el uso diario hace, literariamente, sus desinencias y declinaciones, hibridando las voces: **asinita, elake, aquisito, maratito, aurita**. Y allí sedimentará la posibilidad de un nuevo idioma, consecuentemente, de una Literatura Americana.

¿Cuántos vocablos indígenas de América obtuvieron carta de ciudadanía, nó en el **Sancto Sanctorum** de la Academia, sí en el torrente del habla popular de España? Después de trazada buena parte de estos renglones, un erudito hispano de aquellos que migan la idea de una España tan americana como de una América tan española, coma

no hubiera infarto, en solemne oportunidad hispanoamericanista, y en discurso erudito y elocuente por cierto, nos dijo que en la "fabla" de Castilla actúan ya embriones americanos. Los indianos, con los tejos de oro, fruto de la depredación, llevaron consigo muchos. Ya no dijeron por sus retoños: "los hijuelos"; dijeron: "las guaguas". Hablaron de la coca, la papa, el tabaco, hasta del Laykha, y embrujaron no poco su Padrenuestro... Ese gran hablista español, criatura de Teresa, don Miguel de Unamuno, es ya, casi, un español de América, por éstas y otras razones que darían para buenas gárgaras.

Es que a las cabeceras de un injerto idiomático se produce la interpenetración, como en el engendro animal, de los dos elementos genitivos, y del maridaje sale la guagua. Entiendo que un Luciano, un Plauto, un Plotino, son el cordón umbilical entre el Peloponeso, su espíritu y su genio, y el Lacio, de que se habría de nutrir el genio de Virgilio y, luego, el del Dante. No es éste el lugar donde tal fenómeno debe ser analizado, pero no puede menos de tenerse en cuenta la opinión de eruditos que ven en él algo así como el barrunto de ese nuevo ser: el espíritu latino. En la metrópoli los gérmenes del conquistado se diluyen: Garcilazo; en las tierras aborígenes, se acentúan: Huaman. Sólo a esta condición se podrá hablar de Literatura Latina; y se hablaría entre nosotros de Literatura Americana. El proceso no ha sido bloqueado en la Península, y por peninsulares; él es desviado de su cauce en América, donde afirmamos la vigencia de una Literatura Americana no por sus raíces americanas sino por el cosmopolitismo oceánico que rompe todo pudor y candidez a la expresión estética. Eso nuestro americanismo... Que sea, si así lo impone el determinismo colonial. Pero ese americanismo no es americano.

* * *

De lo anterior no se saque que en EL PEZ DE ORO se pretenda ofrecer el paradigma de ese nuevo idioma indo hispano, y menos de uno medularmente americano; si como fruto modesto y honesto de una actitud que tiene la insignificancia y edad de su autor, apenas luce — menos por decisión literaria que hábito— incrustaciones indias más

pintorequistas que sustantivas, intentos débiles por arrancar del cordaje hispano la melodía sanguínea. Pero que de intentos de esta índole surja al fin un idioma americano, a seguirse el buen camino de Huaman, si entiendo bien, será fruto de los escritores que lo intenten con genio y con amor de plebe.

No será por literario un problema meramente estético; si se busca acentuar una radical americana en la Literatura de América, tiene que comenzarse por acentuar menos que el paisaje la valoración antropológica. La verdadera capacidad estética de la América está en la sangre del indio y, por tanto, la forma de hacer estética americana es hacer de América un mundo indio; que será indio siempre, si la genésica de la cultura la suministra el habitante en cuanto naturaleza y fruto. Si no conciliamos las prerrogativas del criollo con las mayores del indio, y de éste creemos que sirve para más que menestral, covachuela, portero de hotel, pillastre electoralero, alcahuetista, mientras para aquél reservamos los dones de la arcangelidad, nunca tendremos un poeta indio, como en cuatrocientos años no hemos metido un santo cuprífero a las hornacinas ortodoxas, que no se escatimaron para negros ni amarillos. El indio no es un subhumano, si ya sabemos que las imbecilidades de Sepúlveda fueron aniquilados en su mismo vitriolo; es sí un subnutrido a causa de los sobrenutridos que lo apalearon y lo apaleamos todavía en prosa y en verso. El gran poeta "indio", que es don Franz Tamayo, decreta que de él se haga artesano, mecánico, tal vez práctico en ingeniería. Mas no, ni se procure, filósofo o esteta, que todo lo que ve con las elaboraciones de la imaginación le está negado. Realmente, por mucho que se medite en tesis tan insólita se penetra en sus razones. ¿Es que el indio es un animal detenido en las subestructuras de la volición instintiva? ¿Por qué constituiría ese estrato inmóvil, si todos los pueblos, y los más típicamente manuales, como el sajón, han sido fecundos en poetas y filósofos? Dígase que más útil es en pongo, y se comprenderá quién lo dice. Es indio lo mejor del pensamiento de Tamayo (como yo le sé); aunque sus vituallas mentales sean humanísticas y grecolatinas, no lo más valorizable en él, puesto que de valores de esa índole está abarrotado el **templum** mestizo. Vale lo que en él se explica como presencia de un sentimiento telúrico, por tanto, indio; que no es mucho en cantidad.

Se explica el yaraviísmo mestizo como predominio de la sensibilidad lacrimosa e inferior del indio; lo que es falso de la más tremenda falsedad. Las inhibiciones del indio se las señalan y estudian en los burgos; si se las buscan en su mundo no existen. El harawi en sus fuentes es un canto sacudido por sentidos pánicos de la vida, es agrológico y nupcial, posee más calidad erótica que sensiblera. El padre del yaraviísmo es el cholo de ojos lemúricos que no cabe en las ventoleras heráldicas. Ese encarpeta a su madre si es india y sólo llama a su corazón cuando siéntese poseído del pavor de la muerte. El indio sabe tres cosas claras: cuando callar, cuando llorar y cuando matar... ¡Y no tiene imaginación!... ¿Qué son la volición y la imaginación filosófica entonces? ¿Hay algo más en la tragedia griega?

Anota Garcilazo que en el Cuzco funcionaba escuela destinada a la educación de los hijos de nobles orejones sometidos al paternal yugo del Rey; y que cierta vez el sabio sacerdote que la regía, acariciando a algunos de ellos, seguramente de los más vivaces, les decía:

—¡Ay, hijos míos; y cómo no quisiera ver estas cabecitas brillando en Salamanca... Es que el español, español, no es el sepulvedesco de nuestras lechigadas criollo-mestizas.

No hay literatura sin hombre.

* * *

Cuando los hermeneutas de la Literatura Americana confieren valores "americanos" a cualquier hispano nacido en estas tierras, por ese hecho fortuito, de que nadie puede acabar responsable, ni ellos; no ven que si hay una voz "americana" en la Literatura Española es la de Calderón de la Barca.

¿Qué esquiliano desgarramiento más americano que el del Segismundo de "La Vida es Sueño"?

**¿Qué delito cometí
contra vosotros
naciendo?...**

Afirmase que el gran poeta inspiró su tragedia en la del Inka Yawarwaka, el que lloró sangre. Es enteramente admisible; si ese grito vale por toda la "literatura americana" de todos los tiempos. Y si no es kuiko, y americano, no es griego, ni razones tiene para ser hispano. No de balde Calderón cometió pieza devocional a la gloria de la Virgen india. Es el contrapelo hispano de los Sepúlvedas.

Español es el númen de la Literatura Americana. Y por tan calderoniana razón es la literatura de la fuga. Jamás –en cuanto sé– obedeció al heroico destino del que engendra a costa de su vida. No hay Corteses en nuestras letras. De la misma manera que Francisco Pizarro, que pudo hacer áurea su majestad en el Cuzco, buscó el aduar junto a la playa (y la observación viene de un elocuente sociólogo titikaka) para escapar si el negocio se le tornaba tuerto, como a su socio el tuerto Almagro; la Literatura Americana es portuaria y de ventolina, a merced de las incitaciones de los meridianos mentales del viejo mundo, y ya boulevardiza, estepiza, niponiza, heleniza, y siempre en criollismo, nativismo, decadentismo, vanguardismo, realismo, naturalismo, acaba excéntrica, con desasimiento, que no sea en el pintoricismo episódico y vacuo, de la coordenada india. Excluyo naturalmente de este juicio al Vanguardismo del Titikaka (el hecho más curioso e insólito de la Literatura del Perú en los últimos tiempos, según L. A. Sánchez), que de "vanguardista", en el sentido europeo, tenía pocas, o ninguna, condescendencias. Eran literatura y movimiento de entraña hominal, de adhesión humana, más allá de las inveracundas cofradías que nos atahonan.

Veamos el fenómeno en un gran poeta indio: Tamayo.

Al margen sus valores generales, su poesía revela más que el disfuerzo por vestir la clámide helena, apurar destilaciones ya persas, ya tudescas.

Este es el monte del Titán excelso,
y esta es la cumbre en que el dolor es éxtasis.
La memoria del dulce Prometeo
vaga aún por los riscos desolados
cual la sombra de un sueño. Duermen mudos
en la peña empapados que obsediaron

los ecos de titánicos lamentos.
Mis plantas huellan como polvo vívido
pavesas áureas de apolínea hoguera.
Conozco las proezas del Lirófobo.

No es un reproche a Tamayo, ni a los excelsos poetas hispanoamericanos que son lustre de la hispana literatura; pero de estos camafeos brilladores está empedrado nuestro andrajo. Vez hubo que en mi oscura torpidad creí ver en tales manifestaciones de exotismo mimético –esto sí típicamente americano– la presencia de un complejo de inferioridad. No era eso. Al contrario; es complejo de superioridad, trónica española. No se ha dado el caso todavía del esclavo que inspire admiración en su dominador, al extremo de sentirle identificado en el gameto. Si hacemos literatura social, la hacemos moscovita; y por ahí es que entendemos la tragedia del indio. Y tanto que esa literatura por lo general la hacen revolucionarios... decentes!

Al Diablo con la porra. No hay Literatura Americana porque no hay americanos.

Cuando Unamuno comentaba a Sarmiento, o a Hernández, (y no metamos en la colación a don Marcelino Menéndez y Pelayo, a Cejador y Frauca, a Juan Valera, a los sesudos críticos, más americanos que hispanos, que por estos días enjuician valores americanos) sostuvo que uno y el otro eran escritores tan hispanos como los haya; y de los vernaculismos –cito sin libros– de "Martín Fierro", que eran vascos, aragoneses, o chulos...

Y es que habría resultado donoso y ridículo que por americanismo arguyéramos que don Juan Montalvo no es un escritor hispano capaz de hombrearse con Cervantes, y nó por la gallardía de su dominio de la lengua cuanto por el intersticial qui jotismo del genio mental. Que el caso del Inka Garcilazo sea el mismo, no revelaría congruencia. De la Epopeya de España son cláusulas sus "Comentarios Reales" y la "Florida del Inca" (la "Historia del Perú", el más sonoro epinicio de la Conquista). Su gracia fluida y el amaño lingual, castizo mosto hispano aunque sepa a lagares moqueguanos. Pero él tiene patria, viene de una raíz, se unimisma con un espacio. Por eso precisamente si no fuera por las domesticidades de Teresa, su español

no es ya engolado y pedantesco; contiene una vibración que podría no ser ya hispana... Muchos nombres se le ha dado, pero es sólo quejumbre; no de indio, ni de hispano; que bien visto nada tienen ni tuvieron orejones y caballeros de quejumbrosos. Es la flor de una nueva naturaleza: el cholo, que es el mestizo del chulu, en el que caben todas las crismas, "como en un rayo de luz todos los colores"...

Garcilazo no tiene prole, a no ser el poeta de los yaravíes arequipeños: Mariano Melgar, hermoso corazón atortolado, redimido en puma, muriendo con Pumakawa; mas tampoco tiene prole que valga la pena. Es que una literatura de quejumbre sólo puede seguir a un pueblo de yugulados, carece de acto, de drama; no se arranca la espada del pecho, y aventando la sangre del corazón por la rotura, acomete al caballero ecuestre hasta romperle el gargüero con los dientes, como el gentil orejón en el sitio del Cuzco; no persigue estrangular al barbón llevando clavada la clava en la garganta, menos arranca los venablos de su carne para cargar el arco...

Lo más que podrá dar la quejumbre será obras de un romanticismo semita, como la "María" de Jorge Isaacs, el poema erótico sustantivamente judío trasladado al ámbito español de América; o la estrambótica castidad castiza de "Don Ramiro", flor de **saudade** (el yaraviísmo es eso: nostalgia) del criollo que añora de España como la mujer sin óvulos añora la maternidad, o se acongoja con ternura de mitimae... La voz del indio en la Literatura Americana tiene que poseer el destino de chuki y la galga, porque en tanto permanezca agrilletado en la cruz, su bramido puede ser un torrente de lágrimas; no tizana de eméticos.

Pese a todo, en el Inka Garcilazo hay un limo con sentimiento de patria, que en nosotros, por la simple razón de carecer de una, falta; que si de alguna reclamamos es del feudo apatriado que de nuestros padres barbones arrebatamos, sin derecho, y lo que es peor sin ningún beneficio para la sangre india de nuestras madres, que si hicieron de barraganas de hidalgüelos (en qué grado el orejón que había en Garcilazo quedó en chulu sustantivo) y pecheros, de mulas parroquiales y siervas de fregar; las confinamos nosotros al lenocinio y,

al último, a que conciban para los perros: si tanto es el rencoroso desprecio con que las hemos mirado y las miramos.

¡He aquí la América de peplos y miriñaques, americanos!

Ricardo Palma, mago que descubrió la "lisura" limeña, menos hispana cuanto africana, extracto colonial como más no pudiera el senecto amante de la Perricholi, no es menos español que Larra, por ejemplo. Al contrario, el castizo es él.

Y es que en América la génesis patricia —debe sabérselo desde acá— no puede venir de las patrias coloniales, a causa de otro imperativo. Y es el de que la Colonia Española constituye la negación de la patria americana; por más que tabardillos sostengan que no sólo nos han dado naturaleza con llamarnos indios, sino que España menos conquistó América cuanto que la ha inventado.

¡No la inventó; la ha borrado! Y el borrador somos nosotros, criollos y mestizos, en quienes ni España vale lo que un cuesco, y el indio menos. Y es que España tiene que volver sobre España, al punto español, punto interno, atlántido; si cuanto hizo y hace es evaporarse como todo aquel que carece de espacio. Su expansión en el medioevo es delicuescencia, diáspora, fuga; fuga, diáspora, delicuescencia, en que también estamos los hispanoamericanos. Y si a las veces tratamos de afincarnos en España, como España trata de afincarse en nosotros, a lo único efectivo que llegamos, unos y otros, es a que las Colonias hispanas y la Metrópoli española sean ya colonias de otros países con mayor capacidad digestiva.

Que España siente que sus bases planetarias vacilan y se esfuman, se descubre en que para asirse de algo en la Península se haya dicho que la Madre Patria es, también, una nación americana! Si para oír eso se levantaran el Cardenal Cisneros, el Príncipe de la Paz, Ganivet, Costa, Unamuno, el Manco de Lepanto, los Luises, Don Juan Tenorio, Fray Gerundio de las Campazas, desearían que la muerte fuese una realidad, que, en ese caso, infortunadamente, no es: vivirían de la muerte de España; que mayor manera de no ser se registra en los bibliones de la historiografía del planeta.

Si los españoles ya no son españoles, sino americanos, lo prudente es que les brindemos acogida, en lo único que podemos ser: en indios. España se indianizará; que buena falta le hace. Sus indios están erradicados en Fuente Ovejuna; indio el flemático varón con testículos de Leviathán que es el Alcalde Crespo, de la inmortal Zalamea. Esos entenderán en qué grado los americanos no podemos ser sino indios, o kuikos.

En la Runa-Sini, según el P. Mossi, el vocablo "**aborigen**" se traduce por la voz **kuiko**, con la que no há muchos años se ofendía a los criollos bolivianos. Pues de aquí adelante los americanos llamémonos, y sintámonos, ¡kuikos!; que esto tendrá dos virtudes no despreciables. En primer lugar, acabaremos con la **boutade** de los tratadistas hispánicos hábiles en hispanoamericanofilia, de que remoquetearnos "indios" fue darnos naturaleza; luego, y es lo primordial, que así sabremos que las moles eternas de Tiwanaku, Sillustani, Kosko, las levantaron nó los señoritingos de la clandestinidad colonial, sí nosotros, en nosotros mismos, en indios, en runahakes...

Los españoles de acá, y los de allende, estamos ante el mismo conflicto hamletiano; ser o no ser. Colombroños del solar heráldico piensan que esta América es la España del rebrote, la España purificada en los estremecimientos virginales de la jungla, y que hacerse americanos es hacerse españoles voronofizados por las glándulas del salvaje; ignorantes de que "las glándulas del salvaje" en que creen, en las Indias son tanto o más linfáticas que en Castilla, con la agravante de que son glándulas sin perfil. Y en tanta medida que en los negocios literarios, —y en otros tan turbios como éstos— no obstante el españolismo radical, y en lo malo más que en lo bueno, que profesamos no se admite otra cosa que hegemonia olímpica, hecha no poco de desprecio por la mentalidad española; si ya se han dado escritores hispanoamericanos, que en no pizcas se nutrieron de su Romancero, que se negaban a abrir un libro si escrito en romance...

A pesar de todo eso, si nuestra literatura no es española, nada es. Porque americana de América, no; en manera alguna.

En tal punto el alud volcánico se dirige a la posibilidad Garcilazo, la posibilidad Huaman Poma o la posibilidad "Ollantay". Si Huaman nos da el diapasón, nada tenemos que acometer que no sea jerarquizar el español híbrido que hablan nuestros pueblos; si lo tercero...

Mas, si la solución proviene de los "Comentarios Reales" la praxis huelga. Ella ha producido un genio, no Garcilazo, desde luego: Ricardo Palma. Ricardo Palma, que es el hijo más en cogollo de una hispanidad linajuda en sustancias populares. Desde este ángulo no sé a quién se le habrá de comparar; si a Benito Pérez Galdós, pero Pérez Galdós es a Ricardo Palma, en punto a genio estilístico, lo que sería el Padre Ojeda a Ercilla. Aislando ciertos elementos mentales, no le hallaría en España otro escritor a él comparable que no sea don Miguel de Unamuno; y aun así y todo el burilador de las "Tradiciones Peruanas" es más contorneado, más clásico, para decirlo de una vez, frente a un hispanista que es esencialmente barroco como Unamuno, sin que ello implique demérito alguno para su genio. Y de allí ya tenemos para erigir la gloria de hombres como Cuervo, Bello, de escritores como Bolívar y Sarmiento. En ese panteón se alza como un Himalaya el autor de "Martín Fierro" y en las exequias no faltarán los payadores árabo-hispánico-pampeanos del Plata.

¿Garcilazo será el Hesíodo de esa Literatura Americana? ¿Él nos transmitirá el Deuteronomio de la Heliología inkásika? Tal vez. En todo caso, y en ese caso, los cronistas españoles no son ya españoles, son americanos, como Ercilla, Oña, Caviedes. Y americanos son Tomás Moro, y su "Utopía"; y americanos son Chateaubriand, Benoit, Campanella, Mosén Verdaguer. Y les siguen nuestros grandes poetas: Darío, Chocano, Herrera Reissig, Jaimes Freyre, Reynolds, Lugones, Eguren, Valencia... Y "Doña Bárbara", "Raza de Bronce", "Sangre de Mestizos", "El Mundo es Ancho y Ajeno", y "Los de Abajo", y "Don Segundo Sombra", pasan a ocupar ubicaciones estelares en nuestro mundo, ancho y ajeno...

Todo esto es, y en medida jerárquica, español y de España.

¿No hay la misma hilacha romántica en un Campoamor, un Núñez de Arce, un Espronceda, y en los americanos Zorrilla de San Martín (y por su "Tabaré" más que por su "Leyenda de la Patria"),

Olegario de Andrade, —el cantor del Cóndor—, Gertrudis de Avellaneda, así tomados al acaso? Ciertamente, la hilacha romántica los identifica y la cadena de la lengua los hataja. Y es que la única patria de esta Literatura Americana es el idioma español. Y en esto hay que tener también el orgullo de los pergaminos y de la hidalguía que el Rey de España cedió a cambio de buenos doblones en los felices tiempos del Korikancha y de sus enchapes áureos, y reconocerlo. A quienes en España sostienen que la poesía de Rubén Darío, y la revolución que ella importa, son tan españolas como poesía y revolución de Boscán o Góngora fueron, no veo qué reparo pueda oponérseles.

Ninguno de nuestros poetas exaltó el mito americano con las trompas de Ercilla; pero sólo por cretinismo americanista se podría sostener que Ercilla es chileno y producto americano. Ciertamente, sería, y es chileno, y producto americano; pero antes decidamos las fuentes: Chile es más que una provincia española. De lo contrario... Ni las vernáculos fanfarrias de Chocano son más que hispanas. Aun proponiéndonos el contrapelo quienes nos propalamos kuikos, salimos del circuito hispano. Así en lo demás.

Sin embargo, lo mismo en México, que en el Brasil, en Ecuador, Argentina, Chile o Venezuela, se ha dado una literatura que llámesela costumbrista, nativista, criolla, permite señalar la presencia de síntomas patricios. Síntomas, digo. En Perú y Bolivia sería indigenista por sus atisbos mágicos y arcaicos. En los demás, el acento, el sentimiento del color, del ritmo, el modismo provincialista, son irremisiblemente ibéricos, como ibérico es el hombre, llámesele "roto" en Chile, "gaucho" en la Argentina, "mariachi" en México o "cholo" en el Tawantinsuyu... España fué echada por la borda; pero en qué medida! La Conquista Española profundiza su acción pseudomorfótica, ahora, sin Virreyes, enquistas sus malos estilos, desaloja las bases étnicas americanas; si hoy no se daría el caso del hijodalgo sobrino de Ignacio de Loyola que desposó a una india. Al contrario, buscamos escupir esa podre para, luego, depurar la podre hispana en la podre gringa. Si la España de los varones de Castilla volviese porque expulsara a los Pizarro y sus politiqueras secuelas, el indio sería su aliado: ¿en qué grado la Independencia Americana tuvo que ver con la Conquista de Indias!

Las obras de Hernández, Güiraldes, Azuela, Rómulo Gallegos, Carlos Medinaceli (el gran novelista y pensador boliviano) y del cimero autor de "Juan de la Rosa", epopeya del cholo, adquieren trascendencia como especímenes de la literatura hispana, son frutos logrados de su trasplante, señalan la inevitable expansión del idioma hispano como resultado del descubrimiento y conquista por españoles, de un mundo en que el orbe hispano alcanza universalidad y efectivo catolicismo. Le hablaban menos de treinta millones de individuos; ese número alcanza hoy a quinientos. Tal literatura, y en escritores como éstos, que no son todos, lógicamente, absorbe elementos telúricos que no excluyen sin embargo españoles valores genéticos. Es aquí que la crítica —y desde tal específico enfoque— que habla de Literatura Americana, debió establecer los grados de la simbiosis, bien que nó para deducir la presencia de una literatura virtual y fisiológicamente americana, sí para señalar los elementos americanos que enriquecen, conforman, o deforman, en todo caso se aparean con el idioma hispano. Y es que nuestro caso, visto con seriedad y sin mestizos chauvinismos se halla condicionado al determinismo del idioma, que es el cósmos de toda literatura. Se sigue, que si el cósmos de la literatura de América es español, ésta no puede ser sino española, por muchos y variados que sean los gérmenes americanos que se le sumen, que harán más que fertilizarlo, como le fertilizaron antes godos, árabes, latinos, irraelís, germanos...

Hay escritores como Jorge Icaza, José María Arguedas, Cardoza Aragón, de Ecuador, Perú y Guatemala, en quienes es notorio el latido de una naturaleza con raíz; son, con decisión indisimulable, desde el punto de vista hispano, deplorables. No como posibilidades americanas; pues en ellos es sobre el idioma que recae la violencia expresiva de una personalidad que acabará por romper los tejidos idiomáticos, haciendo del romance una jerga cuasi bárbara, cuasi tan bárbara como la usada por Huaman Poma. No es necesario remarcar que autores como éstos elevan el barbarismo mestizo a categoría retórica, y que de proseguir en esa línea acabarán por animar el lenguaje indomestizohispano. Que esa literatura se consagre, problema es que depende del genio del gran escritor que con ella amase. Sin embargo, si se hallan en la corriente emotiva de las plebes, y la

traducen e imbiben; también se hallan frente a mayoría que no va en esa dirección. Esa mayoría estará representada oficialmente por los millones de "americanos" censados como "blancos" y los cuales nada sienten del fenómeno. Su problema es romper la corriente y sojuzgarla, obligándola a seguir sus lechos; de lo contrario serán aplastados, lo que, infortunadamente, ya se observa. La línea revolucionaria y plebeya se debilita en algunos de ellos, y acabará por insumirse en la totalización amorfa y sin perfil... ¿Adónde iremos? Esa mayoría heteróclita no persigue de América sino lo que España: el oro. Y el oro ya no es del indio; es del trust supercapitalista y fonáneo. El oro que retiene el indio es el que se llora. De allí a oficializar el caló saxoamericano, hay paso. Será prudente, para admitirlo, no olvidar que las sardinas envasadas influyen en los idiomas más que las Academias.

El deber para América es mantenerse en el centro del oro que llora; que sólo en oro fructufican las literaturas.

Acá se podrá comprender que si América ha perdido toda esperanza de expresarse en un idioma con patria, más que ocioso, es cretino, hablar de Literatura Americana. Debe hablarse de Literatura Española de América, y con más propiedad de Literatura Española a secas; que si en España se habla de Literatura Española de Vascos, Catalanes, Aragoneses, es porque hay vascos, catalanes, aragoneses, que piensan y sienten, y producen, en lenguas aborígenes, y en temple agonal, que diría el hispano centrífugo que fue don Miguel de Unamuno.

Nadie vio en el mugriento español de Huaman Poma, o Tupak Khataari, la dialéctica de una estética; ningún crítico tabuló la chaskhadera; se la dejó para los espectáculos del Thantakhatu; jamás se pensó en extraerla de las zonas plebeyas a que el alma americana fue confinada.

Una posibilidad de literatura americana quedaría resuelta (se entiende que para el área del Tawantinsuyu) si los escritores americanos pudiesen emplear el aymara y el kheswa. A ello se opone lo que no soltamos del legado hispánico: la trónica; que truena con más vaciedad ahora que España nos falta con el humanismo de Vitoria, el genio de Calderón, el romanticismo quijotesco del Padre Las Casas. Señuelos petulantes aquellos de que la Independencia nos independizó de

España. De la España española, sí. No de sus porquerizos. Seguimos españoles en el sentido obsceno de la españolidad; esto es en madrileñismo curialesco (sostenerlo no infiere fosca alguna por la nobiliaria de los Madriles) o sea en "pizarrismo" hípido, bravucón y dipsómano. Ahora es que recién algo se aplebeya en nosotros. Y pocos hechos lo confirman tanto como ése de que practicando, mal, menos que bien, la artesanía hispánica en literatura, nos demos al hipo. Hay literatura noble y dignataria en América, seguramente, pero en tanto es de la noble y dignataria literatura española. El mundo americano permanece reducido al silencio del indio, que se conoce por estupidez de la raza; por lo que el "Día de la Raza", que celebramos los americanos, nada tiene que ver con la raza americana. Que ese mutismo habrá de romperse un día, a juzgar de la magnitud de este mundo y de su proceso expansivo, no cabe dudar. Mas se romperá por el lado aristárquico de las ruinas americanas: por el indio, que es lo único con régimen en sí mismo, con raíz y cósmos.

El español tendrá que hibridarse rindiendo parias a Huaman Poma, o romperemos los "atajamientos" de Garcilazo, volviendo al aymara y al kheswa. Sólo entonces el punto de partida de "Ollantay" habrá encontrado continuidad. Y ya podremos hablar de Literatura Americana.

* * *

Es que América antes que fruto debe saberse raíz. Antes que al Porvenir su deber es mirar al Pasado: pulsarse a sí misma; sin que le acochinen gollerías como ésa de su infantilidad. No hay universos infantiles, fuera —lo que siendo abstruso enseñan los sabios— del orbe galáctico. Gran poeta desvertebrado, dijo: "Toda juventud es sólo una vejez que se renueva". Sabía por que lo decía, pues murió viejo, y en viejo se supo joven y viejo, intemporal. Y eso no es paradoja; que en este punto del fenomenismo cósmico, no hay juventud ni vejez en nada ni en nadie. Necesariamente, el hombre de hoy es el de ayer. Acá, en nosotros, debe hablar Él.

No obstante las animosas diligencias de Ameghino y de otros paleontólogos se llega a la conclusión de que Él no se ha dado en suelo

americano. Nosotros, también, somos hijos de la "grosura" de la mar: Wirakhochas. Él no es otro que el **Pithecantropus erectus**, cuyo paso por parte alguna de América está señalado, menos el de su abuelo el mono catirino, si es que —es un sentir— no se oculta en los bosques amazónicos. En cambio hánse reconocido restos de un dolícocéfalo cuya procedencia necesariamente tiene que referirse a la Atlántida —si los sabios saben—, dolícocéfalo descendiente de chimpancés, que habitó el continente europeo, y a quien Topinard cree un neanderthaloide. Quedando —como más de un erudito estima— el problema reducido a decidir si la cultura cuaternaria vino a la Preamérica, o fue de la Preamérica que se difundió. Como es fácil descubrir, lo uno, o lo otro, imponen la necesidad de un puente.

No se nos escapa que este planteamiento, acá de significación meramente literaria, sin hipocientismo alguno, se consigna en cualquier monografía de la materia. Y que ya Antonio de Ulloa, no menos Morton, que Harlicka, pero D'Orbigny, sostuvieron que el hombre americano pertenece a raza de características morfológicas comunes, siendo algunos de opinión que no sólo las migraciones utilizaron rutas oceánicas, o el Estrecho de Behring, sino que la dialectología americana revelaría que los idiomas aborígenes andinos responden a tronco de genética tártara, en cuyo abono afirman que el kheswa es lengua típicamente siberiana. Así estimados los movimientos culturales se habrían producido partiendo de Alaska y costas del Pacífico; lo que, además, ha permitido la hipótesis de que el misterioso núcleo de Tiwanaku constituya mero desprendimiento de los Mochikas, y no a la inversa, como se cree.

En general la tesis encuentra opositores, no por apasionados menos agudos, en el sabio polemista boliviano Belisario Díaz Romero y el no menos sabio tiwanakólogo profesor Posnanski. Y si en estudio, por muchos conceptos vertebral, fundamenta aquél la necesidad de referir a los atlantes la construcción de Tiwanaku, éste exige para los khollas el reconocimiento de singularidades antropológicas en manera alguna comunes a las razas mongoloides que se ven distribuidas en casi la totalidad del área continental, confiriéndoles rol de sucedáneos de la cultura tiwanakota, cuya lengua, —el aymara—, se expande a lo largo de

las Américas, como sostienen topólogos de la importancia de Villamil de Rada, Luis Soria Lenz, bolivianos, y el peruano Washington Cano.

En los campos de la filología las conclusiones podían ser menos que contradictorias. Y hay quien se inclina por el parentesco de aymara y euskherra; lo que es tan viejo como la tesis de Patrón, que ve en el súmero, o la de Polo, en las babilónicas, el origen de las lenguas andinas. Y si Villamil de Rada consentirá en tilde que Vasconia arrebate al Khollasuyu la progenitura de "La Lengua de Adán", no únicamente dos, en Europa, y fuera de ella, como al argentino V. F. López, sostienen el posible origen ariano de esas lenguas. El mismo maestro Tamayo, políglota de vastos recursos, prometió "tentar un día el estudio psicológico de las grandes lenguas autóctonas de América y su posible parentesco con las principales ramas de origen indoeuropeo", sustentando, "que es en esas venerables reliquias donde se puede encontrar aún restos de la grande antigua alma americana".

¿No hay, acaso, cronista de la Colonia, y más de uno, que habla de escritura fenicia encontrada en el área mística de la Isla del Sol? Todavía hoy, ora en Chile, Perú, Brasil, o Centro América, se propalan descubrimientos de esta índole; y será más que majadero atribuirlo al mal de San Vito tan propio de la imaginística criolla. Se observa más bien que ni la imaginación ni la ciencia hispanoamericanas dan para el provechoso enjuiciamiento de tales mensajes. Por otra parte, los vestigios de posibles influencias egipcias, tan manifiestas en ciertos estratos tiwanakotas y mayas, aparecen al lado de otras visiblemente asiáticas. Es vulgar que la escritura de Kipu –contabilidad, mnemotecnia, estadigrafía– se usaba entre los chinos, y se la encuentra en la Melanesia; como entre nosotros de pronto escritura súnica en cacharos de la zona Nazca.

Acabaría con hesitaciones de todo género, si alguna investigación con medios y autoridad se dirigiera a rastrear las fuentes del Inkario, allí donde se estima se hallan. Y no tanto para servir objetivos meramente historiológicos, en servicio del hombre; si a éste le conviene saber, si, en efecto, hay puente biológico que une Nuevo y Viejo mundos; y si por él decursaron los hombres que hoy se miran a sí mismos como el hecho crítico de la naturaleza humana.

Fuézase aceptar que hasta ahora todo se redujo al beneficio de coincidencias más o menos lógicas sin resultado terminante.

No sutilicemos –lo hemos hecho tantas veces– con la presencia de mitos como el de Thupa, Tumi, Tomé, Thunupa, hombre barbudo y evangélico que diseña era de mesianismo rupestre, y eso en Sud, Centro, Norte Américas (huellas labradas en piedra le halló en Puno el arqueólogo Belisario Cano); menos hagamos súpito el hecho de que los Inkas llamaran Wirakhochas a los Conquistadores, a causa de las barbas, distintivo del dios de ese nombre que veneraban en Kacha. Miremos al fenómeno que importa, en sí, el Tawantinsuyu.

No porque pretendamos colgarle ridículos abalorios, sí porque en su elementalidad conduce hechos que importan, en los órdenes político y moral, sobre todo, conquistas a que habrá de derivar la Civilización, si, como es desearle, supera los extravíos que la han puesto en la ceja de un abismo, conviene establecer si el Tawantinsuyu puede aún constituir solución para la América y para el hombre.

¿Ha destruído una horda la Civilización Occidental al pulverizar el Inkario? Spengler estima que fue devastado por "ola de fascinerosos". ¿Podrá descubrirse en su historia el bersogniano élan vital? El suyo es el último estrato de cultura cuyas raíces desaparecen. Si de acuerdo con los más autorizados cronistas hispanos, su duración apenas supera los cuatrocientos años (señálase en Thunupa la presencia de apóstol de Jesús tras el **Espolio**), debe estimarse si en ese lapso pudo fecundar cultura de tan profunda eficacia, de tan sabia sencillez, proviniendo del ayllu punalúa, o algo así. Sus realizaciones materiales no tienen semejanza; y se las mire en la ingeniatura de regadío, en los sistemas camineros, embaldosados todos, que vencen alturas acérrimas, desafían el anegamiento de los marinos arenales, violan el laberinto de los bosques. En el orden político constituyen el primer gran imperio que no conoce el hambre, ni deriva al militarismo y es, no obstante, sociedad de guerreros. La fortaleza de Saksaiwaman, considerada por estrategas europeos maravilla del planeta, sería desde el punto de vista de la defensiva estática, arcaico precedente de la Línea Maginot, como ésta invulnerable en tanto afronta hombres y no avalancha de tifones. ¿No comenzó la era atómica con los arcabuzazos de la Conquista? Los

capitanes del Inkario sentían que peleaban con el rayo y que un fuego nuclear los abatía.

¿Es que, acaso, en el Inkario se caracteriza una estación de la naturaleza humana, frente a otra de locura demoníaca?

Ellos nada crean –y lo dicen–; hacen más que restablecer régimen preexistente. Sólo para alzar Saksaiwaman habrían requerido milenio. Es, pues, deber preguntarse: ¿a quiénes sucedieron los Inkas? Si el hombre conoce otro camino que el de sus trajines, y cultura infiere proceso, hay que convenir que constituyen mugrón de estado socialmente superior de convivencia humana.

Su genio político carece de paralelo en el Continente. Para encontrarles semejanza hay que acudir a los romanos. Van a la guerra, no al saqueo; delante sus gloriosos Chukis, avanza el núcleo civilizador, consistente en expertos en agricultura, ganadería, metalurgia, industrias familiares, administración. Los romanos, con los pendones del Aguila Cesárea, llevaban pedagogos. Trasladaban poblaciones con el sentido de quien mezcla la tierra buscando equilibrar sus valores vitales. En puridad, como los romanos, carecen de religión del Estado y permiten el politeísmo; antes que prisioneros, cuando someten un pueblo, cargan con sus dioses, lo mismo que con Venus y Príapo hacían los romanos, permitiendo la pacífica convivencia de los númenes. Y, así estimada, su heliolatría, es heliotarquía, política antes que teología; por lo que, sin constituir cisma, entre los Orejones se dan escépticos volterianos.

De la misma manera que en la Hélade todo lo que no es inkaiko es considerado bárbaro, pues se reconocen –como el sumerio– derecho de soberanía, por el Sol, sobre los "cuatro límites del mundo". Practican, y en reducida escala, el comercio de trueque, pues el abastecimiento está sistematizado y se regula en los tampus imperiales, desperdigados en el haz de la tierra americana. No llegan a la dinámica nuclear del capitalismo, o la huyen; por tanto se desconoce el infierno social. Sitian al enemigo durante meses, y hasta años, mas le sitian con presentes, embajadas, música, danzas, para inducirle a aceptar el sistema providente del Hijo del Sol. Y en esto hacen consistir la superioridad de su cultura; pues luego atienden a imponer sus coordenadas vitales: la tierra se reserva para quien puede ser marido de una mujer y padre de sus hijos; y por cada retoño debe acrecentarse el

área de cultivo. Fuera de esto, el Inkario constituye el primer Imperio Histórico de Trabajadores; lo son el Inka, el funcionario, el intelectual, el sacerdote. Su destino político mira al hombre. He aquí el élan histórico.

Cuando esta sintomatología sea observada a la luz —mientras disponemos de otros medios de disección anatómica— de las leyes de los Reflejos Condicionados, que deben ya aplicarse al examen histórico, por cuanto sus complejos son, también, fisiológicos, y responden a los mecanismos de la materia, se descubrirá que la marcha inkásika a la unidad, si todo organismo tiende a sus formas, es la marcha del pasado inkásiko.

¿Algo semejante es dable señalar en el México precortesiano? ¿Los mochicas permiten atribuirles tales concepciones? Morfologías estas del imperio Inkásiko son causa del asombro de sabios y no menos del desconcierto y dificultad para ubicarles en el estrato de "la barbarie". Para quienes rastrearon con algún beneficio en conclusiones de arqueólogos y etnólogos sistemáticos —por otra parte respetabilísimos— como Morgan, y confutaron sus conclusiones con la dinámica inkaika —no cancelada por cierto— resulta casi monstruosa la simplicidad de métodos que se han empleado para generalizar el proceso social de los diversos grupos americanos. Para ellos, el Inkario, constituye desenvolvimiento superior del clan.

Los Inkas no parecen desprenderse de la horda. Como sistema caracterizan una reviviscencia, tanto que toda evaluación filosófica de su realidad aparece utopismo sentimentaloides, de ese que anegó al hombre al descubrir más allá de las Columnas de Hércules la presencia de un Mundo nuevo. Mas la realidad debe vencer utopismos y también majaderías. Se sostiene que el idioma doméstico del Inka era el aymara, porque, evidente, no era el kheswa, lengua general: no lo sé. Siento que los Inkas son sucedáneos de la cultura atlanta, y que en algún punto pudieron hallar parentesco o relación con la cultura del Summer.

Verdad se muestra como sano corolario de estas inducciones: si el Inkario no importa lo que Vico llama **ricorsi** de cultura ancestral, constituye problema histórico insoluble.

Tal interna corrivación de linfas induce a admitir que el mito americano tiene raíces sólo en ese foco irradiante; y si raíces, no mito.

No se me diga que estoy descubriendo Mediterráneos, si hasta a los americanos de América nos consta que cuanto acá se anota ha sido estampado antes en uno u otro sentidos. Y por quiénes: Aristóteles, Virgilio, Plutarco, Heródoto, Humboldt, Virchow, Oviedo, Paracelso, el Libro del Mormón. Y paremos la cuenta, que es longa.

Antes que caldeos, chinos, egipcios, coetáneos acaso de los sumerios, vendrían a ser los hombres que labraron las simbologías de Tiwanaku, o la sagrada traquita de Sillustani; y el suelo Preamericano teatro de una cultura, que, según sacerdotes egipcios confesaron a Solón, consideraban superior y más vieja. Y, sobreentendido que la Atlántida sea una realidad estatigráficamente comprobable, como parecen haberlo establecido exploraciones submarinas realizadas por hombres de ciencia europeos y norteamericanos, si bien se aduce el reparo de que para dar validez a sus conclusiones, sea previo aceptar que la posición del eje de la tierra debió ser otra (**E ppur si muove**): esa cultura es la cultura atlanta. Y el atlanta el **homo sapiens** americano. Todo lo cual ha sido registrado sobre firmas de sabios.

Sobrevino el hundimiento y con él la dispersión. Y he aquí la causa para el impenetrable misterio y el hesiódico origen de los Inkas; fundamental argumento, por otra parte, que nos aconseja suponer que en el fondo del Titikaka ruinas de viejas ciudades atlantas duerman el sueño de los milenios.

* * *

Pues bien. También ruinas de viejos atlantas duermen en el americano de América sueño milenario.

Entre esas ruinas fue a buscar escenario EL PEZ DE ORO para escudriñar las raíces de su trino, que viene a anunciar que no es muriendo como se vive; y que morir de América no es "estar" en América; sino fuera de ella.

En un trino comienza la alborada. Perentorio será localizar el punto canoro de una cultura para conocer al hombre y su naturaleza en la historia.

Al hombre debe hallársele en la cuerda, el gorjeo, o la Khaswa, átomos sanguíneos de su discurso vital. En la célula.

* * *

ALZAMIENTO DE LOS PIZARROS

Admitir la existencia de una cultura gracial atlanta en la Preamérica, no impide la posibilidad de posteriores migraciones provenientes del Asia o la Oceanía, y acaso de otras perdidas en el humus. Precisamente, la evidencia totalizadora del estrato inkásiko nos inducirá a reconocer que la cultura americana posee unidad, y se expresa, aún hoy, a través de un epígono. Y que América puede cancelar sus raíces sin negarse a sí misma.

Probemos entender si el mito de esta manera adquiere sustancias y acaso veamos que nuestro fenómeno literario viene de la deformación de la synergía americana.

Ya no se puede, ni se debe, considerar a América problema político, geográfico, o comercial, solamente. El suyo antes de todo es un problema del SER. Por eso mismo no somos de los americanos más reverentes por la hazaña de la Independencia Americana, si en ella es dable comprobar fenómeno americano alguno, cuanto resultado de otro virtualmente español y pizarresco.

Que la grandielocuencia de Bolívar fuese pródiga en exaltaciones del Inka, nada pone en favor de la Ontología Americana; si él, u Olmedo, son castizos representativos de hispanidad. La única surgencia libertaria con valor histórico fue la que propugnara Tupak Amaru (y así se lo sintió en el Caribe como en el Plata); con la muerte del último Orejón con derecho a la tiana, y la degollina que le siguió, el drama de América se torna minería y paisaje.

Por esta razón, que no debe estimarse adjetiva (los vocablos de un idioma son, al último, simbologías), se propone que en el de América, dado que uno geste, pero en las mismas lenguas vernáculas, que deberán ser galvanizadas para un nuevo destino, se sustituya el verbo transitivo DESCUARTIZAR con el nombre de Oidor Areche, inspirador y ejecutor de la inmolación del Inka, verdugo,

históricamente, del Tawantinsuyu, punto de partida del ARECHISMO, o hispanoamericanismo.

Simón Bolívar es tan español como Gonzalo Pizarro; sus grandezas, las de un Cid Campeador; de él, por tan elemental causa, están ausentes los sentidos ontológicos de nuestro mundo, como deben estar del sublime Las Casas, a quien genealogistas hispanofágicos falta que americanicen **pundens causa**. Bolívar viene de Plutarco (y en eso acaso sea el prime español humanista, más que Vives); Las Casas de los Cánones de Letrán: ninguno huele al Khawra heráldico.

Hay, sin embargo, monstruosidad mayor. Es la legislación que se dan las "republicuetas" hispanoamericanas, pantográfico remedo y secuela de la Revolución Burguesa, con sustantivo y clamoroso desconocimiento de las "Leyes de Indias", que aunque fuese sólo teóricamente y para negarlo, comprendían el problema del SER americano, son vestigio de reconocimiento de sus texturas. La Revolución de los Libertadores consagra el derecho de los encomenderos, y en el hecho, aunque no en la letra (coordinada típicamente criolla), pone punto final al del íncola. Sobre los tizones apagados del **Sans culotte** se alzaría el imperio del cacique. Si los colonizadores tenían –también en la letra– a quien rendir cuenta de sus tropelías y exacciones: EL REY; ya no tendrían los caciques sino al Cura eufeuado a sus sinecuras. Tal la libertad del indio, o sea del Hombre Americano. Habían llegado los hunos; y con ellos estamos.

Con lo ambicioso, iracundo y bruto que fue el encomendero español, no puede comparárselo al caudillo "racial", que no vaciló en poner a pública subasta las comunidades del indio, incendiar sus chukllas, ensangrentar su gleba, yugularlo, creando –a lo que no se atrevió España en la letra– el feudalismo criollo-mestizo.

¿Cómo, un americano con visión ontológica de la naturaleza de América, cediendo a pulguelos oligárquicos, habría de consentir en la amputación del solar inkaiko? Es que la Independencia Americana es fenómeno tan español y pizarresco como la Conquista.

No debemos olvidar que por tan grávida razón Bolívar se muestra más grande que el hispanoamericanismo, y que sólo él –español visceral de dimensiones cósmicas– pudo ser capaz de esas

cinco palabras dignas de un dios consciente de sus clavos, su cruz, su corona de espinas y su Magdalena:

—¡He arado en el mar...!

¿Ha sido cancelado el destino del pueblo indio? Acaso las grandes naciones iberoamericanas nada entienden ya de sus deberes arcaicos, si en ellas se opera la transfusión de Occidente, representada por los aludes inmigratorios y la sumisión a su cultura aluvional. Esto no excluye el de las naciones en que una sensibilidad americana subsiste. Es en éstas que toda actitud vacilante implicará traición a los destinos americanos. Por lo menos ecuatorianos, bolivianos y peruanos están obligados a representar la surgencia de un americanismo clásico, deviniendo nacionalidades inkaikas; que sólo así retendrán el legado del espíritu patricio, de otra manera condenado a desaparecer.

El mito griego es el **alma mater** del mundo occidental; el mito inkásiko debe serlo de una América del Sur con "ego". Ciertamente, en la del Norte, frente al monstruoso poderío neobritánico, no es hispana la guardia de la frontera: es azteca. Deber de quienes detentan la Wiphala del Inka es no abandonar la batalla antes de la Victoria.

* * *

ENCRUJADA DEL EGO

Pero, aquí nos damos de bruces, Sancho, con la fuente de Juvencio de la deformación americana. El escritor mestizo balbuce lengua corrosiva que alimenta con vidas que son y no suyas, constatando a diario que si entre España y América periclitaron pleitos, no pasa lo mismo con él; y que, o ahoga al indio, o expulsa al español. Allí donde todavía la contención exista, el drama del "pensamiento" americano se alimentará de ella, si es en ella que se originan sus pseudomorfosis psicopatológicas. Pero el vivir América es perseguir la unidad en medio a la acción de polos igualmente compelentes: por un lado España; por otro la montaña indiática.

Y es que el destino del hombre se decide no en sus periformas sino en el átomo que forma.

¿Cuál el mestizo honrado que en sus intimidades no sintió el mordisco de las fogaradas indias e ignore que el amor que alimenta debe oler al khawra? Tampoco habrá chawllero que niegue la fascinación normativa que el toro ejercer sobre él, el toro, ése, sacramental, que en el sacro, y en el ruedo, desafía las púrpuras del Sol castellano e incendiario. Conoce el embrujo alcoránico del Cante Jondo, los contoneos de la jota aragonesa, la lúbrica de la castañuela, y en cada "Vaquera de la Finojosa" encuentra la imagen de una primavera tentadora... No hace más que deslumbrarle la España grande, que concentra a la humanidad, la anega en sangre, o la ilumina. Y ya quisiera caer de rodillas en el fuego de Iñigo.

¿Pero, quién se destina a fogata de la montaña? Ni el instinto de su alma le quitará sentir que la España con verbo es la España Católica, madre de uno de los "nombres de Cristo": el del Quijote. Luis de Granada, Juan de la Cruz, la loca de Teresa, destripan piojos en sus ojos; y ya, encandilados por el agua regia de su lágrima, se dará atolondradas porradas en el pecho:

—¡Khusillu!... Tú eres español. Y no es español quien no maldice de España alguna vez en la vida y no le reza antes de morir... ¡Escupe la podre de tu alma!...

Pero, él tiene Walpurgis con el Achachila de la Chinkhana; tiene con el Huturi la danza del Titikaka; está enfuegado a un Chullpa-tull u, debe al Haipuñi su embriaguez sonora... Y es allí que se le encabrita cuanto de español le roe el tuétano; y se hace indio, o se manda a mudar. Si Garcilazo de la Vega Inka, con su Maskha-paicha, su Chuspa y atabales se mandó mudar: ¿por qué no lo hará él, mestizo de la plebe?

—¡A Córdova la carabela!... Y el alma a la sotana...

A las últimas, ¡elake!... Mestizo en cueros: no español; no indio. Se queda en un nó redondo, como un hostio. ¡No es!

Es que es, sólo, cuando tornando candidez su impudicia, se calza los khumpis mitológicos, desgozna el estornón, sacude de su posma la causa de sus males; y conmina al chirote:

—¡Chirote!... Por aquí entraste; por aquí saldrás...

Podrá entonces pututearse:

—¡Kuiku nayaha!... Soy un indio...

Si la parábola, Sancho hermano, Sancho sabio, Sancho dulcineo, a estas alturas resultara inadmisibile, y, por sobre inadmisibile, ininteligible, nada resta por hacer: el predicador llegó retrasado para el sermón: ¡América no existe y España es América, y debe ser, antes que sodómica!

América es la Europa en el tercer día de la Creación, fecundada por Frascuelos y Torquemadas en el undécimo de la Capilla Sixtina.

¿Pero, si así no, Sancho quijotesco?

—¡Historiadores: borrón y cuenta nueva!

¿No es lo mismo lo que político tiene que hacer y debe decirse? Pero, antes que el político, el escritor advierte que de su actitud de hoy depende que los módulos de una americanidad entrañable, adquieran tensión arterial; que a él le quedan dos papeles en el drama: mensajero del Alba o sepulturero del Sol.

RADIOGRAFÍAS DEL CÁNCER

¿Clerofobia? No... ¡América!... Hispanoamericanismo... Se había desprendido en ese momento de los brazos de su barragana y estaba más ébrio que el padre Noé, cuando se enfardeló en los ornamentos sacros, y sin respeto a Dios ni miedo al Diablo, celebró la misa del **Corpus Christi**. Pobre chapate... Su nombre me piruetea en los bracitos de acero de la mecanográfica; si era tierno y mimoso como hombre. Me pregunto ahora: ¿Y este cura español habría podido hacer lo mismo en España? No, ciertamente; sí. De otra manera formaría en el símbolo mestizo del Hispanoamericanismo.

En todo orden, eso lo único que calza espuelas hoy. Y qué símbolo.

Enseñemos al niño a comprender, a resentir, el significado de esta voz:

—¡Inka!

Le habremos puesto en el camino de hacerse de un concepto de dignidad nacional. Y dignidad sin concepto es la trónica del cholo. Es decir, la nuestra. No hay motivos para alabarnos.

Mediría la sociedad criollo-mestiza la superioridad del pueblo indio respecto del suyo si pudiera penetrar en la semántica de esta otra:

—¡Haitarata!

Si sois capaces, mirad, españoles:

—¡Zamarro! ¡Khamakhe! ¡Mentiroso!

—¡Toda la vida te la pasaste engañándonos!

—¡Cochino! ¡No respetaste a viudas ni casadas!

Y la turba de indios, ébria y enloquecida, desnudó al sacerdote, le obligó a officiar el sacramento de la misa, así, desnudo, tras lo cual le victimó a palo y faca. Pompeyo Gener sostendría que el hecho, real, hubo sucedido en algún rincón de la Mancha; y que mejor no meneallo.

Veamos acá lo que va de una cultura a otra, y cómo lo que admitimos como expresiones de moralidad puede ser ropaje de falacia y de vicio. Cuando esta horrenda justicia, que tuviera por escenario una capilleja de la altipampa kheswa, fue conocida, los blancos sentenciaron:

—¡Ese Cura es un santo!...

El pueblo indio, bramó:

—¡Haitarata!... ¡Bribón!...

Aquí se verá que pueblo sin idioma es pueblo sin moral y sin patria. ¿Cómo tal pueblo puede decir que la suya es literatura de ése pueblo, que, porque tiene patria, tiene moral y lengua, así se halle en estado de analfabetismo adámico?

Atusaba en el patio de la casa de hacienda el rumboso criollo tronco enclavado a buena profundidad, que habría de servirle para el tasajeo de la chalona, mas asimismo le servía para atar en él al indio levantisco y azotarlo, como, según se afirma, azotaron al Justo los siervos de Caifás. Aidamás, bordoneaba médula sádica a rústico pero eficaz gabinete de tortura, provistos de viejos instrumentos inquisitoriales, con los cuales sometía al indio a recias pruebas de resistencia, como ésas de izarle de los testículos... Por allí, por el tortuoso caminejo, que rompe los grises de la pampa, va la cabalgata. Delante el Señor Obispo, poncho y bufanda de wikuña, botas de Conquistador; le siguen sus acólitos en no menos pechudos jamelgos. Y, entre ellos, atadas las manos a la espalda, arreado a patadas por Torquemada en párroco fiero de alma, huesos y rostro, el indio apostólico, de bigotitos punzados en la ranura de su lengua, que tuvo la

brillantez de convertir una de las paredes de su chuklla en abecedario mural destinado a desasnar a los asnos americanos... Le llevan a la Cárcel; y Cristo, llorando junto al apóstol, su apóstol, camino de la Cruz...

Estos retablos calzan nombres propios para más propiedad.

Si no hay lenguaraz que pueda volver el categorema Hispanoamérica al aymara o al kheswa —idiomas de un alma con Tawantinsuyu— el deber realista para los americanos es edificar pueblos españoles o indios, sin término medio. Fijaos: el indio no despreció al español, y hasta ahora llama werakhocha al varón noble y generoso. Le temió, le cultivó odio, y cuando pudo le degolló. A quienes desprecia es a nosotros: los felones, los ociosos, los cubileteros, los zamarros, los alcohólicos, los simoniacos, los hijos legítimos de la pseudomorfosis.

Él, la patria. Cuando le niega, nos niega. No hay literatura americana, ni lengua patricia, sin Él y en Él. El problema matinal para la Literatura Americana, será, pues, preguntarse:

—¿Hay, en último análisis, un hombre americano?

.....
¡Naya! ¡Naya! ¡Naya! ¡Naya! ¡Naya! ¡Naya! ¡Naya! ¡Naya! ¡Naya!

Khori-Challwa: ¿Eres el Chullpa-tullu a que mis huesos se saben enfeudados? Relámpago de mi carne, tú la iluminas en Él, y Él eres con todos los caudales del Universo. Bien sé que en ti hay sólo un hombrechito del Titikaka, de trompa alacre, zafirinos ojuelos, contráctil bigote y aleta melodiosa. Sé bien que EL PEZ eres; aquél que en mi sangre latía cuando esperaba, y espesaba, en los barros del álveo, y ni el Sol era Lupi, ni se había animado dios alguno en las profundidades del átomo. Eres mi existente porque eres mi habitante. Y, cuanto amo, y beso, y lloro, es más que manera de ser en Ti, sentimiento y espasmo de mi hueso.

¡Tú eres naya! ¡Tú eres naya! ¡Tú eres naya! ¡Tú eres naya! ¡Tú eres naya!

.....

GERMINACIÓN COMO ESTÉTICA

¿Cuál el grito del labriego en el rebrote de la carne? ¿Y qué podemos entender por rebrote de la carne?

—¡Maaaaá!...

Chákchanle khawras y corderillos. Es el primer burbujeo anímico del hombre cuando efloresce en la entraña materna y retoma tendones para el viejo discurso de su deber y su derecho. Como la tierra, el labriego debe sentir que es causa y efecto del germen; y así apenas se enfrenta con el brote emite voces que le emparentan a todos los mamíferos en la misma efusión del fruto.

—¡Maaaaá!...

De ¡maaá!, mama; de ¡mamal!, Mama-pacha: Madre tierra. Ella, la poliándrica; y a más la mélica lírica de su ñuñu tendremos otra los americanos de América. Ella romperá los tejidos del idioma si la aruñan y laceran; pues es rigurosamente necesario que en ella quepan trampas químicas. Por algo se dice que esa lengua ñuñuña; y el que de ese modo no ñuñuña podrá hablar hasta lúcidamente —que no es lo mismo que lúcido—; pero en las vibraciones de la vértebra no le harán gorgoritos los ñuñus de la mama. Es que el ñuñu de la mama es ñuñu de la gleba, principio magnético de toda vivencia emocional. De suerte que es porque somos de ese ñuñu que sentimos como nuestras las estancias de la Naturaleza: la patria, el hijo, la mujer, el surco. A causa de su ñuñu reconocemos en América una madre, como otros en España: les estamos sometidos en relación láctea; por manera que no podremos traicionarlas sin grave pecado contra la vida.

Ya liquidada la aventura, americana no, autofágica y típicamente española, por tanto, de la Independencia, se vino a entender que no era de una inquina contra la Península; que si la echamos fue por bien querida; por lo que, para pagarla lo que tenía gusto a desamor, fueron los mismos capitanes de la Gesta quienes primero restablecieron el ritual de las secuencias a la Madre España, sin doblones ya, pero con yaravíes e Hijo Pródigo:

—¡Tómame como al más homildoso de tus bravos; aunque no los doblones!...

¿Quiénes guerrearon contra España, entonces? Pizarros, Valverdes, Areches...

El hidalgo español puede ser todo lo famélico y antropófago que se quiera; pero en punto a señorío y lealtad es el anís del feudalismo. Y para amador de su madre, ni el cachorro de búfalo. Es un animal lácteo.

Acontece al que nació en límites oceánicos territoriales que adoptará por patria la del puerto a que llegue, y, así, siendo berebere puede resultar albiónico. Pero esto no es casual ni debe ser optativo; pues le ocurriría lo que al yanakuna, a quien, sin saber ni de dónde era, se le preguntó por su patria; y dijo que era el "doctor Machuca Mestas", su amo.

No pasa tal con el runa-hakhe.

—¿Kaukis markaru?

No responderá como el yanakuna:

—Inka runa-hakhe.

Dirá:

—¡Puno manta!

El Inka es su Emperador; pero él orko-pata; de la cumbre que habitan los varones. Este, animal lácteo; en pleno goce de fertilidad y salud vital.

Aun nacido en Grecia contestará como Theotocópuli, con Toledo en un puño, que "el Greco" es español, quijotesco, germinación hispánica, punto lácteo castellano. Y por sí se lo pusieran en duda, parirá (porque eso es parir) "El Sepelio del Conde de Orgaz", o ese boceto teologal en verdes escoriales, verdes de musgo fósil que no soñara el Veronés, que es el Toledo del Greco. ¿Algo más español? Ni Loyola; ni Felipe II. No tomará patria en la rada en que, parido, buscaran refugio sus progenitores. La buscará en donde la dejara: Hispania. No son suficientes las relaciones de la herencia, como se las entiende aún, para explicar casos como el del Greco; si ellas ven a las morfologías somáticas, y si frecuentemente se quedan en las dérmicas, se les escurre los sutiles mecanismos de la fisiología anímica. El hombre en el rebrote conserva el sentimiento del pezón de la tierra, o sea, de hecho, del ñuñu de la patria. No por otra causa es el de la patria sentimiento maternal; que sin eso habría entre los hombres de sano

juicio uno que se hiciese matar, y menos matara, por ella, a veces contra todo dictamen de conciencia y derecho.

Muy niño aún, vi regresar al terrazgo a romántico político después de años de exilio, y que en bajando del barco se tumbó con sus lágrimas que manaban y besó una y varias veces el suelo. Entonces no alcancé a comprender la causa para la enternecida efusión. ¡Besaba el ñuño de la madre! He ahí la patria, y he ahí el animal lácteo.

Ya es tiempo que el ritmo, el impulso dinámico, sean estudiados en la raíz emotiva. El patriotismo no es convención, y tiene lógica ni seriedad cuando de él se dice que es el amor a la tierra que se lleva adherida a la suela de los zapatos, como el anarquista Jean Grave. Los mismos internacionalizantes del Soviet Ruso estiman que la patria es la tierra a la que estamos adheridos, de quien viene el punto lácteo de la personalidad y la individuación en el cósmos.

Pero Byron pudo nacer en Gran Bretaña; y quién el que sostenga que no pertenece a la gens de los rápsodas helenos. Goethe tiene de tudesco, tanto como de tudescos Heine o Nietzsche. Heleno aquél, hebreo éste, aquesotro, eslavo. Así, no se es de donde se ha nacido, sino de donde se vino; pues no siempre nace uno donde debiera. El padre del Greco era de una colonia hispana en el Egeo; el pastor Nietzsche, colonia polaca en Germania. ¿Eso todo?

Patria no es la tierra del camino; es el camino de la tierra.

Paul Gauguin nace en Lutecia y es lo menos galo de la pintura europea. Su caso permite concretar inducciones. Aunque de apelativo nobiliario, hidalgo y segovino, nacida en el solar del Inka, la abuela de Gauguin es peruana; revela extraños sarpullidos comunistas (antes de Marx), sensibilidad de soldadera, que su progenie hispana no cohonest, pero justificaría un determinismo lácteo manifiesto en el nieto. Frente a pintores tan rabiosamente hispanos, como un Bernaldo Quiroz (para no acotar con la redada íntegra), Gauguin es radicalmente americano de América, proclive al parentesco con los decoradores de mates nazcas o mochicas; siente el cobre, la tectónica de la figura, el bloque. Quienes conocen su biografía comprenderán ahora en qué medida obedeció a succión arcaica superior a cuanto evalúa la mentalidad occidental. Requiriera de óvulo estético en que tomaría

contacto con sangre virgen, pues en virginidad sentía el cósmos desde un punto viejo de la suya.

Hay como movimiento subcutáneo de depuración en las sociedades, uno como afán de cerrar la tribu entre límites estrechos, mantener la gama, defender la pureza de la estirpe. Es el arma letal de la tribu consanguínea y la brutal de la xenofobia, que, mirados así, obedecen al instinto selectivo que rige la vivencia de los afines. La antipatía inconclusa no ha sido explicada aún, y el amor explosivo y subitáneo (matrimonio y mortaja del cielo baja) que el pueblo explica por las medias naranjas y Goethe por las afinidades electivas, son menos elección que defección de barreras. Y ello dice más que allá del drama objetivo, se alza otro tras el cual la vida se realiza con actores y personajes desnudos.

El mundo postinkaiko ofrece semblanza de soco de negros. Hay inconsciente acritud, envidia normativa, odio rencoroso al meteco, recelo en cada esquina y miedo en cada guija de las callejas. Luchan genes por cerrarse en la unidad tribal; otros por suprimir al dueño del lar. Descubrimiento y Conquista fueron desmasculinización de España, y, si se permite, chorro seminal que absorbe la maternidad inkaika. He aquí el cósmos volívolo y el primer acto de las guerras arteriales de la humanidad... Sólo cuando se comprende que el genocidio aplicado al Tawantinsuyu (de diez millones de indios dejaron dos o tres) no importaba la cancelación de súbito del Imperio, sino la sembradura del genes indio en la naturaleza del dominador, se verá que la resistencia del Khawiti (activa aún hoy) se había trasladado, para enloquecerlo o estrangularlo, al corazón del amo español. Y que éste, al proliferar en entraña india, estaba dando carnatura hispana al indomable orejón. Pero, así mismo, con morfologías de mollete, nacerá el caballero español, dando origen al pandemonium de las republiquetas y a la mazamorra mestiza. De tal manera que la destrucción del Tawantinsuyu hizo más que tornarse guerra de células genésicas; y es a esa guerra a donde debiera acudir para estudiar la histología de la hispanidad americana.

Si en estos fenómenos rige la gravitación de los cuerpos, España será erradicada, y, luego, suprimida del Tawantinsuyu, empece

permanezcan su lengua, la gracia de sus mujeres, o el vozarrón de sus geriltes. Serán epidermis, finalmente pátina, al último mal recuerdo; y esto no por milagrería; por determinismo de la materia.

Tenemos palingenesia, indudablemente.

A la mundolatría que prende por acción oceánica en sus grupos artísticos, el desasimiento hoy cardinales, seguirá un arte de génesis, de lujuria y afincamiento en la patria láctea; pues allí se verá que la patria láctea no puede ser suprimida y todo lo que se hizo fue obligarla a permanecer en acecho, encrucijada y zozobra. El artista sentirá la voluntad creadora de una mujer genésica (sobrevendrá especie de matriarcalismo mental... Vibradores y apelotonados los senos, serpentinas las curvas pélvicas), henchida con preñeces de la misma tentación de flor de la tierra, esa mujer le dará el instinto de la eurytmia, el delirio del deleite, la tortura de la ternura, le dará la abducción del ser, de SER-ELLA, que es MUJER-TIERRA. La belleza será su plenitud germinal y la filosofía de las causas y los fines, mera genética en el pólipo lácteo; pues el punto lácteo es el punto de la euforia del ser.

Si vemos al arte vital del hombre le sabremos transfundido de núcleos germinales. La belleza no es abstracción en él; es latido, orgasmo. Hace madre de cuanto toca: engendra. La terracota del bárbaro, el turíbulo del mago, adoptan la línea pélvica de la maternidad; y si la monja tarasca, con savias salomónicas, dirá que los muslos de la amada son las columnas de mármol en que, confiado, se fundamenta el amor; el dórico erigirá el himno al torso y el talle gráciles de la mujer como símbolos de la eterna armonía de las esferas. Leonardo, al bocetar "La Virgen de las Rocas" tendrá el sentimiento onírico de la hembra cándida y rural, pero fértil, acoplada al pájaro divino, de cuyo látex vendrá el hijo que es padre del padre. Ya sin enojoso trapillo, Bounarrotti, eternizará el abrazo materno con que Leda absorbe la polución del ave y se transporta al lácteo infinito del Génesis. El ánfora egipcia, o la pelasga, la vihuela, desarrollo serán ya de las pomas frutales, ya de la línea en que khurukhutean mieles por las columnas jónicas que sustentan la más hermosa creación del genio de la vida: la madre. Aún más: sea charango, o lira, urna maternal es la caja

melódica; y, cuando, al noveno, entrando al décimo, círculos concéntricos, vibra en manos del tarakchi, o el aeda, asistiremos a parto de arpejos en nada inferiores al trino con que vuela desde el nido maternal el pajarillo del Alba...

—¡Piupiu-titit!

Por la pureza lírica, en el cielo de la literatura mázdica, nada hay más sublime que la exaltación de la mujer parida. Pero en escala superior ya, porque es expresión en el hominal, de animal, el alfarero mochica animará el llinkhi del riachuelo, sin volutas disolutas, sorprendiendo a la madre en el momento cósmico del parto, la sublimación de la vida. Allí nos es forzado mirar al Dante que hace de la tierna maldeseada la madre de la evanescencia angélica por ignorar el genésico efluvio del llinkhi. El terror divino resultaría arrobo genital. El monjismo hieromita, que se fundamenta en las nupcias del alma con Dios, a la espera, ciertamente, de los partos celestiales, un camino de germinación deformada. Y es que el hombre, y su arte, no tienen otro camino que la madurez ni otra forma de ser que el parto.

Obsérvese el rostro del hombre que asiste al primer alumbramiento de su mujer, esto es, al nacimiento de su primer hijo; y se comprenderá en qué medida los dolores que determinan el azucarado gimoteo de la parturienta, son eso: azúcar, al lado del misterioso vinagre que trasiega en tanto aquél. Y cuando el que llega asoma la cabecita por la aereola, se desliza cárdeno, ceroso, y rompe con el **Gloria inexcelsis geminis** de la sinfonía, y no se le ve en los ojos estolidez, pavor, la tortura de la ternura, y cuanto haya, dése por averiguado que la de la maternidad es una filfa más de las tonterías humanas. Mas no es así: en tal momento el pobre hombre es un dios que se espanta de Dios...

Es que lo más espantable de todo esto es saber que la hermosura sólo puede venir en gametos, y que es el hombre el inductor del drama, el fálico sacerdote de la germinación. ¿Cómo, fuera de ésta, podrá entenderse prelatura en el orden estético? El único mandamiento de la belleza viva: ¡engendrar! ¿Entiendes, Plato? Para el americano de

América: ¡engendrar!, ¡engendrar! Engendrar hasta la profundidad del Tawantinsuyu.

Las Wilamaywas enseñan que para engendrar es previo estar en el sér, en Aura Mazda, en ahayu, en atlanta y Pithecantropo... Saberse totalidad en EL PEZ DE ORO, el cual es universo y patria, sólo porque es punto lácteo. Comenzando por nuestra vida, que es el hecho estético augural del Cósmos, entenderemos en primer lugar que estética no es estática; y en segundo que la belleza viene de una plenitud en la profundidad, y que sólo cuando nos hemos reproducido es que realmente entramos en el drama del infinito; que solamente allí el hombre estará en fruto y germinación.

El arte de los americanos es arte de extravertidos no obstante carecer de senos germinales y de aquí su pavor espectral. Nada se hace más objetivo que esta afirmación cuando se busca en el documento colonial el paso del genio americano. Mucho se habla de una arquitectura híbrida, a causa de que el indio fue el alarife de las soberbias fábricas neohispanas, soberbias nó al lado de la monumentalidad inkásika; mas si así fuese esto poseería una fecundidad promisorio y desconcertante, precisamente porque ese hibridismo no se patentiza en otros órdenes estéticos, y cuando un pueblo, o un hombre, amestiza el fruto de su actividad manual, es porque ya constituye una realidad biológicamente mestiza. Más que con ánimo polémico, cuanto con el de adquirir ese convencimiento he tratado de justificar a quienes con voluntad de bien manifiesta han sostenido hasta hoy doctrina tal; si algunos llegan, inclusive, a inferir que en la misma arquitectónica de la metrópoli el reflejo del reflejo determina ciertas adquisiciones que tendrían raíz americana. Muy a la vista se descubre que el señuelo domina el esquema reflexivo; precisamente porque juzgan de lo sustancial por lo adjetivo, no hallo valedero ninguno de sus argumentos. Cuando el indio americano acepta que Jesucristo es el Sol y Mama-Killa la Virgen Madre, está imponiendo su triángulo cosmológico y genético a la teodicea católica, como antes se lo impusiera Grecia; y no a la inversa. Sin embargo, si aquí existe hibridación teológica no existe estética. Los símbolos del Sol y de la Luna en las ideografías del plateresco colonial no han sido impuestas por el indio, ni admitidos con valor categorial por la Iglesia;

son tan subsidiarios que sólo pueden obedecer a una concesión dentro del proceso catequista. Para que América hubiese pirografiado su espíritu en la arquitectura hispana éste habría tenido que asimilar el trapezoide o el lienzo paleolítico. Ciertamente el indio acaba levantando la iglesuca aldeana, o de suburbio, con mentalidad inkásica; pero empleará no su andesita, sino adobe, como se ve en alguna perspectiva de San Blas en el Cuzco, donde el trapezoide ha cobrado la torre. Nadie dará importancia a este síntoma de interpenetración de estilos. Las soberbias iglesias de Pomata y Juli dan constantemente para disgresiones de esta índole; pero hay que hacer un estéril esfuerzo mental para admitir el hibridaje allí donde si se advierte un ritmo de fuga del barroco es porque se acentúan los signos del Renacimiento italiano, particularmente en Pomata. Existe evidente bronquedad en la apreciación y sensiblería chauvinista en el empeño. Y es de anotar que el trapezoide resulta tan antinacional para la Colonia como para la República.

El hombre, y los pueblos, en naya, esculpen con el sexo; porque es con el sexo que engendran y se perennizan. Es poco menos que estúpido ya dudar de la capacidad estética de quienes labraron Sillustani, Tiwanaku, Chavin, Pukara, y dejan la estela de una alfarería que cobra a diario menos importancia arqueológica que intelectual; y que ha dejado obras que confirman su genio, como el Chullpa-tullu de Gavilán (así le llamo, y no acuerdo si se le conoce por "La Muerte", que escribo en tienda de campaña y a no pocos nudos de libros y de sabios) o cierto pilloncejo cuzqueño en que el agua se vierte por las mamas de una india. La escultura de Gavilán es un tratado de metasíquica americana; no se trata del descarnado fantasmal: es el muerto vivo. Algún día se comprenderá el valor extremo de esta genial creación en que late el universo del hombre con el sentimiento del infinito.

No se germina sino en germen y los frutos estéticos de la germinación tienen que poseer grado geográfico, punto lácteo, si es cosa averiguada que nadie engendra fuera de sí mismo, en comandita o segunda persona. Mas, por razones que miran a los factores sociales que concurren a la formación de los idiomas andinos, podría estimarse

que el "ego" latino, no es el inkásiko, que es ego colectivo. Por lo que es forzoso que para ser "americana" la Literatura Americana, comience por mostrarnos en sí el tumulto del pueblo de que es fruto y el punto lácteo del hombre.

LA CAVERNA

Presumo que me leen Challwas. Y que no pocas veces se habrán detenido a observar su vida en el Titikaka, si no con el moroso deleite de un Paracelso orestiano, el genio de la sistematización del Abate Spellazzani o el primor ictiológico de Agazzis, al menos con la humildad de los Pumas. A simple vista la del habitante lacustre se mostrará como una existencia sometida a la fatalidad de las paralelas, si no hay alborada que de allí los challweros no salgan en sus barquichuelas cargadas hasta la pakha-thusa con el fruto de las diestras khenchadas que cuentan milaradas de cadáveres. Y no es así. Según los cálculos eistenianos las paralelas no pueden desarrollarse indefinidamente, pues deben acabar en un colodión que sin matar impida la circulación de la sangre. Extraído el aserto de los campos de la física, no puede menos que procurar alivio. Vida y muerte no conformarán el paralelismo siniestro que origina todos nuestros infortunios. Un día debe primar una de ellas: la de veste inconsútil o la del harapo miserable; y será la que sea capaz de dentellar más vivamente y de incrustar más hondamente la zarpa. Y es que el infinito de las paralelas es finito por naturaleza, pues condición esencial para ellas es subsistir en un campo neutro, que puede ser el vacío o algo así, irreal, por tanto, semejante en todo al que hace equidistantes vida y muerte, materia y espíritu, bien y mal, dios y diablo. ¿Será el tiempo? Entonces lo único infinito es él, pues les contiene, y contiene la causa y efecto sin ser una ni el otro. Dios en manos del tiempo es tan finito como la vida. Pero si la muerte es la negación de la vida, y la vida es naturaleza, ella necesariamente debe ser no naturaleza, y entonces resulta tan sin naturaleza como el tiempo. De acá se puede deducir que sólo tiene naturaleza lo que no es naturaleza. Y la muerte, que comporta esa rara entidad, lo único real, preexistente y subsistente. Natural es que volvamos por los fueros del buen juicio y nos percatemos que en

cuanto individuos y cósmos somos una irrealdad animada en su irrealdad. No ser es la única manera de ser. Y Dios es Dios porque es el no sér.

La astronomía clásica admite la existencia (si el vacío puede existir) de grandes bolsones de vacío interplanetario, en donde el mecanicista de la teología estima que residen las almas bienaventuradas y, consecuentemente, los dioses. Si es posible tan extraño fenómeno se colige que esos bolsones de vacío no son sino el vacío total que efluye por las ranuras galácticas y que es el continente del universo. Un día la surgencia nos atropellará y quedaremos borrados del cosmograma, con pico, bigote, breviaros y extrema-unciones. ¿Vale la pena permanecer un día más? No; de manera alguna. Le daremos al vacío el gran espectáculo anticipado, pues convenidos todos los seres vivos nos autoeliminaremos antes que lo haga el vacío implacable.

El Pez no requiere de meollo científicista para rechazar tal absurdo; si hay algo evidente para él es que está, y no en el vacío sino en él. Si el Pez poseyera la mentalidad del teólogo, aceptaría que su destino es el de la paralela, y que la vida es tan ambivalente como la muerte y representa, inevitablemente, la mónada del valor, en la cual, y con el cual, se adquiere una naturaleza que no es vida y no es muerte, y es muerte y es vida. Tras esto queda más que cerrar los ojos, apretar el cinturón, y, de cabeza: la inmersión en el valor. Que se requerirá valor para esto, indudablemente; pero nadie más osado que el que no tiene otro remedio. Han desaparecido las jerarquías y las escalas de valores porque el único valor es la nada. Désele el nombre que se quiera: beatitud, nirvana, inconciencia, lo cierto es que el teólogo no conoce otro camino que la negación en el vacío.

El Pez tendrá la prudencia de hacer "vacío" en sus orejas antes que no le envenenen doctrinas tales. Para él la única manera del sér es el estar. Y si no se está en sí mismo no se puede estar en parte alguna.

Es del valor de un imperativo categórico que el Pez esté en infinito, y que el infinito sea en tanto él es infinito. Y siendo así su espacio es mónada. La idea de muerte le sería admisible a condición de que el Pez pudiera no ser Pez; pero si el Pez deja de ser Pez, el infinito

deja de ser infinito. Aunque participara de la autoeliminación universal, el Pez no puede no ser Pez, ya que si lo consiguiera no liquidaría al Pez sino a la Vida.

No hay paralelismos bajo el agua; y de ella están excluidos el terror, el temblor y el torpor: se vive en la dulce placidez de los bienes poseídos por medios lícitos. Y como se carece de cronómetros, tampoco existe el tiempo y se vive en profundidad espacial, o sea en función de tensión de la materia, que no es tiempo, que éste sería inmutable e intensible. Entonces la caverna del infinito no será el universo, ni el tiempo, ni la nada: será la vida. ¿Entiendes, Plato? Sólo se puede ser en mónada.

Es de saludable consecuencia que si el hombre no hubiese olvidado estas expresiones de la realidad se beneficiaría con el temple de su incenescencia, sabiendo que en tanto está —y no puede no estar— está en belleza, en euforia, en salud, en plenitud; y que es su vida la branquia por la cual obtiene la vida el oxígeno que nutre. El único pecado consistirá en negarnos, a causa de que al negarnos negamos a la vida. Pecado horrísono migar con la muerte, admitirla, brindarla sitio en el banquete, y darla a comer de la carne que llevamos y la cual vive de devorar, ciertamente, pero no cadáveres, sino vidas.

En suma: afirmar: hoy, mañana y siempre.

¿Estéticamente se podrá algo que no sea la afirmación de valores de la vida? Perseguiremos con ella la integridad del sér, siendo lo que en el agua: Peces; lo que en el corazón: Peces; lo que en el limo que habitan los Khausis: Peces. En este terreno no cabe misterio alguno ni consubstanciación de ente y sustancia; porque si todo no es materia, es porque todo es entelequia; y maridar la muerte y la vida para sacar vida etérea; la materia y el espíritu para sacar angelidad; el vacío y el éter para sacar electrones, es reincidir sobre el desprestigiado lugar común de que somos la medida del universo en tanto seamos capaces de negarnos en el ente.

Vivir en caverna, en la caverna y para la caverna, con el infracturable destino de la unidad vital, que no es más que el gozo de la fertilidad. Y como no se puede estar vivo y muerto, ni estar en dos naturalezas, ni, objetiva y simultáneamente, estar en dos sitios, hay que

estar en tensión láctea, que el punto de la tensión es el punto de la caverna.

Así visto, América no será Hispanoamérica: es España o es América. De la misma manera que el Pez, que es Pez sólo en Pez. ¿A más de la flor las flores se propondrán finalidad para amar? Se proponen la flor, como el Khorí-Puma, a Él y así alcanza su profundidad y la suya. Pues que América haga como Él y se propaga el infinito de EL PEZ DE ORO, que nunca falta en la profundidad del hombre y es el arquitecto de profundidades.

Esta su Ley: ¡Adentro; más adentro!

.....

Elake, Khorí-Challwa, que en estas kellkas se trata de tu patria de oro y se llora en trinos la patria de tu trino. Se llora el trino de los huesos, del lakato, las thayas y del phesko. El agua gorgorea con gorjeos. Aúlla el perro lobo por sus trinos. Trina la Kharka que te ama. La ahayu ya no trina porque te habla. Trina, llora y espera el Chullpa-tullu. El hombre de cabeza de llamo trina con tus trinos. Llamarada de trinos, el Khorí-Puma, que con alada garra fue a despertarte del sueño en tu dormida estrella. Wirakhocha en su gloria de trinos y de oros, es ya sólo un trino de tu oro. Trina el monte, trina el aire, trina el agua. Trina en la Khellka la Imilla que por trinarle vino y ya es la pirwa de tus trinos. Trina la Pacha-Mama y es su corazón el nido de tu trino. Tus trinos son, no hemorragia de mis llagas, Khorí-Challwa. Trinos para el niño viejo; trinos para el viejo niño. Y los mismos alaridos del chullpar que espantan a los chiñis, son el trino de oro que trina con tus trinos.

¡Pero, ha llegado tu hora, Khorí-Challwa!... Rompe ya tu trino y emboca la trompeta. Hay quienes en el mundo aguardan las tempestades de tu trino.

HAYLLI

Maduro tu colmillo,
maduras las espigas,
Khorí-Puma;
¡enciendan tus gruñidos

su hoguera de Wiphalas!
Dirás que todo esto
es trino sólo,
y como trino
con que arde su caverna,
ni comienza ni acaba.

EL PEZ DE ORO

Mira, el olor de mi hijo
como el olor del campo.

La Torah

T R E N O

¡Ala, hala!... Hombre thantoso, hombre despojado, varón hambriento: te mantuviste tibio en medio de la fiebre; te mantuviste tibio en el albor del hielo; frente a las erizadas bayonetas, tibio temblabas; cuando los rayos flagelaron tu lomo, tibio aceptaste su flagelo. Si los pumas treparon la montalla, tibio miraste al Khorí-Puma. Te mantuviste tibio en el canguro y tibio te devoró su bolsa hambrienta... Ahora estás al rojo vivo pero ya el fuego no te oye; ahora tienes la temperatura de la nieve pero el hielo no te cree... ¡Ala, hala!

I. Héme aquí, padre Sol, Lupi-tata... Para vivirte en una alborada me engendraron (y me engendraste), para vivirte en esta ebriedad de veinte años inobjetables, hambreados y objetivos. Ni labrador soy, ni tu caminante me hacen, y así como a orar, y a látigo y lapos me obligaron, a quien me debo me callaron. Más oigo en ése, y creo en mí; porque el hombre sueña, y como sueña vive, y como vive ama, y como ama paga. Sórbeta mi caligrafía, mastica mis Hermanos míos; digiere mis acreencias, que ya me postro frente a ti, Padre fecundo, que los awichus adoraron, y que yo, perdido el sabor del fruto, no puedo ni adorar ya. Ellos medraban de las chiara-imillas que haces germinar en los surcos, de los hisañus y las okhas, de la hawasa y la shirimuya. Sin embargo de estos mis viejos días de la tierra, pues ellos no me nutren, ya no me alimento de esos frutos. Yo soy tu hawasa, tu choke, tus okalis y tus uyukus; soy tu fruto, Padre Sol; soy Aquél de quien hay que comer. Yo me alimento de tu fluida sustancia, de tu resplandeciente coágulo, ése que ofusca y taladra en el punto en que tus rayos no matan, aunque hieran. Comprendo que unos pocos puntos luz más allá de tu seminal california, palabra solar tendría para invivirte; y este pedazo de la pacha-mama en que me paro, nada más que en témpano flotaría en la inmensidad del átomo. Pero estás, y estoy, en fuego genésico, y puedo conducirme como un fuego fecundo. ¿Adviertes ya la presencia del yoka que espía desde mis ojos negros? No; no has

querido mirar aún a esta burbuja del polvo. Pero así me adelanto a caza de tu centella. Y me arrobo en tu incendio; en Él, en quien labras tus estigmas; en mí, en quien pones su relámpago. No me perderás de vista, Lupi-tata: cuando en el lodo sientas que arde tu centella, te dirás: ¡Por ahí va Él! En los ventisqueros de mis noches y en la noche de mis estalagmitas, te siento; padre ardiente de hielo y del hombre...

¡Lupi-tata! ¡Lupi-tata!

II. Si como la hormona la juventud fuese eterna, agudo espasmo en el hielo, locura en la calígene. Pero es sólo parpadeo del rubor en el pétalo; y cuando de ella pedimos arrebol, ya nos acometen sus pudores lívidos. Sin embargo, si el hombre no es hormogónico, fue el privado de juventud; que la juventud es perennidad de gozo, guardianfante de los rubores de la sangre y repugna otros tules que el sonrojo de la mejilla virgen. Es hormona en estado eufórico. Ella, el principio que patina los rubores del caos, porque es su enamoramiento de la vida. El hombre hace más que rechazar su activo cautiverio; tanto que cuando le suspende el espectáculo de la tierra en estado volcánico no ve el hormonal hervidero de su sangre, sino el lívido hervor de sus ojos. Tirarse fuera del universo, en planos, plenos, pinos, despojarse de las curvas y de la curva radical que germina en su hormona, es cuanto hace, alevoso cuatrero de sus embriones, que sólo le trinan en el fuego del volcán y los hígados de la calígene. En una nebulosa comenzó hacerse hombre la semilla; y en tanto el hombre germine en nebulosa será la semilla del universo. Lo horrendo para él es que persigue un orden linfático para su germen, y por darse un ser, niega el sér del Universo. Esperemos que el hombre se percate que no se vive sino en juventud, y que la vida es tal porque es la perenne juventud, el espasmo hormonal, la dentadura activa que arranca la sustancia al caos. ¿Sin hormona el hombre? Pero sin juventud la hormona no es hormona. Desconoce la vejez; si ha de inhibirse, se va joven; ignora la vergüenza del cayado.

Ya el rubor prende en los carmines de la imilla; es que ha llegado a la edad de la entraña que besa.

Ese el punto de la fertilidad y el instante nutritivo. El eterno instante de la vida.

¡Tumbemos las escuelas y a sus lívidos!

Si me prometes venir en Él, y con Él, hijo mío, acabaré con cementerios y catedrales. Qué majestuoso el Cínico harapiento echando a rodar soles de oro por el Cranio, y diciendo al soldado: "¡Quita, pendejo: primero es el Sol!"... Qué caligénico el Estoico macerando en tizanas sofisticas la cicuta que le revelará su inmortalidad de animal.

—¡Si es un niño loco!

E ignoraban que el niño loco, sin caramelos ni pandorgas, fiándose los cobres de la noche y los amaneceres, hincaba las pupilas, insomnes, en su caos. Ignoraban que si a la escuela prefería la Chinkana, era porque en Ella le nutría Él; le nutría con lengua sabia, y pulía esa lágrima de ámbar que secretan sus huesos.

No llores, o llora, Sacha-runá: algún día la roña será más el déspota del caos.

Ese torturado que en mí se torturaba, ¿quién fue si no Él? ¿Quién fue si no Tú? Si América no mira en Él, y no cree en Ti, perderá las hormonas.

—¡Piupiu-titit!

Siento que si la luz trina, todo me empuja al gruñido lívido.

H A R A R U Ñ A

Desque te echaron de la Escuela,
ya no buscas campo ni chinkana.
Pero, es que ahora eres chinkana;
eres campo con cielo y con estrella.
Ahora en tus ojos Thumos lagrimea.
Ahora es que pesa en oro tu latido.

III. ¡Mi Diario!... Toda la razón a quienes te llamaban, cuando por jumencia, cuando por piedad: ¡el niño loco! Tu Diario... No; no huevees: peripecia del fermento. Y así estará bien el fárrago de gangochos de tu papelería, que ella al menos está en gangochos; en cambio, tú... Y, a pesar de la antirazón, me sentía obligado a taquear la escopeta, pues tacándola afincaba las atmósferas de mi pólvora. ¡Debes

escribir si vives! O de otro modo: Con kellas de piedra en los huesos es que te parió la buena de tu madre. Escribiendo se vertirá tu caos, y ya podrás arrullarte y waltearte a ti mismo. Y poco te haya si interesa o no tu chullpateo, sabido que te interesa a ti, y que es el tuyo, y no el del mundo, el verdadero interés del mundo; que lo quiera, o no lo quiera, siempre gobernó tu necesidad.

Pueda que tu canción después se parezca al Diablo. Quíá... "Escribe como si los Diablos fuesen justos". Mas no olvides que por justos hicieron que Zeus engendrarse en la ternerita hija de Inaco. ¿En quién si no había de engendrar ese macho cabrío, sino en la ternura? He aquí que la ternura del cabrero hizo dios del cabro Olímpico.

¡No te pelees contigo, Supaya!

IV. Si entre tú y tú, no hay otro: ¿quién miente? Nadie te impuso el garrapateo de tu "Diario". Así: si entre tú y él, sólo Él de engaño puede alegar, mira que tus verdades no le caigan, y aunque la realidad con sus oros te empobrezca, dale siempre hartazgo de realidades. Así quedarás, rico tú; nutrido Él. ¿Por eso habrás de echar tu realidad al silo de las ferias como le echas tus responsos? Tu realidad quiere mendigos y chullpa-tullus, que esos tienen hambre y quieren ternura; no verdades. Deja éstas para el aguamanil de Poncio, el que contagió la sarna a tus mistichos.

—¡Así, así: muy bien. "Escribe claro, clarito"... Te adoctrino en el viperino de Bernardino, ahijuna, franciscano de Franciscos...

¡Escribe claro, clarito!

.....

X. A lomo de los trece del Gallo, has vuelto, fumarola... ¡Trece años! Un llokallo de no más de siete se vio de pronto con cristalejo de colores que las manos le hería sin que pudiese atinar cuál el color que le llagaba más; si el rojo por rojo o el blanco por blanco, o los dos por híbridos y malmezclados. En fin, que aquel cristalejo habido en llagas, fue mi primer soneto... y el último; si tan ruin roznaba que no le dejé sangrarme más. Pero entonces a mi buena madre le salió volando un dulce soneto del corazón, y me almidonó collar y ladrado, tras eso me alargó de pantalones; si orgullosa por ellos nadie la disuadiera que su

mestizo era capaz de llegar al cielo con los pantalones. ¡Ya no más entristeceré a mi pobre! Y corrí a zocallar khusillus al Bazar Hindú: "La tierra es buena para los animales machos"... Desde entonces la hice vivir llorando por mis pantalones.

Allí fue que se me encargó hazaña de hombre de pantalones: conducir en un viaje de ferrocarril hasta cierta volcánica ciudad cerca del mar, un lindo regalo de por vida para tal vieja ricachona, nuestra parienta. Me consta que el regalo costó muesca, ocho pesos y una libra de Mama-Kuka; si era más que una manzanita de cachetes candaraveños.

En el cristal de la ventanilla del vagón, que sudaba y se asfixiaba como los viajeros, ya viboreaban lagrimitas muy semejantes a aquellos que comenzaban a gatear por mis ojos... Y allí, borrosos, atropellándose, pasaban uyus, montañas, ríos que chicoteaban, cascadas, y tras éstos, lagunas, tropas de llamas, relampagueos de allpakas y wikuñas, bandadas de hunkallas, khenayas gitanas, unos sobre los otros, como si sólo persiguieran huir a ese dragón de cabeza negra, que avanzaba tragándose paisajes o espantándolos con sus bufidos y jadeos.

No lejos, un gringo panzudo y khakha amodorrado por el sopor del viaje dejó caer un cigarrote, que por cierto olía con más humildad que su dueño. De puntillas, hurtándole el resuello, caí sobre el gringo, que roncaba y humeaba.

Ah, qué ladronería de humo para tal asendereado de nubes. Cuando el remolino me dio tregua, porfiaba con los intestinos; ellos que se atoraban en el esófago por hacerse humo, y yo que tragaba humo embutiendo intestinos... He humeado ayer después de trece años; no cigarro khankha, soktapicho de indio.

Fue en el campo y Dios estaba todavía en pelotari. Mientras mis rapaces corrían, se pechaban, o coceaban; de bruces sobre el césped, devora que te devoro, echaba humo y devoraba un viejo libraco de San Jerónimo, el santo que tradujo la Vulgata y canonizó al felino. ¡Qué anatomía monda la de ese cerebro! Sentí que en mi delante requintaba el Chullpa-tullu. En cambio, qué jocunda brutalidad la de aquéllos.

Pero, vamos a cuenta con el Santo. ¿De qué trigo candeal se sustenta si no come? No creeré que cuervo alguno le suministre tortas,

como al de la Tebaida, aquel que se la pasaba en lo alto de una columna sin más espacio que para menear sus aflicciones y devorar las tortas; pues bien se ve que San Jerónimo gustaba de raíces tiernas, clorófila en estuches peciolados, agua pura como saliva del Alba, y hasta dedalillos de greda, de ésa que los ceramistas pukareños usan para sus Adanes. Y tal el petróleo químicamente nutritivo de su estómago de calandria.

¿Por qué entonces las digestiones se le tornan gruñido?

—¡Levitas, no levitais; que si de oro vuestro efod; de palo seco vuestras almas!

¿No tiene algo de la fiereza del Khorí-Puma? En verdad os digo que San Jerónimo, que arde aún como astilla seca, sería a quien se dejara profetizar en nuestros días sin que le desayunaran con Ricino, y, al último, al suplicio de Huss. Sin embargo, en el drama de su santidad hay algo más que gruñidos, hojas verdes, agua manantial, raíces tiernas; hay la encrucijada. El león que busca lengua de hombre para bramar, sabido que nadie le entiende que trina cuando llora.

Así, si os muestra la zarpa, y gruñe, no le deis fe; bien se ve que arrulla.

Ya no hay animales como él.

XI. He leído las Upanishads, San Tomé, La Ciudad Divina. Qué atracón bovino; si me alejó dos meses del mundo de los hombres y otros tantos de la deheza. Luego es difícil sacudirse las persuasiones que Agustín dosifica con sutileza impropia de un nómada. Las sumas de Tomé, bien que no convencen, dejan gusto a resplandor que se paladeará siempre. Pero el Saulo de Tagaste lo que hace: dale cuerpo no eucarístico a la divinidad: la historia; y la única forma de escurrírsele es pactar con Mefisto. Guay, si yo a ellos llegué con arrobada ternura, de la "misma" mano de Teresa, y cuando Gregorio Nazianceno me daba a aspirar el perfume de su redoma... ¿Acaso debo enderezar los pasos al cenobio, y por calles y plazas, azotar la carne, y azotar al Cristo, que sabe que ha resucitado en nosotros? Nunca renacuajo fue sacudido por El como yo estos días; porque luego la "Suddha Dharma", y su alegría absoluta, me obligaban a mirar en el quieto Bhodistava, sin azotes, en unidad universal. Acá hasta el filamento de

polvo tiende al Yoga, como Yoga al Brahama; y si no hay dioses, hay azotados divinos. Yeso es cada uno de los que fueron capaces de Bhoddi.

El único azote sobre el universo, ¿sabeis cuál?

¡Alegría! ¡Alegría!

Me han metido ya en los huesos la cicuta del caos.

XII. La vida discurre entre succiones de la carne y tentación de sí misma. ¿Tentación? No hay tentación de pecado; sólo hay tentación de ser. Si pecar no fuera vivir, pensaría si vivir será sólo tentación de pecar; y que para no caer en tentación de pecar, basta con dominar la tentación de vivir. Así, no se peca porque se viva; se vive porque se peca.

XIII. Me vierto en arena sobre la playa, en humus sobre la gleba, en flor sobre la candidez que me perfuma. ¡Amo!... Como la mía fue una adolescencia atónita, con la juventud me llega fuerza. Y si la fuerza de la mujer nos extrajo, también a la mujer nos vuelve. ¡Amo! Qué pocos besos para una imilla sin abecedario.

—Bien está; pues al fin todos acabamos en lo mismo. Otro tu problema: ¡eres mestizo y resultas enamorado de una india! He ahí tu thampa. ¿Por qué no buscas que una mestiza te enamore?

—No sé. No entiendo.

—Comprende que amor es afinidad; y que debes encontrarla en mestizas como tú. O eres un blancón aindiado...

—No entiendo. Las mestizas me producen miedo. ¡Yo mismo me cargo con no poco recelo!

—¡Canarios!... Finalmente, karrajuska, al Diablo con remilgos: eres tan indio como eres español.

—Eso, lo que me tiene temblando. Siento que tanto el español como el indio afirman tozudamente. ¡No sé a (do) Diablos me llevará todo esto!

—¿A do? A don Juan...

—¡Que wiswiría! El hispano me dice: ¡Sí! Y el indio no puede menos de seguirle: ¡Sí, tatay! ¿Tatay y Karrajuska? Hace lo contrario... Y

tienes que llevarlos hasta que te cargue la trampa. ¡Por el Divino Macho, no digas que esos dos tiran juntos la yunta!

XIV. Elake: de pronto hay indio que brama en mis nervios, y que me quedará opa hasta la resurrección de la carne o él suprimirá mis silencios. Vomito el "¡Sí, tatay!" y me alíneo con el "¡No!" del pututu. No; nó, siempre...

—¡Haniwa, karrajuska; haniwa!

Al nacer te arrancaron la lengua, y te la pasarás haciéndola sangrar hasta el morir. ¡No! Implacablemente. No; jamás lo aceptamos antes; no lo aceptaremos hoy, ni lo aceptaremos nunca. No: ¡karrajuska, haniwa, haniwa!

XV. Siento una succión de siglos que me arrastra; y todo se reduce a que estoy enamorado.

—¿Enamorado? ¿De quién?

—Del Crucificado.

—¿Darías la vida por el Crucificado?

—Siento que sí; si el Crucificado es ahora esa pastoral de greda. ¿Qué no tiene gracias? Y la mayor: que no lo sabe.

—Raro.

—¿Te resulta raro? Hasta lo raro me ha tomado ciudadanía; que si ayer espiaba la madrugada, encarando al Sol con melodioso apóstrofe: ¡Tata-Lupi: voy a cantartel; no bien aviento legañas y morriñas vuelo al pilón a donde acude a llenar el cántaro para el desayuno de sus amos. Y, allí; no te digo: la miro, la admiro, la remiro. Quisiera hablarla, decirla, palabrearla, estrujarla. Total: la Madre España temblando en el Tawantinsuyu. ¿Es que soy un tímido irredimible? ¿Un Amiel vaciado en barro mestizo? ¡No; eres el Tenorio remangado! Con el tacho babeando su agua fresca, se aleja, hipa que hipa, y yo, hipando, mucho rato, envuelto en su olor y el olor de su cántaro, me quedo, quedo... ¿Sus pies? No son pies, karrajuska. A esa hora están lavaditos ya, y fregados, fragantes; y si son de un rosa cárdeno, de cobre sangresangre, con qué gracia, se mueven. No lo sabrás nunca. ¿Has observado las huellas que las patitas de la korokuta dejan en las

arenillas de la playa? Si quieres seguirla te bailarán sus olorcitos en el aire.

—¡Zambomba!... No eres el mismo.

—¿Soy otro? Si; siento que he cobrado lubricidad de espiga.

XVI. Tengo la impresión de partear a la madre y que en las manos me recibo, saliendo de las viejas lágrimas con que me abrigaba su vientre. Veo que en mi sombra se ha escurrido la sombra, y que subiré ébrio con mi cruz al calvario. Anoche me he embriagado de piojo, de podre y de harapo. Fue en una chinkana de pobres indias que se venden por centavos tan pobres como ellas, y aman, lloran, bailan, y nos regalan su sangre y sus piojitos. Allí supe que una cosa es llorar pañuelos y otra, ébrio, y en la cruz, sin más que una esponja que esponja el wakaycholo; que una la tentación de las campanas, y otra la del piojo del indio que tienta a las campanas, que no es lo mismo construir el phutu que levantar castillos de humo.

Y sompensé mis derrumbes cuando una mujer vestida con mis huesos...

—¡He dejado la chullpa —con cavernosa voz me dijo— para que jamás dejes de llamarme!

—¡Horror!... ¿Quién eres?

—¡Soy —me susurró en la oreja—, soy la que no puede sino amarte!

Ya estás en mi corazón, ahayu de la tierra.

Y tu charango me habló del ayllu, me susurró palabras lueñas del Inka, harawis de las Sirenas de las pakchas. Un súbito saludo me trajo del cielo remoto e inescrutable, de donde con la Primavera nos llega el Khorekhenkhe, mensajero de flores, de vientres y de frutos. Me enseñó que para llorar en los surcos no hacen falta Padrenuestros, filosofías ni entorchados: sólo la guagua...

Tal la khellkha kosko con que puse punto final a la Fe de erratas de mis veinte años.

H A Y L L I

Ahayu del chullpar;
oro del lloro...

XVII. Este, el más viejo de mis estratos. Cuando forcé a la Virgen María a revelarme por cuáles razones no me alimentó de su moreno seno; se redujo a mostrármelo apuñaleado y sangrante. Sí; tuve otra madre: la tierra; la india Margacha.

El día inundaba hasta la galería de los hukuchas. Sol titikaka. El rebozo, de un challante rojo de coágulo, cayendo sobre la plizada y austera pollera negra, dos ojos, ni extraños, ni desconocidos, se detuvieron junto al cedrón.

Domingo.

—¡Guagua! ¡Mi guagua! ¡Guagualay!

Rechinando dientes mientras angustiosos trabucaban entre los rapazuelos, en esos ojos una lágrima temblaba buscando a su guagua.

Luego la reconocieron imillas y llokallos.

—¡Mama Margacha! ¡Mama Margacha!

La abrazaron; la besaron.

Mirábala, atónito, petrificado. No sé si llegué a esta idea; pero siento ahora que la miraba como quien de pronto se mira a sí mismo. La india volvió a arrullarme en el regazo; y yo me sentí guagua en el regazo de la tierra.

En su proletaria humildad, gran señor siempre, el carpintero me señaló sitio en la mesa junto a Mama Margacha; y por toda explicación musitó,

—¡Eres su hijo!...

Este el más viejo de mis estratos. Si me prendía del ñuñu, no debía estar más allá del primer año de existencia. En el recuerdo de un sueño soñado veo árbol muerto cuyas raíces, vivas, se han incrustado en el centro del mundo, cuyas ramas se perfilan epilépticas sobre el cobalto del Titikaka. Y allí, las mamalas del "Hotel de los Agachados", que parten de su olla el chupi con los aparapitas; hez lacerada y hambrienta de este paraíso de los Gamonales. Sobre todo veo, y siento más que veo, que la mama Margacha extrae el pikchu de la boca, y para hacerme de tripa fuerte como el anu, lo exprime en la mía.

¡La kukita de mama Margacha!

Era un tronco del Hatun Kolla; y era parienta de la Virgen María, No he vuelto a verla. Cuando la recuerdo, en la cruz me sofoca el gusto de su coca, y me cae de la espina extraño sabor a hueso podrido.

Pero, al último, el gusto de su coca se ha tornado para mí el gusto de la verdad: por ella es que he vuelto.

.....

XX. La embriaguez que late y destroza la entraña me dice que en mi caos está coagulando el oro.

Solitario en mi tumulto he pasado desde la madrugada en las cumbres de este herraje de montañas, erizado de roquedos, de espinal, de nidos de khisimiras y de urpilas, de punzadores hichus; batido por los vientos; confidente del cielo-lago y del lago-cielo... A cada paso chullpas, chullpas y chullpas. Allí los hombres que crearon el mundo; allí los que me amaron un día; allí los abuelos y tatarabuelos remotos de mi madre. Aquí del uchukhaspa, del allkamari, del lluthu. Aquí retorné sociedad con ellos, los seguí a sus acérrimos nidales, perseguí sus fugitivas galerías, descubrí el rastro de sus alas en las nubes. Allí a gritos reproché a los Achachilas el tardío reencuentro.

—¡Guaguay! ¡Guagualay!

Hay que estar en soledad de paja, de roca, de viento, para sentir la primogenitura de la tierra.

Tata Lupi: mi preñez era preñez de varón, urgencia de postrimería.

—¡Guaguitay!

Veinte años se enternecían en las patitas de la khorokuta, patitas arreboladas, lavaditas ya cuando el ancho Sol Se sopa en el Titikaka.

—Gai. Si la imilla viniese a la cumbre, mamitay, vería al hañachu enloquecido en la cruz...

.....

XXIV. La humildad de mi padre no pudo soterrar al hidalgo que heredó de antepasados que no había conocido. Cuando íbamos a cenar, con una contrición que resumaba siglos y catedrales, agradecía al cielo la limosna de cada día, alargaba la diestra para que sus hijos la besáramos, y sólo después en la bondadosa y luenga mesa, no tan luenga como su anécdota castellana, devorábamos el yantar, prendidos a su hermosa, inolvidable palabra.

—Y ante todo, hijitos, que Dios nos dio el mundo, para ser buenos, humildes, serviciales; que nunca demos motivo para que el cielo nos mire con tristeza. Cuando la soberbia quiera adueñarse de alguno de ustedes, se acuerde que el carpintero hasta bien mozo no conoció zapatos; y que si aprendió a leer, fue... porque se dio maña para adivinar el ABC. Eh, qué hacerle: así lo dispuso el cielo. Pero, qué digo, pecador de mí: ¡el cielo jamás me dejó de la mano! Si el patarata del bisabuelo...

Y, allí, por centésima vez venía a sentarse en la mesa humilde el fantasma del tatarabuelo. Fausto. Haciendas mulares en el Cuzco. Prosapia hidalga, en que uno de los trece gallos de la Isla se negaba a asesinar indios. Empelucados doctores, pasmo de la sabiduría colonial. En la pastosa lontananza todavía una Santa castellana de divina lengua; y bajo una capa treinta y seis años que terqueaban entre las Canarias y Castilla la Vieja. Eso era el tatarabuelo: lo más español que dejaron las carabelas. Una noche jugó a los dados, recuas, haciendas, casas, hasta la tapa de los sesos: nada más español. No le quedarían sino una hermosa mujer y siete hijos.

—¡Arguya, don José: le han ganado fuleros!

—¡Voto a...! ¡Dios en el cielo y en la tierra el hidalgo!

Al abandonar el maldito figón, el tatarabuelo destapó su hermoso cofre español; y como los primeros floretazos del Sol tasajeaban la tiniebla, del cofre del tatarabuelo saltaron escapularios, piedras preciosas y pepitas de oro... Ni las pepitas habría de dejarnos el hidalgo infeliz.

En mi padre humilde queda la belleza castellana del tatarabuelo.

XXV. Nuevamente el wakaycholo. Su recuerdo es de náusea y horror; y en él hacen el polichinela ciertos burguesillos tarados de literatura. Dicen que me respetan; pero siento que me temen, si soy para ellos uno que viene de la horda. Como en el cenegal alcohólico agitaron la ciénaga, nada me recaté e hice flamear una insolencia arrodillada hasta ese día. Reconozco que mientras el licor no encalabrino me oían bobos o tiernos. Pero cuando se abatieron antifaces y el cabrito se vio el rabo desnudo, tiró a tirarse. Entonces, me gritaron, no: me escupieron gritos y baba. Que si los cabros de la

Cafrería eran capaces de entender el espacio tetradimensional, no lo eran de reconocer que el indio, harapiento y piojoso, sea la estirpe del hamponaje de la chistera. Sin soltar la botella avanzamos chorreras allá de la aldea, y nos internamos en la pampa.

Cielo ahíto de estrellas.

Viento, viento que rugía. De pronto, dentro la tiniebla se perfilaron sombras silenciosas; y de los cuatro que vociferaban tres temblaron, de asco, o de miedo. Fue entonces que un ronco maullido rompió los bramidos del viento.

—¡Los indios!

Entendí que era venido desde la urna donde suches virreynales velan los huesos de Francisco Pizarro, si, lívidos, lactorrágicos, se lanzaron sobre las sombras y las aporrearon. De las sombras silenciosas unas huyeron, gimieron otras; se acoquinaron las más. ¿Qué hice yo? ¿Defendí a los indios?

No. No.

No lejos se dibujaba la capilla del Cementerio, y, allí, inútil, mi cruz: el garabato inútil.

Sólo un kirki lloraba entre las cruces.

¿Qué demonio negativo me poseyó? ¿De qué antro putrefacto salía? ¡Los ancestros! El picador de toros que América consagró cura de almas. El pechero que se apropió la encomienda y devino señor feudal. El Capitán de los Tercios, que acabó tercero de lupanares... ¡La sangre, en que todo es pasado; en que ningún pasado se liquida!

Escribo presa de una angustia que podré escupir en siglos.

Has ofendido el alma de tu madre con la sangre santa de tu padre.

.....

XXVII. Me escurro. Siento que me escurro. Siento que no soy, que jamás fuí, que seré ya nunca. Me escurro. Me escurro. ¡Ah, así te labras! ¡Así te modelas! ¡Así te harás piedra y serás montaña! ¿Me he perdido? Buscadme en el hampatu. En los ponchos. Buscadme en las chuspas. En la chinkana de las khawras. Preguntad al Waksallu, al kirki, al wakaycholo. Y si nada saben, parad. Habrá sido inútil. El torcedor y

la vergüenza me habrán sepultado. ¡Infeliz carpintero que engendraste bazofias! ¡Pobre Virgen, venida a menos, que pariste hokollos!

Mi padre me ha recogido de la calle, donde yacía, ébrio y destartado.

¡Oh, fragante amanecer de mis chikchipas!

—Mira, hijo mío: ¡no me mates! Acabar así es acabar con tu padre. Todo se reduce a una cosa bien chiquita: abre tu corazón y deja que Dios regrese a él; que vuelva a su nido el pajarito amoroso. Ya te cantará, te cantará. ¡Ah, cuando su trino te enloquezca! Tú no sabes...

¿Trino? ¿Trino has dicho, varón entre varones, el más noble y sabio de los hombres? ¿Trino? Si, padre mío y de mi hueso: ¡trino!, ¡trino! Abriré el corazón al pajarito amoroso, y enloqueceré, desnudo, con su trino...

XXX. Oh, fragante amanecer de mis chikchipas. No tuve necesidad de hacer mi camino fragante. Lo hicieron ellos por mi amor y el de mis trinos.

Han venido los Allkas de Utawilaya, los Champillas de Pillapi, los Chokes de Warisa, los Pachos de Konkachi, los Mamanis de Mañaso. ¿Quién se lo mandó? ¿Quién les mostró mi camino fragante? El Pako-Achachila lo ha leído en el fuego de la fogata; la Mama-Kuka lo entona y salivea. ¡Pasen, hermanos! Si tardaba en ir, han venido ustedes. Es lo mismo; y es mejor.

Pero ya no son Allkas, Champillas, Chokes, Pachos, Mamanis. Ahora son el Khillikhilli, la Chusekha, la Chiarauma, el Theskho, el Hampatu. Son Khenayas, Orkhos, Warawaras, Pakchas... ¿Y quién a éstos lo contó? Ah, Theskho, bribonete; fuiste tú, a quien se lo fió el taimado. Lakhato pues él me viera llorar un día cuando entre los gringos hisañus me buscaba. Mejor así: mi corazón estaba vacío y en él, casualmente, caben ustedes. Penétrame para siempre, Khantati-ururi, estrella de mis trinos; y tú, hermano Titikaka, con tus cargas de challwas, balsas y balseros, con tus verdes totorales trinadores...

—¡Chio-khoril! ¡Chio-khoril!... ¿Dónde bogas? ¿Dónde trinas, Khoril-Challwa?

Ya se rompe la cáscara del Hake.

¿Qué te retiene, Achachila-tata? Y tú, Huturi, que chicoteas con tu cola de fuego cuando en el lago se duermen los balseros: ¿por qué tardas? Barrigoncito Anchanchi, cabezón pernicioso y cruel, no vaciles y sobre todo no me temas.

Y en un trueno de las nubarras: cherekañas, kurumpilas, yarakas, pichitankas, korokutas, allkamaris, pariwanas, osles, phanas, chenkos, tiutikus, thayas, kurmis, okamamas, thosankeyu-mamitas, Lupi-tata, Paksi-mama.

Son el villancico de la Margacha.

—¿Y tú, Khor-Challwa? ¿Qué espera EL PEZ DE ORO?
Cerraré mis compuertas, y no las abriré, pajarito; no las abriré si no me trinan tus relámpagos...

.....

XXXII. Después de siglos me ha sido devuelta. Cuando la imilla llegó al pilón por el agua para el desayuno de sus amos, la tomé de la mano llagada y dándola violento tirón la encerré en los brazos.

El tirón frutal, por ti, mama.

Sea por ti el beso, padre medieval.

El garañón se me había cambiado en palomo, y la horda mestiza arrulló a la imilla, como habría llorado a la tierra.

XXXIV. Falta por rendir el último templete, el más temible: los propietarios de la greda viva. ¿Cuánto les había costado la bestezuela? No; no podría proponer la recompra, ni argüir con la Bula de Paulo III, que la imilla no era cosa, ni acémila, para entrar en el inventario de la heredad. Y, sin embargo...

El hacha-tata, que era rumboso Kuraka sibarita, vestido a la usanza de los mineros de Layka-kota cuando esta mina partía privanzas con el Potoksi, y justificó los entreveros de vizcaínos y vascongados que habrían de acabar con sus caciques en la horca y con sus balas de plata enterradas en el corazón del Santo del Sepulcro por tomar bandería al lado de los más platudos y gorriones, y el Consejo de Indias entendió que no había manera de acogotar a sus levantiscos colonizadores, tanto como a los kunturinos Monrroyes, capaces de estrellarse el cráneo en una roca antes que doblar la cerviz al yugo y

látigo hispanos, que elevando al Phuñu a cabeza del Virreynato Kolla, tributo, al mismo tiempo, de la pernada con que pagaban las indias su legendaria hermosura; este yacón presumido, llevaba como el más pulido de los marka-masis, recamado poncho de wikuña, de hilo como cabello de ángel, bufanda ancha y vaporosa, botas de charol, foete de verga, sombrero haldudo de jipijapa piurana, a juro, bravo busto, aunque totalmente hueco, venía a la aldea sólo cuando sus imillas estaban en el noveno mes de la maternidad, y tenía tres, o más, toneladas de chalona listas para la venta. Y entonces, seguido de hermoso terranova, ya tan peruano como Ramón Castilla, pues bien que hacía notar eso y los pechos de su amo, llenaba con el atuendo de sus monas las apretadas callejuelas, alimentaba al anu, a la vista de los indios hambrientos y de sus babeos, con piernas de jamón, y vaciaba champaña sin usura entre aquellos de sus paniaguados que le mosqueaban la espalda y se le chorreaban a limosnearle escudada sea la parte, que allí le sentían regusto a Presidente de la República...

A éste, digo, ni pensar en proponerle el arreglo.

Una mañana la imilla se hizo noche en mis chikchipas. Y entonces la destapé como se destapa entre los dioses (Ganímedes lo sabe) las caracolas del cañaso divino.

Mi última metáfora indo-europea habría de ser; que más allá nada espumaría en mi corazón, sino la Khenaya, ese espumarajo de la ola y del viento.

Me internaba en el imperio de mi lágrima.

¡Adiós, walkyrias de talle de helicóptero! ¡Adiós, menjurses alquímicos!

Sin gloria os dejo y sin pena me voy.

.....

XXXV. Ya florecieron las Khantutas. La imilla me mama de tanto que me ama; y si de mis tendones arranca la flor de la hawasa, yo en sus senos abrevo el aliento de hawasa en flor.

—¡Sol, Padre Lupi: mira este vientre!... Ya soy un hombre... "Mira, el olor de mi hijo, como el olor del campo".

¡Tenemos que huir, imilla! ¡Tenemos que huir a la charca!

La poesía crepita y revienta salvas de camaretones en mis ojos. Cuanto toco se vuelve canción. Cuanto miro, danza, y danza la tierra bajo mis plantas. A trueque de kilómetros de lengua, llegaremos a Orko-pata, y vencido el centímetro de lodo, además de los jardines se abrirá un panorama proyectado de ellos, macerado en los sonkhos: ¡Mi hijo! ¡Hijo mío!

—¡Guaguay! ¡Guagualay!

XXXVI. Charango cholero, retíñe tus cascabeles. Dícenme que el charango no es indio, y es, quizá, la contravención de la bandurria, o reducción cervical de la vihuela. Tal vez... Pero yo me sé que en Berlín, o Londres (donde a América y a los kuikos americanos nos catalogan en nomenclaturas darvinianas), hay ceramio inkaiko que demostrara, si se lo pidieran, que el indio poseyó un guitarrico tan semejante al charango. Mas, aunque así no fuera, aun siendo hispano, o por ello mismo, atestigua la apropiación, adaptación, transformación que América ha consagrado de un instrumento de cámara (será así), que expresa lo más primitivo de su pánico. Y qué: ¿acaso los mestizos no somos vihuelas cordobesas en que charanguea el indio? Un charango a la ginetá es el Supay en cueros que provoca al pecado fecundo; y bien de amores tristes se queje o solivante a los padrillos, sus cuerdas de tripa y sus nervios de metal khaswarán sobre las mismas lacerias de la cruz... Arcádico es el pinkollo, lírico y hasta litúrgico; saudosa la khena, llora penas negras, y cuando apreta en el silencio de los ayllus no sé: vienen ganas de mascar la cruz. Sólo el charango traduce el markamasi, al cholero del wakaycholo. Pero no te lo agarres laminillas corticales, como el Stradivarius, si quieres hacértelo unito. Busca la concha del Kirkinchu. Sólo entonces sus voces las del trino, sus lujurias las de la selva, el Sacha-runá, las ciénegas.

Es un Kirki, se dirá en los siglos venideros del hombre que pactó con la muerte.

XXXVII. Ya estamos fuera. La cazurra balumba llega con el ladrido de los gamonales y los karrajuskas del clarín, de que enhuevan los gallineros. Al amparo de romperüidos y vegetales pararrayos, el cuerpo se abandona, nos poseen aires azules y fluye la paz del agua.

H A R A R U Ñ A

Mirad, lakatos: chamusca el Sol
la dura piel del hombre;
raja el ácido berrocal,
que morder no pudo
el diente de los siglos.
Oid, lakatos: el Sol
con el amor juegan al arco.
Y si thikchan un chocho
con la vida;
también thikchan chochitos
con la muerte...

XXXVIII. En medio a una explosión de retamas y cedrones de verdes undívagos, que invadían las haldas de las colinas, apelotonábanse entre desfiladeros rumorosos de pakchas y riachuelos, lamían los roquedos, trepaban las bardas, o tomadas de femenino impudor se velaban en los oquedales, tejí mi nido, y adobéle del barro batido por las llokllas, al modo del hornero sajaz. A poco de las habitaciones, en los jardines, veíase un juego de linfas, que danzaban acá, allá cantaban, ya cobraban andenes, inundaban hoyadas, o desparramando vegetal ternura caían en la hambrienta boca de veinte años de la tierra... Sobre mi palabra: ni la más rabiosa imaginación concibiera tal germinación de planos amontonados en la flor, arracimados en cuadriláteros aéreos, al gusto de las perkas, de cubos de blancuras monacales, o de bermellones sangrientos, de alfombras de geráneos, edredones de salvias, lamiendo roquedos, embufandando peñascos, para luego fundir la policromía de las corolas y los verdines de las hojas, en rampas y follajes, mientras al fondo de la quiebra odoraban los pebeteros de la Mamita-Thosankheyu, no paraba un segundo el ritornelo de las linfas, y un resplandor de esmeraldas sacudía la solana.

T R E N O

Bien está. Escribe ahora... Esto se hizo a la medida de tu sueño. Este, el nido en que emplumará tu paisaje. Y es que de tu ala viene, y es tu dínamo, y no porque fuera hecho antes que tú, sino imitando prismas y pirámides de tus cristalizaciones. Mas hasta verlo, y succionarlo, como la imilla te succiona, no alcanzaste a penetrar en su instinto magnético. Y así tampoco penetraste en la magnética de lo indio, nada te dijo la decorativa de ariwallus y mates, ni sílaba te alcanzó de sus piedras totémicas, de sus khataris hieráticos, y menos del Suchi trabajado en la teogonía de EL PEZ DE ORO. Esa magnética no era un espejo paseando su inocuidad en la vida y cabe las cosas; era una gana de trizar montañas, y entrañas, de extraerles el Haipuñi y los Anchanchos que por ellas circula. Esa gana enigmática, que tú bien sientes, se dirige de la superficie estólida a la profundidad oscura, moviente y prolífica; es raíz, no flor. ¿Por qué lamentar si te falta historia escrita del Inka, si hay otra, sensorial, tallada en las anisotropías de tu sangre? ¿Que está muerta? ¡Wakra! Saberla encontrar es todo el problema de América. Agrega: vivir no es ciencia; es arte.

XXXIX. ¿Serenata? ¿Y quién la da? Rezonga el río sin descanso y fácilmente las noches llegan al pleamar. ¿Serenata? Si. Ya tiemplan los charangos, acuerdan los pinkollos, ya suspiros de khenas se encienden. ¿Oyes? Qué chisporroteo de phusas y wankaras.

—¿Tomaremos alcohol?

—Para qué... Ni tan siquiera aka, imilla. Bástenos la chicha del alba y el alcohólico chiwanku de los crepúsculos. Calla. ¿Oyes?... Esto del novio en casa tiene sus bemoles.

Y un turbión de amapolas se mete en los oídos.

Yo el mío dispongo en el epífasis de la diástole; y siento la sublime serenidad de su sangre, el bendito trabajo de la hormona.

XL. Ya, ya le poseo. Esta evidencia es tan comprobable como la de que uno y uno son dos; por más que un macho y otro macho, así el pubis se abollen, puedan darnos sino dos unos, y nunca un dos. Esto

me lo soplaste en la sangre, tú, divino Sócrates; mas qué hacerle, si los sabios lo hacen.

Kempis, Nicolás de Cusa, Maestro Eckardt, Juan Jacobo... Ateos al revés y al derecho, ateos en la divina copa, ateos en la copa de Falerno. Ah, qué gran cosa fue haber partido mi chupi con ustedes, qué gran cosa me fue pelear conmigo mismo y con el chupi. Y me gozaba con tomarme del gañote, soparme en el río y macerar la carne que gruñía ahíta.

—¡Cómo pudiéramos amar más lo que amamos!

—¡La flor arraiga tus raíces, como el Sol se apodera del Alba, y la suprime!

—¡Columpias en el relámpago; y ya eres rayo!

Y aquella voz, valerosa e inasible:

—¡Atrévete a ser tú mismo!

XLI. Abajo el Bajo. El pueblo, chinkana sin Sol. La aldea y sus voces; sus meretrices y cabrones sin alma. Pero, en oposición al Bajo: Él, con nosotros; el que suprime y oprime. Y en Él nos hacíamos libres, holgábamos en Él, en Él perfumábamos y henchíamos, en plazas, calles y garitos.

¿Me absorverá el tumulto verde?

Ni la flor te amasará rojo; ni azul te tundirá el agua.

Tú, eres Naya...

XLII. No sé. No sé... Desde la perka miro al Titikaka en la santidad de la sustancia: limpio, terso, cristalino.

H A R A R U Ñ A

Si el Arun-thaya
la algarabía trae
de la gaviota;
flameando
entre esmeraldas
luz de oro llueve
la Khesana.

Sólo vieja lágrima
de bruñida plata eres,
Titikaka,
plañendo su esmeralda...

No sé; no lo sé. Algo susurra la brisa. ¿Es que ya traduzco la vieja lengua del Arun-thaya porque animal humanidad afina mis sentidos? El pajarillo duerme en la arboleda, mientras su madre atiza el fogón, atízalo, clemante; pues ya verme transido quiere. Y para una mujer como ella, buena y mansa, no hay transfixión comparable a un plato de papas sancochadas, y unos choclos tiernos, y unos huevos duros, y un llatan de ajíes verdes, chikchipa y wakatay. No sé; no lo sé. ¿Es que he venido a pastorear mis huesos? ¿Por qué este viejo hueso me bala?

XLIII. La pobre mujer no comprende que no ha de llamarme padre.

—¡Tata! ¡Tatalay!

Dicho de su lengua no es más miel la miel de las abejas. Escruto en el fondo de sus ojos, y ellos nada saben. Pero yo miro que saben: saben que en un remoto pasado sin comienzo estuvimos en el ovario maternal; y ella contó cincuenta madres y yo cincuenta padres encaré.

—¡Tata! ¡Tatay!

—¡Mamita! ¡Mamalay!

Después de ésta queda muy poca dulzura en el mundo.

Compruebo que me está cambiando su cariño por respeto, veneración; no sé si miedo. Está disolviendo su yo en mi yo. Su rezo ya no busca el cielo, si, contrito y humilde, se acurruca en un mico: mi corazón. Ya soy su dios, el dios que siente relampaguear en los huesos. Y, como cada día la devoro un poco, ya es mi sombra en mi sombra, mi són en mi són.

XLIV. De qué acueducto del mundo no vendríamos y cuántas razas y lenguas de sus dominios no amontonó el Intipchuri un día alrededor de esta su charca del Titikaka, si sobre el humus atlanta quedan shiris, aymaras, chipayas, kheswas, chimús, urus... A éstos les he visto en islotes en lo más impenetrable de los totorales y su

primitividad vino a serme como la cortesanía de los tiutikus. Junto a los zancudos y negros mihis, los rosas y lineales pariwanas, los blancos y sucios khankhatas, chapotean en los bofedales. Y aunque hayan cobrado las penínsulas no abandonan la tierra cenagosa a la que atribuyen su mítico origen. Si las jovencitas tienen la seducción de la chokha tierna, las viejas dejan colgar, apergaminadas e inútiles, mamas flácidas, que parecen el ala traposa de los soknas viejos.

—¡Liwlay! ¡Liwlay! — trinan las doncellas tras la mariposa de alas flébiles.

—¡Okchichi! ¡Okchichi! — gruñen los mozos a los cerdos.

Son cándidos como las aves y las nubes; y viven en dulce promiscuidad con aves y nubes.

Aquí las crucifixiones del sexo nada saben de cruces ni oyen campanas nunca.

¡Y yo siento que un campanero en los totorales ya talla mi tañido!

XLV. La khaswa es de los Katekates del paisaje y los Hutureis de la ola. Y es que los Anchanchos se han enredado en la profundidad de la sangre, y nos hacen vivir como las flores, perfumando; como los árboles, imantados al cielo; como los hampatus más amando que cantando. Y si al partir el tata nos da breve escena de ternura doméstica, al retorno nos brinda el sabor de la ubre.

XLVI. Llueve. La tierra se empapa. En el crepúsculo tiemblan cortinas tenues. Las vacas mugen desde el establo.

H A R A W I

Bajo los kollis
baila el Anchanchito;
baila el Anchanchito rojo
de los sankayus.

El rito coreográfico y la llovizna adormecen sus ojos, momentos de arrullo del cedrón, los cherekeñas, los chaiñas, de las manzanitas que le gorjean desde el árbol.

H A R A W I

El viento sus flautas finas
consuena el tierno són;
junto a imillas clavelinas,
el pututu del español.

El violón del moscardón crepuscular persigue los gruñidos del
río, que abre su fauce verde, y en ella titilea su dentadura de moluscos y
piedrecillas de ágata rodadas en milenios.

T R E N O

¡Thumos! La hora de la batalla se aproxima. Hermano y varón
sabio; monta la guardia. El oro fue siempre motivo de guerra entre los
dioses. ¡Armame centinela de la pukara, y ladra, ládranos, si adviertes
que se vierte! Si permaneces vivo, desnudaremos la espada muerta...
¡Thumos!

H A R A R U Ñ A

¿Unktati urpanaka hiwañan
akiri orasionana llaki?
Pankara kalaktiw hawiraru
hachjasin sarjew...

¿Ves la nubla de muerte
en el desconsuelo de la tarde?
La flor se desgaja,
cae en la linfa;
y se va, llorando...

T R E N O

¡Thumos! Álzate en medio de tu noche; y mira: ¿Qué intruso festina en tu jardín? Hay quien, negro, lo recorre impaciente; cada vez más etéreo, ayer tenía la ventolera de tu alma. ¡Thumos: negra codicia babea por tu oro! Párate en medio de tu noche, y míralo. Míralo a los ojos, sostén su mirada; y si ves que su latido parece el angustiado vientre del leproso, no aúlles, Thumos. Ladra, ladra, ladra...

XLVII. Hemos vencido uno más de los caminitos de la caverna. El jadeo multiplica obstáculos.

H A Y L L I

Tiene obsesiones verdes
el sudor del pedruzco.
Cantellean, vibran,
nuestros pasos.

¡Él nos espera!

Sobre las arenas
de la mar,
cuatro mil metros
de khollos.

¡Él nos espera!

Cintarazos del Sol,
oro de sus alfanjes,
acuchillan
el ojo muerto
del abismo.

¡Él nos espera!

Ya siega la segur
estrellas
como espigas;
ya siega espigas
como estrellas.

¡Él nos espera!

XLVIII. Cumplo como puedo mi decoroso voto: no he vuelto a abrir un libro. Para qué, si a través de las nubes se ciernen las estrellas. Para qué libros, si la brisa hace en el lago macarrones de oro, mayólicas de perla. Para qué libros, si todo es apetitoso y mayormente lo es sentir que vamos por la escalerita de las nébulas azules y que la luz ahogada en turquesas y prusias es el mismo azul en la sustancia de las ollas, y en el ancho mundo, que voltejea seguido por sus olorcitos de cocina. Para qué libros, soy el libro mundo, si dispendio mundo de urus, matakllus, berros y hampatus. Para qué libros, si mi embriaguez embriaga y me siento cubierto de lianas, me siento tierra fecunda, de que arrancan su raíz los árboles profundos y los líquines.

Es nó que el aire entone, sino que el nuestro es un aire de pájaros de sangre. Es nó que el ala del viento se agite en el hígado del mundo, sino que nuestras venas trallan, estruendosas, en los días Koskos.

¡Ala, hala!

XLIX. La prudencia es el arma del indio y la coca es el arma del Layka.

—¿Tenemos Anchanchos, tata Pablito?

—Tenemos Anchanchos, Huturis; tenemos Haipuñis, Katekates, Karisiris... ¡Purquíria! ¿Por qué? Vamos; miraremos.

Las hojas de coca son los ojos verdes del indio.

Y la lluvia de coca no pára. Llueve coca en la misa. Llueve coca en la risa. Llueve coca en la brisa. Misa, risa, brisa: ¡kukanis!

El sabor de la coca en el hígado.

—¡Tu coca está amarga!

Nunca mi coca fue dulce, viejo Layka, hermano.

XLIX. Secos los belfos rendían la cerviz los bueyes, husmeando en la ardorosa vulva de las becerras un borroso recuerdo genital de ubres, un marchito recuerdo de genitales; y el tremor de las mamas hacía más triste la bruma de sus ojos. ¡Pobres bueyes condenados a cargar los genitales en la baba!... Pero he aquí la pastoral en las majadas de corderillos cuyos pezuñazos suenan lo mismo que el granizo en los kinwales y se agitan en blondos oleajes cargados de lujuria.

¿Es que entonces es el buey lo más fiero? ¿En dónde, si no, en dónde está lo fiero?

L. No hay sorokchi. Mi corazón tamboretea leal y noblemente; mi corazón malla su fuerza. No vaya a creerse que el sorokchi desposara al allkamari. Es el impaciente corazón que me abraza en Él, que me abraza en el celaje de sus rubores; que entre Él y Naya pone una corriente de hálitos. Que le hizo vegetar un siglo, que le dejó vegetar dos siglos, que le dejará vegetar veinte siglos. Que ha de dejarle un día iluminar la luz de las arboledas, donde esperaré en la savia, en la raíz, en su lágrima.

LI. ¡Ala, hala! ¿Quién escribió sobre la vida, y sobre la floresta, y las cascadas, y sobre el mar y las Atlántidas, esa necia palabra? ¿Quién dijo tristeza? Ciertamente, el dolor coagula lágrimas; pero es por lo mismo que los tumbos del mar lloran palastro. Ya comprendo las thachus que bullen, si fundido en la multitud del torrente y los jugos vegetales, llegóseme en un trueno a las venas, mi sentimiento se tornó el rumoroso ramaje de los árboles, y mi grito un trino en el montón de fresas de su trino. ¿Cúyo buril buriló el despreciable cenotafio? ¿Quién dijo tristeza, si la imilla es capaz del vidrioso uyuku darnos hartazgo de espuma? Mundo de aire y de agua cocinamos todos los días; y todos los días atizamos el fogón con el hueso de los Kollas, de los Mankos, de los Chibchas, de los Sapallas y los Thunupas.

T R E N O

Estás enloqueciendo suavemente. Y en tanto olvidas la noche del Anchanchó, su cuerpo de odre, sus patitas de ratón, sus orejotas de

khusillu. El acabó español también y espía tu oro. Mientras danzas, él ora al oro.

—¿Quién, Anchanchu tatakú, ora al oro?

—¡Nuestra España!

LII. Miro donde nadie ve. Miro los alfilerillos, los pakopakos, el trébol, su mundo infinito; miro que alimentan nuestras presencias. Miro mi largura en la tuya; en la suya mi profundidad. Y a Ti en cada uno de estos pequeños universos.

¿No viniste? ¿No estás ya? ¿Por qué la tempestad ha de irse en lágrimas renales? ¿Qué, qué espero? Ya nada. He borrado la palabra muerta. Nada ya espero; que de esperas se muere la esperanza. Desde hoy lo que en las manos no aferres, no habrá sido. Por eso, duro, nuclear, me ha cerrado el Tawantinsuyu; y dentro quedará este estar en el está.

LIII. He aquí el kusillu en la fauce. Yo traía a la cincha de mi pánico la escalera del cielo, el espinal y la mala pata poblana. Y esta mala pata sabía sino atascarse en el arrumaco colonial, hociqueando la maternidad. La maternidad era casta, su sexo bueno, su cadáver honesto, sus senos opulentos leche fresca, la pulpa de sus cholas libido en miel. ¡Guay, pero los cerdos libaron sus panales! La aldehuela del pinkollo y del tambor, de los faluchos de oro y perla, del hañachu y el khoñichi, de los hondos phusiris que se duermen en la noche de sus bombos.

¡Bon! ¡Bon! ¡Bon!

Bombos de los ayllus, latidos de la tierra.

LIV. ¡Ala, hala! Cae de una vez si vienes de la estrella. Y a poco caemos, de estrella en estrella, a la musíña de la quiebra.

Y allí: Él.

Hichu...

Los árboles se acuestan al socaire de las enanas habitaciones; está neblinoso el viento. Chillan las aves, y chilla mi corazón. Los chiwankus bailan wayñus. Mi alegría es Él, Él, a quien con la khenaya

que agüaita desde las colinas amamanto en el hichu que maceró mi sangre.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Viene a mí el evangelio de Thumos, y con la santidad de Thumos, un trino de sankayus.

—¡Piupiu-titit!

Cárdeno Willak-uma ínstele en olor y de olor de la tierra, cuando ya la vieja Mama-kuna le bruñe para darlo a quienes a Él venían por el pinkollo del pastor.

—¡Elake: Mamita-thosankeyu!

Inquisidor Quijano: por más que derribes mis chullpares, sábelo ya: eres Mamita-thosankeyu; eres sólo saliva de la madre. En ella, y no en tus campanas castellanas, serás el redimido.

LV. Calcomanía de calaminas y de hichus, cristalería de tejas hispánicas o mozárabes: yo os veo ahora y vosotras no me veis. Dolor... La calcomanía ha salido negra... Dolor que naces con el día, dolor que no esperaste la noche para nacer...

Hichu, hichu... Brincan olores genésicos; y un balsámico macho cabrió resuma lágrimas y esclavos.

A tí, te digo: superficie innoble de hojalata, en que la luz ordeña sus ahogos.

Hichu del ayllu en el relámpago; hichu en la pampa y el risco; hichu en la inmensidad agraria y en el cielo; hichu en las khallampudas techumbres; hichu en las khenayas y los trinos.

La piedad del Titikaka me brinda lo azul de la inocencia, y me obliga al Pez.

—¡Apura el hichu del Pez!

—De tus manos sea, Layka-kota.

—Electrizas al hichu; y ya relampaguea EL PEZ DE ORO.

LIV. Inocencia, qué cruz la de tu cruz. Me sustancia el charango. Y por calles y plazas, suburbios y cenizales, vagan mis fantasmas y mis thanosos huérfanos, trabucando sus viejos basurales y las puertas que aldabonaron la ruindad y el miedo. Habrá ya quien redima la cruz de

los zagüanes, y el silencio se animará en la vieja chuseka agorera para ir y morir en la cruz de la estrella, gritando: ¡Sicio!

H A R A R U Ñ A

Cuando le abandonas
a las algas
con sus verdes fontanas
le arrullan las Sirenas.
Y tú sólo sabes marrullar
sus ojos
y su arrullo.

LV. No me cabe más. A medida su día crece, crece terrible hermosura.

—¿Se bebe onté? ¡Yau! ¡Yau! ¿Men fuefo?

H A R A W I

¿Qué idioma hablas,
killi-killi?
¿Qué música haces sonar,
puku-puku?

LVI. Cuando el día que no se irá, esté, porque regrese, y no se ha ido, el viejo se hará niño, y el niño será el viejo.

Yo quería marrullar mis vagidos vahídos, pero éstos no son marrullos sino arrullos.

—¡Yau! ¿Sa bebe onté? ¡Yau! ¡Yau!

Es la nueva adoración en el viejo majano.

Con atolondros se esforzaba por vencer al rosal. Y como Lupitata cantaba en el jardín; la khenaya se acunaba en el repecho del monte; desprendiéndose de la fronda más alta, vibrantes los remos, los Killi-killis se detenían a observarnos; ¡rompiendo cascabeles la korokuta volaba desde el tejado; la lengua sabia de Thumos me lamía; la cocinera con sus diez y ocho turrone se daba al turrone, y la imilla

tiraba y trituraba el vergajo... Dejándonos boquiabiertos, ¡qué salto de plumas el suyo si florecieron las khantutas.

—¡ Piupiu - titit!

Ni lerdo, por frenético, desabroché el esternón de las chikchipas; y allí cantaron manantiales y borbotó mi arrullo.

T R E N O

Alabad chirimías y adufes si gimen charangos y phusiris; alabad la luz que fermenta en la sarna y en el beso del leproso; que danza el día coronado de myrtos y khantutas y el hombre de los pámpanos ha concertado con la Kuka y la Paloma. Alabad, sol y luna, cielo y lago, pampa y monte, viento de tempestad y viento de fruto. ¡Alabad: la hora rebalsa!

LVII. No areches mi fe, música amarga. Si quieres verlo... ¿No has advertido que sus alas se abrieron en un paso? ¿No has visto que midió el cielo con las alas? ¿Tan broma eres que ni la chicha del Inka te da viento? Un vuelo dio, como un paso... ¡Un paso! Comprende: te digo que ha dado un paso. Y qué... ¿Todavía no entiendes que fue un paso como un vuelo? Yo te digo que un paso es el vuelo total. Un paso dio el monte, un paso dio le brisa, un paso dio la espada. Un vuelo fue el del árbol y allí su fruto; un paso dio la luz y fue la danza. Un paso dio el mancebo, y ese vuelo que ves, es el canto del paso del mancebo que no pasa...

LVIII. Con osado primor despojéle sus Koskos y Kutimpus. ¡Fuera, chullu, de doradas wikuñas! ¡Fuera, puntada rosa y filete chokña! ¡Fuera, unku, de los porfiados nautas del lago! ¡Fuera, arqueológicos harapos! libres quedan su carne rosa y su pupila chokña; libre su pétalo chupika; su frente ancha y preñada; libre la centella de los ojos; libre su boca para besar un día más en la vida que en la muerte. Y volvíle al embrión para quienes ya querían quemar sus resinas y adorarle.

H A Y L L I

¿Dásle a la piedra
alma de sangre?
¿Quieres del yoka
hacer tu alma?
¿Amasarás un hombre
con tu lágrima?
¿Cobrarás tu lágrima
en el hombre?

LIX. ¡Elake! ¡Elake! Y le puse en su hornacina de diamante bajo el torrente menudo y suave; de manera que quienes en llegando le buscan le adoraran, y quienes desearan gozáranses sus sabores y su trino. Pero, Él, sabidor como el que más que su reino estaba de las Atlántidas por lo bajo y de las Hespérides por lo alto, se embriagaba con la gozquilla del agua y chapoteaba en las arenas y el polvo tibio y graso de la madre.

¿Que cante ya, Orko-pata? No fuiste tú de todos el más Tiwanaku, ni el más enajenado; siendo yo Tiwanaku, es mi deber ahincarlo ahora que la visión se Inka; y están las pakchas y las Akllas, los thikis y los Mihis, los khataris y los Kañaris, los kunturis y los Kunturkankis...

Él en el fulgor se hiergue vÍgile, y en la estrella su fulgor centellea. Le harán guardia los sapitos verdes de los manantiales; le hará guardia el Suntur-wasi; en la espadaña de la cruz un mudo waksallu cavernoso le hará guardia mudo. El hokollo le hará guardia. Le harán guardia los cherekeñas de Orkopata. Le hará guardia el allkamari, el pako-allkamari. Blandido por la adoración le hará guardia Thumos.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

LX. Cuando la ubre preñada la vaca muge:

—¡Mú! ¡Muuuuuuú!

Cuando la temperatura de otro tiempo sea la de esta hora de tramonto y de Angelus, se oirá de nuevo:

—¡Mú! ¡Mú!

Pero, ya sabremos que llaman al ternerito que todas las noches se nos va en el alba. Le llamarán, y no la llama; pues la llamarada vino, y no la khawra.

LXI. Hendido su alarido en seminal dulzura, veladas bajo cendal de lágrimas y con los pezones viudos, las Vírgenes del Lago atropellaron sus pukaras.

—¡Mama, mama, Khorí-Challwa!

—¡Mama, mama, Khorí-Challwa!

—¡Mama, mama, Khorí-Challwa!

Le ofrecieron los viudos pezones lujuriosos, y tomándole, desnudo, con su olor sazonaron las sazones del agua. Y quien en los labios le brindaba clavelinas nazcas, quien un osle aymara en la vagina. Y tropas de mauris, de waksallus, parewanas, chenkos, kono-challwas, rindiéronle secuencias, entanto el coro kheswa plañía y danzaba empapado en el trino del pinkollo.

C O R A L

Kaipi
wañuska
llakta
guaguan.

Kaipi
Layka-kota
Khorí-Challwa...

He aquí,
el hijo
de la ciudad
muerta.

He aquí
EL PEZ DE ORO
del lago

de los brujos...

T R E N O

Tu ansiedad le mata. Tu coca tonta no ha sabido pagarlo. Sube al cielo, roba la Llama-ñawi, móntala sin bridas, luego, suda el sudor de sus calcañares, si eres todavía digno de la Maska-paicha y de la tiana de oro que mandabas. Lloro con tu Orkopata, y azótete el agua de manantiales que no conocieron labio humano. Engendra en las khawras, y adora, de rodillas, al Puma. Y grita, y pateo, y gruñe, y salta, y maúlla, y muerde, y devora, y quémate en la fogata. Ah, tu sotana diezmó la era del Inka, y el kinwal pudre y apesta...

LXII. El sueño le vence: qué sueño. Pero aún así vuelve del sueño para comprobar si cantando sigo o enmudecido echo espiras por la raíz ebria de su júbilo. Que si mi fuga le asaltara, saltara sobre mi fuga, y el sueño, y mi fuga, danzaron en dos sapitos verdes.

Fijo, mi fijo, estoy.

Enraizado estoy.

Bajo la fronda, río, deslío.

LXIII. ¿Dónde, tatay, te pierdes en la noche?

—¿Dónde me pierdo en la noche? Tú lo dices: en la noche.

—¿Y es tu deber perderte?

—Ay, nó, mamitay: mi destino fue encontrarme. Pero, si me encontré, parece que me pierdo.

—De manera que...

—¡Que volví a mi español borracho!

—¡Hüiik!... Conquistador siempre...

LXIII. El Alba. Es hermoso y fuerte. Mientras charangueo a la pichitanka, sabe que es un dios, que su padre es un dios, que la Pachamama es su abuela; que somos charangos.

—¡Piupiu-titit!

Trino indio.

Viento indio en el trino.

LXIV. Su madre es la tierra.

Le instruyo.

—Titikaka: por tu casta viniste. Pero no llegarás a cruz si no ruges, Khori-Challwa. Nada, bueno; pero nó en pajarillo. Nada en nuestra nada, que la nada ahoga al Pez.

Batanea religiosa carne en la risa morena. Y ya en nada pienso, que no sea terquedad de padrillo, nada del hombre, nada del oso.

¡Hüiik, pues! Orko-patas: qué pututaso... Vosotros que lo visteis: el pájaro por la nada y el gato de piedra que nadaba.

Junto a la cuna, con longo reproche, la imilla hila hostias que ya no tragaré el Diablo.

LXV. ¡Imposible! ¿Pero, te es imposible suponer que mientras te españoleas, llora, te llora? ¿Le parí para esto?

—¡No! ¡No; claro!

—¿Entonces?

—Phsss... No sé... Me prometí jamás otra chicha que la suya. No sé. Pero, Thumos le cuida.

—¡Thumos! Habría valido que la bestia fuese el padre.

—No exageras en lo menor: sólo Ella es digna de Él.

—¡Tatay!... ¿Es que no eres digno de Ella? Todo tuve que hacerlo sola.

—En eso ya exageras.

—No basta echar, padre mío: echadura no es hechura.

—¿Y qué es, entonces, mamitay?

LXVI. En el día duerme para llamarte, pero en la noche no duerme llamándote. Cansado de espiar su llamita, agita sus pichitankas, y vuela, revuela la noche. ¿No te trina en el pecho? ¿No te ronca en nada? ¿Pero, es que hay trino más dulce, padre mío indio? Haz de mí cuanto quieras; bárreme con tus basuras, que me pisotéen los Conquistadores; si te aseas así, siémbreme; que mis lágrimas no te ahoguen. ¡Tatalay; pero El, tu hijo! ¡Ay! ¡Ay!... Por mis ojos, por mis senos, por mi vientre; dime, tatay: ¿será EL PEZ DE ORO trasto para

la escoba de tu España? ¡Trina, trina, hijo mío, trina, guagualay! ¡Que te oiga este leopardo que devoró a tu dulce padre, que ya no existe!

—¡Piupiu-titit! ¡Piupiu-titit!

—¿Has oído? ¿No le oyes? ¡Pues, devórale, como has devorado los senos de la tierra! Ay, ay: mi alma no puede más...

¡Bon! ¡Bon! ¡Bon!

La hora del bombo no pasa.

¿Quién está herida abrió en la Pacha-mama, que ni Pizarro se atreve a oirla?

¡Bon! ¡Bon! ¡Bon!

Corazón, viejo bombón...

LXVII. Soy el áspid del leproso. Y en la alborada de los pájaros, antes que el Sol resplandece mi pústula. No digan que no hiervo, si en el costado izquierdo hierven el pus y el canto, hierva EL PEZ DE ORO, y su madre se hace una lava de lepras. ¡Groseros, que adorabais mi lepra, que la encendíais lamparitas de aceite, que la cantabais salmodias! Groseros: si ya enhuesó, y se dora, y hierva; y aunque se niegue al salomillo europeo, y aunque se niegue a la fritanga andaluza, cómo sozona, mokhontullus y uyukitus con charki... Soy el áspid del leproso. Y las alboradas, mis gordas barraganas, florecen desde la trompa de Falopio hasta la trompa de la esquina. Que se tranquilicen los hambrientos. Des hoy, al Diablo el Pan de Cada Día. ¡Tragarán lepra hasta sudar el pus!...

HAYLLI

¡Alto ahí, Miuras toriondos!

Todo dolor es indio.

El callar si no es indio no es callar

Las mugres todas son indias.

¿Si el llorar no es indio, qué es?

El temblor es indio

Toda hambre es india.

Los infiernos son indios.

No hay esclavitudes sino indias.

Los puntapiés se hicieron para el indio.
Las cadenas quieren indios.
El indio es un dios humillado.
Los hombres ocultan un indio dentro.
Arco y flecha es el indio.
Bestia: te llaman indio.

H A Y L L I

Se desnucan el khusillu:
lo estais viendo.
Ya, verdad es, nadie
puede más.
¡Más no podemos ya!
El Inti-raymi
llegó al garguero...

T R E N O

—¡Thumos! ¿Te has dormido?
—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!
—¡Thumos! ¡Thumos! Te duermes; nos dormimos.

LXIX. Le miro a los ojos. Su respiración tranquila me inunda.
¡Venid, venid, pastores! ¡Apretad las usutas, los wiskus, mis indios!
Aguijad el ahijadero, awatiris! ¡Khawras, allpakus, wikuñas, pako-
wikuñas, wiskachas, achokhallos, lo que vuela o se escurre, lo que está
en el agua, debajo de la tierra y sobre el cielo, vengan, vengan! Elake:
EL PEZ DE ORO nutre el perfume de la paloma; el perfume hondo y
silvestre de las salvias, el aire cantarín de la ola. Se alzarán al haz de mi
latido y a la altura del primer perfume floral; y así los días se atrapen en
la noche, oireis en la oreja un canto. En el bronce de la piel Tartessos
puso tiznes de oro; y ya en el Calvario le crucifican el kurmi, la cascada,
el khorikancha del Alba...

H A Y L L I

¿Que ignorais
su evangelio?

¡Sus tendones
anuncian el arco!

¿Que no sabeis
si pide o da?

¡Su abdomen y su
tórax están ávidos!

¿Que nada os llaga
de sus ojos?
¡Son los flechadores
de la mañana!

¿Que no veis
sus hozes?

¡Esperad! ¡Esperad!

LXX. Es ley que del vientre de la noche brote el día. Es ley que en el seno de la muerte la carne ame. Es ley que el dolor suture los harapos. Es ley que los huesos ardan. Es ley que la tierra encarne.

Es ley que el amor rompa los hígados.

Pero la miel de la ley es Él.

LXXI. Preguntemos al más sabio de los hombres; y nos dirá: "El sabio es Él, el trino". En el trino un Inka mira al Inka que en nosotros trina y nosotros no sabemos trinar.

Cuando la lepra se oculte, trinemos.

—¡Piupiu-titit!

Cuando el Inka se acobarde, trinemos.

—¡Piupiu-titit!

LXXII. ¡Um! ¡Um! ¡Aka!... ¡Cri! ¡Criii!

Hay que oírle en el cherekheña. Vuela con las avecillas y la escarcha del alba. Salta entre las matas de la Chokemama, entre los tiernos yuyus y las temblorosas sombrillas de los okalis. Y cuando aún la estrella parpadea en la hondura de la primavera, el danzarín de oro danza la danza de las corolas...

LXXIII. Para revelarlo al oído del ataúd natal le hago venir desnudo. Su desnudez santifica el intestino, donde, a falta de fénicos, articulan desnudas mis palabras... Hijo mío: hay quien desnuda al Inka. Que el viento le desnuda, que le desnuda el fuego, que le desnuda el hielo, que le desnuda el miedo. El Sol a veces le desnuda, la desnuda Luna le desnuda, y le desnuda Europa, la vestidera.

—¡Alalau! ¡Aliliy!

—¡Aka! ¡Criii!

—¡Ualalá! ¡Yililá!

—¡Aka! ¡Criii!

—¡Liyalí! ¡Laulalá!

—¡Aka! ¡Cri... Criii!

—¡Yil-lalau! ¡Alalau!

—¡Chichero; que no llores: sí, soy tu hijo, tu hijo soy...

Mío es, como hijo soy del khiswar y de su lepra.

W A Y Ñ U S I Ñ A

¡Maja tu lepra, chichero!

Chichero, májala, que te maja.

¡Tu hijo es; es tu hijo!

Maja en tu lepra,

chichero majadero.

LXXIV. Kakacampana... Campanero del Aquilón; dime, dime: ¿les ves ya? ¿Dónde rezan los cerdos, campanero?

Mi padre, vomitando su hispana sangre, estaba indignado; su vómito se indignaba. Ah... que los kachakos segaron a bala la comunidad de Khalakampana, dizque en la Trecena se lo pidió y se lo

pagó al Cielo el Gamonal. Y el Titikaka, en cien balsas de oro, se nos vino con doscientos cadáveres negros, para que pudrieran, negros, en el resuello de los carniceros claras.

Mi padre estaba indignado.

España estaba indignada.

Y en la orilla del Titikaka, amontonaron mujeres preñadas, niños de pecho, ancianos anatómicos, phasñas y waynitus kheswas en la flor de la edad y con la edad de la flor mustia en los labios.

Sobre el montón de carne martirizada, un niño miraba al cielo con los ojos opacos.

—¡Kaka!... Criiii...

Allí naciste, trino; de ese montón putrefacto, naciste, trino mío, Inka.

T R E N O

¿No sabe herir? Sabe... Su padre estaba indignado. Y su padre blandió chaveta moharrienta, que los Kañaskos (ah, malditos gamonalotes), quisieron cobrar en él el agravio de sus dardos. Pero todo se arregló luego. Como entonces a los quince no llegaba; los Kañaskos se pagaron con verle junto a rufianes y asesinos; y él encontró a Cristo entre los rufianes y a Jesús llorando entre los asesinos.

Lo hizo por nada. Por los khalakampanas y los Allkas; por la Kurumpila y los Mamanis; por los Pachos y la Chiarauma.

Sabe herir si hieren a los suyos.

LXXV. Dos ratoncillos se enchinkhanan en la luna del Alba. Y chillamos, chillamos, con el phesko, chillido salutífero, enfurruñada la pluma, foliado el abanico de la cola. Tibia aún a esa hora el Alba se esponja sobre el lago. Y me señala las flores, me las dice al oído por su olor; y las flores cuchichean para Él, le bisbisean, le ofrecen sus ternarios.

Embebido en la noche, me ahoga la mañana.

Pero, allí, de mi tórax, un Khawiti arrebolado irrumpe y planta el grito de su honda que ruge en las pukaras.

—¡De hombre a hombre! ¡De pecho a pecho! ¡De trino a trino! Vigía y centinela del Inka, Inka Mihi: ¡aquí te reta lo que en mis huesos muerde de España! ¡Acomete, Inka cárdeno, profundo como el corazón de mis waksallus! ¡No pueden respirar dos gigantes en una espiga!

España nunca tembló cuando a morir fuera el envite; y con la pujanza que hizo famosos a los hidalgos de Segovia, caballeros del corazón crucificado, requirió la espada de Pelayo, se encasquetó la bacía del Manchego.

Estrellada mi España fue a morir en su estrella.

—¡Bien, Khorí-Challwa; ya la muerte podrá contigo; pues lo único que pudo dártela ha perecido, Chio-Khorí!...

LXXIV. ¡Ala, hala! Me siembra y tritura la oreja; me lacta con sus trinos; infúndeme su aliento; me martaja su muerte; me estrella su estrella.

.....

LXXII. En blancos rebaños proyectando tenue sombra en la clarida del Alba, he aquí la caravana del khenayas se nos va... Pero esta ebriedad de El ya no se irá, como las raudas khenayas que nos dejan. Siento en el corazón que una montaña joven se abre paso; y lavas y vómito de fuego estallan en la humareda del incendio. Y es que la montaña joven se arrulla con mis ascuas.

—¡Aka! ¡Criiii! ¡Criiiii!...

.....

LXXVIII. En sus templados tendones gorjeaban impacientes los charangos. Las Ñustas gorjeaban impacientes; impacientes gorjeaban las pukaras; impacientes el sueño y el vientecillo de las chullpas le gorjeaban; los berros, mis bombos y phusiris, gorjeaban impacientes. Y como todo era impacencias de luz en el Alba; el Tawantinsuyu impaciente melodía en las arboledas, y del lago partían impacientes, flamígeras pinceladas que rompían la niebla; cuando ya el impaciente sueño le enredaba, agité mi sarmiento de trinos impacientes en los bronquios del Alba...

H A R A W I

Para gorjear,
nunca otro viento,
que el trino
de uvas vivas
del sarmiento,
en que trinaba
el pajarito muerto...

T R E N O

—¡Thumos! ¿Quién venció tus murallas?
—¡Guau! ¡Guau!
—¡Thumos! ¿Te han herido? ¿Ya eres trino?
—¡Guau!
—¡Thumos! ¿Segaron tu acero? ¿Tu valor se ha fundido?
—¡Guau! ¡Guau!
—¡Thumos! ¿Es que el Sol llora? ¿Muertos son tus Willka-apasas?
¿Han trizado tus trinos?
—¡Guauuuuuu!...
—¡Thumos!

T R E N O

Llevaron al pajarillo roído; lleváronle al regazo donde sus trinos todavía agonizaban; pidiéronle que de la sombra volviera de su vuelo. Les vimos metidos en el espanto de España, quitar el ñuñu de la boquita tumefacta. Les vimos llorar su ignorancia; mientras Tata-Lupi alzaba brazo hercúleo y turbio, y Pacha-mama agitaba inmenso relicario de ovarios turbios...

C O R A L

Kaipi
wañuska

llakta
guaguan.

Kaipi
Layka-kota
KORI
CHALLWA...

T R E N O

Un Inka miraba al cielo con los ojos turbios. Todo, sombra turbia. Todo, vapores turbios. Las khenayas del cielo, turbias. Por el camino turbio avanzan Conquistadores turbios. Las palabras tiemblan turbias en la noche que jamás fue día; y el día de la noche es ahora un Tawantinsuyu sin Tiwanaku que pacta con un Pizarro turbio.

.....

LXXIX. Me despertó la ignorancia de las defunciones, de las cruces y los avatares, y, de puntillas, llegóseme sumida en líquenes.
Yo a la pobre ignorancia vi: ¡pogre!

.....

C. ¿Por qué? No sabía entonces; ahora sé. Sé que se degrada a la bestia llamándola hombre. El hombre no es bestia todavía; es solamente hombre. Apenas mis huesos lo dejaron, me puse del lado de la bestia; porque la bestia en todas las latitudes del mundo, en todos los pueblos y bajo todas las banderas, es el indio para el hombre carnicero. No, España: sus forajidos, diezmaron a ronza y espada una noble sociedad humana que jamás pudieron comprender. Y sin embargo hay mayores desgracias que parecen irreparables (las desgracias del pueblo indio tienen reparación; y esa reparación él mismo la hallará); es la generación turbia que España ha dejado en nosotros, los mestizos, bajo cuyo despotismo el indio fue más vilmente humillado y sometido. Para nosotros la salvación ya no es España: es el indio: el regreso al vientre de la tierra. Todos llevamos una madre india en la sangre; pero no todos nos embriagamos con su sangre. No sabía entonces; ahora sé.

Los gamonales ignoraban quién los hería, cuando más las heridas les bailaban. Salí a la plaza, y grité, y mostré los puños airados, y convertí mis sueños en el somatén del arquetipo: la bestia. Me encarcelaron. Me hirieron. No sabía entonces: ahora sé. Sé que amurallaba la pukara de su tumba; sé que mullía la almohada de sus ojos opacos.

CI. Estoy pagado. No rehusé el caliz y le apuré con purpúreo coraje. A todos los sedientos, enseñó el maestro de los Trenos, les serán dados los trinos: para tal sed, tal trino. Pero esta palabra no se cremará en vano, si ha de secar al sediento, y secará las cataratas y la simiente; porque es palabra que maduró el fuego, las khenayas la incendiaron y los Haipuñis la trituraron en sus ascuas. No crucifiqué a mi Inka en un meandro, sino en el rayo; floreció en él, y ahora arde para Él. En la multitud de las tormentas columbré el Relámpago verdadero; y si me acometió locura, de Ella hice mi aliada, y en locura se avivó mi fuego contra la Muerte y su codicia. Quienes deseen labrar mis granitos, hallarán mis volcanes. Y acaso comprendan la verdad que Saulo no entendió: que no hay semilla que germine si antes no arde. ¡Tata-Lupi: ya arden los chullpares!

—Mamay: ¿Soy, al fin, el indio de la Virgen?

—¿Tu indio soy ya, mama Margacha?

Entonces: ¡llegó el incendio!

H A R A W I

Elake: madre e hijo
se han fundido en la raíz;
y atrapado el cherekheña,
le atraparon sus trinos...

CII. No estoy solo; están conmigo el rayo y la tormenta. Están el Cherekheña y el suspiro. Gruñen dos Pumas en mi puerta. Flamea en mi kharkha la Wiphala. Y si phusiris y pinkhollos aúllan como el anu, yo con su rayo azoto al Chullpa-tullu, a la danza le obligo y a meter en la suya mi tormenta. No soportó la imilla la Conquista; pero ahora soporta la fogata. Al alba, al medio día, en la noche, una línea india se

perfila bajó el cielo y sobre el agua. Y el ala vuela satisfecha y el viento arde en llamarada. ¡Ala, hala!

.....

CIII. Estoy pagado, y vengo de la batalla, Lupi-tata, a pagar, no sé si molido, o moliendo; pero ya están en mi boca la coca de tu Margacha y el Tawantinsuyu que estalla entre mis dedos.

Repugno de los tibios de corazón y de los tibios de voluntad.

El fuego ya me oye y la nieve me cree; si casi soy todos los hombres ahora que soy sólo una lágrima.

Mira, en la pampa el oro de tus misikus; y en el cielo tachonada tu laguna.

Mira, el monte que trina.

Mira, al cherekheña que amanece en su gana.

No; mis heridas no mires, padre ardiente del hielo y del hombre.

Mira...

Mira, el dolor de América, como el olor de mi hijo...

C O R A L

¿Hubo que lastimar la tierra
para sembrarlos?
¿No bastaron el trino del agua,
el árbol que trinaba,
el pájaro de los trinos?
Esa luz trinará,
no lo dudeis;
porque de garra y trinos
los khoskhos fueron hechos.

PARALIPÓMENO ORKO - PATA

CIV. Amigo: en treinta siete años cualquiera a un desatento olvida; y usted ha debido perder memoria del ineducado desatento y de su carta misma; por que de esta se alivió pensando que no acertara su destino, y de aquél, que de haberla recibido, no se avino con su noble fraternidad.

Nada de eso.

Finalmente, su lejano amigo (y dicen que amigo en cualquier latín deriva de amare) llamaría a su puerta para demostrarle que no ama quien olvida; que cronómetro y calendarios carecen de sentido para quien ama, como lleno está de contrasentido todo artilugio que se propone medir el tiempo cerúleo del amor, tiempo que nada oclusivo debe tolerar, ni el recuerdo; si quien recuerda acuerda lo olvidado; y amor que del olvido viene ya no es amor. Amor es calígene en acuerdo y orden y su naturaleza perennal, péndulo y latido, a cuyo ritmo el humano tiempo es más que tic-tac de la arteria. EL PEZ DE ORO ha encarnado en esa órbita. Está en mí; late en mis nervios; mi sangre es hoy la caverna en que sueña y vive. El, por mí, retorna su apretón de manos, y si hay que dar batalla la dará por mí; que su abrazo nada tuvo de cortés cumplido, si estaba cargado de ese lignito que los hombres llamamos amor porque no sabemos darle otro nombre al fuego que fecunda.

CV. Sólo el fuego es digno del fuego. En temperatura de fuego es que los hombres debemos entendernos siempre, porque siempre debemos amarnos; y está en fuego quien se arma de hielo. Hielo cuanto ebulló en el tuétano de Prometheo; si hielo fue todo lo que arde: hielo también, si no estoy equivocado (y fuego será por los siglos de los siglos), el rescoldo que las Akllas conservaban en el tabernáculo del Khorikancha, por mandato del Inka, Rey del fuego americano, que en nosotros y por nosotros hiela. Fuego es el amor, y quien por amor toma mujer —enseñaba el misógino— debe saber que ha tomado hielo en hervor; que por amor se toma a la mujer cuando de ella se quiere fuego: el hijo. Y no las babas sin temperatura del proxeneta.

CVI. Otra traducción de hielo-fuego: dolor. Puede la mujer parir con dolores, mas sólo en el padre el hijo será el dolor; esto si el filósofo no anda descarriado cuando afirma que la maternidad, sus mimos y cuidados, son arte que se aprende, mientras la paternidad ley que se obedece. Por lo que el hijo está en la esperma del varón, que en el gameto de la varona; y es en él que ese fuego alumbra y deslumbra. No quiera juzgarse que se es más varón porque se es menos guaguani; si cuanto más germinal y productivo el hombre revela mayor universo de guaguas en la sangre... ¿No le espanta de pronto todo lo que saben los salvajes? He aquí, la madre acaba de entregar un hijo al sembrador de la horda, y alzándose del lecho, sacúdense, ágil, cuando ya cae derrumbado aquél, y derrumbado por el estremecimiento, tanto que ha de prestársele urgentes y solícitos cuidados; si en quien duele el hijo parido es en el fecundador. Hay en esto, además, cuestión tan extraña como ésa, si, como parece, el salvaje tiene del dolor conceptos caracteriológicos; y el civilizado sedicentes, como ese del "parirás con dolor", cuando debió decirse: "engendrarás en dolor; y no sudando al Diablo". Y es sobre estos erróneos fundamentos que se han edificado nuestros valores. ¿No le parece que nuestra civilización es salvaje siquiera?

CVII. Don Juan conoció el calofrío del hijo. Solamente el hombre saludable, y en el sentido de la salud genesiaca de la sangre, puede sentirlo. Y Don Juan fue, y será, genésicamente, un insalubre. El amor fértil es virtuoso y saludable, y se lo ve en lo que nuestras "ciencias del espíritu", y las experimentales también, llaman reinos animal y vegetal. En ellos el amor tiene otra finalidad que la reproducción —amor: ser—. El padre de Zaratustra concibe al Superhombre, no ente: producto zootécnico más bien; pedigree; especie de integración de cromosomas selectos: la bestia rubia. Si se observa en su mundo, en el cual Schopenhauer caracteriza la verdadera teleología de la Naturaleza, se verá que toda bestia, por bestia, siembra en Superbestia. Y entonces fácil será admitir que el amor es el instinto no solamente de conservar sino de realizar la especie cósmica. El hedonismo himeníaco, que puede hallarse manifiesto en todos los órdenes de la Civilización, comenzando por los religiosos, para

alcanzar a los científicos, ha hecho del hombre un condón virtual (y ya se sabe lo que este término significa en la terapéutica del sexo; que si al Papa se le impuso por razones malthusianas, que no serían morales, ha llevado a los camaradas del Soviet a legalizar el aborto), condón virtual, digo, algo así como el Frégoli del acto genésico. El amor viene de gesta severa y saludable.

¿Que la Naturaleza no se amuralla contra el Diablo? No tiene el Diablo más enemigo que ella.

Miremos a su moral genética. Entre los animales no hay matrimonios consanguíneos, al menos en forma indistinta, pues "sienten" que esas uniones los hacen débiles. La autofecundación rige para algunos infraorganismos, y pasa lo mismo con ciertas flores. Pero los biólogos —que sepa al menos— han penetrado en las normaturas de ese proceso. Allí tiene que operarse fenómeno conciente y selectivo, puesto que de otra manera el camino de esos seres sería el de la negación. En Jhawhé representaron el principio andrógino los hebreos; los helenos en Adonais. Y esto es más biogénesis que teología, si dice que el principio genésico es síntesis varona. Por eso mismo, la presencia del sexo femenino explica la individuación de las células germinales, entrevista por los "pasados", cuando, como en el caso mosaico, el Hacedor animó a la mujer de una costilla del hombre. El padre es, también, la madre. A la vuelta de larga convivencia la mujer ya no tiene la naturaleza que la dieran sus padres, salvo en la medida en que el hombre no acabe engendrando en sí mismo; y ya puede repetirla fórmula que conocemos: TÚ ERES NAYA... Pero quien debe doler (y dolió siempre) con el hijo es quien lo da: el padre simio.

Tenebris desolatrix. Este drama nos obligará a cuidadoso examen. En la flor que se autofecunda debe operarse sabia equivalencia dialéctica por la que el hijo arrastra, no las taras de sus progenitores, sino los valores que le afirman y estructuran. Que haya quienes permitan el derecho a la unión de consanguíneos a cambio de arancelarias licencias, y lo hagan en nombre de los derechos del amor, sólo nos revela que no son los derechos de la vida los que inspiran la Civilización; son los derechos de ese epicurismo que tiene símbolo en el tegumento traslúcido en que el hombre escupe a sus semejantes para luego tirarlos al estercolero...

No tan sólo en el orden psicológico, en el somático también, la mujer acaba carne de la carne de su varón, "alma de su alma", como afirmara Pablo, al aconsejar se case el hombre a que se queme.

Y, como cada día devoro un poco, es ya sombra de mi sombra, són de mi són.

Es el crisol en que el són del hombre adquiere las vibraciones del Universo, y es universo; porque el són convierte su plasma sanguíneo en sinfonía y deleite: el espora. Lo sienten las bestias y viven y se reproducen limpias, tienen del amor sentido de orden, y aman para eternizar la vida y conservar sus esencias saludables. Están dentro la ley; no más.

No menos horrísono resulta esto desde otro ángulo, si se considera que el de nuestros conocimientos se ha eterizado en matafísicas; y no por otra causa tenemos del alma ideas inorgánicas, cuando nada debe, ni puede, ser más orgánico. Considérese si la mujer para no morir (así se "muere"), debe seguir viviendo de lo que ya vivía: la sangre, el sudor y olores de su marido, y no en tropos, en naturaleza, en alma orgánica, pues allí encuentra las condiciones radicales de la supervivencia: afinidad, ritmo cardial, ambiente: ¿de qué orden viene la violencia, el estelionato, el crimen, para decirlo de una vez, que comete la mujer preñada que admite la polución de su amante, la cual va directamente a subvertir las bases viriles que le infunde el macho, a tiempo que sofoca la unidad vital de su hijo? La infeliz que suelta la mamaria a su guagua y, simultáneamente, absorbe el caudal de naturalezas que le brinda su ética himeníaca, ignora que vierte en la sangre de su hijo las causas que harán de éste un ser sin perfiles, sin arquitectura, contrariando en forma infinitamente delictuosa el deber de la vida. Cuando se miran tales problemas en el mecanismo de la materia —en sí—, se comprende cómo el amor sustancia y es el Derecho al "sér" y del ser. Y entonces tendremos que sacar de la abyección a ese pobre negro, que fue Otelo, que en forma tan orgánica sintiera el sustantivo destino genital de la pareja humana. Otelo es el varón arquetípico, casi un cósmos; puesto que en él se manifiestan los nucleares potenciales de la paternidad.

¿Quién sentirá al hijo, quién de sentirlo, norma, destino, unidad cosmológica; quién le sabrá dolor que rompe los átomos? El varón que es hasta varona en Él.

¡Vámos, árame, y canta!...

CVIII. El amor no ha de sollamar al hombre; debe arder con su eviternidad; que amor es perquisición instintiva de virtud y salud en el esporo vital.

Ya no será reidero, si acaso resulte espantable, decir al enamorado:

—No tú el enamorado de tu linda doncella; sí el doncello que te araña en las celdillas seminales; y si más le esquivo vas acabar vaciándole en la primera urna que a él se le acomode, así tuerta y casquivana sea como la musa del salmista.

Amar es obedecer esa vida, la personalidad ésa —que día será tuya— en que empujan y apremian los derechos de la vida.

Qué calambres teologales sacudieron para el nacimiento del Mesías... Con ser de temblorosa epifanía el nacimiento del Bhodistava, no tiene la grandeza rectora del engendramiento de Jesús. Rozagantes mozallones hubieron de quebrantar sus varas; si la vara en temple fálico era la del octogenario carpintero. Y, así, ¿quién el enamorado de esa flor? el divino jardinero... ¿Conque, doctor Freud: se explica Edipo? Y es que el Mesías no estaba en el óvulo de azucenas de María; en la vieja y ardida vescícula de José. Un año más y Leonardo da Vinci no nace, si ya el senecto dignatario florentino, su padre, se doblaba, y la esposa de éste, y madrastra suya, era khawa en cenizas. ¡Pensar que el sutil Leonardo cayera en el estropicio de babear por esa ruina!... Su padre sentía un Vesubio en los huesos, se dejó verter en vaquillona de la tierra; y del ventisquero nació ese volcán, acaso el más grande entre los hombres. La vaquillona era leonardesca, a fe.

¡Estupendo amor; qué kosa abismal! Pero lo más estupendo de todo es que podemos explicárnoslo; y que tardaremos poco.

Vea allí que el amor cuando es amor en naturaleza, y arde, saca genios del témpano. Y es que amor es virtuoso en sustancia y constituye plenitud de un estado salubre. ¿Por qué el embrión es protegido contra la acción de gérmenes patógenos que hicieron presa

de sus progenitores, y mientras reina en su ámbito amoroso, le sabremos inmune? Porque el proceso genésico será estación en que la materia se perenniza.

Téngase entendido que ninguna infección microbiana alcanza a herir la materia del alma; luego, si le acomoda, échese de espaldas.

CIX. No bien el hombre descubrió, y no mediante intelección trascendental, que el hijo de consanguíneos estaba destinado a profundizar las zonas negativas de sus padres, y se estableció el principio de que el acoplamiento debía hacerse entre genes no consanguíneos, se puso la generación en pasmo de guerra. Y varón y varona, aún viniendo de linajes socialmente afines, quedaban librados a todas las concurrencias. Esta fue, indudablemente, una de las formas, y la más vigorosa, que superó la promiscuidad endogámica, que al garantizar salud en la postrimería hizo posible la subsistencia de la especie y determinó el curso de su proceso. La vida de los cónyuges, mirada así —que no sea en los palenques hemolíticos del Waka-tokhori— está muy lejos de sugerir idea de Campos Elíseos, pues batalla diaria es que suele derivar a formas morbosas; y lo menos que ocurre que marido y mujer lleguen al odio recíproco. Sin embargo, el eslabón tiene que ser en extremo impositivo y ardiente: el hijo, el Hijo del Hombre. Y pocas veces llega a ceder. Los griegos le dieron nombre extraordinario: biofilia. Amor de la vida; instinto de defensa, de conservación. El amor que suelda y emulsiona los contrarios.

CX. Admitido que el indio atlanta superara tal etapa, ya que el sucedáneo inkaiko imponíale la monogamia, y tras esto la exogamia, de suerte que no solamente estaba impedido de tomar esposa de su linaje, si, al contrario, debía aceptar la que él, o sus lugartenientes, le señalaban, evidentemente considerando factores que garantizaran descendencia saludable, se comprenderá que el indio, por esa causa, aún en el charcal católico (ecuménico), practica el amor como virtud, y es, por tanto, de una "raza" fuerte.

No ignoramos que esta institución del Inka ha sido estimada como signo de su barbarie. Ello no impedirá recordar que Aristóteles la había sostenido en indubitable modo, que es ya apodíctica: antes que

amor salud. ¿No advirtió el filósofo, empero, que amor y salud son unívocos, que amor no abstrae la idea de salud, si, más bien, la involucra? Por eso mismo, conviene establecer las diferencias que hacen irreconciliables erótica, o como se dirá luego, himeniasis, y amor? La sociedad moderna proclama libertad de amor, mas lo que practica es su libertinaje, que de la función generativa ha hecho cosquilleo estético, que si bien ha originado estética capilar, ha sido a costa de la degeneración de la médula humana. Y nada digamos de nuestra emasculada moral, si la que gastamos se alza frente a todos los dictámenes del orden genésico.

Cierta vez, no poco asombrado, vi a joven khonkhachi encamarse con tanta naturalidad con mozuela —su prima hermana—, que lo menos que pensé fue lo que cualquiera en este caso: que el khonkhachi con anterioridad había usado de su parienta. Cuando a los ocho días comprobé que la prima-hermana seguía virgen... En aquel joven, y en la muchacha de la misma manera, actuaba coeficiente convertido en instinto: biofilia; o, al revés, coeficiente instintivo convertido en ley: inkaísmo.

¿Bastaría este hecho, generalizable a todos los puntos del planeta donde el hombre ha experimentado las metamorfosis impuestas por instituciones carentes de sustentación en las bases orgánicas del fenómeno vital, para columbrar la distancia que media entre cultura del Inka y civilización mestiza? No por baldíos tienen cultura solamente los pueblos con raíces vegetales.

CXI. Lo importante es sentir y actuar como hijos suyos. El pichón de allkhamari, querendón como pocos rapaces al nido materno —y como él cuántos otros nó—, tanto que sus padres tienen que echarlo en pleno guagualeo, ya viejuco, y no una sino varias veces, con severidad que puede menos de llevar pesadumbre a quienes se detienen a observarlo, es instruído en las normas que gobiernan para ese orden de seres; y si la madre echa a la pichona (hay que suponerlo) el padre hace otro tanto con el pichón; y les avientan hacia rumbos opuestos cual si persiguiesen prohibirles toda aproximación sexual. Se les verá deambular por las apachetas, el ojo inquieto, tremulantes los nervios, a caza de signos, proximidades. Mas pronto las parejas se habrán

constituído, dentro y no fuera de la ley; y allí tendremos al bello dominico de las chakharas ocupando puesto jerárquico en ese mundo, pues es el enemigo del lakhatillo que devora la simiente y precioso aliado del Runa-hakhe.

El allkhamari es monógamo, y un Oteló, como todo allkhamari con "vergüenza" en los riñones.

CXII. Se hace forzoso reconocer que entre khonkhachi y allkhamari hay sorprendentes similitudes, y que, intuitivamente, ambos cautelan los fueros de la estirpe. No se le paren los pelos porque sostenga esto; en otra oportunidad trataremos de ver en qué medida si lo animal no es humano, lo humano es inhumanidad. Si en lugar del muchacho primitivo se hubiese encamado un "santo primo" con la tawaku, el Diabolo habría hecho de las suyas. Y es que el santo no cuenta con la coerción del amor, sino del miedo, que, como producto de habilosidad, y llámelo inteligencia si quiere, es siempre pecaminoso. El amor sin virtud no es amor. Que el hombre no espere desaparecer como el diplodoco; si persiste en abusar de misterios y sacramentos que le sustraen a las leyes saludables del instinto, regresará al estado placentario, de donde procede, no al mono siquiera; que el mono no se está quieto, su libido es cándida, y según con su acostumbrada seriedad sostiene el genio del Imperativo Categórico (ocúrrase a cualquier revistilla, verde, o rosa, para encontrar la referencia, como yo por sistema y necesidad hago), no hay razón alguna por la que en estos mismos momentos no se halle a punto de convertirse en hombre, para mal suyo.

CXIII. Acaso apegar el corazón (marque usted mi sentido: el corazón, digo; no el cerebro) a la naturaleza, sabiendo que somos naturaleza, sería algo así como renunciar a la maldición del pecado original, y un intento en favor de la dignidad de eso que llamamos el alma, y es ni el humo del alma; que si de salvar el alma se trata no queda otro medio que ennoblecer la carne, ennoblecer la especie, si en ellas habita, y es su trémolo y vibración... Un gran filósofo inglés dijo que toda acción racional es sencillamente un fenómeno intuitivo. ¿Quiso decir que la razón del hombre es la razón de su destino, en

tanto su destino es el camino de sus instintos? Entonces, el determinismo y el **Fatum Vitae**, no caben en las concepciones de la relatividad filosófica: el hombre tiene un destino, que pertenece nó a la Divinidad, sí a sus nervios, mientras se guía por la sabiduría que ellos secretan, se apoya en ella y con ella se ilumina. El hombre que ha amoldado sus instintos –dado que tal absurdo quepa– por orden lógico será un hombre sin destino. Piense en la deriva de este peñasco que habitamos si tuviera la necia presunción de guiarse por algo más que sus instintos! Si hay sabiduría, orden geométrico, equivalencia de pesos, en el cósmos, admitamos que hay inteligencia: es el instinto de la materia.

Si bien observamos, hay período en que el destino del hombre se mantiene dentro de estas normas, cuanto más puras más eufónicas; e inspira sus leyes –el Inka así lo hacía– en las experiencias y lecciones del uchukaspa, el allkamari, el atok ("teleología de la naturaleza"). Y tal la razón para que resulten infracturables, como se ve en ese joven konkhachi, y se comprobará en miles como él si se llega al ovario indio sin intenciones preconcebidas, que pudo dormir con una muchacha de diez y seis años, pero como "sentía" que era "tabú" no la tocó. ¡Sólo un majestuoso león en medio de las pirámides y basílicas de verdura selváticas, de melena de miel y de bramidos de oro, sería capaz de una moral como ésa! Sobre ella nada pudieron tres años de cuartel (y de cuartel mestizo) y algunos fagedenomas. El Inka calibró la estatura del hombre con el mismo kipu con que midió la estatura de la bestia, y punto se equivocó.

Quienes derrumbaron su república representaban la Civilización; él la Cultura. Huelga deducir consecuencias de esta contención secular. Pero, si nos despojamos de prejuicios, a riesgo de incidir en el pansalvajismo pequeño burgués de Juan Jacobo, no resultará baldía la conveniencia de encarpetar una parte, que no sea mínima, del fárrago apriorístico que sofoca al mundo a cambio de un manojo de sabiduría sensorial honesta y prudentemente codificada; tantas leyes entecas, o retóricas, que atiborran a naciones y a hombres, por unas cuantas coordenadas de la ciencia mostrenca del Auki. Los misteriosos hierofantes de Menfis no requirieron para concebir el universo sino de un áspid que se muerde la cola; y los francmasones de la edad de

Salomón metieron en un triángulo la sabiduría del Divino Arquitecto. Según afirman los Almanagues Bristol, cuatro son las medicinas realmente eficaces que posee la moderna farmacopea, y no más. Y las cuatro legado del antropopiteco. El Inka, no necesitó sino de tres preceptos para triangular los deberes y derechos del hombre. Pero, ni la medicina, ni la filosofía, ni el derecho modernos, caben en la rosa náutica.

El hombre sepulta sus pedanterías, o se inhuma él: no tiene otro dilema.

CXIV. Dígasele al antropopiteco que su progenitor —íntegro y circular— no está metido en su cadáver, y veremos escurrirse por sus labios una sonrisita piadosa: tal es el estado saludable de su sensación de la vida. Pero, como la sensación es acaso lo verdaderamente académico, profesa la estética trascendental, cree que la materia y el espíritu son la misma cosa, que la sustancia es homogénea, que el pensamiento no es sino una estructura hereditaria. En fin: es kantiano, spinoziano, brúnico, parte doctrinas con Benedetto Croce, y, como buen materialista dialéctico, pararía las khallampas a todos los criticistas. Y es que desde hace milenios parece hallarse en poder de la "intuición" de Bacon, y se somete, humilde, a las leyes de la Naturaleza, pues siente que no tiene otra manera de poseerla.

Se me va el nombre del Papa ése a quien le fue preguntado si los americanos no éramos cinocéfalos; no se me irá el chukchu que me sacudiera cuando conocí la noticia, no sé si en Garcilazo de la Vega Inka o en el Padre Feijoo. ¡Si decidiendo ex cátedra que éramos hijos de Dios, se hizo lo que se hizo con nosotros en abuelos, piense la atormentada carne americana, si al bendito mitrado se le ocurre decir que éramos monos! Se comen el Tawantinsuyu a la parrilla sin cometer antropofagia.

Y todo porque en el mundo inkaiko hay una vibración de la eufónica del instinto.

Acaso el alma no sea la sangre, mas está en ella; en sus huesos, en su nervadura, en suma, está en el movimiento y es el movimiento. Así lo siente el runa-hake; y en cuanto antropopitecos, también nosotros. El Chullpa-tullu posee existencia; el movimiento que originó en el

cuerpo humano no ha desaparecido, si es el movimiento en sí. Veremos que la diez veces centenaria osatura se anima, vuela, canta, llora, ama, padece: vive. Pero, ¿esto no es filosofía? Ciertamente, es algo más: es realidad. El movimiento será eterno mientras la materia en la que opera y en la que conforma, "siga siendo materia". Por tanto, ese movimiento es conciente y reflexivo, supuesto ella lo es. ¿Podrá entonces aceptarse la antinomía de instinto y conciencia? Si la conciencia no es instintiva es un grosero aborto de la sofística. El runahake sintió la universalidad de la tierra; y llamó tierra de arriba al piélago estelar; a la suya, tierra de abajo. Él es sólo tierra animada. Mídase en la profundidad de la síntesis; el hombre tierra animada, y animada en la madre tierra, esto es, en sí mismo. No necesito establecer que la cosmología inkaika fue pervertida por el cristianismo y que debemos a los buenos religiosos de esas eras el que nuestros abuelos resultaren tan metafíscos e isrraelitas como cualquier filósofo de la teología cristiana. En todo caso parece forzoso reconocerles que intuyeron, hace lo menos veinte mil años, las grandes síntesis de la ciencia experimental, cuando otros grupos humanos de su misma antigüedad animaban ideas, adivinando a Platón y a Hegel. Ellos no: partieron del fenómeno, y buscando explicárselo, sólo alcanzaron a profundizar sus sentimientos vitales, lo que les arrastraría a sentir que lo que se siente es cosa. ¿Y qué es lo que siente en el hombre? ¿Las rizomas cerebrales en sí, por sí? Hay una conciencia que polariza el organismo y cuando ella falta éste se detiene; tan es funcional que cualquier embolia puede determinar su atrofia y, consecuentemente, la muerte legal. Se entiende así que el hombre es hombre en esa función, y que nada de cuanto es puede venirle sino de ella. Es cuando prende en el óvulo que en el nuevo ser se da el principio de un movimiento, que ella origina en sí, en cuanto es naya, alma cósmica. Es el "ánimo" que según las intuiciones del arcaico puede abandonar temporalmente (kiuchaska) la cobertura del sér. No pretenderemos profundizar en estos cangilones del conocimiento por los medios de una literatura intrascendente como ésta, ni somos —ahora— quienes puedan hacerlo; mas es cosa que debe dejarse anotado que nuevas investigaciones seguirán esa dirección; y allí el hombre, al fin, habrá encontrado al hombre.

Avancemos siguiendo sus radicales, que es lo sabio; pero radicales del alma-materia, no del alma cenestésica, que cuando dice concentrar disuelve.

Para el antropopiteco –célula social del hombre– reproducirse no será renovarse, sino permanecer en antropopiteco, y, de hecho, en tal permanece. ¿Cómo puede ser de otra manera, si el antropopiteco tiene otra imagen de la vida que la sensible; y si el conocimiento sensible explica cosas, sólo puede concebirse la vida como estancia; y no se es sino estando? Sintió que aún muerto estaba en él y de allí el horror de ultratumba, que nadie explica aún. Mas es fácil comprender que ese horror no es producido por el horrendo misterio de la muerte: es el horrendo misterio de la vida lo que produce el horror de la muerte. No se exija sensibilidad dantesca en el hombre para que tiemble ante esa masa rugiente, alborotada, caótica, que se destroza en los acantilados. El horror del mar es el horror ante la multitud de la vida. ¿Y cuál el himno del océano?, el ahogo de la estancia, inmutable, fatal, inevitable. El folklore no ha sido estudiado como expresión de sentimientos que revelan el ahogo del sér y se manifiestan en la danza, en la música, en los sueños, en ese venero de sabiduría intuitiva que llamamos las supersticiones primitivas; él revela que el hombre no solamente sintió la realidad, sino que la transmutó en estética. La magia primitiva es más arte ceremonial, liturgia. Y no es otra la causa para que nosotros, que nunca creímos que el hombre pueda superar esa sabiduría, llegáramos a ella sin otros recursos que los propios del hombre en cuanto antropopiteco, mucho tiempo antes de que se formularan –bien que en medio de escurridizos silogismos, que, por lo demás, no salen de las "verdades" espiritualistas– en el fenomenologismo relativista. Pero, si estamos, es porque hemos estado. ¿Cuál la edad, no del hombre, de los hombres, entonces? Si no se está sino en cuanto se estuvo, lo único espacial es el tiempo pasado del verbo. Ser es pretérito. ¿En qué tiempo se conjuga el sér de la muerte? ¿En futuro? Entonces lo único real es ella, y la vida su forma subitánea y engañosa. Cuando contemplamos la belleza de un cuerpo de mujer, armonioso y elástico, temblamos ante el precario milagro de la muerte de que es estallido, pues, presto, le veremos cruelmente ofendido por los gusanos. Pero es que no hemos querido sentir que esa forma prístina de la osatura, es la

del chullpa-tullu, la vida integral, eterna, pasional, instintiva y fértil, y que no esperaremos verla reproducirse en otra doncella igualmente de líneas pulcras y risueñas: la veremos en esa misma niña, con su ego, derrochando la gracia de su belleza, porque la belleza de esa niña es la belleza de la vida: de la ahayu.

Y esto quiere decir que sér es más que una radicalización positiva. En manera alguna le convendrá el no-ser.

El mismo filósofo de las percepciones intelectivas, cuando "siente" (aunque de seguido afirme que no sabía demostrarlo; y allí está en el mismo caso que el antropiteco) se cree inmortal... El mago de la "Razón Pura", no podía demostrar el sentimiento de su inmortalidad, mas el mendrugo somero de su naturaleza, no lo callaba. Veamos acá lo que vale el intrincado y mágico mecanismo de esa máquina del raciocinio que fue Kant, al lado del instinto de Kant. Es que lo infinito sólo cabe en lo infinito, en el sentimiento, en el alma, como se estrecha y aniquila en el "pienso, luego existo", dentro del cual el gigantesco Emmanuel no sale de catecúmeno de Renato... Filosofía del antropopiteco: siento, aunque no exista. No le daremos la razón cartesiana al Tentador que pretendió coimear a Adán ofreciéndole la inmortalidad. ¡Somos inmortales, así nos pese, como que pesa a no pocos!

Y por si faltare testificación y bien probanza, diremos que sentimos la belleza porque es una de las semblanzas perennes de la vida, y como no se siente sino lo que se posee, si sentimos belleza e inmortalidad, es porque somos la belleza y la inmortalidad, y es de este conocimiento que debe abrirse la verdadera ruta del hombre.

Son instituciones de EL PEZ DE ORO.

El escéptico de "Panglós", sostendrá que lo único que no admite escépticos es lo que estuvo; y así como se lo echa por el raciocinio, se "da media vuelta" y se mete por los ventanales de los nervios. Mas es sólo presencia del presente que llamamos pasado.

Así, para el runa-hake, los "pasados" son los presentes; y no porque lo explique, sino porque lo siente. Vive en un constante acecho de la muerte, pero de esa muerte que vive, que está. Y está nó ciertamente en su chullpar, sino en él. No rechazaría Bergson la ejecutoria sensista del espeleólogo, o espeleófilo, pues para el florido

filósofo de la Intuición Creadora, si actuamos es en pasado, es decir en cuanto sentimos la estancia. Y es que el runa-hake no se guía sólo por doctrinas baconianas, sino que ha asimilado a Federico Nietzsche, hace la friolera de doscientos mil años, y cultiva otra fe que "la fe en la tierra", y, lo que es más importante, la fe de la tierra; que esa fe es la conciencia de la posesión de la vida. Claro que ni Bacon ni Federico (el adolescente que vivía macerando en probeta evangélica), pudieron ser intuídos cuando como tales filósofos no existían. Entonces, las intuiciones o exploraciones de los filósofos son más que vibraciones de la mentalidad de la caverna, en tanto se reproducen en naturalezas en quienes el instinto no ha sido obliterado.

CXV. Mirados así estos problemas, ¿qué es el amor para nosotros, almas? Es poder de estar. No soy porque pienso; soy porque duelo, aunque probablemente nunca pueda definir el dolor. Ello no hace: lo importante es doler, o ser. Si hemos concebido la idea de muerte es porque el que agoniza se queja; y deja de quejarse cuando deja de respirar. Con tan frágil testimonio se quebranta la vida. No; si la muerte es el más categórico y torpe de los absurdos intelectivos del hombre, el muerto sigue quejándose después de muerto, precisamente porque está vivo dentro, y no fuera, del óvulo de la vida: el dolor.

Ciertamente, desde alguno de los planos de la conciencia se siente que hablar es tanto como engendrar, y que se habla y se engendra como se ama, con el angustioso instinto de la permanencia. Pero, por mucho que las palabras me rompan el corazón, mi mejor palabra es la chispa magnética que de mí se desprende: mi hijo. Pero mi hijo es tan naturaleza como palabra, y ambos están porque estuvieron. Sería una estupidez si sostengo que mi hijo existe en cuanto le pienso; existe en cuanto estamos, y hablamos en cuanto sentimos que estamos. De aquí que las pocas palabras que iluminan el verbo del hombre no son las que se piensan, sino las que se expresan en esa inconsciencia sabia del instinto. La mujer es madre por él, aunque por convencimiento sea maternal. Si dejo de pensar dejé de existir: pero sigo doliendo... ¡y no existo! No hablo porque pienso; hablo porque siento. Se sigue que cuando el hombre retorne de la aventura diaspórica, y se meta en sí mismo, porque sólo así se mete en el infinito, su naturaleza se habrá

iluminado en la medida del cósmos, y su palabra tendrá el poder del ¡Fiat Lux!... Tendrá fetones.

Vamos, anda, canta...

En el estruendo del gorjeo matinal el universo se llena con palabra que tiene la angustiosa ansiedad del óvulo en que madura el germen y esa palabra se rompe en oriflamas y relámpagos solares con una profundidad sinfónica que deja entender que ella es un parto que le duele a la vida, porque es lo más vivo de ella. Pongamos el estertor del agonizante en la garganta de los músicos aurorales y tendremos la perfecta imagen genésica del latido sanguíneo y del temblor de la palabra.

No se puede ser sin estar en el amor. Sobre esta verdad tampoco bailaremos pavanas ni rigodones.

CVI. De Walpole es ésta tan conocida sentencia (la he tomado de vieja revista porteña): "El mundo es una comedia para los que piensan y una tragedia para los que sienten". Se admite por las buenas razones de Fray Gerundio que, a lo último, la comedia es lo cómico y la tragedia lo no cómico. La inscripción que a la puerta de su Infierno puso el florentino:

Per me si va nel eterno dolore...

Es lo que realmente revela la calidad humana y trágica de su **Commedia**: si para la bestia humana, y para toda bestia, lo eterno es la vida y el dolor en que la vida se sustancia.

Fatti non fosti a vivere come bruti.

Y allí, y en otra parte nó, radica la melancólica comicidad del civilizado, comicidad que no le ahonda en sí mismo, si lo disuelve en la irrealdad mentalista, para no darle calificativo más impúdico y cabal. Realidad, empero, de que no podrá redimirse sino **come bruti**.

Sepa el hombre que cuanto más sea de animal su dolor, será más fértil, profundo y sabio, más simple y saludable y bello también. Más vital.

No me han ocurrido esos versos del Dante porque me precie de poseer su lengua, sí porque el Dante sabe que los siento. Entre paréntesis, tales sentires no le habían sido revelados en su tránsito.

Sabe ahora que **Il Paradiso** legítimo de la vida, es **Il Inferno**. Desde luego, quien ríe más de la célica Beatriz teologada es el propio poeta, mientras se quema en éste, la sirte **smaritta**, que tanto horrorizara al Cisne, su maestro, y a él, cuando ambos bien pronto hubieron de percatarse que la **diretta via** a la plenitud, la eternidad, la gracia, es la **diabolica e porca** y Divina Carne.

Es poco pantagruélico aceptar que el único animal que ríe sea el hombre, más aún, que haya inventado la risa como antídoto de sus dolores, según Nietzsche sostiene. El ario que comprendió mejor, tal vez porque es un ario de extracción mongólica, la logoloquia de la ataraxia griega, es éste; pero su risa a las vistas no es eutrapelia ni kalistenia, desde el punto de vista tártaro, de cuya gigantomaquia su Zaratustra es sólo una versión dialéctica del **junker**; es inmersión bhudista en la totalidad nirvánica, en la negación del hombre en la monstruosidad. El hombre es la medida del hombre; el Superhombre... Si no capataz, su corajina, botas y látigo, será el ángel, y en ambos casos, social o antropológicamente, negación. El estado de fuerza, de armipotencia, para el hombre, no está en el arquetipo: el hombre es manada, es tribu, es horda. Y el gran hombre es grande sólo en función de masa. No hay grandeza individual sin mística. La soledad del felino tiene una razón inequívoca: la garra. El hombre en la selva es un hokollo que trepa árboles y se alimenta de frutos que no debe pelear. No se crea que inventó el puñal (ni nada): lo copió al tigre; el primer puñal del hombre fue su colmillo. El instinto de imitación, propio del simio, le llevó a devorar hombres como él, porque observó que los animales comedores de hombres son los más fuertes.

Aquello del poeta de que las águilas van solas y los conejos en manadas, es un hecho que no admite dobles interpretaciones. Pero, el hombre, y su historia bien lo revela, es del orden del conejo, pese a sus gigantomaquias tártaras o tudescas. ¿Qué pureza arquetípica relacionan las teologías y las egorragias cuando desbordan las verdaderas dimensiones del hombre? Purezas sin cósmos, sin materia. Sostiene Hegel que ser puro es lo mismo que no ser; y tiene toda la razón. El

hombre es hombre **come bruti**, como naturaleza. Y es y está sólo en animal-humano. Epicuro, en cuanto materialista, concibió el estado indoloro, propio de la beatitud, o el bhodi hindú; y entre muchas de sus contradicciones ésta hace de él un precursor del Cristianismo, no del Cristianismo de Jesús, cuanto del Cristianismo antiespasmódico de Trento; porque, si bien se observa, Jesús es el hombre, el hombre nacido para arder en las neveras del corazón.

Sólo el dolor, que es fermento, puede llevarnos a la cruz y revelarnos las profundidades de la energía. La cenestesia mística está catalogada, necesariamente, entre las actitudes hechizas y cómicas; insta al hombre a asirse al humo del incensario, y le enseña que hundirse en la negación divina es la única manera de lograr la sustancia del sér, y alcanzar al Junker, al capataz, en suma al Superhombre: negación de la materia.

La carne es mala, nos enseñan; la forma de redimirla, vejlarla, mascotearla, ofenderla, crucificarla, hasta acabar con ella, que en faltando ella, quedará, como en el tiesto del Salmista, el oro siete veces colado, la intangible pureza del arquetipo.

Es la colerina de la catarsis mística: sacar de la muerte la vida; la pureza del albañal; de la bestia el ángel; sacar al hombre del hombre. ¡Matarle para que viva! Pero el dolor vital denuncia la falacia del procedimiento; y demuestra que no hay muerte donde hay dolor; que si la vida es, la muerte no puede ser; que si la muerte es la realidad, pues según tal doctrina se nace para morir, la vida es irreal. Vale decir que sólo existimos en cuanto no somos; y que alcanzamos la pureza tan luego dejamos de estar. Cachiporras más exentas de sentidos han golpeado en la estolidez del hombre. Todo se reduce a que "agora la carne ha corrompido su camino", como lloró Jeremías. Ciertamente, ella es el tabernáculo de la vida y ha sido trasmutada en escaño de la muerte, en el medio que permite al hombre llegar a su anulación en Dios, o en el Diablo; y le obliga a entender que en él no hay sino un simulacro de naturaleza y de vida, y es sólo en cuanto percibe, y no en tanto duele y se pudre.

¿Qué pasaría con la sed de cielo, y sus chicanas de pureza, de que el hombre siempre está en agruras, si le dijéramos: "Mira: más allá de ése albañil de tu carne, ya no hay más; pues afíncate en él; o

desapareces"? ¿Por qué el indio llora si se vierte una gota de su sangre? porque esa gota de su sangre le duele como una gota de su inmortalidad, de la inmortalidad del sér. Crea usted que la santa tierra debe tener una conciencia vital muy parecida a la de este hijo de la mugre bárbara.

Para estas enfermedades del hombre queda otro tratamiento que el homeopático, enseñándole a amar la muerte en todo lo que es dolor, porque el dolor no se pudre ni muere: es de fluencia fértil. ¿Qué purrula más en tu corazón, hijo mío, qué duele más en él? ¿El cadáver de tu padre? Pues ama ese dulce pus, esa dulce carroña, y ellos bullirán en ti. ¿Les sientes acaso urgidos de vida, hambreando tu juventud, locos con la gracia de tu riñón y de tu semen? Es que son nada más que un Ejército que ha desplazado sus unidades en el campo de batalla para sustentar con las armas su derecho a la vida. ¿Cómo me negarás, hijo mío, si eres tú quien matará la muerte?

No pongamos atajos al genesíaco amurco. Es preciso que el testarazo del dolor sacuda la vida, que chorree el sudor purulento de las llagas que ella hace, pues son nada más que el nido de la vida.

H A Y L L I

¡Guaguay! ¡Guagualay!
Un potro de ávidos ijares:
mi dolor, te hizo caballero.
No, debajo del potro; sobre él
vienes, vencedor de la muerte.
Amo el dolor con que tu amor me enciende,
pues sólo así soy, naya, soy.
La dolorosa ánfora de tu madre
amo, pues sólo en ella estoy.
Y dame el jugo de tu sangre,
que es tiempo, guagüitay...

* * *

Esta, amigo mío, la lección que obtiene el hombre cuando pone la oreja en el corazón de los chullpares.

En el corazón de los chullpares está el imperio de la sangre y se percibe su inmortalidad, Bulle con torrentes ardorosos, habla con la lengua de todos nuestros muertos, se agita con sus vidas, duele con los sueños, reclama sus derechos; de allí afloran para brindarnos el beso de la fraternidad que no se trunca, para avivar la hornalla que arde sin principio.

CVII. Vivir, nó en cómico, sino en profundidad, es todo lo que tenemos que pedirle al hombre. Léntulo (Renán, Strauss, y cualquier almanaque traen el dato) nos recuerda que el Cristo era un hombre de belleza apolínea, pero de "ojos indescriptiblemente dolorosos". Y ésto, que es lo suprahumano, por ser "demasiado humano", que lo muestra en su verdadera dimensión de Hijo del Hombre, "que no se le veía reír nunca, y sí llorar siempre".

Hombre en hombre.

La del Cristo, como la vida de todo ser realizado en profundidad, debela dos realidades químicamente reales:

a) La verdadera alegría es hija del dolor y expresa la realidad de una naturaleza en movimiento. De hecho, ella es el Dolor.

b) La secreción lacrimal denuncia el estallido del átomo, prueba física de una crisis volitiva que ha creado fuerza.

No han sido inventados como la risa.

No en vano se dice del hombre superficial que es el hombre cómico. Constante vibración y angustia constante es el hombre intenso, y los suyos, por lo general, ojos indescriptiblemente dolorosos, seña de que la fe los vulcaniza. Síguese de esto que la fe es al hombre lo que el dolor a la vida: poder de ser. No será la fórmula: ¿Fuego más Hielo, igual Fuerza?

Si el hombre alguna vez se convierte en dios, no será porque ríe; será porque llora.

CVIII. ¿A dónde se llega por este camino? Los caminos no llegan sino a ellos mismos. Veámoslo en el pobre Nietzsche, que por no adorarle se pasó la vida tirando bodoques al corazón de su maestro, por lo que habría de acabar escribiendo el último Evangelio de Jesús, coetáneo del Evangelio de Nicodemo, versión Tolstoy, otro alemán eslavo. Para probarnos que "la actividad intelectual se realiza inconcientemente", que, como enseñó Schopenhauer, "el optimismo que no proviene de la profundidad es un amargo visaje"; y que es de su naturaleza "no condenar sino aquello de que lleva buena provisión", según anotó Aristóteles —a lo que debo agregar que las acotaciones las copio de otros copiadores—; cuando su gloriosa mente se hundió en el Nirvana ("Por qué lloras, Lisbeth, decía a su hermana, si ahora somos felices?"), no vio a Zaratustra —su rabote— a su lado; vio la serena, dolorosa, silueta de El Crucificado, de aquél que nunca reía, y lloraba siempre. (No era "el eterno retorno"; era la permanencia inevitable). Es decir, Nietzsche el funámbulo, reversionó en glaciación al centro de su fuerza: el fuego. Y allí, al negarse, fue poseído por la luz; y quedó ciego. Es que ojos más dolorosos se detuvieron nunca en los vértigos de la filosofía; nunca la filosofía fue más dinámicamente cristiana que en este Anticristo, loco y doloroso.

¿Probar la cuadratura del círculo? No es tarea propia de este sitio. Le invito a esperar mi "Invitación al Pez", del cual bien podrá decir usted si es el Pancristo.

CIX. Concédame, entonces, mi noble amigo, que el Khorichallwa sea emergencia instintiva, al mismo tiempo que la revulsión consciente de mi estrato; importe el tahalí de mi alegría por el saneado camino de la espina y el dolor; pues si en punto llegué a Él tibio, de Él salí fuego-hielo; si ayer fue flor, mi flor, y fue trino, mi trino; es hoy la medida de una lágrima que devino sér. Y ponga allí que El, su búsqueda, su necesidad de cósmos, me ratificó indio, y me sentí árbol. Y no hay árbol sin raíces aferradas a la tierra y a la roca de la tierra, condición inevitable para que el hombre edifique su Babel, reproduzca su germen, y el árbol se hierga hasta sacudir el polvo de las khenayas con su fronda.

CX. Pues bien: el hombre, y con él todo lo que vive, están para permanecer, permanecer siendo. Y el sér no es sino un estado de plenitud. Cuando la embriogenia haya alcanzado mayor dominio para el análisis, se verá que la Naturaleza al dar la plenitud del sér a los organismos que la integran, impone leyes que si no se cumplen llevan a la degeneración y a la muerte. Y que esta batalla por la virtud comienza en los laboratorios amorosos de la gémula, para manifestarse después en los grandes instintos que gobiernan las especies.

Para el drama ciclópeo hay escenario: el allkamari, la flor, o el konkhachi. Mas el protagonista uno: el hijo. Él.

T R E N O

Alarde de canto, alarde ingenuo, como es ingenuo el trino. "Si el pájaro pudiese analizar su trino, no trinaría", ha sentenciado Goethe; y aunque el padre de Fausto ignoraba que el trino es analista, le faltó agregar que si el hombre pudiese analizar el trino, no reiría.

CXI. A todo esto ha llegado la hora de nuestra batalla. Y voy a dársela, no con bombas atómicas; batalla de flechas y de clavas, con una táctica descriptiva, y si alcanzo, estética, que infiero se llamaron así desde Federico el Grande aquellas guerras que si bien, como toda guerra, perseguían destruir al enemigo, no se proponían destruir la vida; por lo que sería más propio llamarlas estrategias del Inka, que él empleó con un sentimiento humano de la guerra que no tiene paralelo. Y es que eso de sitiar al enemigo con la persuasión, sin hacer persuasión de las armas, es cosa que no han entendido Hitler ni Tamerlán, ni entenderá el hombre hasta entender al Inka.

Piense usted si los civilizadísimos nipones de Hiroshima, que fueron capaces de la hazaña de Pearl Harbor, cuando se vieron abrasados en una ola de fuego, no habrían sentido que la guerra bella fue la de sus viejos Samurais. Y que este atormentado mundo de hoy tiene otra salvación que regresar a la bestia y al salvaje, los cuales, aun saboreando sangre, descubren una naturaleza gobernada por los sentimientos de la fraternidad en la vida.

CXII. Y usted se dirá que el regreso inevitable ha comenzado: de las arquitecturas abstrusas, a fuerza de capciosas, de las filosofías y sus valores, a un empirismo sensualista; de la satánica inhumanidad de las guerras modernas, a la dulce ferocidad de la bestia; del amor esquemático de Don Juan, al amor y la familia genésicos; de la tortuosa teología del Papa, al sano, sentimiento de la vida del Layka. En fin: regresar para el hombre será hallarse menos poseído de pavor, más dueño de una serena humanidad.

Retorno en Él al maternal regazo de la realidad.

CXIII. Y nosotros tenemos al Inka, y no le vemos. La historia de su Imperio es objeto de una arqueología feble; nuestros sociólogos la conocen sólo por los descubrimientos de la ciencia europea, apriorística y preconcebida, que lo demás del rebaño ni eso sabe. Por lo que la Historia Americana comienza, nó con el garrote de Cajamarca, comienza con el descuartizamiento de Tupac Amaru; y todo lo que detrás del último Inka queda, nebulosidad y prehistoria. ¿Y qué pasa? Pasa lo que está a la vista: un continente sin historia; cuatrocientos millones de hombres y mujeres sin historia; treinta, o más "republiquetas" simiescas que desembocan en toda la Historia, pero en una Historia que no es nuestra Historia. Y la única naturaleza verdaderamente histórica que ha producido la América: la del Imperio Inkaiko, no pertenece a la Historia, a la cual, nosotros, criollos y mestizos, sí pertenecemos. ¡Y no hemos inventado la rueda, el hisopo ni la escoba! Es que la historia comienza con el descubrimiento de la escritura, y la escritura del kipu se hizo rastra en el escombros a que fue reducido el Tawantinsuyu; por lo que la cultura del Inka no puede ser considerada entre las manifestaciones históricas de los grupos humanos; pero sí la destrucción de su cultura.

¿La destrucción de su cultura, consumada por el alfanje de las Cruzadas y a la sombra del lábaro de la Civilización Divina?

Divina... ¿Todo lo contrario no será lo justo? En verdad, el esclavizamiento de un pueblo por otro, a título alguno puede corresponder a la Historia de la Civilización, supuesto la civilización debe hallarse en el ápice de las superaciones morales. Es sólo la protohistoria del

salvaje; si al valernos del salvaje para caracterizar la rapiña, el cuatreroismo, el superhombreismo, no ofendemos la dignidad humana.

CXIV. Sobre esta trapaza alentemos la fe de que el Tawantinsuyu suscitará en quienes sean capaces de obra tan magna (y a la cual hasta los humildes tenemos el deber de contribuir) la osadía de revelar su Historia, no su árida arqueología (la Historia, como se la entiende hoy, es una arqueología dramática sin drama), sino la expresión antropológica de un complejo que trasciende porque vive.

Para esto, volveremos a lo sugerido ya; y es que una verdadera aprehensión, sólo es posible partiendo del sentimiento. Y hasta el Inka no puede llegar sino quien siente al indio, la raíz del trino; mejor si los siente y concibe como poesía, que es temple en que vibra la actualidad vital; si acaso pertenece sólo a las estructuras moleculares del hombre lo que le fluye en sueño.

Por eso mismo, cuando esa empresa sea realizada en las medidas de su magnitud, podremos colegir, nó que el Inka se hubiese marchado, o le asesinaron en Tinta, y vuelve; sí, que está. Que no puede irse. Está en escoria y agonía.

T R E N O

Aquí llega uno de sus dardos. "La vida es una sucesión de unidades", me dice usted; "y Alguien, que la juzga bueno, suprime algunas de ellas".

CXV. No le entiendo, y menos lo siento; es honrado se lo diga.

Si no estuviera convencido que no profesa usted principios religiosos, no le presentaría las débiles objeciones que verá enseguida. De pronto, ese "Alguien", de un pascalismo obsoleto indudable, me resulta insólito por venir de quien viene. ¿Se trata del dios ortodoxo, mi buen amigo? ¿Por qué no decirlo claramente? Nuestros dioses, que tan viejos son como aquél, y acaso más viejos, no se arrojan tales facultades. Si usted propusiera el problema al Huturi (divinidad ofídica del Titikaka), le creería una naturaleza desleal, que nadie, sin manifiesta deslealtad, concibe un dios que para hacer la vida requiere de unidades,

siendo él, necesariamente, la unidad. Y luego, porque lo cree bueno —y un dios estará, aunque sólo por respeto a sus regalías, más allá del bien y del mal—, suprime algunas de ellas, seguramente porque advierte que su creación no es perfecta, ya que no lo hará a causa de sus psicosis de genitor. Y si se rectifica es en ejercicio de un sentimiento humano de perfectibilidad, condición impropia de la perfección inmutable y divina.

Mientras el poeta elabora su canción, a el escultor modela su es-
quicio, van de tanteo en tanteo, e introducen una modificación acá, y otra allá, y si aún así quedan insatisfechos, tiran cuanto levantaron. Y aquél toma nuevo papel y éste nuevo barro y, sin cansarse —que el artista sabe que a madre alguna le cansa la maternidad—, tornan a infundir en la materia indócil el soplo de su genio, hasta que, finalmente, aletea la vida.

¿Presumiremos que dios procede de esta manera? Entonces dios es menos poderoso que el hombre; y esto es negar a dios. Herejía de herejías.

CXVI. ¿Cómo ante estas caliginosas turbulencias no ampararse en el monismo del Layka, quien, lógicamente, se mueve entre valores "sobrenaturales", mentalidad mágica como es? Pero es que el concepto que de lo sobrenatural tiene el Layka es completamente natural, y no puede ser otra cosa, siendo, como es, un individuo natural, y está dentro y no fuera de la naturaleza; y porque es más psicólogo que bruja, no cree que "alguien" a más de la vida y la humana materia intervengan en sus embolismos. Todo lo que dispondrá, como el pulpo, el águila, el boa, para operar sobre las cosas kinestésicamente (ahora diríamos así), será la fuerza de los fetones de su propia naturaleza, canalizándola en determinada dirección, concientemente inducida; de manera que los efectos que se propuso le resultan instantáneos y precisos. Y es que ningún instinto puede ser inconciente.

Un ejemplo.

El gamonal, por quítame aquesas pajas, había arrebatado la cosecha de okas de un pobre indiecillo, y éste, como era de rigor, antes que al gendarme acudió al Layka. Y el Layka, realizada la consulta a la coca, acompañado de la víctima una noche acudió a la "casa de

hacienda". Después de varios manipuleos mágicos en que entraba un bracerito alimentado con takia, dejó sumidos en profundo sueño (y actuaba a no menos de trescientos metros de la casa) a gamonales, siervos, y hasta a los perros mismos; de manera que el indiecillo avanzó y recuperó lo robado. Ya sé que no verá usted acá la intervención del Wawaku, y lo explicará por el hipnotismo o la sugestión; y estará usted en lo cierto. Pero el Layka no ha recibido lecciones de mesmerismo por correspondencia, como nuestros brujos, y lo que sabe y hace lo ha heredado no del Inka, ni del régulo aymara; lo ha heredado del atlanta, que, como es bien presumible, vive en nuestro sentimiento y en nuestros huesos.

¿Quién dijo aquello de:

—¡Tened fe como un grano de mostaza y podréis mandar al monte: trasládase al mar! Y el monte obedecerá?

Un día el hombre tendrá fe como un átomo, y podrá hacer y deshacer el universo.

¿La fe del hombre es la fuerza de sus fetones que ha creado energía, poder de ser? San Agustín decía: "La sabiduría del hombre es la fe".

Oh, flamígera cornada en la glándula pineal de Agustín, propinada por Agustín: La sabiduría del hombre es el instinto; y el instinto la fe de la materia...

CXVII. No olvidemos, si de la maestroescolía del sabio viene, que en el diálogo de la física de nuestros días (y el Siglo XX no será llamado el siglo de la metafísica), si bien no se ha definido la continuidad o discontinuidad de la materia, y que Einstein, inclusive, formuló la hipótesis de la inexistencia del éter, se tiene la humilde evidencia de que en el corpúsculo microscópico que la forma, rigen principios mecánicos que ha hecho posible imponerles una disciplina mecánica dentro la cual admite funciones inducidas. Y estamos en los albores de esa conquista.

Además, si, como afirman tratadistas con autoridad, la ciencia no ha llegado a establecer la misteriosa ley a que obedece el movimiento de los brazos del hombre, y, en suma, la dinámica de sus impulsos, ¿no será lícito suponer, que un proceso atómico deflagra a diario en el

hombre, y a eso llamamos voluntad, raciocinio, intuición? En todo caso, no veo en qué se diferencie la magia del Layka de la magia que permite al hombre vivir. Ciertamente, quien sea capaz de operar sobre su energía animal con este poder cinético, ha de lograr, conscientemente, milagros. ¿A qué otra mecánica obedece la capacidad del hombre que se levanta en cabeza de una multitud y la conduce y gobierna a su arbitrio? Mil años há el Cristo fue crucificado y su voluntad de gobierno rige, a menos que a mí me crucifique el error como a él la muerte en la cruz de la vida; que no digo que gobierne a través de testafarro alguno. No le juzguemos mito: si fue hombre está con los hombres. Si fue dios, ha muerto, o morirá. Los dioses viven lo que las modas.

—Lázaro duerme —dirá a las hermanas del inmortal agusanado.
Y, tras eso, ésto:

—¡Lázaro, levántate; y anda!...

¿Descubre usted acá la mano de ese "alguien"?

En el hombre todo parece divino. ¿Qué sentido tendría el hombre en un dios? El hombre debiera ser definido como el artesano de los dioses si hay cosa que toquen sus manos que luego no se animen con estremecimientos órficos. ¿Se es hombre en tanto se es más que hombre? Hombre no dios, fue quien confinó en los muertos la tarea de enterrar a los muertos, conciente de que nadie ni nada muere de vida. Pero, no prevendrá muy favorablemente el ánimo en beneficio de su artesanía, quien además de dioses inmortales, ha creado el mito de la mortalidad del hombre, si él siente que condición esencial de su sér es la vida. Si se ve así la historia del hombre, se descubre que cuanto tiende a sacar al hombre del hombre lo empequeñece y deprime; y esto es más trágico y sarcástico si se comprende que su verdadera medida es el infinito...

CXVII. Ese "alguien" que juega con alfiles y peones en el ajedrez de la Pacha-mama, no es el Cristo, ni es el Layka; no es el hombre ni es la naturaleza. ¿Será dios? Pero, si tal juego es indigno del hombre, en

tanto no hombre cómico: ¿en qué grado no será de un dios, si por dar rienda suelta a su bonomía vese constreñido a dejar vacíos que si algo constituyen es su negación? Y desde Demócrito, a Francisco Bacon y Hobbes —me expulpe el onomástico—, mecánicos antes que cómicos, "el mundo ha sido concebido en términos de un mecanismo" en el que no cabe idea de vacío o de muerte". Si en el hombre, y fuera del hombre, dado que fuera de él haya algo que no sea él, todo es vida, eclosión, ¿dónde el vacío, en qué punto la muerte? El hombre es inmortal en naturaleza y por naturaleza, o, como los teólogos dicen, en sustancia. Lo sabía el Cristo, y de allí que el "milagro" de la resurrección de Lázaro fue posible, tanto como la suya... en el Padre.

No nos desconsolamos ante la poquez espiritualista que al engrandecer al hombre hasta latitudes ultrórbicas, redúcele a la estatura de la imbecilidad. Poco tardará la olla del alquimista en revelarnos cómo fueron posibles, y son realizables, los milagros del Hijo del Hombre. Lo tremendo del misterio metafísico es que posee células.

CXVIII. ¿Sin una certidumbre del linaje de ésta, en qué se apoyarían la magia del Layka y la fe del Cristo? La fe es dinamógena, el poder más grande que posee la vida; y que en todo tiempo hizo chispear aeréolas en la testa del hombre. De aquí que al Cristo no se le hubiese inmolado como a Hijo de Dios, que no había templario en Roma capaz de montar la giba de semejante Urs; se le clavó como a insignificante taumaturgo, del cual la historia de sus contemporáneos no ha guardado memoria como el taumaturgo, digo, hijo del carpintero José, del hombre José, a quien nadie sabía, ni los Apócrifos, de la sangre de David, pero de quien aseguran los sincronistas británicos que bebió en la ciencia secreta de Hermes durante cuarenta días según los Sinópticos, cuatro años según aquéllos. Qué otra realidad más diáfana que ésa... Cuando el eunuco de Poncio, no sabemos si con ingenuidad propia de los yugulados, o cazurría de sophista, le preguntó: "¿Qué es la verdad, Profeta?"; el Cristo guardó el mismo silencio que cuando le instaba a decir, si, en verdad, era hijo de Dios... ¿Qué podía responder el sabio, si el sabio sabe que Dios no puede tener hijo alguno, no se ha dado en matrimonio, y es inapetente, por sustancia, y en cuanto a la verdad ergotista por quien indagaba el romano, es algo peor? Pudo

responder: "Poncio: pueda que la verdad seas tú; yo soy el Cristo". Y Poncio se habría quedado, como está: restañando su piel de la sangre del Justo...

Él andaba de su fe y por su fe; y nadie anda por otra causa. ¡La fe es una elaboración sin naturaleza física, nos viene de zonas inasibles, y sólo en tal virtud es creadora, puede contravenir el determinismo de la materia, o se elabora con materiales de nuestra naturaleza? ¿Qué quiso decir el Rabbí con eso de que el reino de Dios está dentro del hombre, y no fuera de él; que a Dios se le ve, no en el monte de Garizim, ni en el templo de Jerusalem, sino en la realidad del espíritu? Quiso decir que somos, no dioses: el universo. Y que el hombre está tanto en sí como fuera de sí, si en universo; que somos en cuanto Él es en nosotros, y que el hombre en punto alguno constituye punto aislado de la unidad vital; y que mientras seamos capaces –como él– de ejercitar el poder de la vida, la vida se manifestará en nosotros con la suma de sus poderes. Sólo así, si no son milagros eclesiásticos, podrían ser explicados los milagros de Jesús.

Eso es estar en sí y en el cósmos, si en él no se puede sino estar. Cualquier "alguien" que se entrometa en el ejercicio de esa posesión de derecho, constituye una negación jurídica de la vida. Y es la muerte; y su destino el morir.

Comprenda usted cómo "alguien" habría querido enredarse en los nervios del Cónsul cuando pedía al Cristo le dijese, en privado y con promesas de secreto, sobre su ejecutoria de caballero ecuestre, eso de que qué era la verdad; y lo otro, si no era hijo de José. Y el esenio guardó silencio en siete idiomas (según Josefa, que escribió en arameo, todas las malas lenguas conocidas en el mundo hoy y entonces en la Judea) por no tener a mano el látigo con que aventó a los mercachifles de los templos que, muerto él, volvieron a poblar, y rallarle el rostro por cobarde y maldeciente. "Alguien" habría querido morderle el trigémico, diciéndole: "¡Quieres te diga lo que es verdad, cuando tú eres incapaz de definir qué es moral, y menos de tener moralidad!"

Los mitos de verdad y moral, son la base de las teodiceas y de sus escalas de premios y castigos; represores del instinto que ilumina la vida y origen de todas las negaciones.

En un desconsuelo moral, el hombre alza los ojos al cielo en busca de la verdad; y sólo concibe la muerte.

T R E N O

Luego, dice usted que suprimida esa unidad, porque así lo encontró "bueno" ese "Alguien"... "sobre el papel quedan las huellas de las suprimidas, y las que permanecen cobran su vitalidad".

CXIX. Sobre el papel, sí. Pero si esto último contiene ruidosamente con su anterior afirmación. Reflexionemos... Nada descubre las nebulosidades del "razonamiento místico" tanto como su consoladora afirmación (que en mí constituye evidencia); pues no solamente le hace cometer a "Alguien" grotescas tropelías, sino que, a vuelta de hoja, permite que sus víctimas se venguen del atropello, insumiéndose en la "vitalidad" de sus compañeras de fila. Y por bobo que sea, si tuvo poder para suprimir, no le ha de faltar capacidad para impedir la burla de que se le hace objeto. Ese "Alguien" las sustrajo al destino de marcha que llevaban en su línea vital para transportarlas a zonas donde le convenía, o conviene retener a todos los que mueren por su voluntad; y los muertos le hacen una carantoña y se quedan en el corazón de los vivos, pegados a la tierra...

Que los que profesan religión conciban estas mutaciones titirescas, es lamentable, pero, aunque deba amargarnos por solidaridad en la tierra, explicables también. En quienes profesan irreligión, como usted, ya no. Diga usted con toda solvencia: "Los muertos vuelven a la sangre de los vivos, tal la semilla que busca el camino del surco, como enseña la Catedral del Khor-Puma; pues los muertos son semillas". Y estaremos de pleno acuerdo.

Todo lo que descubro en su hipótesis es la piadosa finalidad de brindar consuelo al desconsolado. Esta fue, en todo tiempo, de las falsificaciones filosóficas, la que primero se convirtió en **Pantheon**. Y ya sabe usted lo que eso quiere decir en lengua aristofanesca. Nietzsche sostenía que "los instintos que no tienen salida se vuelven atrás; se tornan alma". Esto sería de una estupidez escalofriante si no entiendiéramos que el filósofo paradojal que había en el autor del "Ecce

Homo", quiso decir que en tanto vela, disfraza, sus instintos, el hombre se hace místico. Pero que el instinto fallido se torne alma, es de una monstruosidad que enloquece; como enloquecería la idea de que un río que marcha a un millón de codos por segundo pueda contramarchar así fuese a medio codo por hora. No lo ha concebido el relativismo einsteniano, ni puede concebirlo; tampoco da argumentos para explicar por qué —que esto no es simple filología— se llama panteón al recinto destinado a hacinar los cadáveres que ocuparon los hombres. Pantheon conviene a la idea ecuménica y de totalización de la divinidad; y es una raíz metafísica del pan-theismo; por tanto símbolo del infinito, y de un infinito penetrado del divino efluyio, (theophania) y como él inmortal y eterno. Llamar pantheón al cementerio, que este último es término mucho más sabio y agudo, pues cementerio es lugar de embriones, es darle el apellido de la eternidad a la muerte; a lo ilimitado el apodo del límite.

Un absurdo tan pavoroso como el de Federico Nietzsche.

Pero, es que acá hay una razón ya no filológica ni física. Es la razón metafísica: la muerte es el punto de partida del Theo. Dios no se explica, ciertamente, sin el cadáver que huele a las sarnas de Job.

En el cementerio, así como ya vemos nosotros las cosas, no hay sino semilla. Es la pirwa de la vida. ¿Entiendes, Plato?

CXX. Entremos en chinkana. "No temas perder, pues en perder está tu ganancia; que sólo se posee eternamente lo que se ha perdido", escribe Kieerkegard, no sé si en sus "Pensamientos" o en su "Filosofía de la Angustia". Paradoja estupenda, comparable sólo a las de ese genio de la paradoja, mi señor don Miguel de Unamuno: "La ciencia pone el universo en orden". Pero... bisímbolo, menos explícito que un Término romano, y con tanta tentación a la absurdidad como la resurrección de la carne (la inmortal) y la misma resurrección como valor filosófico. No menos paradójica, aunque sí más tontuela, la de ese Saulo pretoriano que acababa de oír en Damasco una gran voz que le tumbó y por miaja le rompió la oreja:

— ¡Saulo! ¡Saulo!, pendejo...

(En el sentido del pendejo, que tiene nada de hamposo, y es castizo y linajudo, conforme lo predica y emplea el paradojista hispano).

– ¡Saulo!... ¿Por qué me persigues?

Y este judío al servicio del Pretorio, que abreva en Platón, asimila a Epicteto, desconoce a Heráclito, repudia a Demócrito, se platoniza y nos platoniza, es quien dice: "Para que la semilla viva, debe morir". La semilla que vivía en uno y al germinar pervive en cien, para Pablo, murió en uno y morirá en cien. Bien se ve que llama morir a germinar y que sordera y lógica las tomó de la sofística ateniense.

Profecía de bisuterios: ganar para perder. Se gana o se pierde en la dialéctica de los negocios. Y aquello de que el "negocio del alma" es cuestión de cánones, es hacer de éstos negocio y no caminos del alma. Y, al último, quien ganó: ¿cómo pudo perder? La vida no se gana ni se puede perder: se vive. Y esto aún sin querer vivir. Lo demás pertenece al pathos del Diablo cazurro.

Hay quienes por saberla escurridiza y taimada, como son las ganancias en los negocios, sienten que para aguantarla requieren de analgésicos, y analgésico han hecho de ese turbión sanguíneo que fue Jesús, discípulo de Hiliel, sin recordar que cuando se le constriñó a definirse en su talante de agitador social, o agitador de almas, que diría Unamuno, respondió, nó que era un buen negocio, sí que era guerra. Y que a causa suya el padre estaría contra el hijo, la madre contra su propio vientre, el amigo contra el amigo, la vida contra la muerte... "El Consolador", le motejan: ¿consolador él? ¿Consolador el Hijo del Hombre, que es plenitud de fluencia vital, en cuanto es síntesis germinal, flor dialéctica? En verdad, el hijo es el jugo que transpira del sudor de sus padres, y como toda síntesis debe llevar en sí el sentimiento de un destino de contención y de lucha, pues de lo contrario ya nacería ángel, o muerto, que es lo mismo. Es hijo en cuanto es vida, sudor genésico, en cuanto es engendramiento y tatalidad de sér, de estar, de no morir, en cuanto es trueno en la oreja del sordo: "¡Saulo! ¡Saulo! ¿Por qué me persigues?" Y es este Saulo, no obstante haber oído en el meollo la semilla de su maestro, quien enseña que para vivir se deba morir... Semilla alguna muere por que se

reproduzca, si hace más que guerrear en su eternidad, que porque es guerra florece en la yema de la victoria sin finitudes. ¿Qué distancia hay entre Pablo, el divo de Tomás y el filósofo de la angustia danesa? Angustia es la de la semilla que se rompe en semillas, y es angustia este valle de lágrimas, para escapar del cual hay que retacear y escupir la angustiada carne y conquistar así la gracia supra cárnea de los dioses.

¡Quebranta tus lacerias, que viven en la carne y de la carne, prostíbulo del pecado, máatala, que sólo así ganarás la eternidad!

Y la eternidad del angélico de Aquino, vive, como los equinos, en la carne y de la carne de los cárneos... Reino de la imbecilidad sublime la de nuestra divina carne, divina, mal pese a quienes la reservan a urna del estafilococo y del pecado original.

Con estos mareos se fue muriendo el bueno de Sócrates, aunque ya a punto de hundirse en los nelumbos de la inconciencia, viniera a cuenta que su alma nada tenía de divina, pues era más que alma de palmípedo, inmortal en cuanto palmípeda, inmortal en cuanto alma de volátil de carne y hueso. Y es que cuando sintió que el entroncamiento de su cuerpo, debido a la acción letal del brebaje, se rompía en etérea ingravidez, y experimentó la sensación de que el Sócrates envenado volaba, y que no la vida, lo que perdía Sócrates era su alfiletero silogístico, se supo, como buen heleno, el más bello de los animales: cisne. **Thumos.** El thumos eterno, de quien poco antes de la cicuta estaba murmurando como cualquier trotaconventos con eso de que no tenía alma, o que no era alma la suya, sino babilla de la materia en función.

Babilla es destinada a la eternidad, la intensidad y la paternidad.

CXXI. El hombre, en cuanto vida, y en otra cuenta el hombre podrá entrar nunca, no parece fenómeno de adiciones y sustracciones. No es el nervioso resultado del empujón con que poetizó el antipoético Descartes. Es empujón en sí mismo, aseidad, y ley en la ley. Y como en él se contienen todas las formas del orgasmo, pues es el orgasmo, no admite unidades ni límite. Cuando Goethe dijo: "Naturaleza es todo en uno", debió sentir que le definía. En verdad, habrá ínfima partícula de sus células que no sea síntesis en sí misma, como en un grano de polvo está el cósmos en sustancia y espacio, o la

presencia del cósmos es inaprehensible. Einstein ha encontrado para éste (según los doctores afirman) la fórmula de infinito-finito. ¡Atrévete a entender eso, Sacha-Runa! El hombre es todo en uno, o no es.

De admitir la realidad de la muerte, representaría lo finito del infinito... ¿Si el sabio hebreo no hubiese muerto con morir, y pudiese confutar sus cálculos ante la evidencia de su inmortalidad, cómo explicaría la fórmula? ¿Se aferraría a ella? Si está muerto, tengo para mí, que no he visto un muerto, ahora ni nunca, que es el primer muerto; y no hay para qué manosearle los huesos, que el primer muerto debe merecernos tanta veneración como Adán, el primer vivo. Y el infinito será al mismo tiempo finito, en él.

En la mecánica del movimiento, enseña Bergson (y al testimonio acudo de ese prodigioso Museum, de que yo y no pocos analfabetos nos abastecemos: **The Reader Digest**), dado que éste se forme de unidades ligadas entre sí, la detención de cualquiera de esas unidades determinaría la negación del sistema. Ciertamente, si hay un solo muerto, que esté, realmente, muerto; la vida sería irreal. No son estas kellkas las que primero lo sostengan; el sabio de Tiberiades predicólo explícitamente, diciendo: "Dejad a los muertos que entierren a sus muertos".

El teólogo mismo, que organiza su estrategia en base de los conceptos de vida y muerte, acaba por sostener que no hay muerte en el cadáver, y que al caer la materia en el letargo, al que repetidas veces llama sueño, el alma es trasladada a otras esferas, fuera del sistema terráqueo, donde ella, que salió no de la tierra sino de las aurículas divinas, condenada al martirio del pus, obtendrá la purificación, la beatitud o el fuego eternos según los grados de la gracia. Pero sólo para retornar al pus, al cual debe reintegrarse para compartir el infinito con la divinidad, sin hambre, frío, dolor —sobre todo dolor—, sed, apremios sexuales, si absorbida por el dimanal célico de una vida estéril, que pierde hasta el sentimiento del retoño, varones ni varonas ejercitarán los derechos del tálamo...

Gana de hurgar el chullpa-tullu de don Miguel: ¡el teólogo poniendo en orden el cerebro de Dios!

Esto se parece al infinito-finito de Einstein. El cuerpo desintegrado, vuelto podre y tierra de surco, al último se insume en el

abdomen del humus, y huesos acá y huesos allá, la triste carne, calumniada y befada, vuelve a la unidad geológica del estrato, si no torna a animarse en el bípedo implume. Sin embargo, ateniéndose a los cálculos de la mística greco-semita, o a sus promesas, cuando vibre la trompeta del Juicio Final, se levantarán de la tumba con sus huesos y su carne, huesos y carne que les serán restituidos por obra de una palingenesia que convertirá la costra terráquea en la deflagración de la nebulosa, si las manadas humanas, a partir, que no sea más que del neolítico, hanse transformado en vegetales, fueron digeridas, sembradas nuevamente, y el aire que respiramos las trae y trafican en el torrente sanguíneo de los vivos...

Menuda, divina estupidez.

No paremos mientes en el contrasentido que supone aquel estado en que no se experimentan hambre, sed, frío, calor, y, no obstante, es vida, vida cósmica, que debe experimentar sed, como el erial calcinado por el fuego solar, como la flor macilenta por falta de riego, como el vientre generoso al que falta el germen reproductor. No condenemos por pueril la devolución del alma a su purulenta materia, cuando ya no existe, pues tierra que no es sedienta, flor que no se corrompe, mujer que carece de funciones germinales, ya no están hechos de materia, ni se hallan en el sistema orgánico de este planeta. Pongamos énfasis en que tanto para Tomás el Angélico, como para Socino el Heresiarca, el alma y el cuerpo están en unidad. Y que no han razonado en forma distinta al Layka el Hirsuto; aunque éste lo haya hecho en forma más cabal, obteniendo su teología del sentimiento de su propio germen.

Si la beatitud al lado de Omniprescencia exige que el hombre aporte no sólo su alma, sino su polvo mismo, ¿no se sigue que su polvo —es suyo, personal, intransferible— es tan inmortal como aquélla? Es que ella es el lodo humano, y no tiene cielos a dónde acudir que al lodo que anda y engendra. ¿Quién muere, pues, con la muerte, dónde los vacíos, en qué instante se fractura la unidad? ¿Qué es ese instante en la permanencia? Y, finalmente, ¿cuál el reino, tabor, helicon, horeb, desde donde opera ese "Alguien"?

Ciertamente, si la inmortalidad no es condición del hombre, hasta Dios es finito, conforme al difunto Albert Einstein. Vivir para morir: poca grandeza para el dios de la vida.

Hay, por fortuna, otro lenguaje menos parabólico y tan humilde que ya no parece de hombre. Es éste: El alma es un organismo sexual, tanto que la que perteneció a mujer, sigue siendo mujer. El Laika atisba su presencia por manifestaciones rigurosamente femeninas, y podrá diferenciar su risa, su llanto, sus angustias (esto sí es "angustia", doctor Kierkegaard; no sus pendejerías), cuando, según él, se enovilla en los pajonales, se insume en el lodo de las charcas, sobre todo en el lodo encefálico. Nada hay en esto sino efectiva profundidad filosófica, si observada la vida, más allá del toma y daca de los negocios, proviene de un fenómeno genésico. Y el alma –como recuerda páginas más allá un kukani de este Khorí-Challwa– es la semilla en que el hombre está con su destino, su osatura, su intelección, su sistema neurovital, su kepi de existencias laceradas. Si hay ese dios hacedor, de que las confesiones hacen pie, su nombre está equivocado. Se llama: Génesis. Y la sustancia con que opera licor seminal.

Se comprenderá que concepciones –aprehensiones, sea dicho– de éstas, no pueden ser asimiladas por el cerebro del civilizado, pues vienen de sus elementos antipódicos y bárbaros, que por fortuna viven aún en la naturaleza humana.

Hay una especie de presciencia en la tierra. Es la ahayu: la semilla.

CXXII. Viéneme de memoria un cuento de Laykas, que si bien no hace al caso, ase la materia que aquí tratamos. Cierta venerable matrona sufría de una llaguita que, poco a poco, fue corroyendo su existencia, y cuando la medicina oficial se decidió por el último recurso: la amputación, alguien –y aquí si hubo "alguien"– aconsejó llamar al Kolliri, que es el mismo Layka en funciones de médico, mágico y herbolario. El Kolliri, previa consulta a Mama-Kuka, opinó por qué el mal debía tratarse con emplastos de barro. Nó le digo: se armó un batifondo hasta la raíz del árbol genealógico.

–¡Someterse en este siglo a las imbecilidades de los indios!

Cuando se amputó la batalla estaba perdida: la venerable dama, al sepulcro.

Tres décadas después los laboratorios de "este siglo" lanzaron la terramicyna, poderoso antibiótico, que es, en otra forma, el emplasto de barro del Kolliri; si la Parker Davis merece crédito científico, como lo merece en los negocios.

¿No es dable obtener de todo esto la certidumbre axiomática de que al último sólo los imbéciles son razonables? El lodo del Kolliri posee alma, alma de Cisne, como los poetas, y es mágico porque viene del mismo principio fecundo que el hombre: el dolor. Merecen también respeto cuando nos dicen que el alma y el cuerpo son la misma cosa; y que si el "pasado" pasó, pasó a los "pasados", que somos nosotros.

¡Desde esta plenitud deiforme de mi polvo, yo te rindo parias oh, atlanta, cuya sabiduría nos tiene asombrados y trémulos!

CXXIII. La condición ineluctable de la vida es la unidad. Así pues, "la huella casi imperceptible sobre la plana blanca", a que usted se refiere, objetivo testimonio de la unidad fracturada, es una metáfora sobre el papel, que el hombre ni metafóricamente puede admitir porque no existe; y lo que no existe no puede cobrar existencia ni en las metáforas. No hay vacíos ni unidades donde está la absoluta unidad. Entonces, si la unidad es vida, ¿qué es la muerte? Nicolás de Cusa percibió su realidad por cierto que con olfato poético: "El movimiento no tiene fin; hasta la muerte está al servicio de la vida". Hasta la muerte vive; luego, no es muerte.

CXXIV. Unos sobre el haz de las aguas, otros a ras de la tierra, todos los dioses soplaron en la arcilla modelada a su imagen y semejanza, y el barro se animó: había nacido el hombre. El filósofo atlanta fue más profundo y más serio, y llamó a ese fluído: Pachakamak: lo que anima y se anima. Ninguna corporeidad antrópica. No hay, hasta donde alcanzo una definición más exacta del movimiento, es decir, de la ahayu, la semilla del hombre y de la naturaleza. El hombre es otra cosa que Hallpa-kamaska: tierra animada. ¿Y en qué, y de qué, se anima el hombre? En, y de, su semilla. Ergo: la semilla es el movimiento redondo, y el movimiento infinito y eterno

como la semilla. Se comprenderá ahora por qué todo fruto es semilla; y se comprenderá también que la semilla del hombre es su alma.

Alma, materia conciente, incognoscible y sensitiva... Columbre usted el angustioso embrollo de Giordano Bruno, que habría de llevarle a la hoguera. El "sentía", como el atlanta, que cuerpo y alma son materia; pero, al mismo tiempo, pretendía que el Papa se lo admitiera, sin considerar que el Papa es nominalista y bifronte, y que si daba acceso a tal doctrina, por tan recamada que la servía de pietismo ascético, debía hacerse monista y materialista, aceptando que la muerte, y de manera tópica, la muerte teológica, es una ficción. Y su imperio, que se sustenta en este mito de la argucia metafísica, se habría desmoronado. La pecadora y putrecible, subitánea y precaria, es, y contiene, la inmortalidad.

Fuera de la materia no hay posibilidades para la vida: cómo no sera el alma, eterna, e infinita.

¿Le estará reservada la hoguera al gran Papini, si con lógica bizca, aunque de oro, sostiene que Lucifer será perdonado? Lo perdonará el Padre Eterno, pues, al fin y al cabo es su retoño; el Santo Padre, no. ¿En qué **Petrus** se fundamenta la Iglesia si no en este dios bisunto, hecho de metales hirvientes? El espíritu del Averno es el símbolo de la negación, o muerte, en la teodicea semita; capitán financiero y misional de la Edad Media, empresario de todas las deformaciones del espíritu humano; lo que no le quita el derecho de rezar compungido y ejercer la cátedra.

CXXV. La muerte es el nó movimiento, ese "alguien" en estado de inmutabilidad de que se hace proceder la vida; es el ente de una esencia inmóvil e inalterable, que, sin embargo, genera alterabilidad y movimiento; lo que —dicho sea con el respeto que merecen los que le rinden culto— tiene todos los visos de un fenomenal absurdo, si es de lógica que "nadie puede dar lo que no tiene". ¿Imagina usted lo que significaría que de pronto se detuvieran las Pléyades en medio de la lujuria universal? Si es usted capaz de imaginarlo, diga que ha imaginado la muerte. Pero, no podrá; porque ese punto estático en el

Universo, constituiría la "negación del Universo", la "inversión de la materia"; y eso aparejaría el estallido del cósmos. Nada prevalece estático en el movimiento, ni en lo que está ocupado pueden darse vacíos. Si en los cementerios hay un muerto, nada tardará en desmoronarse el Orbe. Considere que en todo esto hay, apenas, un invento; todo lo demás se halla en kárdexs responsables.

CXXVI. Epicuro decía: "Mientras vivimos no hay muerte; cuando llega la muerte ya no vivimos. No acompaña ni a vivos ni a muertos; porque mientras existimos ella no existe, y cuando ella existe dejamos de existir".

No se ha descrito por modo más faramalla la naturaleza de lo que no tiene naturaleza.

T R E N O

El muro está socavado; pero el color del muro te convence que permanece enhiesto. Algo que siendo tuyo ya no es tuyo; algo que miras y ya no miras; algo que oyes y no oyes, aunque en tu oreja trina, te dice que te restaron, te amputaron, te seccionaron. Oye, pues, a ese Consolador... Y él te dirá que siendo alguien, o no "alguien", quien fracturó tu unidad, y creyendo sustraerle te sustrajo, sustracción y rompida resultaron ficticias, si en vez de sustracción, hubo adición y soldadura. Y así ahora además cargas un Pez: EL PEZ DE ORO. Con que el angustiado filósofo obtuvo la palma pictórica; pues en ese tu perder estuvo tu color...

H A Y L L I

Canta tus epitalamios:
¡Soy el Pez! ¡Soy el Pez!
Coyunda de oro te dé
el agua, collera de oro
te dé el viento.
¡Atlanta eres!, dirá el fuego.
Y tú, desde el erizado kurmi,

cantarás: ¡Soy el Puma;
y tengo al Pez!...

CXXVII. Lo haré; si ya la fértil poesía me lleva la mano a la paleta. Y con ella, y con Él, estuve, estuvimos, estamos y estaremos, inseparables, en marcha al infinito y en el infinito redondo.

—¿No es éste el hijo del Carpintero? ¿De dónde la autoridad con que pinta?

—En verdad, os digo: mi reino no es de este mundo.

T O K A Ñ A

Está de las Atlántidas
por lo bajo
y de las Hespérides
por lo alto...

No hablo yo; quien pinta es Él.

Y es que, por uno u otro lados, el hombre debe retener esta verdad: ¡somos inmortales!

El hijo nunca muere; y si le abruma el sueño, duerme en el Padre para en él despertar a veces al tercer día.

—**¡Lamma!, ¡Lamma!: ¿Sabactani?...** ¡Padre! ¿Por qué me has abandonado?

He aquí, en labios del Hijo del Hombre el horrendo grito de la angustia vital: sentir que el germen paterno abandona al hombre. No hay desgarramiento igual capaz de sacudir las estructuras de la vida. Decirle al hombre que tendrá ya padre que lo engendre, es decirle que el vacío se ha abierto bajo sus plantas y que la Muerte y sus gélidas guadañas son lo real y miserable condición de su naturaleza.

—**¡Lamma!, ¡Lamma!: ¿Sabactani?...**

Afortunadamente el laberinto cretáceo de los Evangelios, que nos llegan en una maraña de contradicciones y remiendos, devuelve a ese grito del miedo el valor afirmativo que condice a la personalidad de esa afirmación sanguínea que es el Cristo. El instinto vital alcanza en él

plenitud luminosa, cuando instruye a sus discípulos en la inevitabilidad de su muerte; diciéndoles:

—¡Voy al Padre!...

Quien muere va al Padre, pues no tiene otro camino que la vesícula paternal. Y como fue al padre, es padre, hijo y espíritu santo, en el germen del hombre; por que el hombre no puede irse del hombre. ¿Has oído, Saulo?

Recuerde usted la leyenda japonesa del pescador tan pobre que debe ahogar a sus hijos en el río no bien nacen; y al séptimo de ellos, a quien ya no sacrifica, pues al fin tiene cómo alimentarle, estando en sus brazos, le susurra: "Padre, seis veces, en noches de luna como ésta, me haz ahogado en el río"...

Es también de acordarse ahora del rudo mestizo mejicano Gutiérrez de Santa Clara, cuyas "Guerras Civiles" no han merecido cabal enjuiciamiento. Al describir el opulento ritual heliolátrico en la muerte del Inka, nos deja ver al Sumo Pontífice, el de Cabeza Sangrienta, levantando a un hermoso niño, desnudo, para informar al pueblo la infausta noticia de la muerte del Emperador.

—¡Vio el Padre Sol tanta perfección en su Hijo, que resolvió llevarse; y se lo ha llevado!...

El niño, desnudo y hermoso, era el símbolo de que el Sol no se lleva lo que la Tierra retiene dentro del sistema de su Naturaleza; y menos aquello que se ha conformado a su imagen y semejanza, como el Intip-Churip o el Mayku-Khunturi.

La poesía inkaika es turbadora como la terramicyna del lodo.

CXVIII. Acá se podrá comprender que el muerto vive en el arrullo de quien le ama, desde cuyos ojos seguirá admirando la luz, con cuyas voluptades vivirá la embriaguez de la sangre, en cuyos labios besaré, y sintiendo a diario en la profundidad del vértigo la garra de oro de su inmortalidad, desde esos ojos podrá llorar... Y esto en un espacio sin tiempo, en estancia sin principio ni fin; que ese arrullo que entibia es como el kimwal del que se alzan parvadas que sacuden la luz, y al que vuelven para sacudirla de nuevo con sus revoloteos y pipíos.

Si me permite el **magíster**, me anticiparé para decirle que el esquema no es euclídico ni neoeuclidiántico, si nuestra antigüedad

estelar tiene más de veinte millones de siglos, según sostienen hombres como Laplace o Copérnico, y se presume que por delante tendremos más de veinte millones; antes nuestro satélite habrá cedido a los tirones magnéticos, cada vez mas violentos, de la tierra, al chocar con ella se fraccionará en océanos de Novas; y si bien sufriremos los efectos sísmicos de un descuajeringamiento dantesco, el eje de la tierra se mantendrá en orden, pero viviremos sometidos a bombardeos de peñascos, habrán de crearse lunas de acaso mayor luminosidad (lo que no podía menos de anunciarse) o entre los revueltos mares, que romperán sus linderos, las noches tornarán a ser prietas como los días fueron en la edad de los Chullpas... Nos habremos mudado a otra estrella, llegará la nuestra a la herética energía cero, y al fin: **¡terra eburnea**, habrás acabado por estallar!

La hora del infinito-finito llamará a todos los corazones.

Pero, no nos espantemos: seguiremos en infinito aún.

Para este caso, no olvidemos que la Pacha-Mama no es solamente este planeta católico, sí, en éter interplanetario, la que nuestros pulmones sustenta, y la que se columbra en la inmensidad abdominal, dentro la cual bogamos, es también Pacha-mama. Y seremos lanzados sin metafísicos y payasos, oposiciones académicas, pantalones de fantasía, chisteras, o condones, a las corrientes cósmicas, donde fulgirá EL PEZ DE ORO, rugirá el Khorí-Puma, seguiremos siendo tierra: Hallpa-kamaska, con los mismos sentimientos de euforia vital y la misma conciencia de estancia, aunque sin gendarmes ni terapeutas de la muerte.

¿Es que a la vida puede caberle otro **Fátum**?

CXXIX. Miremos en la Naturaleza el estilo de la permanencia. En cierta familia de hormigas el macho vive sólo para procrear, y, por tanto, su espacio es igual dolor, ya que no bien ha fecundado a la hembra, ésta le devora. ¿Aprehende usted la trascendencia de la norma? El padre tiene otro destino que el hijo, de la misma manera que la semilla: dále su naturaleza en la inseminación, como él la recibió del suyo; o, de otro modo, le tributa sus materiales plásticos, con los cuales, además, le cede su alma. Entiendo que la materia plástica nitrogenada, cálcica, albuminoidea, acaba por ser digerida, se convierte

en jugo vital, y va a completar su formación en el óvulo. El "ego" del padre constituirá en el hijo una célula genésica que éste deberá transmitir en las mismas condiciones que con él cumpliera su progenitor. Del padre nada ha quedado. ¿Quién es el hijo, pues? Es el padre, el abuelo, el bisabuelo, el tatarabuelo: es la permanencia vital, dentro de un "ego" intransferible e inoptativo. Aquí nadie ha muerto. Aplique usted este principio a la historia, a eso que se llama historia; y hablemos después de pueblos nuevos y de nuevas ideas. Apliquémoslo a la cosmogenia y el resultado será el mismo. No hay sino una historia, en caverna, en vivencia circular, aunque hay muchas pseudohistorias. No hay siquiera el "eterno retorno"; porque lo que está retornando eternamente, no tiene medios de retornar, puesto que no se ha ido. Se trata de una metáfora huera. No le faltó intuición al Estagirita, aunque el recio maxilar de su lógica se quedara a medio mordizco, cuando dijo, que "somos sólo lo que hacemos repetidamente"; si ciertamente no vivimos por hábito, puesto que bien podríamos deshabitarnos a vivir y ya no viviríamos. No vivimos en reiteraciones sino en permanencia. Esa miserable hormiguita que no extinguidos todavía los regustos de la eyaculación va a dormir, o mejor dicho, a disolverse en el vientre de su mujer, rechazaría, de poder, tal sistema de insistencia a costa de sus riñones. Se ve que la hormiguita no es porque es repetidamente, sino que es porque es permanente, o no es. La vida no cuenta con el libre albedrío de sus creaturas: ella es el libre albedrío, y para estar dentro de ella no hay que retornar ni insistir, sino permanecer sin menearse, que de lo contrario ella puede echarnos de mano y entonces no hay eternos retornos ni reiteraciones posibles. Somos en estancia, no en insistencia.

Sólo se vive vivos. Y se vive en **naya** intransferible, inoptativo y eterno. El tiempo es cronical, latido urbano de naturaleza helénica. Todas las mitogénesis prefiguran al Cronos en Japeto, en declinación, en clepsidra, para hacernos entender que el tiempo es viejo, y nosotros la puericia. Nada más equivocado. El Cronos, medida del tiempo, tiene la edad de quien lo usa; para quien no lo usa no existe. El Tiempo y el Espacio hacen la paralela macabra, pues se niegan. Como dice ese enloquecedor de la Mama Kuka: el jingá! del niño, el primer jingá!, equivale al primer segundo de su existencia. Sería poco menos que

desaforado sostener que en ese momento, en tal segundo, el niño ése tiene un segundo de existencia. No. Es más viejo que Japeto, porque no es en cronómetro, sí en universo. ¿Dónde está el tiempo? Niño como cadáver carecen de edad, porque mueren de nacer.

CXXX. Además —y lo que aquí apunto es casi satánico, por lo que, si ya es usted dispéptico, le aconsejo doblar la hoja— además, digo, acá se hace obligatorio acabar con las bascas que produce la idea de antropofagia, si muy llanamente viene a descubrirse que el hombre, este animal, ni carnívoro, ni herbívoro, en cuanto simio frutívoro, y es no poco más omnívoro que el puerco, por naturaleza sería antropófago, como el caso anterior deja sospechar y la dietética moderna confirma al demostrarnos que científicamente sólo la carne del hombre posee los elementos energéticos que el hombre requiere para una subsistencia normal, acaso exenta de enfermedades. Pulse usted la osadía de los Kanidios: ellos, hace centurias, lo sabían; y nuestros sabios lo descubren recién. No se diga por esto que los Kanidios fuesen sanguinarios y feroces, —o sean, dado que no se hayan trasladado a Cosmópolis— si el mismo Cristóbal Colón no se cansa de encarecer su "dulcedumbre"; lo que demuestra que si matan es sólo para alimentarse. Aquello de Spencer de que "el canibalismo es la vergüenza de las sociedades primitivas", es un signo del cientificismo sin alas de ese pesado artesano de la filosofía.

Dicearco —recuerda Juan Jacobo— dice que bajo el reinado de Saturno, "cuando la tierra era fértil por sí misma, ningún hombre comía carne, sino frutas y legumbres". Y los hombres, naturalmente, eran de una santidad vegetal, como en otra parte el mismo San Jerónimo anota.

Eso fue en el reinado de Saturno y en el Imperio Inkásiko, cuyos runas, por cetófagos, eran cándidos. Bajo el reinado de Marte y de la Gran Bestia, el hombre es una fiera carnícera que alivia su conciencia con panes sin levadura.

Alguna vez oí en voz interna a uno que me decía:

—Dime lo que comes, te diré lo que piensas...

Ese era antropófago; comía de mi carne, y bien sé lo que pensaba.

¿Entiendes Plato?

Bizarra conminatoria la suya, a la que Nietzsche habría dado toda razón, pues él, que alimentaba a su creatura con mieles de abeja, afirma "que diferentes alimentaciones producen efectos mentales diferentes"; acaso pensando que si Zaratustra era una bestia de zarpa, que era, por ley de los contrarios, se debía a la melífica deyección de que se alimentaba.

T O K A Ñ A

Si comes carne ángel serás;
si trituras berzas, tigre.
Si por los plátanos te diera,
como al homo sapiens catirrino,
acabarás tory y pasto inglés.
Si carne de ángel prefirieras,
churrascos del hígado divino,
¿te moznarán diente y colmillo
y la moral de hisopo y diente?
¿Entiendes, Poncio, que aquí estás?

CXXXI. Nunca será despreciable el empeño que se ponga en decidir cómo debe alimentarse el Hijo de Dios, si hasta ahora ha hecho cosa que engullir, y por esta causa "su estado normal es la enfermedad". Tolstoy afirmaba que el hombre sufría connaturalmente de un órgano, y aunque no dice de cuál, fácil es colegir que infiriera al digestivo, por lo que es otro de los profetas que preconiza el "retorno al desierto", donde tendríamos que alimentarnos en condición de animales, y no ya de superhombres, o de ángeles, como hasta acá.

Y es que acá se erige un nuevo ángulo para la exégesis del canibalismo, en lo menor explicable como resabio de bestialidad en el hombre, supuesto es quisicosa que nadie discute que el hombre en condición de simio es devorador de frutas, y su apetencia natural no concibe otra carne que la del tálamo. Pero este mono platanero es carnívoro ya... ¿Por qué? ¿Comenzó alimentándose con hormigas, como el oso? ¿De gusanos y lodo como el diplodoco? Y sí comió carne

y la comió cruda, por terciario que fuese, no sería la carne del brontosaurio, que para eso habría requerido muelas de molino y no sus tiernos molares destinados a romper castañas o amasar los algodones del pacaé. Ciertamente, acabó por comer brontosaurios, gliptodontes; pero para esto le fue necesario inventar el fuego y ablandar mediante él sus turgideces de acero. Antes, por lógica que nunca le faltó, si la capacidad aristotélica de las deducciones por coordenadas nos viene de Él, comió carne, la suya, carne de sus semejantes. Y a la prueba veámoslo en el hombre de hoy: su coordenada culinaria le ha llevado hasta cocinar minerales. Es un poco grotesco tener que partir de acá para explicar la filosofía de su escala de valores; pero es evidente que al saberse en posesión de este diabólico descubrimiento, origen de la magia y de la idea de Dios, descubrió que sólo la suya era carne con ternura, y que para hacer tierno a su diente cuanto le rodeaba debía someterlo al procedimiento del fuego. Entonces, pues, su carne era, o tenía, algo más que carne, poseía algún elemento que formaba lo esencial del fuego. ¿Qué era eso? Dos raudales de conocimiento se imparten en este punto: el conocimiento científico y el conocimiento moral. Puede decirse sin titubeos que allí nace del mono el homo; y que entre ellos se manifiesta la presencia de algo.

Ahora bien; metámonos por unos segundos en la sangre y la saliva del antropófago. ¿Por qué, si a su alcance tiene animales diversos, y posee cocina, bien que rudimentaria, y puede ablandar la de aquéllos, prefiere la carne humana, es decir su carne? Seguramente porque con ella se sabe mejor nutrido, se siente en posesión de ese estado vital que implica la buena salud. Ese "algo" de su carne era el todo de su sér. Sigue aún hoy buscando la naturaleza de ese algo, y la busca en la coordenada numérica, como la busca en el análisis químico o en la prelusión metafísica. Es evidente que no la ha encontrado. En patología se conoce el tipo del necrófago: el comedor de cadáveres, especie de hiena humana. ¿Se trata de místico o hiena mística? ¿Qué lleva al hombre a comer hombres? ¿La saliva o la sangre? El odio profundo que inspira un hombre suscita el deseo de devorarlo...

—¡A este granuja, me lo comeré, sí, me lo comeré, sin dejarle astilla!... Y acabamos manducándolo.

Más o menos esa es la expresión que sorprendemos del antropófago potencial que llevan todos los civilizados cuando la indignación revierte al felino, o anima. Pero no es la saliva quien imparte ese deseo. Los dietistas del moderno brahmanismo tienen escrito en cuanto recetario pueden, que no hay hombre a quien se le haga agüita la boca ante un trozo de filete crudo; en cambio un melocotón o un sarmiento de enveradas uvas determinan el inevitable babeo. Es la sangre, el corazón, quien inspira el apetito antropofágico, pues las astillas que se desea triturar del enemigo, son las astillas de esa parte en que el enemigo es personalidad moral, es individuo concienical, en suma lo que se quiere devorar del enemigo es el alma. Lo que el necrófago persigue comerse no es la carne putrefacta, sino la ternura del cadáver, su alma. Cuando el cerdo —y el macho, precisamente— devora su lechigada, porque la sabe enferma, o nace muerta, se restituye no la carne sólo: se restituye a sí mismo: el alma del cerdo.

¿Ese algo es digestivo, por tanto, orgánico?

La saliva, o ciencia de la saliva, nos dirá que el muerto es un cadáver; la sangre, o ciencia del corazón, nos dirá que no: el muerto sigue vivo, sin edad, en pleno uso de sus instintos. He aquí cómo entre algunos salvajes (a mí se hace que los salvajes no son ellos) cuando el jefe de la tribu se encorva vencido por los años (la vejez les viene casi crimen) los hijos no devoran al padre pero le ahorcan, y mediante succiones, no exentas de sabiduría, no sé si el mayorazgo, o quién, que la referencia me la dieron Anatolio o Le Bon, absorbe el alma que debe permanecer en el ámbito tribal. Me doy a pensar lo que esto significa, si considero que el conocimiento de estos "salvajes" posee profundidad frente a la cual la profundidad intelectual del civilizado aparece no menos ridícula que inocua.

No ha mucho cierto "civilizado" cazador de zorros plateados, —esto parece de los códigos de Tesalia—, topó con un lapón en pleno glaciario; y se enteró que cuidaba de un perro viejo, a quien tenía por hermano de su Padre, pues —según él— el alma de su pariente se hallaba refugiada en el animalucho. ¿Cómo así llegaría a saberlo? El "civilizado" refirió el hecho con sorna suficiente; y era natural. Pero los sabios "civilizados" tienen obligación de "reír" menos de estos

absurdos y llorar un poco por la magnitud de su ignorancia frente a la sabiduría de salvajes como el lapón.

La antropofagia no es, pues, la "vergüenza" de las sociedades primitivas"; es la demostración de la vergonzante miseria del intelecto metatísico. Jesús, que no fue antropófago, y más bien puede ser alineado (para estas disgresiones) entre los simios plataneros, al sellar el "Convivio" con sus discípulos, brindóles con su sangre: "Bebed mi sangre"; y luego: "Comed mi carne", símbolos antropolátricos, hemofágicos y culinarios, que no requieren de microscopio; y que habrá de explicar el sentido del pacto: Soy el camino; quien me siga no morirá. Yo tengo el agua viva que salta para vida eterna... ¡Comedme! Pero, el alma del Cristo tenemos que buscarla —como él entendió— en el filete, y no en la transubstanciación. ¿Cómo? Problema que sale del marco de este libro.

La realidad ya no es dulce ni puede ser amarga; es afluencia. El antropófago pertenece a la familia vital del heminóptero; sabe que en la carne muerta está la carne viva. Y así vista la suya no es una mentalidad de bárbaro. Cuando traga la carne de un enemigo valiente, sabe que con ella traga la valentía de su enemigo, y como todo verdadero valiente, nada admira más que a su enemigo. La hará suya, la llevará con él, su enemigo le hará más osado y poderoso. El culto de los muertos, primaria manifestación del instinto de eternidad en el hombre, no tiene otro móvil que el del antropófago: hacer que el muerto siga con los vivos en aquella parte sustancial —cárnea, vale la pena subrayarlo— que constituye su personalidad: la ternura, la valentía, el orden, la honradez, la belleza. Si pudiéramos interrogar a un antropófago sabríamos que no hay caníbal capaz de comerse a un sujeto cobarde. Obedece a estímulos estéticos y prefiere a los gringos de carne blonda, de azules y cándidos ojos, porque "siente" que son bellos y que comiéndoselos esa belleza pasará a ser suya de alguna manera. Ciertamente el jefe de la tribu en cuyas manos ha caído una dulce y frágil **girl**, no la tira, como haríamos nosotros: se la come. Si los españoles dominaron tan holgadamente sobre nuestro mundo, fue porque algunos de los awichus se dieron buenos hartazgos de carne española. Establecerlo en beneficio de las disciplinas históricas es cosa que dejaremos para el próximo milenio.

Todo esto parece hilarante. A mí, cuando me pongo a sentir con lo que significa, y veo al antropófago ingurgitando al sabio turista bermejo, se me hace inevitable la imagen del frío y magnético ofidio que atrae al ingenuo pajarillo y se lo traga.

Para el sabio feo y el rezador repugnante se ha inventado la muerte, o el infierno, su hermano siamés. La eternidad de la sangre, que vive en el corazón y de corazones, es el destino de todo lo noble, generoso y sublime. EL PEZ DE ORO es eterno, porque es el vértice del Pez; y es necesario que en todos los hombres chispeen sus átomos de oro, para que el hombre se sepa iluminado. Sea milenio antropofágico el suyo, no cuenta. Para crecer, hay que comerlo.

¿Y qué tal si ponemos en el ápice arquitectural de la "Civilización" al antropófago? Por lo menos es éste el hombre que supo siempre que el hombre es el estómago del hombre.

CXXXII. La antología de la morbilidad aterra; si decir del hombre que es la bestia civilizada no pasa de eufemismo, porque, triste, pero indiscutiblemente, el hombre civilizado es la bestia enferma; de ahí acaso su poder bélico y su teología. Don Miguel de Unamuno sintió así; mas Zaratustra fue más lejos, pues para él "el hombre es la enfermedad de la tierra". Se trata de postulados gemebundos. Por eso mismo, investigar si, como quería Unamuno, "el hombre es un animal enfermo", o es "la enfermedad de la tierra", como Nietzsche siente, y decidirse por cualquiera de esas profecías, valdrá haber puesto un pie en el camino de las soluciones para la tragedia humana.

Acaso al hombre le falte alimentarse del hombre para superar a la bestia intelectual que ha inventado la muerte.

CXXXIII. Volvamos a la hormiga. Puesto que es la que sabe el único medio de no morir, ¿es o no sabio suponer que ese animalito desconoce el terror de la muerte y que, por tanto, la muerte no le resulta teológica, como al hombre? Deglutido por su hembra alcanza la misma plenitud del dolor genésico con que la fecundó.

Sublime entrega.

—¿Qué te di de mi semilla, hijo mío? No es bastante: devora mis huesos y mi carne. ¡Tú, eres naya!

Razones cuadradas del círculo.

Todo esto corresponde a "cargar el presente con el pasado", que diría el barón de Leibnitz; el "conocer que somos eternos", de Santayana.

CXXXIV. Relacionemos esta ley con nuestro problema. Si el maestro Eckhardt preguntara al indio, él tan afecto a inquisiciones de esta índole:

—¿Qué buscas en tus indios muertos?

El indio le respondería:

—Busco a mis indios vivos.

—¿Y qué en estos indios antiguos?

—Busco a los nuevos.

Pero, el maestro Eckhardt fue una especie de precursor del test psicológico, y aunque filósofo teologal, en ciertos ángulos de su examen procede con metodología de metafísico y pragmático. No quedaría satisfecha su curiosidad si al mismo tiempo no lleva la encuesta a la zona del mestizo o criollo. Veamos los frutos que obtiene.

—¿Qué buscas en tus mestizos muertos?

Seguirá silencio que puede durar siglo de logorragia parlamentaria; mas al fin el mestizo dirá:

—¡Nada!...

¿Escolio alguno del agudo teísta? Tal vez: "Nada busca quien nada es"... Ya no requiera dirigirse al gentil criollo, porque lo que éste persigue de sus antepasados es el pergamino nobiliario. Y si no le halla auténtico, le falsifica o regatea en las martillerías.

Por ese lado el pascaliano vacío.

¿Cuál la Abracadabra? En los indios de hoy deben estar los indios de ayer; o estos indios no son indios. Ya que sólo está el que estuvo, o el que está, y se dice, no es... Nada será sin estar. El "los muertos mandan", de Karl Marx, sonaba a paradoja para quienes no observan que el Materialismo Histórico debe ser mosaico en lo fundamental, por tanto secuela de mesianismo profético. ¿Pero, Marx entendía que los muertos mandan porque los muertos no son los vivos? En ese caso su pleroma búdico no poco y hasta tomista. Mas su paradoja se concreta ahora, puesto que podemos decir, sin anfibologías, sólo tiene autoridad

el que ha muerto (por eso puede mandar) y autoridad de sabio aquél que sabe que el muerto **es** él.

El círculo se cierra. Hay muerte por parte alguna.

CXXXV. De sólo un dolor se duele: la vida. Si los muertos nos duelen es porque les dolemos; y les dolemos allí donde nos duelen: nosotros. Se podrá sentir lo que no está... Y, así, los muertos de sentirse es que nos sienten y de dolernos les dolemos.

¿Si lo que más duele de América es el indio, será porque está muerto? No parece. Si el indio nos duele es porque nada hay más vivo en nosotros que el indio. Y si nada en el indio duele más que América, será porque sólo en el indio América está viva.

Observa que al abrigo de tus alondras sapos venenosos fornican en tu corazón: están vivos: no pueden evitarlo. Ni ellos saben morir.

Somos necrademias que andan.

El "ego" unidad en cadena. Cargas vivos a tus muertos desde el infinito. Inevitablemente eres sólo en ellos. Vivir : Imbivir.

CXXXVI. No extraño que en la Isla del Waksallu se haya dado el mayor mito temporario, que si algo declara es la sensación que el Runahakhe obtenía del devenir. Incrustado en chinkhanas, manantiales, lagos, o kharkhas, es más que presencia del ancestro. Se le conoce por Jefe arcaico, o viejo: Achachi-hila, o Achachila. Entre los waksallus asimismo es dable ver que los Chullpares, no meras necrópolis, u osarios: altares necrolátricos, donde adquiere el hombre conciencia de estancia y de raíz. Profanar el Chullpar es el mayor de los delitos; tanto que por él sancionarán no los vivos: los muertos. El "Pasado" escarnecido minará la carne del rapaz, determinando dolencias que acabarán por agostarle.

Sus puniciones tienen semejanza a infierno imaginado:

—¡Ahayu-watan!...

El muerto de la violada huesa amarrará tu alma.

Allí reside Pasado no yerto, fértil; no detenido, fluyente.

Son éstas, desde luego, imbecilidades de la Isla del Waksallu; pero ciencia, ya inminente, determinará que los imbéciles fuimos nosotros.

Así, quien a meditar se detiene en el mundo del Chullpa-tullu, siente que la historia es como la presciencia del mar que se encoleriza con los cadáveres que en su seno cayeron, y no sofrena el enojo de sus oleajes hasta tanto los echa sobre la orilla. En otra forma: muerte e historia, entes incompatibles. Todo lo contrario al concepto oficial que de historia se tiene como la ponderación, utilitaria o espiritualista, de hechos y hombres fenecidos. Si nada vive muerto, historia será lo que se vive, y en cuanto se vive, y cómo se vive.

CXXXVII. Des que el genial y congiloso Federico Nietzsche estableció que "la exposición histórica" no solamente tiene un objeto histórico, sino, así mismo, un sujeto histórico, las disciplinas históricas han superado metafísica, sincretismo, anecdótica, tendiendo a hacerse biológicas. Por ahí se concluye que si el objeto histórico es el Pasado, el sujeto histórico será el Presente. Y si el sujeto es "Ego", y está dentro fenómeno vital que lo determina, y no por libre decisión, el sujeto es el objeto, **fatum lex**, en cuanto tú-eres-naya. No como sostiene Freyer, "que el Pasado ha de ser" interpretado "por la energía del Presente", pues si el Presente se vive como energía, ¿cúya esa energía sino energía del Pasado? El Presente estado de fuerza; y quien vive, vive del Pasado, en cuanto el Presente es energía acumulada, y no interpretación de la energía.

Más digerible, no la lechuga.

No por otra causa, el historicismo, partiendo del "padre" Tucídides, aunque más propio fuera partir del levítico Esdras, "ha llevado a la épica", invadiendo áreas místicas, y lo mismo predios de una acaso no siempre mala teatral del osario.

Historia no es de algo, sino en algo; por lo que donde falta sujeto no hay historia. Y será lo mismo decir que donde falta Presente no hay pasado; viceversa; deben coexistir, y, más propiamente, tú-eres-naya, o no eres. No descursaremos en la historia "tras la vena espiritual de las

cosas" (Ranke) para encontrar las cabeceras del Nilo historicista, sí tras los sistemas arteriales, seguros de encontrar la vena espiritual en el caldo plasmático. "Un pasado conscientemente conservado [conservado en latas al vacío a fin de evitar la proliferación de mohos], para construir futuro conscientemente dirigido" (Troeltsche) está, inevitablemente, dentro lo único antiarquitectural; si, como puede menos de considerarse, que M. Cuvier hubiese reconstruído al megaterio con los pocos huesos fósiles que se le suministrara de ese desdentado, no autoriza a sostener que lo hubiese puesto a pasear por las calles de París; ni menos que el maxilar del **pekinense**, que diera para "intuir" la osatura del antropopiteco chino, suponga que le hayan dado carta de marear para el Futuro.

La única manera de encontrar al **pekinense** es buscarle en la sangre fértil de los pekinenses de hoy. De otra manera historia sería —y es, por infortunio— paleomanía, manía de retardados mentales; porque si nada, ni nadie, vive muerto, es de lógica que lo histórico sea sólo aquello que se vive. Obtener la realidad del hombre de hoy, es ya haber encontrado en él la historia del hombre.

Se nos aturulla con el fenecido Tawantinsuyu... Pero, si la muerte es mito, a estas alturas indigerible, el Tawantinsuyu sólo puede estar en Tawantinsuyu; máxime que se abatió no por límite de edad, cuanto por comisión de asesinato. Y la mejor manera de hacer que un "muerto" se esté vivo, y patalee, y requinte, es asesinarle por mano de felones y sicarios. Si la plebe lo ignorará... Ella dice que el alma del injustamente descuartizado, **pena**; y pena en la sangre de sus areches.

Ser, pues, es estar. Y así historia es lo que está, y hoy.

En el hombre de hoy pára el de ayer; por lo que el "documento" histórico ha de revelar naturaleza, siendo condición suya capacidad digestiva, locomotriz y no menos germinal. De así no ser historia acabará retablo de Maese Pedro, ante el cual hidalgo de rocín tiénese calmo que no desenvaine la espada y cosa a cintarazos los hilos de la trampa.

Si hay, o existe —y acá fina toda elasticidad lógica— muerte, el culto a los muertos es demostración de implacables imbecilidades humanas; si oblar hecatombes y aleluyas a lo que no existe cabe en cerebros opilados. Afortunadamente el culto a los muertos, si no el más antiguo de los grupos humanos, uno de ellos, revela que el hombre **sabe** por la saliva, que no muere; y así sus ritos funerarios en lo profundo de la célula, religión y sentimiento del puerperio. No puede ser de otra manera, se siente que vive. Y si la vida, no sentimiento germinal, nada.

La Necrademia ovárica; en manera Necrópolis. O lo que es lo mismo, no suena el tímpano por resonancias del espíritu. La voz del Pithecantropo que en él percute, la tuya. Como lo que tan impropiamente llamamos pensamiento, sus arquitecturas sensoriales. En suma, la nuestra sensodinámica del espacio.

Un mundo que no descubrieron los descubridores.

CXXXVIII. Descabecemos al ogro.

—¡Salve, a ti, varón doloroso; varón eterno! Cuanto más mueres, más vivo estás.

De Él en el nombre tenemos que pelear nuestro centímetro de lodo. La chocarrería de chapuzones y pisaverdes no se recata en predicar que el indio es "pasado fenecido", y que como espécimen se le absorverá, aniquilándole por desgaste, que la Mama-Kuka, inclusive, que ha hecho de él un imbécil, acabará por animalizarle. Para este último caso, si no fueran amigos de las revelaciones de laboratorio, acudan a los paracelitas, y verán que la Coca no es alimento que convenga a imbéciles, sino, al contrario, a semidioses, como el Inka.

—¡Consolémonos: el indio se irá al fin!...

Apolíneo consuelo de pollinos; y séase dicho con perdón del razonable rocino.

¿Con qué bisagras mentales se opera para sostener que el pasado de la Vida no es el presente de la Vida, si sólo es Vida en cuanto está? ¿O es que alguien, y ella menos, puede estar sin estar? Si suprimimos el pasado (dado que rezongo ventral alguno lo pueda) no sólo suprimiremos el presente, sí que hasta habremos suprimido lo que no existe, y rezonga... Otra cosa es que entre los hombres se llama "Pasado" a cualquier huevo lokto.

Persiguen consuelo los deshuevados. Hombre consolado, hombre menancónico, como el freyle Delicado, padre de esa poco delicada pécora de la "Lozana Andaluza", decía; y esto por chuzón que sea.

Pueblo en historia, pueblo en dolor.

El imbele se hace fuerte en el consuelo.

El santo se consuela en la finita consolanza.

El germinal hombre busca frisión y peleadura de amores; y si pueblo la guerra de su eterno germen.

CXXXIX. ¿En qué plasma gime, crucificado, el dolor de América? ¿Quién el pueblo que há siglos llora sólo? ¿Cuyos lomos soportan el dolor del Universo, y son su doler?

Ese el Salvador ofendido y humillado.

Si emerge en ti, pues te refirma; tu deber apretarte a su posesión; cerrar tras Él puertas y ventanas; no le diluyan trapizondas en tanto te concentra. Él, el sistema de vasos comunicantes que te suma a la unidad; Él, tu conciencia de vida; Él, base de toda elaboración social, política, estética, filosófica; Él, quien retiene tu sentimiento de perennidad y sin Él tendrás ser, historia, patria, wayñusiñas kuikas, symposios griegos, apthapis cholos.

Y cuando te enraíce...

—¡Engendra!...

CXXL. Él tu pueblo, en tanto, tú, pueblo. Y aunque el genésico circular tu pueblo, tienes que acicatearle como el tábano en las rollizas popas al filósofo:

—¡Engendra! ¡Engendra!...

Tanto la savia sabe que cuando el germen langorece en el núcleo ovárico es reabsorbido hasta devolverle en posesión del poder de ser; si para ser hay otro camino que el de la fertilidad. Por lo que verás que decir vida, es decir amor. Y quien de amor se dice está en parto. Sólo estará vivo en la Vida el que engendra.

Insectistas nos hablan de bichejos que en su postrer metamorfosis tienen sólo alas y sexo; y si "renacen en esa forma es para amar unos instantes y morir". Con lira de poeta el botánico dirá de hierbecilla que no se desprende del limo de los manantiales, hasta tanto dánzanle los sonos de la Marcha Nupcial y la conducen a la superficie, donde brisa y luz acarician sus púdicos azahares, su veste de novia y no menos la enamorada corola. Tras ella partirá Romeo, que, por una de esas temblorosas condiciones de la vida, que buscan iluminar la torpidez del hombre, tiene medios que apenas le permiten vencer la mitad de su camino de esponsal y de beso... Mas, allí — "contradicción inmensa sin solución para el entendimiento humano", con que Hegel el Hieródulo "define" el amor, aunque bien demuestra que no desea comprenderle—, pondrá en el poder de ser las magnéticas del instinto, y arrancará el cordón umbilical de que obtiene la vida para juntarse a su cándida apasionada. Pistilos y estambres se unen en el tálamo; la encantadora esposa, madre ya, cierra "amorosamente" los pétalos, con transido frenesí abriga su granito de oro, y retorna al nido, en el fondo de las aguas. Tanto sofoca el rubor a Julieta y túrbala su milagro, que no se cuida de besar a Romeo... ¿Pero, para qué, después de todo, le besaría, si ese granito de oro que aprisiona en el corazón, es Él?... Romeo tiembla "brevísimo" instante y luego... ¿muere? No; va a nacer.

¿Contradicción inmensa?

CXLI. Vivías de saber que sólo hay sabiduría en la fecundidad, y hoy vives de la fecundidad de tu infecunda sabiduría. Hay hombres y pueblos genésicos; mas debe haberlos, así mismo, no genésicos. Aquellos están en fuego; aquestos que no en hielo. De Khana-mama, la

peregrina pagana, dicen la heteroma y estéril. Ciertamente, en las sentinas no se ven los partos de la luz. Que esta gran genésica tenga lupanares en el óvulo, pasa de metáfora burguesa, como –mal pese– burguesas la Revolución de los Descamisados y su taimada adulterina: la Ley de Bronce de Ricardo. ¡Como duele el salario, duele la luz; pues alumbran la realidad del harapo!

El colectivismo y la participación del obrero en las utilidades de la empresa, pueden suprimir la Ley de Bronce. Luz, o Indio, serán suprimidos, sin dejarnos horros y en tinieblas.

–¡Runa-hakhe, engendra!

Ninguna mujer es madre sin romperse. No hay luz si no hay incendio. No estampa "idea" sobre el papel quien fue incapaz de romperse desde el antropomorfo y con el antropomorfo.

Es que ser en nacer.

T O K H A Ñ A

–¿Por qué la mujer bella,
si su belleza ignora,
más bella?

–Porque está en madre.

–¿Por qué a sí misma
la vida no se siente,
y en nosotros arde?

–Porque es la parida.

–¿Pero, entonces, di:
algo más púdico hay
que la tempestad del genio?

–¡No!... Porque es
tempestad de partos.

–¡Bha! ¡Bha! Todo lo sabes.

Mas sabrás si el abrazo
con que a Tanatos
el fiero Herakles
a devolver obliga
la vida de la mujer casta;
es el de: "¡Heliogábalo,
fundador de ciudades:
bebe, vive al día!...
O es del que "sospeché
que los dioses lloran?"...

—También llorando
las mechachuwas
fecundan el embrión
de la Chinkhana.

—Entonces, abre el pico,
Waksallu, y cátanos
los Trenos y los Trinos
de EL PEZ DE ORO.
¿Treno es de tu alma?
¿Su matinata puerperal?
¡Símbolo de símbolos
haces de Él...

CXLII. En parto le dibujo porque vivo del parto y el suyo es
parto de oro. Y si de Él vengo, es que a Él voy; lo mismo que el lloro
va del lodo a todo...

Te instruirá.

LA TOKHAÑA DEL PARTERO

En el punto, maestro, en que tu Dolor moría,
alzóse en mi su llamarada de oro.
"Me ahogo —con angustiado acento me decía—:
que el Khorí-Puma al Titikaka me devuelva".

Y des el chiara de aquel día,
en el Lago semilla de su oro fue mi lloro.

Y acá se mire, en esta mi nutrida llaga, cómo el poeta kheswa que le cantó con abejas indias, ha olvidado que rápsoda de su alumbramiento fue indio fósil estratificado en la Caverna; si bien conserva memoria (memoria de poeta) de la angustia con que el oro formulara su ruego. Que de la suya no requiere memoria; si el milenario atlanta la cultiva en memoria del parto de ese Relámpago, que a todos nos dejó sin memoria.

Al Lago se lo di; el Lago me lo peleará:
—¡Elake, tatay: maratito te lo dejo mi garra!...
¡Ala, hala!

CXLIII. Con primor, por cierto lutécico, escribe el eslavo Waidlé: "El pensamiento mítico [léasele el sentimiento del mito], es identificable en que concilia el conocimiento con la creación". En tanto todo conocimiento es nacimiento, sí. Es lo que nos sale parteado en llagas, desgarrón que nos abre las carnes, y con sus pies y su cuenta a wakchar se echa por el mundo. Es Coca **kosa** en que trajinaremos forasteros en nosotros mismos; nos mirará a los ojos tan Él, tan ágricamente Nosotros, que irá haciendo forasteros en el lloro, de esos que en las calles se nos abrazan, y por eso abrazo del hombre.

Trajinamos en mundo mudo. Y el pegadizo dolorido era Él, en Puma, Sacha-runá, Thumos, y sólo así sustancia de la olla pogre; cocinados, por dentro y por fuera, ojo, oreja, riñón, lengua, sonkho; cocinados ratón, piojo, la Imilla, la María, la Lalita, la Margacha, la hermosa mama Pitita... Cocinados las extranjeras barbas, los cansados pies, la rodilla sin bisagras; cocinados Warawara-chipa, Puma-yunta, Wiphala-takhata, Khawra-ñaira, Laykha-pillu; cocinados en acá, para no redamor en allá, vida y sustancias.

Si cata, cata...

—¡Vamos, anda: canta!

Me libren Aukis, y Mekhalas me libren, decir que este "mito" tenga algo con célica mitológica, si es del Lago de Arriba; multitud del Naya; Universo en Ego; hambre de hombres; el hambre que se aguagua en los chullpares; hambres de ver al fin paridos a los muertos... Es lo mío que ya no está en mí; si bien sólo en Él está Todo; el que en la sangre trabuca y deja palpitando las púrpuras de su beso.

Primer latido fetal de un pueblo. Y eso, Todo por Todo.

CXLIV. "Diamante que te dueles, eres el Chullpa-tullu diamantino; y cuanto gusta gusta al ñuñu que te gusta, y del que ñuñamos, ñuñaremos, hemos ñuñado", le exaltaban sus Coros Lácteos.

Él + Naya = Ego.

* * *

De su **Enchyridon** desglosa las

KHORI-KHELLKHATA = KHORI-CHALLWA

Vers. 1. Lago de los antiguos Chullpas, entre enojadas kharkhas de la montaña, guagualea el Titikaka al rumor de su ola. Allí quiébrase viboréante y raudo caminillo, que, venteando, escapa hasta alcanzar los Chullpares de la pampa, en lumbraradas de sol chicotea, cabe pajonales misikus, thosankheyus, repta lomo giboso de arenisca, puja por vencerle y como Achachila de esmeralda tírale las orejas, emperrechinado corcovea y se vierte en la del totoral sinfónica fauce...

Vers. 2. Al finar el postrero día del año llega por él úno que habita la Chinkhana. Y de quien dicen que menos hombre que Puma. Que si Puma de agua su awichu-auki; guagua de éste su tatarabuelo: el Puma-hokho; mas su awichitu sólo el de la Sakha. Su padre (de quien fuera primogénito) el gran Puma-khala. Le llamaron Khori-Puma, si nació, como el Renacuajo, señalado por áureo y extraño destino. Del

Puma de Oro ha salido EL PEZ DE ORO, hijo de linda Sirenita del Lago de Arriba.

Vers. 3. Cuchichean así viejas Khellkhas de la Chinkhana de ese andrajoso animal, de quien, pese a todo, como muy por sus puntos habrá de saberse día, lenguas antiguas más dijeron que callaron.

Vers. 4. Khorí-Puma lamía el agua, enamorado del Lago, y todos por sabido le callaran que el albazo de Lupi jamás faltó a las playas con su amoroso gimoteo. Y tanto, que el 'Titikaka, que anhelaba satisfacerle, fue quien pudo callar. “No sé, darte esposa, Khorí-Puma (le dijo), por mucho que deseo, si te avendrías a vivir en mis palacios”.

Vers. 5. “¿Dendeveritas, que no crees, tata 'Titikaka?”, (contestóle). “Recuerda que en remotos tiempos he vivido en tus palacios”. El brujo verde sacó a khachinar sonrisa que arrugó esmeraldas en su rostro. “¿Sí? (le dijo). No me acuerdo; y perdóname si me resisto a creerlo, Khorí-Puma. ¿Cómo, entonces, vives con el Añas? La tierra en que el Añas y el Khamakhe viven es enemiga del Lago; su aire venenoso para mis guaguas”.

Vers. 6. “Lerdo soy para hacértelo entender, Señor 'Titikaka. Pero, naya, he vivido en el Agua, en la Sakha, en el Rumi, en el Hokho. Y si a éste le llame Mama, como Mama a la Uma, a la Miel, a mi Khala, y no menos al Khorí, mi semilla, también llamé Mama al Lodo... ¡Mama-Uma me dejará vivir feliz si me das esposa!... Me sepas marido de una de tus hijas, será mi fortuna mayor”. Y luego retumbó su enamorado estruendo.

Vers. 7. “¡No me voznees tan feo, Khorí-Puma: pareces un werakhochá!... Pues te daré esposa digna de ti: cástate con la Khellwa. Tiene voz de tiple, es blanca, hermosa y su huevera fértil”. “¡No, no, tatalay (fremió el Puma): la Khellwa es una bulliciosa airada, te cultiva poco cariño y es de las de mitra manirrota. Si me dieses esposa entre tus humildes Kheñulas... tal vez... Pero, nó: tampoco, tampoco... La Kheñula permanece en el agua breves instantes, los necesarios para

atrapar al Ispi, y como es tan debilucha escapa pronto. Deseo esposa hogareña que anide en el lodo de tus hermosos palacios”.

Vers. 8. “Khoripuma, difícil complacerte. Tengo mi pobrecita Moksa... Pero vive lejos, al otro lado de mis ojos. Mírala...” Y el Lago de Arriba le dijo: “Aquí tengo hija digna de ti; mas por ella tienes que pagarme con algo más que tu cariño, y luego prendarme tu vida si quieres cargar con ella”.

Vers. 9. Khoripuma vio, que su Khesti-imilla le sonreía en la Warawarani del Lago de Arriba.

Vers. 10. Acudió presto el felino a vaciar entre los silicatos de la arena su chuspa de enamorados sílices, que allí crepitaron sus arrobos: “¡Mi vida es tuya, Titikaka, tatay: dámela! Comprendo que era por sus dos oriflomas que tanto mis oros te lloraban...”

Vers. 11. “¡Ella habrá de parirte (farfullaron los oleajes) al Hijo Inmortal; el primero que sepa de dónde vino y va donde sólo para Él andan los caminos!... ¡Si te lo comes, te comerá!...”

Vers. 12. Pudo el Puma con el hambre de su diente, y enloquecido por el Oro, se comió a su hijo; día postrer, loco por la miel de la Moksa, se comió a su Khesti.

Vers. 13. De tanto llorarle el viejo Titikaka quedóse ciego; sordo de oírse llamarles tanto. Khoripuma acabó en miserable pescador que brama pidiendo al Lago de Arriba le devore. Pesca que te pesca, esperaba pescar un día su muerte entre las Sakhas.

Vers. 14. Imilla de argénteo escama le había parido Suchi, de esos del Lago de Arriba, tan de oro como su padre, si bien no como él de oro desmemoriado. Y tanto le quería, y tanto le quiere ahora, que vez le dijo: “Tienes que ir al Cielo de Abajo, y llorar a mi vieja Chullpa hasta que cielo con ola se vierta de tu lágrima. Cuando del Lago de

Arriba baje puñado de Lodo Ardiente, tira el anzuelo; y péscame. ¡Yo vivo, Tata-Puma, en la espina de la niña de tus ojos!"

Vers. 15. Del fragor de esas cumbres, araña que te araña año, bajó el amargo animal; y si en los Chullpares jamás faltó su llanto, apenas si con él la tierra se ablandaba. ¡Qué dura le gateaba el agua! ¡Como, sin dejar rastros en su aliento, le devoraba la Chullpa!... Todo fue perseguirle imillas; todo que le acosaran warawaras...

Vers. 16. "¡Péscanos, Pescador!"... "¡Mama, mama, Khorichallwa !"... "¡Péscanos, Pescador!"... "¡Mama, mama, Khorichallwa!"...

Vers.17. "¡Cuidado, Khoripuma (conminábale el Príncipe Suchi): si dejas de llover, y no formas mi laguna; entonces sí me ahogaré!..."

Vers. 18. La Coral del Hallu-grito entanto haruñaba:

W A Y Ñ U S I Ñ A

¡Ni el ñuñu de fuego
de la tawaku
quiero; ni la fría leche
de la estrella
espero!
¡Ellas, y el ojo
de las Khawras,
serán para mi guagua,
que ya viene...

Vers. 19. Día en el lacrimal peinó pestaña el iris de sus ojos... Cintarajos esmeralda crecían en los bofedales; en el bofedo anidaron la Khewlla, el Phana, las Unkhallas. Ovaron Ispis, Suchis, Khonos... Tremularon thusas de tiernos verdes en su líquida estancia; viejas

doradas thusas panzudas, hasta el garagato cargadas con papas imillas, rukhis y phorekhas, le abrieron llagas en la ola...

Vers. 20. Mas del Lago de Arriba tardaban en mandar el ardiente puñado y el oro debía seguir aterrado con el lodo.

Vers. 21. Awichitaja de los Chullpas, tras su labio, le rrurruaba: "¡No llores, Khorí-Puma: voy a parir!"...

Vers. 22. Aquél que por su lloro fue trajeado, tenía ya otro oficio que el del oro. Con resignación de lloro por la montaña arrastraba (nido de Cherekheña en eyrayes) sobre rueda rosa, perlina caracola marina que, serpentina, con él iba a morir burbujeando en la Amargura...

Vers. 23. De pronto, ¡llora que te lloro oro!, del Lago de Arriba cayó la Niña Ardiente; y era sólo estrella que se puso a frutecer en el Cielo de Abajo, si al punto con el zurrón del Alba apareció la trompetilla bigotuda.

Vers. 24. "¡Voy a parir; voy a parir!"... Con dulcete kijo se dolía la Chullpa. Y como ya la Niña Cintilante la miraba que el sudorcillo del parto serpenteábale por frente y ñuñus, la milenaria parturienta, arrurruaba la oreja del Puma: "¡Puma, Pumay... Bruñe el champi del testículo: voy a parir a tu hijo, Khorí-Puma!"...

Allí rompió la ampolleta del trino:

—¡Inká piupiu! ¡Titit inká!...

Y majestuosa se alzó la artillería del Hallu-grito:

A L B A R U K Ó R A L

Los ojos resplandecen ya del Suchi.
Ya mis lodos le croan en los ojos.
Niña Ardiente inflámase en el lodo.
Crece el Todo del Oro con su Lodo;

y estalla en lodo el lloro de su oro.
¿Qué la siembra espera de EL PEZ DE ORO?
¿qué el anzuelo del Puma, qué la Khesti,
si en el ojo del Lodo es trino el Oro?
Y, cabe el Lago que guarda los Chullpares,
el Príncipe Suchi de los Challwas,
incendia garras del Puma con su oro...

Vers. 25. Diluvia urpilas el Lago de Arriba; aflora en beso la
Ardiente Niña en el Cielo de Abajo.

C O R A L

¡Piupiu-titit!
¡Piupiu-titit!
¡Piupiu-titit!
¡Piupiu-titit!
¡Piupiu-titit!

H A Y L L I

¡Khocha, Khocha-mama!
EL PEZ DE ORO
Challwa de tu oro es,
embrión del Puma
de tu Chullpar;
del Champi muerto,
lágrima viva.
¡Khocha, Khocha-mama:
abre tu ñuñu verde
al oro de su lloro!

Vers. 26. "¡Bendito serás (díjole la Madre Tierra, y al són de sus
tímidas lenguas); bendito serás por los Siglos de los Siglos, Khor-
Puma, porque en tus ojos ha parido la Niña de mis Oros!".

Vers. 27. Paró la oreja, acabada para todos la ceguera, pulió ojerías de sus ojerías el Titikaka, y ya sintió que el color de la vida ruborizaba el rizo de sus olas. Saltó cristal desnudo; tiró el bordón; y cantó y danzó. Con Él cantaba el agua; danzaba cárdeno Haipuni, daban volatines chupikas Khatekhates. Se atusaba el achachi para la gran fiesta, cuando vio que sus Akllas de nieve, las Khewllas; y lo mismo Chiara-umas, Parewanas, Khankhatas, Tiutikus; sus Señorías los Thikhis, prosopopéyicos Tukuyrikus del Palacio de Oro, embajadores para el lago irídeo, de hollín trajeados y bigotitos punzados en la ranura de su beso, mientras plañían Phanas, casquete púrpura, avanzaban danzando al encuentro del Challwa de Thokhes y Kheñulas...

C O R A L

¡Khaipi,
el Hijo
de la patria
muerta!
¡Khaipi,
Khorí-Challwa,
guagua-chullpa!...

Vers. 28. Gracia de ola rizaba el totoral; tiernos plañidos besaban en la espuma...

Vers. 29. Encabritóse el anzuelo y fuése a hundir en lo no vulnerable de los Pumas: el Sonkho. Allí, EL PEZ DE ORO fue el pescado; no menos que con el amargo lloro de los Pumas, con miel de su oriflama, colmó Sirena Argentífera la marina caracola; y puso al Niño de los Trinos al són de remo de sus Trenos... Mas...

Vers. 30. Le arrurraba en el regazo, cuando en el miski-ñuñu abriéronse yemas lácteas; del Khorí-Puma ululó el auricanoro Hallugrito, despertó el Sol –Tata-Lupi–, a tales horas akhollpachado en sus nocturnas llikllas, con sangrientos asombros, al mirar el Ñuñu del milagro, irguió la cabeza esplendente, escapáronsele fogaradas de los

ojos; sus respiros encendieron el Lago de Arriba; y luego ardieron pampas, khollos, phutus, Chullpa-tullus y Chullpares... Ciertito, vieran: al fiero Waksapata, que en un ¡OOOO! de Chinkhana viera caer vivo lucero en el Lago, le disparó tal puñada, que, des entonces, mañana hay que el Oro no se babee por su jeta...

Vers. 31. Piruetea el timbal matinal, y ya viboreaba la cohorte de EL PEZ DE ORO por el caminito del Siku, aquél que en la pampa venta, repta gibosa kharkha de arenisca, se vuelca en el totoral, enluce con sus verdes salivas la gota que llokheña en el Iris de sus Ojos.

Vers. 32. Alguien fregara allí la cristalería de los suyos; tocárase wincha de cantora esmeralda; endulzara la flemuda babilla vieja con el miski-miski de las Sakhas; puliérase novio veinteañero; sin saber ni cómo peinara sus bigotazos de totora; que ya flautones mugíanle en ansias de su entraña, y asistido de sus volátiles Orejones, de escuela de arreboles –bizarrias del aire, warakus de la brisa–, mandara que flautines del Aura haruñaran en las braquias de oro, si ya, agitando sus hélitros, avanzaba EL PEZ en la marina caracola...

Vers. 33. Rompióse en champis el Cielo de Abajo; argentos disparaban desde el Lago de Arriba, y si, presto, viniendo del prúsico lado del Pinkhollo colorado, acudieron a volcarse las Pakchas de la Aurora, ululantes espadas de Phusiris tasajearon el viento.

Vers. 34. "¡Khor-Challwa!... ¡Mi Khor-Challwa!... Inkábanle guagüitas en la ola y ya del corazón se le salía su llokhallito khalatito...

Vers. 35. Con su vuelo redondo EL PEZ DE ORO zambullóse en los ojos de su Lago.

Vers. 36. Entre oríficos tizones, en el Lago de Arriba, guiñaba la Khesti-Puma; mas ya el Thantoso, por thantoso, era del acial arrastrado al amor de las olas y por piedades de la ola.

Vers. 37. Cual so la grosura de la mar, otrora, bogaba la marina caracola, al Thaya-albaru desplegada tartéssica khesana, y la asaltó Aurora con sus harpías vaporosas. "¡Marina caracola: bien que en Wirakhocha fulges; pero hermosa cual yo, la hermosa, no eres!"... Vivo centelleo, el Suchi-Príncipe, replicara: "¡Qué hermosa eres, sí, Aurora hermosa; mas quién como esta lágrima del Puma!"...

Vers. 38. Coqueteando sus malignos dientecillos de ámbar entre los oleajes, la hermosa del Lago de Arriba hizo chispear adamantinos estiletes. "¡Nadie, sino yo, digna es de tus bigotes de oro, hermoso Príncipe (le dijo). Abandona la thantosa lágrima del Puma, y vuelta locura de tu beso, te seguiré hasta las Chinkhanas del Hollín". "¡Qué hermosa eres (repuso el Suchi), sí, Aurora hermosa; pero sólo esta lágrima del Puma es la hermosura."

Vers. 39. "Decídalo el Achachila de las Esmeraldas, este Laykha-khota, mi ayo y palafrenero!... ¡Di, di, vejete mío, si en los confines de la luz, algo hay más hermoso y amoroso que tu Reina hermosa!". El vejete se puso colorado en su verde tremor, si alcanzó ni a mirar a su linda presumida, y comprobó, borbotando arrurrúes, que un gozo en el ojo le había cegado.

Vers. 40. Y dijo: "¡Khor-Challwa, mi Khor-Challwa, apuñalan espadas la Niña de mis Ojos; pero en los manantiales de la luz nada más hermoso que tú!... Sólo en el corazón, Khor-Challwa, te sentirá la Vida..."

Vers. 41. Ardía el enloquecido lomo del oleaje, ardía el oro antiguo, y Caracola Marina, Thantoso y EL PEZ DE ORO, desaparecieron del haz de las aguas.

Vers. 42. Si fragores de picos y de alas, bajó él, clamoreo líquido, explosión de volcanes, marcial estruendo de khepas y cósmico hossana de espuma...

—¡Gloria a EL PEZ DE ORO!

—¡Wipha! ¡Wipha!...
—¡El Sembrador de su muerte ha pescado a la Muerte!
—¡Hossana, patria muerta, que en vivo vientre le guarde!...

Vers. 43. Del prodigio duden los hombres de éste y los siglos venideros, si los Challwas del Titikaka, del andrajoso hicieron al Khoripuma, Emperador de la Khoriwasi; pues de él se valió Él para sembrar ternura fértil en el seco de la sangre.

Vers. 44. Lee bien estas Khellkhas, tú, que has llegado a la Chinkhana; y sábetelo que son tierna flor de manojo de espinas.

Vers. 45. De no menos amargas Khellkhas, viene otra áurea leyenda del Laykha-khota: la de Manko-Khapak y Mama-Oklo, por el mismo Relámpago conducidos a la Sumak-llakta, la imperial ciudadela, donde del lodo crecía un oro sin venenos.

¡Khoskho! ¡Khoskho!...

CXLIIV. Se me ocurre el mito materia sinfónica de pueblo; y que allí donde hacían necesidades con voluntad melódica, pronto la creatura toma carnadura de timbal y retine y anda. Eso EL PEZ DE ORO en el plasma unigénito.

No conoce molición en el sueño; desconoce molición en la carroña. También en ellos es inka e ¡inká!:

—¡Duele, duele; y engendra; y pelea; y haz tu guerra; y sangra! Mas dejes que te areche el **penssiero**... Duele más, más, y engendra.

Si acudiésemos a imponerle pensar replicaría su llorar; que Él no piensa su pienso, mas le duele. Si, como la mi mamaja, cuando me pare, no piensa, pero sangra. Sangre, sangre, purpúreo diente el suyo.

Me cuido de anotarlo porque busque convencer sabio alguno. Sirvo, y sé a quienes... Ellos han hambre de bandera para alzarse y es a nombre suyo que debemos al hombre simples y definitivas preguntas:

—¿Sientes?

—Sí.

—Luego, existes.

—Admitido.

—¿Qué te autoriza, entonces, a sostener que el cadáver no sienta, cuando está? ¿O no está porque no piensa, aunque por su pienso llora?

Es el fascinador de la vida; la corriente que **inka**:

—¡Duele, duele; y engendra!

Si sentimiento la vida, la inmortalidad es hecho que no admite tiempo. Alguien en tu corazón porque le oigas llora... ¡Óyele!...

T O K H A Ñ A

Tiene que ser arpegio de tu carne,
El, que salmodia al Lago de Arriba, toda
vez que del Cielo de Abajo te repiten
que en ti se añuda el alma con las almas.
Y que allí, donde crees que te mueres,
es que estás naciendo para henchirte
de la sangre en perenne melodía.
Y hoy, lo mismo que ayer, y que mañana.
Pues, en ti, el discontinuo, no bien
cierra el Lago de Arriba ventanales,
abre el Cielo de Abajo su ventalle.
Tu monodía múltiple, porque es eje...

La nota sólo en cuanto vibra; el hombre sólo en cuanto vibra; el hombre sólo en cuanto vive. Nunca el paso pasa: traspasa. Pisa y pasas; y hoy, que es siempre, está contigo tu pasado paso. Es que tienes sino un paso, como tienes sólo un beso; tal la vida que es el paso de tu beso. Por lo que los nuevos mantienen el ritmo de su fluencia, pues son los mismos con gradaciones tonales puerperales, si así me es dable hablar. Eres una melodía; y en cuanto conformas tu sinfonía, es necesario que vayas mudando de ropas, que son más que formas de la permanencia musical en tí, porque sigues en eje melódico. Sería necio suponer que la melodía no seas tú, sino las derivaciones y escalas de tus acordes. Ellas tienen la misión de vestir el drama, mas no son el drama: el drama eres tú. El drama es la vida; los partiquines no son el drama: son tu frac. Llegará un momento en que el espectador se descuide del atuendo y mire sólo en ti, que eres tú el eje melódico que conduce el mensaje.

Acaba por entenderlo: eres el protagonista, y hoy, mañana y siempre, estarás en representación y en drama. No puedes abandonar la escena sin que se hunda el teatro. Entonces, ¡arriba el telón!

Mas ni en EL PEZ DE ORO (ni en símbolo) sería posible una existencia sin un público para quien existe y el cual le alimenta menos con su admiración que con su voluntad. En todo drama, el drama es tanto del autor que lo ordena como del público que lo concibe; y es preciso que él se haga existencia en cada uno de los espectadores para que hiera los resortes vitales. Es que somos en Él y Él es en nosotros; por lo que siendo en nosotros, ya no es drama, es vida. Es decir dolor. El ovario que lo contiene, y en el cual germina, del cual extrae los jugos amnióticos que le permiten conformarse, su plafón, harmónica, color, tienen un nombre: miel; haciéndose necesario que el dolor sea miel, y atraiga. La miel de la abeja nace de su ponzoña; y es que lo único fértil es el dolor.

Dos proposiciones esenciales tenga presente el zamponero que adviene: si la miel es imposible sin El, su miel es imposible sin pueblo. Sólo el mito que libera al hombre ha salido del hombre. Admitamos que su miel se ha generalizado y ya nó sabor de paladares, es gusto de un pueblo que siente que no hay vida donde no están Él y su miel. El drama habrá escapado del palco escénico para relizarse en la calle. Andará de su cuenta y de la nuestra y será parte en nasotros. Se habrá hecho tumulto, multitud, universo. Entonces le pediremos el milagro, no suyo, sino el milagro de que somos capaces en Él, en el eje de la sinfonía. Y si no tiemblan los vivos y se levantan los muertos, la **commedia e finita...**

CXXV. ¿No eres, hijo mío, el sueño vivo? ¿No eres el pasado-presente? ¿No eres el que si fue nunca se ha ido? ¿No eres la infantilidad perenne del mito? ¿Quién vive en la dulzura de tu ánfora? ¿No es tuya el alba de ayer? ¿No me dices: eres indio, o no estás? ¿No eres el germen de oro que late en el corazón del hombre? ¿No eres el que liberta el ojo y fertiliza el llanto?

CXLVI. Vino del Titikaka y al Titikaka volvió. Pero, como el Titikaka está en Nos, de Nos vino y a Nos tornó. Que si del Titikaka Nos, el Titikaka de Nos...

Que el poeta le dijo: "Que el Pájaro de Oro eres". Y la poesía, que nó, que no era el Chio-Khori; que era el Khori-Challwa.

—Te ha engendrado el corazón rumoroso del más poeta de los poetas: tu Lago. Aquel aurisolar Achachila, que si danza a la salida de la Aurora, cuando se cansa en los atardeceres se acuesta entre los morokokos de sus montañas...

Y tanto poeta como poesía cumplieron la misión de leer las arcanas khellkas, donde es dable enterarse, que el hombre no es mutación en la Naturaleza, que si estuvo en Challwa y fue Chio, también fue monte, cascada, kurmi, estrella. Y cuando nó rugido, arrullo. Quemóse en la médula del Waksallu; hendió la nube con el Kuntur. Danzó en el chihi y abrazóse al monte con el viento. Es agua y luz, noche y día; ora árbol, ora oro.

Y siempre Él, Él, eterno, inmutable.

CXLVII. "Tú ofendes la dignidad humana —suele decirme Eliú, hijo de Berrachael—; y vives en temperatura de tumba".

¡Pobre Eliú!... Abóname en cuenta que bien larga extensión de mi ya gastada existencia ha cursado en rumias con el Camposanto. ¡Temperatura de tumba! La temperatura de la tumba es, también, temperatura de dolor, Eliú...

Mas, le digo:

—Dí, Eliú, considerando mi lepra, que Job está con ustedes.

¿Job?

Todo se allanó a perderlo, menos su lepra; que así como iba perdiéndolo todo: hijos, ganados, riquezas, honores, esposas, sus lepras fermentaban como nunca multiplicara la simiente.

Su mansa resignación y la teja con que limpiaba las coriasas del pus, y el mismo muladar que le dieron por habitación, eran tan humildes como su lágrima; si por cada pústula que le rompía la carne, fluyéndole pestilencia y gusanos, bendecía al Señor por ese suave

ejercicio de la bondad con que le blandía. Pero tanto hincó en su mansedumbre la hija de Berrachael, instándole a rebelarse contra el fermentado amo que así hería con hedores y podre al más generoso y justo de los hombres, que un día leproso la pestilencia le amagó la razón y las lepras lengüetearon en su lengua. Y se puso a pleitear con su Dios; y le pleiteó con palabra amarga, que, según el texto, era "como un viento fuerte".

—¡Déjame ponerme delante de tu entraña, si la tienes; que siento mi boca henchido de lepras, como mis huesos henchidos están de amargura!...

Y el ancho alarido llegó al cielo.

De lado los simunes de su arábica naturaleza, su Dios, en vez del Vicariato que delegó a Satanás para que le hincara con sus horcas de triguero protervo, demostrando que los dioses buenos son capaces también de la bondad de la bestia, pudo amonestarle:

—¡No te lamentes, Job, mi animal doloroso! ¡Si el dolor está contigo, es que tú estás en el dolor. El dolor se hizo para la vida; y la vida es él. ¿Qué, pues, Job, mi pobre leproso, lo que me pides? ¿Que te limpie? ¿Que te sustraiga al dolor? Lo haré... Mas entonces sentirás que tu Señor ha matado al Santo Leproso.

H A Y L L I

Un día, en los meteriosos ideoplasmas,
todo esto estará escrito.

Y se leerá, además,
que si el dolor las átomos de la chullpa
destroza, es porque en ella,
el Hijo llora, y se sustancia...

.....

CXLVIII. Nada tengo que agregar para bien probarle que mi silencio de treinta y siete años, estuvo empleado en pescar al Khorichallwa en la garganta de los chiwankus y el matinal gorjeo de Cherekeña, a Él tan familiares, ayer y hoy; y que es desde esta hondura amarga que manan el Titikaka y Él.

Llegue alguna vez a mis deltas andinos, donde de sus manantiales fluye el Alba, mi buen amigo; y a tiempo de perdonarme, podrá columbrar el tinglado en que EL PEZ DE ORO, pajarillo de sus arboledas, asumió la naturaleza germinal que fue capaz, de un miserable Puma, sembrador de challwas, hacer el Rey de los Peces de Oro. Y sabrá del grado de eternidad a que puede llegar la carne enternecida de los Pumas.

—¡Guaguay!...

—¡Tatalay!...

Trinos que rizan arreboles.

—¡Piupiu-titit! ¡Piupiu-titit!

—¡Grrrrrrrr! ¡Grruuuuuuggg!

W A Y Ñ U S I Ñ A

Cuando en ti mi carne florecía,
danzaba, Flora, hijo mío.

Ya del Otoño astroso, sus nieves
y sus canas astíl cansado, había
nuestros árboles; y, purpúrea
mariposa, la vencida hoja
purpura mi calvario...

¿Cómo, pues, faltarme, si eres
el que si se va se ha ido nunca?

En sangre, en oro y lágrimas,
aflore de su flor EL PEZ DE ORO
¡Vuélvame su relámpago!...

PACHAMAMA

Creer que vine del cielo.
Colón

¿Y si de allí nó, Cristóforo: de dónde? Qué genial el marino... Los Kanibas le habían dicho que vino del cielo, y era lo sensato, silogístico, y único admisible, ya que no podía del regüeldo de la ballena de Jonás a causa de que entonces era muerta; y para que de otra ballena fuera, fuera menester milagro, milagro a quien se oponían las poco esclarecidas mancebías de que parecen resultado algunos de los eslabones de su cadena, y que no poco le abonaban famas de pudiendo en el cielo, aunque en el otro, nó en aquel a que los Kanibas habían hecho referencia, según cree que creen... Si las aguas de "la mar oceána" están en la tierra, en la tierra habitan, y la tierra en el cielo, decirle que vino de éste, revela sólo que los antropófagos de Kanidia eran cuando menos más reflexivos y observadores que el Almirante. ¡Y este sublime iluso nos descubrió! Aunque la traposa verdad esté de su parte, la realidad no está de parte de Colón, sí de los Kanidios; que de este oscuro marino de la sangre de Jonás, usufructuario de las viejas cartas de marear de ciertos filibusteros fenicios, no menos que de las secretas señas que en la lengua de Erin el rubicundo dejaran marinos wikingos, del más ilustre caínita, por venir de la estirpe de Can, hicieron el genio de los siglos. Colón se salió de Palos de Moguer al encuentro del Gran Khan, y cayó en América, sosteniendo a causa de su caída que la había descubierto. No puede nadie descubrir un mundo descubierto ya, conforme atesta profecía con dos mil años de vejez, si en otra mayor esa América fue cubierta por hombres rudos y sabios de cierto país perdido a media mar, y del cual quedaban, a uno y otro lados, tribus errantes o dispersas. Allí, en las piedras nefitas, se dijo que un tal Cristóforo, o cosa así como SEJHESUA –en lengua hermética– sería descubierto al mundo a causa de tal prodigio; que no es poco que un mundo saliese por un hombre. Se ve que el descubierto no puede ser el descubridor.

Héle ahí echado a que las aguas le aguanten o se haga al tamaño del mundo que habría de caerle. Hacia el Oeste humores auríferos fermentaban y hacia ellos las naves eran impelidas con la ansiedad de

quien ya tiene otra fe que su fe; que si no le bastaran wikingos, sumerios y fenicios, Marco Polo le dijera que por ese camino encontraría a Zipango, el maestro Paulo Toscanelli, que por ahí toparía al Gran Khan, y es fama que le hacia portador de los **¡Ave Cesare Imperator!** de su Chullpa–tullu. Por lo que el bueno del genovés iba con el corazón empuñado, degustando por momentos aquel que sus plantas tocaran tierra y sus rodillas pudieran doblarse ante el mayor ventrífogo de los siglos: el Gran Khan, como él, cainita, aunque ya de narices apachurradas...

Cuando no fuera el sordo, adormilado, palmotear del mar en el flanco de las embarcaciones, el cintilar melancólico de la estrella en la neblinosa claridad, el largo, sibilante, cansino: ja–l–e–r–t–a!... de los vigías, el bostezo de las olas fuera lo único soñoliento. A las vistas buscando no los sintieran, en dirección al Paráclito pasarían –ya pasaban– alcatraces y gaviotas; y habrían de seguirles –que ya les seguían–, volando tan altas, cual la estrella, nubes de aves raras: khellus laramas, chupikas, pako–chupikas, hankos, khillacheos de awayus indios y esto tan sin violar el afónico gemido de Eolo, que ya se oían misteriosos gorjeos, peces golondrinas se arrancaban de las olas, yendo a dar de coletazos a las cubiertas. Y hasta un siluro que fulgía con ascuas de oro centelló en la arboladura de "La Pinta", sus óleos orificaron las olas en tan gran estallido, que los marinos se despertaron, asíanse a las mesanas, y cuando (Sol de media noche), esplendía relampagueante, Tata-Lupi, soltaron sus voces roncas:

–¡Tierra! ¡Tierra!

Y nó: era oro...

Allí el aire tomó gusto dulce y "sabroso", y "diz" que sólo faltaban los trinos del Cherekeña de Orkopata, para ver que sobre la mar danzaban los Huturis.

Mas, si, presto seguido de víboras de fuego, se alejara EL PEZ DE ORO, y de nuevo se hiciera apretada la niebla, cabe ella, diferenciaron el deleite perlino de tres avecicas que cherekeñaban. Pero cuando en la borrosa lontananza se anunció la Aurora, las avecicas se

habían esfumado. Por un "pedazo" del día la superficie se mostrara barrida; no se verían flotar "hierbas ni juncos", aunque luego juncos y hierbas fueran más y más espesos. Una tortolilla les mirara con desmayos. Cierta ballenato les hiciera dengues. Y Martín Alonso, "pidiéndole albricias", gritara al Almirante, que "vido" tierra.

Y tierra no era: era EL PEZ DE ORO.

Y fueron los descubridores...

Alzaran un junquillo de las aguas, le miraran, una y otra vez, no poco estupefactos, si por enchapes, y rubís, y esmeraldas, coligieran que la insignia era del Warayok de Kanidia, adelantando regio de su estupenda presencia. ¡Y nos han descubierto!

—¡Allí están ellos! —pensaba, dentro el Almirante, otro, otro, perspícuo y nada bobo—: ¡Allí están!

Y, luego:

—¡Mira, Cristóforo: todo esto a cuenta de que agarraron los badajos, y presto oiremos campanas!

Rodrigo de Triana, que velaba en el castillo de La Capitana, de pronto "vido" estrella aparecer "so" las aguas: ¡y qué estrella!; si cuando auroraba, le rompió su luz a la luz. Mas, así como la estrella a él le "vido", se zambulló con una carcajada de mecha-chuwa.

—¡Dicen que viene del cielo! Decires, Almirante.

Elake, pues; la noche de nuevo. La mar se extendía bajo el palor de la Warawarani, el marino no quitaba el ojo de la estrella; y ya advirtió que el sextante se emborrachaba, temblando, perdido rumbo, y que si no el sextante la estrella mareaba.

—¡Santísima Virgen: "Las agujas siempre piden la verdad"! ¿Y qué borrachería, ésta, mamitay?

La borrachería era que la estrella que su desconcierto veía tiraba de la aguja, y que lo descubierto fue que hasta entre las almas coloniales se hede; que momentos hubo de no saber Colón adónde iba, porque de dónde había venido le alcanzaba higa. Y que le acababan de pillar, o estaba perdido.

—¡Sipongo! ¡Sipongo!... Acaba de pillarnos; que si tardas dos días, muerto soy.

¡Zipango! ¡Gran Khan! Y ya pisaba el Imperio del Kaníbal.

—¡Dios santo! ¡Dios de Booz y de la Moabita!... Están allá: lo Siento. Y si no me salvas, doy con "suas" huesos— pensaba el de adentro.

Y Kanidia surgía de las esmeraldas del mar. Y sus hombres "de buena estatura y muy fermosos, sin barriga, salvo muy bien hecha". Las mujeres traen por delante una cosita de algodón chamuscado que las arrulla "la natura". ¡Y qué tierra! La más fértil y "temperada, y llana, y buena que haya"; y no es posible eso de "cansar los ojos de ver tan fermosas verduras"; la cosa más dulce del mundo, que "para abrazarlo todo menester sería muchas maneras de viento, y no vienta..." Y si "vienta" es "muy amoroso", con "aires que son ni fríos ni calientes". ¿Las islas?, Ronchas de la mar, canela y saborío.

—¡Sipongo! ¡Sipongo!

Qué Zipango... Este el Imperio de Kanidia. Y "diz" que el Gran Khan reina en Baneke; y reina sobre "los más fermosos varones y señoras que allá nunca hobieron, que si vestidos anduviesen serían tan blancos como en España" los kanidios. Pero van "desnudos como su madre los parió" y son "multidumbre" de pueblos de ánimos "tan medrosos, que diez hombres harían fuir a diez mil"; "no tienen secta ni

son idólatras, salvo mansos" y sin saber qué sea mal ni matar a otros; y cuando a algunos degüellan, y se los comen, y su sangre beben, no entienden pecar. Más allá de Baneke, viven hombres de un solo ojo, y otros con hocico de gozques. Y éstos sí son malos y cortan su "natura" a los vencidos.

Cristóforo por traer la cruz del SEJHESUA se aventura y cristianar el oro es su menester.

—¡Almirante: a Baneke! Que estais muy cerca de la fuente; y N.S. habrá de revelaros e INRI donde "nasce" el INTI.

¿Estáis de acuerdo ya en que el INTI descubrió el alma del descubridor? Baneke en sus manos fue la constelación del oro; pero como Baneke estaba en el horizonte, el marino no llegó a atrapar Baneke; pero el horizonte le atrapó a él.

Desde un perplejo presentimiento admitía cada vez más la certidumbre de que el mundo por el cual saliera sobre la mar viscosa, se hundía en su sensorio; y en cambio se internaba en espacio poblado de larvas y rumores, espectral, espeluncal.

¿Quién el dueño de esta cueva que abarca el Universo? La cruz palpitaba en el Zodíaco, y Alfa era un parpadeo del estupor. Pero, como trescientos mil kilómetros astronómicos hacen un ¡tic! suizo, en un ¡titac! mosaico comprendió el descubridor que le asarían a la parrilla, si la Pachamama, viniendo de millones de latidos, no le acorría. Y como el sentimiento del Hake ni la Ahayu de la Pachamama admiten las paralelajes, que lo mismo les da llegar a la Wolf 424, o espolvorear los guíños de Aldeberán el Toro, constelar a la Virgen, o crucificar a Sirio en el espacio finito; la Pachamama tendió sus awayus infinitos; y sobre ellos Cristóforo y los suyos llegaron a la América.

Qué nimio error para la madre omnímoda. Pero es que esta gran madre no siempre sabe lo que se hace. Así, cuando en el fondo de los mares se agitó una intención de corpúsculo organizado, la luz había

partido de Antares, y de Antares no acabará de llegar, cuando el corpúsculo del limo ha redimido los pecados del mundo, es ya el Creador de la Creación. Y, ella, no obstante en su carne se operaba el milagro, lo ignora todavía.

En lo estuoso de los siderales desiertos algún Colón descubre estrella, y afirma a ceño enjuto que pertenece a sistema celeste alguno.

—¡Una nova en el cielo! ¡La más diminuta y brillante que descubre el triángulo de la triangulación del Universo!

Ingenuas ufanías.

Todo lo que allí pasó fue que la nova descubrió a su descubridor, cuando, a la gineta del ojo celeste, iba perdido en los ahogos de las arenas estelares. Aquí estaba Baneke, y como vio al marino entre espada y pared, piadosamente le salió al encuentro.

—Te perderás, Cristóforo —le susurró—; porque a ese Zipango que buscas no se va por este camino. Te brindo mis "fermosas" verduras y mis señoras no menos "fermosas"; y si me resultas bueno tal vez huelas lo que buscas.

Por eso Colón, a trueque de quemarse en una herejía, pero con ánimo benigno, en vez de su manida alabanza de frescuras, aves, amenidad tanta, que "no bastaran mil lenguas" a "referillo", ni mano con pulso para lo "escribir", pudo confesar que en las espoletas de un Cristo atómico, cuya crucifixión se obligara a multiplicar, encontró a Baneke en feérico movimiento, y nó nada nuevo, si era tan viejo como la hemoglobina de la sangre. Deponiendo que ni había descubierto a Baneke, ni a la América; pero que Baneke y América a él le descubrieron, a qué altura de sus adversidades habría quedado, si tan solemne verdad vese tatuada en la piel de esa madre cuyas ignorancias son toda la sabiduría, si, mujer al fin, le dio a Cristóforo el gusto de sus "aires amorosos" y el deleite de sus axilas, pero no le entregó Baneke; que lo reservaba para los ruines y rudos filibusteros que tras el pobre Almirante habían de venir.

H A Y L L I

Sábetе feliz si en el reparto
de dones y trabucos

de la cristiana encrucijada.
ta ha cabido ahayu atlanta.
que en los entresijos no se pierda;
si descubrir descubridores,
fue todo el laykakuy de los Laykas.

Y adelante con la Pachamama, y osados con ella, que es mujer y ama la violencia.

Adelante con la Pachamama, que está y no está en todos los sistemas del Universo; y que si algo es necesario puntualizar, es que está, y es la misma en el espacio finito y en el infinito. Ovípara, vivípara, escípara, en el mismo instante, tuvo necesidad del poderoso Tiqui, si Tikis de cardinal bonete cría muchos en el Titikaka; ni requirió deidades como Tira para tikchar su óvulo en el Universo.

Ignoramos lo que de ella piensen los habitantes de otros planetas, pero sí estamos seguros que la dicen: ¡M a m a! Y si los del nuestro lo saben aún, día les llegará de confesar que la Pachamama es la madre del Universo, nó por sus cachorros, sino por ser madre en tiempo y en espacio, que espacio es, y sólo ella secreta tiempo; por lo que todo es más que forma de su forma. Para ella el principio "Nu", ni Amón, y acaso la explique sólo la raíz flexiva "Phi", principio del trino y del alma. Ella no tuvo principio ni tendrá fin, que "si principio tuvo, nadie será capaz de certificarlo; y si termina, ¿quién lo certificará?"

No flota en el mar o en el éter; no es Pantheos; es cosa; está en sí misma. Fuera de ella nadie puede ser ni estar. Admítalo Hyparco, o niéguelo Copérnico, la infinitud es su sola medida. Se la ve desde la Cueva de Montesinos; se la hiende con alas de cera; sólo la Kuka la conoce. La mañana, el medio día, la noche, irrealidades, si se miran desde ella, que no conoce alboradas ni crepúsculos; si no tiene tiempo y sin ella no hay tiempo.

Pero es fuerza admitir que si se la mira desde ella, o se la mira desde el mono; ella se sabe la única, y él la sabe lo único. Y siendo lo único, cuando la siente en el Universo, la nombra con un chillido: tiempo alto de la tierra. Es que es tiempo-tierra; y no tiene otra patria que ella misma, y en tierra.

Naya porfiaba con el Sol, obligándole a desentumecerme.

—¡Calientame!; ¡desentuméceme, tatalay!

Pero, el Sol...

—¡Pobre colonida —refunfuñaba—. A fijo que hoy crees haberme descubierto. Espera. Cuando se me interponen las nubes, comprende que no es fácil satisfacer ciertos deseos.

Por ello dejaría de importunarle.

Madre, en tanto, aseaba las ropitas de la semana, y tirándome una shirimuya, susurro:

—¡Chupáte eso, llokallay!

Habría mal creído de la solicitud de madre; pero en la Pachamama caben las folliscas. Y era Otoño, y la veía cargada de melones.

Echado de panza no cesaba de recriminar al astro; que un friecito burlón me iba dando carne de gallina, y cuando con tales travesuras viene el friecito de la Altipampa, parece que el Sol está obligado a guagualearnos, pues para algo es Él, como tú-eres-naya.

Mas al último, ¿qué podía con las khenayas el pobre Tata-Lupi, si son sus guaguas, se adueñaron de las "fermosas" trompas, y como quienes hacen calceta zurzen laberintos y chismes de su progenitor ardiente?

Acá los ronchones de nieve eterna, allá el Titikaka, a esa hora de un azul casi blanco, la altipampa trepa las últimas colinas, llega a la cordillera real, donde se le rompe la carne en cañadón que en veinte leguas no pára hasta que, sudorosa y jadeante, la enchaskan las marañas y se pierde en el vientre de la sima. De pronto, kollos calcáreos la interrumpen, y ya sementeras, bosquecillos de kheñwa, que despellejan los pescozones de las thayas, o la bañan perfumes de rinconadas y escaleras. Aquí siente que sus aires filos se mullen con las bocanadas de sudor que suben de las quiebras; allá que los diocezuelos de la manigua y el Anchacho del Suni la dan de topetazos o tamboretean en sus mamas.

Nada permanece inactivo. El Thesko salta entre las tokras con su castañuela de abate madrugador. Pese a su corpuda personita el Hamatankha sabe cómo cumplirá sus quehaceres domésticos y sobre todo cómo ha de conducirse con su terroncito que no huele a almizole. Las Mamitas Khisimiras llenan los surcos con su ternurosa diligencia. El

Doctor Lakato se arrastra, abacial, ceremonioso, ondulante, cuidando tocar lodo; sabido que va reverberando como el boa junto a los ríos en la manigua.

En fin; mientras todo esto, y un mundo vario, febril, microscópico, se agita en el polvo; las Phayis, hijas del hervor de los bosques, saben que el cuchillero del viento las despabilará, y ascienden, recelosas, cobran las cumbres, se phuiskan en los picachos, donde enamorado rubor las ayrampa la mejilla.

Quien de estas alturas sea capaz, vivirá como el Mayku-Khunturi entre los besos y arrobos de las khenayas...

Pero, he aquí: el Mayku-Titikaka no está para tutías, y no bien ve a las tímidas intrusas, manda un Thaya-chokollo, a husmearlas, luego a dos, a veinte después; finalmente suelta sus jaurías, que braman y devoran.

Ya de las divinas Thayas bailan los alaridos; ya el Achachila truena en las Khenayas. Azótanlas, pellízcanlas, las dan de cabezadas los Haipuñis. Aquí las pobres se apelotonan; allá vuelcan sus cataratas; aquí ciegan con el relámpago; allá fulminan con el rayo. Y si se ha hecho bramador y tétrico el cielo donde la lucha cósmica se consuma; no lejos se le ve latiendo en perla, y un sol recién bañado, dora las mieses y muerde los pajonales. Finalmente, las pobrecitas paran de llorar, se acurrucan en los pastizales, se apegan a la tierra de los surcos; la bondadosa Pachamama absorbe a unas y a las otras Tata-Lupi las arrulla y, besándolas, las hamaca en los brazos; y se las lleva.

En este drama elemental el Achachila de las Thayas ha descabezado a la Phayi maléfica. Temblor de alas hay en los Allkamarinis. Los Alkhamaris se lanzan al espacio. Lo mismo hacen mamanis, shiwickharas, lekelekes, chiaraumas; y hasta el huraño habitante de la nieve volteja con su ala rugiente. Kollis y khiswaris sacuden ramazones y del khañawal campanillean los talluelos...

Qué sinapismo de piojos el de Tata-Lupi entonces.

En pleno lampo solar Venus cabrillea.

La estrella, siempre la estrella; lo que nos acredita que somos estrellas, vivimos en estrella, y nos esperan en la estrella.

—Green que vine del cielo...

Pobre Almirante. Cuán más sabio le fuera haber dicho:

—¡Me pillaron! Saben que todo está en el cielo; que el cielo es la tierra.

De la batea se alzaba vaporcillo de jabón ablandando los carmines de la mama; y yo temblaba, como el talluelo de la enea, pues de quererlo ese vaporcillo de jabón me quitaría el Sol.

—¡Es curioso tu frío, Khorí-Puma —haruñaba madre—: tengo metidas las manos en el agua, y me queman.

La rogué con un gruñido:

—¡Échala, madre! ¡Échala!... ¿No comprendes? Se hará nubes. ¿Por qué no la echas a otro rincón del Zodíaco?

Madre tan no vaciló, que pronto la espuma de su batea estuvo en las Cabrillas.

Y luego, con esa dulzura maria, tan suya, extendió en el cordel las ropas blanquitas, que me ví forzado a sentir, que, allí, en el patiecito, me había iluminado la más blanca de las sonrisas. Nadie admirará cuanto fue capaz la mamala si llega a saber que diariamente me ensarta con su estrella en la aguja casera; y que cierta vez porque en gana le vino al Khorí-Puma se arrancó los ojos de las cuencas, que hoy tiene ardidadas con mi fuego en su matinal sepulcro, pues así me estaban mejor, engarzados en Mirya.

La nubecilla boyaba en las atmósferas.

Libre de nubes de jabón, el Sol, su joyante cáscara de nuez achicharraba en el abismo, doraba el plumón de las aves, granizaba abejas de miel. Y de esta guisa, hasta el mestizo patiecito cargado de begonias, en mansas oleadas llegaba el resuello del Universo. Y el resuello del Universo era como el resuello de la vieja cuando batanea ajíes, ajos, toronjiles, chikchipas, y, de rato en rato, se ruboriza, y regusta el divino picor.

No lejos hervía argénteo el Tata-Titikaka.

Elake, que cuando advertí del piojo el sinapismo cada vez más quemante acercarse al hígado, bendije esta sublime autoridad universal. Y la adoré en runrunes:

H A R A W I

¡Qué bien lo haces,

mama Margacha!
¡Qué bien lo haces,
María, madre mía!

Y ya ella me arrullaba:

E I R A Y

Puma-yunta!
¡Arrurrú,
Komer-khenti!
¡Arrurrú,

Y brindóme el pezón, donde, un día (días, ay, que no olvidará el lobežno), para mí, de su ñuñu, fluyó la miel.

E I R A Y

¿Te importunaban
Khenayas,
mi corazón?
¿Te toreaban
waka-tokoris,
sonkoimi?

Y, como, desmelenado, no respondiera a tan dulce complicidad, que no hay quien responder pueda preguntas como éstas, si nacieron huérfanas de padre y madre; madre salivaba otras dulces hararuñas, mientras entre sus piernas me engría.

Ah, vieja centinela. Cómo soplabla y resoplabla su perenne juventud; y las nubes, que asomaban tocas monjiles en el cenobio de la montaña, huían a descargar sus cápsulas de aire líquido entre las nieves.

—¡Mamay! ¡Mamalay!

—¡Guaguay! ¡Guagüititay!

La vieja sentía que con la bronca voz del yoka, un diablo feliz bailarían en sus ovarios.

Y yo, al sentirla, me sentí poblado... Sentíme poblado de astros, luminosos unos, opacos otros, todos acometidos de locura fiel. Que los contenía diariamente y diariamente ellos me contenían; que ya me deslumbraban con su fuego, y sin oscuridades me daban su tiniebla; que los cubría e iluminaba con mi asombro; que cuerpos eran en ningún caso lanzados al laberinto, juguetes de una causalidad casual; y que si mantenían sus ejes de fijamiento, es que hierven, y ese hervor es el eje común, por lo que aún cuando sueñan, o burbujan, o se rompen en colisiones, perdido el régimen individual, vuelven a él, porque el suyo es sólo en tanto es de todos, e inevitablemente el orden es lo único que permite ser sin negarse ni negar. Así toda virginidad es maternidad; porque es el Tawantinsuyu fluyente, y cuanto es se halla en parida virginal. Símbolos de la doncellez son la madre y la vida. ¿Quién puede negarlo? Si emergen Molucas fantasmales que océanos enfurecidos azotan, es que las Molucas son vientre que fecundó. Y es que la materia es irradiante y en ella consisten mi calor y hervir, tu hervir y tu calor. Me bombardea dentro; la bombardeo fuera. Vamos dirigidos en colisiones encadenadas, en nos y por nos. Lo que niega afirma; lo que contiene ya es en ella.

H A Y L L I

Yo pienso;
ellos corren.
Reposo yo;
ellos engendran.

Corriendo,
estoy quieto;
engendrando,
me engendran.

Somos lo estático
que late
estético.

En la inmensidad
hervimos.
Nos dan energía;
energía damos.

Soy astro,
asteroide,
árbol soy
y soy líquen.
Ellos lujuria;
yo la esperma
que incendia
la caverna...

¿Esta fuerza se gobierna por quién, y hay gobierno; y Naya es Nada, o es Todo ? ¿Naya es causa? ¿Algún día reflexionará al átomo y se negará a matar? ¿Y cuándo mata? ¿Siente que sí? Si el hombre es sabio es porque sus átomos sabios son, y es átomo lo que sueña, sacúdese en racimos a la hora de la vendimia. ¡Cuán lejos el imaginativo de ser infecundo; iluso el hombre de fe! ¡Cuán lejos de estar muerto el muerto! Deja de ser ridícula una actualidad retrospectiva, menos las realidades premonitivas. Si yo irradío mi sentimiento a Marte, estoy en Marte y Marte está en mí. ¡El sentimiento es la materia fértil, y la materia sabia, y la maternidad sabiduría! Ya no será necesario "poseer a la mujer del prójimo para cometer adulterio". Estamos en el sueño, la sed, la apetencia, y cuanto más fértil, más sano, más cósmico éste, nuestro ámbito podrá y dispondrá de mayor fuerza, porque la fuerza en él es infinita, y cuando se parte de él se llega al Todo. El peso y el no peso, serán problemas del sentimiento. Si la vida no está en lo que desea, está en parte alguna. Es sólo deseo en el átomo.

—¡Tierra, mamitay!

Mi deseo eres tú, María, estrella mía; y tu deseo fue tu yoka, que es tu estrella deseada. Presumí un paseo a la Kanidia, y allí vi a Cristóforo llevando el oro de Zipango en la nariz; y que en amaneciendo se "fué a tierra a marear con las naves armadas", pues el bueno del Almirante es ya menos presumido, y sabe que lo que se desea hay que llorarlo para verlo crecer; que sólo tiene deseo el que llora. Y así los Kanidios le esperan, no ya medrosos, sino con bosques de arcos y de flechas; y él sabe asentarse en la tierra fatigado cuando ya la mar se ha fatigado con él.

Pobre Almirante...

—¿Y qué deseas, ahora, Cristóphoro Colombo?

Y viendo el abandono en que el mundo le abandona, sus harapos, hematomas y cadenas, suspiró:

—"¡Vencer!"

—¡Vencerás, Christóphoro Colombo!

Mas, nada acedo, bailando marineras me interné en la Kanidia tras el Gran Khan; que há cuatro horas desaparecieran dos atarrayeros de Vigo, no trajinados y muy sabrosos. Y al Khan se los recetaran por "milicina" para templar el vigor que iba escaseando en sus partes.

—¡Khan... Ka...! ¿Por qué la menanconía añubla tu santa impavidez? ¿Es que piensas ya, Khan? Di: ¿qué deseas?

Y pensando que los marineros poco digeribles eran y que há cuatro horas se le indigestaban en la conciencia, suspiró:

—"¡Vencer!"...

—¡Lo mereces, Khan... Ka...! ¡Pero, para asegurarte la victoria y conciliarla con tus conceptos de paz universal (si eso se puede comer con llawas) tómame este consejo: por cada tarraja española que ingurgites, una tutuma de phusa de muku, que para mankas como ésas es más disolvente qua la razón crítica...

Por atajo vi bestia alguna, y las pocas que en su torno triscan son aludas. Todos mancebos muy "fermosos", y sus hembras "hacen sorgir las ansias de mirallas y poseellas"; los aires amorosos siempre; "las avecicas sus plumas de algodón filado" y los papagayos en sociedad de naciones con la azagaya.

Este, mamitay, sólo sería tu aperitivo. Después... ¡qué cachazo! Rayos que te atraviesan el alma, y a la medida que sales te entra la bestia, y tu bestia se ha hecho célica. Y es que bajando o subiendo amorosas orquestas te inciensan, te acunan y platican; y es como si te sustentiaran. Pero esa amorosa realidad es sólo el acorde de tu sangre, madre. Tu acorde que se realiza en mí, cuando en ti ya soy; por manera que sin que yo te sustancie, no eres madre, y todo es nada. Y siendo nada, eres mi hija, dueles en mi carne, te llevo, y mi sangre en ti duele. Y sólo así eres lo que eres, mamitay: madre-música.

¿Qué podía, si era tan dulce? Mankarla. Y la devoré.

Ya en mi sangre, señora y torrente de mi albedrío, en sus dedos vertiginosos giraba la phuiska de fibra menuda.

H A R A W I

¡Hila, hila, guagualay!
Más que sabio fue bueno
quien el kaitu inventó.
El que sabe hilar
tiene la fuerza.
Para hacer cordel de tu vida,

reúnete cordel.
De tu sangre saca el hijo,
si en tus nervios está
y en tu hueso.
Bronco será el primero.
Pero, otro hilito bronco sacarás,
y otro, otro, y otro.
¿Los kaitus de tu carne no ves?
Y nada más kaitu que tu carne.
Si entiendes el harawi,
fuertes serán tus kaitus.
¡Hila; hila, guagualay!
¿Acaso de tu corazón
Kaitu no soy?

Hilar, hilar en la rueda de la estrella, de que procedo, y en que me contengo. Un día, para volver a la Warawarani, fugaré de la Warawarani. Ella gravita en el hombre y el hombre gravita en ella. El polvo vivo viene de la estrella. Pero las estrellas vivas vienen de los chullpares.

H A Y L L I

¡Nunca mirarás,
guagualay,
si no es con tus ojos,
guagualay!

Con los ojos terrizos en que toda visibilidad es agua, con los que ahora me limpias en la sangre, madre.

K O T U S A N K A

Melancólico parpadeo;
fogón de brasa fría.
¿Cuántas marró mi estrella

sus fuegos
sin saber que eras la brasa?

K H A T A R I - P A K A

Sierpe oscura,
fulges siniestra
claridad,
enamorada del que llora
y del chaiñita
muerto.
Fulges, sierpe luminosa,
y no agosto tus agostos.

W I P H A L A T A K A T A

¿Quién te agitó si no la thaya?
Te agitó para que ondearas
clamando en la batalla
En lo más cenceño de la muerte,
eres wiphala de los chullpares.
Nunca viento fue tuyo
que no fuera viento de la batalla.
¡Agítate, Wiphala takata!
Ya cota de sangre al Chullpa-tullu
le arma, y su pupila late.
Que ondee tu oriflama
y rompan su grito los volcanes.

Los que veis ahora son los ojos del Khawra, el de mirada fosforescente. No el Caballo del Centauro; es el enterrador que volvió de la tierra, caballería de los muertos. Allí están sus pupilas esplendentes, móviles, inquietas, mirando cómo, paso a paso, nos acercamos a su grupa.

En el ángulo de la tiniebla, Punku, la constelación que introduce al fragor de la Nebulosa. La Warawara-chipa, rescoldo de astros. Y ya cintila la Corona Austral en la frente del brujo: Layka-pillu.

P U M A - Y U N T A

Blande colmillos fúlgidos
la pareja felina;
que ya los surcos
se colman de flores,
ya los frutos se colman
de trinos...

Madre me ordenó henchir el santo germen del silencio, pues el que germina debe ser silencioso. Así su telepatía fue tokaña de estrellas, una para cada día de la noche.

C H I O - K H O R I

El oro
que vuela
es oro
que trina.

S O N K O I M I

Sonko tuyo
mi sonko.
Corazón,
mi corazón
más tuyo
que mío.

K H O R I - C H A L L W A

Si el agua no arde

no es oro,
guagualay...
Ya en ti el oro arde,
y en el agua,
guagualay.

K H O M E R - K H E N T I

La pluma se pulverice
para que trine el oro;
que pluma que no trine,
trino será sin oro.

L L O K A L L A G U A G U A N

Te parieron con barbas,
y aunque pareces guagua,
eres la guagua de las barbas
y las barbas de la guagua.

S A C H A - R U N A

En un árbol te acunaron;
sus ñuñus te nutrieron.
Un árbol fue tu padre,
una raíz tu madre.

En este punto hablóme de los fieros orígenes:

EYRAY

No escuches las consejos
del sabio borreguil;
era tu padre el P u m a
de ojos de añil.

Y como sintiera un ñuñu en el gobernalle de mis ojos, en sus entrañas me acune y con mis rugidos la cubrí.

E Y R A Y

Mientras hilo,
duérmete, guaguay.
Kaitu de mi puiska,
duérmete,
papay...

De ahí que en la alborada una boquita babee la espuma de su leche.

Eres hierática y nos haces visajes. Aferras las raíces a la roca y no obstante vuelas. Eres, lo inmoble, y fluyes. Todo es silencio en ti, y tus músicas ensordecen. Nunca mimas y de ternuras a todos nos anegas. Eres el hielo rojo y tu fuego es blanco. Estás en la profundidad del átomo y nadie abarca el cielo como tú. Eres la que siempre parte y la que después de irse está.

La paridora te clama, y te aclama:

H A Y L L I

¡Wipha!
Madre pura.
¡Wipha!
Pura entre
vírgenes,
pura madre.
¡Wipha!

Sublime araña casera.

—¡Levántate, araña sublime! Vamos de viaje. Ese viaje tiene que borrar el pigmento; pues aunque nada te sobre, tú nos sobras algo. Aferrados a tu estática, nos encienden tus dinamias, y ya dueños de tu fuerza, somos tu voluntad de movimiento. Naya vendré en Llama-ñawi

con tendones graníticos; el Sublime a mi lado en Clavileño, leño y clave de los crucificados, y abriéndonos camino de centella, esotro, en grupa salvaje de Ibice, aborto saltarín de la tiniebla. Llegaremos... ¿Los que fueron paridos, no llegaron, madre?

En el torral que pudre era brasero de oro; y su pezón estrella del cencerro que ñuñuña su corderuelo. Pero había comenzado el hartazgo de Calvarios, y ya la vía, y no la vía, por delante y por atrás, maría, que iba tirando las filudas guijas y los khepos punzantes, mientras sembraba tizones de su brasero y ablandaba mis piedras con sus lágrimas; que ya entonces quisiera volverme a Margacha, donde nunca faltó, y parirme cuantas veces lo pidieran, antes que la cruz abriese los brazos tentadores.

Así supe que me vio y que me ve; que me habló y que me habla, y que nunca, mal pese al vacío, podrá el vacío entre nosotros; pues en el Calvario en que la cruz me rinda; en el chullpar donde se arrume el sueño, allí encontraré su manantial de urpilas...

H A Y L L I

Me vio en la cólera del mar
agigantando la marea.
Tierno en los torreones del erizo
y en el acebo de sus púas tierno.
Volar en khomer-kenti
con ala kunturina.
En el amargor de la madrepora
vivir la perla de su leche.
Con el fuelle de oro del siluro
inflamar los vientos de EL PEZ DE ORO.
En las espeluncas de la muerte,
vivir en calandrajo la inocencia
de los siete pecados capitales.
En la fiera del plankton oceánico
vivir el hambre de la fiera.
A mitad del médano del viento,
en la esquina de vientos y de médanos.

sacudir el sarmiento de los vientos.
Atorar la ciudad y el divo atoro,
corruptores de albas y gusano.
Pero, quieta, por su yokha veló ella,
si ya en el humo del incienso
la ahayu de su yokha era el humo.
¡Recogida, oyóme
que del ñuñu de los órganos
manaba el calostro de su ñuñu!
Los vientres maceró que reproducen
de semillas la ahayu.
Fecunda se detuvo en los chullpares.
Al ver mi hueso triturado:
"¡El hombre es sólo hambre
de guagua —me dijo—, guagualay!"
Pero su tempestad cobró silencio,
el silencio que anuncia todo parto.
Y allí se arreboló su entraña,
puesto que estériles palabras
de infamia henchían mi palabra...
Y para no ahogarla en la vergüenza:
a mi lodo le eché: ¡Vuela! Conminé
crecer al árbol; que marchara
mi linfa y la mar bramara.
A la fiera que amaino: ¡Ruge! ¡Ruge!
Al volcán que dormita: ¡Fuego! ¡Fuego!
Entiendo, te entiendo, Pacha-mama.
Nó idioma me pides; idilio me das.
¡Ah, divino fuego!

Y volé del seno de la constelación al seno de las constelaciones.
Allí, redondos, ovoides, opacos unos, centellantes otros, tensos,
giraban todos. El de los anillos; aquél de una centella verde; la piedra
mágica de toda oreja. Más allá, el macilento, el de cenizas, el de
placidez de anémona, y éste, y el otro, aquese y esotro, cabritos
saltando tras la ubre de la cabra.

H A Y L L I

Y, como yo, sentiles hombres.
hombres como tú, a ley sujetos,
nó del nacimiento:
de los nacimientos en cadena
de oro. Que si del camino hoy
te suprimen, la huella de la usuta
no dejará la huella del camino.
Que destino del camino es el parto,
y parto es todo camino...

El Sol ofuscaba; y le increpé:

—¡Tatalay!... ¡Guá...! Me ofuscas.

La mía era una velocidad incoercible; la del Sol se hará coercible.
Si ya mancha de melancolía, al velar sus llamaradas, le hizo temblar
arrepentido por el hambre.

—¿Qué deseas? —me preguntó Hydra.

—¡Hydra: una hidra para nacer!

En el vértigo vi a Perseo, Orión, El Cochero, La Cruz del Sur (mi
cruz); y aullido que perforó mi oreja, hízome comprender que había
llegado a la mansión del Allko. Ya Pegaso volaba, el rosicler de su ala
se abría en relámpagos; y del Dragón me anegaba la hermosura san-
grienta.

Detuve al Centauro.

—¡Eh, tú, Khawra-ñaira! Al menos tus ojos son atlantas; y podrás
guiarme en estos atlánticos aprietos.

—¿Qué buscas?

—Una khawra de oro para engendrar a mi madre...

—Tiene que ser virgen.

—Todas las madres son vírgenes, Khawra-ñaira.

—Te comprendo. Su estación 14-26. Podrás llegar en millón años
luz.

—Mi velocidad es la necesidad.

—Entonces, adelante.

La constelación atlanta se hizo la griega. Girando sobre los cascos lanzó su pensativo, conocido relincho, a que tanto debe la filosofía; y en trote narciso se alejó por las azules rúas de la Khana-taki.

Me encaraba la Nebulosa Negra, pero ya hollaba tierra de luciérnaga, resuelto a insumirse en la profundidad. Mas entonces comprendí que leyes mecánicas más, leyes de proyección radial menos, nada en la profundidad se insume, si antes no funciona en la profundidad.

Andrómeda, más rápida que el parpadeo de una lágrima, no me daría alcance; que si ella grito que se hace viento; yo viento que busca madre.

La rotación es la res-pública del vértigo. ¿Qué persigue el vértigo? ¿A sí mismo se persigue? ¿Cuántos millones y millones de mecha-chuwas alumbran este puthu del Inka? No debelemos la ansiedad del telescopio, nó de reflectores, espejos cóncavos, ejes de declinación, horarios, anteojos de paso, péndulo sideral, estereometría... Los focos de trayectoria ya roturan el alvéolo; y lo desesperante es él. Tierra en diamante unos, tierra en grava otros, todos se prenden a la succión magnética de que está hecho el orden, donde queda vacío tholomeico para los bienaventurados; puesto que el desorden no puede ser bienaventurado en el orden. Y el orden tiene otro origen que la necesidad, en la cual están la urgencia, el apremio, la impaciencia; que si algo organizó el corpúsculo cuando luz partía de Antares, lo bautizó Hatan y lo hizo prolífico, fueron urgencia, apremio, impaciencia.

H A Y L L I

Piso y paso
¡Hisa!
Y nada pasa
y nada pisa.
¡Hisa!
Lo que no
se traspasó
no se pisa.
¡Hisa!

No se habrá
pasado
nunca...
¡Hisa!

—¡Cómo! ¿Tú, aquí, Almirante?

Y Cristóforo, que trabajaba porque Baneke le confiara el manantial donde nace el oro, miróme, abscóndito. Mas luego se cubrió con la diestra el siniestro garagato; que estaba desnudo "como su madre lo parió" y era, tocado con plumas de papagayo, tan antropófago como el Khan.

—¿Qué pudibundeces son ésas, Colón? No pareces kaniba.

De no lejos llegó un abrullo de hambre y ya vimos que Tauro mugía, galopando, camino a las dehezas de la hija de Saturno.

—¡Pobres tauros de España, Almirante!... Reflexiona que este abrullo fue la verdadera causa de tu desventura. ¡Tauro tenía hambre! Y no había remedio que mandar por los shekhes de Ceres. ¿Y a quién "fazaña" tal podía confiarse si no a hombre que vino del cielo? Del cielo le caíste al Rey de Aragón, como él del cielo cayera a la fértil irlandesa; y nó a los kanibas; pues éstos saben que nada cae que no caiga en el cielo, y nó del cielo. No lo ignoras ya: Baneke se escurrió de las "suas" manos, y al cielo acudes para hallarle. ¿Ya, ya lo atrapaste? Habla, Cristóforo.

Y como Cristóforo se mostrara tan en cuero de razones, como en cueros traía el alma, seguí majando su palinodia.

—Sin eso de que creíamos que habías venido del cielo, todo habíamos de perdonártelo; y hasta te hemos perdonado que a Baneke le dieses el nombre de "Sipongo", y nó el del Cipango de los kanidios, sino el del otro: el del Gran Khan. Y con todo hay algo que no te perdonaremos; y es que callaras cuando te bautizaron "descubridor de indias". Tú nada haz descubierto, Colón; a no ser la felonía de los españoles, que después de obligarte a representar la más fulera de las comedias de capa y espada, para ser más nubios que núbiles, te encadenaron y vejaron, hasta hacerte maldecir en lengua moabita, la de tu madre. Tú de tu cuchitril salieras una mañana a lo del bachiller Sansón Carrasco, tu amigo. Y como para ello hubiste de atravesar la

Villa de punta a rabo, ¡Catay!, te tropezaste con Catay. Y en llegando a lo de Carrasco, le dijiste:

—¡Dadme albricias, Bachiller: he descubierto Catay!

No. No hiciste fullería tal, tú, Colombo. Los fuleros fueron los otros: los que la adobaron, propalaron y la mercaron. Días de días sobre la mar te asaltaban testimonios de que alguien se paraba en tu camino. Y tú, como viejo converso, abrumados los ojos ya, pensabas que la carta del maestro Toscanelli, y la otra que te encomendara Fernando de Aragón, por las tuyas no llegarían a las del Ventripotente; pero que acaso a tu mayorazgo tal fortuna quedaría reservada, que "magüer" tus cadenas, los reyes te "anoblecieron dándote el don y que fueses Almirante, Visorrey y Gobernador perpétuo de todas las islas y tierra firme que descubrieses [o en las cuales te descubrieran] y ganases en la mar oceána, te sucediese tu hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamás"; él colmaría el sueño de tu vida que ya la muerte añublaba: doblar la rodilla y besar la mano del Khan.

Hoy sabes que el Imperio de Kanidia no es el Imperio del Khan, que está precisamente en el camino del medio que a él lleva. Este Imperio se interpuso entre tus sueños y los del Gran Khan; pues él de regustos vive desde entonces con la tentación de asolar las Europas, lo que algún día logrará, y de eso no dudes. Cuán justo que hoy te ofrezcas tan "fermoso" como los mancebos kanidios, con esas vistosas plumas, y esa tu piel que más tierna no fuera la de la Sulamita, pese a los bombardeos cósmicos que ahora soporta. Cabal venganza para fullería tan cabal. Que de esta manera les acreditas que sólo no morirá en ti lo que de kaníbal tienes como súbdito obediente de Kanidia.

El país donde el oro "nasce" fue Kanidia; pero ésa, tu Kanidia, una de sus provincias mostrencas, y no la menos cascajal; aunque en ella nemorosos aires soplen y las avecicas sean de trinos tan "subtiles", que de "tentallas" como a hembras venga gana, sus verdolagas y sus bledos alfombren hasta los páramos, y con tanto juicio anden las gentes que muchas viven en un casa y usan los hombres de todas las mujeres y las mujeres de todos los hombres. Otros que no tuvieron tu alta cerviz, aunque espuelas resonantes sí, y no menos musicales cascos, han derrumbado ese Imperio; y del oro no hay que decir que lo obtuvieron sin reato ni recato, y tánto, que cuando el oro se les corrió

se quedaron sin reato ni recato. A nadie le vino en mente que el oro que no se pierde es el que se amasa con el oro del lloro, pues el lloro es el padre de que el oro "nasce". Callo todo lo demás, Cristóforo, si ya tu amigo don Bartolomé está informado de cómo los fuleros que tornaron descubridor a Colombo, también lo fueron a su modo, puesto que de ellos viene la columbita; y ésto, más explosivo aún: que no fue el hombre quien destruyó Kanidia, sino el Diablo y la Cruz...

Colón... Pero... Mejor, callemos; sofrénate, Khusillu, que al buen callar le motejan Sancho!

.....

Y qué hace Cristóforo acá? ¿Y qué los mundos que circulan en este Mare Magnum? ¿Crearán otro Colón? ¿Otro hombre de las cavernas, quizá?... ¿Y quién el Khorí-Puma, si no el hombre de las cavernas, el hombre genital, con la potencia genésica de la bestia, hijo y padre de la radiación cósmica y en sí la misma proyección radial? ¿Podré yo destruir sustancialmente, ya que no puedo crear sustancia?

H A Y L L I

Tomé del éter la materia viva,
y haciendo un chocho,
empapéle en la saliva de la mama,
bañéle en los sudores de la awicha;
Y cuando trémulo en el viento tiritaba,
le fungieron mis bronquiales alaridos.
Trinó, y ardió el chochito: ¡Una Nova!
¡Piupiu-titit! Viejo trino, trinó, nuevo...

Y de la manera que se toman las mamas a toda mujer jacinta, tomé las órbitas de una de las Osas, y las elastiqué a la anchura de mis brazos. Como balón pateado desde Plata se disparó el puñado de estrellas. Y aunque una y mil veces las nueve vulvas del Heliconá intentaron retomar el camino, no pudieron más que parirse entre ellas... La catástrofe la estaban anotando los astrónomos, pero su causalidad permanecería en la sombra. Sonríe. Alguien debió sonreír así, y nó el

manso SEJHÉSUA, por cierto, cuando España hizo chinitas de Kanidia.

H A R A W I

Lluvia
en las florestas
de la Pacha-mama.
Lluvia
de estrellas
en las florestas
de sus ojos...

Pero, fuíme más adentro aún; al silencio poblado de partos; al duro abdomen donde la tiniebla parpadea; a la esperma que torna al asno brioso y canoro... Y más, más allá... Al regazo de la imilla amontonada en su trino.

—¡Piupiu-titit!

H A R A R U Ñ A

Hiele, hile,
EL PEZ DE ORO.
Trina tus hielos,
guagualay.
Hila, hila,
que tu hielo
arde ya, guagualay...

Nada está más allá de tu fuerza. Los soles están en ti. Las nebulosas son tus formas. Los Colones, los Kanidios, los Khorichallwas, "desnudos como su madre los parió", te conforman en tus formas. Partes en una dirección y a todas llegas. Avanzas en el infinito, y si el infinito se limita, eres tú, ilímite, el límite del infinito; pero no eres finita, porque no tienes principio; y aunque el hombre no comprende hoy, tendrá que enterarse que aquello que principio tuvo

no existe. En ti sólo lo permanente es cosa. Eres todo sin unidades. Y como fuera de ti nada hay, tú no llenas, sino estás.

Creas pariendo lo que mataste; y quien anda o se está suspenso, piense o ría, nace o fallezca, todos van siendo mermados por tu diente, y así en su fuego te proyectas.

H A Y L L I

Madre amorosa,
cuyo ñuñu es diente;
que si dientes pare
con el ñuñu engendra.
Amorosa madre,
en cuya lágrima
esperan nuestras guaguas.
Madre amorosa.
que por amada mata
y por amante alumbra.

Pero, si algo ha de obligarnos a bendecirte en la ternura de los surcos, es que haz puesto en la carne la presencia de tu pasado, que no pasa, haciendo de ella tu presencia, tú, intemporal secuencia. Y la carne puede discernir por sus electrones que los astros mueren en ti para cobrar vida en ella, y que, al último, volverá a estar donde siempre está.

Se lance adonde se lance el hombre no sale de ti, porque eso equivaldría a que te fueses de él. Y si alguna vez la melancolía se apodera de su corazón al considerar la profundidad de la Medusa, sus monstruosos habitantes, paisajes irreales, sus tibiezas de astro; si alguna vez la nostalgia le anega al lloverle un parpadeo de la estrella, no es sino porque está poseído de tu miel.

¿Cómo no caer de rodillas ante ti, si haces que el Sol nos caliente, Pacha-mama, y el Universo nos fecunde; y como si fuera poco, endulzas la shirimuya, haz creado el limón; hiciste caer diez gotas del agua sabrosa de tus ojos en el ovario del sankhayu; en el arrebol y la khantuta te pintaste los labios; al cherekheña le diste tu garganta y en el Khori-Challwa hiciste que se detuvieran tus relámpagos?

Si la phorekha, Pacha-mama, revienta con yema tierna, y puedo llegar al Sol y las constelaciones, es sólo porque estamos en ti, y en ti somos proyección sin límite...

H A Y L L I

Maríaja: te tributaré la coca
que de mi sangre extraigo;
si ella es la parte
enamorada de tu naturaleza.

ESPAÑOLADAS

—Construye una torre alta con ventanas que se iluminen a sí mismas.

—¿Cómo construiré, oh, grande Aura Mazda, un tal recinto según tus instrucciones?

—Golpea la tierra con tus talones y amásala con tus manos.

Zend Avesta

¡Karrajuska! ¡Ñerdas!

¿Quién eres hoy, maestro? No eres Teofrasto, el atracador que anduvo en pleito con la justicia por el asesinato del santo Timoteo. Pero... ¿haz superado esa herencia? ¡Qué serás mañana!... No olvides que un hermano del hermano de tu padre, hubo de correr cárceles por el manazo con que mandó al cielo a Abigail, el moqueguano, lomudo y arriero por las cachas. Qué... ¿No te clavarón presidios en padre porque el bueno de Amílcar a ketimbos se fue con, y sobre, tu mulita Pajarera? No ha tanto entre palurdos te escosía la sangre, y hoy te sientes "Imperatur". Crees que el frenesí por la mugre te viene de una ebriedad mesiánica; y olvidas que la mugre fue costra karkhosa de tu estirpe, y que si de señorío puedes alegar, será del señorío de la mugre. Y no es lo peor, si en medio de tus bataholas sigues esclavo, y tu mente, y tu corazón, son mente y corazón de esclavo; que tus amos no han soltado tus cadenas, por lo que son tu cosa real, nó figurada, y a diario te someten y humillan. Fíjate: ¿por qué les tiembles? ¿por qué les mochas como al Inka, a tu Inka? Te humedeces por darles la pernada: ¡tus amos son!

Y numen llamas a eso, como en padre cruz llamaste a tu cárcel.

Aunque ni el agua regia atacó mugre heráldica, cuatro kilos de potasa en un bañito le bastaría a cualquier mugriento. ¡Voto a...! Libertador de la mugre: ¡abre la cárcel a tu mugre!

El orgulloso aislamiento que pregonas, ¿qué es? Ropaje de tu miedo, miedo de esclavo, inferioridad de siervo. Si no, ensaya a vocear. Sí; lo haces. Pero para tú oírte, y saberte, y sentirte, para el erupto de tu grito. Y si gritos tales tuviesen sexo: ¿no te escupiría el tuyo? Pues

escúpelo tú; quizá en él te limpies. ¿No ves cómo el moscón escupe en la mosquita muerta?

No eres escupidor ni tienes qué escupir: estás perdido.

Mi aislamiento orgulloso. Mis volvos... Cabroncicos. Escupo en mi carne y mi carne. Y mi soledad son ellos: los chullpa-tullus y los traposos. Con ellos parlo, consagro y celebro, con ellos soy engendro exquisito, placentero, agudo.

Mis amos. Mis cadenas. ¿Dónde, y por dónde? ¿Y son de perlas las cadenas o són del viento? Dadme un siglo y os estrangularé sin dejar vuestra laya. Un siglo quiero y purificaré el polvo que emporcaron vuestras liras.

Le trituraban sus almas.

Si a mano hubiese placa ultrasensible con qué operar los contactos de la radiación, qué de hokollos no salieran en pose de pandorgas deshuesadas, imagen de la negación de alma fétida; del hambre que amasa con el alma.

—Admitido: el esclavo soy. Pero el esclavo libertará a sus Duendes; pondrá en ciudadanía sus huesos.

Dos afilados atlantas, los ojos; nazcas médanos, los pómulos; cordillera aymara azotada por el rayo, el frontal. Prestos a rugir y acometer, sus músculos se tensaban como los tendones de la bestia en la entrega del semen. Era el bárbaro del colmillo, ejemplo de lo que fuera hoy el alma europea si a tiempo que él cae entre las pirañas del Pako-Achachila. El viento aullaba en las rejías, ventanas y mojinetes de la techumbre, como si sobre ellos lanzara sus manadas de búfalos. Pero él maldecía del búfalo del reloj, si el tictac pendular era sólo el latido de un termómetro incrustado en sus ojos, hirviendo a estallar. Comprendió que en la sangre le alimentaban veinte generaciones de indios y de piratas; aunque jamás imaginara que el destino le tuviera reservada la espada del pensamiento, esa amarga raíz en que se emparenta con la muerte y coquea.

—¿Quién eres hoy, maestro? ¿Quién?

—Y que, ¡ajos! Soy un aristócrata deshuesado y el chullpa-tullu de un santo, un hombre con los guantes remangados. Ah, ustedes desconocen mi alquimia; que el secreto para destilar mis extracciones me lo aprendí en el hueso del awichu. Sépanlo ahora: yo sé que tengo

hambre. Mi hambre en este punto es el hambre de la tierra, en lo que vive y de lo que vive. Pero aunque mi hambre sea el hambre de la tierra, y el hambre de la tierra la de mis "pasados", como de ella ellos viven, la hambre no vive fuera del hambre, si no en el hambre, que eso es el hombre. Ustedes, divinos sarcófagos, sólo conocen el hambre del vahido; por lo que, cuando por ella pregunten, lapéandoles las campanas, les dirá:

—¿Quiénes sois, puerquitos? No os conozco. ¡Talán! ¡Talán! ¡Talán!

—¿Puede mi aristarquía mejores ejecutorias? El hambre no unce a quienes estamos habituados a sus puntapiés, ni cuando nos viene la gana se resiste a las bodas. Así, me acomodo en cúbito dorsal pero nó de rodillas, como se verá cuando talle el estallido de su látigo: quién baila con él, el puerquito o yo. Tiemblen. Sólo para los hambrientos de diablura la hambre es la barragana del Diablo.

Y como el Diablo oyó que le aludía, y sintió que mal se aludía a su barragana, le mordió la oreja.

—¡Valiente cataplasma! —le dijo—. Con mi santa esposa no te hagas el resbaloso... De manera que inclusive la eternidad, que no es menos mi barragana, para tí es la hambre, y el Diablo el hambre. Y todo se reduce a que estás de hambrecita. Y hambre son tus huesos, y hambre tu hígado y el hambriento tu sexo. Y en suma, todo tú eres sólo hambre. ¡Cachiporra! No eres el hambre, ni en hambre te encarnas con la hambre de las hembras. Eres uno que yo me sé y que no sientes. Los hambrientos tendrán hambre; pero casi nunca se siente lo que se posee. Eres árbol, acémila, cañahueca, puerco y acaso ángel también. No te des otros hipos. Para hambriento te falta un título...

Y de la oreja le saltó una pulga que le encaró.

—¿Jaaaa?

—Si; soy yo.

—¡Pestilencial! Te entiendo y no te entiendo.

—Bien que me dí cuenta há rato. Todo eso tienes a tu favor. Repito que te falta un pergamino y habrá docto más sabio que tú. Y tanto que ignoras enciclopédicamente quién seas; si árbol, estrella o docto.

—Si árbol, soy el árbol hambriento; si lo segundo, la estrella que llora de hambre, por último, el togado de la hambruna. Todo lo que en mí llevo y no siento. Ve si te entiendo y no me entiendo. ¿Te queda algo más? Mételo en un alba pacata virgine y en la bosta de los amos: ése soy...

—¡Y pensar que inventaste al Diablo! De los amos hambrientos, dí, jumentillo. Ellos son los hambrientos por divina permisión y la naturaleza de las cosas. No cuentes con mi ayuda el día de la Justicia; y duda mucho que del Señor la clemente injusticia te sea propicia. Aquí lo que hay es que te falta finura. El cerebro rústico de tus antepasados te impide comprender a tu hijo.

—¡Wakra wiswi!... No comprendo pero engendro. Del rabo a la cornamenta eres una sospechosa tentación; y tienes tan pecaminoso olorcito a metafísico... Pues bien, sábelo: mi eternidad es mi hambre. Y si la eternidad no es hambre dame por muerto o no nacido. Te lo diré en hombre: sullu nayaha. Eternidad soy y eternidad es mi carne; que si en mí estoy, y soy mi carne, no puedo ser sino el hambre. No me tires las champas, que escrito está que en todo mestizo hay quien relincha.

—¡Pobre caballería! Cómo se ve que nunca te desayunaste con la "Guía de Pecadores" de Fray Luis. Relincho te falta, padre mío.

—Cuida nombrar lo innombrable para ti, lagarto.

—¡Guá!... ¿Qué te pasa? ¿Te volviste casto, o castizo? ¡Velay, el relincho del Khorí-Puma! De manera que te presento un apthapi; te pegas el atracón; te lames las barbas; eruptas... y ya no eres hambriento. Qué poco favor haces al Diablo. De verdad te digo que sin que me aludieras no estaría frente a tí, y menos en esta traza; pues metido en la borra donde, dizque se hacen los genios, te oía con deleite. He aquí (me decía), entre tanto cerdón el gran cerdudo, la probeta de Fausto, do hasta el Diablo enloquece. Pero...

—No será de hambre que enloquece el ahíto. El hambre es personal; y nada menos personal que el estómago del Diablo.

—¡Zambomba!

—¿No te dijo el Cristo legión eres? En mí se aísla el hambre de los hambrientos; adquiere señorío y heráldica. Mi heráldica es lo que hambrea en mis hijos.

—¿Es que el Diablo ha de sufrir ésa tu hambre?

—No te aludo, meteco; que nadie te dio vela en este velorio. Puedes cerrar los ojos en el Escorial; mas acá debes abrirlos. Acá comerás mugre, mugre de indio; te den allá pudridero de reyes.

—¿Indio! ¿Pretenderás que el Diablo español pueda rezar en indio?

—Nó digo eso: el indio no te conoce.

—¿Me negarás? ¿No soy tu hijo?... Tu hijo, y nó por el idioma, que el tuyo bueno es para que lo aguanten los Nebrijas. Tu hijo soy por las barbas. Cuídense ellas; y habla como te pida el Sacha-runá de tu gana...

—De la phusa eres el pus. Camaleón: razona alguna vez.

—¿Y con qué razones? No puede el Khusillu pedir a su hijo que razone; que si tu hijo soy no seré guacamayo. Quien debe usar las barbas eres tú, si ya es tiempo que dejes el árbol. ¿Conoces el infierno que haz metido en mi alma?

—¿Tu alma? ¿Hablas en parábolas también?

—Aunque no me lo creas: alma. En algo tiene que atontarse el Diablo. No me entenderás. Lo comprendo. Pero así tendremos que ir, uno junto al otro, mudos, y corneando.

—¿Y quién te metió en el cuesco que debas llamarme padre?

—¿Quién? Ella; mi madre.

—¿Madre? ¿Tú?

—¿Has olvidado al yaraví? Ella: "la indiecilla tierna del panal de Wakhe". Ella, que adoraba en tus barbas. Desque te las raparon perdiste la memoria; y ya no pareces un hombre, sino amasijo de mugres. ¡Vuelve a las barbas y el Señor no requerirá de "papitas" para perdonarme sus pecados! Imagínalo: Dios que es el más hermoso barbón de la Creación tener que vérselas con el renegado de las barbas. ¡Déjate las barbas, quier sea por este Diablo cansado de su genio!

—¿Barbas tuve? Nó, barbas; son improprios, Belcebú. Y no míos, si de los que en mí están. Y los siento, y sentiré; hoy y mañana, cada vez que ponga el cuello en manos del barbero para que tale el matorral. Los siento y sentiré, hoy y mañana, y siempre. Si miran con mis ojos; aman y gozan con mis huesos, y si han sed han sangre; y si han cólera han lágrimas. A eso llamas mis barbas. ¿Entiendes?.

—Casi, a decir verdad.

—¿Crees que así como medran del rastrojo y trabucan en el thantakhátu, jamás lograrán miniar una pedrezuela preciosa?

—Por lo que los alabas, imagino: ¡son tan wiswis!

—Trágate ésta: "Sólo la mugre escupe al Diablo".

—Pardiez... Me rompiste el bautismo... Como frase, digna de Vargas Vila. Pero en un infierno que yo me sé las frasesitas nada valen. Lo que vale es la mujer, que para las biles de los Vargas Viles vale tanto como para el Diablo. Para mí más bello será siempre el incienso que en graciosas espiras sube hasta mordirme la punta de la nariz. ¡Ese el dulce olor de los Pecados Capitales, Sacha-runá!

—¡Infeliz!... No conoces el espermatoblasto.

—Cómo que no le conozco.

—Sabe que vengo del petróleo que lo empuja al corazón enamorado y vuelve tierna la toronja seca, tierno al santo y es lo que hace lagrimear el ojo putrefacto del Chullpa-tullu.

—¡Ah, sí: el hedor mensual de tus cabras. ¡Cuándo comprenderás que vivo asqueando ese hedor que satura tu borra! El hombre, para ser digno del Diablo, debe oler a nardos y usar tanta agua de Colonia cuanta sea necesaria hasta perder el olorcejo de la asadura de que lo extrajo la comadrona. ¿Crees que el cielo se siente ufano porque el hombre salga de la charca? Vélo en mí, que no me sacaron de tolinas y no tengo el olorcito de la trucha descompuesta. No en otra virtud he recibido la misión de adorar la borra del hombre. Huele como un bote de perfume y no habrá quien no diga que no diste botes en la impureza, aunque en secreto hedas. Advierte cuán sabia la sabiduría vedántica, si después de cada parto manda lavar a la mujer y a la misma vaca del establo, pues sostiene que quien la ve con malos ojos y la toca con dedo malo se manchará. Y el Levítico qué no te dice: que la mujer, porque se dispone a ser madre, cada dos lunas, es impura; por lo que, lo que impurifica y corrompe al hombre, y a todo lo que se pone al alcance del flujo, es el caldo cohabitual. ¿O es que te gusta el freguez de los ajos? Que el ajo te guste, lo explico; pero no el marisco ajudo...

—¡Qué bien huele tu lengua!

—Ja, ja, ja, ja... No te indignes. Aprende a soportar la acidez y podrás reir del ácido. Hombre: compadece al Diablo y padécete. De mí te digo que me padezco heroicamente, si es ahora, y en tí, que he visto el deleite místico del estómago cuando ingiere y digiere. ¡Eso, el cielo, tatalay! ¿Qué puede digerir el Diablo si carece de alma? De un alma que

digiere parten las sutiles emanaciones del amor, la generación y la muerte. Y yo vivo con una amenaza implacable de inmortalidad; una inmortalidad sin estómago. Cómo tú, Khorí-Puma, que eres el más grande de los brutos de mí te condolieras y transmutaras al Diablo en Khusillo; cómo con tu poderosa mandíbula lograras el milagro de todos los siglos a que el impasible cielo se niega.

Y el infeliz Khorí-Puma se puso triste por la infelicidad del Diablo.

Sus ojos mareaban en borrosas lontananzas.

La imilla tierna que a la caricia se rindió del hambriento hidalgo que en Castilla la Vieja dejara almenado castillo para morir en carne india sin almenas ni castillos, medular, cosquilleábale la médula, como el toro de lidia se aguza los cuernos encajonado en el toril listo a dispararse sobre el ruedo. ¿No te parió ella un día de borra y de Diablo español?

Ya no podría preguntar al hidalgo:

—Y bien, caballero: ¿cómo te supo esa carne después de tanta carne equina y de rata? ¿cómo, tras la de ese seor soldado, gordete y untuoso, que manducaste con pimienta de indias, y tan a gloria te supo, y supo a tu gente?

Mas le quedaba el recurso de preguntárselo a sí mismo.

—¿Y, la carne de la imilla, acabó con el Diablo?

Sentía que fue él, y no otro, quien anduvo con el porquerizo analfabeto, cuando, trazando con la espada el límite del cielo, debelara el canon de los forajidos hambrientos.

—Vedlo bien, caballeros hidalgos: por allá la paz del puerco, paz de ermita, de manteletes, trapizonda. Por acá: hambre, pero riqueza, pero pututu, y tres peros peraltados por la gloria de Patria Madre. ¡Vedlo bien, hidalgos; abrid los españoles ojos: de aqueste lado el oro; desotro la gloria de los desventurados!...

Y dio el paso, cual cumplía al puerco y a la Gran Bestia del Pasma. Y entre carnales oros y hambres en cueros, grita y fritangas, encontró la carne cuyo oro buscaba: el suyo, y el de su vieja carne, que aún hoy bufita de hambre de oro.

¿Qué era? Bien poca cosa: un caballerete sin hidalguía, pero con usutas, y la explosión de todos los partos electrónicos.

Nada extraño si le ofenden.

—Eres más que un indio enhuesado en su cadena, indio poltrón, tímido y resentido, que degusta la gloria del alcohol y no decanta el alcohol de la gloria. ¿Quién te afina? Phuá... La "cáscara del novillo" español.

Menos si, con melíflua garganta, otros le mojinetea el moflete.

—Serás indio, si bien se quiere; pero en tí están los caballeros que aventuraron todo por tu gleba americana.

—¿Por mi gleba o por su leva?

—¿Acaso pecheros no jaranear en tu grosería? Pero si grosería no hubiera en ti no habría España, como en nosotros el oro de los tatakus. La gloria de los fulginosos capitanes te alcanza, pese a que barrunto te engendraron unos que miraban más a la cruz que a la espada, no agavillaron indios, ni en infamia mojaron la esponja de hiel del pueblo crucificado. He aquí por qué cenobio donde con lenguas de Teresica te lloran, hiere sus campaniles en el alba, aunque sea para que te soflame luego el ulular del pututu, y quisieras partir con Amaru el necesario descuartizamiento del Descuartizador.....

.....
Su cráneo era el infierno de la pureza impura a espera del experto en claraboyas por donde se escupen los gérmenes de las guerras civiles, macetero que bate los batinetes de esa "torre cuyas ventanas se iluminan a sí mismas", pues experimentaba que si ingestión y digestión liberan al hombre, no están libres de hechizos, y el "celebro" suele hacerse hechicero en ellos; por lo que será prudente ponerle de allá en cuando en contacto con el aire, ozonificarlo para que asimile la quimificación de la pasta vitamínica; y plugiera le vinieran plácidos unos bañitos de agua boricada, curándole de cruces, Diablos, lógicas y demás patologías alógicas.

Ya en la borra de su alma fugaban enjambres indios con estridores de waka-tokoris, sinta-khanas, iru-iutus, hañachu-dansiris, llameritos-cuyuncuyun, chunchuchunchus, chukchuchukchus, y otras khaswas de borrascosa alegría. Entonces fue que saboreó el chairu que le cocinan en la sangre; saboreó al Diablo conventual, aquél que le codifica y gramaticaliza; conoció al alcahuete español, que es el tirso de

Tirsos, Zorrillas, Tassis de Peraltas, y de toda la dorada camada de Tenorios sin arrepentimiento que se aferran a las telarañas de sus ojos.

H A Y L L I

Un español relincho enciende el ruedo.
Muge el toro en la pica y la caverna.
Rozna y filosofa Buridán en el jumento,
Del sevillano viento los venablos cantan
"jondo", ganas y mamas de cholos y de chulos,
Y cuando sagra Loba incrusta el diente,
látigo es el oro en Khorikancha y lloro.
Mas presto encréspace la mar balbólica
y Pizarro ajos hiperbólicos sofríe.
Que allí, y en la cruz, purrula el ñuñu.

¿Nosotros no phusaremos? Gua... El indio ñerdea y karrajuskea. Bien se ve que, ni con mucho, hay algo más español que ese cholo, creatura de chulos y de chulas. Chulerías jacarandosas allá pinta; no digamos que acá despinte el barro porque embarre; pero en esos dos khetimbos labiales, la España de sus mofetas ha ganado la guerra de Indias: plantó el pendón de Castilla, descuartizó al Inka y nos atoró con sus lingüales khañiwakus.

—¡Por los Reyes de Castilla y Aragón, caballeros hidalgos, y por ésta, que aquí me beso, cruz de machos y de machas, que allí tenéis cien mil bestias infieles y somos puñado de caballerizos de la Cruz. ¡Santiago a la gineteta, acometed, bravos!

Y los ochenta ginetes harán pavesa de las cien mil alimañas de la Pacha-mama.

—¡Caño! ¡Por la Pilarica, traga ésta, indio salvaje!

Y un machetazo, cruz y todo, divide al guerrero de la coronilla al desagüe.

—¡Karrajuska!... ¡Aguanta; y sea por la gloria de España y en provecho del cielo!

Otro bruto Inka despanzurrado.

Los cien mil guerreros desaparecen como las torcazas cuando husmea el lebel por los aledaños. No fueron, empero, los ochenta caballerizos los del milagro; los del milagro fueron los españoles caballos y la cónica espada de esas palabras.

—¡Karrajuska! ¡Ñerdas!...

Como el náufrago a la tabla de marras podía menos que echar mano de ellas. Fueron las segundas que profirió cuando en el alboroto de su aldea (las primeras vinieron al ver, illo tempore, que del ñuñu le escupían otra cosa) maligna lengua le escupió en la cara.

—Y bien, tú... Eres un americano. Y más... ¡ni! Lo americano es un lugar común de las mentiras convencionales, si en americano existe, a menos te resignes a existir en indio; manera muy animal de no existir. Lo que acá no es español, es nada, o nonada. Tu lengua, española, en indio aun; tu dios, español; español tu patrón; tu gendarme, español; el látigo con que te hacen bailar marineras, español. Sólo tu miedo es indio.

Y allí, templando en tiempo de charango su nubiana vihuela, sacó el pecho, apretóse el chumpi, la faca requirió, tosió tósico, como quien a voznar iba en hispano, y repitió el graznido:

—¡Karrajuska! ¡Ñerdas!

Si lo azotaban en español, el látigo requintó en kuiku-español.

—¡Karrajuska! ¡Ñerdas!

¿No fueron las encíclicas romanas y estas palabras (y voces son en cuanto són) los verdaderos conquistadores del Tawantinsuyu? ¿No implantaron ellas el pánico en los pezones de la Pacha-mama antes que los "caballos luminosos", de cascos musicales y otras musicales garambainas? ¿Cómo olvidarlas; si, cuando las ve salir como un haz de espadas de entre las crinejas de plata de un chirote español, le tiemblan los chirotes? Importan el alboroto de una cárnea, española materia, frente a la cereal magia del Imperio. Y aunque tal materia es también mágica, no es animista, si SEJHESUA, y ésta hechiza menos con la cruz que con la corona de espinas. Son voces que los gamonales del Perú llaman palabras "machas", haciendo de un sabio barbarismo la más freudiana caracterización de la Conquista de Indias, que si algo, fue aventura machuna equipada por una gran mujer y por otra gran

mujer canonizada: la Iglesia. Y como si en España faltasen machos —en la más "macha" de las patrias—, para nuestros académicos caciques la Conquista de América, por ser quien fue el Conquistador, tenía que ser macha; por orden completo, de la femínea hostia, sacaron el "hostio", algo así tan macho como el ¡karrajuska! Mas sólo ese pobre de Freud sabe lo que todo esto dice para las revelaciones de la endocrinología, que los historiadores confunden con la crinología; y es a cuanto se reduce la historia de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Manko Khapak.

De estas palabras nos servimos los híbridos a maravilla, pues con volverlas Código, allá se va ensartada la doliente trailla de pongos, y nó menos la inseminación a destajo, y con el más cavernícola desparpajo, de las tímidas tarukitas de las mithanis; con lo que antes de cruzar los semovientes, que son "mismos" aquellos que nuestros padres hispanos nos dejaron, nos cruzamos en los semovientes... Palabras son que en ningún caso implican abatimiento, intención reflexiva, o comezón de conciencia. Afirman como un puntapié; desnucan como un combazo.

Qué Júpiter el que vozarrea en esas palabras.

—¡Un carajo a tiempo evita una guerra!

Tal la supralógica de metafísicos y políticos en el mestizo universo. ¿No dicen que un carajo le dio a España el imperio de Ofir, Golconda, Lemuria, Ur, Zipango, y sé yo cuántas sortijas más con que por esos entonces se adornaban las orejas de nuestras piojositas mamalas? Sostienen también que otro se lo quitó. Conste: no fue el karrajuska indio; sí otro ¡ajo! español: el de los Libertadores. Por lo que si el indio salió del imperio de un carajo hidalgo, fue para caer en el carajo del cholo; y en ambos casos fue el carajeado y molido.

Entiéndase todo esto por el ¡Karrajuska! indio-hispano.

* * *

De pronto tintinearón los vasos de la chichería, y el maistro, no poco mohino, frenó la máquina. No preguntar por quién era. Era la pulga que pulguea los sesos del hombre, pero en su forma clásica y académica. Era el Diablo, que, mientras se abanicaba la nariz con el airón del rabo, mirábale camandulero y mítico.

—¿Qué me quieres? No te aludí esta vez.

—Ciertamente; pero alguien tiene que tirarte la senkhapa, mi Padre. ¡No hay Diablo cropolálico que tú! Hasta en el Infierno escandalizan tus discursos. ¿Qué manera de hablar es ésa, Padre y párroco mío? Bien que tales palabrejas hubiesen sonado alguna vez, como aseguras; mas, ¿con qué fin hacerlas resonar? Lo mismo dicen los Diablos en Cantilana con más cortesés y elegantes modos, que en punto alguno fue avara en ellas la lengua de Castilla para que tengas que echarlas de menos, que si bien de cortijo, y no menos de corte, son, es ya de mal gusto descortijarlas. Descansen en paz, que muertas son.

—Te diré como el de la comedia: los muertos que vos matais gozan de buena salud...

—¡Muertas son, maistro! ¿Crees, por Babieca, que en España quedan Archiprestes, Berceos, Tomjebes, Quevedos o Villamadianas, para que las zocaliñeras sigan rigiendo las astracanadas que tanto te deleitan? Muertas son, como muerto es mi pariente el Cojuelo y la Trotaconventos, tu alcahueta...

—No metas tu diccionario en mis sermones, Diablo sin diablo. Heridas restaño; no descortijo reyes ni bueyes. Y alguna vez el puñal debe restañar la herida que sus filos abrieran. ¿No me ves que esculpo el torso de EL PEZ DE ORO? Si con esas palabras asustaron su sangre, con ellas se debe afilar el espolón. Conozco tus mañas, Conquistador de Indias. ¡Qué hermoso y solemne te pones, y cuán perfumado y beato, cuando a misa llama el muezin de la Giralda; y Alá, (él allá te haya), se lanza a fenomenal combate con las volutas de incienso, cual si fuesen odres de la Venta, y las tasajea a mandoble de su alfanje, que te llenas de pavor y pierdes el perfume azufrado del cielo!

Luego sopló la cabecita ígnea del soktapichu y el Diablo voló en una chispa.

—¡Sigue, sigue, maistro!

—¡Maistro, que sigas!

El día que el hake-hake vea nacer de su entraña esas palabras como ve que de la tierra le nacen los sankayus, la Conquista regresará

(y ése regresar espera) de los pongos sobre los amos; y al hapapeo y pututazo de las sublevaciones el virtuoso cenáculo de las letras sin Judas seguirá en una khaswa de pámpanos.

Los pobres tienen la segunda; la primera deben sembrarla para que nazca.

Cuando Toledo dejó que el Oidor Areche mangonease en el Perú por el atajo, lo primero que Areche hizo fue atar a la sotacola de cuatro caballos árabes las extremidades de Tupak Amaru, pretendiendo separarlas de su tronco; por lo que templando los tendones, el Inka rugió:

—¡Kaka... uuuuú!

Pujaron los hipoasnos de conversos, mas nada pudieron con los sagrados goznes.

Y ¡elake! que al presentarse en los Madriles...

—¡No te mandé a descuartizar Reyes —le increpó su amo—; si que a servirlos!

Y el inmundo lacayo bajó los ojos para siempre y se murió; que allí conociera cómo no sólo enlodó a sus amos, ya alodados; enlodó más sus premáticas, que Toledo fue de los Visorreyes de Lima el menos limeño, y pudo merecer se le llamare español, como españoles se llama a Vitorica, a las Casas o a don Quixote.

Observadlo bien: el niño "orejón", antes de romper con balbuceos pueriles, dice:

—¡Kaka!... ¡Criiii!...

M...; y luego el trino.

Pero esta palabra no tiene los taumatúrgicos poderes de la otra; al menos con ella no se degüella un buey en la Feria de Sevilla, se gana una mujer o se pulveriza un Tawantinsuyu. La nuestra es casi angélica: Kaka, en la Runa-simi; Hama, del Aymara, se parece al soma sánscrito, y es casi seminal sustancia como ella.

Se trata de letras, o voces, vitales, atropelladoras, bochincheras; palabras con que en español se desflora el cerebro del pobre traicionado en los sagrarios de la lengua. ¿Cómo no serán política, economía, arte bélico, ciencia de las exactitudes y teologales aproximaciones, para el llokallo, si sustentivan el traposo miedo de sus harapos? Las seis primeras, clarinazo bermejo que espanta a los chiñis de la tiniebla; y

suenan a creación y albor, tanto que así se entera que se encrespa una mar khespiña, alborea el albor, y su inferioridad se rompe como la noche cuando el gallo lanza su estridor a las estrellas...

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Que Dios te pague, mataor!

—¡Sacó oreja el Orejón!

—¡Oreja! ¡Oreja! ¡Oreja!...

.....

—¿Y las otras seis, mataor?

—¿Las otras seis, sutuwailla?

De alánicos aduare vinieron aquéllas, éstas de la fabla de los ritos pasando por los cuneiformes. ¡Hama!... ¿Verdad que otra palabra? Algo más: es la gran palabrota; porque, si no el epílogo de la comedia humana, es el interludio de la carne. Habrá que devolverle una parte de su designio angélico, si en muchas viandas fineseculares (de una de ellas: "divino estiércol", dijo el divino Crisóstomo), entran otros estiércoles y filosofías sin que nadie haga más que rechuparse. ¿Pero, si las dices con la devoción de los pobres, no son la única esperanza de transubstanciación de tu humillada naturaleza? Nó en la bambolla de las grandes palabras, sí en estas entecas palabras de los pobres, grabó Dios sus leyes, diría, parafraseando al teólogo judío-luso-ibero-holandés. ¿Acaso el hombre será un estiércol, cuya más trascendental formación deviene ángel, esa quinta persona de las entidades celestiales, conforme al sabio? En todo caso, nó estiercol; el hombre es podre en estado de trascendencia.

El Cristo se ofreció por comida del hombre; y todo hombre grande se sabe comida para el diente de su prójimo. Qué visajes los del discípulo si el esenio en vez del pan y el vino le brindara con un ¡Come mi estiércol! Grosería tal sólo entre rucios de Talavera de la Reina. Porque sois duros de corazón os hablo en parábolas; mas en verdad os digo que de los cristales groseros será la gloria del diamante. Y eso lo que el taumaturgo nos brinda: excrescencias de su vida, su calvario y su podre. Y dadlo por hecho que si con ellas comulgáramos, y nó con la publicana hipocresía y el farisaico arrepentimiento, acaso el pecador no

volvería a nacer. La carne es buena, dijo ese humilde: la mala es tu boca; por ella te sale la soberbia y se te entra la corrupción. Que tu humildad sea antes humildad de la lengua; y te henchirán las riquezas de tu humildad.

La mayoría de estos plebeyismos son malas palabras hoy; fueron los unigénitos gritos que profería el hombre cuando sus órganos eran más del abuelo simio que de su vano descendiente. Y despreciar esos gritos, e infamarlos, será tan repugnante como el hijo ponderoso que desprecia a su medroso padre.

En las palabras humildes está el germen de ímpetus oscuros que tienden a librar al hombre de sus limitaciones y su miedo.

Pero, nó palabras ni gritas; eres acción. Tal sea tu lengua.

.....

Resollaba el fuelle de un pulmón que se nutría con bocanadas de oxígeno desintoxicándole de latines, tatacuras, khellkheres. Era su hijo. No ése que más acá y más allá del cielo duerme. El otro: el que vive de amanecer en su carne. Su hijo dormía seguro del perro fiel que a sus pies velaba: su corazón: cruz y petardo. De haber podido explotara alegremente. Su equidistancia estaba allí, sobre sus narices: su madre: su hijo. Magnéticos polos de su naturaleza. El hombre que no conoció madre se siente casi no parido; que tener madre, y saber que se la tiene, o se la tuvo, es certidumbre de ser. Y tener hijo, no sólo ya certidumbre de ser, sí de haber sido, y persistencia del sér. ¿Si la parábola era finita, quiénes, asidos al talabarte de su armadura ra, le daban la batalla? La parábola finita es parábola infinita.

Ya le gritaban.

H A Y L L I

A cambio del retrete de tus tráficos
estrangularnos querías en tu ripio,
negarnos pensabas tu sabrosa guanes...
Mientras no sangres de tus llagas,
ningún verbo encarnado te daremos.
¿Qué somos tuyo si no tu guerra?

¡Somos pulgas que pulgúan tu seso!
¿Es que ya acaso no te sientes?
Sin guerra tu madre nó tu madre.
Y sólo en la guerra, y cuando la
caracola embocas, tuyo tu hijo.
Mira: ha la guerra llegado a los
rincones neumáticos de tu sangre.
y en ella micos sarnosos te estropean.
¡Tienes que pelearnos, o partirte!

¿Las voces con que desafinó hostias y muerte, con que rompió
turbamultas, salían a pelearle desde los horacos de la ciénega? ¿Es que,
ciertamente, la sangre del hombre es su campo de batalla? Un olorcito
a watakay venía de las cocinas. Nó; no era su madre quien lo entregaba
a la jauría. Su madre, la de tiernos y durillos senos, la del ñuñu miskhi,
que fuera tibia almohada de su lágrima...

Otro había; otros que fregaban sus batanes.

—Estás en nos y nos haz puesto en tí. Nunca podrás echarnos;
cuídate, en cambio, que somos los kheche - kheches.

En la oscuridad, en su ojo bailaba jotas aragonesas; el otro molía
khaswas en pekhañas.

—Vienes ahora con ese **Vox clamatin in deserto**; y son tus viejas
excertas. ¿Acaso el verbo regalo de pusilánimes y resentidos? El verbo
es laurel para el pensador genuado. El verbo quiere amor, verde de
bledos, humedad de entraña. Su patria es el halsu. Tus laureles están ya
para reventar de pulgas y de epítetos.

H A Y L L I

Tú, el hombre del grito,
la cañahueca del chillido,
el faramalla de la mesnada...
Quieres bostezar en latín
mientras te hace viento la pereza.
¿Qué buscas zurziendo con tedio
el tedio de tus pollkos?

Álzate en fuerza y alegría;
que si tu dolor horrendo fue,
tu júbilo debe ser luminoso.
Aprende al padre en tí, padre;
del cojo pata de palo, aprende
en el palo de la pata y en el ojo.
No al razonar te vuelvas Teofrasto,
ni en santo te atente Timoteo.
Prefiere el pájaro del pajarero
y de los varones que verbo fueron
la reja del arado y la semilla.
Ca que por ser, y por saberse
sembradores de la simiente, nunca
diarreas del cuesco lamentaron.
¡Tienes que parirnos y parirte!

Mira: un virtuoso salvaje (y si además hermoso fue colige de que hermana decíales a tu madre), a khiños amasamó el espinal hispánico, ése que vírgenes cobrizas vio nunca que luego las hacía el uchate académico. Él nunca se doliera de la hazaña, y jamás se arrepintió de ella, pues sentía que la suya era sangre con verbos, y que verbo fue, y seguirá siendo verbo raíz, más allá de los latines y sus gamonales. Remeda por lo menos aqueso otro, el fijodalgo viejo, que tras sembrarse en medio continente, de su algidez se alzó en la sangre de cincuenta mozos garridos y guarnidos; y eran cincuenta luciferinos verbos que chisporroteaban en la humildad de su arrepentimiento.

De los lácteos de éste fueron los que plantaron lo español de nuestra sangre: de la tuya y de la nuestra. Como los jugos de los otros, los sunichus, de cuya sangre tomó la suya tu dulce madre, impidieron la entrega borreguil, y siguen atizando la lucha, la guerra grande, que nó ya en Caxamarcas ni Saksaiwamanes se decide, sí que en los infiernos de las arterias; de las nuetras: las tuyas y las mías. Que campo de batalla somos en que los caballeros apretan con hisopos y moharras y los indios blanden makhanas y hapapean como enfurecidos pumas. Y quieres rezar en latino. Ni en la tumba encontrarás ese latín; si el tuyo debe ser el camino del Haipuñi, en el surco, donde una fuerza india

labra en oro las flores de tu carne. Mas comprende que por eso se trate de que estés en tí, y en lucha contigo mismo. Nó: ellos los que están y se arremeten. ¿Quién vencerá? Quien venza, llegará día que una sangre esté demás en tu corazón. Entretanto, a la guerra; y a la sangre; y a la victoria. ¿La victoria será tuya si ambos combatientes quedan sin vida? ¿La vida que ellos se quitaren será la vida que te den? Tal vez entonces como el guerrero después de la batalla, quieras entibiar tus heridas; y sientas hambre. Pero, en toda guerra alguien pierde la guerra. Es preciso que te decidas; o te partas.

—¡El indio, el indio!

No pudo más. Profirió un grito, grito continental, de esos gritos que son montañas aventadas sobre charcas de moscas.

Su madre despertó.

—¡Guaguay! ¡Guagualay!...

El hurón del miedo rezaba al Diablo; pero allí sonó el són del pongo.

H A R A R U Ñ A

Hamphama Mariaha
diosa grasiapata phokhatatawa;
apu dioswa humanpiski,
warwinakan taypipan kollanatawa,
purakaman achupa Jesusa,
wawamastin kollaranakiwa.

¡Bendito sea el vientre de toda mujer! ¡Bendito el vientre de la mujer que nació parida! ¡Wawamasti kollaranakiwa!

H A Y L L I

Bendita seas, tú,
en la hostia del vientre,
Pacha-mama;
porque eres madre
de toda hostia.

Dos garras le sujetaban los omóplatos.

(¡Ciña! ¿Habéis oído, Marqués, qué ruín bestia profana el nombre de la madre del cielo?).

¿Quién? ¿El español o el indio levantarían la Wiphala de la victoria? ¿Quién era él? ¿Y era, o no era? La voz arrodillada, voz india; mas la jaculatoria no se arrodillaba con ella. Qué importa que la voz fuese india si el dolor era extranjero. Nó; el són es el dolor, y el dolor la palabra.

La claridad se filtraba.

Saltó. Salto fue el suyo del Klori-Puma en primavera. Y arrimándose a su hijo, que dormía, musitó su jaculatoria. Y ésta sí se arrodillaba en su lágrima.

H A Y L L I

¡Levántese del chullpar EL PEZ DE ORO!
Mientras dormía me clavarón su cruz.
En la cruz de sus ojos ya florece mi lágrima.
Se alzarán los chullpares el día de mi lágrima.
Su verbo ya sazón y se bruñe en mi lágrima.
Cenizas de su madre palpitan en mi lágrima.
Danza, alegre, y le bendice mi lágrima.
Que ascienda el Pez a la cruz de mi lágrima.
No tema que el barbudo le gruñe tras mi lágrima.
Sea entero; no se fraccione en mi lágrima.
Peñasco tierno de su cuerpo es mi lágrima.
Lupi-tata le incendiará en mi lágrima.
Khuno-tata, le hará carámbano en mi lágrima.
Le escoltarán khenayas en mi lágrima.
¡Ya del Khorí-Puma le bautizaron lágrimas!...

Dejaron el poblado a vuelo de kuntur y ya EL PEZ DE ORO pirueteaba en los trapecios de la pampa. De la cóncava inmensidad se alzaba el Alba: el Sol, en agitados tumbos de una mar convulsa; árboles y flores, cuanto reptaba o vuela, enraízase o camina, cuanto exhala vigor o

mana fuego, cuanto ama y se inflama, filtra dulces venenos. Los campos, lujuriosas isthallas de encendidas primaveras; pieles de puma, erizadas, los pajonales; sierpes de plata y sangre, ríos y arterias; cromos chisguetazos en la verdura, los caminos; el Titikaka, rubíes engastados en el estelar hervor del Khorí-Challwa; lágrima rectangular, el ojo alado del Khorí-Puma... Y todo: chukllas y chullperíos, huertos y recodos floridos, montañas híspidas, colinas verdecidas, oflama de la nube que escupe polvo de celajes, tumefacto pezón de la nube que lactan los relámpagos; todo, todo, camina, todo canta, gruñe, escupe, se refocila, yoga, en Ella, la madre vulvar y paridora.

Tal fuera la ascensión de Khorí-Puma, Khesti-Imilla y Khorí-Challwa.

Los altozanos vírgenes les fatigaron como vírgenes tawakus.

—¡Tatay! —gimió a poco el niño.

Sangraba. Y alzándole le aupó a su alma; que en la guagua cantaron las arboledas. He aquí, ya crecido, el canto del niño, cuyos ojos sólo entonces su mundo comprendió; descubrieron su mundo desde el alma rigurosa de la montaña.

—¡Piupiu-titit!

En el Sol, que flameaba, endurecíase y chillaba el viento de puñales buídos. Llegaron a la cumbre: Orkopata. Y dominaron una tierra que sus dones danzaba. Vieron al hombre moviéndose con la hormiga infatigable entre los surcos. Adoraron la nevera sagrada, deidad huraña, catedral del Achachila. Salieran hambrientos de verbo, y de sangre, y de postrimería, y de raíz; y era sólo hambre del hombre. Y vencida una cumbre tundiánla para levantar otra y humillar el confín. Dejándoles paso sumiso, como la verdura sumisa soporta el paso de la linfa, trajinaron la tierra y la tierra se les entregaba. Una que viste a w a y u de oro —si hembra es la tierra y el labrado hañachu— con doncellez de azahar les esperaba encendida: la acción.

Pero el día llegó que EL PEZ DE ORO volara de su alma, que el réuma y los dioses hukucharan en su corazón, y se supo el forastero de sí mismo.

—¿De dónde el forastero viene?

—¿De dónde? del hambre.

—¿Y adónde el forastero va?

—¡Al hambre!

Dueño del ahinco del diamante, EL PEZ DE ORO golpeó el suelo con su oro. Y ordenó:

—¡Akaru, tatalay!

Aquí, padre: aquí se hunde mi barretilla de oro.

Y ordenó:

—¡Tatay: akaru!

Porque el hombre que no ordena, no es Inka.

Allí se levantaría la torre; se danzarían las nupcias; se mecería la cuna; ovarían los chullpas. Allí el trabajador daría su lección. Allí, enterneciéndola con sus lágrimas, obligarían a la piedra a entonar sus Haruñas.

—¡Akaru, guagualay!...

Acá hablará tu piedra y silenciará la mía. Con la dócil cerviz del barro, sus manos se hicieron molde para adobar la tierra en la forma de molécula que le conviene. Las uñas tornáronse cortantes, pues con ellas habrían de trazar las líneas que ya hablan de la muerte del sueño de la muerte. La matriz de la tierra alumbró el líquido excelente. Abiertos los cantiles levantarían las pukaras...

Mas luego se miraron perplejos, ¿pues, quién, si no el Inka, conoce los secretos del cantil? Mas el cantil los revelara al Inka y el cantil les dijo que para levantar montañas, y torres, y chullpas, y pukaras, es preciso encontrar primero la raíz de EL PEZ DE ORO...

—¡Karrasjuska! ¡Ñerdas!

Eran sólo esquirlas de su trino.

PUEBLOS DE PIEDRA

Wirakocha hizo a los
hombres de piedra.
(Leyenda Inkaika)

¿Qué es el fuego?
principio de piedra
¿Qué es la piedra?
principio de beso.

La fina cúspide que besa imantaba el vientre de la noche.

Me dijo:

—¡Soy tu hijo!

Era la voz de la montaña; la voz de mi entraña era.

—¡Ñoka guaguay!

Mi hijo fue y es. Su perfil de aguja perforaba mis ojos; mis ojos reptaban humildes su perfil; mas su misma humildad les impedía comprenderle, que si bien mis ojos lamían sus aristas, uno como temor de violar su secreto hacíanle suspenderse. Nunca comprendería la pétrea sinfónica, aunque hube de convencerme que esto es innecesario si con estrujada entraña sentía que era ¡mío!, ¡mío!... Es mi hijo... Eres mía, fina cúspide de hielo que imanta mis estrellas. Si de mi piedra eres y con piedra te hice; y todo lo amo en tí y en hielo; y piedra me naciste; piedra me nacieron éstos, aquesos, los que no nacieron aún son también el són de tu beso.

—¿Y la nube; el aire?

—Son tu són.

Esa voz mascullaba la Runa Simi de los Inkas.

—¡Runa wayna!... Joven hombre; hombre nuevo.

Voz áspera, crudelísima voz, única voz capaz de mis honduras.

Vez, en gentil velero de caliza, el Antiguo vino hacia Él; y le dijo:

—¡Déjame pasar!

La barquichuela tenía forma de caramillo labrado en caliza que el lengüetazo de la ola puliera hasta el brillo del oro. El viento la impelía soplando en sus flautones y al hacerlo le arrancaba al són el són. Era la del Antiguo thusaphusiri, de cuyos acordes tenía preñado el mundo. En ella, de pie siempre, el Antiguo miraba la vida conmovido.

Le interrogó Él:

—¿Cúyo hijo eres?

¡Hum!... El Antiguo dijo:

—¡Hum!... Para que me sepas, te diré que no conozco padre; acaso no lo tenga... Soy el padre...

—Por lo menos te nombrarán: ¿cómo?

—No sé. Aunque soy el Antiguo me llaman Runawayna... Es que soy de hoy y desconozco todo lo que no soy. Cuanto sé es que hoy, ¡hoy es la batalla! ¿Me entiendes?

—No.

—Te hablé mal. Se intuye sólo lo que se es; pues tú, si bien te fijas, no sabes qué eres, pero sabes que eres. Todo aquel que de esta manera está hecho es hoy. He aquí que cuando te dices que mañana será otro día estás en error; porque el hoy no puede ser mañana. Eso es el Antiguo; hoy. El hoy, que es embeleso y beso.

—¡Hum!

—Dame asilo. El monstruo que me persigue para robar la barca, se dirá: "El Antiguo está en hielo; que se derrita. Le buscaré mañana". Pero yo no soy en mañana sino en hoy, como tú, beso.

La cúspide de hielo hizo brillar la aguja.

—Antiguo: no entiendo.

—Vuelvo a decirte: al Antiguo no se le entiende; se le vive. Si eres capaz de vivirme, ¿qué vale me entiendas o nó?

Y, luego:

—Es una mala pieza. Se le ha ocurrido que mi barca posee diabólico poder y por causa tal odora en melodías. En sus manos, espera fascinar los tiempos que vienen. Es un loco. Las melodías las produce el viento en mi barquichuela, pero sólo porque sopla hoy en sus flautas, y él es mañana siempre. Ya ves: es un tonto. Le dijeron: "El Antiguo tiene barquichuela maravillosa, que así como sopla el viento canta con arrobado són. Cómprasela; o quítasela". Infeliz: conmigo si no se puede, no se podrá. Así, cuando por mí y mi velero viene, y cree encontrarnos, darse cuenta que no ha llegado. He aquí por qué te pido darme asilo. Y cuando llegue, si llega, le dirás: "No le busques. Parece no entiendes que no eres. ¿Cómo quieres apropiarte de su barca? Tú

acaso seas mañana; él es hoy, o no es. Hoy le tengo en mis galerías, porque el Antiguo es lo único que está siempre en hoy".

—Antiguo: ¿oyes?

—Barrunto clamores. ¿Será él? Si no es, que sea; si puede. Enloquece por mi barca orquestal. ¡Tonto de capirote: Mi barca es mía y yo soy de mi barca! Cierta vez le grité: "¡Ven; he perdido las armas. Puedes someterme!". Y se disparó con tal ímpetu, a juzgar por el estruendo de sus cuernos y atambores, que, ciertamente, momento hubo que temí. Pero cuando llegó no llegó: ¡no llegará! Si se alza en mis dinteles torna a desaparecer. Te suplico: ¡ábrame campo! Que se rompa tu hielo y por él circule mi ansiedad ardiente.

—¿Es fría mi carne?

—Díjelo por decir: no te enfades. Nada más ardiente que tu beso. De beso es el alma. ¡Abreme campo: somos el perenne fuego que besa!

La fina cúspide de hielo dejó paso al velero orquestal, cerró tras él sus chinkhanas; mas el Antiguo alcanzó a bendecirla.

—¡Buena tu acción, latido de mi beso!

La montaña se abriera, nó como otrora bajo los ortos coléricos de Lupi, sino como los corazones a la bondad; pues dicen las consejas que las montañas son Chullpas que besan.

—¡Runawayna!... ¿Tiemblas? ¿Sufres? ¿Acaso deseas dormir? Mira: en tu corazón está el siempre.

Voz mansa de la bondad del fuerte.

Los glaciares las transportaron en bloques erráticos, cantos rodados, gravilla, arena, infusorios de fósiles marinos, marga, tierra vegetal, pudingas, tobas volcánicas. Las transportaron y las dejaron tornarse pórfidos, ryolitas, basaltos alabastros. Su mudez tiene la antigüedad del agua: habla el idioma que entiende el agua; no calla el idioma del viento; siente con el idioma del fuego... Vahos de infierno brotaban de su entraña y el fuego precipitó las emanaciones densas que cubrían la tierra. Y cuando en los alvéolos abismales se agitaron los mares, las piedras tomaron forma de hombre; sus agrietaciones y fastigias enterneciáanse con el dolor de los volcanes.

Y las montañas fueron pueblos.

—¡El Antiguo te dice: si eres hoy es que besas!

Pero, ¿cuándo, y quién, te engendró, oro? ¿Cúyo beso eres? Puedes adherirte a la ganga, y no eres ganga; revosarte en los aluviones, y no eres revosadero. Nunca te herirán, si eres el principio ávido. ¿Oro, no eres el que besa al oro?

H A Ñ A C H U

—¡Ay, Hiruchunta; bella como la muerte!

—Tú lo dices, Pekhañayok. Miramos que del Sol la arrulla el besuqueo. Es piedra y ya es agua; es agua y ya es fuego; es fuego y ya hiela... Pero, ¡ay, Pekhañayok!, en su entraña besa la piedra. ¡Espléndido peñón, el primero que besa la Paksi cuando sacúdese los perfumados chubascos de Setiembre...

—Fue la bienquerida del mayor allpakero, como Pekhañayok siervo de ambos. Mas Pekhañayok naciera montaña y el amo cascajo del camino.

—¿Eres tú, por ventura, Pekhañayok?

—¡Soy tata Blas! ¿Me has olvidado? El ayo a quien te confiaron al nacer. Mi semilla viene de tu casta: la piedra. Mas Pekhañayok amaba a Hiruchunta; y era a Pekhañayok a quien Hiruchunta amaba. Confieso que la induje a burlar a su miserable marido. Pero, tímida y hermosa, me decía: "¡Pekhañayok, mi hañachu!"; y ya me ahogaban sus dulces venenos. Otro día me lloró: "¡Siento que nuestros goces se agotan, Pekhañayok; y que pronto serán sólo tu recuerdo". De entonces se agrietó mi corazón. ¡Hiruchunta (dolíala en la oreja): "No me condenes al destierro, o acabaré con los hombres; y mi furor no se acabará". Cuántas lunas callé que supe no quedaba luna. Cuando Lupi-tata consintió, la amé, la amé en el primer charco de su sangre. Extraje su corazón, devoréle enloquecido, y en el mío metí su nombre. Oye al viento. Sólo besa uno: ¡Hiruchunta!... Pero él besa en mis lágrimas... Mil lunas hombre o mujer hubo capaces de restañarlas. Con qué nombre no me llamaron; pero sólo en el suyo estaba escrito el hombre: "Hañachu, mi Hañachu"... Era el Hañachu que masticó la amargura... El lindero del mundo lloriqueaba con mi fama.

—¡Es el demonio de la chinkhana! ¡Lo ha engendrado el Wawaku en la más retinta de las allpakas!...

Al fin, cansado, me detuve. El Khoo-khena tuvo piedad de los hombres; sentí que sus negros ojos petrificaban mi sangre y en oro convertían mis huesos. El viento me trae sus alientos y con el aroma se endulza la peñolería. ¿No ves acaso que mi furor vuela sin alas?

—¡Hoy eres sabio, como es sabia la savia de la Kuka, Pekhañayok!

—Te digo: ¿ese picacho ves que desnuda una arista al fondo del nevado? ¿Es Hiska-khollo, segundo en majestad. A su lado: mira, mira: su madre, vientre generoso que le parió bajo el signo de las Llama Ñawis. ¿Y alcanzas a aquél, semejante en hermosura? Atok-hankhoni; mozo atrevido para quien el hombre embotó la zarpa. ¡Grandiosa ulaka! No son los muertos.

LOS SAPOS

—¿La mujer, ésa, suspendida en el abismo, Pekhañayok?

—¿La infeliz a quien la brisa agita la cabellera? La Pankharita es, flor de los Khara-wayu, famosos Kholiris de rostro pálido, pico de huntur, bigotitos punzados en la ranura de la boca. Pankharita nó dueña de su pankhara; su pankhara propiedad de quien podía retenerla con poder osado. Pankhara lloraba al miskhi-tullu de Khillwiri, el hampatu-ahayu. "¿Qué tengo que hacer para que me quieras, Khillwiri?". Y el miski-tullu la decía: "Pankharay: ah, si el Oskho no fuese tu marido... Capaz no más me despanzurre como al Chichirranka... Con ese Oskho quién te va a querer, Pankharay". Y maldolida Pankhara se quejó a Hankokhollo. Mírale alzarse solitario y deslumbrante. "Estoy enferma, señor; mal enferma de amor. Dame el warmi-munachi para este mal que desangra mi alegría". Hanko-khollo la amonestó con palabra severa: "¿Warmi munachi? Cuando la mujer ama al hombre y nó a su hombre, debe subir al Sirpa, y desde la punta más alta tirarse al abismo". Pankhara subió a esa atrevida cumbre, anudó un pelo de su cabellera, mordiéndolo en los menudos dientes y fiel al mandamiento del Khara-wayu se lanzó a la profundidad. ¿No has oído que el eco tiembla en el Sirpa si repite sus tristes ayes? La pasión besa como la piedra. Hoy todos los enamorados sin esperanza vienen a dolerse con ella en ese hilo de agua, criadero de huesos dulces. Dicen que cuando se toma de sus agüitas al amanecer y se tiran guijarros al

Sirpa, le besan a uno Los Sapos Nengros en el corazón. Los Khara-wayus se perdieron huyendo del Wawaku; pero de la puerta del bosque les hicieron volver a la mitad del camino. No se entiende ahora lo que hablan; pero éstos los viejos Kharas que dominaban sobre el mundo. No dudes: serán nuevamente los amos. No le dan piedad al mal; y como sólo ellos conocen los secretos de la tierra, tienen la fuerza de sus hijos...

LA ZORRA TONTA

—¿Y, aquella mata de Hiru, Pekhañayok?

—La cola de la zorra; y el khollo en que se la ve el Atok clavado de hocico a causa de saber más de lo que sabía. Esta, que voy a referirte, es historia de los Walhatas, ayllu donde en buena república viven las hermosas m a m a k u n a s del Titikaka.

—¿Y el pajarraco, mudo, que se ve, allá, en la watha, Pekhañayok?

—Ah, el sabio... Y bien sabio que es, pues nada sabe, y lo sabe; y por esto es que sabe mucho.

—¿Tiene historia?

—¿Historia? Historias... Así los sabios: pura historia. Ya te las contaré. Veamos qué hace la vieja zorrina... Sudaba de envidia por los blancos polluelos de su comadre Walhata; que, poquitín tontuela, no te digo, si bien bondadosa y de recios tendones. "¿Cómo conseguiré (la importunaba), comadre Walhata, para que mis hijitos se hagan blancos como los tuyos? Perdona si me come la envidia: ¡son tan hermosos!". Pero la vieja Atok-warmi, más que del albo plumón de los pollitos de su comadre estaba enamorada de su carne tierna; y perseguía comérselos así la tendonuda los perdiera de vista. Walhata tardó en comprender las intenciones de la taimada. Y como tiene cabeza tan pequeña como son gruesas sus patas —y es de las patas de que está enamorado su marido, según ha descubierto el Tatakora— y no encontraba forma de castigarla, se dijo que habría de cavilar con los tendones. Y así fue que, cavilando, cavilando, la dijo: "Comadre Atok-warmi: cuando mis huevos están a punto de romperse, y ya mis chiquitos picotean dentro, llamándome para que les ayude a salir, traigo a su buen padrecito y cargamos con ellos a un horno muy caliente, los

metemos, y a poco las cáscaras revientan, salen agitando las alitas, pían y se vienen para que los abrigue. Los beso, y después, al lago, comadrita, al baño. He ahí lo que tienes que hacer". Se relamió la zorra, si ya la sofocaba olorcito a klankachu de chiuchi; mas tuvo la prudencia de hacer comentario. Pensó: "¡Esta mi comadre si no será tonta!... ¿Hasta qué punto serán las cosas como dice?.. Probaré: nada pierdo".

Un día cargó con los zorritos de su parida, metiéndolos al horno, donde reventaron primero y se carbonizaron luego. ¿Qué lloró la pobre Atok warmi? Al fin mujer, hijo mío. Pero, lloraba a tiempo que revolcaba los ojos, si del horno se dispersó luego olorcito a khakhachu capaz de acabar con el juicio de los santos. Entre gimoteos decía la pobre: "Yo te daré el castigo que mereces, comadre Walhata, y para destrozarte los huesos llegaré al totoral donde te ocultas, aunque para esto tenga que secar las aguas del Titikaka". Y elake, lo que vale la sabiduría de los zorros. Comenzó a tragar el agua de tu laguna, segura de que así habría de secarla y llegar al nido de su comadre. Sorbe que te sorbe, reventó; con la violencia del estallido voló su cuerpo y fue a caer de hocico, como la ves. La mata de hiru testimonio es de su voracidad y necia condición.

—¡Qué zorra tonta!

—Eh... No de otra laya los zorros entre los hombres.

WIRAKHOCHA Y SU DILUVIO

—Waksallu, zorro también; pero ya de la familia de los sabios zorros. Ya ves, tan sabio, que le metieron en piedra. Te referiré sus historias, sus grandes historias. Eso sí, no hay otras más hermosas en el Titikaka. Y se remontan a los tiempos en que, envuelto en las tinieblas, el mundo se daba de cabezadas con las masas negras de las nebulosas. Desde esas tinieblas habló el Dios Wirakhocha a sus hijos para inducirlos al orden y la justicia. "Pronto voy haceros un regalo muy grande, hijos míos (les dijo, tronando en la oscuridad): voy a abrir el cielo para que llegue hasta vosotros el resplandor de Lupi-tata, el padre centellante, y os muestre la hermosura de este mundo que he creado para vosotros. ¡Oídme, todos! Cuando se abra el cielo y veais encenderse una luz y se os aparezcan las montañas, los ríos, árboles,

lagunas, florestas, en la tierra, y estrellas en el cielo, sabed que no tardaré. Venidme a esperar a la orilla del Titikaka. Mas nó solos; sí con vuestras esposas y vuestros hijos, todos, sin que falte nadie. No quiero veros solos más. Y que sepan, el macho, que es macho; la hembra, que es hembra. Se comporten como macho y hembra. No me faltéis; que aquel que me faltare sufrirá mi cólera".

En las tinieblas calló la voz soberana. Los habitantes del Titikaka la habían oído; y nadie se rebeló a la divina ordenanza. Pasaba la última oscuridad, y comenzó a verse en el cielo chisporroteo muy tenue al comienzo hacerse vivo. Y allí el cielo se rasgó, brillaron las estrellas en la noche y en las mañanas Lupi aparecía esplendoroso. Las aguas del Titikaka se penetraban de esa luz y los Challwas sintieron que se filtraban para ellos los dones del calor. Challwas y Soknas se conocieron y por primera vez se miraron unas y otras. De las brilladoras escamas se admiraban las aves y los peces de los tornasoles del plumaje. Sobre el haz del planeta se batieron brisas humedecidas; los campos se esponjaron con la verdura; trinaban los pajarillos en las arboledas; los cuadrúpedos triscaban en los bañados. Sólo que su voz volviese a oírse esperaban y al fin pudiesen conocerle. Pero, lejos de eso, tornó a oscurecerse el cielo y se llenó de negras y pesadas nubes.

—Ahora le oiremos —se decían.

Y retumbó el trueno en las montañas, en los bombos líquidos del Titikaka; el rayo descargó su fuego que incendia y mata; y tras truenos, rayos y huracanes, el mundo se llenó de horror y de agua.

—¡Wirakocha está enojado y nos castiga injustamente! —lloraban y temblaban.

Wirakocha no estaba enojado. Pero abrió el vientre de sus Khenayas y allí se volcaron cataratas. Había comenzado el primer Diluvio Universal. Vendría tras él otro mayor; mas entonces flagelaría al hombre. Y es que Wirakocha quería lavar la tierra y lavar la piedra, pues traía en mente hacer a sus pueblos nó de barro, como otros dioses, sino de piedra. Y mandó que las aguas lo hicieran; y las aguas lavaron la tierra por tantos días que ya los pobres titikakas no esperaban vivir.

Cuando mayor era la oscuridad, los rayos estallaban haciéndola más siniestra, y en el cielo, incontenible torrente, volvió, como un trueno, a oírse su voz:

—¡Ahora, voy!... ¡Ahora voy!...

El cielo amarró sus llokllas y Wirakocha apareció en la oscuridad como la verdadera luz de la vida. En la mano diestra portaba cetro de oro, de la wincha, de hilos áureos, colgaban dos coágulos de la Khitula. Ciertamente, más que la de Lupi era grande la hermosura de Wirakocha. Con todos los vientos de la tierra para ver y oír a su único creador llegaban bandadas de aves, no sólo ya del Titikaka, sí de lagos y lagunillas del mundo. Y él estaba allí en medio a resplandor que conmovía a la vida.

Frente al Puma de piedra que insume el belfo —el Puma-kota— en la playa del Titikaka, pipiaban su alegría los plumizos tiutikus, los blancos y traposos Khankhatas, los amarillos Oslas, los Phanas de alas tornasol, el Chenko nigérrimo de alitas orificadas, el rosa Parewana, de largas patas, cuello serpentino y pico de acero fofo, los negros Mihis de picos hipodérmicos, el Lekhe-lekhe de trompilla de celador, los fluidos Kheñulas de alitas sin pluma, los Shokhas de betún como su genio, los Thikhis, de berbellonada cresta... En fin, todos. En las oheranis del Titikaka aparecían y se hurtaban, Mauris, Humantos, Khesti-challwas, Ispis, Khono-challwas; hasta la culebra de fuego: el Tata Huturi.

Ante esa inmensa multitud, dijo el Creador:

—Estoy alegre, pues todos los hijos que entregué al cuidado de mi Lago y lagunas, que los protegen, son dignos de su padre, que no está en el Cielo, sino con ellos, confundido en su corazón y en el agua, el hielo y la piedra. Espero que nadie haya faltado... Hasta ahora habéis comprendido mal mis leyes, y como crecisteis en las tinieblas llegabais a confundir el macho con la hembra y la hembra con el macho, hasta el punto de que nadie sabía si macho o hembra. Yo puse en el corazón del macho el gusto con que descubriría a la hembra; y en el de la hembra el de aprender las reglas con que debe querer a sus hijuelos, imitando a su marido, pues en él deposité el destino de protegerlos. Hoy terminará para siempre todo desorden. No voy a imponeros leyes que no podáis cumplir; que no sería sabio si lo pretendiese. Las leyes de Wirakocha son fáciles, porque están hechas al tamaño de sus hijos.

No quiero que os turbeis con ellas, sí que en ellas os apoyeis, y nó que mis leyes busquen apoyarse en vosotros para haceros buenos, como las de ese dios enojado de los orebitas. ¡Oidme, hijos míos!...

Os mando que el macho ande sólo con su hembra; que el hijo obedezca a su padre hasta tanto pueda mandarse a sí mismo; que nadie coma lo que otro está comiendo; que a mi bienamado hijo Kheñula no me lo desprecien ni maltraten los que alas poderosas tienen; que aprendais del Osle que no solamente cría a sus pollitos sino que los educa para que sean buenos osles; que no imiteis a ese pekharo del Thokhe, que anda hurtando al marido de la Phana para ensuciar el nido de sus guaguas, y si los vecinos le sorprenden, se hace ladrón de huevos, cuando es peligroso ladrón de honras; que mireis al cielo, como el Chenkho, calculando la altura a que llegarán las aguas en la estación lluviosa, a fin de que hagais vuestros nidos a buena altura; que si insensato es hacer la casa en las nubes, no es menos hacerla tan bajo que luego las lluvias la aneguen y os echen a mendigar a otros nidos; que aprendais del Parewana, que nunca come solo; pues el alimento es más agradable y provechoso cuando, pudiendo, se lo parte con el hermano, el amigo o el prójimo; que no ameis como el Shokha, que cuando ama alborota los totorales como si sostuviese una camorra; que tampoco seais decidiosos como el Khankhata, que se limita a poner dos huevos, si así correis riesgo de aniquilar vuestro linaje...

Retened ahora mis dos principales mandamientos. Y es el primero, que para formar vuestro hogar busqueis gentes de vuestra especie y nó de vuestra familia. Y el segundo, que permanezcais juntos marido y marida; voleis juntos, os alimenteis juntos, trabajéis juntos; que sólo estando juntos siempre acabareis formando un solo sér y vuestros hijos se harán fuertes y sanos al calor de vuestra unidad. Y ojalá la muerte os sorprenda juntos; que esta maldición de que los dioses no podemos redimirnos quebranta sólo a los hogares desgarnecidos. ¡Y dadle a Wirakocha el único premio que os pide por el inmenso cariño que os cultiva: reproducíos sin límite! Ojalá que de cada uno de mis hijos me nazcan miles de nietos, que ellos forman la riqueza de mi corazón...

Cuando Wirakocha estuvo a punto de marcharse, sombra solitaria se dibujó en lontananza.

—¡Wakak! ¡Wakak!...

Pero, a tiempo que estruendo de alas se levantó en las parvadas, estallaron en el lago resplandores de oro y se vio que se alzaban las olas en aguja que ya rompía el vientre del agua. Y es que hacia el lado del Khota-ayllu había rugido el Khori-Puma, la tierra se enterneció, temblorosa, era el Lago copel de llamaradas; y Wirakhocha, que bien lo comprendió todo, sintió que el corazón le reventaba, dirigió el cetro al lugar del prodigio, y tronó con grande voz:

—¡Khori-Challwa, rompe el agua y vuela!

La fina cúspide que imanta las estrellas se alzó en encendido venablo, estalló, cayendo en lluvia de luceros. Y ya EL PEZ DE ORO fulgía entre el cielo y la tierra. El Dios gimoteó conmovido y se movió con sus resplandores hasta ponerse casi a la altura del oro divino. El Suchi del Titikaka miraba al mundo con los diamantes de sus ojos y el mundo se besaba en ellos. Bramaba, bramaba el Khori-Puma mientras Wirakhocha cantaba... cantaba...

H A Y L L I DE EL PEZ DE ORO

¡Khori-Challwa!... ¡Khori-Challwa!...
¡Rompe ya los trinos y emboca la trompeta!
¿No tiene el mundo pulso
para que alumbres sus caminos,
y aunque turbarse deba,
sentir que resplandecen tus oros en la sangre
y que la tuya ablanda el duro pan del hombre?
¡Khori-Challwa; aventarás la muerte del sepulcro;
que sólo a espera del resplandor que nutre,
la vida estalla con tu amorosa Primavera!
Haz que los hombres sepan, Khori-Challwa,
que se va Wirakocha;
y que en mis pueblos se oiga
el estertor divino.
¡Ha fulgido tu llauto, Khori-Challwa!
Hice mi rol de germen y en el germen,
mostrando del agua la bondad,

la bondad de la piedra,
la bondad fértil de la nube,
la bondad de los pastos,
del Sol que trae su calor bueno...
Mas no pude a la vida negarle mi gusano,
y aunque de piedra bondadosa,
mortal la hice,
como somos mortales los dioses inmortales.

¡Khorí-Challwa! ¡Khorí-Challwa!
En ti no se cansará la vida, Khorí-Challwa.
Te vi en las marejadas estelares,
en los hervores de la tierra,
en la fiebre, que es tensión del tímpano,
en la soberbia del harapo,
en la humildad de harapo del soberbio.
Cristales tuyos refulgen en el Alba;
y si tu fulgor da ojo al ciego,
cegará tu fuego al ojo cruel...

¡Sólo Wirakocha sabe, Khorí-Challwa,
de cuál centella destella tu palabra,
de cuyos pechos viene tu latido,
y qué distancias naufragan en tu luz!
Haces temblar los huesos de los dioses,
pues eres Tú el temblor de la vida.
¡Khorí-Challwa!... ¡Khorí-Challwa!...
Muere en tus nidos el último inmortal;
pero ya los que por la inmortalidad
de los dioses fueron los mortales,
tendrán en Tí la plenitud...
¡Ansiedad de tu aroma sacude mi granito,
sacude la rugiente materia de los mares,
sacude al átomo dormido;
y porque vienes en nombre de la Vida
el Universo se besa en tu aleluya!

¡Khor-Challwa!... ¡Khor-Challwa!...
Cuando se crispe en oros el aire de los hombres,
ya el hombre cargará en la sangre tu aleluya...

Y EL PEZ DE ORO fungióse en el granito.

Siguió el silencio que habita en la carroña y en el Sol.

El ave retrasada era el Waksallu. Plegó los traposos remos, alargó las patas, y con tres saltitos, que eran tres notas de pinkollo, aterrizó.

—¡Wakak! ¡Wakak!...

Wirakocha tremulaba, y aún el resplandor de EL PEZ DE ORO le bañaba los ojos, cuando creyó bueno indignarse.

Dirigiéndose al sabio, dijo:

—¿Quién te dio tan insana soberbia, tanta rebeldía, que te hace el único delincuente? Falta ninguno de mis hijos. ¿O es que ya sabes que Wirakocha se muere? La fuerza debe ser humilde y la sabiduría dulce. Mira que el oro es presto y su resplandor alígero; pero sólo es dable al oro. En ti debe pesar algo, que nó, tu gentil airón. ¿Qué es? Dilo.

—¡Wakak! ¡Wakak!

—¡Wakak!... Sabio indigno, antes sé animal; después sabio, si quieres, que podrás. Mas no te dejaré sin ley que te gobierne, supuesto no eres de los que son su ley. Adelante serás el único pájaro del Titikaka que permanezca solo, y a quien nadie como amigo bese, a quien todos respeten con temor, y si le abren las ventanas de la admiración, le cierran las puertas del afecto. Vives como un dios, sin poder morir como los dioses; y de tu vida digamos nada, si vida es la tuya. ¡Obedéceme!... Buscarás a la hembra sólo cuando en la sangre te pidan que la busques; y luego volverás a encarcelarte en ti. Esto nó en cuanto a tu problema, sino en lo que mira a tu linaje; pues para ti, insigne maestro, se ha hecho la piedra de los dioses...

Y en ese momento la piedra tomó la forma de la sabiduría. ¿Ya comprendes por qué el Waksallu es el único pajarraco del Titikaka a quien mujer alguna besa y acompaña? Los mudos Chenkos le huyen. El "viudo" le llaman los balseros; pero nó el viudo de su hembra; sí el

viudo de la hembra. Todo se reduce a que sabios como éste cargan la sabiduría en la cabeza; y como toda sabiduría de la cabeza, huyen de la mujer.

.....

H A R A R U Ñ A

¿Quién, los del árbol pies ligeros
sorprendió, cuando en la corriente
del riachuelo mira su ramaje,
esclavizada la raíz a la ribera?

¡El beso!
¿Los impacientes pies del agobiado
pueblo, quién sujetos a las cadenas
vio del amo rudo y sanguinario?

¡Pekhañayok!

¿Quién del hambre el gesto;
quién, que más calla cuando
más devora y se devora?

¡El beso!
¿Quién vió que el hombre
es hechura del miedo
y del miedo su tábano?

¡El hielo!
El fuego te pide que le mires,
que le oigas te pide cuando besa.
Si la raíz es del trino que anda;
si anda en tí es que en tí besa.

¡Busca su huella en el beso de tu alma!

* * *

Hoy, Pekhañayok, me ha abrazado mi hijo. Hoy, en, y a través, de los cinco dedos de la mano, he visto de EL PEZ DE ORO las conchitas brillar de moluscos fosilizados. Hoy, Pekhañayok, me ha abrazado su rubor. Hoy mi guagua me ha rondado con gigantes de piedra; me ha waltheado con sus montañas y su viento; hoy sus saetas han herido el lagar de la ubre; hoy, en la fría podre, me ha incendiado su beso...

No encuentro manera de hablarte. ¿Tan sólo milenios galopan en tu lomo? Tu antigüedad es mayor. ¿Es que tus ojos no fosforescen con pasiones recientes? ¿Eres carne de los sacrificios milenarios? Hosco, y ya jovial, chiara y ya hankho, tu curtido pellejo de reno, de gigante de la caverna, tiene sabor a alborada, a menstruio, a calambre cerúleo, a seminales océanos. ¿Dónde, y en qué, ocultas tu sílex? ¿Dónde la obsidiana en que tallaste los ojos de la muerte? Acércate al Sagrario. Ven: llorarás mis letanías... Del huso no hemos salido y del telar primitivo nos zafamos; y sin embargo son misteriosos amuletos para ti...

—¡Achikiw!... Si serás cuesco...

A ésta de la montaña orgánica, de la pampa gredosa, del lago dulce, de la maraña con Anchanchos, a ésta de la tierra con bombos, del cielo con tamboriles, de la nube flautista, de la estrella que charanguea, qué distintas no fueron las cosas en Europa. Allá emperifollaron su barbarie, y nosotros amputamos al bárbaro del perifollo. Europa ha elaborado el tiempo; impuso carta de ciudadanía a los dioses; y los dioses al conquistar Europa han conquistado el imperativo categórico, celular para ellos como la energía del reposo; y ya nada tienen qué hacer, pues todo lo hace su Vicario: la máquina. En cambio entre nosotros los dioses son los vicarios de la máquina, y la máquina no funciona. Esto lo que crucifica el mundo: ¡América!...

Bueno, pero, antes dime, descomunal endriago: ¿en dónde, en qué mi rincón te velabas que así súbitamente te presentas?

—¡Qué atolondrado!... Soy tu hijo...

—¿Mi hijo?... ¿Y con millones de años en el lomo?...

—Entiende que no puedo hacerme entender. ¿Es que no hablamos idiomas distintos?

—¿Detrás de la pampa? ¿En la cocina del Cuartel, tal vez? ¿En el billete bancario? En fin, en parte tenías que andar metido. ¿En la sombra de mis pestañas? ¿En la divina copa, quizá?

—¡Que eres zopenco!... Te digo que estuve en tu hijo...

—Mi hijo no es hotel de turistas; y si consideras tu antigüedad, tampoco te podías contener en El.

—Sin embargo...

—No tienes noción del tiempo; y a punto estoy de pensar que eres hijo del tiempo. El mío, relámpago; tú la tormenta inacabable.

—Soy el inacabable relámpago de tu hijo.

—¡Él, el Wayna Runa!

—¿Por qué me regañas? ¿Habría podido respirar en los pulmones de un anciano? Su juventud me permite habitar en El. Supón que fuera en tí que me alojara: ¿de qué habrías de nutrirme? Tu banquete es de postres... Óyeme con calma; que tus problemitas marean. ¿Soy el viejo y nó Él? Me llamas prístino, jovial; porque fui de los paridos acaso el primero, y antes que yo fui yo, y ahora, y luego, yo. ¿Entiendes? En cambio le haz traído en noche cargada de partos. Convéncete: el único niño entre ustedes soy yo.

.....

—¡Bah!... Deja esas monsergas. Es mejor sigas con tu Carreño, y esa Historia Sagrada, que por lo menos allí veo puntas de sílex.

—Decía que a eso se llama Chicago: otra maravilla del salvajismo estrangulado. El arte de matar peones, algo como degollar raposas, puercos, en fin, alimañas. ¡Matar la vida para ganar elecciones! ¿Entiendes?

—¿Matan los vivos para que vivan los muertos? ¿A eso llamas elecciones?

—No, tontote. Aquí no hay quien viva a un muerto ni para ganar elecciones. Les falta tendones con otros dones. Se viven ellos porque la bienaventuranza lo permite. Es cosa de aplastar hormigas: nada más.

—Voy viendo: tus sabios sí que son brutos.

—Mira menos y ve más. ¡Se trata de matar lo que contigo tiene alguna relación!

—¿Conmigo? ¿Y por qué? Ningún daño les hice. No esperes que me ponga a balar como un corderillo. Si es contra mí que se alzan, todavía puedo aplastarlos... ¡No soy el Diablo!...

—Eres algo peor: el hombre sin diablo.

—¡Ah, ésa es la causa!... Pues, se comporten; que se me puede subir la pimienta y entonces sabrán lo que hay en la tokpina para la mala pulpa. Que lo sepan...

.....

¡Me salvas! Cuando en sus caudales tu voz oigo, resucito. Hoy que he visto surgir tu simple cuadratura de mono comprendo que estoy frente a mis cosas, y que mis cosas se paran frente a mí. ¡Todo lo haz hecho, tú, salvador del mundo! Con posterioridad a tu hacha, nada pudo el hombre. Se redujo a aguzarla, decorarla, edulcorarla, hacerla cruel y santa. Al filo sabio que le diste le han sacado teología y perversidad. El sagrado ingenio que entrevió en las tinieblas, torniquetes, poleas, resistencias eléctricas, sistemas de lubricación, y los sacó de la máquina animal para trocarlos animales funcionales, se ha dormido contigo; y si alguno quedara es por que les comunicas la chispa con que iluminabas la maraña del bosque y el espasmo húmedo de la caverna. Me pregunto: ¿qué delitos fueron los tuyos para que te condenaran a vivir oculto, en el cruce de los caminos? Todo cuanto sirve es tuyo. ¡Tú inventaste el hacha! ¿Y qué han hecho de tu bienamada? Con ella han conquistado el cielo y la blenorragia... Y, pese a ello, ¡vives!...

.....

—¡Ma ratito, tatay!... Me dejas entender que algo se detuvo después de mis creaciones. No sé cómo pudo ser. Lo que se ha detenido no se movió nunca. Cosas hice; cosas hago. Haciendo me hice; y si algo hago, ese algo hace; aunque éstos crean que son ellos. ¿Me entiendes? Cuestión de mantener lubricada la lubricidad. No más.

—El lúbrico es un enfermo.

—¡Qué herejía! Cuanto más lúbrico más animal, y es a fuerza de lúbricos que seremos animales. El día que realmente estemos en animal seremos los dioses. ¿Un hijo se hace con sabiduría? No. En animal es que inventé el hacha. Indudablemente yo no era un buen animal; cualquier otro fue mejor; si al verme atacado por las grandes fieras tenía más que huirlas despavorido. El infeliz allí era yo. Pues resolví hacerme tan buen animal como los buenos animales; y así como descubrí que comiendo o haciendo hijos me asemejaba a todos, comprendí también que para evitar siguieran considerándome potaje no poco fácil, tenía que hacerme fuerte como los fuertes. Ese terrible equino terciario, que era el mismo diablo, con su trompilla contráctil, me enseñé dos cosas: que la fuerza de su casco era tremenda y que se debía correr como el viento... ¡Fuerza y violencia! He aquí las armas de que debía hacerme. Puse el casco de la bestia en mis manos y le llamé hacha: estornudo de piedra. Ese el rugido del hombre. Pero con ella podía derribar a un congénere mío, mas a la bestia gigantesca nó. Ponerle fuerza, fuerza inmensa: he ahí el problema. Lancé el hacha con toda la violencia de mi brazo y el hacha al volar me gritó ¡vuelo!... Ah... ¿vuelo? ¿De manera que el hacha podía desarrollar la fuerza veloz del equino terciario? Pues bien; díme maña para hondearla y un día rugió como el viento: ¡qué hermosura! Cayó en la nuca de la bestia, la hizo respingar, mientras sacudía las orejas asombrada: ¡Fuerza! ¡Más fuerza! Y yo sentía que esa fuerza estaba en mí y que todo había de reducirse a imprimirla en el hacha. Para qué te refiero más. Después de no poco tiempo logré mi objeto. Abrevié el volumen del hacha, la hice aguda, acopléla a una vara. Y... ¡oh, el gran día! Salió de mis manos y se incrustó en el corazón del monstruo. Les había vencido con su fuerza, y allí supe que era tan buen animal como ellos. Creo que entonces me llamé a mí mismo: ¡homo! Bueno homo o mono. Lo cierto es que andando el tiempo me dieron otro que me resulta más propio. Me llaman: ¡Kosko!...

—¡Quién más grande que tú, creador del hombre!

.....

—¡Y tú inventaste a los elegantes! El ocio es la obra maestra de tu genio.

—¡Bárbaro! Hasta allí no llegaron mis habilidades. El ocio es de arriba, puesto que sólo los de arriba usan estómago y colmillos en vestirse ellos y desvestir a las vírgenes.

—No hagas el modesto: lo sacaste de tus entretelas.

—¡Cómo!... Si no le concibo y menos le conozco. ¿Ocio? Debe tener algo de Dios: Soy, donde me veas, el que hace. ¿Se parecen: ocio, hace? Lo que el ocio quiere de la vida es que no viva. Yo lo hice todo porque nunca pude sino vivir.

—Hoy te correspondería el Premio Nobel.

—Premio... ¿Qué es eso?

—Fuiste el autor más fecundo y más útil.

—Dí que soy Moscú; y calla.

—Dios Santo: no te oiga Dios. Destruirá Moscú; si es tu solio.

—Mientras respire, no lo destruirá. Pierde cuidado... ¡A mí con diocesillos! Y buenas ganas que les tuve siempre; pero no asoman las orejas por mis caminos.

—Eres el mejor ángel y el mejor reno. Todo lo haz hecho a pulso. ¿Te admira acaso la tierra perforada debajo de los mares, las imágenes transmitidas a distancia, el hombre ardiendo desde el átomo?

—Todo me admira hasta tanto lo hago mío.

—¿Es que eres el Mago de Melo Park?

—¿Quién, entonces, bobo?

—Y el hombre vive de negarte... En los momentos oscuros de tristeza, cuando te invade el desaliento, debes sentir que el hombre no ha sido justo contigo.

—¿De qué sensojumentismo hablas? Justicia... ¡Soy dolor! Soy el dolor que se alimenta de la hiel que tu hijo suministra en su beso... ¡Pobre padre! Créeme: me inspiras simpatía, no sé si hecha de conmiseración. Eres vago. Vives en perpétuo nublado. A veces no te creo animal. ¿Eres la neblina? En tí las cosas se hacen imprecisas. Lo comprendo: vives en la cabeza.

.....

—Hace momento me preguntabas cómo así resulté en tu casa. No lo sé; y eso que he tratado de averiguarlo como tú, con la cabeza. Me sale nada. Creo que allí está la causa de tus males; por eso eres triste. Si

yo viviera con la cabeza, y con la cabeza pensara, me creería un animal detenido. Yo pienso con la rodilla, con el tendón, el codo, la oreja, el hígado. Cada parte de mi cuerpo posee la facultad de pensar, discernir, crear. Y si mucho me hurgas, te diré que pienso con los árboles, los ríos, las nubes, los piojos, el rayo... Cómo pudiera hacerme escritor... Verías lo que es escribir con los huesos, la nariz, el mentón, los compagñones, como dicen los franceses; con el cuerpo íntegro. Esos poetillos narcisos que se miran la frente seguros de que tras ella hace brujeríos un Merlin milagrero, me provocan risa. El hombre para ser tal viva sabiendo que ninguno de sus pensamientos o acciones, a no ser los hijos purulentos, son creatura del cerebro, sino veces del riñón, otros de los sartorios, del pubis, del plexo solar, las más del diafragma. Bueno: de cualquier parte, menos nó del cerebro. No miran en el ejemplo de la mujer que jamás usa la cabeza para pensar, y mientras no es cofrade de Sapho, piensa constantemente con la entraña; lo que resulta noble y recto, si esa entraña vale por mil cerebros... No te digo más...

De pronto me vi entre ustedes. ¿Te acuerdas? Lancé aquel tremendo rugido, que hubo quién no se espantara. Pudo aplastarlos y temblé. No había pensado debidamente. Pero como en ese momento porfiaba por nacer tu hijo, pensé con los huesos y tuve sed de sangre. Por ocultarme de ustedes, me oculté en Él. Comprende por qué momentos me creo hijo tuyo y miro al chico como al intruso. Mas, al último, fíame ya, llegué a estimarlo y Él —no lo niego— me adoraba. Si habríamos sido felices. Jugábamos entre las flores; nos desgañitábamos por las mariposas y cómo nos divertían los ojos de los sapitos... Le induje a cultivar el poder creador de su cuerpo todo. En Él fui profesor de lujuria y nunca le permití ponerse triste.

—Y toda la tristeza nos vino por tu causa.

—Otra bobería de tu cerebro. ¿Cómo puedes concebir que suministre tristeza, si soy dolor puro, santa lujuria? Tonto: sólo los payasos son tristes.

—Y ahora te empeñas en marcharte.

—¡La vida sin Él no es vida! En qué nefasta hora se te ocurrió...

.....

PIRUE'TAS DEL CHULLPA-TULLU

...¿De qué semillar sacaste a esa tierna loba que alimentas en el subterráneo? Compréndeme al fin: ésa la causa de tus desventuras. ¡Cuánto hice por evitar que la viera! Di: ¿quién es? Aunque la gusto jacinta, no alcanzo a comprenderla. Veces, espina erizada; otras, amarguras que suspiran; ya saliva seca, que te dice: ¡para tu sed! Cuando la vimos no pude soportar la náusea. Y allí su victoria, si la vió tu chico y tardó en enloquecer. "¡Mira, la tierna frágil: es el amor, es el amor!"... "¡El amor que besa son yo, briboncito!", le amonestaba. Pero, loba era el amor. Fue entonces que la pútrida loba me sorprendió tras sus ojos, y al punto se hizo lilial, lilial... Dime: ¿soy hermoso? No; no me lo creeré; si me siento. En cambio, el chiquillo... Tú, mal vestido andrajoso, engendraste la hermosura... Pero ya perseguía en sus ojos la línea del orangután. "Príncipe mío (le arrullaba): seré la madre de tus hijos muertos". Y pronto sintió el muchacho que nó a El a quien se dirigía. Comenzó a acabar todo. ¡Ingrato! Un día me echó. Voy por EL...

—¡Ah, su risa no volverá a alegrar mi sepulcro! Transparente como el agua y como el viento viva; pura, primaveral, prístina, aroma del aroma...

(—Por piedad, tatay: no vuelvas con mis letanías).

—¿Te besa? Estás loco. Ábreme campo: voy por Él.

.....

Como si gateara masticaba palabras para tropezar en una sílaba. Presto a romperse, su fornido cuello vientre de madre en parto. Llegué a pensar que no respiraba; pero oídos sobre el lomo resollaban los pulmones como el viento en la chikhana. Si algo le disgustaba ya era rumiante; trituraba la baba con molar de megaterio, temblaban babillas en la comisura de la jeta, y ya estaba plácido. Era el viejo orangután salido del bulbo genealógico. Genial siempre; su curiosidad maravillosa. Y si nada podía no admirarle, todo le arrastraba con el viento hacia la infancia. No hubo en mi chuklla allko más retozón, ni flor hubo que perfumara más. He aquí que aunque no cesaba de sostener que El lo había echado, sus vientos fuertes rompieron el coral de mi

naranja de oro. Le lloraba, sí; pero en silencio, sin gemido. Y sin una lágrima que yo me sé y que de entonces tembló en sus ojos, habríamos pensado que en el ojo el cielo le temblaba por llorarle.

—¡Volveremos!

Arrastraba las piernas. Por el polvo del camino las arrastraba. La cabeza abatida; los brazos laxos. Ah, Dolor mordía sus breñales. Nada nos dejó; fuese íntegro. Se diluía con el horizonte. Supo nunca si había llegado y yo ignoraba si vino. Su presencia, nuestra presencia; otras la presencia del horror inevitable. Nos daba a reír y obligaba al llanto. Pronto con titánicos alientos sacudía la tierra y luego desalentado se dormía y roncaba en la sangre. "Manjar mañoso"... Mañoso hijo de la tierra: te ofreciste después del banquete indigerible pretendiendo que debíamos comerte. Cuando pudimos no te echamos; y ahora que no podemos echarte, te vas.

Tanto por él trajiné las hueseras, que ya los huesos me tuteaban; viéronme los oteros; cuando supieron de mi angustia los u y u s de la heredad, salieron a abrazarme. Y todos, señalando el camino, el largo camino clivoso, repetían:

—Por aisito será, tatay: pasó há milenios... Sus huesos están hendidos en la piedra...

Ya en la tierra está; a la nube se ha vuelto; el cielo le tiene y en la tempestad braman sus bramidos. Allí donde permanezco no puede estar y está donde no puedo permanecer.

¿Ni por ella volverás, mono sustantivo? ¿Qué responderemos cuando el sopor invernal haya pasado y pregunte por tí? No podré desnudarla para que las flores vean que su hermana muerta vive. ¿Quién osará hozar su pureza impura? ¿Quién acercará a sus labios un beso de adoración y horror? Sólo tú nos dabas lubricidad para temblarla. Sólo el tuétano de tu hueso nos permitía soportarla cuando fijas las pupilas devoraban sus retinas. Yo guardé a la devoradora en lo más húmedo de mi alma; la cultivé flor en mis océanos enfurecidos; quieta la tuve en el estupor de mis granitos...

—¡No saldrás ya de mí, madre estéril —la decía—: te baste devorar los cadáveres que ahí tengo!

TOKAÑA DEL SACHA-RUNA

Ella dormía oculta en sus guadañas.
Faltando el mono soltará la jauría.
Mi santidad nimbaba sus alacranes.
Vestíanla estrellas mis cilicios.
¿Quién, desde la cúspide buída,
la despertará con mi alarido?
En los estratos de mi sangre
una mujer baila sin ganas.
Entre espinas crecido lirio
y de mis cactus los pudores era:
del lirio ahora nacerán las espinas.

Me enseñaste amar la desnudez del agua;
y era con arrullo de volcanes,
que tú mandabas que se amara.

Ya la montaña al lirio aplasta.
Y aunque sombra de tálamo la brindo,
y de darla, daréla mis flúidos,
no romperé su rosa perfumada,
ni escanciaré la sangre que me hurtara.

Mono espacial, a quien busco y no es;
a quien siento y me faltas;
a quien lumbre doy y se nubla;
a quien siembro y no nace;
a quien con arrullos llamo
y no rula... Por lo menos que la muerte
sepa que vive; y que en sus mamas
me ñuñuñe: ¡Khusillu!... ¿Dónde estás,
si del árbol eres y de él me faltas?

.....

P E K H E K H A W R A K H O L L O

Algo velludo, sí; pero, a través del vello, la piel bronceína bruñida por el yodo del Lago. No le quiteis el ojo. Ha corrido con el viento; y como los nervios del viento sus tendones vibran sin fatiga. Si el hato de llamas no le ha visto, ha sentido su olor, la sobaquina del Hañachu. Y el hañachu muerde un quejido, él que no sabe de quejarse; y el awatiri tiembla, él que no sabe de temblar.

Está muy lejos ya. Fúlgido celaje trepa los nevados y a la cúspide llega. ¡Pobre solitario! Solitario, desde un peñón de hielo, mira la pampa inacabable; y el viento y los uyus de la pampa le brindan el olor de las Khawras vírgenes; y ese olor serpentea en sus ollares voluptuosos y los ollares se embriagan con el perfume virgen.

Solitario contempla la llanura. Lo estremece el deseo. Y como subió en celaje, en celaje descende, como un viento que sangra y se estremece. Ladran los chokollos, que en el viento han visto sus tendones que sangran su pecho que rompe vientos, sus ojos ardiendo en el celaje.

Va a caer la tarde. En un rayo de Sol, tras la perkha del uyu, se hermosea hervoroso; el hermoso hervor todo lo tumba. Sus pectorales jadean con el cielo. Pero ya las tiernas vírgenes se le ofrecen y él ama a las vírgenes, las fecunda y las nutre. El uyu a donde él llega será el uyu fértil.

Ya las vírgenes se han rendido a su diabólico ardimiento, y salta la perkha. Y otra vez el celaje en el viento.

H A R A W I

Las serpentinas thayas
Khaswan para los ayllus;
y en los ayllus ensueña
la virgen con el Koo-khena.
Ya la tarde ha caído.
Paksi-mama es la Koya
de la pampa y los chiñis,
la Koya del añasko y el lekhe,

del khamakhe es la Koya.
Endulzan las khenayas,
le escoltan warawaras.

Las serpentinas thayas
khaswan para los ayllus.

Warawaras, thayas y khenayas, le coquetean desde el cielo; desde él le avientan suspiros de hielo. Y él, desde el peñón de hielo, enreda en sus ojos warawaras, thayas y khenayas. En dos manos níveas el Inka-thaya preséntale el cálido hoyuelo de la virgen; y el olor de la virgen se cuela a sus ollares y absorbe, absorbe viento que huele a almácigos y al ñuñu de la virgen.

Como subió en el viento en el viento desciende.

En el viento el chokollo ha mordido los olores del Khawra; ha visto los músculos que tiemblan; pecho y ojos ha visto cuando con viento rompen viento... Llega al tálamo de la virgen; y a la virgen ama con su ardiente caricia. Coquetéanle en sueños las tawakus, arrúllanle, y luego se abandonan. Él, en un sueño, las fecunda los sueños. Y aquella que en el sueño salió fecundada, será la fecunda madre de los ayllus; cobrará su ojo la redondez del cielo, sus dientes la gracia de la perla, temblor de espiga el talle... Cuando pasa huele a llamo; y hácense tan copiosas las cosechas que faltan khawras para la khumunta...

H A Y L L I

¿Velludo? poco ¿Rijoso? sí, sí...
Piel bruñida al yodo bronce.
Tendón de llamo; pectoral de ángel.
Lomo para cargar nube o montaña.
Volcán el puño; acero rojo el ojo.
Pierna de thesko pero de jeta frágil.
Iracundia del fuego en la alborada.

Su cabeza de Khawra, blanca y hermosa,
es triste: ¡la entristece el hombre!

HILOS DEL HIELO

Trino del viento. Trino Inka.

La fina cúspide de hielo imanta el vientre del Sol. El alba su canoro estruendo. Arde en el fuego del astro la soledad de la montaña y la pampa es su llamarada.

Yo en la sombra.

Tata Blaso me sacudió.

Todo ardía en llamaradas; y yo en la sombra.

—También eres de la piedra que besa. ¿Por qué duermes en la sombra? Sentirás un día crecer el oro en tus riñones; y en ese oro encontrarás al mono y el cielo; en él ha de llorar la prostituta muerte con su lágrima y nó ya con las tuyas. En todo hombre hay una montaña de oro. ¿No fui el hombre que amó? Soy la montaña que besa. Oyeme si Hiruchunta no gime con los vientos y si los vientos no muerden en el suyo mi nombre.

—¡Pekhañayok!...

Acércate a la tierna Hirichunta y verás que manan cristales de agua de su ñuñu. Traga allí y sentirás el m i s k h i, pero en los estómagos te amargarán mis besos. ¡Khusillu: el amor es sólo el dolor que besa! Tu Khorí-Challwa pagó tributo y ya de tu lágrima le ha consumido el fuego. ¿No te imanta?

H A R U Ñ A

¡Oh, tú, que imantas las estrellas,
dulcísima cúspide del beso!
Quema mis escorias y hazme ceniza
y que mi ceniza te asga,
que es ella principio de espina.
Tu ley fue arder: ¡arde! ¡arde!
Y cuando la nieve me amortaje,
sé carbón para el fuego de la nieve.
Sé la brasa que imante mi carroña...

Ten la amorosa fuerza del Koo-khena; mas corre de su dura soberbia. La ley, ley, porque es simple, porque tiene la facilidad del aire y el agudo diente del agua. Mira: ¡el Pekhe Khawra Kollo! Y por Wira-khochá fue puesto para que los hombres no olvidaran que la verdadera fuerza mata con miel... Y si de mis palabras dudas, pregúntaselo a los balseros y agricultores del Titikaka; y ellos dirán que todo eso está contenido en el Antiguo; por lo que estas consejas son tan viejas como el Diluvio y Waksallu vino a los pueblos de piedra.

* * *

—Cuando hice al hombre —dijo Wirakhocha a los hijos del Suni—, le hice bueno, puesto que le hice de piedra; que la piedra es buena siempre; dura para ceder, dura para conservar. No me pesa. El hombre me resultó de mis creaturas la más respetuosa y constante, y amó, quizá más que yo mismo, todo cuanto al alcance de su mano puse. Cierto es que entre hombre y hombre no pocas veces surgieron discordias; mas no bien oyeron mi voz, y yo la suya oía en el corazón, se avenían y pronto el amor tornaba a unirles. Sabedlo: estoy satisfecho del hombre. Es piadoso, puesto que sabe es hijo de Wirakhocha, y que Wirakhocha le hizo de lo que él es: de piedra. No me quejo: si a la tierra, la venera, bésala y la llora madre; y en eso me revela que sabe cómo la piedra fue hechura de tierra; si al Anu, fiel hijo mío, le trata como a hermano. Cuando esto miro digo que el hombre es digno del barro de que todos estamos hechos... Pero, vosotros sois hechura mía; también, sois de mis pueblos de piedra. He hecho al Missi, al Achokhallo, a la Wiskhacha, al Atok, al Ukumari... He modelado al Khawra. ¿Quién no es hijo mío? Por eso mando en todos y todos me debéis obediencia. ¿No he hecho al Wikuña? ¿Pero, el Hallpakho no es mi hijo? He mandado que el Atok no se ayunte con el Achokhallo; que el Missi no engendre en el Anu. Y todos me obedecen. ¿El Khawra qué hace? ¿Y el Pakho qué hace? ¿Y qué pasa con mis hermosas Warisas? No quiero que los Kunturis engendren en los Mamanis, ni los Siwikaris en las Chusekhas. Esta mi última amonestación; y para hacérosla conocer es que os he reunido. Me sois testigos que ella se dirige principalmente al Khawra, pues bien veo que su ejemplo corrompe a mis hijos.

Temblaban los Sunichus, cuando Wirakhocha con trueno inmenso se perdió en los nevados.

* * *

¿Quién el loco que desobedece a Wirakhocha? El loco es el Khawra. Nada satisfecho de cuanto había oído, cuando vio el vellón de nieve de las Allpakhas, escupió, silbaron sus ollares, tamborilló con wankharas, y allí le nacían hijos, si no hermosos como la madre, de abundante pelo y nervios y genitales de acero. Podía sentirse no poco divino, si creaba seres nuevos. ¿Cómo convenir esto al awatiri? El awatiri le armó guerra que enterneció a Wirakhocha. ¡Ay, el Khawra es el verdadero Haipuñi! Nada le asistiera el ejemplo de los animales del Suni: su orgullo triunfaba sobre la ley. Esta la única vez que la voluntad de Wirakhocha no sería acatada. Al Khawra le faltaba el juicio del hombre; y eso lo que sentía el dueño de las majadas. Cuando entra el celo a su Kancha, y el aire le bailotea con el olorcito de las hembras, pierde toda razón y sus apremios se rompen en trascaladas de Supayis.

Tembló un día la tierra, se oyeron los truenos que anuncian la presencia del Creador; y ya estaba allí rodeado de cegadores fulgores. Ante su gran vozarrón todos temblaron.

Avanzó el rebelde.

—Parece que vienes a juzgarme; que acaso haya transgredido tus leyes y no tú las mías... ¿No te mandé ayuntarte sólo con hembras de tu especie? ¿Y qué has hecho? Cómo sólo en ti estuviese el mal. Pero, quién no te imita ya. El hombre me ha pedido que ponga tu cabeza en su cuerpo. Así sabrás que rebelarse a Wirakhocha es insano.

Y cuando llenos de espanto temblaban todos, y el Khawra se movió impaciente, vieron su cabeza en el cuerpo de un hombre que luego estalló en celaje, perdiéndose en los nevados.

Cuando el Sol se ha ocultado baja del ventisquero y se ayunta con las llamitas vírgenes; en las noches persigue a las tawakus: El Kookhena es el hombre que pelea con la bestia. La vida quiere que la bestia ame al hombre, y que el hombre ame a la bestia. Preguntarás si el Kookhena está en el hombre. Bástete saber que en el hombre está la bestia, tanto, que sabrás cuándo el hombre es Khawra y cuándo el Khawra es

hombre. El Koo-khena es la fuerza fértil, pero que no debe ser gobernada por la cabeza; que es ella madre de la crueldad inútil. Debe obedecer a su piedra que besa el sonko.

W A Y Ñ U S I Ñ A

Por el ayllu, por la moya,
por el uyu de la quiebra,
el Koo-khena, vaga, bala.
Y el hañachu se arrechucha
por el ñuñu de la khawra
que le holla, y le tiembla,
y ya siente ardiente el soma.

Su ansiedad deslíe mieles,
mascotea piojo el ñuñu.
Y en el ñuñu la paloma
se abandona, y agoniza
con suspiros que aletean
en el belfo del hañachu.

De hombre de armas la lihwana,
ruda, bella pekhe khawra.
Si a la khawra se le ayunta
hombre es; khawra y fuego cuando
en flor la flor desflora
de la mama de los ayllus.

.....

—¡Antiguo! ¡Antiguo!... Llega la mesnada del ladrón de la Phusa de piedra... Se anuncian trompeteros; hay incendio de Chukis en el viento... ¡Antiguo! ¡Antiguo!...

—Sólo está el que estuvo en atropello y en germen. No te aterrorice el que viene. Presto verás que sus trompetas callan y el cabrilleo se esfuma de los chukis. ¡Sólo en hoy la vida estalla virgen, virgen como la mujer, virgen si madre! Tómala el labio; pon guirnalda

de misikus en su frente; vuélcate ardiente en su ardoroso seno. ¡El miserable cuatrero de la melodía jamás cantará en beso! Sólo canta el beso que ha llorado mucho, guaguay.

Y el Antiguo se llevó en el sonko la montaña que besa.

MAMA KUKA

Cuanto vimos y cogimos lo soltamos;
y traemos cuanto ni vimos ni cogimos.

Heráclito

Mi Wayñusiña era un ababol de parlanchinas corolas abiertas al liliputiense cielo que la diera por patria, para que en tanto kuruku-teaban sus rubores no recordara a la Amapolita que no lejos de la pobre musiña dormía el sueño final, o en el rescoldo de su rubor se adormecía; si dormida apenas se dejó llevar a ese otro campo liliputiense, donde, cansada de la humana ternura, soñaría como una flor. En esta Wayñusiña, puse, "roto, desnudo, falto de todo consuelo, y, lo que es peor, falto de todo juicio" (oh, parlanchín maestro Quijano), cuando, tras mis pobres penalidades sufrí la de su definitiva ausencia, la ternura con que la sahumaba, seguro de que mimando así a la paparverácea, si no alcanzaba a transmitirla mis sentimientos por lo menos la tierna ficción me daría algún sedante.

—Aquí estoy —la decía—; aquí estamos, yo, Él, y tú, los tres y yo solo. Pero los tres dentro ya somos cuatro: tú nos llevarás por el ancho mundo en tu polen; y allí donde florescan amapolas, allí los tres estaremos unidos...

Si lograba el milagro, ella debía oirme, una a una, las palabras que la susurraba, sin otra obligación que regatearnos sus cándidas corolas. Claro es que en todo esto, mirado desde la razón y sus fríos extremos, más había de juego que expresiones de candorosa locura.

—Aunque locura sea —me decía al último—, como con ella a nadie daño...

No de otra manera lo entendían algunas de mis amistades que amablemente consentidas me atizaban; si día me faltó su interés por la salud ya, alegría, sin sabores, luego, y hasta caprichillos de la flor; nó como si sólo de la flor se tratara, sino de los rubores que la encendían, y cuyas causas manera hubo de privar de transida sobrehumanidad.

El teléfono funcionaba desde las primeras horas de la mañana.

—¿Cómo ha amanecido la ruborosa? Entiendo que estará alegre y bonita que nunca, si el día es una bendición... Déla mis recuerdos y muchos besos.

Tal día no veríamos sol. Malhumorada cerrazón cubría el cielo, y el viento, húmedo y constante, anunciaba de esos chubascos sinaicos que azotan en el verano del Titikaka; y ya al mediar la tarde se volcaron cataratas.

—¡Aló! ¡Aló!... ¿Orko-pata?

—Orko-pata.

—Mi grande y buen amigo: habla usted con Clemente... ¿Y, qué tal? ¿Qué cuenta?... ¿Tenemos nuevos Laykakuys?

—No, no, querido... No...

—¿Cómo va la salud?... ¿Y los libros que nos debe?

—Clemencia, en primer lugar por las libras, Clemente.

—Nada he dicho de libras.

—Bien oí que son libros los que me cobra. Pero, si libras no gotean, cómo pagarle con libros, querido...

—Deje libras y aferre libros: ése su destino, querido... Bueno, por otra parte: ¿qué me dice del chaparroncito?

—Trejo: especialidad de nuestro cielo.

—¿La Wayñusiña está defendida? Una manga, así, puede hacerla cisco...

—Quede tranquilo; está debidamente protegida.

—¡Qué bien!... El gnomo no ha de dormir sin riesgo del cinturón de las Waykyrias...

—Pequeño mi jardín; mas yo le cultivo, así, pequeñín...

—Ji, ji, ji... Claro: si en usted se han metido Fray Luis, el jardinero del Hebrón, y el santo ateo de Ferney. Entonces; por mis caricias a esa inconsecuente hermosura...

Espléndido el Sol, de los mejores y más luminosos de los Andes. Nubes de nácar, de aguamarina transparencias, siluetas de vellón, blondas y colmadas mamarias de vacas Holstein, o de vaquillonas de Triánón, daban al cielo repujado de mar austral arrastrando pagodas de nieve. Era el cielo galantería eurásica sobre el no poco empavorecido rictus de mi tierra.

El teléfono podía enmudecer.

—Quise visitar a mi fancciulla; pero el día se me escurre de los dedos, mi tierno amigo. ¿Sabe? No quiero atormentarle. No sé; me parece que a la pobrecita le falta algo. ¡Advierto que no está bien!...

¿Quizá deja de regarla? Sabe cuán sedienta es. Por favor, no la descuide. Mi esposo le visitará en rato más. No ignora todo lo que nos preocupa la preciosa...

—Señora: cuánto me entenece su bondad. Desgraciadamente, también la gusto desgana; no sé si triste.

—Ya ve: el corazón no engaña, amigo mío.

—Que sí: a la pobrecita y a su viudo les faltan los mimos de una hermosa que sólo nosotros adoramos.

—Lisonjero y mal jugador. No piruetee con cera sobre llamas voraces... ¡Cuidado!... ¿Sabe? Acabo de enterarme que si a los ababoles se les administra que nó agua flaca, cocimiento de coca, no solamente mejoran; que se hacen más prolíficos.

—Con lo prolífica que es.

—¿Por qué no prueba? Nada pierde.

—Considere usted, regina de la ternura humana: ¡coca! Si la Wayñusiña ya sabe a mujer; qué sería de habituarse al beleño. ¿No lo cree peligroso, señora?... ¡Coca!...

—Sí, sí; tal vez... Perdona: ¡el mucho querer enloquece, amigo mío!... Tendremos que ensayar en casa; aunque... no sé...

Si visita de estas buenas gentes era caminito de amarguras para mi, para ellas tiempo de piropo y requiebro. Aporcadas las tokras para la watia, caldeado al rojo el hornillo, ya parientes, relaciones de mi intimidad, y hasta transitorios huéspedes de la aldea, instados a conocerla y tomarla amistad, se volcaban en el estrecho jardinuelo; arisco puñado de tierra que tenía sonrisa que sus corolas. Razón de más para que los aptapis acabaran en efugios en torno a los frágiles tallitos; unos porque se dolían de su hermosura cándida; otros porque la sabían delicada y enfermiza; los más porque algo les decía en sus adentros que allí se extenuaba ruborizado un celaje de nuestro cielo. Y bien que lo entendían así charangos y vihuelas, si esmerábanse en consonar idilio con funeral temblor, que bien pronto contagiaba a todos sus lágrimas. Y con lágrimas se hacían sus regatos.

De ella ya no se hablaba sino con ansiedad llorosa, tanto que yo, no poco desazonado, veía en todo ésto brotes de una locura que iba arredañándonos insensiblemente. Fíeseme crédito si digo que seguro del significado meramente lírico de esos mis amoríos, rogaba a

enamorados y enamoradas no sobrepasar su simplicidad; no fuese se me juzgara enfermo, o cunda. Pero, entonces vine a entender que más que el individuo, la tribu, y en cuanto tal, es propensa a ciertos flujos de la profundidad, que si salen como un manar de sentidos germinales, es para animar leyendas al mismo tiempo seductoras que pavorosas. ¿Qué las teogonías, si no leyendas? Mirado con cierta agudeza, ellas revelan en qué grado los primitivos grupos humanos sabían más que los actuales de lo que llamamos las verdades de la vida.

Ya no pocas me tomaban como descarnado protagonista de sucesos fantasmagóricos.

—Que anoche te han visto, maistro (tal la jerarquía que me aplicó, porque sí, el Laykakuy) luchando con gato nengro, al que lo habías cortado su rabo...

—¿Quién lo ha visto?

—Nadies habla más que eso. Maullando se escapó el gato; y usted lo seguiste por calles, plazas, pampa, las quebradas de La Escalera. ¡Era el langrón de nuestro Chío Khorí!

Y si no eso; a media noche me despertaban serenatas de charangos, khenas, concertinas, vihuelas. Y voces mestizas, dolorosamente indias, evocaban el recuerdo la Amapolita.

—Tendrás que poner unas cortinas que impidan a los transeúntes waspear. Dicen haber visto mujer enlutada que te hacía compañía. ¡Y era su esqueleto de la Amapolita!

Su esqueleto.

Para acentuar el clima fantasmal, hallándome ausente, un Kon, mi fraternal amigo y camarada, parece que a causa de sutil chicha cuzqueña con Warmimunachi, junto a rimeros de papeles viejos dejó encendida la vela; que nada tardó en producirse el incendio. La habitación ardía; y, acaso más por impedir que las llamas se propagasen a sus viviendas, los vecinos acudieron a derribar mis puertas. Allí, ¡el Chullpa-tullu! Que un esqueleto aplacó las llamaradas aseguran; lo cierto es que los papeles —y algunos tenían valor— quedaron apenas chamuscados.

El Primate sitio habría de hacerle a la pastoral de la Amapola.

Pude ya disimular las aflicciones que me sacudían.

—¡Aló! ¡Aló!... ¿Orko-pata?

—Orko-pata.

—Amigazo... ¿Y, qué tal?... ¿Me reconoce?... ¿Sí?... Pues, tengo malas noticias. Sea valeroso, que lo que aquí le va es un mordizco. Sepa de antemano que nadie cree menos en su corazón, digo, en el mío, que este su amigo; por lo que hágase cargo de cuanto va a oír... Enantes, al levantar los manteles (y no pensaba en ella), la vi apachurrada, ¡en el coma! Bueno: apóyese, que ésto la postema: ¡muerta!, ¡muerta!, ¡muerta!... Sea valeroso; comprendo que el chisme es brutal... Oiga... ¿Me oye?... Es preferible prevenir a curar. ¡Tenemos que hacer algo para defenderla!... Veo mano sin guante sobre ella...

Temblé.

—Sí: descarnada... ¿Me entiende?

—Menos le entiendo, cuanto tiemblo, hombre de Dios. Exprésese en árabe, si su cotidiano griego se le ha escurrido. ¿Quién el agonizante? Y luego ve usted una muerta, muerta y bien muerta...

—¡Cocórcholis! Tiene usted razón. Es que, amigo mío, por mi tampoco puedo más. ¡Deliro enamorado; y tiemblo por ella!

—Bien, si le alivia. Pero sólo enloquecido pasaré este caliz... ¿A quién se refiere usted, infeliz?

—¿A quién? Bienaventurado: ¡a Wayñusiña! Ella se me ha hecho presente; la he visto exalar el aliento agostada por la moira de nuestra indignidad. ¡Cuídemela; pues yo sí acabaré loco; y a nó largo plazo.

Por manera que el ababol es el alma, o tiene alma, para estos sus erizados y fieles amigos... ¿Qué los sabios dirían de todo esto? Y por lo mismo que la encontraba hermosa y vivaz que nunca el misterioso torcedor me laceraba más.

¿Por qué, se me preguntará, elegí tan frágil naturaleza para simbolizar germinal sentimiento? Fue ella quien la escogió, si, acaso por frágil y precaria, como ella, comprendió que viviría lo que su recuerdo el tiempo que el jardinero supiese protegerlos con su ternura y regarlos con las humedades de sus ojos.

Extrañas manifestaciones adquirirían objetividad a centímetros de mis pasos. Avanzaba en acérrimo y zigzagueante senderillo, protegida mi soledad por bizarra guardia de runahakes, mis camaradas y hermanos, y me fue dado comprobar hecho pavoroso. Y fue que la brisa del Titikaka jugueteaba haciendo cruces con las pajitas pisoteadas

en el sendero, a que dí importancia: si el viento es capaz de todo, particularmente el vientecillo emotivo de las oheranis. Pero, cuando las crucecitas se anticipaban con insistencia que parecía mimosa, tanto que vi cómo se formaban, como si se esforzaran por subírseme a los zapatos, pude menos que sentirme poseído de espanto.

¿Pisaba los linderos del Chullpa-tullu?

Tal noche, dejé, trémulo y espantado, caer los erizados ojos en una istalla de coca. Primero, por simple curiosidad; con entrañable interés, después, hacía no poco me consideraba con el pleno acatamiento del Laykaku en posesión de las mancias de la Mama Kuka. No diré que esta vez mi exploración fuese satisfactoria, clara menos; mas comprendí que pronto algo golpearía en el frontal.

Enfurecida ventisca azotaba la khallampuda resignación de mi aldea.

—¡Aló! ¡Aló!... ¿Orko-pata?

—Orko-pata.

—Ah, queridito... Te habla Teresa...

—¿Teresita?... ¿Cómo estás, guaguay?

Esa la flor rubia con más dulce cordaje indio en el corazón.

—Bueno; preocupada... ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa, hombrecito?

O es que ya otros amores...

—¿Amores?

—Sí; hombre de dolores. Tu Wayñusiña se me ha quejado por tus abandonos. Que la pobre tiene que pasársela...

—¡Canarios!

—A que ahora está sufriendo la granizada...

—Nó, mi Teresica; está protegida.

—Menos mal.

—¿Conque la Wayñusiña se te queja, eh? ¿No te ha dicho que tiempo es que enrieles al redil de este cenobio?

—No te pases a rediles. Rediles tienden redes, pastor.

—Desmemoriada...

"Mira que el amor es fuerte;

"vida, no me seas molesta,

"mira que sólo te resta

"para ganarte, perderte;

"venga ya la dulce muerte,
"el morir venga ligero,
"que muero porque no muero".

—Que enloqueces, pastoruelo, de no besarla con devoción, así fríos sientas sus labios. Quieres meter oveja a tu redil; y eres awatiri olvidadizo. Antes cuídame ésa mi alma; y si a ella la acomoda, acaso me haga a tus trankhañas...

¿Podría no ceder al mareo de las olas?

Wayñusiña volvióse la engreída castellana por cuyas necesidades y caprichos muchas prudentes personas malbarateaban cariños, sin mercarle aliño; si me codeaba poeta que hizo profesión trabucar por ella en mis ojos, de tanto los escrutaba; y en acrósticos, madrigales, y lo mismo petrarquianos sonetos de mestizo y disoluto erotismo, que nó como a mi hembra que era la trataba, sí como a la novia que le habría de dar para hacer más estrecha la adhesión que me cultivaba, tan parecida a la del uspakhuchu por la flama de la vela...

Momento a momento, sustanciábase; adquiría humano perfil; reclamaba derechos; rompía la cárcel de su ovario.

¿Cedería al mareo de las olas?

Que un loco sepa que está loco, bien parece demostrar que por lo menos el loco no es él. Mi problema era descubrir en raciocinios y actitudes, si existía, el punto del disloque. La normalidad de mis ideas y actos, la aptitud para centrarme en la realidad, en el mismo terreno erótico, jamás dejaron sospechar locura. Todo cuanto comprobaba era un fluir progresivamente hervoroso de amor a todo lo frágil y femenino: las flores, las gallinas, las pavas, las osles, las urpilas, y no divago cuando anoto que más de una vez creí descubrir en la viajera nubecilla líneas dulces de seno de mujer, y quedar de esa fugaz ficción enamorado con prendimientos amorosos de ésos que no pocas veces privan el libre aireo de los bronquios. Aletazos impalpables me sacudían.

Cenábamos puñado de amigos, y nos regalaban con sopa de ostras, ciertamente vianda exótica y desusada para quienes no familiarizan lawas de cebada, khatawapis, como un salomillo de M. Savarin, o espárragos lituanos, a los que el markamasi puede menos

que tratar con guantes, si son los vanidosos cebos a que hay estómago misticho que se resista. De pronto, por inexplicable iniciativa, levanté el plato sopero, y en el plato plano, hecha de fideo, temblaba, parecióme que temblaba, una perfecta "A", de amaño tan personal, que pude menos de inmutarme.

Musité:

—¡Karrajuska!... He aquí un mensaje de ultratumba...

Todos se volcaron sobre la misteriosa grafía.

—Hombre: "A"... Es sólo la inicial de tu primer nombre...

¿Sólo eso era? Temblaba. Pero, entre vinillos, ostras, espárragos, paltas, boguitas, salsas bávaras, patos a la italiana, siguió con la mantelada su ventriloquía. He aquí que al acercármeme el hermano mozo por los platos, volví, no menos sin premeditación, a levantar el sopero, y esa "A" estaba convertida en la inicial de mi segundo nombre con perfección escalofriante. Mis amigos festejaronlo con no forzadas carcajadas. Yo sentí que los vellos del arma se me erizaban...

Flaco ingenio de quien echara mano a semejantes recursos para crispar el iris del lector. Nó, yo; la realidad había enloquecido.

Wayñusiña presto vino a darme compañía. Dulce noche de amor. ¿De cuál espesa noche sin claraboyas salió por algo que olvidara o persiguiendo enterarse si sus áureos harapos estaban allí donde los dejara? Aun me parece que la veo: el pico aleznado, de tono de marfil viejo, el más bien gordete cuerpo manteniéndose con dificultad; siena el plumaje, tirando a anaranjado, y luego cafe, y tras esto gris, y, cuando revoloteando me abanicaba, esmeralda, plata blanco mate, y ya oro, chiara, cárdeno tropical, en fin, iridescencias que latían... La engreída Amapola se había transmutado en misterioso pajarillo. De rincón iba a otro; picoteaba cofres, alacenas, baúles, chuspas, bargueños, y entre libracos de mi estrafalaria librería con tanto afán que encendíansele las mejillas y chispeaban. Qué no duraron esas dolorosas pesquizas que sin más poder seguía con angustia que ya estallaba en el pecho.

Y, he aquí, que Khomer-Khenti, escapada de la Khenti-punku, entrada canora de las vírgenes del Sol; no sólo airecillo electrizado de alas; ave tabú, que el arúspide consulta para husmear el rastro de las almas Pávodo lo miraba todo, y ya, sin enterarme cómo, vestía los trajecitos domingueros de la amapola.

Calofrío del alma en el sueño; eres lo más hondo de ese sepulcro que anda: el hombre.

No entregué al sabio la interpretación del extraño episodio; lo entregué al Layka.

Y el Layka, me dijo:

—Soñar con el Khomer-khenti, dice que un muerto querido ha dejado la tumba para visitarte; y si el Khomer-khenti se convirtió en tu sueño en Wilamaywa, que ese muerto tiene sed de tu sangre. ¡Vas a morir!

No moriría loco. Confié al Layka la primera parte de mi sueño; ésta, y la segunda, las referiría a los médicos. La tercera, no la revelaré... Pero, después de ese sueño, tengo que admitir que otra naturaleza se había acoplado a la mía; y si a momentos me transportaba a la sublimidad; otros me convertía en estropajo de la demencia.

El psicoanálisis especuló con las etiologías de la represión sexual. Diagnóstico equivocado: no había represión; todo lo contrario. La mía era vida mental, psíquica, fisiológica, de orden honestamente animal, y, podré agregar que, filosóficamente, de valores animalescos.

Soñaba, y en el sueño sabía que soñaba. O lo que es lo mismo: la conciencia se esforzaba por debelar la monstruosa creación del subconsciente, conciente de que la irrealidad del sueño era mi realidad efectiva en un punto en mí dado del espacio.

—El problema es éste —dije a los médicos, ambos contemporáneos y amigos míos—. La ciencia nos debe una respuesta más allá de las reseca conclusiones estadísticas que hacen de la ciencia del espíritu una metapsíquica metabólica. ¿De qué elementos se compone lo que se llama el subconsciente? ¿Podrá decidir de la conducta y de las ideas y concepciones del hombre? Si, así, ¿en qué punto de la personalidad radica? Experimento en mí la presencia de naturaleza extraña, no obstante, afín, de cuyas manifestaciones recibo a veces deleitosos efluvios, como otros me desconcierta con su inahaprensible ser. Estoy convencido que esa extraña naturaleza es ella, mi Wayñusiña; es de la flor de que ha partido el movimiento de instilación que la ha llevado a aposentarse en mi personalidad. Y esto me ha inducido a pensar que aquello que llamamos subconsciente acusa, simplemente, la presencia de conciencias que se albergan en la personalidad humana; y

constituyen nó una conciencia subyacente, sino una conciencia múltiple.

En todo momento la voluntad del hombre se forma de acumulación de voluntades; esto es, el hombre actúa en representación de una multivoluntad, casi universal. He tenido que anotar la presencia vertical de mi Wayñusiña en mí para darme cuenta de serie innumerable de hechos que antes no sabía explicar. Ni cuando se desea hay uno que desea; el deseo es como selección de cosas en que intervienen nó uno, muchos deseos a la vez. Sé que no puedo explicar aún estos fenómenos con la debida claridad; mas nó por eso dejo de anotarlos...

Sintetizo así ideas con las que turbé no poco a esos dos jóvenes hombres de ciencia, aunque también les induje a no velar sonrisa de alado estupor.

Uno de ellos, el que más familiar me era, me dijo:

—No se me oculta que en cuanto sostienes hay algo más que escarceos de literato; y creo, como tú, que la ciencia algún día tendrá que emplear en el estudio de su fenomenismo métodos menos generales, sometiéndole al beneficio de la experimentación, si para ella se presta. Pero, debo decirte también que atraviesas estado de hipersensibilidad emotiva agudizada por acción del alcaloide. Sería prudente dejaras, por un tiempo al menos, coca y Chullpa-tullus.

Saltó la liebre.

—Lo cual es lo mismo —repuse—, que los hechos que describo corresponden a las manifestaciones de la toxicomanía. ¿No es así? Si me lo demuestras me habrás convencido, y, lo que es más importante, me habrás curado. Pero, con este criterio todos los indios debieran ser poco Mekalas, y un todo locos, y no brutos elementales, como se les juzga. En ningún momento he experimentado (y siento que la uso hace siglos) que la coca origine estrabismo alguno en la conducta o en las funciones mentales. Todo lo contrario. He comprobado sus efectos siempre saludables en el sentido más clínico de la palabra. Eso es desviar el buen camino del examen.

Una realidad, cuando menos extraña, pugnaba por asumir cada vez más orgánica naturaleza.

De todo cuanto se me había dicho en el proceso de esa larga diatesis, sólo el acertijo del Layka atlanta me sacudía como una obsesión.

—¡Un muerto querido tiene sed de su sangre! ¡Vas a morir!...

La amapola con alas —sombra o suspiro— aleteóme en la oreja; y habría sabido dónde ni cómo se esfumó, si, presto, no sintiera junto al mío un cuerpo adolescente. Para demostrarme a mí mismo que no se trataba de ficción, sí de realidad efectiva, como afectivos palpitaban los senos núbiles, y tiernamente ansiosos me estrechaban sus brazos, el cerebro debatíase en dolorosa lucha, entre dar crédito a la realidad que surgía de abismales estratos y la otra accesible de los sentidos. Asíase a mi cuerpo; el corazón latíale con violencia y angustia; reclinada la cabeza a mi pecho sus lágrimas lo bañaban ardientes... A mi vez, volcado en el paroxismo del satánico problema: ¿eres? ¿no eres? al estrecharla desesperado con ansiedad de conocimiento, sin reclamo sexual alguno, mis manos recorrían su cuerpo y ya me estrangulaba torcedor parecido a ahogo que ahoga sin consumir el suplicio.

¿La hablé? Si. ¿Me habló? Si.

El transporte tuvo el desenlace que era de esperar. Amanecía. Ya no estaba.

Aurora vertíase a raudales en el Titikaka; de arboledas, chukllas, alzábase el estruendo canoro de la mañana en sinfonía de trinos que enagenaban con melodiosa locura; mi Cherekheña me daba el desayuno de su gorjeo; con ésa su argentina voz con que otro corazón bendijo a la luz nunca, Thumos, ladraba. Y yo llevé las manos a los desesperados ojos.

Allí resonó algo, sordo, largo... La soledad, noble y magnánima compañera del hombre que se habita a sí mismo, se pobló de fantasmas. Una noche, plena de estrellas, invernal, sin nubes, presencié nó por explicable menos escalofriante fenómeno en el cielo: con insistencia aterradora lo cursaban parpadeos ígneos, secos relampagueos, que luego venían como a azotarme a los ojos.

Oí en el cerebro:

—¡Viene la otra!

¿La otra? Esa noche soñé con "la otra"; y, al siguiente día, abrió mi puerta... ¿Era la misma? Nunca antes la había visto: ¡el subcon-

sciente! La misma era; y en los ojos, en la palidez de marfil, en la porfiada vivencia interna, en el desasimiento de todo interés, y en un también misterioso temblor de la voz, hízome comprender que abrió la puerta para entrar y que luego la abriría para salir.

Oíola ahora que me dice:

—¡Aquí está "la otra" en el mismo martirio de la miel!

La poética ebriedad en que me anegara en tanto cultivaba el campo de amapolas, cambiöse por tristeza de carne y hueso; e, implacable, comenzó a roerme. Ya no acudiría a regar las amapolas, y nadie, ni nada, a permanecer con ellas me obligaría, y menos a hablarlas como solía volcando la ternura de que al mismo tiempo que repleto me sentía vacío. No fue odio lo que por ellas me vino; fue miedo. Acribillados los ojos me hice huidizo y no tardaría en declararme vencido. Suprimí la coca, sin que a ello me instaran, para demostrar, y demostrarme, que no era causa del embotamiento que ya a la realidad me sustraía. Supe también que nadie vería, y los médicos menos, más allá de las narices en la raíz de esa dolencia que aplastaba sin dejarse ver ojos ni zarpas.

Quedé a espera de las voces internas.

—¡Llegaste!...

Finalmente, de mis amigos los más apegados a las tradiciones de la tierra, me sugirieron el temor de que el extraño mal se ligara a la terrífica y oscura razón que fuera la sinrazón para la muerte de mi frágil Amapolita.

Sabidos de que en cierto modo festival me hallaba, que nó dispuesto, sí deseoso de morir, tras tiernos circunloquios, me dijeron:

—El rayo que la mató, ¡Karajuska!, no fue así que así un rayo. La permitiste provocar al viejo Kancharani con irrespeto más reprehensible en tí, si sabe nadie como tú que esa fuerza es real; que jugar con ella es peligroso siempre.

Vi la fauce de la cisterna.

Quedábanme vestigios de conciencia cuando me fue dado oír a los médicos, abonando mi razón, declarar que en momento alguno convinieron en el diagnóstico; que ni alteraciones observaron en la temperatura; menos se habían caracterizado perturbaciones nerviosas (mis clásicos soliloquios eran sólo dramática **per nativitate**), inhibición

de la voluntad se hizo manifiesta, menos **schizos** que acusaran indiosincrasia psicósica.

Terminó uno de ellos:

—Que te mueres, se ve; por qué, nó. Para mí que tu enfermedad es de fruiciones letales. Lo que deseas es experimentar el gran estado de la muerte. Enférmate de vida y te levantarás ahora mismo a bailar marineras, que buena falta te hacen. Si, no obstante la prescripción, te vas: será por que ése tu deseo...

Fueron los últimos chispazos de la conciencia; y, luego, me hundí...

Atraídos por la cadaverina, con el **non sancto** afán de capujar almas al Diablo, me volitaron el resuello no pocos buhoneros; amigos candorosos, obligaron a santo frailecico Francisco, que bien conocía los grados de mi acracia, a alisarme para el gran viaje y la fenomenal comparecencia con el Supremo Juez; acobardada resolución que soliviantó a otros y al viejo Layka de mi querencia, decididos a enfrentar al viejo ciclópeo a quien atribuían mis calamidades.

No pocos suspiraban:

—Es su Wayñusiña que se lo lleva.

El viejo ciclópeo era el Achachila de nuestra hogareña montaña: el Kancharani. Mientras vaciaba las copitas rituales de alcohol aguado, el Layka conversaba y akullikaba, sin dirigirse para nada al enfermo, seguro de que si entre los vivos aún estaba, como si no estuviese.

—¿Y siempre se akullika? —preguntó.

Le dieron respuesta afirmativa.

—¡Walil!... ¡Walikil!... —dijo, con tono satisfecho.

Extendió el tari; y antes de echar a volar las hojitas de coca, se dirigió a mi lecho; levantó las frazadas; sobre el tórax, a flor de piel, vació el contenido de la chuspa, cubriéndolo todo después.

Lo que obtendrá en estos casos el brujo es que los humores del enfermo se impregnen en las hojas de la hierba divina, buen hilo de Ariadna para establecer la naturaleza de la dolencia; mas, lo capital, que dichos humores orienten la exploración mágica hacia los intereses y afinidades del sujeto, supuesto es con esas hojas que debe llevarse a cabo la invocación de los espíritus telúricos que rigen la vivencia del hombre sometido a su abrigo. Téngase presente que para el Layka la

Mama Kuka no es un vegetal más; es la manifestación magnética de la tierra, y que si ella alivia la necesidad del enflaquecido cuerpo, sólo ella puede sorprender el alma de los muertos en la tumba el aire, las ciénegas, estableciendo contactos entre los que viven y los que han muerto. Digamos ya que la coca enfrenta al hombre con la ciencia del bien y del mal, más allá de los hechos objetivos. El Layka sabrá si la enfermedad se origina en miedo, envidia de los enemigos, si viene de que el corazón se dio vuelta de campana, o de humores morbosos de la tierra que simbolizan Anchanchos, Haipuñis, Kate-kates; o de la cólera del animal ofendido; tiukeo del sapo; el maleficio que consigo arrastra la piel de la taruka o el kamake. Mientras actúa en él la acción clarividente de la hoja, aquello que no pudo deducir, y en tales momentos su perspicacia es poderosa, la Mama-kuna lo revelará en el tari.

Hoy, a la vuelta de los años, al dar perenidad a episodios que algún día serán juzgados menos hijos de la fantasía cuanto expresión de la realidad interna a que obedecen la vida del hombre, sus problemas, sus mismas percepciones, como tributo de mi asombro y admiración, debo reconocer que cuanto dejó caracterizado fue de sabia exactitud. Estimara que el tratamiento médico estaba demás, y que el moribundo era hombre no solamente sano, sino fuerte...

Pero...

—¡Ahayu watan!... El Chullpa-tullu amarró su alma... No ha de morir... Es corazón grande... ¡Su cabeza de Laika!... Pagaremos a la Pacha-mama... No ha de morir...

Dijo que la vida del enfermo se regía por el lucero de la mañana; que la sangre le ebullía desde el momento que la estrella fulge en el cielo; que su destino era el del hombre solar, aquel que del Sol vive en medio de la noche; que sólo al declinar de sus días se iluminaría el sendero que hasta entonces debía transitar en la oscuridad y cargado de trabajos. Nó, él Kancharani: su Achachila era el Waksapata, Señor de las Chinkhanas... No bien se anunciaban los resplandores del amanecer, acudiría a "pagar", por él, a la tierra, hambrienta de su ahayu. Deidad maléfica de una cascada le había hecho presa en la infancia; cultivávale sentimientos rencorosos y muy pronto le mandaría al destierro. Era benigna el alma que le había atrapado, y, lejos de quitárselas, le daría renovadas fuerzas; mas otras esperaban imitarla, de cuya contradictoria

acción saldría al último victorioso. Un viaje por remotas e inholladas regiones del ánimo sería el comienzo de su verdadero destino.

Imploró a la estrella con las palabras del rito que hace siglos emplean los Laykas:

H A R A R U Ñ A

Khantati ururi,
suma ñairampi,
chuimaha
khanarañapataki...

Lucero de la Aurora,
el que mira magnánimo;
báñame con tu luz,
y ella alegre mi corazón...

Salmodia fue que el brujo dirigió a la estrella en nombre del enfermo debatiéndose en los estertores, seguro de que el poético reclamo conmovería al astro, si ya rumbaba hacia el cielo lacustre. Como el caldeo, el Layka y su pueblo son inmemorialmente sabeistas; y sienten que nada se mueve en la tierra sin el influjo de estos seres que coordinan la vida de los hombres, asisten a la fertilidad de los ganados, influyen en la abundancia de las cosechas, están por nosotros en el hondor del cielo y no faltarán a nuestra vera cuando la muerte sobrevenga.

La hecatombe incruenta estaba organizada. Con los tributos destinados a pagar a la Madre-Tierra, compuso un embeleco; tumbóse en el tari, y, luego, mandó apagar luces. En la oscuridad, se oyeron su voz y otra, cavernosa.

—¡Waksapata Achachila, tatay!...

—¡Guagua!...

En ese tono el diálogo durara no poco. A los pormenores que el Layka puntualizaba, la cavernosa voz respondía:

—¡Hisa!... ¡Niü!... ¡Aháa!...

De pronto se oyó grito, nó humano, de fiera, acaso; y al hacerse luz, el Layka, aferrado al embeleco, temblaba poseído por el espíritu de la Chinkhana.

Desorbitados los ojos, salió.

A la débil luz de las estrellas le vieron avanzar, tropezando, en dirección a la pampa. El lucero de la mañana palpitaba en un cielo limpio de nubes, y, como era invierno, chicoteaba agudo relente; mas ya, tenue, casi tímido rubor en la lejanía del lago, anunciaba la Aurora.

Sentí que me arrebatában a mí mismo, cuando, imprecisos al comienzo, claramente, luego, vi a mis amigos que rodeaban mi lecho siguiendo con noble y dilatada inquietud el menor de mis gestos.

Comprendí que para ellos había resucitado.

No sé...

* * *

Insondable espesor el de un tabique de sangre coagulada.

¿Cuánto el tiempo de mi fragosa agonía? De ella me era accesible vaga idea junto a desesperante sensación de estrangulamiento; pero ignoro si fue de instantes o de siglos. No abandonaba mi cuerpo; aunque sentía que dejarle al fin se haría inevitable. Cuando experimenté una como inmersión en el vacío, y el vértigo me desconcertó, como si allí jamás hubiesen estado, súbito desaparecieron las ya borrosas voces de mis amigos; en cambio sentía que efluía hacia una naturaleza sonora, que siendo la misma, habitual, poseía condiciones extrañas. Que esto es indescriptible, debe entenderse previamente. Sentíme devuelto a una simplicidad infantil, tal me hubiese poseído, de pronto, el regazo materno; mas ello no obliteraba la conciencia de mi tiempo hogareño, pues sabía que era padre, que fui marido, que me amaron y amaba. Y todo esto, confundido con sensaciones primarias, daba a mi conciencia aquello que se llama inconsciencia, y es sólo manera de aprehender las cosas sin entenderlas. Sucediéronse visiones, mas nó ópticas; tal vez se entienda si digo que eran visiones sensibles que se animan en la profundidad de la sangre; y porque allí están adquieren realidad y actualidad. De la misma manera que el corazón del moribundo se detiene progresivamente, hasta que, de pronto, cesa de palpitir, cuanto

veía fue sustrayéndose borroso, hasta que al último dejó de serme perceptible. Sin embargo, por esto mismo debo anotar que esas visiones que ya no se ven siguen en nosotros con otra vida, tal vez olfativa, instintiva, en las más profundas moléculas del hueso. ¿Esta extraña sensación espacial es la muerte? Si el hombre alguna vez pudiese fijarlas, probablemente podrá fijar la forma de su alma, pues es ella la que persiste y sabe que la negación en la muerte no le alcanzará...

La materia que nos contuvo será abandonada, mas ¿por quién? He aquí la sirte angustiosa, el culmen de ese dolor que no se define sólo porque es la sensación aislada de la angustia. La materia entra en descomposición tan pronto como la sangre ha paralizado su movimiento; y es allí que comienza la gran batalla.

—No te vayas —llora el cuerpo.

—¡Sal, presto! —ordena el alma.

Mas el alma no puede desprenderse sino cuando las raíces que a la carne le atan sean suprimidas. Y el alma, que fue el módulo de la carne, sufre por ella, a la que debe y no debe abandonar. Luego el mundo balumba con sus reclamos vitales y se siente el fragor de la nebulosa en el infinito cósmos como un temblor incitante y prodigioso. Allí lo que se vivió se sueña, o se crea con el sueño lo que se está viviendo. El alma es el embrión con genio sublime que hace suyo el universo.

El alma entra en hora de pájaros y de alas, ¡vuela!, ¡vuela!, aunque sea sólo dentro del ámbito de la sublime putrefacción. Vivimos imágenes larváricas, obsedida reiteración de todo lo pasado en un renacimiento de remotas vivencias, y, allí, el latido es sólo la forma del deseo de latir. Un hematoma congestionado que late, eso el deseo en la muerte. Ese deseo abre el camino al drama; y allí el muerto torna a vivir...

Vi, bajo ensombrecidos cielos, hacia recodo de erosionados breñales, mujer greñuda, oteando el duro horizonte, mientras sostenía a su hijo, que lactaba.

Aquél balbucía:

—¡Mama! ¡Mama!...

Y sentía que sus voces resonaban en mí; y ese niño era sólo el aroma de todos los niños que fui, y mi niño, que estaba en mí, canoro, y en perfume.

La sorda inmensidad se hizo sonora.

HAYLLI

Para qué me hiciste...

Para qué me hiciste...

Para qué me hiciste...

Ciertamente, esa desesperante angustia que tañía, era la de la célula que experimenta la desintegración.

Y es el alma quien responde:

—Para el dolor que odora y anda... ¡Vamos: anda, canta!...

Vieja mama chaiña defendía el nido, y que mío sería su polluelo; corrí por él; mas cuando la vieja enarboló el ala para ampararle, que nó polluelo: lo que incubaba era EL PEZ DE ORO.

Ciudad vi presa del horror. Leones, tigres, leopardos, búfalos, camellos, la invadían, obligando a sus habitantes a encaramarse a las techumbres. Mi Wayñusiña, contra enloquecido camello que me hería a dentelladas, abrigaba a mi guagua, para librarle de la desatada fiera; y, luego, furente buey de ébano se dirigió a socavar los muros de la casa que les sustentaba. Desnudo iba yo, y, así, enfrenté al diabólico cornúpeto, trabándonos en lucha larga y penosa; hasta tanto lo domeñé, y, con el baboso hocico, obliguéle a barrer el suelo y el lodo que formaran mi sudor y lágrimas; montéme entre sus astas, y en tan extraña caballería, por intrincados senderos avancé a mi cumbre, donde, puerta humilde flameaba como diamante que desafía al Alba...

He aquí pueblo que sufría el azote de la hambruna. Famélicas turbas se encaminaban a explanada a donde llegaría un salvador. El Salvador les llegó: jera mi guagua! Como yo, desnudo, con tal puericia, que apenas si podía tenerse en pie, subió por enorme escalinata a la altura de un aljibe, abrió válvulas, y de ellas se vertió sustancia densa, que los miserables acudieron a recibir con gritos de horripilante júbilo.

En otro, los edificios eran sacudidos por tremendo terremoto; solo, oscilante, amenazando caer, se erguía gigantesco obelisco de granito negro, que un niño, también desnudo, sustentaba con los hombros.

Bramaba mi alma:

—Es mi hijo! ¡Es mi hijo!...

Voces ululantes atronaban con ella:

—¡Estás muerto! ¡Estás muerto!...

Explanada de Kusipampa. Hormigueante multitud de súbditos del Inka. Cárdeno Willak-uma, entre incendio de fogatas, ofertaba al Inti-padre el Khero del Khapak Raymi con la rubia y espumosa a h a de Aklla-wasi. De la pira del holocausto subían llamaradas que en convulsivos remolinos llegaban a las nubes, y estallaban allí. Pero, no de fuego; eran llamaradas de pajarillos multicolores, que llenaban el mundo con su trino:

—¡Piupiu-titit!...

Mi alma bramaba:

—¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo!...

Finalmente, aliviándome de la angustiosa pesadilla se enervó mi alma, y caí en sopor, no sé si dulce.

EL FACITOL

1 Cuando pude mirar, me miraba.

2 Vime costeano el Titikaka; se desataba la tormenta, y en tanto me decía: "Kancharani Achachila, tatalay", señalándome la hirsuta mole de lomos acerados, un rayo nos alcanzó...

3 ¿Cuántas horas la tormentosa lluvia cayó sobre nosotros, si al recuperar la conciencia sonreía, fijos los ojos en el cielo; y era muerta?

4 Entonce me alargaba la mano, y como aquel funesto día, llorábame: "¡Quiero mirar tus ojos, achachilay!".

5 Luego, todo se hizo latido de amapolas.

6 Como en el brote la yema de la kinwa dulzaina y tierna. Gracia de tórtola odoraba su púdico himeneo. Tuvo la voluntad de su hombre; y sus mieles de madre fueron para el hijo que será el padre de su padre. Su olla en el fogón del Véspero hervía la médula del awichu.

7 Su fragilidad de pecíolo segó la gorguera del Kuntur; humanizó al Khorí-Puma; abolló mi rodela; trizó al tuerto Longino y su lanza, que por asalto me tomaron orbital y panoplia.

8 Entonces, vuelto sartal de bayonetas los ojos, de la mano me conducía, llorábame en la oreja; y, so las pupilas muertas, aleteaba, mimándome: "¡Quiero mirar tus ojos, achachilay!".

9 Anhelitos de koas, de salvias, eucaliptus, humaredas de inciensos y romeros, bullían en manantiales, zinzagueaban en los riachos, en la hondura de la encañada, enredábanse en el perfume de los rosales, las salvillas, los cedrones, las khariwas, en el viejo tonadeo de las pakchas.

10 Encorvados lomos del labriego en las parcelas del común; el arado cauto y seguro; la gleba fértil. Lejos, el lago verde, lapislázuli el cielo, la nube argéntea...

11 Nada nuevo, ni extraño nada. Mas otros quienes viven en la tierra y de la tierra: nosotros, los otros; los que no oirán ojos, ni ha de mirar oreja, si no acudes en manojo de tierra.

12 En la cúspide del Azokini, mi cruz agitaba destellos de espada.

13 Pebetero el campo de la heredad.

14 Allí, al amparo tutelar de la montaña, el nido humilde en su gracia de pétalo, y, donde, de un trino florecieron los espinos.

15 Multiplicado el ladrido al encuentro vino de los náufragos; mas nó uno, cien, doscientos, Thumos, en todo momento se hacen melodía.

16 Por el serpentino senderillo de las nébulas azules, avanzaba hombre joven, de aspecto placentero; y en llegando hablónos, efusivo, con leda instancia.

17 Que esperaba verme y verla; que nos veía a ambos, y a uno en el otro; que allí seríamos unidad continua; y todo habría de henchir y enriquecer.

18 Abiertas tendió las manos; cándidos brindó los ojos; de la sonrisa manábale generoso cobijo.

19 Como aquel que vuelve libertad al aprisionado pajarillo comienza por abrir la puerta de la jaula, tras desnudarse todo, abrióse la aurícula; y por ella se le escapó EL PEZ DE ORO.

20 Cabe la misma llagada fisura, brotóle tropel de amapolas, que, luego, para que no huyese, o no le tocaren, aferradas las raíces se alzaron en muralla.

21 A las flores siguieron dulce anciana y patriarca venerable, a quienes viejos puñales daban más dulce majestad; y así como posaron en tierra, asiéronse a su cuello para susurrarle sus plegarias.

22 Tras ellos, mujer blanca, de trémula belleza, imitándoles, con beso trémulo le lloraba.

23 Siguíóle, otra, morena y de cobre; atóse a su planta para darle refrigerio. Y era la sed de sus caminos.

24 "¡Lalá! ¡Lalá!, trino la anciana por su Urpila; y con arrodillados ojos emergió lirio lilial que, luego, fue a ungirle hueso, beso y lloro.

25 ¡Qué feliz el hombre!... Viven en él cuantos adora y le adoran.

26 Mas, he aquí, que fue llegada la hora; y el Sol vertióse en miel y oro; y, a su vez, el Hombre Placentero llamó con arrullo acedo: "¡Niña, mi querida niña!"... La cual era rosario de coral en el áureo pelliz del trino.

H A Y L L I

¡Piupiu - titit!

¡Piupiu - titit!

¡Piupiu - titit!

¡Piupiu - titit!

¡Piupiu - titit!

27 ¿Salió él de la niña? ¿La niña saliera de Él?

28 Amurallado en amapolas, pensó el Hombre Placentero: "Aquí, sin estar, estoy. Aquí estamos, yo, y Él; los tres, y yo solo y muerto. Mas los tres, dentro, somos uno. Nos baña la cascada de su ñuñu; si amargura secreta hieles; sus mimos manan panales".

29 El lacrimoso coro de las Wayñusiñas:

H A R A R U Ñ A

¿Y, nosotras, tus novias,

tus novias del jardín
que regaba tu lágrima
y tu beso nutrió;
viviremos, sin verte,
o viéndote vivir
en el aroma que alza
de la podre el olor?
Nó en vano, de la tierra
tu latido animó
el labio que te besa:
sólo nuestro serás.
¡O en el ardiente polvo
en que tu amor ardió,
haremos con tu beso
para tu amor cremor...

30 Tornáronse felinas, y, con pétalos, devoraron a la niña
cincopétala.

31 Ya blandía pentatónico el trino divo.

32 El Hombre Placentero pegóse a la aurícula de la tierra; y la
dijo:

H A Y L L I

Encinta quedarás, madre vieja,
nueve veces, de la sangre, grávida,
de quienes sin ella languidecen.
Henchiránse con ella nueve gérmenes;
mas a los nueve días de la Aurora,
sobrevendrá al noveno el décimo,
y con el que es floral del trino,
el rugido cósmico del Puma,
que heraldo será de tu parida.
Prosternaránse nube y montaña
en tu sangre, vieja. Y, nueva,
en la tuya fluirá la sangre

de las canciones nuevas y las viejas.
Que los que paridos sean de tu parto,
y esperan en nueve círculos concéntricos,
llegarán al décimo a tu embrión,
donde tu pródiga placenta
arropa oro y miel.
Rondará tu guarida la muerte veces nueve;
pero, a la décima, el colmillo
del Puma quebrantará la muerte,

33 Y, sabiéndose la fuerza, era sólo el deseo.

34 ¡El colmillo es el hijo! ¡El colmillo es el hijo!

35 Hendían alaridos de amapola: "¡El deseo es el hijo! ¡El deseo es el hijo!... Mas tienes que volver primero para volver al hijo; y ser en en El la voz y la voz de la hierba; el monte y las voces del monte; el lago y el eco de sus olas; la noche y su relámpago; el ala y el trino de su viento"...

36 Frío de nieve quemaba en el ascua de la sangre...

37 "¿Tienes frío, imillitay?"... "¡Tu miedo tienes, tatalay!"...

38 "¿Achachila persigue, imillatay?"... "¿Quién te persigue, achachilay?".

39 Cuando muerdo los ñuños de la tumba, oigo a los nueve pétalos del aire, los nueve partos de la tierra, al décimo pétalo que llueve.

40 "¿Malo está Achachila, imillitay?"... "¡Quieres en su alma hacer su nido, achachilay!"...

41 Para el diente saturnino de la kharkha, era ya caramelo el pío pentatónico.

42 ¿Quién, el que dos veces dos vio el ojo del tiempo viejo?

H A R A W I

Kancharani Achachila,
hina, hina, achachilay.

El mejor de los ancianos,

es el jefe viejo de la montaña.

43 "¿Te quieres, tatalay?"... "¿Si te quiero, imillitay?"... "¿Quieres mirar tus ojos, achachilay?"...

44 A saltitos, chimbando en el arroyo, llegaron a la chinkhana.

45 Cristalizado hilo de luz; y, por las ranuras de la invisible bóveda, gota de agua caía, inalterable.

46 Se hería sólo ella con ese hilo de luz avara; y era gota de agua que caía, caía, caía... Caía con el chasquido del beso microscópico del muerto.

47 "¡Quieres soplar el viejo viento de tu ojo, achachilay!"...

48 ¡Taya! ¡Taya!... Cuerda de charango, tañida, monótona, tenazmente... ¡Taya! ¡Taya!... Latía, tenaz, dolorosa... ¡Taya! ¡Taya!... La tiniebla, ronca, en los rincones... Abriánse fauces siniestras... ¡Taya! ¡Taya!... Hueca, húmida, la voz del musgo... ¡Taya! ¡Taya!... La gota de agua, caía, caía; caía, caía... Ojos de fuego lloraban en la sombra... ¡Taya! ¡Taya!... Escurriase el achokhallo por la rendija de la peña; rachas de chiñis huyeron por el boquete... ¡Taya! ¡Taya!... Graznaron los pukupukus...

49 Brazos fantasmales se extendieron en la sombra... ¡Taya! ¡Taya!... Los brazos babosos se cerraron; y la flor, sin ruido, se dobló...

50 ¡Achachilá!... ¡Achachilay!...

51 Un trino enmudeció en El Hombre Placentero.

PASTORAL DEL ALLKHAMARI

El pétalo parlanchín regresaba marchito. Todavía, cuando en la sombra del atardecer, cocuyos del cielo, se precisaban las estrellas, helado, largo crepúsculo se ahogaba con disilusiones violeta. Y la tempestad venía.

Venía el Achachila.

El cielo cargábase de nubes, y era el viento, húmedo, persistente, filo.

Tornaron en dirección a los ayllus.

Se alzaba la ventolera en las pampas, agitaba pajonales, topeteaba ribazos, estrellábase en los cerros, hacía revoltijo de polvo y de

polleras polícromas en los caminos; y, allí, mordisqueaba las piernas de las tawakus, o las khaspuñaba los pezones. Con musculosos y enloquecidos brazos ahorcaba luego el gargüero de la montaña; y dándose de cabezadas en las peñolerías, se lanzaba, rugiente, a la cumbre, a donde llegaba resollando... Mas, apenas se había golpeado el pectoral: ¡amo cuadrumano del mundo!; y ya otro ventarrón subía por la cuesta, barridos caminos y chakaras; se acometieran a testarazos y dentelladas, que presto fueron bramido que sacude las cumbres, arremolina tierra, y, en taladro ululante, perfora el vientre de las khenayas, que khawra s de celaje agitan con las piñas del ayrampu.

En el turbión de polvo difuminábase el perfil de la pampa.

Acá, entre el remolino, Pekhañayok; allá, Khiswari, temblando en el frío remolino. Casi invisible tras la polvareda, Mikhus; diseño que saca la cabeza entre enmarañadas sombras, Korpahake... Montoncitos de chukllas que se apelotonan para aguantar el látigo del viento. Pero, el vientecillo que chilla entre resoplidos de la ventolera, empapado en emanaciones del totoral, venía de Khipata, trayendo, rotos, acá, allá, íntegros, magullados, breves, o llorados sólo, el pitío del Tokhe, la cornetería del Chiarauma, el ronco ladrido del Khotaunu.

Viento de más allá del lago grande; "viejo viento flexible, ondulante, parlador, llaklla... ¿Era el viento? Era él. ¿De dónde viene y adónde va? Lo sabe nadie. Son preguntas de que se asusta el viento.

Allá, Mama-Oka, diosa de la simiente, suministra azúcares a la siempre chuma olla de los pobres.

Mama-Choke, providencia que no chilikute a sus rukis, imillas y phorekhas, lo mismo para el khamiri que para el khellupallasiri, que las pallapa entre sus rollizas y morenas piernas.

El khellu-pekhe-hisañu, aurífero, como la thampa de los kharas, que gringuea entre los surcos.

Todos proclámanse amigos de los campesinos, aliados de las cocineras; que traición de ellos conoció ese noble animal, que es el indio; que si la olla nueva y curada con el sudor del chunuchehe, hierven sin mengua de su entraña nutritiva; mas, crudas, mejor: serán comprimidos vitalizantes para quien las triture con molares sanos y las auge en la thosankheyu de la mamala...

Que allí viene, vedla, vedla; danzando viene la diosa prolífera y menuda, danzando y cantando.

—¡Soy Mama-Upa, la madre, asinita, y alegre!...

Tras ella se anuncia en el cielo, envuelta en plateados resplandores, oronda, la hermosa Phana de la noche.

—¡Me cuido de favorecer con augurios todo lo que nace en el rielo de mi luz! ¿Cómo no veré donde mi propio marido es ciego, si soy Paksé-mama? Conóceme, tawaku; no me confundas, kake.

Bullidora, cantarina, ya rompiendo cristales, ya escupiendo trinos, ved, cómo bulle la asiritu.

—¡Soy la corriente de aguas nuevas: Uma-mama! Parezco fatigada, pero bailo. Bailando bajo de los nevados; aunque veces mi ardiente esposo, el Verano, suele traerme del Titikaka, los mares lejanos, o la tupida selva. No diré mal de esta Orakhe, porque ceñuda sea y nada faramalla, si tanto me acarña; que si en ella borboto, fresca y transparente, es porque me empapo en la perfumada saliva de sus chikchipas y culantros.

Ebria la garganta en melodiosos charangos...

—¡Ni aún muerto dejarás de oirme —canta Pakcha-mama—. Mira, que si murmullo en las noches, conteniendo el resuello, y con él se duermen los hakes y sus guaguas; al amanecer doy mi khirkhinchu a las Sirenas para que enloquezcan a esos khamakhes chakareros que ateridas dejan a la warmi por los orines de la añasku...

—¡Hachis! ¡Hachis!...

Chukchu-mama, la estornudadora.

—¡Conoces a mi hija, la escarcha! Ella es helada como su madre; pero no te fíes de cómo parece, si nadie ha visto las candelas de su corazón! Debes amarme; porque soy enemiga de la podre...

Elake, elake, la blanca matrona, la de khawas en los dientes.

—¡Achalau! ¡Achalau!... La fama de mi esposo es tan grande, que ha llegado a borrar la mía. Khunu-tata me quiere mucho; cuando baja del cielo, soy los primeros copos de nieve que en el viento se hacen impalpables. Ya me adivinas: soy Khunukhunu-mama... No falto si los agricultores me reclaman; pero les pellizco las narices si me olvidan.

De todas, las más humilde, es la más bella; con vernaes endechas danza y padece.

—¡Soy Khana-mama, lo que estalla en silencio!

Es la luz, que ni en el silencio calla.

¡Jai! Pero el Achachila nó alegría quiere y masca horror como la ahayu masca kuka. En esto acabó el viejo charanguero de la Pacha-mama. Ve que el hombre arrastra la demudada flor, sale de su yacija; y le ofende:

—¡Khumu-ñekhe!

La ronca carraspera percute de montaña en montaña.

Ah, óyeme: aunque no inspire simpatía, mejor será coimearle, que si mal se aviene conoce piedad y es incapaz de enternecerse ni ante lo frágil y tierno, así lo tierno y frágil sea tu Wayñusiña.

H A R A W I

Dale la kuka

de la mama;

la dulce kuk

de la mama,

dale.

Que si endulzaras

su colmillo,

tal vez torne

benigna

su ansiedad...

¡Tiembra, tiembra,

si, amargo,

su diente

te akullika!

Como yauris el rayo en las Khenayas, el Hombre Placentero hendía lihwanas en la tierra...

La ronquera hizo temblar sus huesos.

—¡Khumu-ñekhe!

Conocía su sarcasmo, y calló, pretendiendo ocultarse en el polvo, tal los lluthus cuando el Khilli les acosa.

Entre dientes, a pedacitos, lloraba en los surcos Oka-mama.

—¡Ya no serás digno de los caramelos de Oka-mama, vejete sin entraña! Y, luego:

—¡Está rezongando; y no tardará en caer! —con la pudorosa florecilla silvestre, cuchicheaba Mama-Oka- ¿Le entiendes, Mamita-thosankheyu? Qué es el hombre en sus manos...

Y la llorona Mama-Oka, conoce que el Achachila es el tiempo fermentido y rastrero, padre, entre otras porquerías, del chivolara de Tata-Pegro.

De la Thosankheyu asistíanla los hipidos perfumados.

El cielo, enloquecido torbellino; enloquecido tropel de wikuñas, hacia occidente, donde los últimos resplandores de la tarde naufragaban, entre rayos y truenos, la cellisca barría corolas, decapitaba khinwales, centuplicaba el caudal de los riachos y aludes volvió las llokllas de la quebrada... El Titikaka se agitaba, estentóreo, oscuro.

Era la tormenta. De ese cielo fantasmal partió una chispa, fulmínea. El Hombre Placentero, se amainó...

—¡Achachilay!... ¡Achachilaaa!...

A M A Y A T O K A Ñ A

Elake, viday:

mi rayo
te hendió
y te mató
mi flor.

¿El traquido
oyes aún?
¿Mi espanto,
te espanta,
todavía?

¡Waspeame!

La muerta tiembla,
como su olor
titila.

¿Ya a la khaswa
te arrastrará
la khorokuta?
Rígida, elake,
se quedó.
Rígida,
como un temblor,
calladito,
mamitay...

¡Mamay:
que la traiga
tu parida,
mamitay!

.....

* * *

SINCRETISMO

—¿Y, siempre se akullika?

Le dieron respuesta afirmativa.

—No ha de morir... Es corazón grande... Su cabeza de Layka...
Pagaremos a la Pacha-mama... ¡No ha de morir!...

He ahí la sólita verdad: no me permitieron morir.

Pisado había el dintel de la muerte; ¿y ya podré decir: soy el muerto que anda? Allí del alma me azotó la Wiphala; besé el ombligo de la Sirena; pulsé las pakchas de la mama; híceme volívolo polen en la luz; sus leyes me insuflara la nieve; conocí que es tubérculo quien se alza en la tierra contra el cielo; que hay tormentas de pasión seminal en las flores; que el arroyuelo discurre con un sonko y posee antenas para no destrozar sus cristales en los peñascos de la madre; que ninguna madre muere, nó porque en la vida de la muerta se halle la madre exenta, sino porque ella hace exenta a la muerte, y si muere, renace en la sangre de aquel de sus llokallos que la kurukuteaba más; que el hijo muerto no ha muerto, pues muerde en el latido paterno; que las

mujeres amadas nos saben a sus mensuales linfas; que la virgen nívea, que agostó el martirio de los gladiolos, deja las falaces alas en el cielo, y agita corolas aladas en la sangre; que la muerte es hervor de la vida; y que hay que saberse muertos para comprender que el hombre tiene otro destino que el hombre; y que el hombre para encontrar al hombre, ha de buscarle en el hueso, el páncreas; que sólo allí el hombre es fervor...

¿Locura? ¿Cocanismo?

Si el hombre pudiese ser chakchado; si al menos pudiese enloquecer. Allí se me reveló que el alma es un perfume; y que si en la carne es el perfume que se trilla; en la muerte es el perfume que nos siembra. ¿Locura? ¿Cocanismo?... Cuando se desintegraba el madero de mi cruz, del Hombre Placentero me asistían sencillo olor y la palabra humilde.

Nunca saliera de mi sangre.

* * *

CRUCIFIXIÓN DEL CHULLPA-TULLU

—Tu estado vuelve a inspirarme temores. Sostengo —me dijo el joven sabio— que la coca usada habitualmente acaba por destruir la razón humana, y, a la postre, la sutituye por la "razón" del bruto. Fíjate: los Inkas la vedaban al pueblo. ¿Por qué? Porque eran sabios.

—¡La razón del bruto! Oh, para el hombre vedada trascendencia del ente... Ja, ja, ja... Porque eran sabios kukanis, doctor Fausto. Permíteme asumir defensa por la vieja Mama Kuka. Cuando los Inkas alimentaron piedad por el plebeyo (si el Imperio los tuvo, lo que me permitiría poner en tela de juicio), que, postrado, descalzo, sujeto al lomo el khepi, signo —anótalo— de vasallaje en el sentimiento del trabajo, del cual, aklla, kamayok, Inka, estaban eximidos, esperaba su mandato, veredicto, o perdón, extraían de la chuspa, y se las brindaban, unas pocas hojitas de la hierba sagrada. Habían sido arrastrados a la conmisericordia o amaban al hijo, que eso era el runahake para ese magnánimo, aunque en ocasiones severo emperador. La coca torna sereno al empavorecido; valeroso y estoico al tímido y renuente; sabio

al torpe. Y a quien la asimila le permite alcanzar en la tensión vital vibraciones de una plenitud en orden. El organismo es poseído, nó de ebriedad, sí de aplomo (se le llama estupidez, "la razón del bruto"); no sé si decirte que de temple de cuerda musical. Lo cierto es que el hombre sábase nutrido en necesidades primordiales.

—No sólo la coca; ésa la amenaza de todo alcaloide. Origina estados ficticios en que el hombre escinde la realidad a costa de los principios racionales de su naturaleza, que deben ser los fundamentos de su legítima plenitud.

—Espera: no me atropelles. Me aconsejaré de la coca. Tal dijo el auki Manoilito Allka, cuando zamarros de la aldea pretendieron que debía enajenar terrenos de los hijos de su hermano, huérfanos entregados a su exclusiva providencia. (Máxima: Si las propias facultades limitan al hombre, acuda a interrogar a la vida). Apoyado a la perka del uyu, se aclucilló, chakchó su kukita; y sólo cuando se supo sabio, habló. Se había aconsejado de la vida, que la coca parteaba de su rectitud moral, diré, de una rectitud ancestral. Medita en su razonamiento.

"No queda en Utawilaya —dijo— ninguno de los awichus para que decida si debo consentir en que estos pequeñuelos sean despojados de la heredad de su padre, que, para ellos, me encargó cuidar. Sólo a esa autoridad correspondería el fallo que yo acatara. Pero en Utawilaya queda otro anciano con ese derecho que este kolli; él ha visto nacer y morir a los Allkas. Le consultaremos; y si no contesta querrá decir que han entrado ladrones".

En innumerables hechos como éste me fundo para creer que ni el valor nutritivo de la coca, ni el espíritu del pueblo indio, han sido comprendidos. De la coca, afirman, y tú entre otros, ha bestializado al indio; del indio que integra un hato de bestias... Soberbias orejas, doctor Fausto... Pachakutek, que cobra fama con Lloke Yupanki, si la memoria no me engaña, de uno de los más kukanis de los Inkas ("gran mascador de coca", dice el Cronista), fue tan sabio como Licurgo, tan filósofo como Marco Aurelio, tan sensitivo como Adriano, y Conquistador digno de hombrearse a Filipo o Ciro. Caben en un puño sus máximas; pero la experiencia de los hombres que ellas acusan, ya nó. ¿Si la kuka hace posible tal iluminación psicofísica, cómo puede

embrutecer? El auki en el ámbito de su mundo tiene mayestática de Loja; y su agudez inspira la certidumbre de que los mestizos podremos penetrar en la interna sabiduría de su palabra sólo cuando valores, internos también, nos confieran la aptitud necesaria para insumirnos en su profundidad. Eso es cultura y sólo eso patria. Cuando estos fenómenos se observan como propios de un grupo humano, las conclusiones huelgan: no se trata de seres abyectos; sí de naturalezas aplastadas por el cieno. Tal el fundamento que me permite sostener que el radio de la capacidad mental del indio no puede ser circunscrito y menos limitado. Y es que los fenómenos del metabolismo tienen otro punto de partida que el proceso de la nutrición; y que el hombre nada espere sino de lo que deglute, digiere y asimila. La sabiduría del Inka es hija de la coca; la coca, el Cirineo de su esclavizado pueblo.

No se han preguntado nuestros sabios en qué proporción la coca suministra calcio, fósforo, hidratos de carbono, proteínas, vitaminas; y si "ingresando este aporte al organismo en estado natural", acrecienta o nó su "índice nutritivo". Su toxicidad, que no puede ser negada, resulta ínfima. Pero, la bromatología enseña que pocos son los alimentos – mejor, ninguno– que revele toxicidad cero. Alguna base fundamental de la nutrición es suministrada por la coca. Ciertamente, ella no hace erudito del hombre; pero suscita en él genio infuso que le permite sortear sus problemas con uno a modo de rigor frío y solemne, casi, diría, con el instinto demoníaco de la rectitud.

Que los Inkas no adquirieron en el laboratorio el conocimiento del valor alimenticio de la coca, es axioma del docto Pero Grullo; pero lo experimentaron a través de los siglos, y nó ellos en cuanto gobernantes de un Imperio que nacía, historiológicamente, con posterioridad al Mesías, sino en cuanto herederos de un complejo histórico, descubriendo que si suprime el hambre –lo que no está probado; y yo rechazo– no es porque narcotice la víscera estomacal, sí porque nutre en proporción todavía no estimada. Estuvieron en el secreto de las reacciones psíquicas y somáticas que gobiernan en el hombre, y en ellas sustentaron el realismo de su política; realismo nó de regalías y sí de beneficio de la realidad. De esto tendríamos mucho que hablar. Explícate así que el Inka pudiese servirse en el Kosko pescado del día traído del océano, sin más que su maravilloso motor de

explosión sanguíneo, el cual, como todos sabemos, no se alimentaba con destilaciones dionisiacas: con hierba en estado de virginal naturaleza: la coca. He aquí que si de trasladar las moles de sus gigantescas fortalezas se trataba, regía la música (alcaloide también para algunos moralistas); mas ella el petróleo. Indudablemente, el Inka era un semidios. Europa le sorprendió cuando con masa caótica modelaba imperio regido por el dios-hombre, incatalogable hasta hoy en las nomenclaturas sociológicas, que, al último, era el hombre-estado. Si entiendo bien, y pocas cosas me salen rectas, animal quebrantado como soy, nada semejante en la historia del hombre se conoce.

Por esto era reservada la coca para el Inka; porque se la consideraba alimento sagrado, si, además de nutrir, excita la vibración de las fibrinas alimenticias, originando centelleos calóricos que hipersensibilizan los nervios a la medida solamente de los semidioses en su penoso destino de abrir rutas al camino del hombre. Tenía el runahake, maíz, khinwa, papas, okas, todos los productos de la tierra; y ellos le bastaban para ser aguerrido, disciplinado, saludable.

Nada de paraísos artificiales; si paraísos, objetivos, tozudamente táctiles. Acá no tienes que invocar el fantasma del haschich hindú, el opio chino, la mujer divorciada, la cocaína cosmopolitana, heroína, y menos secuelas de irritabilidad, delirio de persecución, disociaciones, afagias. E infórmate, si lo ignoras: el indio en el seno de su mundo es behaviorista; y que es behaviorista el contenido de la moral inkaika; si en nada finca el valor del hombre, como no sea en la austeridad de la conducta, en el respeto por la palabra comprometida, en la religiosa intangibilidad que cultiva por el "tuyo" y lo "mío". Digo, del indio en su mundo; nó en el de la sevicia mestiza.

Todo lo contrario del toxicómano.

El kukani será un buen animal, y no le verás en sanatorios, ni cárceles, por kukani; menos que por akullikar hubiese estafado, o brindado su mujer a cambio de una libra de coca, como exquisitos civilizados por una ampolleta de extracto de belladona hacen con notoria frecuencia. Cuando higienistas de buena fe le predicaron que era dañina a la salud, mascadores de coca centenarios prescindieron de ella sin fatiga ni torturas nerviosas. Si definitivamente le faltare, le restará convencerse que tiene las uñas qué roer. Es desde este ángulo

inesperado que se comprende la revelación que hombres de ciencia europeos hicieron al afirmar que la coca, además del alcaloide, posee sustancias vitalizantes, en "escala verdaderamente integral".

Explicaron la causa para la supervivencia del pueblo indio a través del medio milenio de metafísica trascendental con que se le ha flagelado.

.....

Penetra en esta tragedia —o auto de fe—, la cual, ciertamente, escapó al mago de Strafford.

Cándido y dulce como la tierra, Emeterio Chipana, indio hercúleo y gigantesco, vivía en la soledad de su chuklla. Cualquier tarde se detuvo ante él una caballería, y de ella desmontaron viejo mestizo y su chola. Al alba, ya listos para seguir viaje, pidióle el garañón venderle uno de los cuatro corderillos que eran su hacienda. Se negó. El viejo mestizo extrajo la pistola, derribó dos, los ató a la montura, se aupó, delante acomodó a la hembra, y antes de partir le echó das escupitajos de plata sellada.

—¡Elake!... Te doy su justo precio...

Aquello fue racha de wikuñas que centellea en el nevado. El nívico Chipana volvió de la pesadilla cuando les vió alejarse; y sólo atinó a llorar, cándido y dulce como la tierra.

Pero, ya ardería la nevera. Se lanzó a la pampa, como el Khamakhe, husmeando senderillos y caminos, tras el rastro de los delincuentes. El garañón, tinterillo y garratierras, huía al extranjero con la "chula" que se había ayuntado, hembra de teta y nalga, esposa del más "legal" de sus amigos, y a quien rendía diario tributo de sumisión y fidelidad; por lo que, para huirle las garras y comer a recaudo del maduro morokoko alcanzar la frontera constituía su implacable problema. Ya no lejos se dibujaba la "Muela del Diablo", que sería la de su salvación, y acaso la del tardío juicio que le iba rompiendo la encía con dolorcejo entre asustado y pecaminoso.

Muy avanzada la noche, Chipana se detuvo frente a una chuklla, en cuyo corral caballito sunichu relinchaba que parecía sollozar... Dos días después llegaban el marido ofendido y cuatro gendarmes.

Encontraron a Chipana akullikando frente a dos cadáveres: hierático, pétreo, frío.

No deseo examinar ahora las consecuencias que este hecho de la realidad sugiere. Para mí, Chipana, en ese momento, era un semidios frente a dos bestias degolladas. Y dicho sea con perdón de la bestia santa, hermano doctor.

.....

Poco más te atedien mis logorragias; mas considera otro caso, espiga también de los vulgares días del hombre.

El viejo gomero Fermín Covarrubias había sentado reales en sigiloso rincón del bosque, de mil gomeros codicia por el árbol del historiado látex. Tenía pelo en cabeza y lengua. Sus ojos, azules y claros como su trato; que por la piel don Fermín parecía vaciado en porcelana holandesa. Y a pesar de tan púdicos factores, le atraparon el magnetismo de la maraña y la magnética de la eritrexilia, bien que con pasión propia de su enjuta personalidad. Más que fama de rico, la tenía de hombre dadivoso y humano; lo que hizo mayormente sensible el descalabro que de millonario potente, o en potencia, había de reducir a potencial miserable; todo, dicho sea en honor a la verdad, hermano doctor, fruto del bandidaje cuáquero, que se diera maña y cargara a las antípodas embriones del rico caucho americano, cancelando para siempre capítulo aladinesco de esta tierra cuyos "hombres se asientan en sillas de oro", como afirmara Raimondi, pero se alimentan de lawas, no sé si buenas; pero sí de no buenos sacramentos... ¿Sin familia, el pobre, viejo, sobre los ochenta años, había de regresar al villorrio hogareño a mendigar asilo para senectos? No. Quien asimiló la coca y el bosque ya no puede con ciertas soluciones propias de aguachirles y gomosos. Un gomero como él tenía que hacer algo digno de su vida que sacudiera el sentimiento de perennidad del árbol y los rumores de colmena de la jungla con sus afiebrados y pestilentes cenegales. Partió entre sus hombres cuanto le quedaba, día de éstos se echó a labrar su epílogo en el más confidente remanso de la sima, donde practicó una sepultura; por manera que cuando la supo cómoda y habitable abrazó a todos los suyos; y se despidió.

Don Fermín tenía pelo en lengua, te dije ya; asimismo que no lo tenía en el cráneo. Sin el fulgor sibilino, la suya era majestuosa figura de profeta hebreo, que si alumbraban bondadosas, azules ojos, festonaba revuelta barba encanecida; cenizas de sus juveniles hogueras.

—Mis amigos —les dijo—: los gringos nos partieron por el eje. El Siringal dará piojos y dolores de cabeza; y ya me siento caduco para seguirle dando. Me voy... Todo cuanto queda es de ustedes; y que Dios les ayude. Recen por mí, cuando puedan; pues acaso vuelva más.

Seguido de su asistente le vieron alejarse; y cuando en una quiebra del río se escurrió, como si éste lo hubiese sorbido, le lloraron. Fue todo.

Así llegó al lugar destinado a su última morada; a lo indio descansó sobre los talones; asió la chuspa; taqueóse la boca con hojitas de coca; fumó uno, dos, cigarrillos. Y entregando chuspa y con ella sus rezagados soles de oro sintético, sereno y reflexivo, a su fiel mozo, dijo:

—¡Karrajuska!... Creo que todavía soy dueño de mis huesos; y a mí me han parido en otra parte que la tierra. Bueno, hijo mío: deseóte honradez, honradez, como hasta hoy, si puedes. Y que seas feliz, si puedes también...

Le abrazó; saltó al hueco; se acunó en él, ciertamente, como el feto se acuna en la entraña de la madre; y...

—Ya, muchacho! —le ordenó.

Con la misma hierática sobriedad, el mozo volcó la tierra extraída del tollo, donde Fermín Covarrubias invernó con placidez de semilla, sin impacencias, rencores, ni tan siquiera avisado de su heroísmo. Y heroísmo fue el suyo: un heroísmo político, de kukani, frío, cerebral, acaso poquitín macabro. Pero que nos permite descubrir que hay vientre desvalido a que no lleguen las uñas de Calibán; y que el kukani tiene tendones que pueden flagelar aun después de comidos por el gusano. ¿No te parece?

Algo se descubre de cuanto llevo referido que para los Inkas la coca estaba destinada a alimentar el alma. ¿Si? Entonces, ¿tenemos o nó, derecho de exigir que la ciencia de nuestros días conteste sin pudibundos moralismos, sobre todo sin pedancias ni campanas: es, o nó, divina la Mama Kuka?

.....

Una sonrisa aleteó en el gesto del joven hombre de ciencia.

—Me confirmo en mis temores. Arcangélico hermano: aunque no parece, estás loco... Y tu locura es peligrosamente contagiosa, si casi me has convertido a la religión de la Mama Kuka. Nada diremos de su amoralismo chusco. He aquí su canónica: a mayor cantidad de coca devorada, mayor cantidad de semidioses.

Fue cucharón de plomo líquido en llata de agua fría.

—Si gañes así, admite también que el hombre, con la coca, o sin ella, puede acabar loco, o necio.

Sacudióله cadavérico rubor; para aliviarle...

—No es la cantidad devorada —le dije— lo que hace a los semidioses; los hace la calidad que a ellos les devora. Entonces, di más bien, que la coca nó cantidad, sino calidad de calidad. Si ella suministra un complejo sintético, como otro —y es fuerza reconocerlo— no se conoce; tiene que venir de una tensión de la naturaleza, y ser tensión en la tensión. Fecundará al hombre común, sin por eso hacerle semidios. ¿Me entiendes?

—Si fuese inevitable tomarte en serio, tendría que adelantar que tus conocimientos están en oposición a los míos, o son tales que en cuanto pollino no me será lícito aprehenderlos. ¿Quién habla en tí? ¿Mefisto, el socrático? Nada de cuanto dices parece cosa de este mundo; al menos se halla despojado de las normas de lógica y moral que rigen para los hombres.

—¿Quién? ¿Me guardarías secreto?... Bien. Fíame tu prudencia. ¡Mi Chullpa—tullu crucificado, mi alma, lo que es incorruptible en mí, y es sabio, más allá del bien y del mal...!

Miróme con ojos que dilataba la mónada de Leibnitz.

—Me inspiras miedo... Acá debiéramos terminar...

Hurté su excitado desasosiego.

—Créeme: lo sentiría, doctor Fausto.

Tardó no poco en serenarse.

—Me obligas a confirmarme en la causa de tus peregrinos principios. Como la coca suministra esas bases energéticas, que dices, y que yo ignoro, e ignora la ciencia que conozco, y la usas há siglos, actúa en el proceso de la quimificación a título de proveedora de sustancias alimenticias, sutiles y poderosas, te induce a embellecer la criminalidad

y a juzgar del espíritu del hombre como de arquitectura de conciencias ajenas a él. Si esto no es locura, traducido al lenguaje de la calle, dice más que el hombre es probeta de almas criminales en pena; y en ese caso es satanismo o magia. ¿Y cuál el milagroso medio para insumirse en tan enojados secretos? ¡La Mama Kuka! Ya no más intelecciones del sér; la terapéutica psicológica por los suelos; la teología, que es el refugio de la ciencia divina, cuchufletas... ¡El estómago, laboratorio del Homúnculo! Y nada espere el hombre sino de lo que ingiere y asimile... ¿Qué, todo esto, así planteado? Cocaína...

—Cuanto no pueda comprobarse experimentalmente se le vede al hombre. Por lo que, mi locura, como de esto se sigue, es buena. Los fenómenos, pues son tales, deben ser sometidos al rigor del examen científico, si deber de la ciencia es decursar por estos caminos de cabras que se destinaron al imperativo categórico y otros sacramentos. Anota que doy a la ciencia valor supino. Pero, a ella le digo que inexcusable tarea suya es dirigir su análisis ya no sólo a la realidad mecánica, sino a la mecánica de la realidad, procediendo a obtener aprehensiones directas de cuanto se ha aceptado como potencialidades del espíritu y de lo que llamara el filósofo la física de la trascendencia, si a ella debemos exigirle revelaciones no trascendentes sino vivientes en cuanto totalizan el fenómeno vital. Esto es, intuir menos y aplicar las medidas de la materia al sentimiento. Pesar el valor. Además, es bien simple cuanto sostuve. Si mis conocimientos son válidos, las estructuras anímicas para la psicología moderna, y ella es en gran medida de una axiología moral, es decir utilitaria, viene de yuxtaposición de estratos, de la misma naturaleza de las capas geológicas. Por osado que me haga la coca, nunca discutiré al sabio en lo que sé que no sabe. Las asociaciones anímicas, pues las siento, se constituyen nó sólo de esos factores. A ellas, que sedimentan y cristalizan en la personalidad del hombre (lo que no siento, pero consiento), deben aunarse acumulaciones de conciencias, precisamente de aquéllas que cumplido el devenir orgánico tendrían punto dónde parar.

—¡Tableau!

—Qué: ¿no admites la realidad de la muerte?

—Sí; acaso... No olvides: la ciencia no es ortodoxia. Sus afirmaciones son hechos experimentales.

—Y, por tanto, nada puede decir de la muerte o de la vida, ¿verdad? Déjale el análisis científico en este terreno a la ortodoxia; lo que, si me permites, no admite justificación. Hay que ver el encono con que no hace cinco siglos se hablaba de los físicos en los dominios de la ortodoxia; aunque no pocos teurgos o teólogos profesaran la alquimia. Dime, ¿si Teofrasto pretendió en un miserable cajón descomponer la materia en sus elementos genésicos para suscitar vida y personalidad en ella, era menos científico que Alberto Magno? Teofrasto seguirá siendo un destino para la ciencia... ¿Cuando el hombre muere, muere también su alma?

—¡Hum!

—Eso no te admito: la ciencia no puede responder con un ¡Hum! cuando se le constriñe a definirse. Si no crees en la realidad del alma, estás muy cerca de no creer en la realidad de la vida; y, así, la muerte resulta una ficción, como también la vida. Debes inclinarte como hombre a reconocer que vives porque en tí actúa un principio que no muere; y como hombre de ciencia comprender que es deber tuyo estudiar la naturaleza de ese principio, puesto que si es, es actualidad, por tanto fenómeno; y si fenómeno, divisible y susceptible de examen. Si el hombre vive de vivir, o vive porque puede morir, su muerte es vida: y, en ese caso, la realidad del hombre, inevitablemente, es su alma: el Chullpatullu, doctor Fausto.

—Ja, ja, ja... La filosofía humoral, cofrade mío en el Paracletto, suele conducir a estallidos geniales; mas es, cuanto violenta, más peligrosa. Mi consejo de amigo y de médico es que prives de importancia a tales problemas. Bien sabes que el hombre ha creído, y cree, en la inmortalidad del alma, menos convencido cuanto obedeciendo a una convención social, de convivencia. O lo que es lo mismo: los hombres creemos en la vida, puesto que no hay otra manera de saborear un cóctel antes de la colación, y en amical y espumoso grupo de sujetos afines. Mi fe no es de carbonero; tal vez sí de carbonario. Creo que fue William Hammilton, quien dijo que el hombre es el animal que se opone. Yo modestamente agrego que se opone hasta en la hora del cóctel...

—Doctor Fausto: si el cuerpo muere, y no así el alma, ¿cuál el destino de ésta cuando el organismo se ha inmovilizado? Prescindamos

por ahora de la bienaventuranza prometida al justo. ¿Será inmovilizarse, como él? Si la ciencia lo sostuviese revelaría que se mueve en espacio carente de ejes; pues la vida así es más que función de mecanismos susceptibles de movimiento, y cuyo estado natural debe ser la inmovilidad.

Entonces, el de la vida, problema nó de científicos sino de místicos; y la ciencia pedantesca que profesamos está demás. A los Bruno, los Herbet, Servet, Galileo, hay que quemarlos por higiene, si la ciencia que no es conciencia carece de valor. Al menos la ortodoxia nos muestra el mejor método para engañarnos. La ciencia, desde el lugar en que te colocas, que, por fortuna, no es el que la verdadera ciencia ocupa, resultaría estéril y complicada arquitectura. La ciencia analiza, nó en sí; analiza para responder y servir; posee una conciencia social y consecuentemente una responsabilidad humana. Ella nos debe respuesta a la miserable tiniebla en que viven los hombres... La ciencia no puede servirse de la filosofía humoral del carbonero; tampoco del nihilismo del carbonario. Su deber es comprobar. Pregúntese el laboratorista: ¿hay cuerpo alguno que revele naturaleza elemental? Si los cuerpos son de un fenómeno de interdependencia que obedece al principio de asociación, y la muerte es un mito —que es—, en la conciencia del hombre hay movimiento continuo e interdependencia. Cuando miras no miras sólo tú; cuando engendras engendra el universo, y en universo. ¿Entiendes, Plato? Al pasear los ojos por los análisis genéticos de la papa, pensé (que entonces pensaba), que ella, ni sus descendientes, ni el alma del hombre, podían descomponerse de otra manera...

—Ji, ji, ji... Eres un pensador eunóico... Te entiendo: todo sujeto deberá cargar, además de sus estructuras anímicas, un cementerio... Y su fardito de coca.

—El fardito de coca en este caso es un fardito de alivio; pues se trata de pesos nada metafísicos. En todo hombre hay persistencia...

—Perdoname si te interrumpo. Voy a seguir prestando atención a tus digresiones sólo porque soy tu deferente amigo; nó, porque, como médico, ignore que ellas pueden conducirte a recaída peligrosa. Sigue, pues.

—Por fortuna, epidemias como ésta no suelen ser epidémicas. Decía que en todo hombre hay persistencia con destino nutritivo, vegetativo y digestivo; y que al alma se aúnan almas, como las moléculas líticas forman el clivaje de la montaña; ya que es indispensable que toda forma sea arquitectura. ¿Será el rey de la creación menos que la montaña? Su alma, es, pues, movimiento, doctor Fausto, y materia, pues es, y sólo la materia es. ¿Será el alma depósito de estáticos cadáveres? No; es animula, vagula, blandula; movimiento formado por instintos, que son, desde luego, instintos de la materia. Duro será entenderlo; pero el hombre acabará por enterarse que es con leyes tales que se explica el misterio de su conciencia.

Pregúntate en este punto, si es preciso no callar más: ¿si el alma supone existencia de movimiento, de dónde le es suministrado el principio motor? ¿En sí se mueve y en ella nos movemos? Necesariamente conciencia es igual a alma. Por eso, al profundizar en el conocimiento de su naturaleza, y si es tal, en sus mecanismos, se debe encontrar que en ella se cumple una ley constante, puesto que ni ha nacido ni muere; y su existencia es sólo persistencia de un movimiento dado en sí misma y por sí misma. La dinámica del cósmos será conciencia y la conciencia movimiento en sí; ¿cuál la medida del universo? el sentimiento. Si así, ¿dónde el hombre es movimiento continuo? En el sentimiento de la vida: su germen.

Ahora bien; dime: ¿en qué área del hombre habita el alma del hombre? ¿Se podrán establecer los cables de transmisión que distribuyen energía a través del universo? ¿O el universo en sí es un estado magnético? El hombre no es en cuanto piensa, sino en cuanto se reproduce. He aquí lo que exijo del sabio: sentir más y elucubrar menos. ¿Es que la ciencia no puede ser irracional? Entonces es metafísica, la obra maestra de la intelección. Pero el hombre, como tal, debe poseer la irracionalidad de la vida. No juzgo estos términos del diálogo humano porque me reconozca autoridad; mas puedo menos de manifestarte que el hombre enfrenta sus polichinelas mentales a la grávida sustancialidad de la vida; y que ha hecho de aquéllas los nóúmenos del Universo.

Pues bien; el laboratorio no ha establecido la composición del semen; para él es tan apriorístico como el alma para el teólogo; el

cerebro de un Lavoiser o de un Pasteur, tienen de común que operan sobre efectos inmanentes, y, lógicamente, los refieren a causas trascendentes; lo cual les veda, a éste encontrar la posibilidad de una generación espontánea, y a aquél la del movimiento en sí rigiendo las estructuras moleculares. Es que orientaron su encuesta al macro y nó al microcosmos. Cuando teología y ciencia logren analizar semen y alma (y la teología es considerada la ciencia de las causas), podremos saber en qué grado en el alma hay un semen primordial, y en qué medida en el semen un alma orgánica, no se trata, —que así es—, de personas distintas y sólo verdadero dios: el sentimiento de la vida.

¿El hombre es en la vida y la vida es en el hombre? Un día el laboratorio revelará los elementos constitutivos de la verdadera piedra filosofal: el licor genésico, demostrando que son separables, y, por tanto, reencadenables. En ese grado del dominio científico el laboratorio producirá almas. Nada está más allá de la tierra, ha enseñado EL PEZ DE ORO. Hasta lo que llamamos pensamiento es materia, es una Mama Kuka, doctor Fausto. En la raíz del movimiento vital, raíz que está en todo lo que vive, —y todo vive—, hay cal, fosfatos, proteínas, el universo en cuanto es germen, o alma. Si existe Dios debe hallarse en estado de un lodo fecundo, por tanto no elemental.

Dime, entonces, no es llegado el tiempo de absolver la angustiosa pregunta del místico:

¿A dónde van los muertos,
Señor; a dónde van?...

A los vivos, alma de Dios; que no has muerto, y me oyes.

¿El hombre no conduce una agregación miracular de conciencias? ¿No podrá imprimir mayor vibración a su alma, o a sus almas, sin más que recurrir a medios nutritivos? Ni a los dioses les alimentan los entimemas, que fueron siempre antojadizos y picanteros, con un pantagruelismo de mandarines barrigudos; tanto que en veinte mil años de theísmo histórico, o político, las almas, con relación al alma encarnada, han vivido como "el ladrón en la noche", confinadas a cruel ostracismo, soportando régimen de desnutrición sistemático, pues a los dioses les aviene el mundo comer para ellos y las espiras de incienso

para aquéllas... ¿Locura?... ¿Cocanismo?... Todas las religiones partieron de una filosofía humoral, como dices, instintiva; por tanto, devinieron digestivas. La transubstanciación es acto de deglución; aunque luego rechacemos la posibilidad saludable de que, en ese caso, quien deglute y asimila, tenga que eliminar residuos. Más claro, ni el hidromiel. La pantagruélica confesional, sin embargo, no quiere reconocer que las almas, como todo lo que vive, requieren de sustancias nitrogenadas para subsistir. ¿No es a la ciencia a quien corresponde demostrarlo?

Me ratifico, pues. El subconsciente es multiconciencia; existencia de conciencias, o gérmenes vivos, que se rigen por facultades y necesidades vivenciales. ¿Te has detenido a observar la psicología del parásito? No se acopla al organismo en que medra por simple atracción simpática; es obligado por necesidades –tal su simpatética– nutritivas, y de hábitat. Correlaciona estos datos y obtén sus normas sociológicas. Se trata de la asociación de organismos de perfección vital. ¿Está dicho todo?

No pretendo divinizar la coca; pero en ella como en el espectro solar la unidad se llama luz; los principios nutritivos se llaman vibración. Y porque se llaman vibración, y son, pueden alcanzar al sutil metabolismo del alma. Es de una torpidad dantesca sostener que el alma cargue intestinos; pero, aun siendo inconcuso, para la ciencia comprobarlo será el más grande estupor de los siglos.

Cuando haya sido derribada la montaña de infamia con que la escombran la ignorancia y la pedantería (y se la desprecia porque es india, y del indio), habrá adquirido el rango de los pocos comprimidos de la Naturaleza en que ésta acusa su lujuria. ¿Abrirá caminos hacia más osados derroteros del conocimiento? ¿No será ella la hierba que polariza el bien y el mal en el mito paradisiaco, y cuyos frutos harán "dioses" de los hombres, según la profecía serpal? ¿Acaso acertaron los discípulos del viejo Paracelso al juzgarla medio para la debelación del Incognoscible? En todo caso, siento que la coca impelerá al hombre a penetrar en el hombre...

—¡El psiquiatra podrá determinar en qué punto termina el genio y comienza el loco!

—Intestino: destino, doctor Fausto. Lo demás, sin que pretenda morder tus abolengos, castañas.

—¡Hum!... Te pones canino.

—Poco menos que tú, doctor Fausto. Pregúntate más bien por qué no hay psicosis bestiales; aunque equilibristas de la psiquiatría sostengan que entre los irracionales suele perderse la razón, que, según filósofos y teólogos, no tienen. ¿Se ha detenido alguna vez el teólogo a decirse: Vamos a cuenta; en qué me apoyo para sostener que Dios realmente exista, si nada me consta menos que eso? Tampoco el psiquiatra —que yo sepa— se dijo nunca: ¿Es que hay locos? Siendo calificadamente ignaro, el loco dialoga como un filósofo; rechaza la convivencia y vive un mundo aparte; se asienta en mojón como en silla gestatoria; codifica e imparte bendiciones; ya es cabeza de mesnadas famélicas; frente a centurias que nadie ve —ni él—, es estratega. En los manicomios están Napoleón, Julio César, Caracalla, Mesalina, Aspasia, en fin, los manicomios son panteones de la gloria, grandeza y ridiculez de los hombres. ¿Y si lo que llamamos locura es un estado de acuidad de conciencia? La edad de Oro atribuía la artritis a la Mandrágora, como la psiquiatría de hoy las imbibencias del alma a locura. Si no hay locura —que no la hay en el rigor del término y del fenómeno— es fuerza admitir que en los manicomios están esos epígonos, o sus dobles, lacerando la carne indefensa de seres sin grandeza para acogotarlos. Hay locos que tienen la dulzura del mínimo de Auvernia; se les ve rendidos, ausentes los devotos ojos... A mí se me hace difícil calificar esa locura; creo que ese infeliz es el mismo Francisco, o cosa así, con su dolorida psicosis. Amo a Teresa de Jesús, casi con involuntaria gana y porque la amo creo conocerla. Así, a quienes la catalogan entre las histéricas, bien que geniales, y en nombre de la ciencia del siglo, les creo de una torpeza, ruin. Lo que se llama histeria en Teresa es vivencia de universo.

—¡Basta, lagarto sarnoso! ¡No te permitiré por un minuto sigas profanando las corolas! ¿Crees que me ha costado poco hacerlas nacer de esta inmundicia de lodo?...

Termina allí el truculento relato de este extraño apologista de la Mama Kuka. La documentación que ha legado a sus descendientes permite sin embargo reconstruir partes, acaso las más interesantes, de su diálogo con el joven médico, que persiguiendo tratar con los medios de psicoterapia modernos a su enfermo, fue envuelto en su magne-

tismo, estallando en acceso de locura. ¿Los robustos brazos del kukani le salvaron de perecer estrangulado? Pasión indeferenciada le mantenía en atmósfera de realidades misteriosas.

De los documentos invocados, se infiere que el diálogo pudo retomarse así:

Dícele el médico:

—Habla sin oírte...

Responde el poseso:

—¿Lo puedes tú? Quien no se oye es el verdadero sordo... Nó, loco; puede ser bobo. ¿Entiendes, Saulo? Súmete en la ergástula con sencillez y sin prevenido ánimo. Mira a esa pobre y hermosa mujer, joven aún. Es madre de tres no menos hermosos niños; su marido, un hidalgo que sufre en silencio la carga punitiva de su infortunio. Ha sido recluida, según los médicos, por ninfetiásica. La púdica matrona sufre el demonio impúdico. Nada sabe de su mal; pero siente que debe concebir un hijo que la reclama y tiene medio de procurar el estado embrional; si "siente" que su marido no será el agente indicado. Pronto el clímax la abrumba. Sus pobres nervios son derrotados y llega a la histeria furiosa: se le ha metido legión de diablillos en el ovario. Al fin se vuelca en llanto su hermosura marchita. Sombra espectral de la madurez, acaba en sayal de huesos. Ha perdido conciencia de la realidad circundante y desconoce a marido e hijos. A todo momento se la ve ofrecer el seno a bebé que nadie ve, murmurando, entre sollozos:

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!...

¡Loca! Pero, nó de su locura; sino de la de ese "su" hijo que la trajina, loco, el corazón. ¿Qué de esa locura dice la ciencia, y qué de la de ésa doña Juana la Loca, que peregrina arrastrando los huesos de su amado? Histeria... Ciencia estólida y procaz... La hiperestesia sexual de doña Juana es la palpitación sexual de su muerto: locura de vida; vida enloquecida por vivir. El espasmo del que engendra no es suyo. Me creo obligado a sostenerlo rudamente. El espasmo que le estrangula el encéfalo, es el espasmo del que necesita de él para ser y tiene la conciencia de la vida, y esto en la bestia, o el hombre. He ahí el espasmo que electriza la vida: ¡Locura!...

El médico, apasionado, olvidó su terapia.

—¡Gon!... Pobre, hermano mío... Cuando el alcaloide ha destruido el sistema nervioso de sus víctimas, se hacen manifiestos irrealidad, sublimación, narcisismo, agorafobia, ecolalia, obsesión sexual, misoneimo, necrolatria; es decir, algunos de los síntomas que se descubren en cuanto acabas de exponer. ¿Has leído a Nordau?

—Malhora, sí.

—Analiza la curva degenerativa de los genios que estudia por sus creaciones. ¿Qué la poesía del pobre Verlaine; la gigantomaquia de Nietzsche; la misantropía y vulvafobia de Schopenhauer; la dulce melancolía de Chopin: el efebismo de Goethe; el socialismo de Ibsen; el mesianismo de Jesús?, sino síndromes luéticos, tuberculosis, toxicomanía... ¡Debo tratarte, así no lo quieras: y esto antes de que se me agote la paciencia!...

—También las hostias pueden intoxicar, doctor Fausto; y el aserrín que deja el serrucho del carpintero acabar haciendo de un dulce carpinteruelo el Hijo de Dios, bien que nó por culpa suya. Hay que bajar de las troneras, doctor Fausto; y juzgar al hombre con la humildad con que trina el canario o ama el sapo. El verdadero tóxico es la presunción de divinidad que infla a los hombres y les arranca de su naturaleza animal. Allégate a la banda del Khorí-Puma, a la cual afiliamos ya muchos hombres. Su rugido anuncia el milenio de EL PEZ DE ORO; y en él el hombre se iluminará con la sabiduría santa de la bestia.

.....

—Con pesar me resigno; pero compruebo, hermano arcangélico, que de un momento para otro se dislocará algo en tus telares; y si la anterior pudimos volver, esta vez no regresamos...

—¿No regresamos? Me hablas en gringo. ¿Quién regresa si no se ha ido? ¿Si te dijera que cuando mueres estás más vivo, me darías certificado de locura? Mira: tu ciencia ha hecho más que diplomar nuestra ignorancia. ¡Ojalá el milenio que viene dirija los telescopios a la cruz!...

—¡Jesús, Satanás: serénate, serénate...!

—Me pides imposibles. Para serenarme tendría que montar en cólera. Y bien ves que voy a horcajadas de Buridán.

—¡Eureka! Adelante con el pingo —habría exclamado en tono sacerdotal el joven médico—; y, luego, permíteme una pregunta, que está en tu omnímoda voluntad absolver o nó; que no deseo confundirte. Dime: ¿sostenías que la conciencia viene de una formación sedimentaria de conciencias que fueron, fenómeno al que llamas supraconciencia, pues se forma por la agregación de conciencias (almas descarnadas) que, para permanecer en el hombre buscan el refugio de su personalidad. Pues bien: ¿tal proposición excluye la existencia de estados ingenuos de la conciencia? ¿El niño nace tan resabido como el octogenario?

—Las disecciones que haces de mis riñones son en extremo personales, y hasta arbitrarias. Si meditas un poco, verás que la solución de todo problema debe desprenderse de su planteamiento. En todo caso, el hijo es, siempre, más viejo que el padre, mirado naturalmente con el criterio escriturístico y gregoriano del mito temporal, pues, con el otro, el de la realidad, disfruta de intemporalidad. Vamos por partes. ¿Entiendes por estados ingenuos de la conciencia lo que la psicología oficial? En ese caso te diré que la psicología juzga de lo general por lo particular, o a la inversa. Que el niño haya nacido ayer, no autoriza la idea de que la vida tenga un día de existencia. ¿Qué es la ingenuidad, así vista? Ignorancia, elementalidad psíquica, inmadurez, ¿qué es? ¿Quiere decir que nos es dado algo concienical en boceto, o larva, y se desarrolla en el sentido del crecimiento, o que sedimentos "X" subyacen para aflorar en momento "Z"? A esto último, si no calibro mal, los intuicionistas llaman ideas innatas: la idea de Dios; la del bien; la del horror al pecado; la deshonestidad, los imperativos categóricos de Emmanuel, etc., en fin, todo cuanto le vino en gana a esa sabiduría; pero ya no es innata la idea de que el muerto no está muerto, por ejemplo. Todo lo contrario: el hombre nace con la evidencia de que si polvo al polvo volverá, porque es sólo materia. Aun dentro de la doctrina oficial esto es inahaprensible; puesto que tendríamos que postular que la naturaleza hace cosas inútiles, y que, con haberle dotado de "ideas innatas", lo de menos es atingir a la memoria para que suministre los datos de la realidad. Así con el niño nace la conciencia del hombre, pues sólo cuando el ozono dilata los pulmones del feto, y profiere el sublime ¡ingá! es que estalla el óvulo de la vida en ese ser; la

divinidad ha soplado en su corazón, de acuerdo a esquema inefable, le comunica movimiento y razón y en ella prendidas las "ideas" que le ligan al supremo principio de su esencia. Los hombres han nacido para Dios, porque Dios los ha generado. Perdóneme si te ofendo; pero creo que esa conciencia innata es sólo la innata estupidez de esa sabiduría. Mas, si fuera inevitable admitirlo, conviene entender que cuando el soplo divino abandona el recinto bronquial, o simplemente el estertor nos revela que la vida ha finado, lo que "resta" es la carroña, pues lo que adiciona fugó o se restituyó a su origen lustral. Así, la vida comienza hoy y acaba pocos años más allá, pese a su naturaleza "innata". Pero el hombre no puede existir sin un destino, y ningún derecho le asiste para hacer de una hipótesis su destino. El destino del hombre debe ser connatural a su materia, y ser lo que ella. ¿Juzgados tales los estados ingenuos de la conciencia son grados de un proceso de funciones somáticas, y, así como el hombre a medida envejece en medula, hace más vivaz su conciencia, hasta el punto de la declinación y de la muerte? Los endólatras del platonismo reservaban esa alma para las bestias; lo que, por lo demás, en nada difiere de quienes sostienen la inmortalidad del alma, insumida en la esencia de una metáfora, ya que, en cuanto bestia, o en cuanto ángel, se ve que el destino de la vida para quienes lo sostienen, es la negación. La inmortalidad del hombre, ni de nada en la vida, puede ser aleatoria; debe ser sustantiva y rectora; e inmortalidad del "ego", de la personalidad, política, social, suntuaria, táctil, olfativa. Entonces...

Ahora bien; si me aceptas que el alma, o conciencia, es el principio genético, cuando se desprende del organismo, que ha conformado, o esculpido (y ya es tiempo redimirle del nominalismo metafísico, llamándole lo que es: el sentimiento vital), digo, cuando el sentimiento vital abandona el cuerpo destinado al fermento y al humus, si es el principio galvánico en el cual se manifiesta el movimiento continuo de la materia, no puede disolverse en el éter ni en las nébulas, místicas del sándalo; vuelve a la célula seminal, por determinismo del nivel de los líquidos y de los vasos comunicantes; pues no tiene otra manera de ser. El hombre será nó un venir de dios para volver a dios, o no volver y quedar en dios; será un entrar y salir del hombre, reiteración sin tiempo; es decir, permanencia. Entonces, ¿cómo aceptar

estados ingenuos en el sentimiento de la vida? Si no hay tiempo en la materia no hay edades concienciales en el hombre. En el sentimiento de la vida todo tiene que ser conciencia; y la conciencia es supra conciencia, sólo a causa de que el ámbito conciencial es colmenar y no cubil zahareño de raposa.

Por otra parte, si el hombre no se va del hombre, ¿dónde está el hombre de la caverna; se ha gasificado o permanece en los estados ingenuos de la conciencia, esto es, en la amnesia conciencial? Entonces caractericemos su verdadera naturaleza; esas nebulosidades focales que descubre el hombre son el signo de que el hombre se ha perdido en el hombre; por ganar extensión, perdió su profundidad. He aquí que el hombre de la caverna, y él, precisamente, ha construido rascacielos, aviones a chorro, dinamitas capaces de desintegrarle la médula, sistemas filosóficos tan complicados y maravillosos como las redes telefónicas que corren debajo de las urbes, en fin, se dispone a conquistar el espacio intergaláctico; pero, sintiendo la maravillosa naturaleza de su materia, ignora aún que ella, en sí, posee eternidad y sabiduría, y que su sabiduría es movimiento, puesto que no se expresa en otra forma que el decurso. Ingenuidad + conciencia = frangollo.

—Todos los hombres nacen sabios, así visto; y en la sabiduría del hombre no hay grados.

—No hay grados de sabiduría sino en los ángeles que se gradúan de acuerdo con escalas de virtudes y máculas. La sabiduría debe carecer de palabras; y eso es la sabiduría de la vida, que abarca todo lo que se sacude con ella y en ella. Es sólo instinto de orientación y de vivencia. Los coloretos con que se embarra la prostituta no son el rubor de la virgen. Espero merecerte el honor de entenderme que no presumo de planteamientos originales, si sabes bien que de atisbos de esta índole están henchidos los filósofos antiguos y hay, de ellos a nosotros, sensualistas que abundan en doctrina tal, más o menos alquitarada. Devoto estudiante de hebdomadarios populares y de los maravillosos almanaques de propaganda farmacéutica, que, por cierto, rivalizan en valor y autoridad científicos, con los de los Krupp, los Du Pont, los Krügger, que saben cuanto cabe en el cerebro de un renacuajo, he acabado por enterarme que el hombre ha crecido en extensión, fuera de madre, perdiendo el sentimiento de su profundidad, sus raíces y

semilla. Sería casi cretino sostener que el instinto sea el autómatas de la materia; que lo mismo sería que digamos que el alma lo es del hombre. Los instintos son potenciales del alma, son el alma, el alma que secreta y asimila, se beneficia con las ganancias de la nutrición, sin nada —ni ella— podrá vivir desnutrido; disfruta de memoria, sentidos intelectivos, no carece de —es— la virtud del orden; y si el hombre posee la tendencia a conservar, prever, sus necesidades mediatas, será sólo porque el instinto es la conciencia, o el alma, y conoce, junto a su inevitable eternidad, el trágico divorcio en que se halla frente a la naturaleza. Así, pues, la conciencia no nace, renace; lo que es crudamente tautológico, porque la eternidad no puede ni nacer. Ha sostenido el genio de la mayéutica que la mejor manera de enseñar es partear; pues la sabiduría es connatural y ella se manifiesta en la personalidad. A esta altura el poder del hombre debiera ser deslumbrante. Si la conciencia del hombre es el eje intemporal del hombre no puede hablar de estados ingenuos de la conciencia. Que hable de supraconciencia, es otro asunto; pero estará en lógico. Cuando los sabios se emboten, que se oiga la sabiduría de los niños, dijo, más o menos, el sabio de Cafarnaum; y fue en niño que azotó a los grafómanos del Levítico. En el alma se hallan memorizadas hasta las vivencias larváricas; como, muy simple y sabiamente se induce de las sistematizaciones del viejo Pavlov; nó en ideas. Y es que de lo contrario carecería de riqueza quien es, biológicamente, un estado crematístico. Ese tierno pedagogo que es Pestalozzi, ha llegado a sostener que en la mentalidad del niño existen, tanto como existían, digo yo, en su creador, las tablas pitagóricas; por lo que el maestro debe reducirse a revelarlas, fijarlas. No concibas al hombre en la imagen del anciano caduco; tienes que concebirle guagua; porque de la guagua viene y a la guagua va. ¿Las tablas pitagóricas? ¿Son algo más que de una sistematización del instinto de vivencia?

Lo eterno es epifanía. Pocas veces el genio en literatura es inextricable; tiene que poseer transparencia infantil, la transparencia del alba. Y es que lo infantil es prenda de permanencia en sí misma de la vida; y nó otro el verdadero destino del hombre. ¿Dónde le cabe la estolidez? ¿Sería Protágoras un ignorante entre nosotros? Sólo en el

grado en que la ramera enluzca su piel para rivalizar con la primaveral de la virgen.

—Es que el hombre ha inventado la locura.

—Sin duda. Pero, mal le desazone, doctor Fausto, lo que no podrá inventar es otro hombre con una sabiduría sin hombre.

—Para sofocones éste, hermano arcangélico. Siento el alma en la luna de Paíta. A ver, akullicaremos, hermano... No; no... ¡No lo haga nunca! La coca debe reservarse para los divinos Inkas...

—¿Y, dudas, doctor Fausto, que yo...?

—Nó, nó. Con lo que he aprendido ahora, ya nó. Hombres como tú pueden ser lo que les venga en gana.

—Falso. El hombre es lo que ha sido; o no es.

—Y como ha sido Inka, Willakuma, Tukuyrikuy, y quizá autoridad de provincia, santo, diablo, tinterillo, o párroco de aldea, en regresando a guagua, acabará en chuspa de sutuwailas. ¿Verdad?

—Como verdad, tal vez. Téngote dicho que la guagua es ya una arquitectura consolidada. Y es que, así como (perdona mis petrologías), digo, en los clivajes de la montaña es dable comprobar la presencia de estratos férricos, cálcicos, o areniscos, fosilizaciones o margas; en la superposición de tinterillo, tatakora, noble indio, etcétera, encontrarás la personalidad arquitectural, como en aquellos encuentros la montaña. Más aún: si la guagua pudiese, fuese inducida, a organizar esta sedimentación de experiencias, gobernarlas, usarlas, verías que en la guagua —en toda guagua— se manifiesta luego la vejez vital. No le llamarás ya prodigios infantiles; su apellido es la enternecedora realidad de un "ego" inmortal que jamás se va de sí mismo. ¿La psicología explicará tales fenómenos con su doctrina de los estados ingenuos de la conciencia? Ciertamente, si el hombre hubiese crecido menos en horizontalidad, y más en profundidad, ya se hallaría bien lejos de donde está. La transmigración de las almas, que si bien herida de mixtificaciones teologales, sostienen —entre otros— los tibetanos, doctor Fausto, es algo más que majadería. Ellos practican la regimentación del fenómeno, y condicionan la reencarnación del Gran Lama, eligiendo el óvulo en que debe operarse el fenómeno. Los sabios de las Gomorras de hoy les juzgan pintolescamente salvajes.

Crezca el hombre hacia adentro; no prolifere en las ramas del árbol, cual hoy. Y, hacia adentro, están su eternidad, su infinidad, su permanencia, sabiduría, raíces, embrión. En las afiebradas visiones de Patmos hay imagen que sólo es posible traducir ahora. Es el niño que apenas puede mantenerse en las trémulas extremidades. Le llamaremos EL PEZ DE ORO. Y El Pez de Oro, domina al más terrible de los felinos nacidos de mujer: el Khorí-Puma. Y le domina con la sabiduría de su embrión; la cual es tanta que tiene otra manera de manifestarse que la ternura de su trino. El oro de la bramadora bestia se ha hecho miel bajo su gobierno: es la miel del oro. Es que ese niño representa la eternidad del hombre, para éste, el próximo y el lontano avatares de nuestras reiteraciones del infinito en el infinito. No lo dudes, el cósmos es ovoide.

—¡Sí, luz ferina de la Mama Kuka!... Me hacen bostezar, no sé si el espanto o el arrobó... Mas, ya me babea el alma...

—He aquí que, además los reflejos ambientales, o fisiológicos, que confluyen en la dinamia concienical, hay superposición de vidas, que hacen del hombre epicentro de una conciencia múltiple; pues su destino es vivir al universo, como el universo es él, obedeciendo ley de reciprocidad germinal. Los que hemos asimilado la sabiduría del Khorí-Puma, sabemos que esas vidas tienen el sentimiento de la semilla, destinadas, consecuentemente, a la fructificación. Pero, en el surco no todas las semillas obedecen a ese destino; algunas germinan en mayor profundidad y se unimisman con la gleba, tornándose humus fertilizador. Aunque la ejemplarización no sea plenamente cabal, en el hombre tiene que producirse si no análogo, parecido fenómeno, si es sólo surco de noble o ingrata tierra. Y sentirá que su alma se nutre con la presencia de otras que se le adhieren y conjuncionan. ¿No es esto más grande que la angelidad? En todo momento el hombre es masa. A más universo en él, más fuerza. ¿Cuál el camino?

—¡El pikchu de la Mama-Kuka!

—Claro. Mas, observa que si el líquido adopta la forma del vaso en que se lo vierte; esa acumulación de conciencias, sin negarse, debe conformar los perfiles de una personalidad. No sostendrás que porque el racimo de uvas tiene una forma, las uvas, individualmente, carezcan de ella. Una uva no es el pámpano; pero el pámpano es imposible sin la

uva. Así un hombre es el hombre; y sin ese hombre el hombre es imposible. La masa deviene individualidad. ¿Se entiende así la vida? Pues bien; ataquemos los contrafuertes de esta fortaleza. ¿Qué hay en el hombre que pueda inducirnos a conocerle en su profundidad? Yo me precio de una permanente fagia; mis curiosidades son de troglodita, si no hay librillo, sicalíptico o nó, que no haya devorado, en pudiendo mi centavo. Ciertamente: no encontré explicación satisfactoria a las causas de cuanto los pedagogos llaman tendencia vocacional. ¿En qué se fundamenta la vocación? Quiero sólo probarte la antigüedad del hombre, y de los hombres. Porque, si algo poseen éstos es vocación, predisposición, apetencia, o aptitud, para hacer cosas, hasta para vivir en determinados lugares del planeta; y en tan impositiva manera que no son pocos quienes permanecen en delirante añoranza de Thules para todos irreales. ¿Explicará la teoría de los estados ingenuos de la conciencia tan curiosos fenómenos? No sé cómo; al menos yo no puedo entenderlo. Muy niño solía detenerme en la cocina de mi casa frente al tacho en que hervía el agua para el te de medio día; y el borboteo y agudo resoplido del vapor que cantaba por la naricilla me sumían en verdadero desconcierto. ¡Qué mundo de "ideas" no me acometían! Cuando pude enterarme, no sé en qué Almanaque, que un niño —el físico inglés Watt— por ese medio había descubierto la máquina de vapor, comprendí que en él tenía que haber actuado algo de que yo carecía, si el movimiento de estupor en ambos fue el mismo; nó así los beneficios. ¿Qué era esto?

Me acuerdo también de un pintor suramericano —su nombre es famoso en la pintura oriental— que ejerciendo actividad altamente calificada de jurisconsulto, de pronto, tirando el Digesto, se sintió impelido a pintar. Y pintó con verdadero genio; no digo ingenuidad. Y —entre miles— el caso del zapatero alemán, o francés, documentado por observadores responsables, que fue movido nó ya a irresistible necesidad de pintar, sino que pintaba seguro de que "otro" valíase de él para ese fin; no sólo le inspiraba la composición y su técnica, si le conducía, tal a niño a quien tomara la mano su maestro, según declaró a la prensa parisina. Y su pintura era abstracta, complicada, biliosa, enigmática, egipcioide, que pocos críticos entendieron; pero el "autor" ni capiscaba...

El doctor Lodge, o Barrett —el nombre se me escurre—, presidente de la Sociedad Británica de Estudios Metapsíquicos, refiere —en libro— sobre el testimonio de su académica autoridad, el hasta entonces inexplicable caso de dos jóvenes estudiantes de la Universidad Pontificia, lejos aún de coronar sus estudios, que al visitar la Biblioteca del Vaticano rompieron a hablar de pronto en latín arcaico que nunca habían silabeado...

No sé; pero, en primer lugar: sea el de Watt, o de Pedro Figari, para mí, y lo mismo en el caso de los estudiantes de teología, se evidencia la manifestación de personalidades que conservan la aptitud, o inclinación, para determinadas actividades, revelándonos que son estados concienenciales lo que llamamos estados innatos; y luego, el caso del zapatero pintor —entre mil, repito— sólo viene a comprobar que en el hombre habitan otros hombres, los cuales en determinadas circunstancias favorables pueden revelar su presencia y decidir de la actualidad del sujeto en que se hallan. Esto no es ya demonismo, como bien comprenderás; es realidad de orden biológico.

Cuatro niños nacidos de la misma madre, engendrados por un solo padre, con toda evidencia libres de influencias extrañas durante gestación y lactancia, pues la madre es una mujer virtuosa (me entiendes) se hallan ante una compota de manzana. A éste, que no le agrada sino está helada; aquél que muy dulce; el segundo, así que así; al tercero, sin dulce alguno. Son cuatro personajes que debiendo proceder de la misma manera actúan en forma radicalmente distinta. ¿Respuesta? No la hay. El gusto manifiesta la temperatura de una personalidad ejercitada, con vivencias estatuidas y conformadas. Y si, de pronto, en una familia criolla, el padre, hispano vertebral, la madre, nó menos, aparece el Patito Feo, que rechaza la sociedad criolla en que ha nacido y se inclina frenéticamente a la mamaria indígena, se funde en su mundo, se sustancia en él... ¿cómo se explica el gusto de ese niño? Bien observado, doctor Fausto, la ciencia nada sabe de estos problemas.

Es realmente sorpresivo que un hombrecillo con pedigree vulgar, enclenque, microbiano, engendre de pronto un atleta con doscientos kilos de peso y dos metros de envergadura, sin que en él se revelen signos de infantilismo teratológico. ¿Obedecería a funciones anormales de la pituitaria? No obedecería a la pituitaria que el aldeano que fue

Rogerio Bacon manifestara la aptitud diamantina del gran teólogo que fue cuando era poco más que un menestral, tanto que a su problema hubo que buscarle explicaciones supraterrenas.

Aquí estamos ya frente a otro aspecto del horrendo "misterio". Si el pintor-zapatero hubiese engendrado un hijo, ése hijo habría pintado, que no él; y al zapatero sin tradición mental artística le habría nacido acaso un genio de la pintura.

Las leyes de la herencia, como se las entiende hoy, deben ser revisadas; pues más de una veintena de padres dipsómanos, idiotas por poco, han engendrado hombres superiores. La misma doctrina del pour sang del hipólogo carece de bases serias. Si sólo el legado paterno determinara la personalidad del hijo, de los genios nacerían genios; y no es así. Tal vez en el milenio de EL PEZ DE ORO, ad portas, se regimenten estas relaciones; la ciencia de hoy sabe nada de ellas. ¿Un día se juzgará a Aristóteles, al Aristóteles de carne y hueso, en la sucesión de sus diversas encarnaciones: Tomás de Aquino, Emmanuel Kant, Huxley? Al leer al escritor Mauriac, no me sustraigo a la sensación de que leo a Pascal; un Pascal redimido de sus tormentos digestivos, sin sus recargas de pavor y de genio; pero el mismo estéticamente parroquial.

No acusan estos hechos grados de inteligencia en los hombres; sino habituación en determinadas funciones. Desde el punto de vista de la vida, todos los hombres poseen la inteligencia vital.

Esta debiera ser la base del conocimiento psicológico del pedagogo para hacerse digno de parteros como Sócrates y el apóstol de Lausana; aunque tú, y la chusma académica, me digan que eso no es pedagogía, sino laykalogía. Por lo que a mí hace, de profesar el profesorado, comenzaría por preguntarme: ¿y, quién el niño a quien me toca educar? No cobraré la soldada por llenarle de viruta el cerebro; perseguiré librarle de la viruta que pudo adherírsele. En todo caso éste el único camino de llegar a la raíz del hombre...

.....

Los papeles se habían invertido; el enfermo adoptaba posición casi doctoral; en todo caso se desenvolvía con patética seriedad, aunque de momento a momento era inevitable advertirle inestabilidad

en las ideas y hasta la presentación contradictoria de ellas. En cambio, el joven médico alcanzaba tensiones lindantes con el delirio.

—¡Sigue, sigue, hermano sublime!... Nunca pensé que un día hablara por tus labios el Espíritu Santo... Me levantaré de aquí sólo para crucificarte; que todo cuanto dices debe ser irradiado desde la Cruz...

—Cuanto digo —sigue el kukani—, estímallo así, tiene la ingravidez de la paradoja, o de la metáfora, en su buen sentido, que no es exclusivamente el retórico (tampoco invento nada). Pero, sólo por una razón: hablo nó de elucubraciones sistemáticas, ni mi elocución obedece a método, que no sea el que impone la realidad. Persigo expresar el sentimiento de esa realidad; nó su lógica. Y la realidad es la vida, aún sin lógica. Deben hipostasiarse en el alma del hombre otras que le son no solamente afines sino magnéticas. La madre, supraconscientemente, prefiere entre sus hijos a uno, así no siempre lo revele; ¿por qué? De todos los hijos que ha engendrado ese polígamo natural, que es el hombre, hay uno que constituye su embriaguez: ¿por qué? Muchos amigos se cuelgan del brazo del hombre, pero hay uno que se le suelda: ¿por qué? Ya en vida habían roto sus individuales solipsismos; cuando mueren, y adquieren la vibración eléctrica de la semilla, son atraídos por una succión que les funge. Lo que amamos mucho no puede escurrírseles de las manos. Acaso la afinidad emotiva, comunes orientaciones mentales, convivencia, viejos avatares, cierta unidad en la acción, el trabajo, condiciones específicas de desear, tal vez; y hasta analogías en la alimentación, que hacen sosías temperamentales de algunos hombres, determinen a la postre su emulsión en una personalidad, la más radical. Hecho que así como explicaría la dispersión e incoherencia en algunos sujetos, esquizofrenia e impersonalidad; en otros cohesionaría la unidad tensa y fértil. Todo esto es posible; al menos constituye hipótesis de fenómenos psicológicos que la ciencia no sólo no comprende aún, sino que desvía y desarticula. El alma tiende al racimo, doctor Fausto, al encadenamiento molecular.

¿Podrías calcular, grosso modo, cuántas espiroquetas pálidas colmarían la cornucopia del molusco más diminuto? No hay número igual de monedas en las petacas de los gamonales. Cuando en tus oídos

vibre el rugido del Khorí-Puma, comprenderás que sólo ilumina lo que se siente; y en profundidad, dolor y germen, sólo se siente la vida. ¿Por qué duelen los muertos? ¿y en dónde? En nosotros, como que están en nosotros vivos. Cuando desencarnamos en el sepulcro viven ese período terrífico con nosotros, pues son nuestros, como somos de ellos; mas así como llega el momento de la inseminación con nosotros irrumpen en amorosa llamarada, y ¡vuelan!... ¡Ah, volar, doctor Fausto! ¡Volar en semilla, en deseo, en espasmo! ¡Volar! ¡Volar!...

—¿Volarás, Divino Demonio, cargando a tu muerta?

—¿Qué muerta?

—¡La Wayñusiña!

—¡Muerta!...

—Que en tu profundidad, vertical y eterna, está, sostenías; unida a tí por el amor, acabó cementándose a ti y se te sumó... ¡No vive, pues; está muerta; ha desaparecido!

—No llares pobres a los ricos, doctor Fausto. Acaba de entenderme; no amargues mis últimos momentos. ¡Eres de corazón berroqueño y de mollera reacia! Quien vive la suya y otras vidas, por eso debe admitir la negación ni de su vida ni de las otras; si eso negaría la vida en comunidad social y al hombre vivo en el estruendo del cósmos. Oye, piedra fría: tanto equivaldría a suponer que la individuación de los acordes desaparece porque se funde en la masa sinfónica. No es así en la música y no es en la vida. Si es sinfónica la masa sonora, es, casualmente, a causa de que importa un estado orgánico de los acordes. ¡Estado!: atiende y entiende. En tensión política, estado es también la ciudadanía, y se le llama con un nombre sagrado, que hay político que no haya emporcado: ¡pueblo! Pueblo es la convención sinfónica de los ciudadanos que determina el derecho político, nó de la masa, sino del ciudadano. Un hombre es un pueblo, en tanto ese hombre es del pueblo. ¿Me entiendes? Pero para que exista la entidad política a que se llama pueblo, es preciso que se forme de muchos ciudadanos como ése, que, individualmente, es pueblo. Así, pues, para que yo sea posible como hombre debo ser "yo" pero en "ellos". Sin mi "yo", el "ellos" es una abstracción. No te diré la sinfonía soy yo, ni ella, ni Él; pero sin Él, sin ella y sin "naya", la sinfonía no existe. Por tanto: ¿dónde soy si ella es sólo en mí y yo en ella? ¿Cómo

no será ella en mí, y yo en ella, si somos en Él, y Él sólo es en Nosotros? La siento y me siente. ¿Ha muerto? Nó. Hasta esa zona tópica no alcanzaron tu bisturí ni tu certificado de óbito. El harapo se ha tornado oro, doctor Fausto: los pobres son los ricos...

—¡El bisturí! ¡El bisturí!

—¡Nó; nó, doctor Fausto; nó el bisturí! Prefiero que me claves...

La trágica y macabra imbibencia del médico tiene en esos momentos, según los fragmentarios papeles de que nos servimos, ríspida secuencia.

—Ja, ja, ja... ¿Con qué eso querías, eh? ¡Ahora que siento que soy un espumarajeo de peditos, que diría mi sabio doctor Thumos! Si tu espeluznante pretensión va a conducirme a descubrir la América, prefiero seguir rezando en el camarín, oyendo misa todos los domingos y días de guardar, amputando apéndices, prescribiendo dilataciones contra los antiestéticos nueve meses de la mujer, remendando trigéminos leporinos, familiarizando a los obispos con el bacilo de Eberth, reeducando maceteros y daltoides paralíticos, cizando osteomelitis congénitas, regando la cava con soluciones formonales contra el romanticismo de las sístoles, trepanando zapallos académicos... ¡Jaaa!... ¿Conque, así pagas mi cariño, mi devoción? ¡Eres un dios sin alma!... ¡Te niego!...

—¡No; no me niegues, espíritu de la cobardía!

—¿Jaaa?... ¿Qué has dicho?... Ah... Pero, está muerta; muerta, muerta... Me consta... Ja, ja, ja...

—No te enloquezca el espíritu de negación, que ahora híbridos somos, doctor Fausto... ¡Vive, vive!... No morirá... Vino del Tawantinsuyo y está en mi cruz. No sabré cuándo comienza su dimensión en mí, ni cuándo la integro en sus dimensiones. Ahora mismo, en el punto que ella se pregunta, despierto coronado de espinas. ¡Estará en el madero, doctor Fausto, cuando a él me claves, sobrevenga la hora de nona, se rasgue el velo de las madres, se revulsionen las khenayas, el tuerto Longino me haya roto el costado izquierdo, la sed me despedace la garganta, gatee por el mundo mi amargo quejido, y llegue, al fin, doctor Fausto, ¡al fin! la hora de rectificar los estertores: ¡Hijo, Hijo! ¿Por qué me has abandonado?...

El joven médico habría caído de rodillas, musitando, horriblemente compungido:

—¡Dios te salve María!...

Del infeliz el turbulento tímpano habría captado argentino gorjeo:

—¡Piupiu-titit! ¡Piupiu-titit!...

—¡Doctor Fausto! ¡Doctor Fausto!... ¿Has oído?... El Coro de los Angeles... ¡Ya vuelo; ya vuelo, doctor Fausto!...

—¡Dios te salve María, del Diablo, del doctor Fausto! —musitaba el médico, castañeteándole los dientes—. ¿Cómo se te escapó del cielo este Arcángel?...

En aquellos tristes papeles se lee aún, textualmente:

"Tras milenio de silencio, en que Fausto, tras clavarme, se mantuvo abyecto al pie de la cruz, alzóse redimido por mi sabiduría, miróme, bebiéndose las pupilas, alargóme la esponja que había empapado en sus lágrimas y en jugo de coca, suspiró; y me dijo:

"—¡Maestro: ha llegado la hora de esparcir entre los hombres tu divino evangelio! Marcho a mi destino... Bendita sea la Mama Kuka, porque me permitió crucificarte!... Mas, debo maldecirla en nombre del hombre, porque ha matado a la muerte. ¡Qué será del infeliz, ahora...!

"—¡No te vayas, doctor Fausto! ¡No te vayas, doctor Fausto!... ¿Eres el Diablo médico y me dejarás a medio clavar y vivo? Piensa que el maestro de Academo, el suave Capadocio, el terrífico Heidegger, están en la chuspa jugándose mi alma a los dados. Dí a los hombres que éste el Mensaje Crucificado: ¡Mejor que esa vieja venérea de la Verdad, es la juvenil Relidad, la que venció a Tepsícore en la danza sin velos con sólo mostrar el arrullo de su panal! ¡Que el hombre comienza en la termodinámica de su alma! ¡Que es "la segura intelección de lo que es"; pero que la intelección sólo es posible en el óvulo, donde, porque fue, es, y será! ¡Que el hombre es discontinuo, inevitablemente, pues así lo han establecido los Diez Mandamientos de Divino Famélico; mas, entre segmento y segmento, tiene a la Mama Kuka para recobrar su unidad! ¡Que es eterno y conciencia en su embrión; y que en el embrión resucitan los muertos! ¡Resucitan! ¡Se rompen las tumbas, doctor Fausto, y ya estalla la tierra en el más grande parto que

han visto los siglos! ¡Vuelo, doctor Fausto! ¡Al fin, la cruz parió la
trinidad! ¡Vuelo, al hijo, al hijo!
—¡Piupiu-titit!...

* * *

"¿Qué? ¿Te hirieron; lloras, Plato?..."

PURO ANDAR

¿Quid quo est est?
Ipsum quod fuit.
¿Quid quod est fuit?
Ipsum quod.

Eclesiastés.

Primavera fue el hurón de mis chullpares; nó porque en ellos buscara regodeos, cuanto porque estaba seguro que unas tortuosas vacaciones había hecho más que abandonarlos; y perseguía identificar la entraña de donde vinimos y a donde volveremos todos para regresar todos. La mía era angustia de filosofía, sí de origen, y, al último, añoranza de heredad. Allí la muerte alzó su trono... Pero, ¿qué la muerte, si, cuando no mal deglutido ese latinajo de Salomón enseña que todo lo que es fue y lo que fue sigue siendo? El inmutable Predicador me ofrecía su corajuda fortaleza, y en ella protegido habría de enfrentarla de tomar forma en la materia.

Sin que penetrara en su apostrófico sentido, otro latinajo me abroquelaba:

**O gennius attonitum
gelidade formidine mortis...**

Sentía el frío de este latín espantable. Pero, Teresa de Jesús, mi dolorosa calandria castellana, esforzábame por instilar en mi chullpa sus “moradas” famélicas:

Veo secretos en nosotros mismos
que me tray espantada...

¿Y cuáles secretos que Teresa ve en “nosotros mismos” ¿Nó trasgos?

Son deseos tan vivos y delgados
que no se pueden decir.

Ímpetus, llámales de pronto. En fin, Teresa, la de los espantables secretos vio que en el más velado rinconcito del palomar estaba vivo el Divino Palomo... Que todos llevamos vivos a los muertos; que lo muerto vive. Pensar que el Inka también lo sabía fue entonces para mí causa de hondas perplejidades; y que con esa majestad de ley, de que tan bien hacía alarde, determinase que los muertos debían sometersele, por lo que les marcó ayllu, y les impuso jefe, convertía mi asombro en estolidez. ¿De los místicos desvaríos de Teresa, hay, por ventura, mensurable distancia a la certitud del runa-hake de que el muerto há sed, hambre, frío? Apreciadas ambas actitudes se ve que nada mensurable las separa; y que si aquélla siente vivo su Amoroso Palomo, y en el ardido pecho sus espantables necesidades de ser, de eternidad, de vida...; el kuiku no sólo conserva vivos sus rediles, sí que sus rediles balan y triscan más allá de las fronteras oscuras.

Cuando en el pajonal que el viento bate encontramos haz de paja brava trenzado fuertemente, y, heréticos, nos proponemos desatarlo, la enternecida imilla nos dirá:

—¡Nó!... No lo desates... ¿No sabes que allí lloran ellos?

“Ellos”: los muertos.

Y si en la soledad y silencio tumbal de la chinkhana de pronto vuela guijarro y se rompe un quejido...

—¿Has oído? —dirá la imilla—. ¿Has oído al Chullpa-tullu?

Y la imilla se habrá tornado verde como el sordo vello que alfombra el agua dormida del estanque.

Los huesos del chullpar hablan; y, como hablan, aman; y odian como aman; y si odian matan. ¡Guay del felón descreído! su alma y su cuerpo serán atenazados por el muerto. Ellos son ajenos a la vida; ni problema alguno que conturbe a los hijos puede ser indiferente a los padres muertos. Cuando me encarcelaron muchas fogatas atizadas en los kollos de la pampa concitaron a los encargados de la protección del kuiku y de su mundo; y los Mallkis, puntuales, abrieron mis rejas.

Eso vio Teresa en las moradas de la soledad.

Mas ellos vieron algo más: vieron que los Chullpatullus crepitan en las noches como chispas heladas de fogata inmaterial; y les vieron dirigirse a los manantiales a saciar la sed en que arden. Vieron

un orden impuesto a la muerte. Mejor dicho: vieron que la muerte obedecía ley; la del Inka.

Habíala de enfrentar un día; y la amé, seguro que amistad y compañía se trocarían al fin en gozquiña y pústula. Una a una desgranáronse mis mazorcas; ¡una a una!... Pero, por la misma razón de los impactos, más me adentré en su reino; mayormente me alcé su Hiwa-Hila. Y bajé a los infiernos, bien que nó pulsando la heptacorde, sino el khirkhinchu del Laykha.

—No verán tus ojos, me decía, la vigésima quinta Primavera; ni de las otoñales escarchas la sexta vigésima. Pues aquellos que los “secretos en nosotros mismos” conocen, ya nada esperan de primaveras, ni nada los otoños les prometen.

Y no fue así; que nuevas nupcias me esperaban cuando había alquilado habitación en el subsuelo.

“Mío, siempre mío”. La caligrafía del billetito era firme, pequeñina, de dibujados perfiles. “Pero, ¿eres mío aún? Siento como nunca tu latido... Cuando encuentres las páginas espeluznantes de tu obra, que he copiado con amor y pavor al mismo tiempo, estaré haciendo compañía a sus personajes; y mis huesos dolerán con su triste sensualidad”.

Aún perdura en mi ánimo la sorpresa que me produjera encontrar en el viejo baúl de sándalo, provisto de bolitas de naptalina, las páginas que ella había dactilografiado de este centón, que si mérito tiene, será el de haberse labrado en medio a la esforzada batalla.

“No te asombres; no estaré muerta”, decía más allá.

Ninguna veleidad literaria la descubrí nunca; por lo que esas líneas, trazadas cuando nada hacía suponer que la muerte la rondara, atenta su hidalguía kosko, bien me revelan que obró en uso pleno de las facultades de la conciencia, pero que, asimismo, el Mallki, en segmento imponderable del tiempo la reveló ley que conmina a la obediencia, y que, por tanto, quedaba otro camino que ponerse en camino.

Saj... Saj... Saj...

—¿Qué hacerle? Es orden del Inka. A ése deben abrazarlo las noches y a sus tiempos las alboradas; y ellas solamente. Le besarás ya más. Por ti lo harán las sombras: tan amadrinado se conduce con ellas...

Y aunque orden del Inka, comprendí que mi barragana sonreía victoriosa: perdida nueva batalla. Me quedaba por hacer sino el camino.

Saj... Saj... Saj...

Andar. Andar.

¿Quién soy? ¿No he muerto aún? ¿Soy el mismo muerto, que anda?

Desde que el forjador batió mis huesos en la ciega bigornia, permanezco aferrado a esta idea: el hueso me protege. El hueso sigue vivo en los chullpares; a reclamar su cacho de viento y Sol de allí emerge; él la parte alegre ve, sólida, de mi ternura; él me canta sus comprimidos de cal y fosfatos; me dice que al faltarme una base pétrea volveré al infusorio. Que eres, hijo mío, hueso de mi alegoría; y si quemas a más altas temperaturas transfugas mi sangre en mineral impalpable.

—¡Guaguay!...

Siento voz solitaria en multiplicado ritmo indio.

—¡Abre los ojos: mira, mira!... Cuando el dolor te enzarpa, la Europa que chapalea en tu sangre, tócase la galera, se atusa el jaquet, requiere el junco, los guantes de fino previl; te hace cortés venia, pícaro mohín... ¡y abur! Nos quedamos bien indios y en cueros.

Siento esa voz en mis orejas.

¿Es la tuya?

¿Es tu voz, guagualay; es tu voz saliendo, monda y lironda, de los alvéolos de mi carne; de nuestro moreno dolor es tu voz, hijo mío, viniendo en tierra pesarosa, entre las voces que en la tumba crecen como en los surcos las chokemamas?

—¡Guaguay! ¡Guagualay!

La Khantati tenía los parpadeos de la madre mía.

Parto matinal estallaba en destellos, si en los cristales del Titikaka, y al són de pinkollos y tamboriles, danzaban los Huturis. ¿Son cobranzas del día a la noche? ¿expolios de la vida a la muerte? ¿el reacio hielo en las narices? ¿del Chullpa-tullu el lloro en los pajonales?

¿son las thusas fulgurantes y las funéreas schokhas? ¿Tata-Lupi, oro bruñido en Niágaras de sangre?

En madre, desde el éter, me guiñaba el lucero.

Saj... Saj... Saj...

Me detengo ante la puerta fantasmal; y aunque reprimo el

**Lasciate ogni speranza
voi che entrate**

del florentino, en són humilde, que absorbe en su aymara el venerable Hiwa-Hila, depongo mi empeño.

Le veo dubitar.

—¿De qué árbol vendrá el Khusillu?

Pero, más en él puede el Inka; y se torna benigno.

—¡Estás cansado, Khusillu?

Como anota cómo mi lengua es enmarañada, me ataja.

—Nada digas aún. Descansa. ¡No es tiempo de Khusillus todavía!
¿Quieres una chuwa de agüita? Allá, o acá, el agua siempre agua; y el Khusillu khusillu.

¿Pude hacerme entender de él, si le hablé en lengua de Khusillu?
Medita; y al advertir que empuño el Khirkhi...

—En fin, Khusillu: pasa... Pero, ¡chitón hocico!...

Saj... Saj... Saj...

Andar. Andar.

Siento que un siglo me traspasa; que me traspasan los milenios.
Y, cuando en la sangre el tiempo ha desaparecido, oigo sigilosa voz:

—¿Pasó el milenio, tatay?

Retienen eternidad, y es, ni parece, joven ni viejo ninguno.
Mokhetos, zancajudos, abatidos ya, erectos; la costilla tensa, vibrante; escurridizo el frontal; impaciente el calcañar; el cráneo desolado. Y aunque los riñones les brillan por la ausencia, todos se tienen por hombres de riñones. Embebidos con la sístole de una campana bronca que tañe afanosa en el vacío, viborillas en sensitivos témpanos, tras ellos, Duendes cuchichean... Chullpa-tullu, responde: ¿es lo mismo oír

que gustar? ¿ignoras que el hombre sueña cuando paladea? Por los ojos, nó; hasta que se ha muerto. Los vivos soñaron nunca; les falta ojo en el telescopio...

El hombre es el único animal que sueña ángeles en el vientre.

Se muestran y se velan en los ramajes de los árboles; lentejuelean y se escurren en las linfas; gloglotean en la ciénaga; chispean en el ojo de la chusekha; lloran con la estrella. Y ello indica que en las cuencas desoladas se cuece la sangre; que la sangre está viva en ellas; que son theofanía y espasmo en cuanto han cal, fosfatos cristalizados, carbonato, óxidos. En cuanto son carne en hueso hendido; en cuanto el hueso es éter denso; secretación en el huevo materno.

Hay que llegar al Chullpa-tullu para arrullar al hombre:

—¡Padre mío!...

¿Qué alarido zumba en el silencio? ¿Comienzo de tremor hay en el mundo? ¿Por qué tiembla el aire, los árboles por qué tiemblan, por qué tremedal el cielo; Mama-Paksi gime y no se restaña el ojo; se atasca el khawra en el relincho; la raíz es garra y el silencio tumba que zumba?

Probad a que el alma escape de vosotros, y podreis imaginar cómo esa racha se expelia del viento. ¿Palabras son? No; pueden ser palabras: son huesos.

—¡Afirmo que sí; palabras sabias, como no pudieron las del filósofo!

¿Alaridos? ¿Gemidos?

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaa!...

—¡Uuuuuuuuuuuuuuu!...

Voces que aletean. ¿No las habeis oído nunca, ni en la nocturna soledad, a la hora de los maitines del Thuku? No conocéis al Chullpa-tullu; no habéis oído más allá de las narices.

Las guturaciones recuerdan voces viejas.

—¡Sem!...

Y otra:

—¡Raaaami!...

¿Sem? ¿Rami?... ¿Semíramis? ¿Y cuál el rol, acá, de la hermosa cavilosa? ¿Raíces babilónicas en las tierras silúricas? ¿O es que, ciertamente, vinimos del mundo en polen del mundo? Mas la sombra se aclara y ya se precisan líneas aleves de sus leves habitantes. Veo. Las voces toman corporeidad. Ebulle la calavernaria, y, como del ñuñu la espumosa leche, se desbordan de los chullpares.

—¡Uuuuuuuuu!... ¡Ruack!...

¿Ruack? Si es fuerza dar autoridad al Almanaque “Bristol”, conforme a las tablas púnicas, Ruack es viento; a menos que se engañe, y nos engañe, ese vademecum de la sabiduría. ¡Políglotos en el chullpar! Me obligué a oír, ver, y nó inquirir; que harto deseara someterles a encuesta que no despreciarían ciertamente The Times de Londres o la Pravda de Moscú, seguros de que en sus planas jamás se ofreció más estrepitosa novedad. Tanteaban, tropezaban, que nó lingüistas parecían; sí, ciegos...

Con entonación cavernosa y melancólica, ondulaba el macabro ulular.

—¡ Sem Rami !...

—¡ Ruack !...

De la multitud, dos se detuvieron; los dos que emitían el gangoso gemido. Lleváronse las falangetas a las órbitas; y pude observar que las limpiaban de telarañas, y hasta parecióme que hacían algo como quien pule lágrimas o legaña.

Huesudo, longuilíneo, el más alto (lo que habremos de aceptar, si acá se ve que las uberosidades del adiposo se determinan por cierta disposición de la estructura que ha de favorecer el crecimiento de grasas), el más alto, dirigiéndose a otro que a su flanco iba, de forma tal vez achaparrada, díjole:

—¡Hijo mío: por fin te veo!...

Hijo suyo. ¡Hum! Les habría creído el pernifláutico de Quijano y el abdominállico de su escudero.

—¡Te veo, así mismo, padre mío!...

—Avanza, pues, guaguay.

Saj... Saj... Saj...

—Guaguay: ahora a la nevera; y de allí a alla...

¿De la nevera a allá? ¿a las columnas de Hércules?

—¿Adónde, padre?
—Allasito, hijo.
—¿Al Sol?
—Nó: allasito, guaguay.
—¿Allasito?... ¡Ruack!, di...
—¡Ruack! ¿Iremos a donde estamos?
—Entonces, Bubdhi.

Platón en la danza. Si no allasito, el viento; si no el viento, aquisito: Bubdhi.

—¿No será mejor Thumos? Bubdhi, Bhodistava, Bobys, bobetas... Bobetas, guaguay...

—No sé cómo has conservado el gusto rupestre, padre. Somos los que andan; y saben que andan; por qué y para qué, adónde y en dónde. Ese tu allasito no es de cuadrúpedo. Pues, si a ese tu allasito, allá, vamos, es sólo porque somos Bubdhi. ¿Me entiendes?

—Sem Rami, guaguay.

—¡Sem Rami!... ¡Te emporcas, padre!... ¿Y dónde pára tu Sem Rami?

—Aquisito.

—Y eso la nevera, tatay...

—Bueno, llokhalla; me abusas. Soy tu padre; aunque te rasques. Te hablaré en werakhocha si pide tu gusto. Sí; a la nevera. Ella vive en la nieve y de la nieve. ¿Entiendes, ahora? El fuego la procura y el hielo la conserva. Si está en nieve en nieve debemos encontrarla; pues, si me aceptas, es ella quien posee la virtud de conservar, y conservar precisamente el hielo, lo que arde y es brasa. Mira, algo evidente hay; y es que la pobre no pudre.

—Ji. ji. ji. ji... Padre, padre... Te lo oigo y no te lo creo... ¿Ella no pudre? ¿Y quién pudre, a ver?

—No lo sé. Deben podrir las malas acciones, las ideas de los castizos, los pergaminos malcastados, billetes malavenidos... Porque, ella, eso sí nó. Tiene que haber en la podre un hielo germinal para que ella no pudra; si, vieras: es como la cutis de la Amapolita que cada vez está más fresca. Entonces, si eres nó tan álogo, convendrás que ella no pudre. Pudre sólo que ya estuvo podrido. Y más no me tires de mi lengua. ¿Que en dónde está? aquisito. Velay, valay de cuescos: ¿no

sientes que si por ella vamos es porque nos lleva ella; si nadie va sino por sí mismo y a sí mismo? Aquí, aquisito es la nevera; y allasito está nevando. Ya ves, en nieve se contiene la nieve, si ni los corrompidos la corrompen. Deja cachondeces para la batalla de Salinas o para el vejete verde del Diablo de los Andes.

Saj... Saj... Saj...

—¡Ay, ayayay, mis cabellicos, maigre; si uno a uno me los quita el aire!... ¡Ayayay, ay, ay!... Así, la fiebre es frío. ¿Pruebas? que te pudres, me decía. Si era para aguantar el infierno de esa masa gelatinosa de gusanos que se metían por los orificios, y de orífices venían; y todo arder en ardores. “Si de esta salgo, saldré kankachu”, decía, pensaba, o sentía, todo junto; porque todo eso ni lo sabía yo, ni el gusano, y, sin embargo, ambos sentíamos. Sí, ya verás: ese hormigueo de gusanos no es el hormigueo del gusano, si eres tú que te hormigueas. Ay, tal el camino de la nevera; si luego sentí fuego de glaciár, porque era fuego frío, el hielo de la vida...

—¿Sí?

—Claro; tú no has pasado el infierno. Que yo, por impedirle al gusano que hiciese loco de tu carne, te quemé la sangre con el veneno de las ratas; y así cuando te metieron en la tierra, ya estabas en mi corazón. ¿No te acuerdas? Cuando abriste los ojos, abrí los míos... No sabes comprender todo lo que fueron mis huesos para ti...

—No seas injusto, padre. Sé cuánto tu cariño. Pero, no olvides que la masa gelatinosa, también la ha soportado yo, a tu lado, sin chistar... ¿Te acuerdas?

—¡Al hielo! ¡A la nieve, hijo mío!... Tenemos que librar al hombre del infierno...

—¿De modo, qué la pobre Bubdhi?

—A bubear, hijo mío. Pregúntate —si eso es más útil— ¿dónde pára el alma?

—¡Ruack!

—A lo mejor... Por eso el viento a ratos se pone meloso, y relincha, y babea. ¿No será un viento espeso y de huesos? ¿De dónde, si no, vienen los huesos, el hígado, los riñones, y esos relinchos de semental que tiene a veces el viento? Y es que si poseemos eso, es

porque sólo eso somos. ¿Las palabras, no serán eso? Cuanto "eso" es, habla, anda ¡Anda, guaguay!...

—¡Aaaaaaaaaaaaaaa!

—¡Uuuuuuuuuuuuuuu!

Palabras sabias, cuanto más pudieron las de Plato divino; y sobre eso que nó de bibliones; vienen de "eso".

Saj... Saj... Saj...

—¡Habla con guaguas; y cállate!

* * *

Otros.

—No son dos. No pueden ser dos.

Cuando de arenas el tórax se atora, ya el hombre sabe qué le atora. He aquí genitor atorado en los símbolos.

—Nó, dos. No pueden ser dos —repíte.

—¿Pakcha, padre?

Decididamente los Chullpa-tullus poseen la Lengua de Adán: o fueron víctima de bristolitis citacósica, endemia propia de analfabetos y de no pocos sabios trepadores.

Con solemne indignación reprocha a su vástago los medros que infiere al campanario.

—¡Qué pakcha, macaco!... Paya y Maya, se casaron; y les nació un hijo: Kimsa. Y este Kimsa es el Maya y el Paya, según todos los han entendido, y en tanto el entendimiento pueda ser referido a las tabulaciones del metrón, o, cuando nó, del gnomón. ¿Si se dice dos en sánscrito: pakcha; y se invoca luego el metrón griego, se trata de hacernos entender que allí donde separamos la "idea" de dos, sea en Grecia, o en la India, dos serán dos? Si así nó, renuncia a la autoridad del Almanaque "Bristol"; que al menos te asegurarás contra cefalalgias y otros trastornos mensuarios.

Alégrase el retoño.

—¡Cusa! ¡Cusa!...

—¡Khusi!... Qué, Cusa... Que los bhodistavas se hubiesen alegrado en palí, bien. Pero tú no eres bhodistava ni palí; entonces, tu deber es alegrarte en kuiku. Y para el kuiku, ¡khusi! Aunque por el otro lado de

nosotros resulte lo mismo. ¿No sería cosa de tirarse los pelos ahora, si llegamos a la conclusión de que fueron mieles del Titikaka la mielura del Bhudda? ¿O es que toda lengua, en cuanto lengua, idioma de guacamayo o de ente, es lengua común a su especie? El ente se diferencia del guacamayo en que éste tiene su lengua, y puede hablar su idioma; en cambio, si el ente gruñón acabó hablando fue sólo porque no pudo gruñir, que eso lo que realmente perseguía...

Castañeteanle los dientes y ábreanse rosarios de ceros. Deja entender que posee "idea" de cierto destino universal; y que Sem Rami es la más alta grímpola, adonde, atraídos, se dirigen todos. Pero Sem Rami puede ser el Duende; aunque de nada posean evidencia, antes de someterlo al rigor de una medida, como toda medida racional, nó en sí misma, sino en sus aporías. Por lo que, para saber lo que sea Sem Rami, haya que comenzar por medirla los hoyuelos. Estos, los que tal persiguen.

—Finalmente —dicen—: ¿qué el hombre, si no el Duende que mide? Y, luego:

—Nunca rías en tiempo; hijo mío. El tiempo ríe y agría. Cuando lo sepas todo, porque todo lo hayas medido, ya tendrás buenas razones para llorar; si esas medidas nó de las cosas cuanto tuyas. Al tiempo avienta esas medidas; y así te vienta el viento. ¡Nada de risitas! El barco, porque de lastres se redima se echará a reír; mas sí se sabrá aligerado. Anota: cuando los grumetes avientan los saquillos de arena, y el mar, si suyos son, los traga, corcovea, y vase luego haciendo cabriolas en la ola como ingrávida cáscara de nuez: ¿risitas? ¡Está alegre; que sus calderas lloran humo denso! Cuídate entonces de los sabios que hacen consistir la sabiduría en el peso de su grava: son naves que se hunden, si el peso busca profundidad, el peso ése. Que el otro, el de la realidad, es anfibio, y pesa lo mismo adentro que afuera; ya que su profundidad está en él. Cuando todo se reduce a arrumar lastre, se acaba en superdreadnought, armatoste de museo náutico...

Discurrir.

—El vómito una solución; pues ¿qué lo que pesa: el alma? Que Dios tiró en el hombre un alma, se afirma, y se afirma por sutiles como el dispéptico geómetra famoso; por lo que deja descubrir que si Dios asignó alma al hombre, fue como el barco avienta lastres y se aligera.

Ya está ligero él; pero el lastrado hombre no se tuvo en cuatro manos ni se puede ya en cuatro, que no digo patas: piernas.

Tendrás el sano gusto de no dar crédito a tales geométricas sutilezas. Lloro, porque tu carga nó ésa; tu carga eres tú. Y la única manera de saberte, es cargarte. Pues, carga tu carga, como la graciosa bayadera en el labio el besuqueo de la pandereta. Lo demás, ergotismos.

Es que el alma llorona es así: pandereta y besuqueo de la vida; y si no te la han encharcado en el cielo, sencilla y germinal. De ella tiene que nacer un Duende laborioso que todas las mañanas te pregunte: "¿Y, qué tal? ¿trabajamos?". Y ya le verás, azada al hombro, dirigirse a la huerta, donde rompe en embrión la costra de la tierra.

Dila, a poco la sientas: ¡Ya estás acá: Vamos: anda; canta!... Y será ella quien ponga melodía y peso en tu beso...

* * *

—¡**Factum fallens!**... En todo dos se quieren y requieren; así lo sabe todo bruto. ¿Porque el hombre vaya en dos piernas será capaz de dos pasos? Nunca da sino uno. Mira lo que valen las matemáticas. Conque, ya ves que dos es uno. Cuatro también uno: la yunta no la hacen dos becerros; dos becerros, un arado y el boyero. Mendaz que el idioma de Natura sea aritmético; es deontológico; y sus unidades no se refieren a cantidades, sino a utilidad. La unidad no es el Uno; la unidad es posible en todos o en muchos. El uno sirve cuando es tres; que sólo así es un hecho. Y es que la unidad tiene que ser cosa y nó ente.

—¿Y como el hombre es uno, no existe?

—¿Uno? La Nada es la Reina; Rey el Todo. Se casan, y ahí todo: el Príncipe Uno. Deja solo al Omnipotente; y verás que la Reina Nada se lo come. Pero, como la vida es utilidad; somos dos y Uno.

—No entiendo.

—¡Guá, opa!... Yo tampoco.

—Qué grandes saberes los tuyos, padre.

* * *

—Óyeme: te dedico esta fabulita.

Un día el Todopoderoso (cuál de ellos no te dé comezón saberlo) se fastidiaba con la inutilidad a que se veía reducido des que la obra maestra de la Creación nada exigía de sus manos.

Y se dijo:

—¿Lo he hecho todo?.. ¡Hum!... Creo que sí. No me engaño: todo, todo; hasta a ese mal ángel de Lucifer. Pues, echando mano de los materiales empleados hasta acá en esta aburrida Creación, me haré yo mismo; que, visto bien, aquí sólo yo faltó... Qué descuido.

Tomando manojos de greda fina se puso a modelar muñeco de las mismas trazas del intelectual muñeco que se intuía; supuesto, si el Todopoderoso estaba convencido de ser él, también lo estaba de que carecía de forma, de materia palpable, de volumen, en fin. De suerte que pintiparado el muñequito, hacía más que mirarle, diciéndole:

—¡Qué hermoso adefesio he modelado!... ¿Me miras, eh?... Briboncejo: acú, acú... Anda; echa a andar, liwlitu...

Pero, el muñequín, ¡niii!...

—¡Qué lástima de briboncito que eres! A este paso servirás ni para morir...

Ahí fue que a sí mismo se regañó:

—¡Chuzotel!... ¿Cómo va a caminar, ni podrá morir, si está muerto? Infúndele tu ser; soplale en la nariz; vacíale la candente esencia de tus pulmones.

Aunque ateos haya que no lo acepten, es de saber que el Todopoderoso los tiene, y fragorosos. Le sopló; y he aquí que el muñequito, tal le picara piojo indio, tembló, rascóse púdico la piel cándida; y se puso en vilo. Era una monada. El Todopoderoso mohino no poco dióse cuenta que fue aprisionado por el muñeco y que "más allá" del muñeco ya no estaba; que todo se le había tornado "en" acá. Inextricable problema que le puso enloquecido, si no era de aceptar bobamente que en Todopoderoso acabara muñeco. Algo sutil había sucedido en la mecánica divina, por tanto, nó en el muñeco, en punto alguno de su universo tenía que hallarse; y el Todopoderoso se echó a buscar al Todopoderoso cuan larga es la espesura silvestre.

—¿Dó estoy? ¿Y estoy o no estoy?

Nadie le respondiera; si todo cuanto de sus manos fue manufactura, era bruta suela de talabartero...

¿Dó el sublime poeta capaz de cantar esos rumorosos días de soledad y locura génesicas?

Bástete saber que un día hubieron de acabar, día sin reloj de agua, reloj de arena, solares gnomones, marcado en el cielo por el viaje del esplendente Tata-Lupi y sus parábolas habituales. Debió el Todopoderoso regresar al muñeco para convencerse que a su Omnipotencia, si soledad inevitable, le quedaba ya otra que la conyugal soledad "de dos en compañía". Con todo su poder la había pasado huyendo, ya del tontuelo del Oso, del estupendo Orangután, del desacomedido y colmilludo del Tigre. El Todopoderoso vino a Todolotiembra; y su manera de estar, correr. Correr como el viento, el sonido, la luz, salirse de la tierra en un Plato Volador; que salirse de él, así deseáralo con veras, verás pronto que no habría de lograr.

Pues, sensato y realista siempre, se dijo:

—Todopoderoso: al trabajo y, lo primero, hacerte de manos de trabajador; que des hoy "comerás el pan con el sudor" de ellas; y nó con las manos de los trabajadores y el sudor de tu hipotética frente!...

¿Acabó la todopoderosa soledad del Génesis? Claro; que acabó. Asió puñado de tierra pukareña; amasomólo con sus divinos bebes; y mientras en una y otra mano le peloteaba, se dijo:

—Procediste así al hacerte; para acabar con la salvaje soledad que hán-te procurado tus innatos estados de conciencia, así procede. Bien que te estabas en Todopoderoso, sin estar: hoy estás; mas, frito. ¡Trabaja, bribón, malaconsejado!

Ya las divinas manos se forjaron de trabajar. Con pigmaliónica diligencia adquiriría forma el barro pukareño, forma que, si bien suya, tensa, vertical, acusaba subtonos, matices, uno como són de miel en la carnatura. Allí donde el Todopoderoso sentía el ahogo del poder, allí modeló en la yacente maravilla dos melocotones, punzólos en el vértice, o fastigia, hirióse el meñique, dos gotas de sangre dejó caer en las incisiones, y, luego, las prendió botoncejos de fresa. Aquello... espera poeta.

Acarició el botoncejo con el meñique de que obtuviera las gotas de sangre; y tales los efectos, que si crispóse éste, el Todopoderoso dio respingo fastuoso. No acabado aún el ñuñu y ya fue capaz de hacerle trascendental.

—¡Sóplala!

¿Sóplala? En notomía hominal el Todopoderoso perdiera su numinoso aliento. Soplábala con fiereza de tromba; soplábala con runrruneos de céfiro; con lacrimosos vientos la soplaban. Fáltanos también elegíaco que reconstruya el marrulleo divino en la impasible oreja. Decíala palabritas con miel...

—¡Mamitay!... ¡Guaguititay!... ¡Palomitay, mal pagadora!...

Niii...

¿Qué hace el pobre hombre en casos como éste? Lloramicos, o nó: a la santa tierra: a la tumba. La sepultó para sin consuelo llorarla en los tramontos. Pero la tierra la brindó solicitud de madre y como al fin en la pukareña materia se infundieran los gérmenes divinos, la sintió semilla, e impregnóla luego de germinales efluvios.

He aquí que se habían sucedido nueve meses y llegó el décimo mes; rompióse la tierra y de la tierra emergió cándido y u y u de quien se desprendía cuasi inmaterial sonrisa. Si tremulábanle las rodillas al Todopoderoso, sus labios nó menos; y ya sin poder, abatióse arrodillado.

—¡Hiwa!...

Todo cuanto pudo, que balbucir nó: que eso era gemirle el alma.

Aquél fue para el Todopoderoso el primer día de su humana locura.

¡Hiwa!... Lindura.

Vélo: donde nó dos, nó uno. Habían transcurrido otros nueve meses, y en el inicial del décimo, Hiwa —que así la nombramos los vástagos del Todopoderoso— fue madre: ¡Hiwa-mama!... Había nacido el Príncipe Uno.

¿Entiendes ahora?

La soledad divina fue acabada, mas, en sí; pues el Todopoderoso no infundiera su naturaleza en la Creación; de donde se obtienen las causas y el porqué si el Hombre le cree, y le concibe, y puede aprehender su intuitiva materia, la Creación le ignore. Cuando el Todopoderoso vaya en semilla a la tierra, y ésta le conciba y alumbre, le proclamarán el chihi, el sankhayu, y nó menos la illapa que en el tempestuoso cielo rubrica su divorcio con la vida.

Que el origen de la mujer éste, espera que la ciencia pueda demostrarlo y así mismo que el Todopoderoso es Hatan; de todo cuanto los sabios se hallan ignorantes. ¿De no ser así se dieran cogitabundos como ése que en el nó ser descubriera la voluntad del sér; y al cual si el Simio Sapiens se unimisma nó su hembra debido sólo a sus largas, sedeñas, pichikas y a sus cortas y cerdudas "ideas"? No te extrañe: los tales odian las fresas.

Pero Hiwa ha parido a Dios; y Dios se busca en el hijo de Hiwa: ¡pobre! Dos divinas unidades son, pues, causa del Huno, padre de la Ciudad Divina...

Sacudióme tifón de ternura cuando consideré que la surgencia de esa visión latía en amontonados huesos.

* * *

Hacia poniente se alzaba muralla marmórea; el Sol reverberaba en ella despidiendo el tan propio de las marmíferas hálito lumíneo. Y ya en sitio en que el contrafuerte hacía codo, vi boquete de inmensa caverna. A ella me dirigí, menos por curiosidad cuanto atraído por succión irresistible. Antes de poner planta detúveme a otear en su tiniebla, y, al fondo, tal crepitara, pude ver el borroso diseño de un esqueleto fosilizado de cuclillas, como fue de ritual se diera sepultura a los viejos Chullpas. Apenas si había avanzado pasos, cuando misteriosa vaporación, o aliento, sin temperatura, venido de las rocas me abrazaba progresivamente, si bien indoloro, hasta haberme eterizado. Estaba dentro la caverna, ciertamente; mas en qué punto no me fue dado enterarme, si me sentía en uno o en todos los puntos de la concavidad. La magma que había fosilizado con el esqueleto tenía transparencia cristalina, lo que me permitió observar de éste la recia estructura.

He aquí el sentimiento que me embriagaba ante el insólito espectáculo:

—Nó el Chullpa que piensas; o el Chullpa eres tú cuando no piensas. Tuyo en un punto y de Él en el tuyo. Él, petrificado, es lo más vivo de tu ser; así, cuando te alejes, te alejarás punto, si él contigo marcha y contigo es que marcha la caverna de mármol...

Grandiosa emoción que no habría de superar ninguna de las no poco sublimes que hasta ese momento me revelara el reino del Hiwa-Hila.

* * *

Cabe bosquejar que en el horizonte ponía mancha verde, yugadas allá de la pampa agraria, hacia el habitat del suni, caminito serpenteante iba a perderse en lejana esquina de las montañas. Fuera para mí total la soledad, si en dirección transversal, con actitud contrita, o abatida, no avanzara solitario esqueleto. Balbucía, hablábase a sí mismo, o rezaba, bien ajeno al observador sin velar en nada su amargura. Crujíanle las articulaciones; llevaba aún adherida la tierra del sepulcro por lo que el resquebrajamiento de los secos nudos dióme a entender que en ese instante había dejándolo obedeciendo a ominoso destino. Le seguí hasta donde el mío pudo; pero el solitario, avanzaba, avanzaba...

Saj... Saj... Saj...

Muy lejos ya era diminuto Chullpa-tullu; y tuve la horripilante impresión de que de un abismo se dirigía a otro. Temblé considerando que era acaso el desdichado hombre a quien ya otro medio queda de pasarla que insumirse en el vacío.

* * *

Había ingresado en abrigada encañada y vi sujetos a las ramas de añosos khiswares, cuatro, o seis, esqueletos que se bamboleaban, harapos a quienes desflecan lluvias y agita el mordiente aleteo del viento. Pronto el espectáculo me turbaría; si jamás pude considerar que en el mundo de los muertos rigieran los sistemas penales de los vivos; y a las vistas tenía delante haz de esqueletos ahorcados. Animados por inenarrable amargura, proferían sigiloso lamento, articulada queja, bien que en palabras que acababan estranguladas, y que difícilmente permitían formar concepto del horrendo suplicio.

—Tú, que llegas, —decían—, al recinto donde la infamia de los hombres nos ha colgado como pavesas del crimen, óyenos; y, luego, ¡habla!... Dí que perseguimos que el pan no sobre a los ahítos, mientras de él los hambrientos carecen; y que si aquéllos nos aplicaron, juzgando el nuestro mayor que sus crímenes, la pena máxima, y con las máximas agravantes de carnicera ferocidad, es porque los torturadores del hombre se alzaron siempre contra la entraña del hombre, sin piedad, sin justicia, sin humanidad, sin miedo. Pero, mientras los pobres carezcan de pan, los desnudos de trapos para su desnudez, en cien veces mil nos levantaremos para exigir castigo y justicia. Cuando el pueblo por quien fuimos crucificados sea satisfecho, los verdugos que nos sacrificaron serán perdonados; nó antes...

Permanecen allí, bamboleándose, articulando inconexas palabras; y son la bandera ardiente que señala el camino del fuego.

Pero si asesinar hambrientos es diabólico crimen; engañar al hambriento es abominación ante el alma.

* * *

¡Oid, muertos vivos!

He aquí cuatro esqueletos me encaraban ya, tan ensimismados en el motivo de su diálogo, que habiéndose detenido no advirtieron mi presencia.

Hablaban extraña lengua; si aymara, si kheswa, si uru, si nubio, si mochica; que de todas éstas tenía algo.

Uno de ellos, el más arrebatado, dijo:

—¿Te atreverás a sostener, entonces, que la Pacha-mama es tanto hombre como es mujer: no es cierto? Ese el horrendo disparate que ofende nuestros cristianos sentimientos.

—Comprende que estás poco menos que impedido nó de opinar en cuestiones de esta índole, ni tan siquiera de entenderlas. Eres retoño de los Caballeros, por más que lleves nuestra sangre. Así como es, es.

—De manera que el mito del Pacha-tata, que los primeros santos conversores encontraron entre nuestros abuelos indios, y que en tanto modo viene a demostrar la Divina piedad para con los infieles, porque te vino en gana se fue a la porra...

—Porque me vino en gana, nó. Porque el Pacha-tata es un invento de ésos tus santos conversores; que si santos fueron, allá ellos; mas que tórpidos, y no poco, se ve en esto. El kuiku, en kuiku, antes del Inka, después del Inka, y hoy, menos, concibió nunca esa idea. La vida es un matriarcado; y es en ella, la madre, que todo lo demás fue posible. Antes que las vírgenes madres todas, ella la Virgen Fecunda; y si no requirió de agente fecundador, es porque el agente es ella. Si la vida no es madre, puede ser padre; si sólo ella lo hace tal. En un punto Ella es Él; y así Él es de Ella. ¿De nosotros, quién el que llamó a su mujer otra cosa que madre? Y es que es tan tu madre, como la que te concibió, si ella concibe a tu hijo, que eres tú.

—Finalmente, Pacha-mamas y Pacha-tatas, son pachotadas. Con esas Pachas no avanza centímetro la cultura de América.

—Que no avance la cultura; pero que no se estrangule a América. Esa cultura de que hablas es una ciénaga. La América debe ser agua fluyente, cristalina. Y sus verdades limpias, como ésta: somos porque somos en madre; y siendo en madre, estamos, y estaremos.

—¡Vete al cuerno!

—Bueno: vamos.

Saj, saj, saj, saj...

Avanzan; pero nó sus problemas. Tengo la impresión de que si bien están a extremo de la fugitiva, ondulante sierpe, se quedaron, acá, donde permanezco.

Todo irse sin irse. ¿Eso fluencia?

* * *

El Visorrey de esta nación sin límites políticos, carece de chambelanes, Guardia Corps, tan siquiera cuenta ujieres. Fue puesto para obedecerse. Así, cuando desea transmitir orden, y en persona no quiere, inventa graciosa Ñusta, casi flor, quien le representa con suma gravedad y aplomo.

Extraño es, mas el Palacio del Hiwa-Hila se halla permanentemente envuelto en marejadas de tiniebla; de tinieblas que ni los rayos del Sol logran hender: tales sus espesos nubarrones moleculares. No a metros las murallas se alza sin embargo más apretada oscuridad; y tras

ella, otras densas cuanto más lejanas; todo lo que da distancia que se distancia de sí misma. Tal vez geómetra ambidextro podría esquematizar tan extraña figura del espacio. En esa sucesión de valores del negro, que se prolongan ascendentes hasta el punto en que el negro debe volver al blanco, o atomizarse, pues ya queda el supino, que es negación, se hace visible caminillo tortuoso, latido, vibración en negro, pupila que corusca, y es, en el negro Cero, derrotero. Nada debe parecerse a esta desesperación del negro como la de los túneles que recorre la sangre o la del abdomen estelar.

Siento que piso la tierra con el callo del Primate.

Paso allá, late la luz; hay colorida fiesta en el agua; centellea el pasto; paisajes se animan; verdes eclosionan colinas, surcos, recodos, encañadas. En las frondas laten aires verdes.

Cabe diamantino plafón y aristas de acero cruel, extraña ciudadela se perfila en lontana montaña.

.....

* * *

¿Qué le quedó? Al que muere ha de conocerse porque anda; y al que vive porque le andan muertos. Oigo rumor de brisas sacudiendo bosque otoñal; oigo que ágras crujen las choquezuelas: Saj, saj, saj, saj... El quejumbroso marfil oigo de los caminos del Chullpa-tullu; oigo que el camino en mí camina.

¿El infinito camino? ¿y en ti?

* * *

¿Que nó voces gangosas?

—¿Y quién nos obliga a este andar tan impropio de quienes carecemos de flexores? ¿No te parece, padre mío, que no hay objeto para ello, si vivimos muertos?

—¿Muertos? ¿No haces metáforas? ¿Dí que estás cansado y Dios te habrá de creer?

—¿Cansado? ¿Sí? ¿de tus estrabismos?

—¿En mal punto me duele tu mestizaje? ¿No supe elegirte madre; y eso te cansa? ¿Por dármele de khara me saliste kharkhiento? ¿Los tendones son las cuerdas de un charango triste, guaguay? ¿O haz olvidado que eres Chullpa-tullu? ¿Los sin cuerdas somos el objeto de la cuerda, la señal y el verdadero camino? ¿Yo, tu padre, soy tu objeto, camino de tus plantas, camino de tu lengua; y tú me prenuncias, me expresas, me caminas? ¿Entiendes? ¿Y, cumplido el deber, al baile? ¿Pero al baile al són de mis charangos? ¿No lo olvides? ¿Ante el caso de no sentirse uno eche mano al baile? ¿Que en el baile lo único que puede es el dengue? ¿Y por qué? ¿porque el dengue tiene gusto a mujer? ¿La música, o el baile, sin dengue, son tan estúpidos como la ciencia de los valores? ¿La filosofía fuera soportable si viniese en mujer? ¿Yo, cholo con letras, me sé bien que las "ideas" que no tienen hembra dentro son machorras, como las madres que paren sin sexo? ¿Huyes de toda abstracción? ¿Que toda abstracción es antro? ¿En letras, ciencias, o conciencia, busca a la madre? ¿Sabrás si han vencido al Diablo? ¿Lo que no tiene madre lo ha parido él? ¿Dicen que el Diablo es jaranero, por Casanova, Tenorio, Barba Azul? ¿Lo que, créemelo, carece totalmente de verdad? ¿Jaranea hasta que le bailan con el vinillo periódico? ¿Lo que del Duende ha hecho? ¿sentina?... ¿Qué todo baile en ti, guaguay; hasta la maldita mezcla de nuestros huesos?

—¿Cómo se ve que fuiste cosa que bailarín?

—¿A mucha honra? ¿y de los buenos?

—¿Madre decía que el baile te había perdido?

—¿Eso decía madre?... ¿Jajaillas?... ¿Aunque era rubia como la miel en ella había una Africa agorera? ¿No me hagas hablar? ¿No me extraña que eso dijera? ¿si se vivía con el Diablo?

—¿El baile, y este andar, se te parecen, padre: no lo niegas?

—¿Ja?... ¿Zorro?... ¿Zorrito?... ¿Cómo a ratos relampaguea el indio en nuestro cholo, hijo mío? ¿Si se me parecen? ¿El baile es un andar sobre almohadones; y, así, quien baila refocila? ¿No ves que es la gracia del esponsal? ¿el premimo de sus goces? ¿la embriaguez del hijo? ¿No ves que el hombre y la mujer se acoplan en él para la fecundación? ¿Alguna vez gozaron dos hombres, o dos mujeres (pan con hostias) sin venir de efebos y tribadieras? ¿Cuando veas a dos molletes que se

refriegan y amelcochan al són de la Marimba, vomita? ¿Ahí está Dios en Uno? ¿Y con todos los cuernos? ¿El baile es casto sólo porque es genésico?

—¿Más sensato no fuera pensar, que **pulvi eris et pulveris et converteris**? ¿Y que un día nos levantaremos de la tumba para oír el Juicio del Creador?

HARAWI

—¿Kakauuu?... ¿Khunas, mistisito
me dio la gran flau?...

* * *

—¿El Juicio Final será el baile final? ¿Allí, en las hermosas trompetas angélicas, comprobarás las calzas de tu padre, conociendo que son trompetas paridas, si, contrariamente a los ángeles, tienen madre? ¿la elefantiasis trómbica? ¿Bailaremos todos? ¿maduros y en agraz? ¿borriquitos sensuales y borriquitas púdicas? ¿casados y descasados? ¿maricas y roncós? ¿chumas y sápidos? ¿sabios brutos y brutos sabios? ¿enrrollados y chalonas?... ¿Ji, ji, ji?... ¿Allí veré a tu linda madre bailar la zamacueca que me jaleaba por enemiga de zarabandas hasta verme babeando en el cajón cagón?... Por eso mismo, no olvidas el texto, que habló de polvos ni pulverulentos, sí de huesos; que serán huesos los que tal día se levanten dejando para esos polvos el sitio fétido? ¿Verás al Sol jurar sus huesos, como el gran Aretino? ¿Y todos nos echaremos a bailar caminito del peristilo donde el Hijo del Hombre al fin podrá bailar en el hombre sin hundirse? ¿Es que no hemos salido de la tierra bailando? ¿Todo está sujeto a esa magnánima ordenanza? ¿Todo baila? ¿baila el protón; baila la nova? ¿Y si la brisa no bailara, hijo mío, no daría risa?

—¿Desvarias, padre?

—¿Bailo, dirás? ¿Sólo cuando se piensa se desvaría? ¿Y es que no pisa quien piensa?

—¿Ni pisca, padre?

—¿Qué, peskha?

—¿No te entiendo, pisco?... ¿Es que rebuznas?
 —¿Eso habría querido más de una rubia para alegar del asnitú?
 ¿No sabes que el rebusno es tanto o más teológico que el latín? ¿y qué traduce mejor al hombre que la trombosis?
 —¿Por caridad, padre? ¿Miras quiénes nos miran?
 —¿Guá?... ¿Ellos?... ¿Se vinieron al cóncave a conocer al hijo de la Mama-Chokhe?... ¿Qué calaveras?... ¿Son nuestros antropopitecos, nuestros antediluvianos, los del hacha de piedra y del San Lunes? ... ¿Joro-josé?... ¿También los abobados gliptodontes? ¿Y cómo vuelan con sus descarnados alones los therodáctilos, estos alcatraces mamaríos?... ¿Qué tierra esta y qué cielo aquél?...
 —¿Di? ¿qué asombro el suyo?
 —¿Creyeron descubrir al Diablo y se topan con ellos mismos?
 ¿Cuánto vale lo que miran y se callan?... ¿El hombre a su lado es una pulga; pero, a grupa de sus bibliones, se cree el pulgón?...

.....

* * *

—Ven a mis brazos, guaguay. El hombre debe afirmar con su vida; y tú eres la mía allá de los troqueos. No me enfado porque te alces en juez de mis actos, que, si ley sublime la que al hijo echa contra el padre tanto como echar al tigre por el tigre; y nada, que el hombre no sería tal si no fuera el que se alza contra él. Recuerda al carpinterito que vino sólo por enmendar los pentagramas de su padre, y considera que fue el padre carpintero en hijo rectificando sus malas serruchadas. Si tú no lo persiguieras serías hijuela, que nó hijo. Mi muerta lengua viva eres; mi contradicción; limpiaborrones; buitrada de mis negras sabidurías...

HARARUÑA

Sé ya que no lo quieres,
 hijo; pero me interfieres.
 Y si de mí difieres,
 es que mi guerra eres.

Tal la condición. No basta que seas vasto en ser; se es contra algo. La idea de justicia cabe en dialéctica. Y es que se nace a contrapelo, para hacerse batalla y vencimiento; y nó para en la ociosidad embotar el filo de las bayonetas. Gozaré tu batalla si al fin me suprimes; que mientras exista barrunto que existirás a medias; y ya no existiré ni a medias. No has querido observarlo, guagualay. La vida se niega y enmudece para que afirmes tú y hables.

—Piensas en madre. Mamá decía que en siendo yo tú ya no eras.

—Jaa... ¡Eso decía!...

* * *

—Como los poetas me cantaba su tesorito del mundo. Pobre madre: qué será de ella...

—¡Tesorito del mundo!... Sí; tesorito mío. ¡Qué será de ella!...

—Qué será...

—Eso lo que debes investigar. Sería en ti si no fuera en otros. Por lo mismo que no admito sustituciones (así sustituya la Academia) yo adoro a tu madre en ti, hijo mío. La madre es madre en cuanto al padre lo es, y padre es el padre en cuanto es de madre. Vaya a tu hueso mi gota sulfúrica: soy yo; hijo mío, tu padre y tu madre.

Déjame el wakhaicholar.

HARAWI

¡Ay, ayayay, khara juskita!
Cuando en mis venas,
khara juskita,
tú latías;
en las pupilas.
¡Ay, ayayay, khara juskita!
me danzaban mujeres
entre los cañamerales
de las venas.
¡Ay, ayayay, khara juskita!

Soy tu andrógino, guaguay. Pudieron ser esta o aquella; y en nada se habría modificado tu naturaleza; que en mí ella estaba, no sólo cuando pataleaba en madre, sí emanando del helio en las convulsiones; ya entonces te sustentaba padre y madre, sustentaba a tus madres y a tus hijos, y te arrastraba, cual hoy; que sólo en ti me hago fungible. No te lastime la severidad de mi celo; mas es preciso que la mama de tu madre no te castre.

* * *

—Dormíme; o morí sólo. Bueno: reventé. Y qué no pasó. Tu madre esperó a embolsillar lagrimones y doblones y ya los encamó en el ventrudo del hospicio. Bien visto, no tenía por qué privarse, si sólo fue medio para ese fin mío y tuyo.

La mujer es carne, siempre sublime, y por eso carne. Entiende ahora al Senado de esos incurables arielitas de los griegos cuando "puso en la misma relación la materia y la mujer"; si ella todo lo encierra y lo cierra todo; que más no sabe el hombre cuanto perderse en los calvarios de la hembra; y pocos que por repugnarla sean capaces de inventar la lógica, cual el afamado heleno; menos los que como el otro puedan decir:

—¡Qué madre me busca!... ¡Quién madre!... ¡Madre quien hace la voluntad del Padre!...

Palabra alumbró tanta sabiduría.

Cuidado con encharcar la carne, el himen, que, como la vida, jamás dice: ¡basta!, según el cínico enseñara.

Ya veo que la crudeza de mi palabra te turba, hijo mío. Dirás que así los de la "piara de Epicuro"; y nó: somos los tales los de la piara de Plato.

* * *

—¡Jaiii!... Lloras. Tengo que admitir que nada puede desintegrarse en ti y que a tu escoria no ha bastado el Código del Hiwa-Hila. No me desboques: tu ternezza me hace de afrodisiasmas. Que no me lllore mi

tontuelo. Te hablaré al oído, con susurros. Pára la oreja: ¡la mujer es la cabra de Unerico, a quien es fama sólo las cabras alimentaban; mas la cabra tire al monte, o no tire... No me llore, mi llokhallo. Que yo adoraba a tu madre, debes saberlo; y que la adoraba mientras en mí latías, mientras me urgían tus caminos. ¡Si no llegaría a sentirla mi deidad! Qué amasijo de corolas no era guagualay; mas al último vine a que el amasijo de corolas eras tú, yoka, yokay... Déjame recordar. La prima vez que estos mendigos ojos se arrastraron hasta besuquear la madreperla de sus pies, el vozarrón del mar somormujaba en los acantilados, y mismo, desnuda Mama-Killa boyá en el 'Titikaka, desnudita estaba cuando lenguas de olas la trajinaban con ansiedades de badajo, que temblé, o temblaste en mí; si luego los Sáticos de la luz no menos se lanzaron con ardorosos resuellos pretendiendo que nadie sino el Sático de oro, que venía ya quemante so los oleajes, la fecundara. Y yo saltaba como el ardido potro que olfatea el anca de la yegua.

Ah, si Unerico la viera, guagualay: nunca hueso vistió traje más tentador.

—¡Es ella, padre; es ella! —me gritaste desde el diafragma, y el pobre se me crispó como un puñado de alacranes.

Sentí que tu voz se difundía por mis venas, y que el milagro habría de consumarse; o estallaría. Aún me parece verla. Buscando en quién, o en dónde, protegerse, miraba despavorida; y el mar cesaba de lanzarla toneladas sobre toneladas de lenguados, y éstos más voraces y viriles que los otros, resuelto a quitársela al Sático, y cargar con ella.

Tiempo por medio afirmaba que me vio; que me había visto des que la espoleaban los pezones del seno; mas me creo obligado a negarla fe si de tal turbación estaba llena, y tal era su diabólica y ciega debilidad, que no sentía que entanto el candente resuello del Sático lamía las pomas sonrosadas y el tembloroso ñuñu y el lengüetazo sádico del agua caía en el torso o se rompía en las colinas, yo —transida manta, ola y carne roncadora— besaba y cautelaba las perlas de las perlinas uñas de sus pies.

—¡Es ella, padre; es ella!

¡Cómo desoir tu voz, hijo mío! Y aunque el temblor me había reducido al tamaño de un calambre de bacteria marina, cuando brazos

de monstruoso verde, la alzarón, y su grito de angustia taladró mi hueso; arranquéme los ojos y los zampé.

Yo debía obedecer tu voz.

—¡Es ella, padre; es ella!

Y mis ojos al mar se la quitaron; y se la habrían quitado a Dios. Si mi osadía y mi fuerza se alimentaban en ti, en tu aliento, en tu olor...

Fue así, hijo mío, que hiciste en mí tu voluntad; y yo tu voluntad acaté..

.....

Dame el charango: me ha embriagado tu hueso. Guá... ¡Te duermes!... Duerme, guaguay... Acúnate en mi corazón...

EYRAY

¡Rrorró, mi guagua!

¡Duerme, guaguay!

Tú, que no solo.

mi llokhallito;

si ya te cantan

los Duendecitos.

¡Rrorró! ¡Rrurrú!

Lindos eyrayes

te cantaremos.

Guayruru en sarta,

pepitas de oro,

flor de sankhayu,

trinos de chaiña,

llautu de Inka,

te labraremos.

Ya viene el Inka:

rrurrú, papay...

¡Rrurrú, mi guagua!
¡Guaguay, rrurrú!

Oye mi cuento...
¡Rrurrú, tatay!
Tu padre el Puma
de ojos de añil...
Si tú rrorró;
rrurrúes él...
¡Duerme, mi guagua;
dormí, guaguay!...

¡Rrorrú! ¡Rrurró!

En thusa de oro
vienen del Lago:
el Puma fiero
y EL PEZ DE ORO.
Toca, le dice,
el Puma al Pez:
toca el charankhu,
que el yoka-tata,
se va a dormir.
¡Rrorró, mi guagua!
Hilan los Duendes,
sueño, sueñito.
¡Rrurrú! ¡Rrurrú!
Mirá, mi guagua
que el Puma de oro
te va a rugir.

¡Alzá, guaguay!

Vengan quienes sostienen que el Chullpa-tullu no vive. Conserva oro y barro, himplar de hiena, trino de canario, ferocidad y ternura, ángel y diablo, que hicieron del animal al hombre.

* * *

No me han sido dados aún macho y hembra.

—¿Adónde vamos, padre?

—Eso: al camino.

—¿Camino? No veo alguno.

Y la cantata de los milenios:

—El camino es el hombre y el esqueleto el camino del hombre. O no hay caminos. No vaciles en agregar paso a tu paso; menos en abrirte paso; que sólo pasos alcanzan linde en el bosque. Hijo: los pasos nó theoremas: hechos; y el único examen que les cabe: andar. La razón no tiene piernas como la vida razones. ¡Vamos: anda; canta!

Saj, saj, saj, saj...

—Padre, mira: ésa mulita que nos sigue.

—Hijo mío: le será terapéutico cuanto acabo de decirte. La mula fue en todo tiempo gravísimo problema para ella. ¿Has observado la sapiencia de sus orejas, cuando, cargadas de cebollas las chipas, se suspende a orilla del cebollar? En tal momento en la mula filosofa el asno, o el maestro griego Burro, con ventosidades intelectivas, si nada persigue que no sea la realidad trascendental que intuye en las verdes orejas del cebollar, y que si no aprehendiera sospecha empírica de su linaje las acometiera a dentelladas; por lo que, filosóficamente, no menos que por el trancazo del mulero, las deja para más académicos molares. Y héla allí, de nuevo en el camino, braceara y fachendosa, ahicada por su faetón; avanza tan sin velar la bituminosa malicia que de sus dos troncos genealógicos le vienen. Lo mismo, al último, que nosotros, poetas mestizos, de aquende y allende el charco.

Mas, ¡gran lección la de esas orejas, hijo mío! El trato acordado a las "ideas": de la cabeza al trasero; del trasero a la cabeza. Marsias para arriba, Sileno para abajo.

—¿Al trasero?

—Así van las "ideas" y las moscas, hijo mío.

—Padre: reflexiona.

Saj, saj, saj, saj...

—¿Al trasero, padre mío?

—¿Acaso no estamos? ¿No está el amor en el trasero? ¿O somos heterothermos? En el trasero está la temperatura del hombre, como de la mariposa en la crisálida.

—Para esto llegaste a viejo, padre mío. ¡Si los años te habrán dado acritud!

—No te engañas. Si el vino viejo emborracha, alimenta. Las arrugas no deben vestir al hombre; al contrario. A medida que envejeces mineralizas. Y si el hueso no da filo, a la vaina... ¿Entiendes?

Saj, saj, saj, saj...

—Padre: ¡el Soll, ¡el Soll!

—Sol de media noche. Pero, como el Sol de la noche, las "ideas" medran del intestino.

—Pues, a él: al intestino, padre. A dó sea; mas sea ya, ¡padre!, ¡padre!... Dime, padre... Nó: nada digas; que cuanto te mana es lodo. ¡Qué soy, Dios mío!

Y el Señor le respondió:

—Mi lodo genésico, hijo mío.

.....

* * *

Viento de ventisquero se tensa en el horizonte e infunde frío pavor a ese destello de caminos. Esta la hora del Chullpa-tullu; el minuto del Duende éste. Hora apática en el minuto estático. Para ella escupe la noche estrellas y diamantes; escupe estrellas en el dombo; diamantes escupe en la fúgida sierpe del arroyo. Si el miedo les rinde pleitesía; ellos tiemblan al miedo y a la perlesía. Y ya con rescoldo amargo rebrillan las escleróticas si en las vacías cuencas Primavera floral danza agitando el oro de sus guadejas. Para ellos, cuarcíferos ojos fosforescen en el vientre de las chinkhanas; y limpio de toda mancha virginal el rubor de la carne se pudre en inocente resplandor. Para ellos granizan truenos rayo y cascada; riza la luz; el aire se calcina; la nube dora; el árbol se pluvina; la noche es alborada de plenitud cardial.

El gañán va con la torezna; el sacacorcho con la botella vacía; la guillotina con la guillotinada; Hatan con Hiwa; el Santo con su pecado; la filosofía con su Ofelia marchita; Manko con Mama-Aklla; el leño

con el hacha; Areche con las usutas del Descuartizado; el birrete con la Abracadabra...

Son de una mística que del cielo viene muerta y viva la tierra pare en el embeleso de su beso.

A éste, de lumínica tiniebla, silencio sinfónico, llegan el ¡bon! ¡bon! de los bombos, el amoroso hipido de las tawakus, los ¡wiphas! de los mosonis, el estruendo de los phusiris, alboroto tranquilo de los ayllus. Y de ver no se ven, mas siéntese que latén las banderitas del Arco Iris, por el cetro clamando del Inka en los kurmis del aire húmedo, entre el florido oleaje de los papales y cabe los tibios ocre de los surcos. Que tiempo de Citua-Raimi es, Carnestolendas, y, en vernal es melodías que arrullan con sencillez de bosta, lo mismo en las estruendosas pakchas que en las blondas mamas de las khenayas, los ayllus festejan el matrimonio de la más rolliza y chapuda de las tawakus, y tata Todiro, el viejo khamiri, que ya con el zumo de coca y cañazo babea sus amorosos cosquilleos...

¡Bon! ¡Bon! ¡Bon!
Bombos de los ayllus;
latidos de la tierra.

Cómo nos abrazas, sedencia de la Pacha-mama, y melificas los tarazones de la muerte con tu lujuria láctea.

.....

¿Dejará el mestizo de comulgar con chunchulíes, riñoncitos a la parrilla, cabro asado, llahwas chicheras? Héme, aquí, en la ciudadela de las cumbres de acero cruel. No la habitan ángeles kuikus; que el chulo trasverberado la atiborra; si a guisa de inscripción dantesca en la archivolta de la arcada de acceso, podía haberse escrito:

Aquí del Hake el Sol se nubla
y del chulo la nubla se despeja.
Aquí, la del Inka, sangre de oro,
lodo volvió el saqueador del oro.

Es la república de mulatos, lobos, cambujos, torna-atrases, albarizados, barainos, coyotes, tente-en-el-aires, no-te-entiendos... América, América: no te entendemos.

Aquí, por fin, el solípedo de Santiago, el karrajuska de los siete puñales capitales y el mansurrón de Adán con su amansada prole.

Saj, saj, saj, saj...

Andar. Andar.

* * *

—No me hostigues, mal hombre. ¿No te basta con que te aigan hecho perdonar antes de tu muerte?

—¡Qué querís, palomay! Obedecía a la ciega apetencia de riqueza que reina entre "ellos". No pude comprender que tenías esqueleto, fajado en músculos, como yo, o el tata Karakuchi; como cualquier. Y te busqué tan siquiera por tu carnecita: por el dinero de tu mama...

—Y por el de Rosalinda; no te olvides, tatay.

—Ay me calumnias... El dinero de la Rosalinda me importó un cuerno.

—¿Ella, entonces?

—Velay: pareces esa vieja borracha de mi casera, que San Antoñito permita se pudra en el estercolero de su conciencia. ¿Por qué me atormentas? Oílo: ha sido el tuyo el único dinero que hubiese apetecido, quizá porque nunca lo chaspearía. ¿Estás conforme?

—Impávido. Gú, gú, gú, gú...

—Aistapué... Tú nó más te lo buscas. No llores, palomay. ¿Te peso, acaso?

—¿Y todo lo que nos pesastes a todas, Supaya?

—No seais exajerada. ¿Cuándo fui de peso pesado? Sesenta kilos, mamay: eso es comercial.

—Lo que la pobre mama sufrió por tu culpa.

—La culpa de su dinero, dirás. ¿Para qué hubiera sufrido si me dejo gastar?

—Yo sí que he sido tu curtida: ni lo que me hiciste llorar me volvió flaca.

—De adeveras, ampe kholila. Ja, ja, ja... Cada vez que te daba una rabieta te ponías más gordita. ¡Aura sí qui estás amorsito!... ¿Sabes? Cuando te quedas triste, me acuerdo del bachiche Cheroltoni: tu cabecita ha tomado la gracia de sus focos "Osram".

—Hastacá tiene que hacerle propaganda al gringo.

—Noble amigo no más ha sido el khellu-pekhe.

—Ji, ji, ji... ¡Ufff! ¿Qué calor, nó?

—Con tanto frío, mamay.

—¿Que no me traicionarás nunca?

—Ya, niii, mamitay... Aura mias electrizado. Qué se pensarían que eres la joven matrona que llenaba su puerta del Hotel cuando a sus espaldas de... (¡Callate, sonso!...). Digo, cuando ibas a tus candorosos compromisos... ¡Jorojosé!... Tus supiros te salían como disparados por una ballesta. Y con tu carnesita, decí: nadies te prendió una flor en tu espumosa maceta.

—¿Aura me amais de verdá?

—Aura, sí, palomay... ¿Un besito?... ¿Otro?... ¡Otrito, mamitay!...

—Me augais, Supayiiita!

Letrinas del Diablo híbrido.

* * *

Mama-Khilla, clorótico fanal de todo drama de Ultratumba, a la sombra de sus ojeras volcaba lunáticos albayaldes en el montón de arrugas viejas de la tierra, donde, Duendes sin ellas, complotaban la fuga.

—Y... ¿Si lo burlamos al Hiwa-Hila?

—Todo sería cosa de un pequeño esfuerzo; y ¡adiós, murallas!

—¡Libres!

—Ir de nuevo por la callecita de las Puentes a tomarnos un té con pito a donde doña Raimunda.

—Ah; ¿la mamá del Jorojosé?

—¡Canejo!... Estos para hacerlo antojar a uno.

—Decí más mejor: volver a la chinkhana de las khawras.

—Jaiiii... Atorarse a sorbos con los wayñitus de la tierruca...

—¡Sonso: emborracharse hasta chirolea!

—Piensen más bien en el susto de tanto Suche futre al ver Chullpa-tullus en la retreta del Parque...

—¡Pucha, bárbaro!

—Yiii... ¡Que se jodan!... Nos habríamos dado gusto.

—El momento pué. Quién diría: ni las chusekhas se espulgan.

No contaban los valentones con thanoso chokhollo, ya sin thanas, que tal momento se escurría del Chullpa-tullu, y que al darse cuenta del cuchicheo se plantara a gañir con tanta humanidad que habría metido chukchu a los muertos.

Temblaron y se esfumaron en la sombra.

El chokhollo levantó la patita y los orinó; o creyó orinarlos, muy dueño de sus "ideas" y firmes convicciones.

* * *

—Como orador usted sí que fue un trejo, mi doctorcito.

—Ay, querido: orador de besamanos y alferazcos.

—¡Jamás dejó de emborrachar sus discursos de ese cogollo que los buenos chicheros llamamos elocuencia!

—Dios se lo pague, amigazo; pero me adula usted tarde.

—Guá... Por qué, doctorcito. ¡Acá no saben lo que vale su lengua!

—Gracias. Cómo pagarle.

—Una libertadita provisional, doctorcito...

—¡Ay; prevaricato más, o prevaricato menos, nadies le mete los dedos a este taimado del Hiwa-Hila!... De aquí no salen con libertad provisional sino los wachalomos gordos, amigazo. **Questar** cuesta; y si valor no falta en su amigo, los valores no cuentan.

—Por mí ya qué, pué, doctorcito. Mi pobre hijo, diga usted...

—¿Qué le pasa?

—La justicia me lo descuera, mi doctor. ¡Y tengo que verlo todos los días sin poder estrangular a esos ladrones!

—Ji, ji, ji... Qué recuerdos los que usted me trae.

—Se ríe, velay, el doctorcito.

—Así es, mi amigo; qué me queda. De esas truhanerías se alimentan los zamarrones. ¿Qué la justicia, me dirá usted? Como si me preguntara qué la chicha. Para el forzado fuerza; para el enclenque,

alcohol, como por ahí va predicando ese filósofo potosino de don Carlos Medinaceli. Si el forzudo va por ello, el Juez la da; así prevaricato medie. Pero, guay, si el enclenque se atreve... El prevaricador se vuelve ley y ley el látigo... A ver, de qué se trata.

—De casi nada. Que mi hijo mayor, con sus ochenta años, invalidado por el réuma, vive de la limosna de sus hijos.

—¿Y se queja usted? Esa es una obra de santos...

—Sí; pero la plata la obtienen de mis propiedades, doctorcito; que para socorro de ese infeliz le dejé.

—¡Córcholis! En ese caso no está indicado sino... **Privaricatus mea.** Y por el gaznate; que es infalible.

—¡Se lo tragan, doctor: usted no los conoce!

—Caráspitas.

—Créame usted, mi doctorcito; creo que me envenenaron...

—Jo, jo...

—¿Qué se puede hacer?

—Nada, amigazo. Ese el diagnóstico. Ya no cultivo el Similis, Similibus, Curantor; que bien está para los zamarrones. Podría decirle: busque un abogado. Yeso es curar lepra con lepra. Peor si por anga o por manga la platita está en manos de los nietos. ¿Conquibus? Nada hay que esté sometido a la sabia dialéctica de la concurrencia, mi amigo, tanto como la justicia de los sabios; y acá y en el otro mundo. Conque, mi pobre amigo: a consolarse; ya no tardará en llegar. Y entonces veremos lo que se pueda todavía.

—¿Entonces? ¿Para qué entonces, mi doctorcito?

—Pues, para ver si merece el perdón de Dios.

—¡A la hora que se le ocurre hablar de Dios a este mi doctor!...

* * *

Tremolinas tremolaban en la ventosa plaza de la ciudadela; que uno de los Chullpa-tullus, que se negaba a perder la memoria, porfiaba porque un su siervo —indio, naturalmente— siguiérale prestando servicios gratuitos. Como el incoado se resistiera, se formaron bandos: unos que al amo; otros que al siervo.

Aquello era revolcón de hedores cívicos.

—Acepto —aunque con muy europeas razones, en aymara decía el pongo—; acepto que mi "amo" crea que en Pichakhani haya todavía siervos, pues murió há bastantes años. Yo alcancé a ver la derrota teórica del esclavismo. Las leyes de Simón Bolívar y de Ramón Castilla forman en el Decálogo del Sinaí; y los pongos seremos más siervos de los kharas.

Lo que prueba que hasta entre los karawaktas del Sinaí hay tontos de capirote; que de no haberlos se habrían enterado que el "pongo" no es hechura de los gamonales, sino del Creador de cielos y tierra; que si por pongos se tomaron a los hijos del Inka, fue por que no les juzgaron hombres dignos de ciudadanía, sino monos, bastante evolucionados, casi hombres, que bien podían servir para menesteres bajos al lado de aquéllos, que fueron manufactura directa, personal e intransferible, del marido de la Señora doña Proserpina de Plutonis y otras cáscaras nobiliarias.

¡Hurras! ¡Hurras!

—No hay más siervos —prosiguió el pongo—; y si en Pichakhani no los hay [eso lógica], no veo por qué habría de permitirlos el Hiwa-Hila. A su rectitud me acojo. Además, al morir éste mi "amo", su contraparte, y, con ella, su fortuna, pasaron a partirse en las partes del otro caballerito. Cuando me llegó la "hora" era siervo de éste. Contésteme de ustedes el que sea de mayor autoridad: ¿Sería este amo, o el otro, quien podría reclamarme servicios gratuitos, si no hubiesen sido teóricamente abolidos?

Estruendosa ovación obligó a callar al pongo. Yeso, y su monolítico razonamiento, buena demostración me fue de que tales siervos son demasiada servidumbre para amos tan pequeños.

El gamonal, al otro lado de las murallas, tullido por el reumatismo, de que no podía perder memoria, se echó a andar.

Saj, saj, saj...

* * *

Bajo rumorosas arboledas, en convención por discrepancias, discurrían dos de brazada: gallardo y flamenco este; el otro su encogido punto y coma.

Saj, saj, saj...

—Pensar que ellos piensan ["ellos", los cárneos] que el Hiwa-Hila gobierna sobre muertos —murmuró el punta y coma al oído del flamenco.

—Así es —pontificó.

—Y no puede ser de otra manera, señor Ministro.

—Mientras allá estuvimos nos alimentaban esas mentirijillas. Más que bípedo implume, o **simio sapiens erectus**, el hombre debiera ser tenido como el animal que se engaña. A veces considero que vivir entre "ellos" es algo como no-ser, o ser a medias. Des que abandoné carnes y condecoraciones abandoné sus puntos de vista; hoy profeso el pensamiento agudo; y a su lado eso de la "Razón Pura" es pienso de caballerías. Además, mi amiguito, la pura razón en un Ministerio deja escurrir la grasa, que es el único premio del cielo para sus obsecuentes servidores.

—Ji, ji, ji... Excmo. Señor Ministro... Ji, ji, ji... ¿Es, entonces, que se había cansado, usía, de vivir entre "ellos"?

—Anótelos; mas no vaya a publicarlo; pues de la intimidad, querido periodista, sordinas son. ¡Caramba!, le diré: con todo lo sucios y pestilentes que fueron, éste a medias vivir no tiene mis medidas. A mí me faltan churrascos, huevos fritos, o a la copa, o escalfados: ¡huevos!, ¡huevos!... Ja: vino de Locumba y hasta cervecita paceña, de ésa que nos llegaba de contrabando, acaso por contrabandeada, bandida y querendona como ella sola. No me convenzo todavía...

—Ji, ji, ji... Gú, gú, gú...

—¿Llora usted?

—¡Este señor Ministro para hacerlo antojar a uno!

—Por la pupa de la vaca; que si llora tendría la más pura razón; si ya hora sería de soplarle unas criadillitas picadas, con cebollitas, perigil, rajadas de lokhoto, su vinagrito, gotas por ahí de olivo castellano; y, al último, aunque fuesen crudas, en seviche. Pero, criadillas; huevos, huevos, mi amigo. Eso lo que nos falta a los peruleros... Y acá tenemos que permanecer chupándonos la criadilla del mañique... ¡Ay!...

—Y yo, diga usted, señor Ministro, que qué no daría por volver a mi periodiquito, que, así, chilikutí, era el más alto orgullo de mi inteligencia, o talento, como usted quiera, usía...

—La verdad nos aplasta, periodista amigo.

—La verdad, que si me presentase a la Redacción, y, a grito pelado: "¡Aquí, aquí, señores: la noticia bomba: los muertos viven!..." Y, luego, espantados los ojos, focales mis pobres órbitas vacías, pelado, ante ellos plantado me vieses... ¿Piense usted, señor Ministro?

—Hombre... Jo, jo, jo... Tendría que echarse un camisón, o cosa así; porque no faltarán empleaditas, y éstas podrían verle repicando campanas... Jo, jo, jo... Bueno; no jorobe, querido periodista... Gú, gú, gú...

—¿Llora, usía?

—Nó, hombre: no moje... Gú, gú, gú...

—Y ése mi deber de hombre de pluma.

—Gú, gú, gú... Sí, claro: ¿y qué espera el plumario? ¿por qué no lo hace?

—Gú, gú, gú... Por miedo al miedo de los hombres, usía...

Flamenco y punta y coma, de brazada, bajo las rumorosas arboledas, siguieron el paseo, llorando; acaso de hambre.

* * *

¡Gú! ¡Gú! ¡Gú!

Mirad: os sigue el Khorí-Puma.

Andar... Andar...

Saj, saj, saj...

* * *

Elake, en el Chullpa-tullu, que busca matar al Chullpa-tullu, la verdadera tragedia de la carne; lo cual evidencia que después de tirada por muerta la carne el Chullpa-tullu vive de la carne. Y que la misma triste tozudez de los tontos prejuicios cárneos: amor, odio, ambición, lujuria, vanidad, ramplonería, platos fuertes que alimentaron al pobre, ¿qué son sino la probanza de que los duendecillos de la carne son toda la carne descarnada?

¿Os haré saber que esta doncella, que ya por dónde cargar sus virginidades tiene, fue engañada cuando engañaba a su prometido

cediendo a hipnótico y clandestino galán que se gozó los esponsales para luego dejarla tirada y al prometido con un pasmo de narices? Lo que siempre pasa como si pasara. Mas, en qué magnitud debió sufrir el oprobio la pobre, si en el mismo reino del Hiwa-Hila, donde los arrebatos debieran aquietarse, y se encrespan, persigue al causante de su deshonra.

De un pistoletazo del piloto del "Yapura", tirado a becerro de lidia, había muerto el nefario galán; la doncella de nefaria dosis de veneno. Si desnudos de toda carne, no lo están de pasiones. Y todas las noches de luna se ve melancólico Chullpa-tullu de mujer que atisba a espera de que el malcastado se ponga a tiro para desarrejarle otro pistoletazo: el suyo; el que veramente lavará la ignominia. Pues si bien el del piloto mandó al piloto a la Cárcel, ni libró de infamia el cadáver amado, ni borró de su frente la huella de la cornada que le privara de honra y de mujer. En fin: cualquiera de estas noches sabremos si la mancha de la pobre ha, o nó, desaparecido.

* * *

El Paraíso del Macho Tierno... Cubierto de albor lunar, por entre cruces de humildes y olvidadas tumbas, largo y bondadoso esqueleto avanzaba rodeado por pajarera de niños que le hacía la más lunática algarada. Y unos se asían a sus tibias, como otros a sus fémures, quienes subíanse a las clavículas, o pretendían flexionar en las costillas; todo lo que dejaba sin protesta y como si el más grato alivio le viniera. ¿Era uno que practicaba la dulce doctrina del Nazareno: "Dejad a los niños que vengan a mí"? Tan sólo hombrón que cumpliera honestamente como tal; que los esqueleticos sus hijos son; hijos que morían a los dos o tres años de nacidos. De manera que habían acabado de gozarse sus fisuras olfativas con el balsámico olorcito de la brea, cuando ya llenas estaban del hedor nauseabundo. Por causa tal vestía indeleble pátina de tristeza, tirado, como lazarillo, por consuetudinario lamento dirigido a ése Dios que no le bendecía con un hijo. He aquí que todos sus pequeñuelos le rodean ahora y truecan en deleite sus paternales calvarios. Acaricia a todos, y a todos mima; y si alguno le mete las

traviesas falangetas en las órbitas, hace más que estrecharle en sus amorosos huesos.

Para él acabaron crucifixiones, cuando el Hiwa-Hila, golpeándole tiernamente el lomo, le dijo:

—¡Pasa, mamay!

Nada sabe de filosofías, ni intereses le preocupan; no se cuida de averiguar si su mansa mujer sigue echando un hijo cada año, o qué fue de su hacienda, qué de su mujer. ¡Su mujer!... Vientre más hacendoso hubo; si cierta vez le diera cinco hijos de una porrada, que, enternecido e incrédulo, sólo atinó a gemir:

—Nuestro milagroso padre San Antoñito permita que de estos cinco angelitos me quede unito siquiera.

Y plantó de cabeza la palmatoria. La llama relamió los labios de la espelma, y, mientras lengüeteando se ahogaba, comenzó a caer en gotitas hollinadas; si son famas de la hagiografía de Padua, que el suave taumaturgo resiste la acción térmica de una luminaria, así invertida, que luego no suelte de las manos el milagro como una palomita blanca...

¿San Antoñito oyó la paternal ansiedad de este infeliz? Nó.

—Unito, siquiera, San Antoñito...

—¡Ni uno!

Y los cinco, en fila, antes de dos meses se marcharon. Ahora a su vera le festejan y alegran, satúranle de gozo y le transportan a una maternidad sin desalientos.

Vaca habría tenido ubre más ternurosa que este modelo del hombre.

.....

Se diluye el horizonte en perlinas lontananzas, y en ellas se endulzan los picachos de las montañas cárdenas. Dejo la ciudadela del Cuarterón, nó sin pena; si la bondad de ese hombre puro ñuñu me ha refrigerado. De ritual sin embargo considero sacudir el polvo de las usutas, y lo hago; cuando, para despedirme, dos khusillus en huesos echan al vuelo las campanas de la capilla. Y el aire se llena con su largo, quejumbroso, ¡talán! ¡talán! ¡talán!...

Ya muy lejos, acariciábame aún el ahilado quejido de las campanas.

—¡Khusillu! ¡Khusillu!... Pariente... No olvides el camino: aquí está tu patria —me gritaban los khusillus.
¡Talán! ¡Talán! ¡Talán!

* * *

A transponer iba el camino del Dante en el ribazo que separa dos mundos; y ya me inmovilizó extraño espectáculo. No sé cuantos, pero varios esqueletos buscaban algo al pie de peñolería de rojo sílice, formada por taludes y ariscos minaretes. ¿Qué buscaban? Cuando advertí que ninguno tenía cráneo, el espanto culebreó por mis nervios. Avancé, trémulo, para observar, cerca, lo que elaboración de bilioso sueño parecía.

¡Esqueletos descabezados!...

Aturdidos iban por acá y acullá, respondiendo a voces sigilosas, como si temiesen ser oídas, y que sólo parecían proceder de las rocas.

—Chis... Tú, tú...

—Ven; por acá; mira...

—Ya llegas. Acércate; acércate...

Macabra visión del Infierno dantesco. Las voces, no obstante llegan veladas, como si las profiriesen bronquios que se ahogaran, percutían con sordos y lúgubres ecos.

—¡Ven; acá estoy!

—¡Nó ahí: acá!

—¿No me ves? Acá, acá; infeliz...

Y el viento que se destrozaba en los filudos picachos hacía un **Miserere** de órgano.

Iban y venían; se atropellaban; pretendían aferrarse a las rocas; trepar; alcanzar los nichos, u hornacinas, desde quienes les llamaban los cráneos. Lleno de temblor, osé conocer la causa para tan extraño suplicio; pero, ¿quién respondería por los Chullpa-tullus que buscaban desesperados sus cráneos? El viento vino en mi socorro, y en medio las desgarradas escalas, oí...

—¡Ven! ¡Ven, infeliz: aquí estoy!... Nó a ti; al otro. Tú, tú... A ti... Te cercenaron la cabeza de un tajo y la aventaron al fondo de la barranca... Aquí estoy: ven... ¿Fue tu pecado el **haber nacido**? ¿Te

seccionaron, falange a falange, para descubrir en cuál resquicio se alojaban tus crímenes; y al último te amputaron la cabeza, pues acaso lo que perseguían era amputar al hombre? ¡Qué veneno corrosivo el de tus lágrimas!... Ven; no te agarren, infeliz: ¡ven!...

Decidido a violar las instrucciones del Hiwa-Hila, e interrogarle, o protegerle, corrí tras uno de ellos; y cuando le estreché en abrazo que habría de darle a entender mi fraternidad en la bestia, mis brazos cerráronse en un puñado de ceniza.

Grité... Grité... Mis voces resonaron en la masa granítica; y desde ella a su vez voces estranguladas me gritaban:

—¡No; allí nó! Aquí está... Ven a verlo: en la barranca; en la barranca...

¿Dónde? ¿En la barranca?

* * *

Tierra de colinas, de aristas, de rocas picadas a tajo; tierra cárdena de la fecunda tierra ocre del surco. Cabe áureo remanso, nubes de estrías luminosas, lampo solar que fulge, frentudo esqueleto acaricia paternalmente los cráneos de tres muchachos que a sus pies le oyen con arrobo. ¿Filósofo? ¿Sacerdote? El Chullpa-tullu carga ya los pergaminos que le acreditaban en la vaciedad aldeana; por lo que si él no canta, habrá manera de saber qué fue; que cuanto vemos es: esqueleto, súbdito del Hiwa-Hila.

Su palabra tiene académica gravidez.

—Hoy a hablaros hoy —inicia solemnemente su retruécano— de algo que me ha sumido en extraña turbación. Está acá uno que se propone Violar el misterio del Chullpa-tullu; y anota observaciones de lo que por verdad estima de nuestras vidas. No persigue con ellas modestas investigaciones etnológicas. Su ambición es más ávida: elevar los valores del esqueleto humano a categorías estéticas; algo (disculpad si a tamaño ejemplo acudo) así como el Dante con la teología hizo en su inmortal poema. No es que imite al florentino, que arrogancia semejante fuera ridícula no menos que boba; mas por ello encubre su intento de acabar con toda retórica en torno al problema del Chullpa-

tullu. Creo más bien que huele a Luciano; aunque Luciano hizo vivir a los muertos en cueros, digo, en huesos.

—¿Qué Luciano nombráis, maestro?

—El de Samosata, hijo. Fue ironista sutil y mortífero. Sus "Diálogos de los Muertos" son maravilla de causticidad y de gracia. Según es mi sentir, Luciano inspiró al Dante; aunque haya quienes sostengan que calcó (y calcó, dicen) su **Commedia** de un poema árabe; y falta viperina lengua que la haga milagro del Signori Latine, su maestro. Porque si en fuente alguna obtuvo su magna inspiración fue en la Epístola de Juan a las Siete Iglesias de Asia. Por lo demás, el de bajar al Hades fue conocido ejercicio entre griegos, no menos que entre hindúes, kuikus y botocudos. Sin embargo, algo **suigeneris** sostiene nuestro mestizo —y que os haga conocimiento que mestizo es, conviene—; a saber: que el Inka no sólo mandaba en la superficie de su imperio, si se arrogó facultad de legislar y mantener autoridades en los predios de la sombra. ¡Canarios!... Visto así el problema del Chullpatullu cobra singularidad sin paralelo. La hija de Demeter reinaba en el Cocito y rendía parias a rey alguno de la superficie, bajo ella, me zumba que ni a su voltario marido. Nuestro Hiwa-Hila gobernaría con la tuición del Inka. ¿No es desconcertante?

—¿Y dó ha obtenido, maestro, información tan desusada?

—Yo lo sepa. Hay etnólogos aymaras que algo de eso anotan en base de observaciones convincentes; mas como él andarín es, que nó etnólogo, puede exigírsele demostraciones. En todo caso, dada la magnitud del aserto, me prometo someterle a decisión del Hiwa-Hila.

—¿Habrá descendido a los infiernos?

—¿Infiernos? En el tawantinsuyu no los hay.

—Lo que no impide que pudo haberlos, maestro venerado.

—Héte, alcachofa. Razón tenéis. ¿Y por cuál causa des que abandoné el trapillo cárneo tengo todas en mí que vivimos en el Tawantinsuyu? Extraño... Es acá a donde vino; consecuentemente no conoce el Infierno; y se me alcanza que tampoco cree en él. Curioso homúnculi... La muerte de un su hijo, parvulillo canoro, le arrastró a singular locura; y ella le ha traído a formular doctrina tal, como ésta: ¡nadie muere! Y en tanto haya quien viva al que murió, el que murió vivirá. ¿Qué os parece? Me zumba que lo mismo fuera decir: "Soy el

camino de la vida; quien me habite no morirá". Solidez tiene; aunque no poco en bruto. Le diría: no seas de "los que creen por el agrado", sino por "las pruebas". Si quiera no más que para tranquilidad del tierno Pascal, hazte sutil o geómetra. Las dos cosas no concilian; y si concilian no son lo más conveniente para la sabiduría verdadera. Sé deciros que sus arrebatos retóricos me han suspendido: no encuentro a quien pueda parecerse. ¿Le hace falta? Me da impresión de montaña que arranca las raíces, y anda...

—¿Es un loco pesado como una montaña, pues?

—Pesado; bueno. Como pesado, sí, sí; tal vez. Pesadito es el pobre. Pero, pesadito para el lector canijo es cualquier escritor de peso. No cargueis el equipaje de Atlas en los hombros de Tersites. Pero, loco... ¿Y quién no es loco? El mismo pierade de Horacio aconsejaba al poeta mezclar locura y sabiduría. Olvideis, que no poco, según ese maestro, es "dulce cosa enloquecer a tiempo". ¿Acaso no en la Epístola a los Tesalonicenses o Corintios, sostiene el apóstol que habla a lo loco, nó según Dios, sí en los accesos de su delirio? Quitad... El mismo Salomón se ufana de ser el más loco de los hombres. No hay que extremar en el juicio de la obra artística el mayor o menor grado de locura que manifieste; que todos los poetas son locos, o no poetas, a estar al gusto de Plotino. Lo que debe exigírseles es que la obra de arte sea de arte; nó chismorrea de comadronas; nó dismenorrea.

—¡Guá!... ¿Dismenorrea, maestro?

—No otra cosa lo que del poeta sale sin la debida digestión.

—Maestro: conocí a vuestra mestiza celebridad. Espero conserve el humilde atuendo, y aquellos de su silencio dones de oro que hacían tan valiosa su compañía; si es de los odres que pueden cargar el mosto del mundo sin que se les oiga al chivo. Acaso su obra no alcance magnitudes —que duro será admitirlo—; mas creed que la hallaréis honrada en todos los momentos. De no pocas de sus crucifixiones fui testigo; y puedo atestiguar del parto de algunas de aquéllas. Particularmente de EL PEZ DE ORO, de que solía decirle: "Que nó de oros tu pez; que de lloros..." Si allí el mestizo es de una lágrima vertical; bien que para encontrársela hay que arañar no poco en las materias oscuras y amargas de sus angustiosos vértigos. Dudo que de EL PEZ se diga que es imitación, como parece sugiere algún cagatinta;

y aunque para justipreciarla en el orden cualitativo carezco de competencia, su originalidad, a mi ver, no admite reparos.

—Algo así me zumba. Dó comienza el imitador acaba el artista, enseñara un genial hermafrodita: el divino Oscar. Ergo: dó el artista acaba, se da principio al artesano. No he sugerido en momento alguno que imite; dije que olisquea a Luciano; mas si así se viese en algún papiro o eucologio, culpádlo a ruindades de ese enemigo del escritor: el que compone. Luciano, para el beneficio de las valoraciones estéticas, es un fin, y como todo fin, comienzo. Del que nos ocupa qué os diré en forma sumaria, si para juzgarle debo considerar no pocos aspectos del proceso mental. En oportunidad venidera iniciaremos su estudio, y estudio serio, cuidado y severo. Viene por un hecho en sí; sin que le interese nada que no sea el hecho. Cuando un hombre tal se ofrece no caben ambigüedades: veráse pronto su máxima profundidad o su total vaciedad. Y es bueno que meditéis que la originalidad de la obra artística viene de una naturaleza satisfecha en profundidad. Las originalidades cutáneas no cuentan para este objeto.

—Que no debe ser poca la suya, maestro, lo veo, si, según planteáis, la muerte de su niño le ha traído a hacer de su necesidad la necesidad de la vida. Los muertos somos; mas por él estamos **en** sino será ficción tal estado. Acordéme un dicho de Kant: "el que debe es porque puede". Perdió a su pequeñuelo; sin él no se pasa; y por satisfacer su necesidad, nos crea. Querer es ya poder. Diré como vos, me zumba que debe poseer imaginación no poco fértil. Phuá... Fertilidad de psicópata.

—No acuerdo. Sostengo que el sér es —y acá, en nosotros, se demuestra— más allá de la percepción, como lo revela la naturaleza de su necesidad, que no es una imagen, sí un hecho-fuerza. **Nihil novum sub sole**. No para alcanzar el conocimiento de la cosa, sino para aprehender su realidad —cosa a la cosa ajena— debe conocerse en qué grado el hombre nada hace que no hubiese hecho antes. Y cuando Kant dice: "el que debe", tenemos que enjuiciar el valor de las voces que emplea: ¿qué debe el que puede? poder. Entonces el deber es fuerza o destino, destino que lleva en sí mismo el poder de ser; si quien nada tiene puede deber algo. El destino es homólogo de su fuerza. Todo descubrimiento fue deber para aquel que le ha realizado. Cuando

Spinoza dice: "la sabiduría no se preocupa de la muerte sino de la vida" está señalando el deber y destino de la sabiduría; ella, pues, debe revelar la vida, confirmarla y definirla. ¿Lo ha hecho? Pero, a este sujeto, andante y pedestre, tenemos que verle moverse en un mundo nó racional, por tanto vendríamos a negar razón a Spinoza, pues es éste individuo no-sabio quien ha llegado; y nó él. Dos cuestiones deben dilucidarse: ¿éste "vivió" la realidad de la muerte y por esa razón puede descubrir su naturaleza? ¿fue su mente, o sus instintos animales fueron quienes concentraron su destino, o sea su fuerza con este fin? La ciencia no se halla en condiciones de ofrecer respuesta a tales preguntas, puesto que no son elementos científicamente válidos y metafísicamente carecen de valor. ¿Cuáles sus medios entonces? Este ha encontrado la naturaleza de la cosa más allá de la percepción de su fenómeno. ¿La vida mira al hombre, y más nó? En otras palabras: ¿la capacidad de conocimiento del instinto es mayor que la imaginación racional? Hechos son amores.

—Si lo sostenéis, venerado maestro, y otro tanto ése cuesco vacío; el mestizo de la fama es de una originalidad sin fama semejante. Phuá... Se os ha enredado en el dombo la Serpiente del Paraíso; y todo queréis verlo con pavores sagrados. Lo que vuestro mestizuelo hace es poner en malos renglones lo que entre otros la gubia de Holbein el Joven realizó con qué genio: esqueletos que representan valores filosóficos.

—Os advierto pecaminosa prevención; y la prevención mala brújula es para el enjuiciamiento crítico. Digo que de esas terlices habría muchos hilos qué contar. Nunca escasearon las obras de pluma, pincel o escoplo, que se dedicaron a los muertos; veces para hacer fisga de ellos y de sus pobres huesos; veces para ensartarles elegías no menos onerosas. Lo que entendemos por historia del hombre: historia de su muerte. Por filosofía de sus valores: la filosofía de su subitaneidad. Por teología: llevarle a su implacable destino: la muerte. Pues bien; si todo cuanto ha edificado el hombre es sólo expresión de sus convenios con la muerte, que le devora y suprime; y viene, nó un sabio: menestral casi cavernícola y os dice que peleáis con una sombra, pues la muerte es más que sueño, por hechos que demuestra nó con razones, sí con las trajinadas plantas de sus pies: ¿os queda campo para argucias intelectualistas? ¿Es que habréis de admitir la realidad sólo si

se os ofrece académicamente adobada? Reconoced que nada parecido a su intento, con fortuna, o sin ella, se acometió nunca; si de los muertos no quiere tanatologías, sino vivencias. Aquí donde estamos, para él está él y todos los hombres. ¿Y dónde estamos; dónde os paráis? He aquí la fuerza irradiante de la vida. Para él, y referido sólo a su actual migración, desde sus albores estábamos en él, como él en nosotros. ¿Y qué importa todo esto? Importa el reconocimiento no ya sólo de una realidad que sacudirá los fundamentos de la mentalidad humana, sino el planteamiento de un Derecho, de un nuevo derecho: el del hombre a no abandonar el teatro de la historia porque haya dejado la envoltura corpórea. Los muertos deben seguir junto a los vivos en la acción; pues la vida es eso. No os suméis a las tropillas académicas, que presto serán pulverizadas. Su presencia entre nosotros no es alarde filosófico: es hecho. He aquí el rugido del bruto áureo: ¡El hombre es eterno! Y, con esto, sé yo algo, se desnuda la sabiduría del sabio.

—¿Eterno, maestro? ¿Es que entonces habrá perdido el derecho a envejecer?

—El hombre nunca conocerá su vejez. Lo que habrá perdido será el derecho a morir.

—Ergo: habrá perdido el derecho a nacer.

—Quitad, allá, Duende: tenéis toda la majadería de los pérgamos; y vuestra penetración de las cosas es ya ruin siquiera. Tomaré partido a su lado; y nada cuenta que no se le entienda o se le entienda torcidamente. ¿A quién responde este animal traspasado por corrientes telúricas? Llámale el Khorí-Puma. No midáis la temperatura del fuego planetario con el termómetro destinado a establecer las fiebre-cillas del intestino. ¿Es éste o es el otro? Tengo para mí que al conocerle, comprendí que alguien está en la profundidad. Él os susurra al oído: ¡no estáis muertos! y sois vosotros quienes le responden: ¡sí, que estamos! Ya véis, vuestra ceguera hace de él casi un dios. Afortunadamente es la bestia que se siente bestia.

* * *

—¿Quién, y en dónde, el muerto? De allí que reclame por las expresiones del indio, que si oficialmente se suprime, extraoficialmente

se vive. Por tanto, manifestaciones, que ya se observan, autorizan afirmar que en el mundo del Achachila saltarán las voces viejas, como el esqueleto ya comido por los vermes sepulcrales salta en el fuego de las pupilas...

—¿Le permitís cachada humilde al más humilde de vuestros discípulos, venerable maestro?

—Hablad, mi pequeño cachero.

—En eso mismo, no os parece que sus propósitos son pavadas de tomo y lomo, si, a medida avanza el tiempo humano, las razas, si fueron particulares alguna vez se confunden, y predominan las nativas nó: las aluvionales; y que hablar de aluvión es negar el concepto de raza?

—¿Y quién os habló de raza? ¿El Khorí-Puma?

—¿No es a título de fueros raciales que se pretende dar carta de ciudadanía al bárbaro americano? Es así que encontrar en el noble señorío del Romance, que es lengua para la convivencia del hombre ecuménico, los terminachos del indio, puede sino implicar regresión contra natura, tanto que ningún corazón refinado observa sus brotes sin repugnancia.

—La ciudadanía de las lenguas no procede de los hombres, sus academias ni sus gobiernos: la otorga la naturaleza. Aquellos son más que los momificadores de un ser vivo.

—Eso es de mayor monstruosidad todavía: como nuestra naturaleza es bárbara...

—Toda naturaleza es bárbara; o no es naturaleza.

—Pretenderemos, digo, injertar en la mentalidad del hombre aluvional, que radica en estratos superiores, y confiere sentidos universales a la cultura, la del bárbaro prehistórico. Lo que equivaldrá a cambiar el exquisito cerebro de un Oscar Wilde, o de un Albert Einstein, con el del gorila...

—Os perdono respuesta, pequeñuelo. No creo en exquisiteces contra natura. Todo lo que veo grande en el hombre me invita a pulsar el genio de la vida, la sublime monstruosidad de sus obras. Ciertamente, el hombre caudaloso no cabe en la exquisitez; y si os dijera que hay ferocidad volcánica en la garganta del turpial, seguirías más creyendo en vuestros exquisitos. El hombre engendra nó como

raza; y la raza nada tiene que ver con su lengua. Por lo que veréis el estúpido sofisma de quienes aplican a la inferioridad racial del indio la solución de un cruce, o varios cruces, con "razas" superiores, si nada hacéis —y con razón ejecutoriada— que probar la inexistencia de razas. Un anhelo de equidad ha inspirado tal vez la idea de vertir sangre rubia en la sociedad indígena; si por ese medio acaso el látigo ominoso que se hace restallar en su lomo se edulcorará; que sabéis todos que la cultura del khellu pekhe se halla nó en el vértice de las razas superiores, sino en posesión de los superiores medios de dominio. ¡Dónde vuestro hombre aluvional! Habituaos a tratar estos problemas en terminología económica, pues es más certero. Decid hombre financiero, y ya os entenderé; que en las supraestructuras, que el judío Marx estableció (y Marx era un semita de tez oscura), es donde se dan las exquisiteces que disfruta el hombre exquisito, como en las infraestructuras está, y se debate, "el bárbaro prehistórico" que, según su ortodoxia, nunca fue rubio. De aquí que cuando se desea encontrar los fundamentos de un pueblo, no se busca a los exquisitos de ese pueblo: a sus chusmas. ¿Dónde vuestro hombre aluvional? El mismo Aristóteles le considera una abstracción. Poligenistas y monogenistas seguirán arremetiéndose hasta el Juicio Final; mas ya se imponen doctrinas por las cuales el mundo físico y el factor climatérico de manera particular diferencian, nó razas, sí grupos sociales, económicamente diferenciables. Hasta el antropoide vendría de un fenómeno aluvional; pero sus diferencias responden a condiciones del hábitat, y ellas niegan el aluvión. No me juzguéis heresiarca; que admiro y gusto del Romance. Pero el Romance tiene el destino de todas las ataujías lingüísticas: la diáspora. ¿Se parece el Romance de María de Ágreda, para no mentar a Granada, Teresa, Quevedo, con el que hoy enfardelan los peninsulares? Esa lengua está en proceso de desintegración. Nuestro suelo produjo la papa; sigue produciendo al indio. Empece sus premáticas, la fabla hispana en el cósmos indio será la fabla del **hisañu**. ¿Es que no se lo ha visto hasta hoy? Cuáles no ya las formas inesperadas que adquiere en América la vocalización del hispano. Pues, sabed que es en la fonética que los idiomas pierden su naturaleza o la refirman; que luego siguen las formas de la locución, se interpolan elementos a ellos ajenas y acaban haciendo de los castizos idiomas sin casta, o con nueva casta. Nada lo

ilustra tanto como el Romance. Nó por una normatura racial se diferencian, pues, en lo poco que se diferencian, se diferencian como las escalas musicales del trino, de conformidad con la mayor o menor humedad de la atmósfera. Y, ésta, no viene de un fenómeno de aluvión; si algo sé.

Algo más, llokhallos; si en este mundo americano vegetan sesenta millones se obtendrán seiscientos; pues generación es proyección; y en embrión prendido, espacio embriogénico. Si el hombre partiera de la base del triángulo habría desaparecido. Así, pues, por más que en la transición y conflicto (estos procesos no sólo duran siglos) el indio parezca diluirse, su peso habrá de definir su precio, si, como el Estagirita enseña, la "cantidad de Asia", será siempre "harto más poderosa que la calidad de Grecia". Es que la cantidad del hombre es cantidad de naturaleza.

* * *

—Venerable maestro: permitidme haceros notar que tras acordado estáis. Los blancos en el Nuevo Mundo somos más de ciento sesenta millones; los mestizos, más de treinta y ocho; los aborígenes llegan, apenas, a diez y ocho. No veo acá dónde esté el "peso" del Asia...

—Tampoco alcanzo a veros la cara; mas por lo que siento de ella y de vuestra eufónica, son caucásicas que digamos. En estas "repúblicas" hasta los chinitos acaban "gringos"; y ello sin razón atendible, que si alguien debe poseer orgullo de su color, de su "raza", es el chino, o, entre nosotros, el kuiku. No es científico fiarse de los índices estadísticos del blancoide. Para el estadígrafo serio los mestizos son indios; y eso con qué enormidad de razones. Pero, entre los ciento sesenta y seis millones de blancos, han de segregarse los sesenta y seis, si no medias por lo sano, que son china-cholos o cuarterones. Ese el valor de tales futesas estadísticas; máxime que en los campos de la especulación etnográfica, y ésto consagrado por Conferencias de alto nivel, se ha estimado que en América quedan aún sesenta millones de nativos. Por lo demás, si acudieráis a turbar el sueño del filósofo con importunidades de ese jaez, os gritaría desde el Chullpa-tullu: "Pavón:

abre los ojos. ¿Dónde el "peso" del Asia? Abarca el planeta; Grecia es sólo un matiz de las flores". Y es que, si mis silogismos no me vedan, creo que habrá físico que niegue que sólo el peso pesa.

—No embargante, maestro; os diré con todo respeto y no menos con mi convencimiento todo, que si vuestro mestizo logra algunos lectores hoy, en lo porvenir, dudo. A este americano no le entenderán los americanos.

—Esa otra flauta ya, pequeñuelo. ¿Es que para entonces no habrá americanos? Esperemos a que el tiempo lo defina; que sólo en eso suele tomarse algún trabajo. Atravesamos periodo que los sociólogos biólogos llaman de miscigenación, ciclo del "cholo"; y el cholo (el malo) harás arrancar las cuerdas vocales a permitir que mediante ellas gorjee el Cherekheña de Orkopata, excepciones hechas, y muy canoras. La prótesis mestiza es milagrosa; se arranca los incisivos indios de las estadísticas y los reemplaza con artificiales gringos.

Por lo demás, y ya que he tomado su bandera, os diré que el Khorí-Puma es de aquellos animales de sentidos primitivos que sostienen que si la sabiduría se ha extraviado en el hombre, es porque el hombre ha amontonado basura en la sabiduría animal. Volver a las razones de la espelunca es regresar al hombre, para nosotros volver al indio; y que la mentalidad clara del Inka se inocule en el cerebro del hotentote cruzado. Podría resumir su posición diciendo que persigue que la fatigada razón del hombre debe redimirse en la sabiduría cósmica, sin cuna ni sepulcro. Lúbrica irracional de la vida.

—¿Es, pues, un bestiólata? ¿El nuevo profeta del animal puro?

—Nada de superanimales ni de ruselismos. No es el profeta del animal puro; es el puro animal: he ahí su entelequia. Paráos: me ha fatigado el reposo.

Andar. Andar.

Saj, saj, saj, saj, saj...

* * *

Vaya el grupo y llegue, de poder, a Filistea. Dirijámonos al encuentro del oleaje lacustre; que ya se columbra bajo neblinoso cielo Titikaka mutal, plúmbeo, introspectivo, acaso místico. Por ese camino,

en el lugar más sombrío —o el sombrío solitario— de éste, vencido por verduras lujuriosas y ensordecedoras pakchas, ovario del transido hueso, desmedrado esqueleto descansaba el codo en la rodilla y el mentón en la diestra, imagen grotesca sondando en el poseso de Rodin. ¿No le véis?

De hallarse, Blas Pascal, señalándole, nos habría dicho:

—He aquí: el hombre, disfraz de disfraz...

¿Qué ruin espantapájaros fue el hombre en esos amargos huesos? Nó, un ángel. La arquitectura ósea que señalara Pascal era, realmente, atormentadora. Mas, ¿en qué pensaba "El Pensador"? En bien poca cosa: pensaba en el disfraz de Dios.

En tal circunstancia no sin sorpresa díme cuenta que en actitud magnánima allí estaba el Hiwa-Hila, quien, luego de advertirme, me dijo que era tiempo de abandonar el recinto, donde había permanecido ya días innumerables. Y...

—Al menos, Khusillu, debieras tomar algún alimento.

Y yo sentía necesidad de alguno. Le rogué, empero, que si el plazo de mi excursión estaba cumplido, o se cumpliría presto, me permitiese formular tal cual cauta pregunta toda vez que resultare imprescindible. Accedió llenándome de inmensa satisfacción y gratitud.

Interrogué, pues, al solitario pensador, que, sin velar airado gesto, me dijo:

—No eres el Cisne de Mantua; nó Orfeo; nó el Florentino; ni que cargues veo la pluma de Klostok; huélas al Padre Ojeda; ni te emparente don Pedro de Peralta Rojas y Barrionuevo; en fin, nó profeta mosaico, ni portalira tirteico, para que descienda a responder tus majaderías...

Turbéme. Qué animal menos sociable, me dije.

—Nada soy —ensayé—; nada de eso. Y menos digno de atar las sandalias de tan grandes maestros. Soy casco sin herrar, que a buen trote vuelve a la superficie de los vivos; y que algo puede hacer entre ellos por tus relinchos.

Respingó en tan violento modo, que voz y palabra se le obstruyeron a uno.

—¡Jaa!... Pardiez...

Hizo como que tragaba saliva densa.

—¿Relincho? ¿A quién obedeces; quién tu amo; cuál tu jerarquía, que te atreves a hablar en ese tono a tu Dios y Señor? ¿Jaa?...

Ante tan inesperado improntu, fui yo quien se vió obligado a tragar saliva. ¿Dios? No lo esperaba... Y acá donde a la fuerza se viene a convencer el infeliz hombre que no ha llegado aún la hora de los dioses o pasó sin pasar. Dar media vuelta y echar a correr, cuanto cualquier ciudadano razonable habría hecho, a menos conjugase la alternativa de que el estrafalario esqueleto se alzara de la peña —que de eso le hacía el rodado plutoniano en que se asentaba— y acometiérale con las erizadas falanges, o de nó, desgoznando el cráneo tirara con él como cualquier enojado beisbolista el ovoide balón. Hube de emplear la serenidad de que, por fortuna, me sé capaz en momentos críticos; y me puse con suatorio tono a explicarle el sentido desinteresado, quier ingenuo, que era móvil de mi espeluznante aventura.

—Vine a este mundo del Hiwa-Hila —díjele— en búsqueda de los míos; y en ello estoy. He columbrado asombrosas revelaciones, mas pensé momento me estuviera reservado encontrar a Dios. Comprende, Señor, que este contratiempo tiene que turbarme. Me habitué a considerar al hombre simple animal, y hasta animal simple, hijo de la vida, como todos los animales; y mi específica retórica me ha amañado a los tropos animalescos. De ahí que te hablara de cascós... No porque, siendo Dios, crea que los tengas...

La convincente argumentación, que no era tal, si era darle pita al cabo, tranquilizó en cierto modo al pobre loco. Erguido el tronco, miróme con la soledad de sus cuencas, tal en ellas se aposentaran aún ojos enfebrecidos.

—Bien. Hice propósito de no hablar más al hombre —dijo—; que no son vastas las razones por las cuales he venido a cuenta que este puerco gusano merece ya mi perdón. Fui a él por iluminarle; le serví; le suministré ideas; aligeré su lengua; redimí sus abyecciones de bruto. Y, en cambio...

—¿Te crucificaron? ¿Eres Jesús, el hijo de José de Arimatea?...

—¡Qué, Jesús!... Jesús, mi hijo; nó de José de Arimatea... ¡Jaa!... Ya me sé qué quieren sugerir con esos paralogos los que en el Infierno se queman, como Voltaire, y acá los hijos putativos de ésa Mama Kuka...

¡Soy Dios, el Divino Arquitecto, animal! Cuanto bajo el Sol medra, de mi diligencia es medro.

Calló; no reflexivo; tal vez en procura de iluminación.

—¿Y qué me hizo el hombre? ¿Me crucificó? Ojalá fuera tal. Nó; me clasificó loco lindo; befóme a su grado y no paró hasta ponerme pupilo de manicomio. Ve si tendré muchas ganas de hablar con hombre; menos de infundirle mi divino genio, aunque, ¡y tú, tú, en este momento! vivan de absorber mis luminosas radiaciones. En fin... Entre ellos estuve y con ellos tuve tratos. ¡Desgraciados!... Gordinflón con más sebo que pantalones, por ahí iba celador de Cárcel; sin respeto al divino idioma de mi España, despotricaba otro desde el púlpito; aquel, entrampada la conciencia, vivía de roer la candidez de los pleitistas; y cómo les comía el unto. El matasanos sabía de su oficio, lo que del suyo el cura; quien, en lengua vasca, vociferaba desde las pontezuelas para que le entendiesen sefarditas; y si poco, talabarteros, khellkheres, filosofastros, poetólogos, tropilla de alimañas, se alimentaron de mi genio. Más parlante que el gramófono de Edison, el tartamudo congénito; el tópico utópico, pues topador toponímico; el mercader seboso de alma y de camisa, anís de cera diva; el impúdico juecezuelo, columna salomónica de la Justicia; el poetista ramplón y ripioso, más corintio que la moza de Lesbos. ¿Qué el oradorzuelo? un Cicerón... He aquí: las charchasugas, cóndores rampantes. ¡Se había dignificado el hombre por la divina megalopsia! ¿Y qué hicieron estos cabrones, que malhaya, con su dios? En hombre estuve entre ellos y con ellos; y, como tal, comiente fui, no menos turulato; si nunca dejó de trajinar el hambre mi flatulento abdomen, ni dejó de morder mi carne el invernial frío de esa mi orfandad sin bordón ni sandalia. Todo me lo pedían y todo lo daba; mas lo que debían, me negaban: pan. Pasé hambres a solas con la Estrella Polar. ¡Figúrate, infeliz mortal, vez, sin capote en el lomo, hube de esperar a que cierta rana voluptuosa, que me debía las líricas epístolas con que sedujo a tal cholita fina, más rica que Pluto, como Mesalina delicuescente, acabara de injurgitar los treinta adobos de Trimalción con que el asombrado Cabildo de sus admiradores festejaba su victoria, para pedirle me fiara centavejos con qué darme hartazgo de agua caliente; si ya el Cronida sonrojaba en el cielo las

mejillas de Aurora, y yo, sin rubor, sobre la piel del alma cargaba centímetros de escarcha!... ¡Bien que te lo tienes, brutazo!

Y he aquí, que día hubo que las megalopsias acabaran; y me negara a seguir alimentando puercos. Y ése, ¡y él tenía que ser!, ése, digo, el del sebo ofendido en el hígado, se las compuso con la Sociedad de Frenólogos, para decidir la insanía de tu dios. He ahí, tu dios fue a los hombres; y los hombres mandaron a su Dios a un Manicomio.

Allí estuve, mortal infeliz; en la pocilga del canario.

Si por el patio iba entre dientes cuchicheaban:

—¡Chiflado! ¡Chiflado!...

¿Que, molido y de hocicos, caía en el jergón? No el Guardián acabara de correr el cerrojo de la celda que cupo a la divina desventura, y ya los muy canallas, llegábanse a puntillas; y por las rendijas, gruñían, pasito:

—¡Chiflado! ¡Chiflado!...

Parecíame el viento. Y veces era él, él, más sabio que el hombre; pues luego que, incorporándome, le ordenaba:

—¡Chis!... Te mando, viento, aplacarte; que tu Dios y Señor, duerme...

El viento recogía sus fuelles y se hacía, respetuoso, de lado. Que nó todo aún, si falta lo canallesco y satánico, mortal infeliz que llegas a momento en que tu dios siente la piedad en queja. ¡Amadrinaron a las avecillas, mis cándidas creaturas!... Cuando inocentes en el tejado piaban repetían el nefando vocablo:

—Chi, chi, chi, chi... ¡Chiflado! ¡Chiflado!...

La tristeza se condolió de Dios; y un día sentí que los tendones se relajaban; y otro que con ellos y mis huesos daban en la hoyanca.

¡No les odio! Me odio a mí mismo: tenía que ser YO el padre de esta generación de víboras...

Sin asomo sardónico, le dije:

—Señor: por qué no destruyes tu obra...

No alcancé a terminar; y ya vi que Dios lloraba.

Dejéle, diciéndome:

¡Cosa dura eres, paternidad!... En el rictus de ese frontal, estaba cincelada la crispatura del parto; y en el vacío pélvico el reseco colgajo donde hambres insatisfechas resollaban su martirio.

Era el de este infeliz espectáculo que deslumbraba y oprimía el espíritu.

* * *

ANDAR... ANDAR...

Llegóseme Sankhayu, flor del Hiwa-Hila, en sangre florecido el labio, dos sankhayus tumbidos el seno; y cimbrando un talle de avispa, se encendió en rubores. Mas ya me brindaba beso de agua cristalina.

—Bebe, Khusillu; de parte del Hiwa-Hila.

Y cuando, arrebolado en su rubor, apuraba el beso de agua cristalina, agregó:

—¡Es orden del Inka!

En la dulce Sankhayu trinaban las arboledas.

Saj, saj, saj, saj, saj...

¿Cómo?

Cuando sin herir hiriendo el cordaje del Khirkhi Sankhayu se alejaba, dime cuenta que Sankhayu dos alas tenía de gaviota y en el labio un beso de mi madre.

Andar... Andar...

Dispuesta a encarnarse, sacudía las avascas del nubarrón, Mama-Paksi, atóse cofia de nieve, y ya de grietas y peñolerías, matas de paja y lodazales, partían saetas y lagrimillas pirotécnicas, sin herir hiriendo la funeral penumbra, mientras descendían apresuradas otras, e insumíanse en la tierra. ¿Garúa de estrellas fugaces? ¿Nina-ninas con alas de puku-puku?

Nó.

Son los Chullpa-tullus.

Bajo el killay calino, volvían del mundo, o al mundo iban a trajinar mundo.

AMAYA TOKAÑA

Ay, candela, candelita.

De amor lates con hambre;
tu lujuria late; con la
sombra late; en el aire
lates, amas y te ahilas.
Por ti la noche late,
Hampuñis son tus chispas.
Late, volátil nina-nina,
tu beso volátil.

Candela, ay, candelita.

Chispa del cielo eres;
del viento barcarola
que enloquece el viento;
ala de la estrella que
en estrella arde;
que arde en el incendio,
y, des ignotas lindes
de mares amargados,
de amores traes carga
das tus aguas amargadas.

Ay, candela, candelita.

De amor la enamorada,
esperas al que amaste;
y cuando llega y besa
un beso sin tu beso,
beso que incendia el aire
es beso de tu beso.

Candela, ay, candelita.

¿Por qué del KHORI-PUMA
no oyes el rugido, del
KHORI-CHALLWA el beso

no besas de su beso?
Los khori-tullus fátuos
no lloren ya de amores;
el Chullpa-tullu sufra
soledades de amor...
Ya ruge el KHORI-PUMA,
candela, candelita;
y el KHORI-CHALLWA prende
tu beso con su flor.
¡Candela, ay, candelita!

Ensartadas en el yauri, Chuima-urpillas, de los esqueletos voladores tres se detuvieron antes de volver al seno de la Pachamama; las tres tawakus de la gracia; a quienes una misma tontería emparenta: el amor no correspondido.

—¿Lo has visto, hija?

—Para mi mal.

—¿Y?...

—A poco no lo atoro con mis besos. ¡Infame! No te imaginas, guaguay; no te imaginas. Este el que me rejuraba amor hasta la tumba... Dormía como un bendito. Hija: en qué hora fui. ¿Sabes con quién? Creo que era la ricachona de la Ufemia.

—¡La Ufemia!... ¡La Ufemia!...

—Sólo alcancé a verle... ¡Jesús!...

—¡La Ufemia!

—¿La conoces acaso?

—Debías llevarme, hija; debías llevarme. ¿Casi no me lo quita al Chiuchi? Ah, vieja lechuza... Pero, mamay: óyeme; te lo juro por la salvación de mi alma, que el día que la agarre le tuerzo el cogote. ¡No sabes el odio que la tengo!... Y qué más: contáme nomás todo.

—Hasta cuándo durará el infierno, mamay... Me tiré en un sufá delante de los tórtolos; y lloré, lloré, hija; que hasta yo misma me di pena.

—¡Debías meterte en él!

Del tórax espectral salió **pizzicato** chakchando kuka.

—¡Ji, ji, ji, ji... ¡Me alegro, jajai; me alegro, hija, me alegro! Nosotras somos las culpables. Ahí está pues: soñando con ellos las tontonas, llorando día y noche; y ¡los muy canallas con sus chapuzas! Tenemos que enseñar a estos canallas a ser un poco caballeros.

—¿Y cómo te fue con el Chiuchito?

—Todos son lo mismo, hija: cortaditos son. ¡Tontito! A veces me da risa este Chiuchi y porras; y, a veces, también, me tiene llorando como su Virgen Dolorosa. ¿Así que porque una sea ha muerto ya no tiene corazón; no tiene nervios; no tiene ni uñas ya? Le gritaba: ¡Sonsón: mirá: estoy aquisito, a tu ladito! Se hacía el que oye llover en el otro mundo. Lo besaba; lo apretaba a mi seno; por poco no lo hacía mamar... Niii... Pero, tú no sabes qué estaba haciendo, ni me vas a creer: ¡estaba rezando! ¿A quién crees? ¡A mí, hija; y yo a su lado llorándole!... Gú, gú... Por fin las oraciones lo rindieron, y, red repente, se quedó frío, que me asusté. Quietito, vieras: como la vela cuando se cansa de flamear. Me lo comí a besos; pero, al ratito, me quedé dormida sobre su boca, besándolo. Cuánto tiempo pasaría. Cuando se movió había griterías en el zaguan; una mujer pedía ¡auxilio! y...

—¡Chiuchi! ¡Chiuchi, hermano, ven; apuráte!

Lo llamaban a gritos. Saltó y a poco el señor y su tracalada de kharawaktas aparecieron arrastrando a una pobrecita imilla, que ni siquiera tendría quince años. Le taparon la boca en mi delante... Para qué te voy a contar más... ¡Estos son, pues, los juramenteros; éstos los que juran amor a la mujer! Tenemos que cambiar, hija: ¿o nó? En ese rato oí por la calle un charanguito con unas ganas. Me salí; y de su brazo del tarakchi ése, que estaba más borracho que un odre, me fui cantando por las calles.

HARAWI

¡Khoró,
khorokutay!...
Tanta promesa
en amor;
que amor será,
khoró,

khorokutay.

¡Te daré
chancaca verde,
khorokutay;
mi chancaquita,
khorokutay;
no ha comer
el khuchi,
khorokutay!
¡Khorokutay!
khorokutay!...

De las Tres Gracias del Chullpa-tullu, una, que como aquéllas mal hora escapó al pincel del divino Sandro, no menos que a las tintas del estupendo Huaman Poma, la más dulcete y querendona, que no habría reído llorando como esta, ni como la otra deprecado melodramática, se hundiera en el casto peñón de alabastro que tenía por nido. Y en buena hora que fue; que de oirla habría contado con puntos y borrones, hasta bien cerca del ¡karrajuska! del alba, los milagros del curda de su hombre; que si noche volvía chorreando wakaycholo, era porque a la siguiente le habrían de traer en guanto las khawras más tartajosas de la aldea. Llorona por alcurnia –si era cholita con nueve décimos fino de indio– tenía sosiego su quebranto, y añoraba de su varón con la fidelidad de la vaca solitaria.

Pobre mujer. Pobre ubre.

El curda de su hombre era más que kurdo, cordel para la infeliz; que en volviendo de la jarana, razón haya, o sobraran sinrazones, la vapuleaba hasta dejarla húmeda y contrita, mismo la tierra después de las chicoterías de la tempestad.

Pero, ¡guay!, de quien se metiese a ampararla.

—¿Y usted qué es pues de mí para que se entrometa en mis cosas? ¿Soy su amiga? ¡Es mi marido; puede hacerme lo que le dé la gana! ¡Que me mate; que me chankhe: para eso es mi hombre! Jaaa; habrás visto. Vámonos, tatay: no le hagas caso a este... entrometido...

Y ahora se la pasa rondando al belitre, y le sigue; y es la abyecta sombra que aquél escupe y pateo, sin darse cuenta que el pobre esqueleto puede ya ni suspirar.

Así va el khirkhi por el Chullpa-tullu; tan borrachito, que no sabe si ríe o llora.

* * *

Nos aproximamos al término del periplo. La Wiphalas de la Aurora anuncian el estallido de EL PEZ DE ORO. Con indefinible estado de ánimo me alejé de aquel sitio sin atinar adónde por intrincados senderos, cuando al transponer la colina de la Mamita-Thosankheyu, en cuyo adormecedor perfume me sentía hamacado, encontré al bondadoso Hiwa-Hila sumido en meditaciones propias de quien tiene el gobierno de población que cada vez se hace más numerosa (que si allá se nace cuando acá se muere, finar allá es nacer acá); y es de su responsabilidad regular flujo y reflujo demográficos suministrando medios que favorezcan aquí la muerte (término convencional de impropiedad manifiesta) y el nacimiento (no menos impropio) allá; todo lo cual sólo dice que la misión del magnánimo Visorrey es fecundar la vida. Ciertamente harto complejo y abstruso lo que tendría que explicar, si el hombre concibió jamás lejana y débil "idea" de que la muerte constituyera eso que llamamos nacimiento; mas ésto sólo lo que se llega a descubrir. Siento que los hombres llegarán por cuenta propia, y pronto, a las conclusiones de mi experiencia. Cuando considero que entre los súbditos del Hiwa-Hila hay sujetos que permanecen con él, siglos, y hasta me atrevería a pensar que milenios, y que diaria atingencia suya es reducir al mínimo tales plazos, entiendo que la finalidad de la vida no es este período de inhibición y que el propósito maestro del orden es la arquitectura de los huesos en que se reviste el Chullpa-tullu con los primorosos dones de la materia germinal. Cierta vez, confuso por revelaciones tales, preguntéle cuál sería la relación entre la densidad de habitantes de su reino y el de los seres encarnados que discurren en la costra terráquea. Sonrió.

—Por cierto, lo sé a ciencia fija; no te quepa duda, Khusillu. Mas... cuenta con que por cada animal de tu especie debo retener no menos de varios millares; y esto es darte cifras asequibles. Mientras tenga tan grave responsabilidad, bien lo comprendes, no cesarán mis fatigas. Ya estudio Plan que permita acortar los plazos de retención.

Absorbido por estas ceñudas cuestiones estaba el noble Orejón tan ensimismado que tuve que llamarle.

—Debes apresurar tu regreso, Khusillu —me dijo, casi como si otro quehacer le embargara—; porque tu plazo expira y requiero que vayas presto y reveles al fin esta tremenda realidad.

Que bien presente lo tenía, respondíle; y que de no sobrevenir contratiempo hasta la inminente nueva lunación, agradecido y emocionado, le pediría permiso para marcharme.

Las capotas del cielo esparramaban claridad difusa que permitía verlo todo con relativa exactitud.

Pleno el corazón de amables angustias comprendí en qué medida era débil mi naturaleza para cumplir el generoso deseo de este noble varón, si ya el flagelo de los años da cuenta inequívoca de mi parábola; y llevar al hombre el mensaje del Chullpa-tullu habrá de requerir juventud y hasta de belicosos ímpetus, si, no sólo se debe decir el Derecho, si fecundarlo e imponerlo. Además, de cuanto fui informado hago acá arácnido bosquejo; y es mi deber guardarme nada. Pues bien; en cuanto mi capacidad permita habré de extremar mi diligencia para entregar al hombre la versión de hechos que le interesan como acaso nunca otros poseyeron valor para él. Mas, si el hilo capilar llegara a fracturarse, hago el firme propósito de completar, en servicio de la vida, el informe que a la vida le debo. Nó en una presencia inmaterial, ni porque reincida en las groseras mixtificaciones del iluminado, espero hablar al hombre, no ya como ahora hago, junto a él, por él, sí, en él, pues con él estaré por los siglos de los siglos, ahora y siempre. Amén.

Persuadido de que ninguna sorpresa se me reservaba ya, me dirigí a la orilla del Titikaka, para —sobre los ojos y el corazón— recibir sus tónicas brisas que fueron siempre leales cauterios de mi llaga. Y sobre todo porque deseaba besar sus verdes nocturnos desde esta linde de la vida a la que, acaso, tardaría en volver. Me oprimía más mi apretadora angustia al considerar que en tan larga estancia no poco vi de hondo;

mas nó así el rastro de aquellos por cuya compañía emprendiera la exploración de la Sustancia.

Sumido estaba en tales dolorosas preocupaciones, cuando mi atención fue atraída por susurro de hojas secas como si entre ellas se agitaran miles de hukhuchas y achokhallos.

* * *

Los tallitos de sunchu, de centifoliales e inodoras corolas amarillosucio, eran sacudidos vivamente; y es que los achokhallos o lo que achokhallos me parecían retozaban produciendo uno como entrevero de alas en la hojarasca. Tuve que fijar la atención para convencerme que en realidad eran esqueletos humanos de no más de cuatro pulgadas. Enmudecíame el asombro. Corrían; gritaban; se atropellaban. Ya pretendían trepar los talluelos; otros los curvaban con el peso; quienes decapitaban corolas, o asidos a ellas se mecían profiriendo gritos que eran como el cricreo del thesko. En fin, estructuras de sujetos pertenecientes a quién sabe qué orden desaparecido de la escala hominal. Cuchicheaban, o parlaban en alta voz. Algunos, poseídos de asombro, o curiosidad, ajenos al alboroto mirábanme o me fotografiaban con sus pequeñas y terribles cavidades orbitales. ¿Cuánto tiempo arrebatado por indescriptible perplejidad permanecí la vista pegada al suelo observando esa inverosímil existencia de seres absurdos? Debió ser mucho. Lo cierto es que en momento dado me erguí, y al hacerlo faltóme poco para estallar en grito de horror. A no mucha distancia, enorme esqueleto, de huesos que parecían fosilizados en la roca, miraba a los pequeñuelos presa de tremenda fascinación. Aunque temblaba, me dispuse a hablarle; me alcé, mas con tan brusco movimiento, que levantó el cráneo. Vi que insondables cuencas me interrogaban.

Resolló algo como gruñido.

—¡Oh!...

Aquel ¡Oh!, que salió de la mandíbula abierta por el asombro, me pareció un dó de pecho.

—¡Señor! —balbucí, inclinándome para demostrarle respeto, y más que respeto, el espanto que su presencia inesperada me había producido.

Enorme frontal sobre todo lo común. Aspecto entre solemne y atlético, tórax amplio y combado; si bien sensible a las más leves emociones, mandíbula rotunda; extremidades de labrador mañanero o andarín errante. Carecía de occipital; o el suyo había desaparecido en beneficio de ese enorme plano inclinado que era la frente, y en cuya base se abrían las fosas siniestras, que otrora anidara ojos que aun parecían relampaguear.

Castañeteábanme los dientes y todo esfuerzo de concentración se hacía imposible. Sin embargo, en el laberinto de aprehensiones comprendí que me hallaba frente a ejemplar de los más remotos habitantes del Titikaka, quienes, acaso para diferenciarse de otros pueblos, o con finalidades mentalistas, no bien nacidos eran objeto de procedimientos que acababan por dar al cráneo forma de huevo de hunkhalla. Eran los Hake-Chullpas, de cuya ancianidad cultural conservan memoria los indios como de pobladores de la tierra cuando se envolvía en las tinieblas presolares; y aunque los Inkas les reconocían como ancestros, de ellos se dice que desaparecieron, o se petrificaron, al aparecer Tata-Lupi en el Zodíaco iluminando el seno de la tenebrosa galaxia.

El enorme esqueleto a su vez se inclinó ceremoniosamente; y ya le vi disponerse a dejarme.

* * *

Confuso aún, le detuve.

No despegué labio y respondió a mi pensamiento. El espanto me sacudía.

—No es que te huya —me dijo—. Soy de Kutimpu. Estas ratillas, de Sillustani... Conocemos esos lugares: ¿verdad?

Y cuanto decía era más que respuesta a las interrogaciones que concebía y no llegaba a formular.

—No te admire; me he visto forzado a aprenderlo.

Y es que en ese momento, presa del mayor desconcierto, había pensado, cómo sujeto de tales edades se expresaba en castellano, y se

enteró que conociera tanto Kutimpu como Sillustani, donde se alzan, soberbias e inmutables, las hermosas pukaras, o chullpas, de ácido granito, de cuya procedencia los mismos orejones carecían de información valedera.

Volvióme a hablar.

—¿Quién soy, o qué he sido? Recuérdalo. Bástete saber que los Inkas, si bien de nuestra raza, atlantas, son atlantas que asumieron gobierno ayer, como mañana lo asumiremos nosotros. ¿Lo sabías?

Respondiera nuevamente a mis sotomentalas inquisiciones. Mas, aunque sin atropellarle, hablé:

—Iba a marcharme, venerable hake —le dije—, tras ya larga visita al Hiwa-Hila, con subconsciente desazón; seguro de que lo mejor que de ella esperaba no había sido satisfecho.

—No te refieres a este encuentro; que nada tiene de nuevo. Lo mejor de tu visita nos espera antes de la partida.

—Créeme: experimento la más extraña emoción de mi paseo por el mundo del Chullpa-tullu. Presiento que nunca podré olvidar lo que estoy viendo...

El maxilar ensayó amable mueca, y yo, con mundo de interrogaciones en el cerebro, no atinaba a desbrozar idea. Presto, con bondadosa solicitud, vino en mi socorro.

* * *

—Deseas preguntarme de nuestras cosas —dijo—. Te inquieta conocer el origen de tu casta, si tú, aunque cruzado con los barbudos, sientes el reclamo de la ahayu, y deseas te hable, pues ellos en ti hablan, de los Inkas. Lo haré con la brevedad necesaria; y lo haré porque me oirás en el corazón.

Le miraba empavorecido.

—Me interrogas por los Emperadores del Kosko. Te diré que fueron hombres —y son— de extraordinaria inteligencia; y júzgalo solamente por ésto: nunca se presumieron poseedores de nuevos conocimientos, ni en los medios del trabajo, ni en la ciencia de gobernar; mas sostenían que sólo ellos eran capaces de cumplir, y hacer que se cumpliera, el mandato de los "pasados", pasados a quienes

estaban seguros de retener en ellos. Aun para el individuo esto es sabio en proporción ingente. Para quien gobierna pueblos constituye título de capacidad. Y no ahondo en el sentido, no oscuro, profundo —que en la profundidad no hay tiniebla—, porque acaso no es tiempo todavía. Mira que allí donde se mantiene infracturable cadena de experiencias, y se actúa de conformidad con ella, se obedece a la vida aun dentro la fluencia depuradora del tiempo social, y será muy difícil que sobrevenga desorden o anarquía. Si te parece, los Inkas tienen necesidad de otros títulos para merecer acatamiento y admiración de quienes débenles obediencia, y de los mismos que se les aproximan para estudiarlos. Estudiarlos, digo, en sus internos contenidos, nó en la fragilidad de documentos que, o nada dicen, o callan lo que se debiera decir. Infortunadamente no pudieron completar su obra. Les dominaron aquellos que sobre la grasa de la mar volvieron como estaba previsto.

Para demostrarme que leía las reacciones que en mí producían sus palabras, me advirtió que estaba enterado cómo tal doctrina fructificaba.

—Me complace —dijo—: esto habría sido imposible hace algunos años. ¡Como nosotros sentimos muchos! Es que la tierra recupera sus derechos. Los barbudos no respetaron la tradición del Tawantinsuyu, que de ellos era, en cierto modo; y en diezmarla pusieron sus arrestos. Bien que perdieron el eslabón será bueno no olvidar que los barbudos son hermanos nuestros. Por eso mismo si los hijos de la España de hoy viven la España, es sólo en la relación que nosotros el Tawantinsuyu. Allá también el mandato ése: volver a la tierra; si sólo de la tierra viene la surgencia del espíritu nacional. ¡No podemos impedir a la Pachamama que viva de fecundar el espíritu de sus guaguas!

Aunque no se me ocultan sus dificultades, es preciso saber que si acá no se restablece la cadena del Inka, no viviremos la cultura de los barbudos, sí su muerte. Todos los hombres con responsabilidad deben trabajar en esa dirección, puesto que sólo así en forma acaso lenta un día estos pueblos sabránse protegidos por la unidad de un espíritu. Es decir, sentiránse habitantes de una tierra suya nó por derecho político sólo: por el derecho de posesión que viene de la raíz. Para los pueblos la posesión que no es raigal carece de historia. Es inútil pensar en la

existencia de grandes naciones donde viven hombres empequeñecidos por la naturaleza. Permanecerán con la obsesión de la fuga; pues no se ha establecido su identidad con ella, sentirán el repudio de la tierra, siendo forasteros con carta de ciudadanía que les permitirá el uso, y el abuso ante todo, de todos los derechos, menos del único raigal: el de vivir las palpitaciones de su naturaleza. La política, la religión, y ésta de manera particular, la misma sociabilidad, que imperan hoy en las tierras del Inka, tienen un fin: enriquecer. No al pueblo, a su amo. ¿Cómo puede hablarse de una nacionalidad americana, entonces? Las carteras bancarias fecundan la grasa de los plutócratas. Por el camino en que vamos nuestras manos volverán a producir artesanía; pero tampoco nuestros intelectuales hablarán en primera persona. Si el hombre arraiga como el árbol en la tierra no persigue la riqueza como un fin, sino, en cuanto es medio de otorgar felicidad y belleza a la vida; y como el árbol sabe que el gozo de la vida viene de los jugos nutritivos que suministra el corazón de la madre: la tierra. Observa que la nuestra no es libertad en nosotros; es en cuanto somos del amo. Es, pues, esclavitud.

¿Qué se aguarda para reconquistar el Kosko?

Tremendo legado de negaciones contra el cual tienen que luchar hombres como nosotros; si acaso inconscientemente somos ya factor de negación para la patria.

¡Entonces, a la obra! Habla como un dios y te entenderán los hombres. Di que el reclamo de la Pacha-mama es lacerante y angustioso; y que es herético y descartado quien no fecunde a tan generosa madre.

Des la arista más aguda de los Antis, agita la Wiphala:

—¡Al Kosko! ¡Al Kosko!

Todo esto importa nuestra verdad terrible: los pueblos son lo que fueron. Nadie se pregunte ¿qué seré? para ser. Pregunte: ¿qué fui? Y sentirá que es. Descubre por qué relación sutil el pasado es el presente. Pero el Presente no está en superficie, sino en profundidad; y la profundidad se mide sólo en las vísceras.

Dime, ahora: ¿la sabiduría del Inka no fue la eterna sabiduría de la tierra? Él representa su pasado actual.

* * *

Mi asombro era grande como el deleite de que estaba poseído: ¡al fin habló la tierra!

Pero, luego, el magnánimo anciano, me dijo:

—¡Adiós!... Te espero en Kutimpu.

Fue tal mi grito de ansiedad, que se detuvo, mientras inmaterial sonrisa iluminaba su faz; pues ¿qué músculo en el marfil granítico podía contraerse?

—Estos esqueletitos son los **Sullus**.

Volvíme para mirarles con el pavor en los ojos.

—¡Los Sullus!...

—Los non-natos, sí. Los que no nacieron —me dijo—; y se conservan en el seno de la tierra, porque es ella la incubadora de las almas. Así, en su pequeñez son tan naturaleza adulta como cualquiera de nosotros. Veo que te suspende saberlo como a mí comprobar que la conciencia te flaquea. El Sullu es la semilla que esculpió en la externa su forma sustancial, si así me entiendes que la forma preexiste al nacimiento y, naturalmente, a la fertilización de la madre. Estos llokhallos saben tanto como nosotros y tan viejos son como nosotros. Tiene suma importancia por qué permanecen en estado embrional; estímalo cruel resultado de las limitaciones que el hombre por horrenda ignorancia pone a la vida. Se desconocía el aborto en el Tawantinsuyu; se lo castigaba; no se dieron en él teóricos como Malthus; nunca el Willak-Uma, como el Papa, consintió el paralelismo de la religión solar y la regulación negativa del parto, pues fuera de hacer del amor un vicio determina esta inhumana y dolorosa realidad. Un millón de veces la población de la tierra está acá en estado de Sullu, pues le falta las arterias de inmiscuición en el torrente sanguíneo. Claro es que la ignorancia constituye la causa primordial del macabro fenómeno; pero hay otra: la económica. Los hombres limitan la generación

porque la riqueza está repartida entre decenas de individuos generalmente infecundos y hasta sexualmente apáticos; y los pobres, germinales, no tienen medios para alimentar una prole numerosa, que es la típicamente humana. Los griegos concibieron mediante uno de sus más elegantes pensadores la posible estatización del hijo, precisamente para garantizarle medios de vida suficientes. Diez mil años lo menos antes del Inka tenía ésta como su norma fundamental, pues cada nacimiento aparejaba el derecho a una parcela de panllevar. Esa política, de no ser amputada, habría cubierto de poblaciones felices la tierra de la madre.

Haz que los hombres miren al Sullu en su corazón; llorarán; mas se habrán redimido en el verdadero amor.

Son de la unidad del hombre en la universalidad de los hombres. Si fuera ilícito que uno de estos revelara su historia, la suya, personal: ¿crees, por ventura, que no sería, ésa, la historia del hombre? La semilla genésica es la semilla de la vida. En ésta del Sullu tiene que hallarse la vibración del Universo, y es profundizando en su naturaleza que podremos conocer sus medidas formándole y conformándole. El Sullu es la eternidad del hombre; a él no acudas para indagar secretos del porvenir; si la eternidad sólo se conoce a sí misma. Hoy, y en este latido, que llamamos tiempo, está todo el tiempo de la vida. Si nos acreditamos que estamos es porque somos, y si somos ¿cómo, a causa de qué fenómeno, podremos dejar de ser, si el fenómeno es el ser? Necesariamente el ser es intemporal; luego ser es estar presentes, como la eternidad del Universo, sin lo cual no sería eternidad. Considera que el ser requiere de estancia, y que ella es otra que el hombre; en qué medida el problema del Sullu constituye el angular deber de la vida.

Bien; miremos a la patria de nuestros mil millones de Sullus que se saben proscritos del **Suyu** patrio; y considera que el Suyu del Sullu está embargado por una minoría desarticulada de su naturaleza. No dirás que el Tawantinsuyu ha muerto; pero dirás que no le permiten vivir. ¿Faltará el Inka en tu sangre? tan nó, que habla. De acá obtén un corolario: el **Tawantisuyo** vive si el Sullu cuya hechura es no sabe morir. Cuando echaron por tierra nuestros Saksaiwamanes pensaron

que no se levantarían más, confiados en que el Porvenir era de los demoledores. Falacia: el Porvenir no existe; por tanto el Tawantinsuyu sigue de pie, y si sus murallas se abatieron fue para alzarse, tal vez ya no de andesita; pero de recio cemento armado. Todo cuanto debemos acelerar es que este aluvión de Sullus se vuelque en la tierra, pues con ellos se volcará la patria en la patria.

Así visto, el Sullu es principio de sociedad; la sociedad asociación de Sullus afines. La afinidad no puede ser electiva; viene de un determinismo de orden mecánico que permite el juego de individuos inducidos por el mismo determinismo que los conforma. No derivaremos a las intuiciones metafísicas: el Sullu es la particularización que imprime la naturaleza en el mundo vegetativo como rostros de su fisognómica.

¿Qué te dice todo esto? Te dice que sin el Sullu, el hombre y las colectividades de hombres carecen de fisonomía, de naturaleza y de ovario.

Eso es patria y personalidad con raíz en la materia.

Se dice de los babilonios que sus reyes alzaron jardines aéreos anhelosos de poner su galantería cerca del cielo. Payasos porveniristas entre nosotros alzan jardines flotantes, nó para elevar la gleba india a búcaro etéreo; sí que se traen tierra de otros continentes y con ella cultivan exóticas corolas. No vamos a impedirselo. Pero que pretendan que en esos jardines veamos la sonrisa de la Pacha-mama, en su perfume degustemos el de sus axilas, en el hoyuelo de sus mujeres la miel de la gracia india, y, al último, en el cromatismo de su lujuria, el color de nuestra alma... ¡está en el escabel de la necedad loca!

Sólo la sangre del padre hace fértil al hijo; cualquiera otra que se le acople, le relaja. Entenderás por esto que no se puede ser hijo de dos padres; y que la virtud es el verdadero camino de la Naturaleza. La maternidad es estado de virtud plena; sin ella sus milagros prenderían. No por otra causa el Sullu es un sentimiento olfativo de madre.

Se alzaron en erupción de centellas.

* * *

Hallábase en el aire, sus huesos fosforescían, y ya grité por él, presa de angustiosa ansiedad.

—Dime, venerable anciano: ¿quién eres y cómo debo nombrarte?

Manantial de bondad, desde donde boyaba como una constelación, me hizo este oscuro discurso:

—Llámame el Achachi-Hila. Y en cuanto quién soy: ¡soy tú! Tus pasos son mis pasos. Si el amor se enciende en ti, soy yo quien arde en esa hoguera. Con todas mis armas escudo tu pecho en la hora de la batalla; soy yo quien hiere y es herido en ella. Tu recóndito sentimiento es mi recóndita memoria. Mi alborada eterna tu alborada de hoy. En ti soy el Tawantinsuyu que glorifica una vida sin poniente. Para conocerme, frecuéntate. Óyete para oírme. ¿Quieres nutrirme? nútrete. No es posible que dejes de sentirme; pues en aquel punto dejarás de sentirte. ¿En qué grado te diré que nada nos separa? Tus gozos, mis gozos. ¿Qué puede fraccionarnos si sólo así somos el Uno? No te ruego que me dejes vivir; te ruego que vivas. Para entenderme, entiéndete. Para descubrirme, descúbrete. Habla al hombre y conocerás la profundidad de mi palabra...

¡Hay linternas en tu montaña; siete raíces de luz forman tu estrato! ¡Yo recojo los cristales de la roca, y con ellos, y los metales finos, labro los filamentos de tu voz!

Cuando mido tu antigüedad me siento embrión. A cada momento que soy en ti perennidad.

Vuélcate en ti, para que llegues, al fin, a mi raíz...

.....

Sin producir ruido, ni hacer viento, la nube fosforescente de Chullpa-tullus atravesó el cielo kolla en dirección al lago Umayu, nidal del Lagarto de las Tres Caudas.

* * *

Dices, oh, suave Hipócrates, que a la mujer de tu amigo Epicrato, estando ya con dolores, pronta a parir, la acometió inquietud maligna que suprimiste dándole a escanciar vino aguado. Tus experiencias y observaciones poseerán siempre el valor de la sencillez y el mayor de la

tradición de que proceden, pues tú, un renovador de doctrina esotérica, creaste la verdadera doctrina positiva en materias médicas, que importara no sólo la metodología del acervo de conocimientos mágicos y tectonías diabolistas que depositara en el pueblo la tradición de Esculapio; importaba el aprovechamiento racional de ese caudal de ciencias intuitivas; si, como es ya tiempo reconozcas, ellos partieron de un principio que tu escuela ha hecho más que negar: que la vida es inmutable, no perecedera; y había más que herir ciertos nódulos del magnetismo vital para obtener sus presencias multánimes. Ciertamente es, por otra parte, que tus preceptos me condujeron a conocer, cómo, en el ámbito del Chullpa-tullu, lo más resistente en el eunuco es el cabello, y si bien no ofreces causa alguna para el extraño fenómeno, el hecho es rigurosamente comprobable. Los esqueletos más tristes son aquellos en quienes el cabello se niega a desprenderse, con el agregado de que mientras la materia cárnea se descompone, la vegetación capilar prosigue su desarrollo. No fueron eunucos, porque en el Tawantinsuyu no los había, así las matracas catequistas lo sostuviesen sin más que testimonios de risible valor y que se oponen de manera fundamental a la naturaleza biológica de la cultura inkásica. Fueron preceptos tuyos también los que me indujeron a comprobar que la mujer jamás es ambidextra. Tampoco lo explicas; mas, asimismo, es rigurosamente cabal; aunque la ciencia no ha pronunciado palabra sobre tema tan extraño e inquietante. Acá, esto es, en la superficie de la tierra, y dentro la superficie del hombre, la mujer todo lo hace con una mano: mano de madre, de novia, mano providente que alivia, y que el hombre ama, pues de la tiniebla de los límites sale para decirnos:

—¡Por aquí; por aquí: ya es tiempo!

Y nos brinda la urna de su entraña, donde torna a bañarnos el hálito de la vida.

Pero, buen Hipócrates, tu ciencia, de esto, capital, conoce beta. Nada te digo del hombre. ¿Cómo se aplaca la inquietud maligna de árboles, víboras, mastodontes, mamuts, que ya no son, y se angustian por ser? Esta migración de huesos ha inmovilizado a los dioses en una sonrisa jímia. Prudencia será que si además de las pócimas y mágicas de tu maestro se aplique al agonizante algunos menjurges divinos, se haga que el dios se entere a lo menos de su estructura, o posología, dándole,

así, la aptitud de incidir en aquellas sustancias susceptibles de infundirse de su ciencia.

Pero, ¡ay!, en prozoario vivimos el génesis, las ascuas del Sol, las costras silúricas, que ni Leviathan ni el Angel conocieron; para el animal del caldo vital nada valieron farmacopeas, nada las brujerías de Esculapio, nada los karrajuskas de su gallo; y ésa toda la distancia que le separa del hombre que en una cruz clavó al protozoario.

Des aquí se domina su lujurioso campo de asfodelo regado por Marañoses que surcan el anchor de la tierra; el mar inmenso y sus gibas brillantes; el trueno esférico; sus mareas geométricas; sus mansos cetáceos echando humo de lejanías; los feroces saurios de cabeza insurrecta... Des acá siéntese bullir la aldea de los mistichos en la fiesta de la Mamita Wirgina; sus mugrientos lenocinios; sus alegres allkhamaris, príncipes de la Khenaya; sus paraísos de bosque dulce; sus muelles chihis y explanadas de dorados misikus.

Des acá siéntese a la **guagua**, cara al Sol, deslumbrante, asomar en thusa de totora que engastan esmeraldas y rubíes, y engastan ámbares que pipían y oleajes temblorosos. Des acá siéntesele uncir a voluntad enfermedades, hambre, capaz de cruz y fuego, de huracán y diluvio, muy dueño de enjarretar al Diablo. Des acá siéntese su tórax prominente, su osado frental de roca, su nariz corva de Mayku-kunturi.

Des acá la sobaquina india huélele al genésico perfume de la khariwa. Y todo Él es explosión de un dios que inunda con el esplendor de sus riñones de oro...

Y tú, suave Hipócrates, para prescribir tu menjurge nada viste y menos sentiste nada. Ignorabas, cierto es, que el esqueleto se anima con un fluído de la materia, que no es el somormujo de la esponja a que llegaron los elásticos por los caminos de una ingrátida poesía; es la ahayu, denso hálito de la vida, lo más pesado de ella, si es la base molecular de sí misma. No viste que el inventor de la muerte ha sido tu discípulo, aquel que se cuidó de establecer antes si la enfermedad es síntoma de vida, o síntoma de muerte; y atendiendo a combatir con ésta, dentro ella dejó la vida confinada. Observa que el pelasgo rudo llevaba sus cadáveres a las cumbres de las montañas, y como el hindú en las márgenes del Eufrates, levantaba la pira liberadora en cuyas llamas y penachos de humo se desprendía ese denso valor de la vida

para depositarse en la sangre viva del hombre. Se te culpa, pues, ¡oh, Hipócrates!, del cósmico dolor de la ahayu humana.

Es ya preciso entendernos. La medicina, que ha pactado hasta hoy con la muerte, debe redimirse sirviendo a la vida. Las enfermedades no son síntomas de la muerte, porque lo que no existe carece de sintomatología; ellas denuncian la presencia del malestar de la vida; y dicen que, sea por hecho fortuito, o por simple detención de la mecánica orgánica, cumplidos períodos ineluctables, la vida permanece aferrada al sistema globular de la sangre. Tu gran sabiduría debe consistir en librar la vida de la tortura a que tu ceguera la ha condenado; o proclama el derecho a la antropofagía, la cremación, o la desintegración de los cadáveres en cámaras químicas. No hacerlo es incidir en el crimen de inhumanidad más horrendo. Ve al cementerio y pregunta a tus muertos cuál el grado de su indescriptible tortura; y de oírles entenderás el horror de tu error. Sencillo te será por lo demás acudir a las venas del que ha dejado de respirar (no por ello muerto) y suministrar a la sangre aún viva las sustancias mediante las cuales logre desprender su hálito material y conciente que fue el punto de partida de la personalidad y de sus formas...

Sabio Hipócrates: no ya la sabiduría de la muerte; des hoy sea la tuya sabiduría de la vida.

* * *

Los cráneos mondos erguíanse en actitud de ruego; la cavidad del ojo y los remos inútiles, imploraban la gota densa, nada más que una gota, mirándoles con sus dinamitas de hidrógeno.

—¡Una gota!

—¡Nada más que una!

—¡Una gota densa!

Qué lujuriosa fermentación de chokhes en las mamas de la tierra. Y si tenían sed de tus oídos, querían helarte con el fuego de su necesidad; trocarte en materias digeribles: en ríos, nubes, hombres. Henchir los sekhes. Rebasar las tahonas. Colmar de sangre el vientre de los vientos. Para eso las hemorragias de Tata-Lupi disparando aljaba tras aljaba en la gleba india.

¿Descienden raudos los ríos? ¿Vaporosas se elevan las nubes?
Irán a parar al estómago del Titikaka.

Millones de fauces triturantes te esperan, sangre.

Sangre: millones de fauces desdentadas te molerán.

En los ojos hay apuro de parto. Así el falo hunde la esteva, el aire
absorbe la polución; y siente la dulzura de la preñez.

Y hay vagidos en la luz.

Hay hemorragias en el viento.

* * *

¡América! ¡América! Qué pregunta, la tuya, pesada para el
hombre... Qué amarga respuesta, la suya, para América.

* * *

—¡Ruack!...

—¡Guaguay!

—¡Padre: cancelaron el horizonte!

—¡Hijo mío: el horizonte eres tú!

—¡Soy el Duende, padre! ¡Dame la carne! ¡Sem Rami! ¡Sem Rami!
Ah, eras tú, deleitosa ramera: el Chullpa-tullu no podrá olvidarte.

* * *

Nos traspasa un siglo. Nos traspasan los siglos. Nos han
transverberado milenios.

* * *

¡Eureka! ¡Eureka! ¡Eureka!

Todos bailan; ninguno envejece. ¿Quién el que envejece? Tienen
la eterna juventud de los calendarios a quienes el tiempo no mide días.
Cada minuto se renuevan. Cada año los bate el viento. ¿No tienen
riñones? ¿Y qué? Los riñones son ellos. Responderán al apremio del
orinal.

¡Eureka! ¡Llega la sangre; sangre; sangre!

Maquinarias ni matraces, cohetes interplanetarios, ni microscopios electrónicos, podrán nada contra ellos; si se inhiben y son surgentes; se van en la permanencia y permanecen en la afluencia y están en el punto de donde faltan.

* * *

Padre. Padre.

—¡Los milenios no pudieron, y los minutos te trituran, padre! El saludable cinismo te abandonó para siempre. Tus palabras son ahora mis lágrimas. ¿Qué pasa en tu hueso? ¿O tu hueso ya no pesa?

—¡Guaguay!

—Triste verdad: ¡mueres!

—¡Guaguay!

—¡Oh, primer dolor que turba mi alegría!... La hora de mi padre está acá. El punto en que los relojes se detienen para él ha llegado. No olvides, padre mío, que eres el incenesciente; el que de estar está: vuelve y florece...

—¡Guaguay!

—Me duele tu corazón... Ah, trampa maldita, que no eres charango en el indio; nó viola en el Diablo. El corazón es lo que mata. ¡Adiós, padre! ¡Tatay: **aeternum vale!** ¿Dónde el atlético salvaje? ¿El tras la nevera ido, dónde se fue? En tus cruces mueres y de tus cruces me levanto. ¡Hijo mío que no tuve: yo te habría engendrado sin Diablos! Este que veis agonizar, el que mató horizontes; mas los engendró de nuevo. ¿No fue Dios mi padre? Que los hombres lo sepan: la muerte vive en la carne de los dioses: que en la carne se pudran... ¡No te vayas, padre: espera; espera, tatalay!...

—¡Álzame en tu carne; y llévame!

Saj, saj, saj, saj, saj...

* * *

Oh, incendio de nubes: mi aventura ha terminado. También diré:
¡adiós!... O hasta luego...

No están.

Andar. Andar.

* * *

—¡Mira, mira, esa música!

Pude menos que admirar la razón de los que pierden la razón.
¿Danzaba? ¿O es que sus huesos galvanizados se desconjuntan para
arrumarse en manojo de leña? Hombre: eres sólo incendio en tu hueso.
Nada veía; y esperaba que con los oídos mirase los acordes.

—¿Quién eres, o, mejor, alma de un dios, quién fuiste?

Pero, como si además del arrobó nada existiese para él, repetía:

—¡Mira, mira, esa música!

Sus enloquecidas cuencas se fijaban a la altura del incendio de
nubes, y, por ellas, o dentro ellas, acaso a ras de ellas, cursó suave
teoría de alas. Y eso todo lo que alcanzara oír. En mi largo ambular
por la tierra verde, no encontré más verdecidas amarguras. Allí, en el
puño de roquedo hirsuto, estaban dos figuras de la muerte: el que por
sus mendrugos iba; el que de sus mendrugos se nutría.

—¡Mira, mira, esa música!

He mirado tu música, Chullpa-tullu hermano. Y es de entonces
que comprendo cómo en todo vértigo se debe hallar la música de la
materia, que sólo ella es un estado musical; si sólo se la ve allí donde
trajinan los gusanos. Hermano Chullpa-tullu: tus enloquecidas cuencas
la música son que desintegra la fiebre del sepulcro; y no por otra causa
sólo las pupilas que se aposentan en tus órbitas pueden penetrar en el
secreto de la música que se ve y del color agrio que se oye.

A altura, asible, pues alcanzaríanla diez o quince hombres
aupados, se proyectaba ojo de buey; y por él oí orquesta de sombras
que ejecutaba la música que se ve.

A mi buen destino encarezco no borrar esta visión de mis oídos.
Nada vi, ciertamente; mas sentí en los míos el dolor de los huesos de
todos los osarios de la tierra. Ahilando sus podres en invisible rueca a

mi lado le tenía, absortas las cuencas en visiones melódicas y que de su sequedad se salía sólo para decirnos en quejumbrosos acordes:

—¡Una madrecita! ¡Búscame una madre!...

Y eran tan dulces sus puses que, presto, me besaron las plantas, trepáronseme, me abrazaron el torso, con mimo de brazo infantil arrolláronse a mi cuello y en tanto sentía en el rostro su afanoso respiro, con vocecilla de hilo de araña:

—¿Me miras? —me decía— ¡Soy la música!

Nada comparable a esa voz que ya comprendes la miel que enloquece a los muertos. Todavía, del ojo de buey, que magnéticas las cuencas del Chullpa-tullu taladraban, se alargó amorosa mano ascética, ofreciéndole zurrón de cuero viejo.

—¡No lo pierdas! ¡No lo pierdas!

Retenía aún la visión de esos taladrados huesos y de la extraña melodía de su arrobo; y ya las cuencas miraban con aferradas falanges el zurrón que entre ellas palpitaba.

A punto de desandar el camino y fatigado abandonar la cima fatigada, vi, oí, sentí, que el ojo de buey era sólo estallido solar en que el aire arde como el oro.

—¡Mira; mira! —con desesperado acento me reclamaba—. Y vi dos lágrimas que le rompían el hueso y serpenteaban.

Sarmiento de trinos me anegó; frufrú de alas me cegaba el aliento.

—Pero ya sentí en el corazón al Chullpa-tullu, linfa láctea, germinal.

* * *

Agobiado, quizá macilento, dirigí los pasos al límite de la oscuridad; e iba a llamar al granito del Palacio Sombrío, cuando, de bosque de kheñwas, fría, descarnada mano, me detuvo.

Último alegato —me dije— que me reserva el mundo de los muertos, conforme a la profecía del Achachi-Hila.

—Te he seguido sin descanso; pues no sé por qué imagino que eres magnánimo y habrás de comprenderme. ¿Verdad, también te trajo el deseo de él? ¡Con la ansiedad y esperanza con que vine!... Cuando

sentí que el frío invadía mi cuerpo; que, poco a poco, en sueño inmenso me sumía; mi corazón estallaba de gozo: "¡Lo verás; ahora lo verás!"... Ah, chasco, hermano: aquí no estaba.

¿Cómo supo este infeliz que por Él vine —se decía mi enloquecido desconcierto—; y cómo sabe que no está?

—No te comprendo, hermano mío, ni te comprenderé si no me dices a quién buscas.

—Hermano: viví con la sed angustiosa de verle un día; y mi vida fue más que plegaria arrodillada.

—Por caridad, hermano: ¿de quién hablas? Dílo.

—¡Ah, muerte, dos veces más cruel que la vida!

—Tu angustia me desespera.

—¡El Crucificado!... ¿No lo sabías? ¿No fue por él que viniste? Es la muerte el camino para unirse a él; y aquí no está... ¡Dios mío; Dios mío!: ¿en dónde, entonces?

Se cubrió el rostro y con atroz quejido se alejó de mi lado.

¡El Crucificado... y no lo vio!

Herido en la fibra más sensible de la fraternidad con el hombre, al verle alejarse, me dije:

—Terrible punto final en el dintel del Chullpa-tullu.

* * *

ANDAR. ANDAR.

Saj, saj, saj...

El Hiwa-Hila me esperaba. Con sencillas y serviciales palabras le presenté los sentimientos de aprecio, que su bondad, imposible de calificarse, había hecho nacer en mí.

—Créeme, venerable Hiwa-Hila —le dije, finalmente—: tu recuerdo será mecha-chuwa que alimentaré todos los días con mi agradecimiento.

—No te precipites, Khusillu —repuso, sonriendo—. Has visto y oído a los hombres; ahora es justo que te veas y oigas a ti mismo.

No había madurado el sentido de tan cabalísticas expresiones; y ya vi en mi delante gentil esqueleto, que me alargaba las manos, diciéndome:

—¡No te asombres; no estaré muerta!

Sí; la profecía del Achachi-Hila se ha cumplido. Pero ya el dulce esqueleto se había echado a mi cuello, y lloraba; lloraba mis lágrimas. ¿Cómo podré describir ese momento? Decir que el corazón bien podía detenerse, o que el cerebro estallaría, es apenas parte mínima del sismo vital que me sacudía.

Mas, muy tímida, me sonó la voz querida:

—¡Tatay!...

Volvíme, electrizado; pues voz es la suya que no muere en mi corazón.

—¡Imilla!

—¡Tatay!

¿Cuánto tiempo duró ese mudo estallido de volcanes? Cuando gemidos y lágrimas me permitieron articular palabra...

—¿EL PEZ DE ORO, imilla: dónde está?

—Ya viene.

Airecito de alas de colibrí me besaba la oreja y allí se desgranó su trino:

—¡Piupiu-titit!

De rodillas caí en los huesos de mi hijo; y como ellos no dejaban de trinar, era yo una sola lágrima en su trino.

—¡La Pacha-mama viene! ¡Viene la Pacha-mama!

Gritaron alborozadas las mujeres; y ya vi hermoso esqueleto avanzar por mi negro camino.

Mi madre.

Con Él en brazos, y de rodillas, arrastréme a su encuentro; y me tumbé a sus plantas, humedecí sus huellas y las besé. Besé sus huesos, y los lloré. Pero cuando su dulce mimo en las vacías cuencas sollozaba, y marfilinas falanges restañaban las mías, vi que mi **yoka** besaba mis descarnados pies, y que su hueso, pegado al mío, los bañaba con arpegios.

Ya no estaban solos. Por voluntad del Hiwa-Hila, viniendo de los viejos estratos, habían llegado mis ancestros. Y como uno el tuétano

que nos une, saben que en él está nuestra sustancia; cadenciosos me hablaron y con su viejo abrazo avivaron mi fuego viejo. Dicharacheros de verme qué no les dijo de mi andanza la aterida mudez; y cómo de trajinarme fue que esperaba encontrarles...

Pero, de pronto, vibró sedeña la voz del Inka.

—¡Khusillu: te buscan!

Sacudido, volvíme:

—¿Quién?

Cerca al noble dignatario, abría los brazos en cruz un venerable anciano.

—¡Hijo mío!

He aquí que los testarazos del ciclón habían trozado al más noble y añoso roble de mi kharkha. ¡Mi padre! Besé sus pies y los lloré. ¿En qué punto se ha seccionado el hilo de la vida?

Ellos, no poco locos, si por locos se están en el **fuego que arde sin comienzo**, con sus quimeras, y de sus quimeras, me hicieron confianza. Y de los más, aquellos menos cuerdos, se holgaron de saber que les tenía cerca; y que por qué fue que no habían podido saberlo. Mas cuando porfié porque lo mejor era nos volviésemos a Orko-pata, todos, sin que uno quedara; me dijeron que nó; que si eso había de ser causa para que hubieran de dejarme, no lo deseaban; que irían por donde bien yo pudiese y quisiese; que estaban tan avenidos con mi khepi, que allí preferían les tuviese.

En fin, mientras lloraba yo, reían ellos.

Fue de partir tiempo ya.

Estreché en mi lágrima los huesos de mi guagua; díjele en tiempo de tímpano, que se mantuviese presto, sin olvidar que el tímpano es la ley y en tímpano estamos porque tímpano somos. Así, armado, llorado, besado su hueso, paréle en mi corazón, en mis negros caminos le puse; y le mandé:

—¡Vamos: anda; canta!

Metióme con su oriflama el Alba.

Lágrima tallada con escoplo gélido, le vi infundirse en mi profundidad. Y matando el sollozo, volqué su torrente de trinos en el ñuñu de la tierra.

Y la lloré y besé.

.....

Andar. Andar.

.....

La aurora de sus trinos ha vestido el camino.

Saj, saj, saj, saj...

LOS SAPOS NENGROS

—No tardes: propónla —repuso—: ¿qué no haré para salvarle?

—Tu hijo está enfermo de amor; y morirá porque es a mi mujer a quien ama.

—Si consintieras en satisfacerle te ganarías toda mi voluntad...

—¿Tánto es tu cariño? Pues el remedio le tienes a la mano: dale a tu joven mujer, que es de ella de quien está enamorado.

Eraristrato de Ceos

Y el Rey se la dio.

¡Padre!

Algas del hijo... Ojos salobres de ese charco de sangre que se dilata como el Sol en los atardeceres de la selva... Para descubrir las causas, o la causa, de la brutal acometida, a su arteria acerco la oreja, cual el prudente Eraristrato, discípulo de Hipócrates, hacía. Pero, feriado por medio, ni Áfricas alejandrinas, ocho días el dolor despotricó implacable, que al último sin que nadie, ni yo, ni el hipocrático Renacuajo pensáramos, la agonía sobrevino como al aguacero las luciérnagas en los crepúsculos puneños.

El Sol en la selva, palpitante.

Las luciérnagas palpitantes en la humedad.

Desnudo ya de toda defensa, flaco para soportar la condenación de sus ojos y sus algas, le ven mis lamentos en mi alma; mi alma que trajina con los ratones, las pulgas, y en los desvanes pleitea a pulgas y ratones.

Dulcemente acúname la mano:

—¿Ya?... ¿No?... ¿Te parece?...

Comprendo de quién se halla enamorado. ¡Padre!

(Fijo, mi fijo, estoy).

—Claro... Así tenía que ser...

Otra manera de andar que las cuatro patas de su bruto siento que mi alma tiene. Que es bruto todo lo que anda; y que hay que redimirse para que el bruto sea el bruto.

Dispónense a darme valor.

(—¡Valor!)

(—Quién, o quiénes, pelean por acogotarte? ¿qué esmeril en el aire afila el puñal y afila los pañuelos?)

Mira a mis ojos:

—¡Me importa bledo tu valor!

Fijo, mi fijo, estoy.

—¿Los bledos de Kanidia te importan bledo?

—¡Qué bledo que eres, padre!

Padre. Padre.

Comprendo de quién se halla enamorado. ¡Padre!

Si le rrurrúo olvida todo.

—Es cosa de momento: anímate. ¿Tiene otra solución? Si consientes, lo haré. No me falta coraje.

Con qué boberías se muere el bobo.

—¡Hijo mío!

—¿No la ves? Todo kosa que me dejes obrar. Eres tú quien no me deja obrar. ¿Qué haré si no obro? Cómo se te llega a amar. Padre. Padre.

Duerme.

¡Padre! ¡Padre!

La respiración le apremia; luego lenta se hace; que ya se apaga. Y ahí está: otras vez flameando. Cómo a la luz de los faros se iguala. Esos marinos faros cuya luz se hunde en la noche de la mar y morena y **redepente** aparece lengüeteando en el lomo de los oleajes.

(Así no más es). Padre.

Se **redama** la vela. Y yo que nunca estuve solo, por más solo que Él me dejare; si a mi lado, respirando, de puntitas, alguien, algunos me daban su lata. ¿Y **ahura**? Que se redama el mentón en el puño; y a través de los tragaluces llegan los estertores del **Phuño**; llegan las cruces; llega el gemido del Crucificado; llegan los ojos; llegan los ajos.

Llega este Titikaka, lagrimea en mi sangre, me ceña, y la boca que evoca me tapa con su **tapa** del Cherekheña. ¿No estoy el Phuño en el puño? No me abandonan dos que me susurran:

–Kiii... Kikikiki... ¿Pelele, eres la sombra de otro Pelele? ¿La sombra eres de la **Tanthaguagua**?

Cómo el otro camina de su cuenta y de su cuenta me lleva a la amargura. Qué cuentos... ¿Estaremos solos en el mundo? No hay salvatoria: nadie va sino en cuatro manos y con los de cuatro manos. Y en cuatro cuatreciendo van el cristiano, el bhudista, el mormón, el anofele, la espiroqueta y la manopla de la mano que manipula la manija.

HARUÑA

Qué bestia,
bestia...
¿En la haruña
de qué pecado
a crucificarte
mi alma
bestia
vino?...

De este ángulo; de aquel ángulo; del otrito ángulo. Del ángulo, de la anguila, la animula, la mulina. De éste, de aquél, del otrito, los convulsos, se van todos, los insulsos, por hilarlo, por pillarlo, cintilarlo, sibilarlo. Y Él que aceza, se evapora, gasifica, cintiliza, sibiliza. Y la Bestia que le hurga, le estrangula por la blándula, por la glándula, por la oreja que martaja la tarasca que se enchasca con la reja. Que me raja la corneja y el cornejo que me raja el entrecejo. Soy rajado por la raja del carajo... Brama, brama, brama, con el mar, con la mar, los cangrejos y tolinas del amar, y del amor, de la mar, del amor...

–Tengo que irme, padre..

¡Padre!

—¿Ahora?

—¿Lo sé?

Trituro la sonrisa; si ya sus risas **augan**. ¡Padre! ¿No será que todo mundo miente; y que ni Él agoniza de risa; ni cuadrumanos; ni sombras; ni susurran tolinas divinas? ¿Y todo se acaba en que mi sitio nó éste, ni el Cornezuelo de Centeno mi agua bendita; que el Sanatorio y la dulce toma solución de Mamitas Marías al ciento por ciento de Adrianitas? Pero...

Hieren los fríos nudillos de una manita. Pero...

Es un momento de peros; y yo un Petrus Paulus harapiento. † No miento.

—¿Quién?

—Naya.

¡Alalau!... Mi sangre me tiritita.

Otra vez la manita.

—¿Quién?

De la camita su respiración llega cansadita.

—Diga: ¿quién es usted?

—¡Guá!... ¿Me desconoces, riquito?

—¿Quién es, guaguay? ¿Te conoce?

—Me invitaron. Estoy acá ocho días; muerta de frío.

¡Me invitaron!... ¡Karrajuska!... Una mujercita invitada... Mi furor se desforra.

—¡Ajo!... Digo, ¡Aja!... Ja, ja, ja...

—Jesús, diga usted. ¿Así se trata a la gente?

—¡Invite!... Evita mi envite, thermita... Invite; cuando el niño se muere... Sea usted quién sea, perdone: busque otra puerta. Y repita para su colete: ¡No he sido invitada; y, allí, dentro, hay quien envita!...

TOKAÑA

Majadera que vienes
a enverar las uvas
y las úvulas.
Cuando oliveáceas
las úvulas

están maduras
en tu uva...

¡Cuánta, fijo, razón el enquiridón de Memnón!... El beso de esa vampiresa (haz la cruz) reza pus: sarna; sarna karka... (Malhaya este latín deslenguado del lenguado).

—¡Sarna pasmosa: haga el obsequio de marcharse; o la rompo el rabillo tarabillo!

Bramo. Bramo. Bramo.

—¡Víbora! ¡Víbora!...

—¡Papá!...

—¿Ja?... ¿Papa la papa? ¿Paparrucha la papa serrucha la chucha?
¿Ja?... ¡Hid... ji, jijiji... ki-ki-ki!...

AMAYA TOKAÑA

Su estertor aúlla.
¡Puñuska llaktapi
hatun khapari!...
Un grito inmenso
el del Sapo Nenglo
en la ciudad deicida.

—¡No te vayas, guaguay!... Guaguaguitititititi...
Estricnina a la vena; pronto: ¡estricnina!... El líquido no quiere; se atora; no puede: no le da la gana...

Eraristrato:

—¡Hum!... Escoge; que lo que al chico hace, no te angustie: ¡parece muerto!... Acaso, si te dejas... En fin... Te dejo un gran trejo: mi colega Renacuajo: ¡qué doctorajo!...

—¿Renacuajo? ¡Oh, hermano Renacuajo!

—Sí, Follón. Ya ves: acabé doctorajo.

—¡Qué cuajo, Renacuajo!

—Ven a mis brazos, mancarrón.

Tocesilla de polilla:

—Ji, ji, ji... Bien. En fin, el pobre chillín en el coma, como comas hay en cuanto escribes y comes. ¡Mi botiquín: flautín, mi Follín! Ven, a ver: al oído... (Chiribischischáschotchutchay...) ¿Entendido? Si te dejas sin un grito (chás) ya verás. Yo, cholito, no perjuro; te lo juro!

—Kiii... Kikikikiki... ¡Pero, qué desparpajo, Renacuajo! El ajiaco y el tamal a hora tal, monicaco... Bien podías haberlo determinado cuando mis venas estaban en vena; y no en esta moña de carroña. ¿No ves que si vivo vivo de Él?

Qué Quijada carcajada:

—Ja, ja, ja... No hay perdón, mi Follón. Eres el mismo calamar de la mar... Ja, ja, ja...

Menea, anejas, las espléndidas orejas.

—Por la pauta de la flauta, Follincico, que eres mico. ¡En el fondo, que me mustia de tu angustia el torzón, mi Follón!... ¿Mas, qué **quieres**, si hay mujeres? No te queda más renuevo que pararlo de a de nuevo.

—¡Que te rajo, Renacuajo!... ¡Largo, presto; o te resto, perdulario, el honorario!... Como agita y cogita con herraje, rumia ollejo el polli-nejo, y medita con el ego del esplego:

(—Sí, acaso; acaso sí. Si un chuzazo bastó a Dios y a los dos... En fin; probaremos con la Nada, que es afín).

Y, severo, encárame:

—A la mesa la carta ésa. Venga acá, **formidine**, tu pezón. De **menso** pienso hizo Dios al Mamón. Si el recurso sale incurso, tienes, galgo, para algo. ¡Va, va: cree ya! El sabio se hará el largo: mas el Diablo su milagro... Ja, ja, ja...

Y mis pobres venenos extrae de la vena y los cede al envenenado; sin ver de la muerte la farra ni la garra; que si Él vida me daba, sólo muerte yo le dí.

Ya no ijadas y menos carcajadas.

—¡Qué recuajo, Renacuajo! ¿Teminaste la **Saggaste**? Réuma neta, nmeumonata; valeroso terapeuta terra-mata: embutir terremoto y maremoto de un cadáver en el otro; pues siente nada con la prueba tu cliente. Que Mu—smé o Dios se traguen tu parné: si hay museta musagueta que te sufra la pipeta... Renacuajo, que nó yo: no me perdonaré haberte perdonado. Mas confío que las vírgenes impolutas,

insolutas, te perdonen disolutas: que podrán si se abajan el holán. Pero baste tu ¡tlan!, ¡tlan!; que poética es emética.

Estornuda.

—¡No hay perdón: ¡manicomio!, ¡manicomio!, mi Follón! Jo, jo, jo... Ya; chimbemos por lo alto; si, sedño, reparador, viénele el sueño; o el gran sueño parador... Mas si síntoma engoroso, peligroso, esta noche, o mañana, siglo há, siglo viene, sobreviene, Folloncico, no vaciles en llamar a este **amigo**. Que me escuese la pelambre y es de hambre que me la labra la pelagra. Tuyo siempre Renacuajo. ¡Y me rajo!...

El taconeo del sabio se extingue a lo largo de la galería. Bien veo que frotándose las amibáceas manos, se dice: "Ahora el pobre calamar a la mar".

Yo de nuevo en las cuatro.

¡Padre!

—¡Figúrate, imillay —digo a la mariposiña que punzé por antojos en la espina de la niña de mis ojos—: alguna mariposa, que a dar chuzazos a la puerta vino; dizque la invitaron! Imagina, queriña niña.

—Si no es Panchita, la hija de Nicolás. ¡Tánto lo quiere la pobre!... Pero; si nadies ha entrado... ¡Nadies ha entrado, papay!...

¡Papay!

Los sapos; los sapos.

—Bueno: idos; ha sido el viento.

Las mariposas se niegan a alejarse. Y tienen razón. ¿Cómo faltarles la razón; si la razón falta jamás con todas las orejas? ¿Pero, el viento habla; puede decir que se le ha invitado? Tampoco (reflexiono) las mariposas dicen ¡papay! Y las mariposas dijeron ¡papay!, ¡papay!, en mi oreja, en mi oreja. Y ¡papay!; nó papaya: nó paca: nó papilla: ¡papay!, ¡papay!... Y el viento habló, habló...

¡Solo!

¿Cuándo estaremos? ¿Cuándo al fin, por fin? La hija de Nicolás, Nicolás y su hija, la mujer de Nicolás; y la hija de la mujer de Nicolás; su mujer que es la madre de su hija; y su hija, que es hija de su mujer; y su mujer que es su madre y madre de su hijo. Y su hijo que no mira a la madre ni a la mujer de su padre. Y, al último, y tras todo: ¡sólo su papay!... Solo.

¿Cómo puedo estar si no me ha engendrado un hombre, sino el hombre; no tengo ego y lo que me tiene es naya; no soy del phutu; que vengo del phutu-phutu?... ¡Solo! Era colectiva la alcoba de la **mamaja**. Bien que lo veo. Colectivo el tálamo de la mi mamaja; pero nunca perdía fulgor, si mientras la mi mama hacía adorar por alguno de los mis tatas, los otros recamaban la tierra y se quedaban frente a la alcayata, (mirad que os miramos) por sí algún taparrabo en ella se batía. Y no te digas usted que no se llegaran temblando a dejarla la semilla para que la Hatun mama eligiera la merecedora de su entraña... ¡Ay, la mi mamaja!... ¡Solo!...

¡Padre!

—¡Qué glande el glande Sapo Nenglo, no papi?

—¿Y ahula?

Legiones de viudas mariposas huyen despavoridas en la luz.

Otra vez la voz.

—¡Por amor de Dios: es ya tarde!... El frío me congela... Abra usted, padre...

¡Padre!

Lo comprendo; que nó la hija de Nicolás. Aúlla el viento de las tumbas. Me miro en todas partes; me vuelco en mi sombra; me desgañito; me zumo en mi vértigo; me golpeo; me destrozo... ¡Yá!... Pukllay, pues, Sapito Nengro... Muerdo, lambeteo, trituro, descoyunto; me como al Sapito Nengro; lo cocino; me cocino... ¡Kiii... Kikikikiki!... Yaá... Me alumbro; me apago; me tumbo; me levanto; me dibujo; me pierdo; me borro; me encuentro; me llamo; me escapo; me silbo... ¡Me pututean! ¡Me puñetean!... ¡Ja Karrajuska! Si habrá locos; si estaremos locos...

—¡Chunkitoy! —la musito—: ¿quién eres usted?

La chochomika me lo baila sus marineras. Y se lo hace crujir su camita; y se lo come sus Sapitos Nenglos.

La grito:

—¡No, no, a los Sapos Nenglos! ¡Chunkitoy: no te los comas a sus Sapos Nenglitos!

Por el goce medio; medio por el miedo, el **riuriu** del viento me aserrucha los ojos.

—¡Chunkituy!

Su cópula me ronca.

Pero, luego, soy el Tata-'Titikaka que se ha parado en la tierra.

—¡Yá, yá: pukllay, chochomika!

Y de las crenchas la pillo; la pillo de las espigas de su trigo rubio; de sus pelos de maíz koskiño. Y la meso, y la estrujo, y la magullo, y la vapuleo.

—¡Sus sapos, chochomika; sus sapos!

¿No podía esperar treinta y tres años, y sabiendo que mata su cruz y mi cruz se lo agarra para ella? ¡Loba vieja! ¡Virago paridora! ¡Chochoka, la chochomika!... Esperáte, no más... ¿Conque te lo había traído al Khorí-Puma para que te lo endulce tu hocico? Y eres adorable cuanto más damnable. Buscona que ambulas dulce en el graznido de la chuseka: ¿cuando llegas acaso el néctar de la sangre no rebulle? Te han macerado sus gorjeos, loba vieja; si ahura para tus ñuños todos se vuelven guaguas y tus mensuales cardenales han hecho paridor al Sapo Nenglo.

—Elay, pues: mirálo: ¡en tus brazos su tempestad deshecha! Y de ellos qué no más podrá salirse; si lo has disuelto en risas; y tu risa ríe en la sacristía todavía.

Por eso, cuando se queja, me acurruco en su oreja:

—¡Choy, pelleja, chunkitoy! ¿Awichu soy? ¿te ha empuñado mi hijitoy?

Los murmurios muertos. ¡Sonso: aquí nadie ha muerto! El loco, el rematadamente loco es Él. No se van. Se niegan a irse. Opa: están contigo; no se irán...

—¿Has enloquecido, padre?

¡Padre!

—¿O es su cuajo del Renacuajo?... Nó; nó, tatay! El muerto es mi tata: jo, jo, jo, jo...

¡Jo, jo, jo, jo!... Su carcajada la boba; que me digo: Para locuras, elay: ésta... Pero, si aquí no hay locuras, ni muertes, ni Chochomikas... Si están llorándose los Sapos...

—Dime, no más, guaguay: ¿quién es esa cochina?

—¿Cuál china?

—La que te está mamando, hina, pues.

—¿A mí?...

Oh, mi lepla loca: el muelto soy yo.

* * *

II

Cómo me la persiguen los mozonis... Bien que ya podía verlo claro todo. Mistusita se me ha regresado a la edad del sunchu y la borraja; y con el esquelético de mi "Guarda Casa", y el trozo de carne cruda que a título de honesto salario le brinda, me sigue, enmadejando mis ojos en los suyos. Siento que la muerte es el camino de La Escalera; que tira para arriba el que muere, lo mismito que el agua del tacho que borbota en la amanecida y el vaporcillo se congela en el aire. ¡Arriba! Todos obedeceremos esa ley. ¿Lloras, Mistusita? No me llores, guaguay. Lloro porque en el supremo instante no te vayas a helar como el humito del tacho y que contigo puedas cargar tus pobres cositas. A ver, dime: ¿yo para qué nomás me quedo, Mistusita? Si mi guagua se ha ido...

* * *

—No se hizo Laykha. Así nomás habíá nacido. Vieran: tenía en su cabeza dos remolinos de thampas. Dos sapos nengros se lloraban debajo la cama de su mama cuando lo parieron. ¿Su color favorito no era, pué, el nengro, y su animalito el sapo nengro?

—Yaa. También era tiempo no más de que se fuera: estaba muy flaco y se apestaba su Chullpa-tullu...

—Las pobres macetitas de clavelinas, decí más bien. ¡Pobre werakhocha! Buenito nomás era. Quién se lo estará mirando...

—¿Han oído? Dicen que se ha de salir de su entierro...

—Ñi... Quién nomás... Más mejor, de las cantáridas, no dicen, pué que con ellas habíá enloquecido a tantas tawakus y con ellas la hechizó a la Mistusita?

—La pogre se llora como si la estuvieran sacando una tripa nengra de su resuello...

—Jajaillas... Cuándo, pué: Ji, ji, ji... Será la tripa nengra del difunto... ¡Jesús, Jesús: pogre alma bendita!...

—Ay, que nos perdone... Pero, bien imillero nomás también era. Y la sonsa de la Mistusa ni quiría que se lo hablaran de su werakhocha...

—Ampe: no digas así: es pecado. Se lo rezaremos más bien.

—Ya, pué...

—Pero este bandiro, ¡jail!, cholero, ¡hina!, vieran...

—¡Chis: calláte!... Capaz nomás nos oiga...

—¿Quién? ¿El muerto?

—¿No dicen, pué, que los muertos oyen?

—¡Ay, mamitay: Jesús, decí!... Cómo nomás será... Se lo rezaremos...

¡Jajai!... Jajallas: estas rabonas de ñerdas cómo me lo están sacando su ruborcito a mis trapos sucios... A ver si la Mistusita las oía... Pero, quienes fueran, el runrún me llegaba como a través de un muro.

* * *

—No mi fastirias, Pablito: voy visare mi werakhocha...

¿Qué? ¿La voz de la Mistusita? ¿Y quién me la fastiria? ¿Pablito? ¿El cochino ése?... Me iba a levantar a castigar al cochino... Pero: ¡guá!... Siempre más mejor hacéte el sonso...

El barrio se ha volcado en la casa. Ahistapue... ¿No son éstos los Champillas, los Allkas, los Mamanis, los Champis, los Sejereros; no se han traído sus anus, sus wakas, sus khamakhes, sus khillis, sus waksallus? Salen de puntilla los parewanas; de puntillas entran los tikhis...

—¡Chis! ¡Chis!...

—¡Chis! ¡Chis!...

Entran de puntillas: ¡chis!, ¡chis!... Salen de puntillas: ¡chis!, ¡chis!... ¡Ay, tantos!

—¡Chissss!... No hagan bulla...

—Lo van a despertar al muerto: ¡chisss!...

¡Muerto! Sonsos... Los han pelado sus flores de los chimos... Ja, ja, ja... Qué no festejan estos infelices... Ahistá... ¡Guá!... Estoy mirando visiones... ¿Soy yo?... Qué lin...

–¡Chilín! ¡Chilín!...
 –¡Chiss!... El doctor Renacuajo...
 ¡Ah!
 –¡Folloncico!... Gú... ¡Folloncico!...
 –¡Ay, cómo lo había querido!
 –¡Mi doña Mistusita, karrajuska; que no me guarde la lluska!... Un dosel digno de él, en la misma crisma de la tierra... Gú, gú... ¡Si este Folloncico era un sapico!... Gú, gú, gú... Pobre mi hermano cuadru-mano...
 –Ay, había sido su hermano del doctorcito...
 (¿Llora? ¡Renacuajo, al trabajo te obliga la hormiga; y si ya alitas le salieron a los años, agita tus guadañas; que ansioso está el cielo por el fruto de tus mañas!... O, al cascajo, tu mascajo, Renacuajo...)
 –Si era Primavera la mano de mi hermano... Gúgúgú... ¿Para quién, Mistusa, ahora el ambigú?... Mueres rico, mi pobre Folloncico... De ti dirán las gentes: para el ronco qué Tolú; para los prisidintis pogres, qué Orozú ni Perú... ¡Gú! ¡Gú! ¡Gú!...
 (¿Llora ahora? ¿Te descuajo?... Pobre Renacuajo...)
 Un dosel digno de él.
 Elay, Pablito, el cochino ése. Cimitarra mañasa, que blande glande, glandaza. Y no tarda mama Pitita; toma frazadas de mi jergón; y llorando "a mares", envuelve el cuerpo viejo de la guagua. Cómo... Como si no lo estuviera viendo todo...
 –¿Para qué haces eso, mama Pitita?
 Y le cose apretado, tieso, de arriba para abajo. Qué lindo, mama Pitita. Probáelo: es un mazo de chancaca guagüita... Pero, mama Pitita: ¿qué veo? ¿Soy yo la guagua?... ¿Con qué derecho me lo hacen así a mi guagua?...

AMAYA TOKOÑA

–¡Kunas, kaukisa, tatani!
 –¿Por qué te mientes,
 mama Pitita?
 –¡Kunas, kaukisa, mamani!
 –¿Por qué, así, mamay,

a tu águila lo engañas?

La mamala que me crió; crió la guagua, y hubiese criado a mis nietos. Pero, ya veo: no tendré nietos.

—¡Que sea así, nomás, padres!... ¡Que así, pues, sea, águilas!...

Ante lo inevitable se cree resignada la viejita; y desea que a los tatas y a las mamas la resignación se les acurruque en el rinconcito más tibio de la khoncha. ¿De mí? Niii... Viejita querida: ¿no sabes que es a mí a quien anonada este golpe?

Pero menos corre el viento que tras las angarillas, que hombros de fornidos labradores llevan, el apretado cortejo, ya chispo y coqueado, con modos de khaswa, entre chispeos solares, las vocesillas lloronas, revoleos de ponchos, phullus y los encandilados ojos sin consuelo...

—¡Ay, ayayay, papay, papay!...

AMAYALI DEL INKA

Cómo tanto te lo querías,
¡ay, ayayay, papay, papay!,
a éste tu achachi-guagua.

¡Papay! ¡Papay! ¡Papay!

Si no eras mi werakhocha;
mi sapito nengro eras.
Cuando la estrella en el lago
khaswando nos desperaba;
con sabores tu olla hervía
y en ella sapitos nengros
para tus wakchus augabas.

¡Ay, ayayay, papay, papay!
Cómo tanto te lo querías
a éste tu achachi-guagua.

¿Quién, cuando la pena amargue,
aurimelo hará su boca?
¿Quién la agüita del pilón
dejará que corra miskhi?
¡Papay! ¡Papay! ¡Papay!
Si miskhis tu labio era;
tu mano no maltrataba.

¡Ay, ayayay, papay, papay!

Cómo tanto te lo querías
a éste tu achachi-guagua.

¡Ay, ayayay, papay, papay!

Andáte pues por delante;
por tu atrás tus sapos van.

Wiphando sus ¡ayayaes!, biscos de chispos, los chacareros de mi
cobriza tierra son más que parvada de kunturis que por no saber
moquear en misticho arrastran los ponchos como rendidas alas, y van
tras ese espectro del **Inka**, en un ¡ayayay! de aurimelos...

—¡Ay, ayayay, papay, papay!...

Corazón y cortejo camino de la tumba.

Pero, llegado hemos ya...

—¡Hemos llegado, enemigo de la Vida; crudo Enemigo, rudo y
bruno! Para que te lo tragaras una mañanita de luna te lo había pulido
con mi lágrima... ¡Hijo de madre no parida!... ¡Wiphalitay!... Calláte, más
mejor, Khusillu...

III

¡Tok! ¡Tok! ¡Tok!... Viene ya. Sombra macabra se proyecta y sus
temibles zancajazos estremecen la tierra.

La tumba está abierta.

Llega: ¡Tok! ¡Tok! ¡Tok!

Lakhatos de sudor viborean en frente, cuello, tóraxs. Mirándolo todo bobos, una mano en la azada, con la otra despanzurrando lakhatos, los hijos de Pablito son trasgos polvorientos que emergen de la fauce. Mama Pitita no nos dejará respirar. Abatido, ya para derrumbarme, permanezco de pie ante esa mi llaga. Sobre los apretados phullus Pablito le ata sogas; arrastran a tirones un llamo blanco y el otro extremo de la soga lo atan al pescuezo. El llamo se empaca, forcejea por escapar, azorado tiembla; al último fija en las mías sus terribles pupilas y me grita... Que interceda; que no le sacrifiquen.

Renacuajo quiere el tajo.

—¡Khawray: un dosel digno de él!...

Arrián el cuerpo de la guagua. No sé si como a suspiro de azúcar le depositan en el fondo de mi llaga, que al sentir el dulce cuelpito expilo aile de khaliwa, y con ese ailesito de mi corazón se escapan mis foscas hediondecas. Pero iban ya a taquear la tierra sobre Él, cuando el tata Pablito blande la cimitarra, con tajo Renacuajo decapita al khawra, sin tiempo de encomendarle untu ni alma, suelta ésta graznido seco que se hace khaitu fino y, lo mismo que un suspiro en el suspiro expira. Pobre Khawra... ¡Tok! ¡Tok! La cabeza vuela con ojos saltones, chisguetea las venas, y cae sorda en la tumba sobre el pecho de la guagua: ¡Tok!...

Ya está acá: ¡Tok! ¡Tok! ¡Tok!

La bestia degollada patalea un instante, se contorsiona en el aire, y va a dar al suelo ya; pero con violento pechazo impelen el corpachón lanudo... ¡Tok! ¡Tok! ¡Tok!...

¡Tok! cae al hueco.

—¡Ay, ayayay, papay, papay!...

En el phuyuojo de esos kunturis emponchados cruz y espanto manotean.

Tira los zancos la Muerte; y arrea.

Soy yo quien grita:

—Hijo, hijo, hijo, hijo, hijo...

Nadie me oye. Pero, yo sí: oigo que Dios repite, lejano:

—¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo!...

Siega hoz ciega.

Requinto:

—¿Sí?... ¿Hijo, hijo, hijo, hijo, hijo?...

.....

Con el negro rebozo mama Pitita cubre sus canas, y de hinojos, frente al florecido sepulcro, de quien retoña cruz, cruz de pobre: dos espigas abiertas al cielo, dice con lacrimoso acento:

—Que lleves buen camino, alma bendita... Que nuestro Anchancho te proteja... Que los lakhatos no te coman... Que el viaje te sea fácil...

Para que en el largo camino hacia la sombra no sufrieran del hambre de los indios, junto al muerto y su vigía dejaron haz de cebada, akulliku en chuspa nueva, khispiña, khancha, sal, asukara.

Se marchan.

Qué fortuna: se marcharon sin verme. Así puedo permanecer frente a Él; velarle el sueño; compartir su pancito agusanado, el silencio pobre, la soledad sin olla... Me postro frente al sepulcro; fatigada inclino la cabeza; y aunque la siento tumor que late, se enmaraña en un sueño sin sueño, le digo:

—¡Te dejaron, hijo mío!... Mejor solitos, guaguay...

¿No es extraño me haya poseído de pronto resignación tanta? ¿Extraño? ¿Por qué? ¿Si Él está acá; y acá nadie puede turbarle, ni a mí impedirme hacerle guardia?

Y veo que la noche cae: ¡tok! Y miro al cielo. Y contemplo la luna. Y veo amanecer. Y crecen nuevos días frente a mí; y a las tardes sobrevienen las noches; y a las noches las alboradas; a éstas los días cenitales, y a los cenitales días otra vez las noches, sin que noches ni días me pidan ganas de moverme. ¿Para qué me movería, si Él está acá; y yo con Él estoy? Y si pasa un día otro viene, nuevo; noche tras noche se suceden; y no se mudan las estrellas, las nubes, las tinieblas, las auroras, el lamento del viento; ni hay trino nuevo; nuevas alas; ni aúllan otros anus; ni se cambia el colmillo del años; los mismos ratoncitos corretean entre los sunchus. Y yo el mismo soy, en barbas ralas, ojos secos, lengua fría, alma rehecha. Él, ni se ha cambiado la corbata; y es como era, como será: bueno, dulce, manso, fuerte... ¿Para qué me movería, si sólo ahora me clavó la tierra?

Pues fue la mi vida; sin Él la mi vida se olvida de morir.

Ocho días.

Quema el Sol en mitad de sus caminos. Y he aquí mama Pitita y mi pobre mujer vieja: cargaron con las florecitas de las macetas.

Tan abatida Mistusita puede ya ni sostenerse; que acudo y la arrullo con lo más dulce de mi aire:

—¿A qué vienes, Mistusita? ¿No sabes que cuido de Él?

Cómo está deshecho ese dulce corazón. Mistusita no me oye; el llanto alborota sus ojos, que tampoco puede verme.

¡Su único llokhallo: pobre!

Quiero hacerla saber cómo nomás me mantuve aquí, cuidándole, sin dormir; pero llora a gritos y se derriba en la tumba de mi alma... ¡Tok! ¡Tok! ¡Tok!... Ay, el corazón se me cae: ¡tok!... Mama Pitita, no menos desolada, se ahoga en su llanto: si era como su hijo. Seca la garganta, asfixiándome con mirarla llorar. ¡Mama Pitita!

(¿Y ésto qué es, pues, ahora? Karrajuska: el diablo genésico se me encabrita).

Buena hora: se van. Esta visita me iba a matar.

No tardan Pablito y sus dos hijos trayendo enormes atados. Y son ropas, camas, libros, papeles, tonterías que uno guarda. Y hecho montón les prenden fuego. Pronto se levantan llamaradas que rugen y apestan. Se queman zapatos; se queman sapos; se queman trastos. La racha despabila humo denso y fétido; lo enreda en árboles, entre los sunchus; lo arrastra por los innumerables túmulos que nadie busca ni llora y lo mismo por los que se abotagan con asperjes y latinajos. No se descuida del osario, donde, prohibido de limosnear a la puerta de los soberbios mausoleos en que manduca el gusano del rico, pernocta el hueso de los pobres.

Presto vierten botellas de alcohol; latigean lengüetazos azules que rasgan la humareda fétida y, aullantes, se crispan en la cárdena inflamación. Rezan. Me explico. Queman las cositas de la guagua; y lo hacen con dolor, sólo porque su alma no pene y logre de ellas desprenderse. Si, nosotros, los hombres, somos parte nomás de nuestra alma; la otra, nuestras cositas, nuestros trastos: en ellas se quedaría la otra a llorar. De la guagua cosa reservan; a no ser su recuerdo. Y su recuerdo, es mío, mío; dentro mi hueso está y es para mi hueso.

Finalmente, cenizas quemantes, que un rato laten, resuellan otro en el rescoldo y, luego, nada... El viento.

Me hurto a los Pablitos; que buenamente de verme pretenderían cargar conmigo. Y yo a casa volveré; si he de volver...

(¡Achalau!; qué frío...)

No volveré a trajinar con las pulgas, los ratones; mirando a diario mis sapos en las paredes; mi rostro en todas partes; mi sombra de su cuenta; mi voz gritando en silencio; mis ojos a rastras de otros ojos, deslizándose en mis libros, en mis papeles, en mis pestañas; mi corazón sonando a cajón de muerto; mi lengua seca por la sed; mi saliva de hambre; mi pecho frío... No volveré, si aquí estoy en Él y Él aunque no me hable me asiste y me viste...

(¡Achalau!; qué frío...)

No volveré a que me dejen con la mano estirada; sin que nadie se acomoda a mirarme, a oirme, a sentirme; que pregunten por mí y luego se hagan los que no me ven; o que me lloren cuando podían darme de comer; que me suspiren para hacerme llorar y no se dignen limpiarme los ojos; que no me guarden el sueño y cuando, despierto, sepan si estoy dormido; qué no se cuiden de que mis ropas estén limpias y si me he cambiado el trapillo un mes o un año. A qué volveré a que me tengan como ausente, sin mirar mi pena ni darse cuenta si me alegra ver a los que bien me quieren. A qué volveré... Me hurto de los Pablitos, y los atisbo detrás de un árbol; no fuese que me vieran y pretendieran cargar conmigo, para que al último ellos o cualquiera sobre mis ojos taconee... ¡Achalau!; qué frío...

Se han ido.

Enorme disco de cobre riel a la Paksi-mama; su reguero de champis inkaikos tiene temblores siniestros. Brillan las primeras estrellas. ¡Achalau! Hace frío de tumba. Cuajarones de sangre son los últimos arreboles en la cumbre del Kancharani.

IV

EL SAPO NENGRO Y EL KHAWRA

¡Achalau!... Siento que tengo ya otro refugio que su tumba.

El cielo alado..

Voltejean los chiñis. ¿Será la medianoche? Chiñis por todas partes. Se agitan entre los árboles; vuelan a ras de suelo; se atropellan entre los sunchus; escapan de los osarios. Entran en ráfagas a las torrezuelas de la capilla; arrancan sordos retintines a las campanas y se expelen luego en tufaradas.

—¡Chirrrrr! ¡Chirrr!...

Los thukhus:

—¡Thukhu! ¡Thukhu!...

Se queja, ulula, el viento; enrédanse en él zollipeos, chirridos. El frío y el miedo se confunden.

Hay macabras crispaturas de luz en el viento.

Dentro monstruosas nubes que se hociquean se disparan argénteos venablos que rasgan la oscuridad, y para romper de nuevo la tétrica telazón y perderse, se esfuman. Son linternazos de la Paksi que parpadean en las techumbres de los cuarteles; enfocan la capilla, la trajinan, patinan, ondulan, corretean, en el pasto, los macisos de sunchus; aparecen en los caminillos; estallan entre los chiñis; saltan los cercos; invaden las colinas. Son reverberos que trepan hasta las más elevadas cumbres; desde ellas se vuelcan y por las haldas se deslizan hasta alcanzar los oleajes del lago, donde se hacen fugaz hervoridero de wayrurus...

Crispaturas de luz y alas el aire; crispaturas de frío filo el viento.

En todo hay gimoteo y temblor. El suelo está empavorecido y las nubes se revuelcan. Cintilan, una estrella, dos, y luego son devoradas por las tétricas masas. En carrera desenfrenada, el fanal de la Paksi escapa de una para hundirse en otra marejadas de tenebrosos cúmulos. Rugido y pechazos del viento lo entremezclan todo: alas, graznidos, chirridos.

Thukhus, Chusekhas, Chiñis, se alzan de las tumbas; brotan de los árboles. Y cuando quejumbroso vibra el tañido de campanas que tocan a muerto, sin que nadie a tales horas las echen a vuelo, y las dolientes notas se arrodillan e imploran, de las torrezuelas escapan rachas de alas enloquecidas.

—¡Talalanlalanlán!... ¡Talalanlanlanlán!...

Palpita la tierra; huyen los ratoncillos; el viento estridula; alas y picos se acometen.

El zancajazo macabro:

–Tok! Tok! Tok!...

El cielo aletea amenazador. En torno mío lloran las campanas; la tiniebla cada vez más dura; chispean en el aire ojillos crueles; linternazos de luna se encienden y apagan; el suelo se crispa bajo mis plantas... Y yo solo... Sopla vendaval seboso... Se oyen alaridos, estertores, quejas...

Ya las campanas no doblan: tiritan:

—¡Achalaulauláu!...

La tierra va a parir y jadea. Se vuelcan fétidos vómitos de alas sor-
das y coléricas. ¿Escaparé? El temblor es más violento; más violento..
Siento que no podré guarecerme sino a su lado, en la cunita de su
tumba... Ya puedo tenerme en pie. Se contrae, se retuerce el suelo. Es
un sismo; bien que lo veo. Saltarán los cadáveres; abandonará su
banquete el gusano; correrán flemosos riachuelos de materia
putrefacta; estallará el mausoleo de granito; se derumbará la capilla.
Huyen los thukhus; las chusekhas se hunden en los nichos. Pero, los
chiñis, los chiñis me buscan; se dirigen a mí; se atropellan por
acercárase; los respiro; me rozan.

—¡Kiii!... ¡Kikikikiki!...

No puedo más; no puedo: me aúlla el Guarda Casa; me aúlla en el corazón. Araño la tierra para esconderme y la tierra salta en pedazos. Se levanta nube asfixiante de polvo. Las campanas lloran a gritos; estruendo de truenos erupciona; el cielo es vómito de tiniebla; el viento se atora... Aparece la cabeza del llamo... ¡Estoy loco! ¡Estoy loco!... Y, luego, el pescuezo del llamo; y el lomo del llamo... ¡Quiero huir, huir! Pero el llamo se sacude; me mira: nos miramos... Los ¡Chiñis! ¡Los Chiñis!...

—¡Kiii!... ¡Kikikikikiki!...

Prendido al lomo del llamo su Sapito Nenglito.

¿Por qué la sogá que ataron al cuello de la guagua atada al mío? Quiero zafarme. Y el Sapito Nenglo, a mis pies, me lame, me lame. ¡Achalalaulauláu!... Me lame los huesos de los pies. Me miro a las manos, me busco labios; quiero sentir mis ojos... ¡Estoy desnudo,

desnudo!... Quiero huir: grito. El llamo comienza a elevarse; y tira de mí; tira de mí. Me resisto; quiero huir. La soga se pone tensa, a romperse... Pero, ¡los Chiñis!... Llegaron los Chiñis, los Chiñis... Me acometen; son una sombra erizada de espinas, erizada de dientecillos fillos y voraces; me acribillan; me destrozan...

¡Chirrrrrrs!

Ninguna resistencia puedo ofrecer. El llamo me arrastra y tras él comienzo a elevarme. Las campanas siguen doblando y llorando.

Ya lo sé: los Chiñis me arrojan y las campanas tocan a muerto.

El mueltito soy yo.

* * *

Se ha ahilado el lamento de las campanas; con el tétrico vientre de la nubarrada se esfumó el hocico del Chiñi. Cuando me dispongo a ofrecer última resistencia en los murallones del Kancharani, esplende el cerúleo, gravita implacable sensación astral, el Kancharani es diminuto morokoko alumbrado por la Paksi, y el Titikaka copel de plata que cintila en la profundidad del cielo. Quien me viera, vería la momia del Charchaswa arrastrada por el Thesko atlético. Nada siento sino que se me hurta; se viola mi voluntad. Y que he caído bajo la acción de fuerzas...

Bramo.

AMAYALI

¿Adónde, bestia, arrastras.
la carnaza del Diablo?
Destruir no pretendas
el nidal de mi trino;
un sino obedezcas
para el cual no se hizo
la carne.

¡No haies su ala!

Aún su tierra le ama
y Él ama a su tierra.
En su tierra se esponja
mi lonja; el zurrón
de sus trinos se esponja.

(¡Kiii! ¡Kikikikikikikí!)

Mamífero astral: ¿adónde
arrastras mi guagua
y su ala y su trino?

(¡Kiii! ¡Kikikikikikiki!)

En la chuklla su trino
adivino; de mi chullpa
se alzará su canción.

¡Piupiupiupiupiu-titit!

Ollarea la cuadriga del viento. Mama Paksi ha desaparecido; la tierra no veo. Entramos al seno de oscuridad sin molécula. Pólipos ténsiles se desprenden de los ojos del llamo. Siento que en ellos se me afina la ubicuidad; por lo que allí donde radique el espacio estará en mí. El viaje es a la **Alak Pacha**. El Khawra que degollaron los Pablitos, el auquérido cuyos ojos fulguran en los humazones de la Vía Láctea, me conduce a la tierra de arriba, donde los que mueren son condenados a vivir.

La vida se ha concentrado en un punto y en él enloquece lujuria de trino cristalino.

—Piupitititpiupitititpiupititit...

¿Hénos en los ignotos viaductos que de la Chinkhana de Waksapata se dirigen al centro de la tierra, allí donde no inverna Chiñi, Lakhato labra; Allkhamari anida? Si cabe oscuridad, es la oscuridad en sí. Ruido, no: zumbido al vacío. Túnel sin comienzo y con finalidad.

¿Atrae o se proyecta el Khawra? Lo mismo da. Soy proyección. Tibia atmósfera de óvulo me arropa; soy conciente fetal atraído por el huevo materno para el huevo materno. ¿Duermo? No lo sé: tal vez. ¡Padre! De pronto la temperatura quiere estar. Crece en vértigos; se eleva, se eleva. Tiene cuerpo y es cosa. Ninguna violencia la violenta y no se detendrá ¡Padre! ¡Padre! No es una idea ya: es cosa; ¡kosa! ¿Ya? ¿Ya? ¿Ya?... A la turbación sigue la atonía. ¿Ya?... ¡yaul!... ¡Yanatata!...

—Yanatatayanatatayanatata...

¡Padre!

No es una idea ya. Pero soy yo quien cocina la cocina; yo quien la cuece; yo quien la escuese; yo quien la cose; yo quien... Hiervo vivito en sus trinos; vivito hierve el Sapo Nenglito en la olla del Laykha. Y aunque soy la Angustia con mayúscula no sé de la angustia minúscula. ¿Es grandaza, glandaza, no, papi? ¡Padle! El Khawra tiene hambre; el Sapo tiene hambre; el Trino tiene hamblesita... ¡Kiii! ¡Kissss! Me ñuñuñan; me succionan; me arrancan desde adentro; me tiran las barbas desde adentro.

—¡Ven!

—¡No vayas!

Y tiran de la sogá; tiran de los pies. Uno, dos, tres: ¡hip! Unodostres-unodostres: ¡hiphiphip!... Chasss... Unos me tiran de los ojos; otros me tiran de los ajos...

—¡Ven!

—¡Haniwa!

—¡Hamuy!

—¡Que no vayas!

Me parten; me seccionan.

(—Ay, ayayay, guaguay!)

—¡Aguanta: no vayas!

—¡Evétalo! No wayas: ¡ebetálo!

Me descoyunta el forcejeo; y grito:

—¡Ingá!... ¡Inká! ¡Inká! ¡Inká!...

Acuchillan el intestino de ese túnel; y entra luz en chorro fragoroso: ¡Padre! ¡Padre! Chaksus de miel; chaksus de lodo: luz y sombra. Lejos, colude la paralela y estalla sin luz en otra luz... ¡Padre!

¡Dolor!... Me despedazan; me descoyuntan; me arrancan hueso a hueso: dolor, dolor...

—¡Padreinkatiutiu!

Han parido Hokhollos.

—¡Inká! ¡Inká!

Ahurasí, ahurasí: al Hokhollo del Sapo Nenglito; han parido al Hokhollo. Estoy nayana; soy ya naya... Desvertebrado atravieso la velocidad en sí con la necesidad en mí que de sí tiene la velocidad. Se detiene el Khawra y pisamos el Infierno. ¿Nube que mana maná? Tierra sólida: la tierra de nubes de Mama-Oklo... Pero; ya no sé de vuelta... Avanza el Khawra y le sigo. He aquí ante mi asombrado ojo la tierra que es caminito de las almas: **Khana-taki**.

El Khawra se inflama y veo su largo pescuezo entre los abismos astrales y sus ojos laykhas que centellean.

—¡Khawra! ¡Khawra!...

Palpita el negro en mí: Yanaya.

Se abre el vacío; y caigo.

Y caigoynocaigocaigoynocaiogoynocaiogoguagüitaytugritomigritito..

—¡Hijo! ¡Hijo!

Estallo. ¿Dónde?

* * *

V

EL VUELO DE EL PEZ DE ORO

¡Padre!

Está en mí; no en la tumba.

Siento. Vivo.

Flotamos en aire denso, de aceite. El aire nos sustenta y el aceite nos permite respirar. Oxígeno nutritivo alimenta la vejigación bronquial. Pero nó oxígeno del aire; nó del aceite. Recuerdos del aceite de la sangre; pulmonares recuerdos que bombean el corazón. Nos basta: el recuerdo del oxígeno puede ser sino oxígeno.

—Respira, guaguay.

—¡Piupiu-titit!

No aspira, no instila, no respira, no expira. Pero es pira. ¡Padre!

Ya no le veo; que el viento nos arrastra. ¡Padre! ¿Le vi? ¿En el mundo? Qué no pesar pensar. ¿Soy el Todo del mundo y el Mundo está en el Todo? Me palpo impalpable. Soy el Éter que impalpable se palpa. No hay remedio: no me sé y soy. Y tanto, que si no en dos, en tres, en cien, en mil, en millón, no soy. Ahora descubro que la mala bestia hace abstracto al granito porque no le sabe en el pálpito impalpable y que su pobre gravosa alma tiene el impalpable pálpito del granito. Comprendo por qué por el bonso reza su máquina; que ni aun rezando el tonso reza por el intonso; por qué el sabio Oso por melómano es melífago; por qué el nelumbo sacro se eriza de risa.

Comprendo; luego, no aprehendo.

* * *

Nos acribillan microscópicas puñaladas. No importa: soy la parte infinitesimal de una chispa de electricidad con la misma energía aislada que alumbraba mis huesos; y desde un punto magnético del Universo imparto fuerza y concentro energía. Mas Él ya me es ido. ¡Padre! Le indago; le husmeo; le rastreo: no está. ¿Es que puede no estar? Nadie puede estar sin estar; si para no estar fue necesario estar; y quien estuvo está; quien estará, está. Y si no está, no fue, ni es, ni será. Si estoy es que soy; si no estoy...

—¡Kiii! ¡Kikikikiki!...

—¡Tú: Naya!

Nos absorbe térmico movimiento depurador contenido en cápsula de éter. Dentro ella nos emulsionarán hasta integrar formas de la materia. Estoy en la masa y soy de la masa; es en mí que la masa es masa. Soy ego sólo en el naya. Soy pues el Universo; el Universo es sólo "ego". Cómo logro ver dónde vi. No viento ni adviento nos aislarán: le vi, le veré; nos vemos y veremos. Si las partes están en Nos, Nos podemos faltar de las partes. ¿Luego?

* * *

Siente, siente, cada vez más. Allí sabrás que eres unidad porque en ti en todo momento se fragua utilidad. Soy en cuanto son; y son porque soy; y porque somos es posible el sér. Sólo porque me eres útil eres. Si dejaras de serme útil, se hundiría la vida. No estás más en ti que en tu prójimo. No te creas en los providenciales del rebenque: lo que no es masa no existe. La única posibilidad que tiene Dios de existir es que se aposente en mis talones. Cuando eje se es, se es masa. En masa soy organismo; en masa procreo; en masa soy espacio; en masa soy habitud de forma. La unidad es igual masa; y es ella la utilitaria. Así eres la masa útil.

—¡Hijo! ¡Hijo!

—¡Padrepiupiu!

Cuando le engendré me engendraba. No fue mi primera experiencia; no será su última experiencia. Y si nada puede excluirnos de la masa, sin disolver y negar la masa, estará en mí y estaré en Él.

En la profundidad está la unidad de la masa.

Más allá de mí mis ojos miran; mi sexo hambrea; la manos contraen y distienden falanges. Que pies tengo ni cabeza. Y que si aquellos trajinan de su cuenta, es porque el libre albedrío es función de la célula; y sólo porque la célula es individuo conciente, la vida coordinación de fuerzas regidas por plan libremente admitido y concientemente regulado. La ley: sólo mande quien pueda obedecerse: áurea sabiduría la de la célula. Gobierna ley dulce como el amor: la necesidad. La necesidad marcha en todos hacia todos. Eres sólo en tanto eres necesidad.

Siento que me tienen hambre: ojo, pubis, lóbulos, articulaciones, tejidos. Devórolos; y en aquel punto truena el Phuño: me tiene hambre. Devoro su lago, su Kancharani, su Waksapata, su Orko-pata; sus pastizales; sus crepúsculos... Se aquietan; ya me aquieto. Entramos en forma; somos unidad de la masa. A mis pies emerge el Khorí-Puma. Me tiene hambre. Centellea; gruñe. Devoro al Khorí-Puma: es sólo mi sangre.

Dentro él, el trino de Él:

—¡Piupiu-titit!

Este carnicero bruto se ha comido el oro del Titikaka; al Príncipe Khorí-Challwa.

* * *

—¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo!

Ego: tú-multo. No puede Él morir en Mí; si soy Él y Él es en mí. Si muere, me le como; si muero, me come. Eso tú-multo.

Tú eres Naya. Masa: Vida.

* * *

Hémos en la gota microscópica.

Yo, a ratos, Él, en frecuencia, somos arrebatados a estado de langor en que la vitalidad parece adormecerse. Mi deber despertarle y obligarle a salir de mí y del Puma.

En toda célula debe funcionar una matriz; si funciona la vida. La nuestra se agita urgida por el parto.

—¡Le despertaré!

Antes despierte yo; si buena o malamente acaso duerma y sueñe. Algo fragua: ¡Padre! No estoy estando; no vigilio en vigilia; mas le vigilo vigile. ¿Sueño vivo en feto muerto? ¿Feto vivo en sueño muerto? Me disgrega fuga de proximidades.

—¡Hijo! ¡Hijo!

Si espero es que me falto y en algo vengo. Aprisionaré en el punto mi punto; que le aprisionaré con las dos manos, y sus diez dedos, y sus diez uñas, y sus diez hambrientas yemas.

—Entraré en Él.

—¡Kiii! ¡Kikikikiki!

Las contracciones ovulares más frecuentes. Parto dentro del parto. Siento que sustancia líquida me posee; y poseyéndome nos posee. Le sacudo. Lo inesperado es lo esperado.

¡Hijopiupiu! ¡Hijopiupiu!

No me turbo. (Formulajo de Renacuajo: "La poza no reposa". "Donde concentración, e-vulsión". "El muerto... El muerto... El muerto...")

* * *

Qué trabajo, Renacuajo; decir que el muerto no yerto. He aquí que el color de las cosas es la necesidad de calor de las cosas. (Deja tasajo al filósofo Renacuajo: "¿El color sobrenada? Color calor; o nada".) Ciertamente, el color es el rubor frutal. Comienzo de beso el rubor, y ya carga olor a feto. ¿No es con la divina trompa que la novia besa? En mí se ruboriza el infinito; en mí le **inka** el corazón; en mí sus rubores despiden azulina nubecilla de olores; en mí se dilata su latido peristáltico.

Renacuajo, tu verbajo.

(—Ajo... jo... jo... "A la probeta, pintor genial; a ver nacer genital tu paleta".)

Considerado con **saggasé**, qué barajo Renacuajo. Ella, tu paleta, tiene una matriz y debe padecer nueve meses. Pues, padécelos con ella; si ella tu hembra; el calor de tu hembra, tu hijo: tu color. Tienes que darle la sustancia de tu sangre, el substratum de tu hueso. Que si tu hijo nó tu hijastro; y será lo que tú eres. No haya parónimos en tu lechigada. Dos ópalos no tienen Universo; bien que lo sabes.

Ya entenderás las cosas de mi paleta. Perfumea mi azul cobalto en llamarada cárdena; se difunde en vaporaciones ébano. Y con su patético resuello hace oro al lloro.

—¡Inká! ¡Inká!

Khori-kancha: oro, oro puro, a 40°

—¡Kiii! ¡Kiskiskiskiskis!

—¡Piupiu-titit!

El color ha revelado mi calor; y hiervo en aroma aurífero de trinos. Héme aquí, de pie, en la matriz del infinito, orófilo y en aroma.

* * *

Acá, y en todas partes, como todas las partes están en Él, está Él. Por tanto, el punto Él. En Él acaban linderos y murallas. En Él abarcas la monstruosidad sobreestelar o llegas a la monstruosidad intraestelar del protón. Lo mismo da que oigas o veas; calles y te oigan; caigas muerto o te levantes nacido. Si eres infinito no tienes más que un sér. Y sér es ser Él.

Veo suspiros, resuellos, estertores, vagidos. Oigo el dulce olor de la madre. Ondas sonoras proyectan imágenes: Orko-pata, Kutimpu, Umayu, Tiwanaku. Saboreo lubricidad de embrión en las impaciencias del sonido. Estoy; estoy: adentro. Adentro, Él.

Callo a gritos:

—¡Hijo! ¡Hijo!

Oigo sebo; oigo lágrimas; oigo sudor vengador.

Habla la tierra muda. El Sol se arroba con aromas de la mamaja. Mis células se inflaman; tibieza me traspasa; humedad me penetra.

Tiembla Él; se esponja; concentra las formas de EL PEZ DE ORO. Irradíole angustia; y hace gorgoritos:

—¡Padle! ¡Padle!

La temperatura se dirige a la medida. Tierra soy. Sólo "yo" es Ella en Él. La flor perfuma en mí; el viento ruge en mí; el pantano es germinal en mí. Hace violencia por romper su encierro; y una bombilla: su Voluntad, se enciende.

Lumbrarada solar se dirige a la tierra.

* * *

Cromosomas.

Crecemos. La temperatura de la matriz se eleva.

Oigo el ¡Inká! ¡Inká! De un niño es el ¡ingá! Pero nó niño aún. Es la semilla que persigue diferencias en la masa. Compruebo que hacia Él convergen espasmos que no puedo controlar. Le arrumo en el Naya y le amurallo. Rotamos en vértigo.

Renacuajo, tu trabajo:

(—"Haya muesca que habrá naya").

—¡Kiii! ¡Kikikikiki!

Le bombardean lago, río, montañas, pampa. Brama el Khoripuma:

—Hijo, hijo, hijo, hijo, hijo...

Le bombardea la necesidad: arrobo, lujuria, hambre, sed, alegría, amor. El Pez, ya felino antropomorfo, avanza, desnudo, nueva en caverna. La noche péinale ébanos el pelo; le bañan torrentes aurorales; del cielo lluévele cascada de diamantes.

Mi germen le punge: ¡dolor!, ¡dolor! Tic, tac, tic, tac...

* * *

He aquí el común bombardeo geminal. Me particulariza con punciones que me arrebolan, fecundan y nutren; me siento prolífico.

Renacuajo, el latinajo.

(—"Mi yema se abre llema; y a la hora que Flora se desflora, su llema se hará yema").

Avituallado para el destino, de la llema saldrán árboles.

Le daré la bondad del fruto;

el candor del perfume;

la melífuga del trino;

la unidad molecular de la roca;

el genio de la nube;

el tú-**multo** del viento;

la genésica del agua;

la gracia sonora del vuelo.

Áurea burbuja, EL PEZ DE ORO ha insurgido; y es lo mío que esplende.

—¡Kiii! ¡Kikikikikikiss!

* * *

Acomete la tierra.

—¡Guagüítitay!

La caverna en su trino:

—¡Piupiu-titit!

Angústiase la matriz; el corión se contrae y elástica y tardará en romperse. Tela de araña, el saco ciego, se rasga. Borbota, gozozo, el matinal lácteo látex.

Quiero oír el gorjeo inefable:

—¡Inká! ¡Inká!...

O el viejo alarido de la piedra.

* * *

La urna maternal se ha fraccionado y de ella se desprende nubecilla microscópica de astros.

Succiona, amorosa, la tierra.

Le arrastro.

Soy ariete que rompe la capa oscura.

Penetro un mar sin fondo;

penetro un pelícano sin fondo;

penetro un relincho sin fondo.

Grado a grado le penetro y me penetra.

No puedo escurrir la dentellada de famélicas tenazas; aferran mis neuronas y ordénanles el piro-lácteo-látex.

—¡Kiii! ¡Kiskiskiskis!

Son larvas de sus Sapos Nenglitos. Caigo sobre ellas con las cuatro manos del antropoide y las arrojo en blancos hectoplasmas a sus arterias.

—¡Kiii! ¡Kiskiskiskiskis!

Volveré al seno de la tierra; pero Él será el Emperador del Palacio de Oro.

La velocidad es el peso de la necesidad.

* * *

LA BATALLA DEL SAPO

Si en el corazón se alborotan las ciénegas y en el dintel del caos se alborota la ciénega del hombre, los primeros guerreros los Sapos Nengros.

La bestia mítica se descalza.

Nos impele el peso vital.

Son larvadas formas de cóndores, hormigas gigantes, boas. Sobre nosotros vienen en ciclón de garras, fauces, alas rugientes. Siento que en mí la Bestia despide fuegos metálicos. Todo se confunde en fragor de vientos encontrados; espanto de alas, de colmillos, de acerados picos. Ansiedad famélica agita el abdomen sin paredes. Que vencamos la muralla sin destruirlas constituye para esas fuerzas reguladoras

violación de las normas. En cada corpúsculo de forma deben ser sometidas. Es un vórtice de cóleras; eruptos sulfurosos de volcanes ignotos; géiseres que arrastran la materia licuificada del cadáver en columna que brama. Ráfagas de viento helado acuchillan la atmósfera ígnea. Procedentes de las venas de purificación del Universo, alientos detenidos se vuelcan y dan al aire dureza de sudor. Para que el germen alcance el orden de la calígene, la calígene es el espasmo del orden; látigo de la vida para la vida. Impedirán que la nubecilla rompa la espesa telazón y de ella salga con lumbre; pero, al último, serán ellas quienes la horaden y destruyan.

—¡Kiii!... ¡Kikikikiki!...

La batalla famélica ha comenzado. Humadas de volcán a punto de escupir el fuego planetario de la nubecilla emergen turbamultas de Sapos Nengros. Continentes de olas levanta la enfurecida marea. Hay estrépito de cascadas de agua dulce; sollazones de arrecife; ojos fieros que avanzan en tumbos fogaces. Son tábanos, korekenkes, vampiros, buitres. La temperatura tiene el sentimiento sin hito de todo camino y de la sangre. Se oye el melodioso ¡Kiskiskiskiskis! y ya la fuerza del Sapo Nengro adquiere la temperatura palingenésica. Son montañas de materia emotiva y palpitante. Sobre el Sapo caen pectorales de acero, fauces monstruosas que fustigan con huracanes de vida. Testarazos de fermento a fermento. El Sapo anega invade, colma, sobresatura. Pero el furor horrendo muerde mientras el Sapo besa. Las bandadas de trasgos voraces se multiplican. Los Sapos sienten que esa fuerza les domina, absorbe, rompe su unidad melódica.

El sarmiento de estrellas microscópicas quedará a merced de la voracidad cósmica; que el Sapo Nengro no está en nido rojo; y aun siendo el suyo el Poder, nada podrá ante el ímpetu de esa violencia que parte, tala y rasa.

El Sapo Nengro ha absorbido el mundo de anticuerpos; pero éstos le rompen y la fauna horrenda acaba por devorarlo. El campo de batalla se ha escampado: sólo quedan en pie las espesas montañas de aves carniceras. Se dirigen ya a suprimir la microscópica gema geminal, coágulo de oro en la inmensidad sombría. Centellea la Bestia mítica. EL PEZ DE ORO rompe el encierro felino y esplende. Contra Él se dirige ese aluvión desatado. El áureo resplandor incinera y torna glauca

la tiniebla. Manadas de chacales que azota el rayo, huyen, rechinando el diente. Soportan en el anca el castigo del esplendor lacustre. Mas, presto, de la inmensidad se vomitan en masas de un humo letal que anega la concavidad. EL PEZ DE ORO, perdido en las sombrías marejadas, es ya remoto albor.

Ténsanse, angustiados, los tendones de la Bestia mítica; brama; cimbra el lomo; hiérguese, rampante; me desgarran y el volcán escupe su fuego.

Hélo ahí... Hélo aquí...

Oro puro, forma preformada, rectangular: gruesa la pata, el hocico cúbico, el ojo fuego-hielo, tierno el pecho, lumíneo el diente, la garra no gárrula... Su bramido sacude la inmensidad; rompe las vértebras de la negación... El tétrico y macabro ¡tok! ¡tok! ¡tok! suena en fuga... EL PEZ DE ORO es la flama y alcanza el **lliulliu** del Relámpago. Son corrientes de fuego que constriñen el abotargado vientre flatulento. Ya se oyen estertores de volcán a quien estrangularan en la horca. Y el negro vientre ahogado por el pavor felino y el incendio del oro, vomita, devolviendo torrentes de Sapos Nengros.

La acción negativa ha sido suprimida.

La Bestia se acrecienta hasta llenarlo todo con su hiemal hermosura de dios cristalizado en los puses germinales de la materia; temblor de aurora difunde su corazón, y en las crestas de sus dolorosos barrancos fulge EL PEZ DE ORO. La Bestia mítica lame tiernamente los bigotillos del Suchi, lámelos con el labio de la aurícula, y se aguagua en la miel.

Sí; está en mí. Para Él somos los Sapos y los P u m a s.

* * *

Un esfuerzo más y romperemos la muralla.

Creyeron pillarnos. Que ordeñarían mi víscera; descuartizarían al Inka; beatificarían a Prometeo y del Cristo rudo harían Tirifilos. Amolado el pico del buitre; descornado el córneo, podridas las tortas pascuales. ¿Qué aguarda el Redentor del Cáucaso? ¿Que el que Roma crucifica? ¿Tiembla aún, si el Khoripuma ruge, el que descuartiza España?

¡Tiempo del Khoripuma es!
¡Milenios del Khorichallwa llegan!

Hombre: un esfuerzo más y violarás tu muralla.

* * *

¡El paso libre! ¡El paso libre!
Una madre alumbra en la tumba; la tierra nos penetra.
—¡El Sol! ¡El Sol!... ¡Lupitata: oxígeno nutricio!
—¡Piupiu-titit! ¡Piupiu-titit!
—¡Guaguaguaguagualalay!
—¡Piuuuuuú!...

Confundiéndonos con sus dinamitas, amoroso rayo venido en los
aromas estelares nos conduce a la Tierra.

HAYLLI

¡Pachamama, Pachamama!

Temperatura en madre;
entraña de las flores;
nodriza de volcanes...
Mullida entre las nubes
corona de las madres,
latido del Relámpago.

¡Héla aquí! ¡Héla allí!

Pachamama, Pachamama:
amor que pare al Puma;
hielo que pare fuego.
Sólo ella capaz fue
De convertir el ascua
en manantial de sangre.

Madre en cuyo ñuñu arde
el oro de EL PEZ DE ORO.
Nido de amor y espasmo.
Madre, Sirena y Rosa;
carne sumisa al germen;
gorjeos de la Aurora.

¡Héla aquí, héla allí!
¡Pacha-mama, Pacha-mama!

Sólo tu ardiente entraña,
de fuelto, luz y lágrima,
pudo que el lodo hable.
¡Héla ahí; que la hermosa,
de hermosuras colmada,
fecunda la hermosura!...

* * *

En el bombardeo cósmico se ha anulado la atracción que sobre
Él ejercitaba. Y a Él le arrastra un vértigo; a mí me arrastra el viento.

—¡Hijo, hijo, hijo, hijo...

(¿Pasarán los milenios? Que pasen...)

¡Padre!

Lejano ya su trino me reclama:

—¡Piupiu-titit!

TOKAÑA

He caído, salivilla de la tierra,
en el ardiente nido de su látex;
y ya siento que el látex de la madre
inflama de mis gérmenes el látex.
De su aliento la esteva siento honda
en mi llaga labrar con miel su trino.
¡Hijo!, le llama y le reclama; ¡hijo!,

esta llama que inflama con su flama.

¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo!

* * *

¡Padre! ¡Padre!

No acabará de dormir. Aunque siéntese débil aún el médico estima que todo peligro ha sido conjurado. ¿Le oye Él? Se le allegan de puntillas. Si lo mira todo en nada puede fijar conciencia. No acabará de dormir.

Si dice:

—¡Guá!... ¿En dónde estoy?

Que saberlo debe. Es que está y no estuvo. Su madre no le abandona. No le abandona la hija de Nicolás. ¿Nicolás? Ah, sí: el Mikola. ¿Que ha resucitado el Guarda-casa? ¿Por qué llorará, no? si me habrá visto. ¿Y, mi padre; mi padre?... ¿Quién la hija del Mikola? Más fina, espiritual, transparente, más lagrimita: qué señora tan bonita... ¿Quién es?

—¡Si es tu magre, nengritoy! Tu madre es...

No.

Todo borrón de líneas que se chicotean, se enmarañan, retuercen; se muerden entre ellas. Mira. En sus ojos se mira la hija de Nicolás. Tatay: ¿por qué llora esa sapa nengla?.. Por qué llora; por qué llora; por qué llora... Pero, la hija del Mikola le ama, le ama, le ama, le ama...

Irrumpe parlero el Sol. Sí, sí: solcito, solcito... ¡Achalau! ¡Achala-lalaláu! ¡Achalalaláu! ¡Achachalalaláu!... El ama a los Sapos Nenglos; a todos los sapos nenglitos, nenglitos, nenglitos...

(—Kiii!! ¡Kikikikiki!)

(—¡Inká! ¡Inká! ¡Inká!)

En su delante el Sol, grandote huevo de Khankhata, amarillo, pecoso; si, como el huevo pecoso, pecoso, pecoso... Y el Sol estalla, estalla, estalla, estalla. Y la yema inunda el patio, inunda su cuarto, inunda la ventana, la puerta; lo anega todo... ¡Uf!... Me ahogaré en yema de huevo. Y él llokhenea en la cáscara de huevo. Y se va, se va, se va, se va...

¡Padre!

(–Renacuajo olisquea lo de abajo.)

–¡Pocha, mi comadre! Si será avechucha la magre...

–¡Tatay!... ¡Tatay!... ¡Ven, ven, venvenvenven!...

–¡Estricnina! Pronto: estricnina, estricnina, estricnina...

¿Dónde estuvo?

¡Padre! ¡Padre!

La sapa soparpa y llora la Mikola.

La okllada huevonada, nada, nada... Las mujeres de luto; la casa de luto... Esto sí, pucha; me arrechucha... ¡Kiii! ¡Kikikiki!... Adónde estarán subiendo los Sapos Nengros... Los Sapos Nenglitos, uñan los crespones; trepan; trepan; trepan; trepan... pan... pan... Los ojos gotosos piden luz, gozozos: luz, luz, luz, luz... Cuánto no quisiera hablar y la lengua tirada en el patio, seca. Luto. Luto. Luto.

(–¡Barajo, Renacuajo: mira!)

–¡Señoría Mejoría: no seas opa! Galopa, galopa, galopa... Ya la tuerta ésa llamará a la puerta ésta...

–¿Dónde estoy? ¿dónde está mi padle?

¡Padle! ¡Padle!

Le rinde el primer sueño, sueñito. Diez horas de un tirón, "como un muerto". Cuando abre los ojos ve a su madre.

Nengla, helada, la sonrisa de la Mistusa.

Vuelve a dormir; y en ocho horas no pára. En el sueño la sonrisa de la Mistusa le hace: Kikikikikiki...

–¡Madre!

–¡Guagüítitay!

Garúan los ojos de la Mistusa.

–¡Hijo mío de mi alma!... ¡Guagüítitay!...

Pucheritos la saliva de la Mistusa.

(-¿Y qué de tu trabajo, Renacuajo?)
 -¡Oh, qué gloria: esto es victoria! Le quitamos la manka a la Manca y a la rica chochomica la botica. Cada vez más vivo mi cativo...
 (-¡Ji, ji, ji... Que te rajo, Renacuajo: ya, de a denuevo al trabajo. Mas ahora no me prendes: a destajo).
 Florones abriendo el alba despierta. Siéntese vigoroso: tiene hambre.
 -¡Padle: tengo hambre!...
 ¡Padle! ¡Padle!
 Tundió el sueño a una madle: ¡Padle! ¡Padle!... Mira a su madre y se abate.
 Sapo Nengro:
 -¡Mamay!... ¡La guagua!...
 -¿Jai?..
 -¡Tene hamblecita, mamitay!
 Agota vaso de leche tibia. Y otra vez el sueño hasta medio día con el Sol en el Zenit. Puede erguirse. Un padre falta y una madre no está.

Rosa... Rosa en el florero. Mira al florero.

-¡Flolelito!
 La Rosa hoza y El folla a la Rosa.
 -¡Imilla!
 Bailan los estambres en la Rosa.
 -¡Estás salvo nengrito! Estás vivo...
 Embufanda el aroma de la Rosa.
 -¿El tata, imilla?

Sapo Nenglo. Luto.

Se atolondra la alondra:
 -Es que... que salió... Fue al médico...
 Y, luego, en la oreja:
 -¡Ya vendlá el tata, nenglitoy!
 -¡Kiii! Kikikiki!... ¿Y ahora el latinajo, Renacuajo?...

–Follón: el pasmo de la virgen leche su espasmo desflora, y la olla olla...

–¿Otlito vasito, nenglitoy?

–Ya, imilla. ¡Qué riquita la leche del Mañasol! ¿Dónde están los Sapos del tata?... Me tomaré otro sapito más, imilla... ¡Ahola te quielo más que antes, Losita!...

Duerme. Y despierta, mas nó la imilla; que está la madre.

–¡Madre!

–Guaguay: ¿tienes más hambresita?...

–No. Ya nó... ¿Lónle está mi tata?...

Los ojos a la faltriguera, Mistusa: qué hacerle.

–Fue al médico: volverá.

Saca sus pañalitos que huelen a tus fustanes de novia; y arrópale. Tiene sueño tu guagua, Mistusita.

Mistusa le walea con besos.

Dormido se alegra.

–¡Padre! ¡Padre!... Qué joven y guapo mi tata... ¡Tatay: estamos juntos: mílame! ¿Me ves?

Se ahoga el Sapo; se ahoga.

Siéntese mundo redimido. Late en luz algo ya suyo, suyo...

–¡Cómo selá alegre tolo, tolo, Sapito Nenglito!...

El Sapo Nengro:

–¡Kiii! ¡Kikikikiki!...

Despierta. Su madre le arrurra:

EYRAI

Duélmate, mi guegua;

lolmite, papay...

Ya, en cuadliga d'olo

viene el Kholi-Puma.

Y Ley de los Challwas

es tu Suchi d'olo.

¡Lolmite, mi guagua;
lolmite, papay!...

¡Ay, esta magle; la sapa del pagle!

—Mamitay: ¿mi tata?

Luto.

—Ha salido, guaguay: tey dicho: ¡volverá!...

* * *

—Hijohijohijohijohijohijo...

* * *

VI

DEL SAPO NENGRO A LOS SAPOS BLANCOS

Sapitos blancos: basta ya de langlas y falangas. Ahola hablemos en selio, cual a sapitos que se estiman colesponde. He aquí las khellkhas finales de este khata lipichi milenalia...

* * *

Creí, que mama Pitita, que a mí me crió, y crió a mi hijo, no llegaría a criar a mis nietos. Mas cuando así pensé sufría las consecuencias que sobrevienen a toda sacudida de nuestra naturaleza. Si había alcanzado el límite de resistencia de que fue capaz su sangre, no llegó a mimar al tercero, pero, en cambio, fue la suave mamala de los dos primeros. Aunque hoy (y debo anotarlo para que en alguna forma conste en qué medida los que nos aman jamás nos dejarán), mira por todos ellos acaso con ternura más entrañable aún. Mistusita fue arbustillo endeble en medio al tremendo vendaval; y ya se me ha reunido. Bondadosa siempre, amante de hacerse útil, llegó cuando porfiaba por romper las capas de tierra hasta donde me había entrañado en busca de mi destino; con melliza ansiedad segamos la

tierra solidificada y abriendo en materia ácida trochas vertiginosas, día llegó que afloramos por entre las junturas del piso del hogareño patiecito, donde hoy tierno señorío disfrutamos. Mi guagua, hombre reposado ya, y feliz, cual cabe, jefe de un hogar, risueño y austero, tiene en Panchita sencilla y leal compañera digna del amor y respeto del bolsillo pobre y el generoso corazón en el cual alza su altar y el fundamento de su honra. ¿Es ésta la plenitud para mí o tendré que añorar mis días?

En el seno de la tierra sentíme arrebatado por fluido que no sabía des qué punto del espacio me atraía ardiente, tanto que a medida experimentar su acción la nebulosidad de mis sentimientos iba como reactivando caracteres que conservaba adormecidos. No fue subitáneo ciertamente el proceso; más bien incubaba en mi naturaleza suscitando en ella nuevas vibraciones magnéticas. ¿Cuánto tiempo tomó? No puedo ni sugerirlo. Digo: ¿de no haber sido así las cosas habría acabado absorbido por el maternal y bondadoso sentimiento de la tierra que abraza y conserva al germen humano y le permite restablecer su marcha en el camino de vida? Siento que sí: en todo momento ella trata de servir al destino del sér; y no andaré muy equivocado si puedo admitir la hipótesis de que el alma del hombre toma naturaleza en un árbol, un ave, un animal cualquiera, en los cuales, para quien lleve su observación a cierta profundidad se harán no sólo las características ostensibles de la especie, sino las mismas morfologías de la personalidad. En todo caso éste es camino que lleva al corazón del hombre el sentimiento de su fraternidad con la Naturaleza.

Ignoro si el cedrón que odora en su hogar es la residencia de mi individualidad. Tanto puede ser él, o el agua fresca, y le refrigera; no menos la miel que saborea; los besos con que arrulla a sus chiquitos; el apretón de manos leal y varonil con que paga la fidelidad de sus amistades; o su corazón, su sangre, sus ojos. Cuando rodea su existencia, la embellece y la fecunda; cuanto El ama, prefiere, anhela; cuanto retiene el aliento de su ansiedad, es, de hecho, el aposento en donde alcanzo conciencia de mi realidad. Si el día hermoso, el Sol brillante, el aire tibio, los campos floridos y el corazón le palpita gozoso, siento que estoy en el anchor de su latido.

Desde luego que no estoy solo. Acaso no me lo creerán ustedes; pero conmigo le asistimos Mistusita y mama Pitita. Y si nos holgamos en las satisfacciones que le brinda su esfuerzo, cómo la angustia taladra angustiosa cuando algo le conturba y oprime; y el transido corazón desespera impotente por llevarle al éxito y la paz.

Saber que le sustento, o que al menos esta emoción me nutra – puesto que bien lejos estoy de caer en necedades de que siempre traté de librarme–; puedo permanecer en Él, en cuanto pone su voluntad, constituye la razón para la embriaguez en que vivo. Mas no se les haga difícil aceptarme que si bien soy en Él fluencia de amor, de pasión, de voluntad, de fuerza, diré, si no me excedo, en cuanto toma como objeto o finalidad de sus preocupaciones, deseos, también el sentimiento con que le apoyo carece de medios físicos para manifestarse. Sin embargo, si Él el Capitán de esta nave en el agitado océano, creo que su madre, mama Pitita, yo, debemos ser como el fuego de los calderos. Iremos adonde nos lleve, adonde persiga ir. Nos será ilícito tomar rumbos por cuenta propia. Pero infatigables permaneceremos en Él, ardiendo, produciendo calor, alimentando la entraña del barco, apoyando el rumbo con que desafía el oleaje y lo domeña.

Al menos, ésto lo que queríamos representar en su vida.

Él lo ignora; y porque lo ignora su ignorancia nos funge en esa embriaguez que es sólo ignorancia en el anhelo; a punto de no saber precisar dónde está Él en nosotros y dónde nosotros en Él; con lo que esa ignorancia es la conciencia de sentirle. ¿Pero, Él nos ignora en la medida que nosotros nos ignoramos? Es curioso. Él nos conserva en su nostalgia; mientras nosotros le vivimos en su naturaleza y, sin embargo, sabemos más que Él de todo esto. Él viene a ser, mirado con seriedad, la medida de la vida. No hay –para nosotros– más vida fuera de Él: careceríamos de oxígeno y de nutrición adecuados. Nada digo que la única forma de soñar para nosotros es sentirle.

Me percaté de lo imperfectamente que anoto estas experiencias; que no por su novedad ofrezco al Sapito Blanco. Al contrario, por su aparente insignificancia y efectiva vulgaridad. Qué genio literario se requiere para obtener del tema vulgar valores no vulgares. No trato de llevarles a considerar problemas abstrusos y sutiles. Querría se

enamoren de todo lo baladí; que desde el punto de vista de la vida en lo insignificante y baladí está lo significativo y grávido de ella; si, así como permite mirarla a los ojos, en todo lo baladí la vida vuelve los ojos hacia el hombre. Si no se me juzga esquizoide y se me admite que escribo de la muerte desde ella, con las experiencias que la muerte me brinda, pudo decir al Sapo Blanco que él, también, un Sapo Nengro; y que nengro el animal que inflama su corazón. Mas el Sapo Nengro requiere de alcanzar la naturaleza del Sapo Blanco; puesto que mientras permanezca en nengro la suya será la suerte de la semilla que carece de gleba en qué fructificar. Destino angustioso en mayor grado si se considera que la semilla tiene conciencia de su deber con la vida, y que si algo la distingue es el sentimiento de ese deber. Pero, dejemos las paralogías, y hablemos con claridad, pues lo que debo hacer es que se me entienda en lo que se debe entenderme.

El Sapo Nengro es el alma, es tu alma; pero es, también, y no dejes de creérmelo, el alma, o las almas, de quienes vivieron como tú ahora y esperan volver a vivir, de la misma manera que tú estuviste y estás. Mientras tu alma refugie a las almas de los que murieron, éstas vivirán en ti, no siempre persiguiendo su bien ni tu bien; muchas poseen la rencorosa angustia de verte vivir mientras ellas fueron privadas de vida, de la vida en la carne y el hueso; pues el hombre no es hombre si un día no se pára en ellos, y anda... Cuanto revelo es una realidad para mí tangible; será luego tangible para todos los hombres. Así sea.

He aquí que Mistusita y yo no seremos dos naturalezas hasta tanto tomemos a existir en el hueso. Ella es mía y yo soy de Ella en Él; pues no tenemos otra forma de ser que el sentimiento vital en que Él existe. ¿Qué un día el hombre se apropia de la realidad de estos hechos; los explique; los regule; les dé ingreso al acervo de sus "verdades", le importará poco o mucho a la vida? Díganlo ustedes. Yo creo que sí; le importa. La vida henchirá su corazón cuando el hombre suprima los cementerios y sepa que el cementerio de los muertos son los vivos, donde no se hallan muertos sino en estado latente de vida. Agregaré algo más: es ahora que he venido a comprender cómo el estertor del agonizante es ya la forma fetal del ¡inká! ¡inká! con que saluda el niño su retorno a la vida en el hueso.

Vean si esta enternecida realidad no justificará el estado de arrobo en que vivimos; que, si de mí nació mi hijo; de mi hijo naceré yo; y yo, Él y Ella tornaremos al triángulo inevitable y delectable. Saberlo, sentirlo, fecundarlo, es lo que explica por qué nuestro estado vital no halla expresión sino en el llanto. Lloramos felices; la espina aguda lejos de doler deleita. ¿Por qué, tras el ¡inká! de la guagua su primer tributo a la vida es el llanto? Huelga la respuesta: porque es en una lágrima que se ha volcado el sentimiento de la vida.

Cuando se rinde a la fatiga del trabajo y busca descanso en el lecho, aunque no llegue a vernos, ni le veamos sino en cuanto nos vemos en El, pues en rigor **de sentir todo se ve**; Mistusita le hace dormir plañendo sus eyrais terruñeros con el cascajoso castellano del indio, que es el único idioma que entiende el corazón. Por mí qué diré, si los viejos podemos trastabillar, rendidos, y esa edad permanecerá inmutable hasta tanto el amor nos succione hacia las corrientes de la germinación. En qué medida la vida es sólo sentimiento, si la edad con que rumbamos a la muerte permanece decidiendo nuestra naturaleza. El niño se mantendrá niño; el joven, joven; el anciano, anciano... Mas todos destinados al retorno inevitable. No otra la causa por qué, aun incendiándonos en la sangre del hijo amado, a quien adorando vivimos, le lloramos hoy, y en sus propios ojos, por no tener otra manera de adorarle.

¿Romanticismo es ésto? Entonces la vida es romántica; pues ese romanticismo es sólo ebriedad, dolida germinación, efusiones en la viña. El nuestro, si romanticismo, ha de interpretarse en tanto es sentimiento de unidad en el espasmo germinal del amor. Y más allá de la tumba, en la tumba, después de la tumba: esto es: ¡en la cuna!...

* * *

Pero, cumplamos como buenos; que siento ya por quién ustedes me reclaman: Renacuajo, el doctorajo.

Oro en choro.

Con qué punzó punzó su lloro el enemigo cadáver de su amigo, cuando el martirio de Calamar se hizo cirio y el flamear de los cirios martirios en el sitibundo atumbo espantoso del mar.

Pobre, mi rico, mi salobre Renacualico.

Con qué bondadoso interés le vi prodigarse hasta impedir el zarpazo ciego que se propuso inmolar, injustamente, y sin derecho, por mera fechoría del hecho, mi torralba del Alba.

Signífero, lucífero, Renacuajo; cascajo y cuajo de la sabiduría, hidalguía de la gallofería: ¿cómo pagarte? ¿Bastarte há que de poder otorgárate el lauro pauro del alejandrita Eraristrato, retrato de tu trato, joh, tú, retrato de su estrato!, barreno por Reno, escarabajo por cuajo de oro en choro?

Esencia y lumbre de la ciencia; que alumbre tu eminencia de la omnisciencia el sendero, como el pelliz peludo del barbudo la alumbre del barbero.

En los tus ledos, felinos, dedos finos, el zote azote; y a la mal olida Putifar la muerte del garrote; que si olida en recto Phuti; al respecto olida, Puti. Migo, y me obligo, amigo; digo... Por Far... (**Mamma mía...** Acorra la cotorra mi CIA-tica rue-Ma tica...) Que la Muerte y Putifar tienen la suerte del badajo, mi docto Renacuajo, si bajo el barajo caen de tu atajo: ampollas, o bambollas, o centollas. Y con esta experiencia ilumina la ciencia divina; que nó con dina, o indina toma, se ha de limpiar de Putifar la loma; ni descogotar a la Muerte solerte con redoma. Mediante aséptico ensalma y doma el escéptico docto el bazar con enjalma de Putifar sin alma. Y a la Muerte le advierte que ha caído raído su estandarte; pues allí donde alzó la Durandarte el majo Renacuajo, acabaron licencias y escudilla, que hicieran de la ciencia la fuerte agencia, maravilla de la suerte; de suerte que la ciencia fue la buena suerte de la Muerte...

¡Ya no altibajos, Renacuajos: ahora a mirar con arte por la vida; y no a la vida por el arte!

* * *

Mucho de cuanto en este relato se contiene —y así visto téngalo el listo—, ciertamente avasca y ruindad es. Las palabras que empleo no

alcanzan a traducirme; yo apenas logro sugerir el valor de aquellas que arrebató al labio de mi plebe.

¿Nos separaremos un día? En primer lugar, si sólo la vida, la vida es la sin días; y para separarnos, menester fuera que uno de los dos, o de los tres, o de los cuatro, fuésemos retirados de la vida; que mientras dentro ella, y en ella estemos, sólo nos es posible permanecer. Somos individualmente la melodía de la sinfónica vital, y ni yo, ni tú, seremos excluidos —y de Él nada digo; si en faltando Él desaparece la materia— sobrevendría pavoroso disloque que obligaría a la vida renga y contrahecha. Es necesario que el eje sinfónico de todos en ella y de ella en todos, no solamente inalterable: sea eterno.

Esa la raíz emotiva de su inefable embriaguez.

HARARUÑA

En su pan estoy y en su fatiga le sostengo.
No permito que del ludibrio la amargura
le entristezca, que su herida no restañe.

Pero, si día de danza, y se endomingan
sus hijos, sus amigos; dos en uno van
bendiciendo con los ojos en los suyos,
el pan, la flor, y en ésta la espina que
florece; el berrueco áspero y huraño;
del aguijón agudo el labio amargo.

Ciertamente, há días las sonrisas
velan su lumbre con suave pesadumbre.
Es que sabe que siente lo que ignora.
Sabe en labio, pecho y en los ojos,
que los Sapos Nengros le roen y acarician
cuando el viento desfleca su Wiphala,
el aire le ama, e hinche con perfumes,
el hielo ablanda las fiebres de su frente
y en lloro añora el llanto que le llora.

No se rompen sus risas en campanas;
tiene un reír que llora para adentro.
Si bien con ellas plañe el campanero.

Salobre refrigerio vivo; ácido dulce.
Pues en Él soy; siento que estoy.
Y cuando en el pecho la ternura
aférrale entre las garras tiernas,
yo la ternura soy, que adoba con arrobos,
el pan, la flor, la guija, y el sustento.
que sólo con sustentarle se sustenta...

He aquí que a su corazón se allega, y musita para que nadie sino
el corazón le oiga:

—¡Padre! ¡Padre!...

Y en su corazón su corazón se ahoga.

—Hijo, hijo, hijo, hijo, hijo...

Voces que escapan de la voz; avientan la muerte del sepulcro;
hacen que los huesos de él se salgan; y dancen, y canten, en ese rayo de
luz líquida que surca silencioso la mejilla de marfil, y con sus hieles miel
para El se hacen.

¡Llorad, Sapitos Blancos: nó el pudor de Putifar os impida saber
que estáis vivos!

Sólo el que llora es oro, y trino.

THUMOS

No basta examinar a los hombres entre sí, sino en relación con los animales, con las plantas y con todo lo que nace.

Sócrates

Mucho tiempo há les vi llegar siempre uno al lado del otro que imaginé que si no marido y mujer bien podían ser novios que se anticipaban ternura conyugal realmente envidiable de durarles. Tal reacción fue, sin embargo, reacción de hombre, que no de perro; y yo había dejado la envoltura del hombre hacía rato. De manera que tras mirarme las patas, me dije:

—Buen podenco que eres. Entre los perros no hay tales matrimonios. Estos dos perritos se han unido porque, como tú, carecen de amo y así encuentran la manera de buscarse la vida. Tan pronto él, o ella, o los dos, tropiecen con persona bondadosa y necesitada de un perrito que se ocupe de las moscas, se acabará la compañía. En fin.

Era pleno invierno y azotaba frío impiadoso en la aldea, un frío de ésos tremendos de nuestro invierno, que sin embargo tiene más piedad que el hombre; que si aquel ignora que nos tiene tiritando, el hombre sabe que tiritamos y no se conduele. Qué compensación tan injusta. Fui hombre que amó a los animales acaso más que al hombre, y pudo parafrasear la palabra del hombre: Dejad a los animales que vengan a mí... Y hoy que ando en perro ni los perros me brindan amistad. Paciencia, perro.

He aquí que la pareja apareció por una de las bocacalles de la plazoleta, caídas las orejas, el rabo entre las piernas (lo que posee significado más que ilusivo en las tristes realidades caninas); y tras observar a uno y otro lados, se dirigieron hacia donde, apenas guarecido en el umbral de portada antigua, me defendía en lo posible del frío haciendo los más perrunos esfuerzos por dormir y olvidar sus pellizcos. Cuando llegó la pareja estaba convertido en rosquete de melcocha (comparación no de turroneo si se considera que la mía era la color de la chancaca); de manera que hice sino abrir un ojo para mirarlos. Ella me olió del sitio de donde el rabo parte; y yo me reduje a gruñirle, tal vez

con más galantería que pudicia. Temblaban los pobres. Entonces, al modo del hombre que fui un día, erguidas cabeza y orejas, les dije:

—¿Qué frío, no?

Ella tornó a olerme, esta vez de otro lugar; y luego chichisbeó al oído del perro:

—¡Es perro!

Volví a hablarles:

—Perro soy. Un perro como cualquier otro, y, por lo que veo, un perro como ustedes sin amo. Les he visto siempre juntos que imaginé fuesen marido y mujer.

Ella entonces se puso ladina y me lo refirió todo. No eran tan siquiera novios. Se habían conocido en la pobreza y el abandono (hay que ver cuán poco perros eran) y se unieron porque así se les hacía menos difícil la vida. A las vistas lo dijo con segunda intención; que al olfato me llegaba un olorcito, que si no era buen signo de que pronto entraría en el celo, no podía ser sino que yo era todavía un perro a las derechas. El tiempo vino a demostrarme que aún sobre cuatro patas en mí había toda la capacidad para el error y los juicios malévolos que parecen industria exclusiva del hombre.

—¿Y tú? ¿Y tú? —me preguntaron.

Por mi parte desembuché mis secretos. De tal guisa nos conocimos y estrechamos fraternales vínculos. Ya la pareja se había reproducido; y des entonces iban tres perros por el mundo: los dos enamorados, y el solitario que había hecho más que ambular pisando su doliente sombra de **wakchitu**. Frecuentábamos cenizales; nos deteníamos en las chicherías; tratamos de amistuarnos con sirvientes de casas ricas. En fin, hociqueábamos la vida.

Así llegué a saber que ella otrora fue enfermera y él elegante bachiller cuyos talentos prometían tanto... Y cuando más prometían se agostaron en fulminante ataque de neurosis. De los tres infortunados el de veras infeliz era yo, por razones que a lo largo de nuestra convivencia les hice conocer; pero sobre todo porque habiendo nacido perro en casa de un pobre cieguito, fui feliz con él en la medida en que la felicidad cabe para el que nació con estrella hambrienta en el corazón; pues que si conmigo partía los mendrugos que limosneaba, la ternura de que era capaz me la dedicaba toda. Mas el cieguito murió y

quedé huérfano a limosnear por él en las puertas del mundo. En cambio, ellos huyeron del poder de ciertos borrachines desalmados que si no los mataban de hambre los majaban a palo cotidiano. La miseria que vivían constituía una ganancia, si, al menos así, se sabían libres de sus crueles y torpes propietarios. A ella la llamaban Lulú; al bachiller Capitán: Y a mí el cieguito me puso Satán. Y es que era un diablo de perrito.

—¿No fuiste bachiller? —me preguntaba Capitán— Porque, hombre, valgan verdades, te expresas doctorilmente.

No había sido bachiller ni sochantre. Un hombre fui para quien la vida volcó hieles y sabiduría con la misma crueldad. Creo que fui un poco poeta; que del todo no creo fuera; aunque viví siempre en olor de poesía. Capitán fue mi verdadero maestro; él descorrió para mí los velos de Isis y me reveló la esterilidad de los sabios que ignoran las genésicas virtudes del arado y del surco. Cómo habría centellado en el mundo ese cerebro si la neurosis no le consume... El deber de vivir nos había unido en tierna amistad; y Lulú y Capitán me obligaron a relatar la historia de mi vida cuando en el triste barro del hombre se contenía.

* * *

Mi historia es la historia de un hombre-perro.

—Entre la muerte de un perro y la del otro se encierra mi existencia, hermanos —les decía—: Gorjo murió siete años antes que Thumos; y entre la muerte del foxtier y la del lobo fluyó tiempo ciertamente rico en drama, rico en ebriedad mental y no pobre en tónica tragedia. Gorjo era un pequeñín de pelo endrino y de ojos que tiraban a un azul plomo, demostrando bien a las claras que en la suya se entretejían asaz las estirpes, y que pese a su talante señoril y aristocrático carecía de **pedrigree**. Acaso por tal razón a ratos menos perro que hombre parecía: un hombrecito de cuatro patas, como el de dos, lleno de arrestos y veleidades, tan capaz como él de transportes heroicos y de abatimientos y astenias sentimentales. Que llegó a entender el lenguaje de su amo, no tengo que decirlo; si ya Capitán nos ha demostrado que los animales que viven con el hombre, tras de

algunos años de convivencia, llegan a entenderlo, y no sólo a entender sus palabras; si logran penetrar hasta sus más íntimos pensamientos.

Observación que lo demuestra voy a adelantar a su biografía, pues acaso el avaro tiempo no me deje considerarla, como deseo.

Criaba un gallito de raza a quien bauticé "Chantecler" no sé si en honor de los mosqueteriles mostachos de Edmond Rostand, de su bejarana calva, o acaso como pleito homenaje a Cyrano, no menos que a su famoso gallo, de quienes si llevaba a guisa de nariz pico descomunal y las poéticas bribonerías, nada diré de los pedantescos y filudos espolones, que eran gemelos del gran otomano del célebre gallinero. Pues bien; de Chantecler, que era **prima-sang** de famoso campeón de los valles de Majes, y que me llegó por generoso regalo de mi hermano el gran don Isáac Guillén, catedrático en gallináceos pugilatos, no pensaba obtener otro, ni siquiera había buscado en la vecindad algún chuskito matrero para comprobar la nobleza de su linaje. Le quería por su estampa, su clarinazo de todas las mañanas, su envergadura de espadachín: le quería con emoción y acaso con un poco de filosofía zoológica. Pues, sobre haber tenido siempre instinto animalesco, que me hacía vivir rodeado del mayor número de estos prójimos: shokhas, tikhis, wallatas, phanas, khewllas: el Titikaka y sus arenas, en Chantecler encontraba no sé qué extraños respaldos humanos en cuanto al trato que daba a las odaliscas del serallo y sobre quienes dominaba con despotismo sólo comparable a su estampa de atleta embutido en músculos de líneas atléticas y gráciles. Aquello de negarse a fecundar a gallinitas de poca monta (hecho innegable para quienes conmigo vivían), no podía ser estimado sino como principio del sentimiento de jerarquía; y si no estoy equivocado el único animal que cultiva ese sentimiento es el **Simio Sapiens**. Es un gallo, se dice del hombre afortunado en amores, y que logra lo que persigue el gallo, precisamente por no oponer reparos ni hacer repulgos con esta o aquella hembras, y atrapa las que puede y con el pelo que peinen. Y si un gallo exige **pedrigree** y condiciones gentilicias a su poligamia; lógicamente de él no se podrá decir "es un gallo"; sino: ¡es todo un hombre! Lo cual pueda que entre los gallos produzca la admiración que entre nosotros nuestros galloferos.

Chantecler estaba destinado a vivir para regalo de los ojos del alma de su amo; para la olla, nó. Y vale la pena lo reitere: ¡nó!... Que nadie es capaz de comerse una paradoja en estofado; y para mí Chantecler era más que una paradoja con pico y espolones.

Gorjo lo observó como el más sutil psicólogo; de manera que cuando me hallaba ausente no permitía que ni los conocidos tocaren al gallito. Tirado a su largo, el hocico descansando en las patitas, velaba el presuntuoso tesoro; y de él nunca se mantuvo muy lejos. Tan pronto alguien se acercaba erguía la cabeza y enristraba las orejas, gruñía si el osado acortaba distancia y si finalmente pretendía pillarlo ladraba. Jamás tuvo arrechuchos: tras el ladrido el mordisco no se dejaría esperar. Gorjo era ejecutivo.

Pero, Gorjo mordía como el centinela hace fuego si no se ha obedecido su ¡alto!, cumpliendo elevada consigna; que allí era el vigía del Santo Graal, sujeto a una voluntad de orden religioso que lo obligaba a esa tensión impaciente y austera. Y es que había hecho conciencia de que su amo... Y amo, no, no... No está bien dicho: su amigo, su hermano —un místico a su lado si a sus hábitos de genitor se miraba—, consideraba al gallito como uno de sus más estupendos espectáculos; de suerte que —y tal su saludable silogismo— si el "hermano" merecía respeto, era natural se cuidara el objeto de sus asombros. Frente a Chantecler permanecía atento, receloso, con seriedad que yo no había visto en hombre alguno...

Capitán, ladró:

—Des que conozco a los hombres, respeto más a los perros.

Había recordado famoso ladrido.

Proseguí:

—Sólo a mi retorno abandonaba la vigilancia que por deliberada voluntad mantenía frente a Chantecler. ¿No creen ustedes que por mi parte habría podido imponérsela? Transmitir a persona que no entiende nuestro idioma conjunto complejo de ideas, aun siendo inteligente, es cosa que nadie en su juicio intenta siquiera.

—Gorjo —habría tenido que decirle—: voy a salir. ¿Me comprendes? Bien. Si salgo ya no habrá quién cuide de Chantecler. ¿Ya? Cabal: comprendes. Pues bien; mientras estoy fuera eres el llamado a reemplazarme. ¿Lo has entendido? Sólo tú me inspiras confianza,

Gorjo. Entendido: ¿verdad? Así es que, mi amiguito, no te separes de él; y si alguien pretende llevárselo: ¡muerte! Nada temas; yo respondo...

Haberle hablado así fuera prosa pedestre y cotidiana. Y yo a Gorjo jamás le dirigí palabra que no fuese en verso. Es riguroso llegar a la conclusión por tanto que Gorjo penetró en mi pensamiento, y lo más importante y sutil: en mi emotividad. O los dedujo de mis actitudes; cuidando el espadachín con devoción que podía menos que tenerme suspenso y emocionado. Amigos míos: si eso no era sabiduría, ignoro qué sea la sabiduría.

Callé.

—¿Es todo? —preguntó Lulú.

—Nó, Lulita —seguí—. De las diabluras que tachonan la vida de Gorjo, ojalá su alma sutil me deje ladrar un día. Ahora me propongo sólo referirles el hecho insólito por el cual su recuerdo forma parte de los elementos de mi plenitud emotiva; el hecho por el cual no le olvido; la tenga presente, ahora que soy perro, como siendo hombre. Y es posible que su recuerdo vaya conmigo al cielo o al infierno, si a cielo o infierno pueden llegar perros como nosotros.

* * *

Detenido en aldea bastante alejada de la mía, confié, tanto a Chantecler como a Gorjo al cuidado de una hembra que me debía delicadas atenciones en mérito de las cuales habría de velar, ¡iluso de mí!, de los animalitos con el celo que yo deseaba. No fue tal. Mi ausencia se prolongó más de lo previsto; un día el malandrín de su hijito trató de cargar con Chantecler, y Gorjo que mantenía la vigilancia, entonces más celosa, mordió al niño...

Había almorzado, y en el patio del hotelucho conversaba entre soñoliento y enamorado con la más hermosa paisana de Eduardo Grieg, de verdes ojos de felino y de una vivacidad mental más felina aún. Ignoro si compartía mis sentimientos; mas lo cierto es que durante par de semanas partimos del vivac y vivimos aventura si peligrosa rodeada de incitaciones, de mi parte justificadas por su extraña belleza, cándida y satánica a medias; y en ella acaso por el dilacerante pulguego de la conciencia, si se debía al respeto de un marido bonachón, muy

inferior a ella que no fuese en la sencillez y la bondad de bien, ignorante de esta odisea sin Odiseo que yo cumplía en el rol de polichinela de los suspiros...

Entre paréntesis: el Sol, después de almuerzo, a estos cuatro mil metros sobre el nivel del mar, es reconfortante, saludable y digestivo que no se pierde ningún prudente sujeto; y es de verse a tal hora en las aldeas del Titikaka por calles y plazoletas filas de emponchadas wiskachas, mientras cursa la pikchada y humean los soktapichus, solejándose al amor de esa deslumbrante lluvia de átomos solares.

Pues bien; a la altura de las rodillas de pronto observé especie de crispatura de la luz, que me desconcertó hasta enmudecerme; y ya con el extraño fenómeno se me hizo presente el recuerdo de Gorjo en forma ciertamente súbita y angustiosa. Tienen que creérmelo: vi su figura en mi delante formada de sustancias lumínicas. Cómo lo diré... ¿Han mirado a un pozo de agua cristalina en quien caen los rayos del Sol y se agita con pequeños oleajes? ¿Han observado cómo se dislocan, fracturan, se distorsionan, las imágenes de las cosas, o personas, que permanecen en el fondo? Eso lo que vi: la silueta de mi perro temblando en la misteriosa crispatura.

Los hermosos ojos de mi amiga se fijaron en los míos.

—¿Qué hay? ¿Qué te pasa? —me dijo.

Después de no breve colapso, la rogué:

—¿Qué hora, querida?

Podía verlo en mi reloj. Pero... nada sabía.

Pedíle la hora como pude pedirla un beso; y hora y beso habrían resultado igualmente intonsos si en el estallido del presentimiento mi primera idea no hubiese sido la de que a Gorjo lo habían matado, o le ocurrió algo tan grave como eso. Trémulo, traté de explicarla la causa de mi extraña turbación. Ella sonrió en los ojos, aunque al mismo tiempo sus labios se contraían en mohín que quiso ser tierno mas fue casi tan cruel como un arañazo.

—¿Sabes? Tengo un perrito a quien prefiero mucho; y acaba de hacérseme presente. ¡Y es que lo han matado; lo han matado!...

—Oh, tontito —me dijo, mimosa—. Tus nervios; nada más. Comprende, querido, que hay dos hombres con esa enmarañada madeja de los tuyos.

—Tienes que creérmelo. Su alma, ¡su alma, está acá!, en este momento: la siento...

—¿Alma?

—Sí, querida; ha temblado en mi corazón...

Sus bellos ojos adquirieron la iridiscencia de crepúsculo visto en una esmeralda.

Y, como era tan inteligente y vivaz, se esforzaba por consolarme:

—¿No crees que la "otra", la muerta, nos dice...? ¿Que es ella la que... ? Bueno; no sé... Tranquilízate. Ten valor; y, sobre todo, no olvides que mi marido debe llegar a Mollendo en pocos días... Se acabó la aventurilla... Levántate; vamos... Liaremos maletas...

Cuando me restituí a Orko-pata, lo primero que advertí fue la falta del perro. Y, convulso, grité. La terrible tarántula me expuso con la mayor sangre fría las razones por qué había besado a Gorjo, envenenándole. ¿Qué merecía esta abominable criatura? Me enmudeció la indignación, no menos que el dolor; y miré a su hijo casi con odio por la raza humana.

Entonces comprendí por qué se muere.

La hora y el día en que Gorjo había sido ahorcado, corresponden, exactamente, a la hora y el día en que le vi en mi delante en un temblor de luz. Durante mucho tiempo, sin que obrara en mí estímulo alguno, oía su ladrido; lo que serenamente lo explicaba como reacciones de la angustia que me dejara su recuerdo...

Pero, aquella revelación de su muerte, dime, tú, Capitán, que sabes tanto: ¿qué sentido pudo tener que no fuese el convencimiento de que el pobre animal proyectó hacia mí las radicaciones de su personalidad en el momento que lo estrangulaban? ¿Que Gorjo tiene **psique**; es capaz de originar movimientos eléctricos cargados con el magnetismo de su "ego"? ¿Que Gorjo es, también, hombre? Durante mucho tiempo su recuerdo me producía estados lacerantes; pero al paso de los años el dolor llegó a hacérseme familiar, y aunque no dejaba de entristecerme, mi tristeza se revestía de esa resignación que a los que hemos visto morir todo lo que amamos nos cubre como piadoso coselete.

* * *

Pasaron no pocos días durante los cuales nos faltaron las condiciones de soledad y silencio necesarios al decurso de las asambleas que solían reunirnos, pues era fiesta en el Phuño, y reventaban sin tregua diurna, ni descanso nocturno, camaretas y camaretones; inundaron comparsas de bailarines indígenas; el famoso Danzante, todo él revestido con chapas de hierro, campanillas y cascabeles, y que baila ocho días, debiendo serle ofrecidas doncellas en sazón para los ocho nocturnos refocilos de su viril reinado; el campesinado indio lo invadió todo; y plazas y calles eran amasijo de baraúnda y hervores policromos... Pero, finalmente, "salió" la procesión de la Mamita de la Candelaria; y entre varahadas de incienso, trueno de bombos, pinkhollos, phusas y matracas, paseó su dulce carita de thanthaguagua seguida de la más heterogénea y abigarrada cohorte, paseó, digo, por las callejas de la aldea, asiento de su reinado; y por las mismas callejas tornó ya al atardecer. De suerte que cuando la sonaja de las campanitas en el aire vibraba aún con agónicos tañidos, la aldea cerróse de nuevo en su habitual silencio de montañas...

* * *

—Por fin nos dejan mirar en nosotros —dijo Capitán—. Nada nos impide ahora que sigas relatando tu historia de perros; que para mí es algo más que fabulilla, apólogo: exploración en una de las más abstrusas ramas de la psicología animal. Adelante, pues, querido Satán: somos todo oídos. Muéstranos el alma de Gorjo.

Retomé el hilo del relato.

—Criaré otro perro, me decía; y le pondré su nombre. Sé de antemano que no será como Gorjo; pero un perro será, y acaso resulte interesante. Me engañaba. Cuando, me trajeron un lobito: piadosa mujer fue quien me lo trajo, y que en dulce sueño descansase en la piadosa tierra; iba a llamarle con su nombre y me poseyó la más dolorosa turbación. ¿Era posible esto? ¿posible cómo? ¿No constituiría deslealtad para con el más leal de los amigos, que de allí a suplantarlo su recuerdo había paso? El nombre de Gorjo, como tú sabes, Capitán, es

el de uno de los sabuesos de Diana Cazadora, aquel de quien los poetas refieren más de una serga. Y yo —si durante esos días me hallaba anegado por el mar proteico y seductor de la mitología griega— en homenaje a la diosa y a su flecha tenía que dárselo a mi Cazador de Charchashwas. Pero ya no me fue posible transferirlo al lobito. Y le di el nombre de **Thumos**, que Aristocles da al alma del animal. El lobito se llamaría Thumos; y Thumos se llamó.

Thumos a los siete años murió también; lo que si bien me llenó de angustia, de que me he librado todavía, ya sorpresa me produjo. Pues lo que realmente originaba mis turbaciones era ver que todo moría a mi contorno, mientras yo, indemne, asistía a ese embarracadero de cadáveres. Juzgando que el tiempo nos contiene, como sostienen contiene al Universo; y ese tiempo resultaba tan frágil y precario para todo lo que amo, y, por esta razón, cada año de los míos era como un siglo para mí, llegué a sentirme "condenado a la inmortalidad en algunos aspectos". Y es que me poseía dolor profundizado más allá del tiempo, que de él adquiriría sensaciones de solidez y le sentía en el continente de la vida; aunque en otros una vagarosidad temporal se me ofrecía con las sañudas trazas de Ogro de ciegas inhumanidades, único espacio de la amarga y paradójica existencia...

—No hagas filosofías —me interrumpió Capitán—; sobre todo filosofías dolorosas. Qué es de Thumos, es el saber que interesa. En él acaso descubriremos el alma de Gorjo. Después añadirás los comentarios.

—Ah, Thumos... No era sólo un perro inteligente y bello; era un ser extraordinario, resultado de organización superior. Sin que tenga que encarecerlo me comprenderán que le quería mucho; mas ciertamente le admiraba más. Cuando alcanzó todo su desarrollo su noble estampa era la de un ídolo; y en el devaneo amoroso me daba a considerar si al pobre hombre que se camela pensando que los dioses están hechos a su imagen, no le estará reservado el chasco de encontrar a esos dioses en la naturaleza de un tigre de Idumea o de la hidra de Lema. Thumos me introdujo al respeto de la bestia; y nó porque en él identificara el alma platónica del animal, sino porque en él descubrí una humanidad libre de las deshumanidades del hombre.

Pensé que el del hombre no es el lenguaje más activo y el más musical menos. El ladrido en animales superiores como Thumos qué riqueza de tonos no tiene. Ora ligeros y juguetones; graves, patéticos; y pasando por los claroscuros y pastosos hasta los agudos y solares. Y ésto, que para mí fue capital: el ladrido del perro, o el trino del pajarillo, no son meras voces más o menos armoniosas: son expresión de sensaciones, sentimientos, deseos, medios de comunicación; verdadero lenguaje. Y para que estos animales irracionales puedan entenderse es preciso que posean una sutileza auditiva que no todos los hombres tienen. De lo contrario, hablaríamos con Thumos; entenderíamos la balada del Cherekheña; seríanos asequible la ideación del arpegio del Chaiña. El lenguaje del hombre es de estructuras verbales; el del pajarillo de estructura melódica. Capitán: ¿es que los irracionales poseen la razón musical? Convengamos que el infeliz del hombre está muy lejos de estos arrobos de la gracia cósmica... El lenguaje de los Khawras es un canto llano de belleza recóndita, y sus salmodias cuando el Sol cae a plomo en el uyu tienen la solemnidad misteriosa de los coros monásticos en torno a misterios de la carne perecedera...

No hago filosofías, Capitán. Para que aprehendan ustedes el contenido dramático de esta historia perruna, es necesario que profundicemos en el alma de Thumos.

¿La casa está vacía? El ladrido de Thumos no es el mismo si en casa hay persona ajena a ella: se sacude de temblor que es su modulación anímica. A quienes dudaren de estas revelaciones —si son tales—, les pediría encerrar a un perro en habitación oscura y anotar las gradaciones del ladrido; llevarle luego a otra llena de luz, y comparar si en ambos casos posee los mismos valores y las mismas imágenes tonales. Si salta y ladra traduciendo su júbilo, el suyo es un **ballet** de inefables escorsos; y es innecesario describir ese júbilo cuando el olfato, que no casualmente en él no es tan vivo como en otros animales de su especie, puede decirle que el amo está cerca. ¿Green ustedes que Thumos no diferencia la relación amistosa de las relaciones familiares; que no diferencia el bien y el mal en cuanto mira a su hermano: el hombre? El remordimiento; la pesadumbre; el desconsuelo se manifiestan en su palabra, pues la tiene. Si alguna vez se rompe el

valladar que nos separa de él podremos estudiar su gramática y acaso modificar de acuerdo con sus leyes la nuestra.

Su alegría posee valores que no es posible describir por comparación; si decir que es una alegría de animal humano, no sé hasta qué punto sea beneficiarle. Pues el animal humano cuando está alegre, ríe; lo que no el humano animal. Este expresa mediante tonalidades tal estado de satisfacción. Se me ocurre que de esta índole debió ser el proceso de la alegría que en la Novena de Beethoven produce tan deslumbrante sensación, o en su pánica Pastoral; supuesto sabemos todos que el sordo de Bonn era de los animales que no inventó la carcajada. Se trata de un efugio del alma en que se manifiesta el arrobo de la vida.

—¡Animal humano has dicho, hermano animal; y eso es de profundidad punitiva! —reflexionó Capitán.

—Vieja sorite, que no menos viejos sororales tiene, aunque des el punto de vista de la paradoja, oh, mi Capitán; con mayor razón si se considera que la humanidad del hombre es siempre relativa y su animalidad no cabe en las cápsulas de la paradoja. Y es así cómo se llega a entender que no es lo humano lo que engrandece al hombre, sino lo contrario: es el hombre quien empequeñece al hombre. Sin embargo, sus conceptos de humanidad originan su escala de valores, dentro los cuales la bestia queda liquidada por la bestia misma.

—¡Satán, hermano!... Cómo no estar de acuerdo si al fin somos perros, y no presumimos sino perrería. Encarnaremos de nuevo en el hombre para echar al vuelo las campanas de la decencia y ahorcar a Rousseau; que de allí debió partir para edificar su teoría del salvaje puro.

—Ahorcaremos su Chullpa-tullu, sí, sabio Capitán.

* * *

—Todo lo que de su agrado —dijo— no encuentra el hombre en el **Zoo**, lo refiere al **Theo**; y allí una sola cosa salta a la vista: sus deficiencias zoológicas. De donde se sigue que la razón de ser de la humanidad en el hombre es su inferioridad animal; por lo que de su pánico habrá de extraer los valores de su osadía, o sea el "coraje del

miedo", de que, antes de morir, hablara el viejo Sócrates, o no bien parido, uno de los cachorros de EL PEZ DE ORO, que para mí es sólo la epopeya de la bestia en sí, si más propio no fuera caracterizarle como la biología del hombre en Él. Los valores negativos en la Naturaleza (y me perdones el bobismo), constituyen valores de la sociedad humana, la cual, en sus relaciones con los seres que la integran, no se obliga a reglas éticas de linaje alguno; si ellas sólo existen en cuanto vienen de un orden hominal. Nadie va a la cárcel porque mate un canario; pero si un canario matara a un hombre... sería desintegrado con la Bomba H... Fue el animal débil; hoy posee la fuerza cruel de los débiles y es en ella que edifica su poder. El tigre devora cuando está hambriento; mas si está ahíto se sustrae y así el hombre sabe que no le atacará. Sólo el hombre, que mata por sport, hace de sus esportismos estética y derecho. Yo me pregunto: ¿no será que en la naturaleza del hombre fermenta algún veneno? ¿es ésto, por ventura, lo que debemos entender por pecado original? Si el tigre probó carne humana, y conoció el sabor de su sangre, ya no será tigre, una bestia angelical: será fiera. Los baquianos del bosque dicen que está "cebado". Vale decir: está humanizado.

De enredos sentimentales se quejó Lulú.

—Es el miedo, Capitán —dije entonces—: nada hay más temible que el puñal en manos del tímido. Ese, el verdadero hombre.

Tiritando dentro sus andrajos pasó un transeunte; Lulú, por librarse de las serpentinas filosóficas de Capitán, se puso a ladrarle. Y, así se dio el canino gusto...

—No aguanto más —dijo—: me duele el corazón...

Era de suponer: ese corazoncito no estaba para nuestros mentales carnavales. Metido el hocico en escusada sea la parte, nos recogimos; y uno antes que el otro los tres callamos. Por mí digo que el delirio carnavalesco siguió pirueteando en mis desolados ojos.

* * *

—Thumos, el alma del animal, no es para Platón el alma inmortal del hombre —comenzó su discurso Capitán en la asamblea de la noche siguiente—. Y no invoco a los Platones de nuestro tiempo, porque mis

pobrezas gástricas me han hecho propenso a las evulsiones tan particulares del avechucho de Prometeo. Es, más bien, el punto armónico de las funciones orgánicas que se inmoviliza y desaparece con el cuerpo que les dio origen. Para el filósofo ése el animal tiene alma; mas alma de simple naturaleza funcional y perecedera por tanto. ¿Es que hay alguna diferencia entre el puñal en manos del hombre tímido, a que ayer te referiste, y el bisturí con que el heleno secciona la unidad de la vida para convertir al hombre en dios? Pretendió el gran filósofo crear la didáctica de una psicología mística en la medida de la soberbia de los hombres cuando hería la célula del fenómeno vital. El punto armónico de las funciones somáticas es el alma: pero no sólo en el cuadrúpedo, sino en todos los bípedos, implumes o plumarios, y lo mismo en el anélido y en la naturaleza unicelular. La inmortalidad del alma no puede ser privativa del hombre; si es condición de la vida. Para los efectos funcionales del alma todos debemos ser animales. He aquí lo que hace del "Fedón" platónico la tragedia de la debilidad humana; pues en él el filósofo está representando al hombre que se conoce indefenso y no vacila en afirmar que el hombre es nó en cuanto naturaleza animal, sino ente. Es decir, no es en lo que está, s i n o en lo que no puede contenerle; que si es animal se lo había demostrado la embrionaria biología de su tiempo. Por los mismos procedimientos de su lógica tendríamos que averiguar por qué el "Thumos" se destina a la corrupción y no la "Psique", si asevera algo de suma temeridad (bien que por otra parte es el fundamento de las teologías positivas); y es que la psique no es un habitante del hombre, pues en él se halla sólo de visita, y responde a un destino que le obliga a abandonarle por necesidad, por tanto, considerando su estancia como tributo oneroso.

Cuán más favorecida la bestia, si ella origina su alma; tanto que cuando muere también muere ella. Si al hombre —visto así— no le viniera por vía foránea un alma, no existiría; por lo que el verdaderamente inferior es él y nó la bestia.

Es que la bestia puede ser, y es, en sí misma, como habrá que presumir que Dios es. Y a Dios ni a la bestia nadie les puede originar. De manera muy cándida se llega a la conclusión de que el hombre ha hecho de su vacuidad su aseidad, por lo que para constituir alguna fuerza ha dado naturaleza y forma de hombres a los dioses. Por más

que el pragmatismo de la antropología filosófica haya pretendido explicar las causas con causalidades del hombre, lo único que ha logrado es explicar las causas del hombre como historia (sociología); en lo que también les ofrece no pocos grados inferiores a la bestia, que es su principio y su fin (dado que las simplezas platónicas se justifiquen) y es en sí su historia; mientras el hombre para hacerse ente histórico requiere de entidad divina. Y como la entidad divina es un calambre mental de los siglos y nada demuestra su realidad, se obtiene la tremenda conclusión de que el hombre y su decurso son una contranaturaleza del hombre y casi negación de la vida, si la realidad pudiese ser negada por peripatéticas o mayéuticas.

Así, pues, el hombre es historia en cuanto recibe un alma y para él es *sér* es no ser naturaleza; por lo que será más hombre cuanto menos animal sea. Historia, en el sentido biológico de este término, no es la del hombre, es historicismo o simple épica y su verdadera expresión debe ser teológica; si su filosofía de los valores es mera antropolatría, o sea repudio de la raíz animal. De donde, para el filósofo, el hombre sabe que el animal **es**, mientras sólo **cree** que él es hombre. Así visto, y concediendo bondad a su razonamiento, el hombre histórico es más que una profesión (oficio) de fe del hombre mismo. Algún filósofo de las calles, cuando por ellas anduve junto al hombre y en hombre, me dijo ésto, que me causó extrañeza singular: "El trabajo es un acto de fe". Bien visto, el único animal que trabaja en el sentido técnico es el hombre; porque en el divino y superior nadie trabaja con más sabiduría que la Mamita Khisimira, la cual no requiere de fe alguna para ello, pues ella es la fe viva, con patas, óvulo y una maravillosa conformación nerviosa. Ese "creer" es lo que hace del hombre una manufactura histórica; por lo que la historia del hombre es la historia de sus credos, a costa del animal que es. O sea: del hombre contra el hombre.

Hay aquí, sin embargo, una verdad abismal que sacudirá los fundamentos de las fantasmagorías humanas. La historia del hombre, la verdadera, debe arrancar del hombre en cuanto animal, para que la historia del hombre sea la historia de su alma; y sólo así adquirirá presencia intemporal en el Universo. La historia es decurso de la materia.

Todos los teólogos, y Agustín, sobre todo –con razón llamado el padre de la Filosofía de la Historia– sostienen que el hombre es en cuanto en él actúa un soplo divino, en faltándole el cual cae en negación, animalía, vacío, pues para ellos, como para los socráticos, y no menos los postsocráticos, el hombre no es animal. Y lo espeluznante de la construcción ilusa es que esa divinidad es sólo una hipótesis, y como tal reconocida por ellos.

Explique una mentalidad crítica el símbolo que representa el Cristo cuando extrayendo de cierto infeliz endemoniado temible legión de espíritus infernales (legión de almas torturadas) la vierte en una piara. Dice dos cosas: que el Cristo nada tiene que ver con la teología cristiana y que el alma de la bestia es el alma del hombre; que el alma de la bestia puede aposentarse en el hombre, en armoniosa afinidad vital; que el alma del hombre puede radicar en la bestia, la flor o el guijarro.

La mitogénesis revela su unidad con el animal. Símbolo vulturino de Zeus, el águila; el carro ígneo de Elías arrebatado al cielo sobre el lomo de cuatro hipogrifos; el padre de los dioses tomando cuerpo de Cisne para fecundar a Leda; el caballo Quirón, el más sabio de los Centauros, "maestro de los grandes hombres de Grecia"; el buey Apis, los Asivinos, Anubis, el Koo-Khená... Comprendió que la naturaleza viene de interrelaciones y creó el Hipormimeco, formado de caballo y hormiga; el Leconóptero, de legumbre y ala; el Psilotóxotes, de pulga y arquero... Pasifae recibiendo la semilla de Neptuno (el Océano) es madre del Minotauro, que pensaba como un filósofo kantiano y arremetía como una manada de búfalos. La calígene Apocalíptica es el retablo convulsivo de la bestia en funciones trascendentes.

Creaciones todas de una mentalidad infantil, por tanto, profunda, que vienen a descubrir otra tremenda realidad. Y es la de que el hombre cuanto más niño más apto para reflejar las viejas razones de la vida; y que esas razones alcanzan mayor actualidad en relación inversa al presente histórico.

¿Podrá explicarse algún día por qué se simbolizó en una ovejuela sin alma la divinidad pascual del mito cristiano? ¿Y por qué para que los ángeles pudiesen trasladarse de las esferas del Incognoscible a las del Conocimiento, se las proveyó de alas de avutarda? Esto induce a

creer que el hombre reconoció en todo tiempo la superioridad de la bestia; sin embargo le negó razón y le niega alma. ¿Te escandalizaría, Lulú, si te dijera que el Arca Santa de los hebreos es una representación mitográfica de la vulva del ovino? El por qué Arón sacrificaba principalmente becerros frente a ella, se ve acá de manera sugestiva; pues revela que así como la bestia es el fimbria umbilical entre Dios y el hombre, es también el fundamento económico de sus mitos. Ciertamente, la mentalidad del dios mosaico no es teológica; es ganadera, y por tanto bélica. Por algo se hizo llamar Dios de las manadas, o Ejércitos.

Los valores políticos y filosóficos del hombre deben edificarse dentro del animal, y no fuera de él: la humanidad ladraría, pero sería menos ridícula, y, sobre todo, menos cruel.

* * *

—¡Oh, Capitán, **Mi Capitán!**...

Tremulaba mi raboncito, mientras Lulú —perfil de figulina en alabastrino pelaje, que asperjaran alquitranes de abeto— besaba con mieles el amado y canoro hocico.

—¡Oh, Capitán; maestro de maestros!

En la inmediata sesión de la Necrademia tomé la palabra.

—¿Y qué otra cosa —dije— es que nuestros antepasados se reunieran en clanes bajo el patrocinio totémico de sus animales; por lo que tenemos entre ellos linajes de Kunturis, Mamanis, Pumas y hasta Añas y Khataris? Y esto quiere decir que en la ultrarefinada Europa hayan desaparecido los patronímicos animalescos. Ah, mi Capitán: el hombre es más que una parte de la bestia; y la más débil. Lo sabía bien el rupestre y persiguió otra cosa que hacerse fiero. Su colmillo se llama puñal. Buscó hacerse soberano y hermoso como las fieras, y cuando su palabra se alumbró con una metáfora, dijo: "Ego sun"; y eso quería decir sino: ¡Soy rugido! Porque el felino es "Ego sun sun". Así, en el camino metafórico, que es el camino de su lenguaje, el hombre estuvo siempre más allá de sí mismo, en más que hombre, para ser; y en más que hombre está cuanto fiero y bestial es. Su poesía se hizo de las ferocidades majestuosas del león; de las argucias de la divina astuta: la

serpiente; del arrullo de la tórtola... Tenía que engendrar en la bestia y le nació el Chacha-puma; en el Khawra de lujurias salvajes, y sobrevino el Koo-khena, el hombre con cabeza de auquénido; un día se engrandecería en el Puma, se valorizaría en el oro, y ha engendrado al Khorí-Puma; robaríales al oro el rayo y la fertilidad al agua para reinar por los siglos de los siglos, y ya esplende en el Cósmos el Khorí-Challwa... ¿Los hombres con cabeza de Kuntur y de Puma, de las simbologías matriarcales de Tiwanaku, qué son si no el reconocimiento de que el hombre se integra en la bestia, o de que es sublime en ella?

Algo más: el aymara —y otros grupos del dominio Inkaiko— llevó el amor del hombre a las entrañas del felino elevando su cópula a expresión estética; y habrá que lubricar el seso a nuestros exégetas para que incursionen en los sentidos internos de la erótica india, en aquellas de sus arcaicas manifestaciones, seguros de que encontraremos raíces de la plenitud de la vida en su poesía, si ella fue emergencia de grupos humanos libres aún de vectores patológicos.

De esta edad puede decirse, oh, **Mi Capitán**, que fue la bienamada del hombre; y que cuanto en él hay de ternura y lirismo de ella procede y le fecunda. Si bien se ve la lengua del hombre en nada pertenece al hombre; por lo que el estudio de sus ideografías acaban al último en simples zoografías. Cómo nó: si llega a darle preferencia sobre sus propios hijos, conduciéndose con la misma impropiedad que el Dios del Oreb, que en el trance de elegir entre el holocausto de un niño candoroso como Isáac, prefirió la candorosidad de una ovejuela.

En Ituata, diminuta hata de estas orillas, se dio caso muy particular, que, sin embargo, permite generalizar una modalidad psíquica.

Lo recordaré. Al tiempo que su toro preferido, un barroso de testús como una montaña, enfermó y con igual gravedad el hijito de un hake, quien, como le resultaba obligatorio, consultó el caso con el Laykha. Y éste mediante revelaciones de la Mama-Kuka determinó que el Achachila del Titikaka tenía hambre; por lo que para satisfacerle había que dejar morir al niño o al Miura. El hake sacrificó a su hijo. Las alternativas del hecho se pudieron conocer en su espantosa significación durante el proceso judicial a que diera origen, pues demostraron que el hombre aquel no había sacrificado a su hijo por

avaricia, sí por la ternura con que algunos hombres miran a los animales. Por algo en nuestros humildes bohios andinos es donde se puede encontrar aún quienes lloran cuando ven sufrir a sus animales abatidos por enfermedad.

Bellos ejemplos, maestro querido, que nos muestran al hombre no divorciado aún de la bestia.

Entre nosotros quedan quienes sienten las ocultas relaciones eróticas que unen al hombre con el animal y son capaces de desear su posesión. Los acoplamientos del hombre y la khawra lo dicen en forma explícita.

—¡Ah, lucífero Satán: así es; así es, hermano!...

—La mujer que se estima no permite que su marido haga viaje solo si debe llevar llamas hembras; tendrán que ir la hermana, la abuela, la suegra, o la misma esposa, acompañándole. Y en el sigilo del hogar se ha de precaver contra los asaltos de los mozos fértiles que desbordan de su naturaleza de hombres y persiguen a la khawra con ansiedades casi obsesivas. La cuentística india (verbal) recoge estos casos en formas tan originales, que yo sólo tengo que lamentar mi descuido por no haberlas anotado debidamente. Y es que el gentil animal posee atracción irresistiblemente genésica para el corazón del hijo legítimo de América. Yo te digo, ¡oh, mi hermano y mi maestro!, y muy sinceramente, que hay que ser perro de veras para no zozobrar en esos casos; si la hembra del Khawra tiene picardías de mujer selvática, la escenografía que el feo Keyserling descubre como lo más primitivo de nuestras mestizas y como lo más exquisito de la hija de Cosmópolis, unos embrujamientos pupilares dignos del más académico ahogo romántico. Y qué andares, qué donosura, qué garbo... Y qué gracia de doncellez la de su intocada y garrida primavera.

No por otra causa el genitor de la manada en el período de la copulación permite presencia de hombre alguno cerca de su gineceo que no le arremeta a dentelladas y escupitajos. ¿Y eso sólo el runahake? No. Por las estribaciones de los nevados me señalaron cierta casita semiperdida en la montaña. "Ahí vive el marido de las llamas", se me dijo. Tratábase de mestizo aindiado que según el veredicto del pueblo indio hacía vida marital con sus animales.

¿Quién, ante estos hechos, hermano Capitán, dudará que a poco se frieguen los pigmentos de civilizado del hombre no surge la bestia y que si no son bestiales los pecados, o errores, que se le reconocen, buena señal son de que de la bestia viene y que es la bestia quien se duele y deforma en él?

* * *

Lulú desgranó el rosario de su ladrido.

—Caramba... Ustedes se han propuesto escandalizar a esta dama —dijo—. A mi vez he sido testiga de los amores de una perrita con cierto idiota infeliz.

—¿Perro?

—Entre los perros no hay idiotas.

—¿Que la idiotez, como la metafísica, son entonces privanza del hombre?

—¡Guay! ¡Guay! ¡Guay!... Referiré el caso, si lo quieren.

—¡Lulú, por Dios! No quisiera verte mezclada en historias sicalípticas...

—¡Jesús, querido! A veces me resultas un papá pacato y conservador.

—No es eso, linda mía. Que los perros intelectuales derrotemos hacia esos planos viscosos, por intelectuales... Pero tú... Quienes te lean en papel impreso —y de lectores malintencionados está empedrado el patio del hombre— creerán que te vales de otro personaje para referir tus amorcillos. Ay, cuando ustedes, las hembras, se ponen a ladrar por su cuenta son temibles. No dudo que esa historia sea interesante, aunque no estará bien en tu lindo hociquito...

—Pero sí que estará de perlas en mi linda orejita, ¿no?

—Por qué no la dejamos para mañana.

—¿Con celitos, ahora, adorado?

—Para mañana, nó —intervine—; que para mañana les reservo una sorpresa.

—¿Cuál?

—Lo verán. Cuando me referí al amor del hombre primitivo, o arcaico, por el Puma, me acordé de un sueño de que fui personaje si no

principal muy cerca de tal honor. Que diga su historia Lulú: no la desconsolamos. Y mañana oirán mi ladriloquia de los siglos. "El Ego en el Mundo Primitivo". ¿Es larga tu historia, Lulú?

—De ninguna manera... Este Capitán; yo no sé... A ratos me desilusiona... Nos tomará un par de ladridos cuando más.

—Si ha de ser causa para que así me maltrates, Lulita mía; pues rompe ya a cantar: te oiré sorbiendo las mieles de tu lengua...

Y, fijos los ojos en el risueño y condescendiente hocico de su amado, la encantadora perrita ladró.

—¡Guau! ¡Guau!... El caso es de amores; no olvidarlo, señores míos. Amores con todas las gradaciones conyugales del amor... "Señorita" era una perra alta, huesuda, de pelo blanco sucio. Y su amor, Liandrito, un mestizo blanquizco, cocinero de oficio y borrachín por viejas y sólidas convicciones. Que entre ellos había matrimonio, no hay qué hacerle. "Señorita" no velaba su morganática conyugalidad, supuesto carecía de toda idea de inmoralismo humano, o divino; que una de las dos cosas tiene que ser la inmoralidad. Cuando Liandrito retornaba salía a su encuentro, parábase cuan alta, lamíale el rostro con la pudicia de matrona que besa a su marido; y, luego, hociqueándole en las rodillas le seguía hasta la cocina. (Ay, mi pobre "Señorita"; si supieras que tu ama es ya una perrita como tú). Pero si la pobrecita hacía algo más tierno aún: de los mendrugos que la echábamos reservaba algunos y cuando Liandrito entraba en su cuartucho iba por ellos y se los ofrecía con una gracia enamorada... Pobrecita... En las semanas del celo no se le separaba, menos permitía que perro alguno la olisqueara que no le acometía a mordiscos. En una palabra: cultivaba castidad conyugal que pocos cónyuges civilizados suelen observar. Estaba mi padre disponiéndose a mandar a Liandrito a un instituto correccional, o al manicomio; pues a su juicio se trataba de caso de educación deficiente o mal dirigida, o de animalismo. Y el pobre, como si lo hubiese adivinado, una mañana amaneció sin vida. ¿Le lloró su madre, que vivía entonces? Le lloró, y aulló, por muchos días el infeliz animal. Para mí a Liandrito sólo le faltaba ladrar; como a "Señorita" el ladrido le resultaba enojoso. En cuanto a lo otro, amigos míos, el hecho era indiscutible; y yo lo presencié más de una vez...

Capitán sentenció:

—¿Humanización de la bestia? ¿Bestialización del hombre? Nada de eso. Sólo la bestia, integral, en las manos de su Divino Creador.

* * *

Al siguiente día nos reunimos más temprano que nunca, alegres; si habíamos acertado con cenital de la aldea cuando los simpáticos mozos del "Hotel de los Tordos" echaban el desperdicio de la cocina.

—La bestia —dije, erupcionando; y apenas si había probado el "Menú"— está dentro, en los intersticios de la estructura humana; y unas veces puede como otras no puede. Que hay hombres y mujeres (entre los de rancio linaje) inferiores a la bestia, es cuestión que pocos ponen en duda. Por lo que a mí hace de contadas manos que estrechaba sentí que pertenecieran a seres, superiores nó; pero al menos semejantes a Thumos y Gorjo.

En mis ojos se desplegó angustiosa lontananza y en ella mis viejos amores fallidos.

Temblábame el morrudo apéndice.

—La bestia no ha sido extirpada del hombre —dijo Capitán; que adivinaba mis perrunas nostalgias.

—Y yo agregaré, —y en efecto agregué—, que en sueños suele vivirse la tentación de la bestia en formas lacerantes...

Me dolía. Callé.

—¿Por qué vacilas? Parece que en ti alguien no sólo ladra, Satán; sí que muerde. No vaciles. Ya se puede hablar en serio del documento que suministra el subconsciente; pues desde los filósofos presocráticos a Freud, se admite que sus manifestaciones, y el ensueño sería una de las más caracterizables, revelan la presencia de gérmenes, o larvas, de vidas anteriores, o interiores, que es lo mismo; los cuales bajo la acción de ciertos estímulos elaboran imágenes intelectivas o cinéticas. Conque, refiérenos tu sueño, grato Satán.

Vencido apenas el calambre que me extenuaba, dije:

—Bien. Implóroles no dudar de su autenticidad por la envoltura pesudoliteraria en que se contiene. Y para ello no olviden que es el ensueño de un perro con preocupaciones estéticas, acaso estéticamente poseído por la angustia original, a mi juicio matriz de toda idea estética.

Como les tengo anticipado lo anoté con el título de "El Ego en el Mundo Primitivo". Leílo tantas veces que se ha impregnado en la memoria, donde permanece todavía. Hagan ánimo de oír un poema; que el ánimo del que oye viste sedas o brocados a la poesía, o la despoja hasta del fundillo, dejando su triste hueso a la vista. Ninguna ilación científica encontrarán en él; si no se trata de documento válido etnológicamente considerado, ni creo que la Onirología obtuviese mucho tampoco. Es lógico, arbitrario, absurdo; tremendamente humano.

—Ya, ya, Satán, prolóquico —me atizó el sabio amigo—; que nuestra impaciencia se acrecienta.

Y ladré con voz que me recordó la palabra de Thumos.

* * *

EL EGO EN EL MUNDO PRIMITIVO

Cargado de nubes, que más parecían formaciones pétreas, babeaba el cielo con la salvaje urgencia y la misma candidez de la bestia que se dispone a amar. Los hombres nada ambicionaban que no fuera arremeter sobre las grandes fieras y dominarlas por la astucia o por la fuerza. Los rayos del Sol caían a plomo en una tierra fangosa de la que se desprendían constantes vaporaciones putrefactas. Avanzando desde las cumbres sombras gigantescas se proyectaban: eran las bestias terciarias que descendían en busca de linfas ocultas en las malezas. El hombre cuaternario, que dejara de vivir en los árboles, había invadido las cavernas; si algo cocinaba ya, pues poseía el fuego, prefería la sangre y la carne crudas, si bien por lo general seguía alimentándose con frutas y hierbas. Concebía vago sentimiento de propiedad; la hembra —suya o de otro—, que parió al hijo, adquiría valores en su vida; así mismo el hijo despertaba en su conciencia voz, débil aún, que venía de ancestrales estratos. Tirábase desnudo en las márgenes de los ríos, por cierto que como actitud de reconocimiento, o adoración, al astro, acaso porque así sentía más benefactora su tibieza. Nada parecía diferenciarle del saurio, al que miraba como a viejo pariente.

En la masa de ese clan, o intención de clan, de hombres de mentalidad rudimentaria, se destacaba uno a quien llamaban **Achokhallo**, mozo de fuerzas hercúleas con las que nadie fue capaz de rivalizar; razón por la que se le temía, o admiraba, o ambas cosas; si aún hoy la admiración ha superado las formas de asombro o terror; y porque temían a la bestia fueron haciendo de ella naturaleza divina. Achokhallo era mudo; mas si le faltaba la misma elemental palabra de sus hermanos, poseía algo de que aquellos carecían: la aptitud para reproducir imágenes de animales, árboles, el perfil de las montañas, grabándolas en piedra. Fue así mismo el primero que persiguió domesticar a la bestia y en este su oficio días de días solía desaparecer en el bosque.

Cuando el megaterio husmeaba por los contornos en busca de árboles de hoja tierna, y el terror poseía a hombres y mujeres, se reclamaba su presencia con gritos cuyos ecos rebotaban de montaña en montaña. Buen tiempo há el joven mudo inventara la flecha; era una flecha arrojadiza que parecía lanza y a la cual dedicaba todos sus amores, proveíala de una cada vez mayor agudeza y resistencia, hasta que al último la dotó de púa de pedernal, con lo que se hizo de arma temible y eficaz para atacar a los feroces elefantes peludos que eran muchas veces mayores que él. Así, cuando la flecha se había incrustado en el gigantesco corpachón y la veía zozobrar caía sobre él y le molía el descomunal cráneo con su maza de piedra. De esta manera comenzó la gran batalla misteriosa del hombre contra todo aquello más fuerte que él. Hizo de la fuerza su fin y él se consideró objeto de la fuerza. Quienes temblaban ante las bestias feroces, y las huían en manadas despavoridas, se detuvieron desafiándolas con la flecha de Achokhallo. El joven mudo parecía un dios en el clan. Indudablemente era la semilla del dios, puesto que fue el dominador de los amos de la Naturaleza.

Pero en Achokhallo se descubrían actitudes misteriosas, poderes o condiciones, no comunes, de las cuales su mudez era una, como otra, para mí inexplicable: su indiferencia con las mujeres. Achokhallo no engendraba en las hembras de su clan; y éstas enloquecían ante él, con pavor o rendimientos sexuales.

Yo en el sueño me decía:

—Bien veo que Achokhallo es eterno, y no necesita reproducirse. Su catedral es el bosque; su mujer la tierra.

Ya estoy introducido en el sueño. Pero es de saber que no era en él uno de los hermanos de Achokhallo, sino espectador que ni siquiera tenía corporeidad. Mas, ignoro por qué extraño poder sentía a ratos vivir con él, en su cuerpo; y no pocas me parecía mirar con sus ojos y grabar la piedra con sus poderosas manos.

—Ire con él al bosque. No será poco sublime verle allí —me formulaba este propósito.

Si en presencia suya le observaba con el mayor cuidado no encontraba que algo le diferenciara del hombre contemporáneo; su "impresionante musculatura no parecía más recia que la de cualquier atleta de nuestros días"; no así sus ojos y su —por ser suya— extraña desnudez. De ésta se desprendía rebrillor de cobre bruñido y aquellos no parecían humanos. Eran vidriosos y cambiaban de color con la velocidad de sus estados de ánimo.

Dos ideas vibraban en mi cerebro con la pulsación obsesiva del latido:

HAYLLI

¡Veo la tierra
salida del caos!
¡Oh, tierra,
bárbara y amada!

Sentía, en efecto, que esa tierra me era entrañablemente amada.

Un día acompañé a Achokhallo a la entraña del bosque.

La destreza con que avanzaba, rompiendo zarzas, juncos lianas, trozando ramazones que se interponían a su paso, la agilidad de sierpe con que se deslizaba por entre los matorrales, era espectáculo de dinamismo sobrecogedor. El bosque que presencié entonces no carecía de libertad de movimiento. En mi presencia, como si se distendieran, crecían las plantas, los árboles recogían y alargaban las ramas; aquella

tendíalas como patas de ciempies monstruoso, para luego cerrarlas implacablemente, atrapando aves, reptiles o mamíferos descuidados. Mil cataratas que vuelcan millones de toneladas cúbicas de agua bullente no producirían el insoldable estruendo de la sima. Todo envuelto en sombra germinal, anegado por hedores asfixiantes, era sacudido con temblores cósmicos.

Ni en alma de perro ni de hombre he estado en bosque alguno. Pero, las imágenes de ese sueño, que no se borran aún, me dan la certidumbre de que no solamente le conozco, sino que le he trajinado y vivido en él.

Cerca a un manantial, Achokhallo se parapetó en la maleza. A juzgar por su inmovilidad parecía absorto; aunque sus ojos espiaban con lúbrica inquietud en el pequeño sitio despejado en cuyo centro la pupila de agua despedía reverberos. Fue entonces que observé con mayor detalle cómo sus ojos cambiaban de color; y que bien podría estudiarse si a las mismas reacciones obedece el que la fiera que espía su presa delate sus aprehensiones, emociones, voliciones, con el cambiante colorido de sus retinas. En cuyo caso tendremos que convenir en que algunos animales —y el hombre entre ellos— poseen lenguaje que se expresa en los ojos. Los de Achokhallo ya eran púrpura, verdes, azules, opalinos, en sucesión vertiginosa y relampagueante. Y eso era Achokhallo en todos sus actos: Relámpago.

¿Cuánto tiempo pasó en esa vigilancia? Quién sabe. De pronto percibí crujido de hojas, vi ramas que se agitaban, y, luego, agitando el rabo con movimientos no exentos de gracia, apareció una musculosa Puma. Iba a inclinarse al manantial, pues a las vistas había salido en busca de agua, y se detuvo, recelosa, irguió la cabeza, olfateó ruidosamente, manteniéndose en esa posición no corto rato. Parece que nada extraño llegó a observar, si, seguido, procedió a saciar la sed.

Entonces...

Achokhallo se disparó como un venado: tales fueron su rapidez y violencia. Atenazó la parte trasera de la bestia, que, al sentirse atrapada, tembló, lanzó feroz rugido, se curvó en un latigazo, y dispuestas a hundirse en su enemigo le brillaron las filudas y aceradas garras. Inútiles esfuerzos... Los brazos de Achokhallo eran metálicos; el forcejeo demoníaco; escalofriantes los rugidos; la mudez y el gesto del

héroe feroces y sublimes. Vencido, finalmente, se derrumbó el animal; dobló las patas y acostó la cabeza en el suelo. El dominador hundió entonces el mentón en la pelambre, a lo largo del espinazo, y frotó con movimientos de no sé qué mágica eficacia; que el furor de la hembra fue cambiando en entrecortados gemidos, hasta que al último se levantó, no sé si poseída de miedo o deseo; en todo caso su hipido ya parecía tierno.

Lo que luego vi fue tan pavoroso que en el mismo sueño temblaba ante el temor de despertar y perder la divina, o diabólica, visión de que era espectador exclusivo. La conmoción que me sacudía me daba la certidumbre de que todo era sueño, y nada más; pero la grandiosidad del sueño me obligaba a saberle realidad que salía de lo profundo de mis huesos. No desperté.

Achokhallo poseyó a la bestia con rudeza de bestia; y ésta gimió y gruñó, acaso porque ese descomunal sujeto era en su entraña un rugido que la hacía feliz, enloquecida por el miedo.

Qué espectáculo: imagínenlo quienes puedan.

Yo grabé en piedra la hazaña de Achokhallo.

Del suave terciopelo de la altura, descendiendo a la manigua, la solana infundía al paisaje modulaciones sinfónicas hasta llegar a los hervores verdes y estruendosos de la selva. Todo era inmenso; y yo mismo, enredado en los nervios de Achokhallo, tenía el espanto de un dios.

Sordo hervor germinal subía de ese ovario del mundo.

* * *

Después de momentos, que parecían **mementos**, en que sólo se oía el fatigado resuello, Lulú, picaresca e intencionada, me dijo:

—¡Qué feo y qué hermoso, Satán!

Enmudecido temblaba mi maestro; y clavando en los míos sus ojos, lleno de temblor...

—¿Eres Achokhallo tú, Satán? —me preguntó.

Y yo, como el niño que es sorprendido en pecado, resistiendo el temblor de su mirada, repuse:

—Perdóname, sabio hermano: soy Achokhallo.

* * *

—¿Thumos? ¿Has olvidado a Thumos? —me preguntó Lulú.

—No le olvidaré, hermanita —repuse—: dejemos ya la zona en que la vida es sueño, y pasemos a la otra en que el sueño es vida. Allá está él. Mañana levantaremos la piedra de su tumba.

* * *

Pero... Hacía más de una hora que esperábamos la llegada de Lulú, que, a mediodía, no sé con qué fútiles pretextos, nos había dejado; y no daba muestras de aparecer. Capitán estaba nervioso en forma extraña.

—Con tal que no sea lo peor —decía.

¿Qué podía ser lo peor? ¿Que la envenenaran? Un perro que ha sido humano conoce las telarañas con que los hombres atrapan sus pecados y microbios; y no es quien trague el anzuelo cándidamente.

—Convéncete, Capitán —le consolé—: Lulú no pasa veneno ahora ni con agua bendita.

Los hechos me dieron la razón. A poco, con media lengua afuera apareció Lulú, dirigiéndose a nosotros en galopito galgo.

—¿Qué te pasó? —fue la angustiada pregunta de Capitán.

Ella tartamudeó un poco, se atropelló en los chapines de su ingenio de hembra, y, finalmente, nos dio a comulgar las ruedas del molino. Capitán quedó satisfecho y feliz por que nada grave le hubiese pasado. Pero a mí no me convenció. He amado demasiado al perro y comprendido bastante al hombre para ignorar de qué pata cojean las perritas. Aquí todo lo que había era que Lulú sentía hinchársele los labiecitos; y que muy pronto nos daría ajo qué morder. A esta doncella el amor la ha tocado con su varita mágica. Eh, qué hacerle. ¡Guau! ¡Guau!... Así es la vida...

—Bueno —dijo—; he venido por Thumos. Comienza. Ay, Satancillo: des que lo haz introducido en nuestro interés hago más que pensar en él.

—Si no serás romántica, Lulú —la dije con cariño—. Vamos, pues; adelante...

Y ya iba a comenzar, cuando apareció un viejo cachimbo blindado contra el frío con tres o cuatro frazadas; y antes que nos echara a palos obtamos por hacernos humo.

—Ya ves —dije a Lulú, mientras corríamos por callejuela que hacia los arrabales escurría la aldea—: sin esos compromisitos ahora Thumos estaría con nosotros.

Dormimos en cualquier parte. Y es preciso dejar puntualizado aquí que los perros que fueron humanos no somos tan nictálopes como los perros que alcanzaron la pureza. A nosotros las sombras de la noche nos tornaban ciegos y el sueño nos aporreaba más que al hombre el hambre.

* * *

A la siguiente noche se inauguró la Necrademia muy temprano.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!...

Ladré tres veces.

—Levantemos la piedra de este sepulcro, de un nuevo sepulcro; pues nosotros hemos nacido para vivir a los muertos, hasta haber materializado la certidumbre de que en nosotros viven los que jamás murieron y nos viven. Levantemos esta piedra, que ya llegan los ladridos de un amigo sabio y generoso impaciente por roer del mendrugo de nuestra alma y ladrar como nunca habló la amistad en el hombre. No ha sido necesario le llamáramos, si tan pronto la piedra fue levantada, emergió, entre ahogados estertores (cuánto ha debido afanarse para llegar puntual) el perro más hombre que nació de mujer: es un decir... Aunque luego al contacto con la luz su existencia galvanizada por el prodigio cobrara de nuevo la inmovilidad de la muerte.

Miradle. Ya le conocéis. Es él...

—¡Thumos!

Y, al oír nuestra voz, Thumos ladró. Es decir habló.

Thumos y yo teníamos un hijo, un hijo al cual no sé si yo o él adorábamos más. Pero cierto estoy que él cuidó y veló con más impaciente fidelidad, pues nada ni nadie habrían logrado separarle de su lado des el día que su trino electrizó nuestros oídos.

—¡Inká! ¡Inká!...

El hombrecito del ¡Inká! ya tenía ocho meses, ensayaba los primeros pasos, podía mantenerse sentado, era capaz de preferencias musicales y de imponerlas con **criqueos** y hasta con lagrimitas si su madre en vez de las piezas de su agrado se empeñaba en poner otras en el astroso gramófono; de manera que bastaba juzgar de su música para darse cuenta si sus caprichitos provenían de temperamento imperativo, o en ellos había comienzo de gusto musical. Por una razón primordialmente no me creo autorizado para decidirlo; y es la gran razón de que un padre sólo debe ver maravillas en su engendro, y lo menos que ha de juzgar es que en él le ha venido un semidios. Por lo cual a toda hora debe permanecer boquiabierto ante sus triquiñuelas, así en conciencia le suenen a dulces tonterías Guay si se le presenta la ocasión y hay quien le aguante y por modestia o Diablo de más o menos no refiera las hazañas de su hijo con la miel poemática de un Homero.

H A R A W I

Que haya quien te arrastre
a dudar, sin duda te lo creo.
Mas si la oreja pones en el punto
donde sus gustos toma el aire,
le verás fulgiendo en el aroma.
Mira que el Inka caer hizo
la usuta de oro en el sillico;
y lejos, para extraerla, de
meter la manita,
metió la planta. Y la dijo:
"Usuta y usutita: cálzame
"y alegre mi ardida khalapata.
"Cuando sientas que oprimes
"falange y falangeta,
"iremos por el mundo; tú
"la marcha; yo el que marcha.
"Y con gérmenes de oro sembraremos

"los ojos tristes de los hombres".

Y la usuta besó la planta de oro
y oro fulgió en el lodo de la vida.

Y, claro, como algunos de los que les oigan serán como ustedes mansos de corazón y de ojos khawrólatras, pagarán toda la razón a ese padre, diciéndole:

—Sí, tatay: qué nomás será tu hijo. Pero este llokhallo no ha venido por su gusto. Algo le han mandado a hacer... A ver, mirálo, cómo te mira... ¡Si no te pierde de vista y te sigue como si te fueses a escapar! ¡Guá, con esta guagüita!... ¿Quién se lo ha de robar a tu tata?... Dejálo que vaya...

Elake, como ustedes son khawrólatras, dejan la Presidencia de la tribu; hunden el rostro en las bayetitas de su yoka; sin que les oigan lloran a pedacitos... Y cuando las comadres protesten:

—¡Guá!... ¿Por qué haces llorar a tu tata?...

Los mojados ojos, volverán para explicar:

—No, mamay: fueron sus peditos...

Sin embargo, debo decir que atendiendo al armonioso fraseo de las piezas de su preferencia podía colegirse que estaba dotado de un gusto amable; pues así como chillaba con monsergas y ruidos casquivanos, por las melodías que le encantaban pretendía meterse en la caja melódica persiguiendo lo que el niño que metiera la patita en la taza. Paidólogos, psicólogos, pedagogos, habrían decidido que en Él se anunciaba una mentalidad analítica, temperamento emotivo y precocidad. Antigüedad, diría yo. Todo eso era, y más, para su padre, como para los amigos de su padre y amigos suyos (gentes humildes como el pan del pobre) era; y quienes no solamente le mimaban sí que le formaron capilla mágica en la que pontificaba el Laykha, daban ley pinkhollos, phusas, wankharas y charangos. Y si Thumos hacia el sacerdote, el Ungido era el hombrecito del ¡Inkál!, como su padre el motete del mote.

Le bastaba tener a Thumos en su delante mirándole con ojos inagotables para sentirse absoluto. Nada parecía faltarle; aunque bien a

las claras le contaba segundos que entre ellos faltaba aire el aire del Khorí-Puma.

Capitán me interrumpió:

—Thumos no sólo miraba al niño, como tú crees, Satán. ¿Quieres describir a Thumos? Hasta ahora no lo has hecho; y sólo sabemos que era lobo. Ese linaje es relativamente moderno, si yo sé: lo ha creado el hombre mediante cruces del perro de ganado y el enemigo del ganado, con resultados en muchos casos sorprendentes. Tiene el olfato del perdiguero, la velocidad del galgo y, acrecentada, la ferocidad del bulldog.

—Agrega la inteligencia de todos ellos. Thumos era un lobo sin lanas; y si no se acusaran en él tanto las características lobunas, habría parecido un **bull-terrier**. Soy poco versado en canilología; pero sé para mí que el perro-lobo tiene origen en Irlanda y viene del cruce del lobo y el danés, al menos el lobo a cuya dinastía afiliaba Thumos. Era alto, membrudo, pelaje café oscuro, brillante. Alas de una mosca que le rozaran ponían sus nervios en tensión tal que tremulaban bajo el cuero. Ah, pero si su inquietud extraordinaria, su capacidad para las levitaciones no era menor; pues cuando yo, o mi chico, nos abstraíamos en algo, él, con inmovilidad estatuaría, permanecía delante hasta que perdía peso y se elevaba... En cien millas a la redonda hubo perro que le parara; si, malferido, brutalmente rota la carne, jamás dejó a su contrincante sino cuando le tenía bajo las patas derrotado. Que sabía vencer como el caballero templario, no lo duden. Era de los paladines sin mácula y sin tacha... Y más no me pidas, Capitán; que este panegírico puede darle otro curso al relato.

—Ya te demostraré que Thumos no solamente miraba al niño: le adoraba.

—Sí, Capitán, **Mi Capitán**: nacimos para adorarle.

—Sigue, sigue, tierno Satán.

—Sin dar valor alguno a los juguetes que le habían llevado sus amigos —proseguí—, cierta vez pasó dos horas (contadas reloj en mano) con un copo de algodón, haciendo nubes. Temblaba creyendo verme frente a un dios-niño que educaba a los cándidos habitantes del cielo para que cuando fuese un dios-hombre supiesen cómo debían conducirse. Y ya eran cirrus o cúmulos, astros o nebulosas, que a su

alrededor evolucionaban y El seguía con misteriosa ansiedad. ¿Era el enternecido ciclón, Capitán hermano, dirigiendo el viaje de las nubes? Pregúntate, si el niño encontraba en ese juego entretenimiento acorde con su vivacidad imaginativa, ¿qué el viejo Thumos para seguir con igual porfía las alternativas de esa cósmica que tenía como eje los ojos de su niño? Ah, el hombrecito del ¡Inká!

Bueno; ya va entrando el bobo en su caldo, y si no le ponen atajo acabará haciendo un dios del hijo de la musaraña. Allí había un niño que acusaba voluntad tenaz e imaginación creadora. Y todos los niños son como Él.

—Tampoco estoy de acuerdo. ¿Cómo se llamaba tu hijo? Generalmente —y de esto sabe tanto el hombre— el nombre que se da al niño, es el mismo niño quien lo dicta.

—Unos que Chío-Khori; otros, que EL PEZ DE ORO...

—¡Hum! Pero tú qué nombre le impusiste...

—Ninguno, maestro. ¿Qué nombre dará el perro a su dios cuando se derrumba en el arrobo? Le llamaba con un ladrido, o, por su cuenta, le nombraba mi lágrima. Para que no le confundieran en el frangollo, que le llamaran "El Indio", rogaba.

—¿Y por qué el indio?

—Verás. Si una mamala le acariciaba, así acabara de conocerla, se lanzaba a sus brazos; mas si una emperifollada damisela lo hacía (paréntesis aparte, mi yoka era... Bueno, repréndeme, Capitán; que la ternura puede hacerme vanidoso); si una damisela quería hacer otro tanto, digo, y la melosa terqueaba porque el hombrecito se dejara besuquear, chillaba; y muy en serio. ¡Guay si le llevaban a las playas donde las comparsas de phusiris arman la jarana con sus saudosas ristoleras! Nada habría que pudiese alejarlo. Y, seguido de Thumos, con Él se tenía que ir sin descanso y con la resignación a cuestras por calles y plazas hasta que la noche caía sobre el poblado. Sabía que en esto revelaba el imperio de una ahayu; sentimiento del cósmos americano; el mucho de su madre y el todo de su padre.

He aquí, por qué, Capitán, **Mi Capitán**, le llamaba:

¡El Indio!

Pero, ya entramos en el Laykhakuy; y acá sólo quedan las Wayñusiñas y sus pekhañas.

—De lo que después refieras nada me asombrará; si vivías en plena marejada mágica, y cada uno de tus pasos te insumía en el incendio. Que Thumos acabara teúrgo fue consecuencia inevitable. No supiste verlo. Cuando Thumos miraba al niño mareando entre nubes oficiaba rito de cuyas proyecciones acaso ahora mismo podremos tomar cuenta. Descubro insondable miraje —comentó el penetrante perro.

Lulú era dos ojos anhelantes.

Proseguí:

—Cierta domingo de irritado sol me dejaron a ver del hombrecito y de una pequeñuela, en tres o cuatro meses mayor que Él; pues sus madres salieran a proveerse bastimentos para modesto aptapi con que celebrarían su encuentro me parece que des la edad del primer diente.

Afeitábame, mientras la niña chillaba sin pausa. Pese a sentirlo, fui poco pacienzudo para estas gimnasias. El fastidio incubaba.

—Indio: cuán incapaz tu padre —le decía— del poder de concentración que revelas.

El hombrecito, con el ¡Inká! y un periódico hacía alitas que echaba a volar, como otrora nubes (alitas con que Thumos daba sus cabriolas), y de la niña y de su llanto, a pesar de tenerlos casi a mano, parecía enterarse. Me cegó la impaciencia y alzando a la pobrecita dila tal par de manazos, aunque (lo juro, Capitán, **Mi Capitán**) no fue mi intención, seguramente con violencia. ¡Santo cielo, en qué hora fue! El llanto de la pequeñuela se tornó el chillido del chivo que desuellan vivo. Me asusté. Pero ya el hombrecito del ¡Inká! se había arrastrado hasta donde estaba la llorona, la protegía y la besaba.

Thumos ladró tres veces.

Tres veces ladró la Bestia.

El hombrecito me miraba.

Perro, perro: el divino esqueleto de EL PEZ DE ORO te miró... Han pasado diez años y el hombrecito del ¡Inká! no deja de mirarte.

¡Capitán, **Mi Capitán**: qué ruin andrajo es el hombre!

Me sentí el mayor de los monstruos nacidos en la tierra.

—¡Qué hermosura, Satán; qué hermosura de perros!

* * *

—Esa noche el noble Thumos me daría la más severa lección de que nunca fue capaz la mentalidad humana. Soñé que el perro Thumos era yo; y que yo era el perro Thumos. Es decir, el perro Thumos es el hombre y el hombre fue el perro.

Thumos se afeitaba, mientras yo, apoyadas las patas delanteras, hipnotizado por sus diligencias mentales, miraba al hombrecito del ¡Inká! Toda vez que Thumos me miraba, su cara era de perro; y cuando le miraba yo, la mía de hombre. Así, pues, por momentos el perro tenía rostro de hombre y el hombre rostro de perro. Mejor procedimiento para hacer accesible la lección a un topo habría encontrado el más agudo educador.

La niña no cesaba de llorar.

—¡Qué "niñota" ésta! —gruñía yo—. ¿Por qué no aprende del hombrecito y en vez de chillar te ocupas en hacer alas?

Y es que en el sueño el hombrecito del ¡Inká! había llenado la pequeña habitación de universo de alas de papel, y yo, y Thumos, dentro ellas nos sofocábamos y debatíamos. No sé, además, por qué Thumos y yo dábamos el trato de "niñota" a esa pequeña. Sus chillidos me taladraban en tal forma que, en hombre, acabé por ladrar desesperado.

Entre tanto Thumos se afeitaba. Y cuando el llanto de la niña era más angustioso: lloraba la ausencia de su madre, el noble amigo dejó pacientemente la hoja de afeitar (yo la había arrojado al patio) y saliendo de la habitación se dirigió a los jardines para presto volver con un ramo de rosas.

—Ya, ya, niñota: no llores —la dijo sin lagotería—. Mira: qué lindas flores te he traído. Estas flores no saben chillar... ¡Tú eres más linda y buena que ellas!...

Tornó a afeitarse; la niña a ahincar su llanto; Thumos a marear con su hijo. Y el Thumos que no era yo, a dolerse con la niñota.

—¡Por Dios, hermosa niñota: qué es esto!... Mira: el hombrecito no llora porque su mamá haya ido al mercado. Vendrá muy prontito la tuya... No llores...

Y, llevándola a los brazos, se puso a bailar en la habitación con tan sencillo gracejo que la pequeñuela fue tranquilizándose, ya la mejilla le babeaba, ya le tiraba del belfo, ya le pataleaba, y, finalmente, rió...

Sopló viento que hizo rebrillar las alas de ese Universo y me decía algo que se había hecho más luz.

Las mujeres encontraron a Thumos convertido en un payaso bueno.

La madre de la niña, radiante de felicidad, le dijo:

—¡Gracias, señor Thumos: usted sí es un hombre!

En cambio cuando el perro fue hombre, solamente hombre, y volvieron las mujeres, qué cuadro el que se encontraron. Un bruto encolerizado; empañados los ojos del perro; llorando la niñita en los brazos del hombre cito del ¡Inká! y el hombrecito que miraba al Hombre con expresión de duda, estupor, reproche, desilusión.

La madre de la niña me fustigó:

—¡Usted no parece hombre, señor: aprenda de su hijo!

Y, royendo su indignación, agregó todavía:

—¡Ni los perros son tan crueles!

¿Esta última, dolorosa deprecación, dio origen al sueño en que yo era Thumos y Thumos era yo? Cuán cierto que el hombrecito del ¡Inká! merecía un padre como Thumos. ¿Qué crees, Capitán: no fue Thumos quien me transmitió las imágenes de ese sueño? Si consideras mi experiencia de Gorjo, comprenderás que debo inclinarme al mayor desconcierto. Pero, admitamos que no hubiese sido así. De todas maneras él comprueba el respeto que me inspiraba la nobleza del bello animal. Con lo que ya podemos entender la sabia enseñanza de ese rocoso paradojista que fue Sócrates, cuando, él que negaba al animal derecho a poseer alma, dice que para examinar al hombre, no hay que hacerlo en él solamente, sino en relación con su hermano: la bestia.

—¡Satán, Satán mío de mi alma —exclamó Capitán—: fue Thumos quien te dio la lección! Satán: ¡cree! ¡cree!

Lulú llevóse la patita a los ojos.

Y Satán, creyó...

* * *

Durante el día Lulú no se me había separado y suspiraba de continuo. Pero, cayó la tarde; y la noche sobrevino...

—Recordar ahora —seguí, retomando el hilo del relato— las innumerables demostraciones de inteligencia que Thumos daba, sería tarea para mí grata, latosa para quienes la lean, y, para ustedes sin límite.

—¿Quién nos pone límites —intervino Lulú—, Satán querido? Por mí estaría oyéndote en los ojos las historias de Thumos hasta el fin de la vida...

—Sin embargo, picaruela —le argüí—. el mismo grado de tensión dramática a que hemos llegado, aconseja, puestos ya en acción los elementos que precipitan al desenlace, engullimos con ellos en el vértigo, donde se fusionan y amasan figuras, figulinas, gritos, pasiones, sentidos del deber, y la violencia que sacude los átomos de la vida acribilla nuestros átomos... Así, pues, al hito, a la muerte... ¿Inteligencia? Eso era lo que menos tenía Thumos. La inteligencia es habilidad, destreza, mañería, en todo caso algo asidero de que con tenacidad todos los hombres pueden disponer, y de hecho disponen, unos con mayor holgura que otros, ya con pergaminos o apergaminados. Inteligencia emplea y gasta el zapatero que remienda las botinas de los tordos de su vecindad; la emplea y gasta, así mismo, en grado no excesivamente extremo, el cirujano que remienda el hígado averiado por la cirrosis alcohólica. Para esto el hombre requiere más de los cinco sentidos. Thumos estaba amunicionado mejor que el **homo sapiens**. Era constitución mental la suya tan extraordinaria, como pronto verán ustedes.

Recordaré tan sólo dos órdenes de su aprehensión de la vida, relacionados ambos con algo que suele ser, y de hecho es, el móvil que llevó al perro a vivir con el hombre: la comida puntual, fácil, y a veces tiernamente generosa.

Habíamos almorzada.

—¡Thumos! —llamó la cocinera con su ronquillo de cornetín carnavalero— ¡Wen!... Elake so almuercito...

Y vació en la piedra los residuos que le reservaba. No está demás hacerles saber que todas estas locuciones familiares las entendía plenamente.

Salió veloz de la habitación en que el pequeñuelo dormía y se dirigió a la cocina. Revelando que estaba famélico, se relamió hasta lengüetarse el chuñu frente a la vehejeante piedra; pero si vaciló un segundo, fue nada. Dio media vuelta y, aguijoneado por el hambre, regresó a los pies de la cuna donde su hijo adoptivo estaba; se ovilló en melcocha, y, una hora, dos, se mantuvo hasta que el hombrecito despertó; y su madre acudió para brindarle nuevamente el inolvidable y dulce ñuñu. Sólo entonces devoró el yantar.

—¡Esto animalitu; esto animalitu, werakhocha! —gimoteaba la cocinera.

Capitán se había emocionado.

—¿Tal la bestialidad de la bestia? —comentó—. ¿Qué juicio merece la altitud de esta alma noble para quien ni la comida constituyó razón suficientemente poderosa que le desviara del cumplimiento de lo que había aceptado su deber? Cuán cierto es que pocos hombres son capaces de tan elevada noción de sus obligaciones.

—Podían llamarle cien veces —proseguí—, y pasarle por el hocico trozo adorante de carne mechada, y con mechas de ajo, tocino, perejil, cuando tomaba yo el alimento, Thumos no se movía de mi lado; y como si persiguiera fijar en las retinas para que de ellas nunca se borrara la imagen de su amigo, no me las quitaba de encima.

Jamás se me separó antes que el hombrecito naciera. Incansable, pertinaz, así me sustrajeran compromisos por horas o días, siempre le tenía cerca. Cuando oyó...

—¡Inká! ¡Inká!

Nunca más volvió a seguirme.

Quedó voluntariamente esclavizado al hombrecito del ¡Inká!; hasta el día que el hombrecito se heló con el ¡Inká! ¡Inká! en la frente, donde, del ¡Inká! una cruz nació y se apagó mi estrella.

Y aquí entramos, amigos míos, al espacio en que las paralelas desaparecen, porque han formado un ángulo agudo, agudo como un puñal.

El hombrecito pasaría unos días más del siglo sin año de su existencia, por tanto, él, Thumos, que era el único en saberlo, comenzó a vivir los hielos y llamaradas de la tragedia. Perdió memoria del gusto... Temblaba a todo momento. Enflaqueció. Aquél que no

abandonaba a su Chio Khorí, huía de Él. Su ladrido, finalmente, fue la bandera del pirata izada al trinquete del buque temerario.

—¿Qué será? ¿Qué no será? —me preguntaba, desolado.

Lo que a cualquier esclavo del sentido común vino a ocurrírseme: ha debido tragar uno de esos Sapos Nengros rabiosos; se le ha atracado una malaespina; o le han dado piadoso veneno que no le ha matado pero ha destrozado sus vísceras... Nada admitía de cuanto se pretendió hacerle tragar. Una sola verdad se impuso: Thumos, en días más, moriría.

Y el hombrecito comenzó a tornarse silencioso, rechazaba el seno de la madre, huía las comidas; lloraba frente ellas. También nos notificó que no habría de quedarse. Las carlangas y las charancas del doctorajo Renacuajo se vinieron abajo y el ¡ajo! de sus cestos con trépito y estrépito de tiestos... Y ya, con la más impune punidad, los jardines se anegaron de barro sucio y rucio... Para mí al último todo se redujo a calcular cuál de los dos partiría primero. No habría de ser Thumos. Una mañana el hombrecito, caquéxico ya, extendióme los bracitos y me obligó a alzarle. Entonces me señaló los jardines (había llegado fetal a ellos y su vida era vida de flor); pataleó para hacerme comprender que requería visitarlos.

Cuando, desde ellos, fijó los ojos en la distancia, abarcando la perspectiva del Titikaka, rompió con su trino:

—¡Kharrajuska!... Criii... Criii...

Comprendí que agitaba su pañuelito de despedida.

H A R A R U Ñ A

Sólo vieja lágrima
de bruñida plata eres,
Titikaka,
plañendo su esmeralda...

En sus fiebrolentos ojos, dilatados dentro las órbitas, ya casi exhaustas, se reflejaron el lago de arriba y el cielo de abajo. Luego me hizo conducirle de jardín en jardín; del rosal a los khiswares; de los khiswares a los khollis; del manantial al torrente; y del torrente al

manantial, donde, desnudo, chapoteando, acompañado de los hokhollos y hampatitos, las verdes khairas, que a los labios salían a reirle, pasara los desnudados y demudados días... Era el general de División Militar, que, montando su corcel favorito, revista los fieros escuadrones antes de la batalla...

A la amanecida del día que no habría de amanecer, el hombrecito del ¡Inká! dejó de respirar.

Aullaron tres carámbanos en los totorales del Titikaka.

* * *

—¡Grotescas dimensiones del hueso humano, hermanos!... Con el amanecer de ese día fui yo quien perdió la memoria del apetito; y para siempre. Nó porque nutriéndose se tornara alegre, pues ya sería para lo demás de sus días un perro triste, Thumos recuperó la memoria del gusto. Y es que estaba persuadido que iba a necesitarse para el "Vuelo del Puma", que no salvaría si la vibración de sus bombos le traicionaba.

En otra alborada sin amanecer, el hombrecito del ¡Inká!, seguido de su capilla de phusas, pinkhollos, charrankus, en brazos de la sombra de Thumos, nos acompañó al sepulcro; porque si en él aparentemente habría de quedarse desde ese día, a quien sepultamos fue a este bramido aseateado...

—¡Guuuuuuuuuu!...

Ya nunca se alejaría de Él Thumos; le montaría guardia, llorando.

—¿Llorando? —me lloró Lulú, que lloraba.

—Ningún ser humano fue capaz de llorar, hermanita, como llora Thumos. Llanto es el suyo que deja correr lágrima; pero tiene tan pavorosa amargura que rompería el corazón de cien hombres si fuesen capaces de sentirla.

Sabía que le quedaba mucho por hacer, y tornó junto a su amo, y, aunque silencioso, se mantuvo alerta.

Sobre él había llorado el destino.

* * *

—No pretendo que nadie —tras el somormujo dije— admita ni la posible verosimilitud de estas bufonerías de la escena trágica. Supónganla burda creación literaria; y que en condición de tal posee —si posee— sustancias existenciales propias, en las que será dable y lícito examinarlas, sin para ello pedir descuentos a la razón oficial ni préstamos al crédito bursátil. Por manera que al majadero que juzgar la peripecia de Thumos como un embolismo filosófico le viniera en gana, des acá queda dueño realengo de su iniciativa; aunque mi deber sea advertirle que bajo el birrete pedantesco laten las realidades vívidas, extrañas siempre, por más allá de las lógicas celestiales...

—¿Por mí lo dices, acaso, Satán? —clamó, desolado, mi sabio consejero.

—Nó; no, dulce maestro —repuse—. No por ti ni por Lulú; por quienes lleguen a conocer esta historia digo. Que habiéndola confiado a la correveidile de la onda sonora que taconeá en el soplo del viento, el viento no andará remiso, que en ello hará más que obedecer a su naturaleza, conforme pronosticó William Shakespeare; y bien puede cantarla.

—Me tranquilizas —dijo, trémulo, Capitán—; porque yo, debes saberlo, la creo real de punta a rabo. Y la siento como un latido que me extranjerá del corazón. ¡Es una historia luminosa de fondo lacerante! Mañana la terminarás, ¿verdad? En ella los perros somos redimidos.

—¡Oh, Capitán, **Mi Capitán!**...

* * *

—Thumos, y así llegamos al final del relato —dije—, un día se presentó acompañado. Traía con él a enorme perro traposo y famélico. Lo echaron varias veces, y tantas veces lo echaban, eran otras que Thumos volvía con él. Finalmente, informado del extraño hecho, poniéndome de parte de Thumos, intervine, y el perro se quedó con nosotros. No habían pasado seis minutos de la ausencia del hombrecito del ¡Inkál, cuando a la Imilla se le rompió el corazón.

Thumos, más que a perro sonaba a Hotel sin huéspedes y a cajón de muerto. No se movió a hacerme comprender que diera importancia a ese nuevo machetazo, que ya no me hizo bramar, si me gozquillaba

como piojo indio y me tenía ébrio con sus españolas carcajadas... Así me tiré a la jarana, ma ver si la jarana llegaba a tirarme, y, saltimbanqueando en tiempo de khaswa, encontré tirado en un angulito de la noche el biberón del hombrecito del ¡Inká!, que el Diablo, cuando el niño agonizaba, se lo arranchara de las manos y cargara para sus mamajes; y por uno de esos automatismos que nos demuestran en qué medida los kiukus somos más que charrankus, metíme al velorio, y poniendo el hocico en la oreja de la Imilla, la dije:

—¡Kalajuskita: milá imila: la mamalela de El Pez de Olo!

Pero, no acabé de ñuñarle en la olejita; y el cristal se hizo añicos en mis manos y los ñutus cayeron al suelo bailando mis añicos.

Me derrumbé aplastado por el piojerío.

Thumos entró en mí, ceremonioso, frío; descansó un momento las patas en mis rodillas; miróme de soslayo; al sesgo miró el yacente cuerpo de la dulce mujer; abajóse; lamióme la mano; agitó sin entusiasmo el rabo. Y salió.

Hacia él salió la noche y le engulló.

Crepitaban con microscópicos gemidos los sebos funerarios imprecnando el aire con sus acres olores; en el patio el perro traposo, que roncaba, reproducía con macabra exactitud el estertor de la finada... y, luego, nos devoraron...

La búsqueda de Thumos sería inútil. El único derrotero, que tampoco se podía seguir ya, era la desaparición durante esos días de un buhonero italiano de nombre Dante Spaggiatti, que prendado del animal le sedujo con sus malas magias hasta haberlo hecho su amigo: por qué caminos ambulaba ya ese Judío Errante. El perrazo sucio y famélico fue encargado de pararme guardia.

Y ahora la historia se vuelve preguntas.

¿Sólo Thumos conocía la mano que los hilos de nuestro destino manipulaba durante esos días?

¿Sólo él estaba enterado que, tras los pezuñazos del Belmoth, de los gusanos de la huesa había de quedar yo para pirografiar esta historia en mi carne?

¿Sólo porque su leal deber era abandonarme es que trajo a su harapiento amigo?

A la grupa de tres años vino sobre mí, tras encarcelamiento casi señorial, un señorial destierro. Y vime pronto en cosmopolita y gentil ciudad de bracero con la soledad que los hombres brindan al hombre para no dejarle solo. Arrastraba mundo de dolor tumbal; llevaba atravesada la úvula con espina corrosiva; y las voces que a mi llegaban piadosas procedían del lloro de la Muerte: beso el suyo, largo e instantáneo. Y ya era el ladrido de Gorjo; el trino del hombrecito del ¡Inká!; la palabra sencilla y amable de su madre. O el viento aullante en que mirábanme los ojos espectrales de Thumos...

* * *

Día, cuando alguna familiaridad me brindó la cosmopolita urbe...
¡Vi a Thumos!

Para no caer hube de apoyarme; si bien a punto de, allí, dejar de respirar. Vi a Thumos que saltaba de una camioneta; y que su conductor, que se le adelantara, le llamó:

—¡Boby!

Y Thumos le siguió.

La turbación no me dejó elaborar conjeturas que el más simple se hace en este caso.

El parecido es un medio de hallar la identidad; no se trata de Bobby, si un parecido total puede ser otra cosa distinta; pudo venir arrollado a mi angustia y aquí ha soltado las amarras. En fin.

Y es que de los huesos me salía esta conminatoria:

—¡Si no es Thumos, será Gorjo! Y si es una alucinación uno de ellos te alucina; por tanto, uno de ellos está...

Tras de su nuevo amo el perro se perdió en enorme, oscuro, frío zaguán. Martirizado por terrible pensadilla me alejé tropezando con mi sombra. Y fueron ciertamente necesarios muchos días para que restablecido —en cierto modo— el equilibrio de los nervios pudiese brindarme explicaciones si no lógicas por lo menos andaderas y comibles.

Si no es Thumos es tan bello como Thumos.

Si es Thumos, ha llegado con ese Dante inevitable, quien tomó el barco la noche que desapareciera, cargando con él. Y así llegó a esta

ciudad; se aburrió él con el italiano (lo más probable); o el italiano al ver su desasimiento se hizo el italiano.

¿O ha venido porque estaba enterado que su amo se le reuniría en esta ciudad?

Cualesquiera de tales extremos fue posible. Aunque otro se me ofrecía obsesivo: ¿No salió del velorio: no tomó el camino, y guiado por el maravilloso olfato de sus nervios (que el otro le fue cuasi negado): no andó, andó, andó... ¡cien leguas! para detenerse en la urbe en donde su pobre amigo estaba destinado a pernoctar? En todo caso se me hizo necesario admitir que sus pasos estuvieron movidos por actualidad trascendente.

Por último, melancólico y resignado, me decía:

—¡Trapasero! He aquí que para esperarte Thumos se ha tragado a Gorjo en el cuerpo de Bobby.

Me cuidé volver a la calle fantasmal.

* * *

Si el deber era sobrevivir a todo lo que había constituido la atracción de la vida para mí, me quedaba recurso de corte que vivir. Y no rehusé amistades, ni propicia oportunidad, para meter en el adobo mi cortejo de sombras: si hasta pensé en tomar vitriolo: es decir: pensé en tomar mujer... Cosas del vino vítrio. Una mañana, bajo la acción anestesiante del tratamiento, concebí (alentado, ciertamente, por mis vitriolos), la firme resolución de acabar con la maléfica duda y descubrir definitivamente si ese perro era o nó el mío. La urbe estaba envuelta aún en las caparrosas del alba, y muy pocos transeuntes se veían en sus calles. Me detuve en la esquina. La camioneta estaba frente a la puerta, seña clara de que su dueño, o conductor, no tardaría en salir; y allí formulé la decisión de llamar a la casa por Thumos si el hombre de la camioneta no le llevaba consigo. Salió el sujeto; se dirigió al vehículo; abrió la portezuela, e iba a montar, dudó unos instantes y volvió a la puerta de calle para gritar, enérgicamente:

—¡Bobby! ¡Bobby!

Tras esto se metió en la cabina; un momento después apareció Thumos y con salto elegante, ecuestre, alcanzó la plataforma. Cerróse

ruidosamente la portezuela, gruñeron los motores y la camioneta se movió.

Aunque temblaba, avancé decidido y a mi vez grité:

—¡Thumos!

Cuando avanza el vehículo, Thumos paró las orejas, tensas, sacudido por sus electrizados nervios, ladeó la cabeza, tal si dudara de la vieja voz que así le había roto su aire. Pero, agitando los brazos en medio de la calzada, más fuerte todavía, volví a gritar:

—¡Thumos! ¡Thumos!

Ya no dudó. Se volvió "como un rayo"; miróme. Ya cuando la camioneta viraba en la esquina, se lanzó.

El corazón no me había engañado: después de tres años me era devuelto.

Excuso referir las manifestaciones de ambos en ese momento: yo no sé si me eché de rodillas y me abracé al cuello del perro. Recuerdo sólo que entre los anegados sollozos, él, o yo, decía:

—Ya estás otra vez acá, trajinado trajinante...

Los transeúntes se detenían a mirarnos, risueños unos, patéticos los otros. Y allí ladró y saltó en torno mío recordando sus viejas melodiosas danzas de Orko-pata.

Mis ojos se habían abierto dentro de Thumos, y, deslumbrados, me miraban... ¿Es que en Thumos, hermanos, se alberga el verdadero Dios y mira piadosamente al hombre?...

* * *

Si también adoraba al animal, su nuevo amo le había buscado con la linterna de Diógenes; y tanto, que mal día dio con nosotros. Era hombre menudo, de rostro, si bermejenco, apergaminado, que miraba sobre el anillo metálico de los anteojos. Cuando le vió Thumos avanzó y levantándose en las patas se alzó más alto que él; púsole los brazos en los hombros y le acarició. Si, como creo, le besaba, era ésa actitud muy digna de su nobleza; y con ella demostraba su agradecimiento al hombre que le recogiera cuando ambulaba en las calles sin aire de los forasteros.

—Perdone usted —me dijo con acento emocionado—; este perrito es mío, y he debido perderlo en el camino, o en alguna alejada calleja; porque, aunque es tan inteligente, como sólo sale conmigo, y en la camioneta, casi no conoce la ciudad. No se imagina usted cómo le he buscado. Si hasta pagué avisos en los periódicos ofreciendo crecido premio a quien me lo restituyera. ¡Ay, Bobby! Se me ha entrado el alma al cuerpo, amigo mío... De manera que, si usted me lo permite, el premio es suyo...

Y mientras hablaba, con qué ternura acariciaba la cabeza de Thumos.

Sonreí. Iba a decirle que estaba equivocado, que Thumos era mío... Pero reflexioné que para ello habría tenido que pisotear los dulces sentimientos que mostraba para con mi animal y, luego, referirle historia tal digna de Orates. Me reduje a manifestarle que no era necesario premio alguno (si ya rebosaba de agradecimiento); que llevara al perro consigo, si el perro le seguía; que sería ésa la mejor demostración de que, realmente, era suyo.

Tras de llenarme de expresiones de gratitud, palmeó la cabeza de Thumos; y le ordenó:

—¡Vamos, Bobbyto!

Miróme Thumos, mas siguió al hombre. Comprendí claramente que me prometía no tardar. Comprendí también que ese sutil y armonioso corazón no autorizaría violencia alguna con aquel hombre, al que, acaso, amaba ya...

En la tarde estaba en mi alojamiento esperándome.

—¡Thumos; qué haremos, hijo mío!

Apoyando el hocico en las rodillas, volvía a mirarme con la fijeza magnética con que siempre lo había hecho.

—Tendremos que irnos de esta ciudad; porque, por lo que veo, ese señor no consentirá en perderte...

Mi alma era presa de estado inexplicable; pues si por una parte la satisfacción de haberle recuperado me convertía en el hombre más feliz, por otro me embargaba oscuro y pesado presentimiento que volvía lóbrega la aurora de su retorno. Para comprender tal situación, hay que imaginar todo lo que amaba a Thumos; si su sola presencia era el oxígeno que durante tres años me regateaba la vida. Y, además, ¿qué

me quedaba ya fuera del espíritu del cardo, el hálito de la rosa, el quebranto del agua? Podía, ciertamente, acudir a las autoridades y, con argumentos de la realidad, sostener mi derecho; pero Thumos, bien a las claras, no era de ese parecer, que, por lo demás, yo mismo repugné desde el primer momento, si, muy al contrario, repito, mi gratitud por el noble asilo que le brindaran sólo esperaba oportunidad para manifestarse.

Más allá de media noche llamaron a la puerta. Thumos ladró. Si nunca fue muy fino su olfato, a esa altura me parece que lo había perdido totalmente.

Como esperaba, era su nuevo amo.

A pesar mi predisposición simpática, comprobé que los nervios me traicionarían.

—Vea, señor mío —no obstante, en tono persuasivo y cordialmente acomedido, me apresuré a explicarle—: este perro no es Bobby; es Thumos; le he criado desde pequeño y en lo menor exajero al decirle que mi vida toda está en sus ojos. Se me perdió hace tres años en mi tierra; y estoy seguro que me lo robaron. Qué quiere usted: cuando había abandonado toda esperanza de recuperarlo, he venido a encontrarle aquí...

Aun explicado el caso con tanta simplicidad y emoción tan de amigo, o de padre, no convencí, ni predispose favorablemente al sujeto, que respondió, airado:

—¡Esos son cuentos!

—¡No sea usted tozudo, señor mío! —repuse con altivez—. ¿No le basta comprobar que el animal des que me vio nada desea de usted? ¿Cómo puede imaginar que alguien retenga, libre, a un perro ajeno, sin que tome el camino de su casa? Este perro es casi mi hijo; y le quiero y respeto como a tal. Usted ni nadie podrá llevárselo, si a nadie ha de seguir. Ensaye usted ahora...

Y el sujeto, tras otras atropelladas sinrazones, ensayó. Y volviéndose a Thumos, le ordenó, secamente:

—¡Vamos, Bobby!

Y si bien Thumos volvió a mirarme significativamente, le siguió.

¿Qué mayor derrota pude experimentar? No regresó ya, como, lleno de inquietud y destemplanza, esperaba. Le había atado a una

cadena y le tenía vigilado. Pero Thumos todos los días metódicamente tiraba de ella hasta que después de un mes logró romperla. Arrastrando el fragmento regresó.

No sé por qué esta visita, ya inesperada, avivó en mí el recuerdo del hombrecito del ¡Inká!, cuando a la grupa de su entonces fogosa caballería, revistaba sus tropas antes de la batalla... Ladraba, entraba y salía, danzaba en el habitáculo, lamíame la mejilla, se revolcaba a mis pies. Y ya saltaba a mi lecho, metíase debajo del catre, hipaba, allí, gemía, gruñía. A lo último se detuvo en mi delante, puso en los míos sus ojos, y...

Ah, bien sé a quién buscaba en ellos.

Con garra que me desgarraba el alma podía apenas balbucir:

—¡Nó; nó, Thumos!... ¡No me mires así!...

En su pupila temblaba una lágrima.

—¡Gauuuuuuuuu!...

Amargura la suya que destrozaría el corazón de cien hombres si fuesen capaces de soportarla: ¡me sentía el aroma de su podre!

Temí por su vida y me apresuré a devolverle a manos de su carcelero, rogándole depusiera su zozobra. Que de momento a otro me iría y ya nada turbaría su libre posesión. Pero fue batalla tenaz que debía afrontar con serenidad, confiando que el hombre acabara por cansarse y le dejara. Presunción de iluso. Si en la mañana venía por mi Thumos; en la tarde por él su falso y egoísta amo, quien, ciertamente, se cansó; pero de verle vivo. Y, amarrándole, le obligó a tragar mendrugo amargo...

Sólo cuando comprendió que el veneno había mordido la entraña del animal, soltó la cadena; y dándole puntapié, le echó:

—¡Largo ingrato; perro al fin!

Thumos, sacudido por las convulsiones del envenenamiento, ya sin gobierno las patas traseras, arrastrándose, agónico, llegó al Hotel. Y llegó para tirarse a mis pies y morir.

Capitán y Lulú lloraban. Yo...

Encandilados, llenos aún de lágrimas los ojos, Capitán miróme con profundidad absorta.

—¡Satán! ¡Satán!... No lo veles; no lo encubras, hermano mío: ¡tú eres Thumos!

—¡Oh, Capitán, **Mi Capitán**: Soy Thumos, el Khorí-Puma!

* * *

—Nuestra amistad es cada vez más cálida y cada vez advertimos que nos ha unido sentimiento generoso. Lulú es ya la esposa de Capitán; éste el primer matrimonio monogámico en la sociedad canina. Muy pronto sabremos cuántos perritos vienen a engrosar el linaje del noble y sabio amigo. A medida discurre el tiempo experimento que los recuerdos de mi naturaleza humana se hacen más débiles; y es que cada día me adentro en mi canina humanidad. Esto quiere decir que no me acometan mis dolorosos recuerdos; que la sombra de Thumos se haya desvanecido; Gorjo enmudezca; calle el clarín de Chantecler, abromada la argentina laringe... No. Ellos permanecen en el arpegio del Khirkhi, y de él, y con él, salen cuando hiere sus cuerdas la amargura del plectro. ¿Y qué diré, amigos míos, de EL PEZ DE ORO, viñador de mis pámpanos, que dentro me gorjea sólo para que se le oiga en mis lágrimas?

No debiera esclarecer las mixtiones de mi personalidad, que a no pocos deben desconcertar; si ya el férreo y ferviente Achokhallo; luego las intuiciones de Capitán me descubren en Thumos y, finalmente, me acomido a revelarles que Achokhallo, Thumos, Satán, son más que Uno: el Khorí-Puma... Pero, el mismo Puma de Oro es sólo posible en Él; y he aquí que en Él puedo yo vivir a Thumos, a Satán, a Achokhallo, y proyectarme desde ellos y a ellos.

Y así alcanzo plenitud humana en la humilde plenitud del perro.

¿Han visto alguna vez llorar a uno de estos semejantes? No. Es que nunca han sido perros; y buena falta que les hace. No me acuso por esto, pues saben ya que mi vida de hombre fue diaria comunión con el perro, diario destino en su camino. Si hubiera de recordar acá a todos los perritos que amé y me amaron des esa lejana edad cuando me arrastraba entre las jergas de la india, mi mamá Margarita; tendría para entretenerles horas y hasta noches mil. El perro lo más insignificante y noble nacido en la tierra... Y por lo mismo que vive de revolver la miseria en los cenizales, su condición elevada siempre; que es para los

que está abajados, no flotan en las esferas de la sublime cretinidad, que el derecho a elevarse sale propio.

Es previo me entiendan que cuando apologizo al perro tomo no al perrito faldero de la gran dama, que aun siendo muchas veces mejor que su ama, ha asimilado no pocas de sus "virtudes malas": suele ser díscolo, pretencioso, vano, ensimismado, a la imagen y semejanza de quienes le viven. Este podrá alcanzar el estado de levitación jamás. Para levitar es preciso estar en el suelo y ser naturaleza solar, que es solar la naturaleza que gravita en el cielo.

Qué triste comprobar que el hombre ignora tan enciclopédicamente el alma del perro. Le hace vivir con él, su vida vive el perro en hombre y la vida del perro, si es también la del hombre, el hombre no conoce, o adrede desconoce.

—¡Largo ingrato; perro al fin!

Ingrato; perro al fin. Porque en el estómago le ardían carbones amorosos; porque se negó a ser hombre si había alcanzado a perro. ¡Qué torpe tu soberbia, **Simio Sapiens**! Prefirió verle muerto a saberle feliz. ¿Es que el hombre, es hombre sólo por su incapacidad de sentirse feliz en la felicidad de los perros? Sí; ése el camino seguro para que un día ni en los perros ni en él se halle.

Todos los derechos pertenecen al mono; todos los deberes a los otros les corresponden; hasta dar la vida, para que no se aburra.

Cómo distorsiona su algarabía:

—¡Que muera; si no tiene alma!

Soberbio mico. E ignoras que si algo va modelando a diario la tuya es el alma de tu perro; y que es esa alma oscura la afluencia de luz para la tuya. Y eso por razón doméstica, puesto que es el perro la naturaleza viva que de la vida sale para guiar tu rumbo, si en el rumbo de la vida haces protesta de permanecer y de él no te apartas necio o cruel. Que tu alma es el alma de la vida: la del pajarillo que enciende con su canto tus madrugadas; la del marullero missi que ronronea a tus pies y arquea el lomo enternecido. El alma, la candela de tu corazón, el estallido de fulgor de tus ojos, la embriaguez de saberte padre de tu hijo, es el alma de la vida que abarca con su enternecida ebriedad a todos sus hijos. Pero si te sabes mantener en los límites del pentagrama de su fermento, la tuya es también la angarilla

que alivia las pesadumbres del alma de tu perro, de tu gato, de tu canario, de tu corcel y su espumoso relincho.

Los mismos teólogos, que sentenciaron a Galileo por mucho menos, parecen dispuestos a aceptar que el hombre no fue hechura de Dios en su forma actual, sino en otra más rudimentaria que la del mono antropoide mismo. O sea que la teología, sin rendir estandartes, aunque suprimiendo los fundamentos de sus borbacanas, tienden a admitir que en el hombre se ha transformado la bestia.

Pero ya, al sustentar tan sensata, que parece inverosímil, posición, tienen que decidirse en forma terminante y final por una de estas dos posibilidades:

- a) el hombre fue beneficiado con el alma que hoy posee cuando dejó de ser mono;
- b) o es de mono el alma del hombre.

Comprende Plato: si Dios hizo al hombre con alma, su alma nó Psique: Thumos. Pues es al mono a quien Dios hizo; no al hombre actual, si ya estaba hecho en mono. O demuéstranos con tu alma la progenie divina de que viene su divina inmortalidad y su no menos divina naturaleza. Ciertamente, el ámbito de la inmortalidad del hombre es su alma; mas el inevitable ámbito de sér de su alma, es Thumos. Eres en cuanto Achokhallo, en cuanto Satán, pues sólo así estás en Thumos y podrás relacionar tu inmortalidad y poder con la inmortalidad y poder de la vida.

Tu alma está cargada con la luz de todos los días, como está cargada con el amor de todos los días de tu perro; pero tú también eres dinamita del alma de la luz y del alma de tu perro, si sabes fecundarlas con tu amor de todos los días.

Tu alma es una chispa de la vida; pero la vida es, también, una chispa de tu alma. En qué medida debes templar la gracia de sus arpas; en qué medida debes endulzar sus aristas. No es alma el resoplido bruto en el aliento del ángel; ni el ángel es digno del alma si no sabe que el alma es la candidez eterna del germen que produce infinito y es infinito.

Amasa tu alma con el alma de tu perro; amásala con el alma de tu Cherekheña; con el alma de tu lago, sus peces y totorales; amásala con

el dolor de tu prójimo, con la dulce constancia de los surcos, y brotarán alas en tu profundidad.

Alma no es la ruín faltriquera donde sus robos embolsa el rico insolente.

No es alma la del epíscopo histriónico y soberbio.

No es alma la del gendarme que gobierna a espadazos.

No es alma la del sabio fatuo que ha inventado una sabiduría para enterrar la de la vida.

No es alma la del que humilla la carne del hombre y la oscurece.

No es alma la de los mercaderes que centuplican sus ganancias conduciendo al rebaño hacia los destinos de la muerte.

Aún allá donde la carne pudre, el alma tendrá los puses del albañal y su misma sustancia hederá a sentinas.

Cuida de bañar tu alma todos los días en el amor y sé cándido como él, cuando es ilmpio, como en la bestia, que nació pura y puras conserva la entraña y la pupila.

Algunos dialécticos materialistas se alarmaron no há pocos años porque se pretendió establecer que el alma del animal era alma de hombre; y ésto porque la dialéctica, materialista o trascendental, rechazará siempre que las patatas requieran de semillas para reproducirse; por lo que la bestia, o el hombre, requieren de alma para ser...

Como, nó... Mientras el hombre no es la pústula de la vida, su alma es digna del alma de la bestia. Pero no digais que porque el alma encarnó en un bípedo dialéctico, o trascendental, es ya digna de las jerarquías emolientes y trascendentes y la de la bestia sólo del polvo que huella su pezuña.

No se sabe nunca cuando en el hombre fermenta el albañal; en cambio no podemos negar la pureza de la bestia, como no se niega el parpadeo de la estrella ni el color florido de la Primavera.

El perro Thumos posee un alma tan análoga al alma de su amo, que parecen hermanos siameses; sufren las mismas torturas; experimentan las mismas iluminaciones; cargan con análogos calvarios. Por qué extrañarse que así sea, si la vida es una chispa del alma del perro Thumos y chispa del alma del Khorí-Puma, su amo, o hermano.

¿Que el hombre deviene espiritual y la bestia terráquea? ¿Quién sostiene aún tan groseras torpezas? ¿Dios? En verdad os digo, que si en Dios no se filtra la sencillez de la bestia, ese Dios vive la vileza espesa de la mala charca.

No pasarán milenios, ciertamente, que veremos al hombre atravesar, sin otros mecanismos que los de su materia, los abismos estelares para deambular entre los planetas; mas ha de ser sólo cuando haya abarcado la profundidad de su alma y sepa regirse por su voluntad de permanencia y de poder.

Cuando Gorjo va a morir proyecta su psique, y es posible esto porque a su amo le une el amor y el alma de su amo va en las cuatro patitas de su perro. La vida se abrasa y se besa en ellos y el milagro se opera. Ese humilde ser, carroña de estercolero, es un ardiente sagrario de la vida.

Thumos deviene adivino, mágico, y con magias enciende las visiones de su amo. Decir que están humanizados no es hacer paradoja; si sólo están vitalizados. Thumos devuelve la acción recibida en voluntad personal y puede proyectar sentimientos en las usinas concienciales del hombre. Llorará sobre la tumba de un niño con dolor que destrozaría el corazón de cien hombres; y su paso por la vida será el de un Hamlet transido por la amargura de un destino dramático. Será capaz de arrobo como el más afinado místico, ébrio con la imagen de un niño entre las nubes.

¿Entre el salvaje coyote y Gorjo, digitigrados, hay el abismo que media entre Kant y el hotentote, simios los dos? Desde el alma, ninguna. Gorjo es un ético que sirve principios de solidaridad y muere, heroicamente, trabajando. Thumos se agosta en olor de santidad. Son animales a quienes ilumina un alma: son hombres.

¿Que estos brujeríos imposibles en los teatros del hombre; están más allá de sus posibilidades y tramoyas, por fuera de su escenología? Para refutarnos tendría que demostrarse que la vida no es un estado sino un fenómeno de un estado que no es la vida; porque si se es sólo en cuanto se, está, se está porque se es vida. Entonces, tu corazón no es sino el óvulo en que fructifica el Universo. ¿Cómo no serás luz y poder?

Thumos no ha repudiado su animalidad, y es cuanto le diferencia del hombre, el cual, para ser, requiere, previamente, de la negación del Thumos. Y aquí la indecente paradoja: el Thumos que hay en el hombre debe cargar sobre Thumos las responsabilidades de su hominización. Tal distintivo de su patomorfología le ha hecho moral y cruel. El pecado y la crueldad son desconocidos para Thumos. ¿El hombre puede ser malo porque puede no ser Thumos?

Sólo Thumos es bueno en el hombre.

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Mono sabio: humanízate en la bestia antes que la bestia desaparezca en el mono.

M O R I R D E A M E R I C A

Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Teresa de Jesús

Una gota. Otra después. Y van cuatro, cinco, seis. Cuántas ya...
No muchas; todavía se las puede contar.

Antes que bermellón y oropeles se ahoguen y revienten chaksus de la nube; si ya una gota, dos, cincuenta, luego, presagian lluvia; se asperjen y humedezcan picos y muñones; fragor de aletazos y pitíos se arremolinen rumbo a los nidales; las tokpinas del viento aturden flámeos en la sombra; ésta, cauta, muda, alargue ventosas de humo, manche la pampa asolada; por la cuesta, cojitranca, se arrastre la noche aymara sobre kheswas piernas; sin heraldos y Laykhas que profeticen el milagro, estallan oropel y bermellones y se vuelcan cataratas de oro.

—¡Ña phara hamunki!...

Atruenan los mugidos del viento; hay en la espuma atoros bermellón; la Ururi suelta chaskosas viboritas de fuego; escoriaciones del llachu lentejuelean revoltijos de oro en ala de la ola; acollaran pompas de jabón las esmeraldas del totoral... Y, ya, en un chukchu de caireles, fuga cabrilleante hemorragia de sutuwailas.

—¡Ña phara hamunki!...

Negro venablo de orificado remo rompe la ampollita de su trino, hace impacto bajo el alero de la chuklla, métese al nido, una lombriz deja caer en el pico de su hambriento; y si el lakhatillo se retuerce segundos desaparece devorado por el chiuchi.

—¡Piupiu-titit! ¡Piupiu-titit!

Se alza del nido el chaina-guagua, sus bracitos agita, y torna a abrir el insaciable pico.

—¡Titititit!... ¡Tirol!... ¡Tirolí!... ¡Tirol! ¡Tirol!...

Le mira con asombrados ojos su canoro tatalay, palmotea con el ala, picotéale la lengüeta; le chiuchea:

—¡Chiu, chiu, chiu!... ¿Qué khuchisito tienes en el buche, khusillu, que tamaño gusanazo te deja más hambriento?

Sólo falta al retablo la guilguerita que pipia en el mojinete de la chuklla, coqueteando a saltitos con el crepúsculo.

—Ña phara hamunki...

Esta la última pedancia del estío. Se disparan las thayas desde los cerros; levantan terrales en la planicie; avientan los panojas; queman en los chuñuchehes; pulen las mejillas de la uka. Entre las majadas, que escampan pavoridas tras el refugio de los rediles, brincotean y se abrazan a las imillas; las rempujan; trabúcanles refajos y polleras; olisquean, llahwan, mascotéanlas el panal, y, aún relamiéndose del néctar, disparan a carcajadas... Préndense luego a los ijares del peludo sunichu; alborotan las thanas del chokhollo; puñadas de patitas de hamatankha cosquilléanle en las orejas. Y como si no fuese sobrado, a khetimbos y karrajuskas, revolcándose en los barbechos, levantan polvaredas de oro, sangre, violeta.

Momentos, jadeantes, se detienen.

Se encenizan, enfrían los celajes; torna a arrastrar sus llikllas de viuda la penumbra; tantean sus antenas; difuminan el perfil de pampas, uyus, musiñas, y, cautas, sordas, opas, reptan hacia las cumbres, donde, abrazado todavía a los picachos, sonrojea el crepúsculo.

Rey lacustre del viento, chalán de brisas, rugiente polígamo del Véspero, ginetero de la ola, súbito, el Arun-thaya percute en los flautones del Titikaka. Pare turbión arrebol de sangre que se arroba en madre. Incéndianse las nubes y el monte arde y arden los riachos. Tizón que yarakhakhea con pico ácido, el yarakhakha es lengua de cincel. Árboles flamean.

Se mira en los ojos del thukhu el tembloroso escolio solar y zambúllese en las chinkhanas.

—Ña phara hamunki...

Son mil, diez mil: todavía se los puede contar.

Ya no se los contará: aturridos, y dándose unos con los otros, ventrudos goterones comienzan a desprenderse de la nube. Son diez, cien, cien mil: qué que se los cantará...

Hacia la solar calígene hay quien desolado mira y sacúdese los piojos de agua, que en las cachazudas orejas le tremulan, tal, con ojos bobalicones y filósofos, intuyera que a causa del inmanente fenómeno se mojan las kurpas de los barbechos, centelleos wikuña sacuden el viento humedecido, bermejas viborillas serpentean en los chihis del hallsu. Y que si la santa tierra de las cañadas, como la guagua empapa

sus pañales floridos, el giboso cornúpeto siente en los fértiles embriones el gozquilleo de la vaca.

—¡Mugíiii!... ¡Mugíííí!...

Y es que el torito (khollke turitu imillil wawanki), ya torazo, tiene en el ollar provocaciones amorosas.

—¡Muuu!... ¡Muuuú!...

Babeándola aún, contra el inminente chicoteo pluvial, se apeñusca y protege junto a las perkhas. Lo mismo hacen la vaca obesa, la de núbil anca mórbida, el asnitu padrillo, los terneros, que topetean las ubres antes de rechupar a hocicazos de los ñuños. Esos, de erecto cuello, khawras, de redondas, abismáticas pupilas, en que wiphalas agita la borrachería de color.

Mas las chinkhanas perderán en el pujilato de oros de la tarde, y vomitan porfiadas turbamultas de humo, que, presto, se prenden a las telarañas del aire, y trepan, arácnidas, hacia los ardientes carbones del brasero.

Sanguijuela del pezón, el Ungido de pelo muru-muru, celaje que espumarajea tibia y aurialba leche.

Los corderuelos:

—¡Balá! ¡Balá!

El miura casanova:

—¡Mugíí! ¡Mugííí!

El Cherekheña de Orko-pata:

—¡Piupiu-titit! ¡Piupiu-titit!

El "Coronela":

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

La Kharrajuskha:

—¡Co! ¡Co, co!... Cocorocóóóó... Co... co... ¿jaa?...

En la todavía ruborosa paleta de la pampa, el ¡cocorocó! del gallo indio, es eso: ¡kharrajuskha! hispano acribillando las postreras purpurinas de la tarde.

Tiznan tiznes aureolados.

Hala de su lobežno (¡Jala, jala, hala la ala, mamitay!) la madre campesina; métese en la chuklla; enciende las bostas del fogón; dispone la olla para el yantar. Y, hasta tanto la mamala se le rinde, y se la entrega, el llokhhallo acomete a zarpazos con la mama, que la obesa de

la mama cuelga, hobachona –otro celaje ventrudo–, y el Ungido, ardiendo en el arrebol que la khoncha le escupe a la cara, del ñuñu se prende, y ñuñuña hasta atorarse...

Elake: la virgen Navidad del ayllu.

Elay, wirgina, que te llega el genitor de la taklla que florece lirios... La flama de las khonchas le inflama el taparrabo, no menos que la ternura; y con la buena baba de su aguanoso ojo, la mamala le pule cobre, le ablanda los batanes... Elay, mi Navidad del cobre repujado de los Yokhas y de la leche mansa...

–Ña phara hamunkil!...

Restallan liwis de oro en la nube que estalla; a brincos y khetimbos, secos retumbos percuten en el amplificador del lago; ya en su entraña reverbera la escama serpentina del Huturi. Y allí zonga enamorado rezongo.

–¡Tawakitu!... ¡Tawakitu!...

–¿Jaiiiií?...

–¡Guá!... ¿En dónde no más zonga la de mejillas de ayrampu?

La tawaku, la de mejillas de ayrampu, comprueba que del viento el lakhato arrebolado se comió sus dulces morokokos; que nó pies tienes; nó ojos; nó caderas; oyuelos níí... Que es sólo un wayñu en los carmines de la tarde, en el de su carne, olorcito con rubor de salvia, toronjil y tierra dulce.

Llueve. Llueve.

La pampa se anega. Se atragantan y gorgorean las llokllas. Por arteriales cañahuecas, entre pajonales, khachinas, chihis, con la thosan-kheyu, o los misikhus, revueltos en el fino barro que el agua escarba de la mama, zigzaguean oro y carbones del cielo.

Corcovea el agua en los ribazos; traza pertangramas argénteos en los surcos; llaklla en el gargüero de los chaksus; se escurre, gloglotea y esparrama en puñados de lakhos que el viento vienta. Y, allí, canta harawis berbellón, sienas harawis; allí la Phara es un remolino de polleras en su khachwa con el Pinkhollo...

Los árboles chorrean; címbrense los ramazones; chorrean las techumbres; mangas enfurecidas azotan lomo, flancos, espinazo, de las montañas; el Titikaka ronca bajo aluvión de dardos líquidos; entre

sordas varahadas puja la inmensidad planimétrica; los caminitos anegados hasta el tope escapan con pies indios...

—Sajsajsajsajsajsajsajsajsaj...

He aquí, llegado ya lo más mamitay de la parida.

Cuando aun desuellan ahogos y estruendos de la tempestad, arden de nuevo los tiznes, la centella diluvia, en la oquedad de los cúmulos coruscan ojos áureos.

Ya el cielo descampa y por entre sus hendidias suspiran y tiritan las estrellas... Pero, todavía, ¡phara!, ¡phara!... Hay cabrilleo de garras... Ya pára la phara... Cabrilleos de Suchi hay... Phara, que ya te pára la phara... Hay Pez; hay Puma... Sobre el escombros de la sombra tufaradas de viento escupe la Chinkhana; y ya en los rincones de la pampa la tiniebla cristaliza en hollines.

Lejanos castañetean los colmillos de la tempestad; el viento arrumea. Se atumultan las sombras; ábrese el ojo del cielo; con espanto de crines fugan los arreboles; tiembla viudo aire de violetas; guiñan las estrellas... Por el lado del lacrimal, en la linde de los Chunchus, lloriquea, lejano, el rescoldo del celaje...

Tibios sus dorados oros, Mama-Paksi, tibia su hemorragia llovida, descalza la uña rosa.

Temblores cerúleos se trizan y cabecean; en la Wara-warani entorna el cándido párpado la estrella, y se duerme.

Y no hay luna, nó ojo, nó cielo.

¡Sólo el colmillo que esplende, la garra que hiende, el oro que enciende!

Hervorece el hueso de los Chullpas.

—¡Tiempo del **Khori-Puma**!

—¡Milenios de EL PEZ DE ORO llegan!...

El día amarga en el tiniebla.

* * *

—¡Guá!... ¿Dónde boga la boga, la de mejillas de ayrampu?

—¡Elake!... ¡Elake, mamitay: el Príncipe de los Challwas! ¡Elake, Khesti-imilla, tu Khori-Challwa!...

La Sirena se adosa las caderas; se adosa los morokokos; los hoyuelos; escarda en el que besos y ojos le comiera vellón de los lakhatos. Y al amor de las olas, y en khorokhuta dulce, se nos viene con las mieles de la oriflama.

Libre de ése, de luces y de sombras, su amoroso y aromoso parto, para aromar sus nuevas preñeces, se arrebuja Pacha-mama en sus phullus de khawra, sus almo-hadas de parewana, y si sabe que soñaré con El, sonriéndole, se duerme la buena awichitaja.

Al primer kharrajuskha del gallo, khalatita —ya se lo sabe—; al baño con su hañachu, Titikaka Emperador.

KHIRKHILA

Allí del khori fue el árpegio.
Dice la imilla al felino arisco:
"¿Por qué a la vida no regresan,
"el Puma, el rugido, el colmillo, la danza?
"¿por qué sus khepis de oro no retorna
"con el Suchi, la Khesti,
"de la Sirena el wayñu?"
Dice a la Khesti el Khori-Puma:
"Regresaremos, querida niña,
"el Suchi, la Sirena,
"el rugido y la danza".
Resplandor de estrellas
EL PEZ DE ORO, delante,
locuras es de oro,
locuras de Sirena...
Y a las puertas de la Vida llaman,
y la entraña de la Vida, tierna,
vuélveles perla el niño de su lágrima.

* * *

—¡Guá, mamay!... ¿Duermes?
Duerme la mamala.

—¡Thunkhu! ¡Thunkhu! ¡Thunkhu!
Los thukhus espantan locuras de la Paksi.

* * *

—Esa, hora buena en Pacha-mama, buena para soñar, mamitay...
¿Queréis ustedes una historia amarga? Mistisa tendrá que ser.

Entre otras, muy cerca a mi aldea, vive familia de Shiris, a quien, por jabonar al pobre, los cholos llamamos chiris, como Chimo —y no Chimú— al talón de arenisca que alza basílicas y picachos ojivales entre la perínclita aldea del Chuki-witu y la hacha marka de los phuñus, donde viven los buenos orkho-patas, como los tatakoras aquende y otras reses que no digo por respeto. Los chimos se la pasan hortando en terrazgos miserables, pero a fuerza de aprenderle al Tata Titikaka como él se han hecho versátiles y graciosos, según la hora del día sea, y nuble, o haga sol mucho; con la diferencia de que si el Laykhakota se emborracha con sus crepúsculos, los borrachines de los chiris con los cañazos de la iskinatinta.

Aunque sólo fuera por de fuera, como sus huertitas, los chimos son pulcros y pintorescos, y si menos hablan que sibilan, de diez palabras que empleen, once serán diminutivos; y es que si todo lo dicen, asinita, lo dinuente de su habla está en esas ganas de pipio con que les balbuce el corazón. Quintando roquedos a las playas, sus nidos se apeñuscan en los oheranis del Titikaka, repletos de rosas, clavelinas, myosotis, acacias. Aunque no me lo crean, las ribas de sus parcelas son puro botón de oro. Allí, de los geráneos, violetas, wilamaywas, alelés de pura sangre mahomética; cebollas arequipeñas khorotudas, como los no menos khorotudos ajos de Judea, que (perdonada que la mala palabra me sea), ellos los dicen "ajos de jodea", de ese joder hispánico que tan arábigo es como los alelés. Y aquéllas, ¡guá!, las begonias belemitas, que ya no me tinkha con qué nombre las nombran, florecitas trepadoras como el aroma de la kharawi, que bien podría creérselas parientas de las fucsias de la Pasión de N. S., por los clavos, taparrabos, escalera y hasta el kharrajuskha... Ciertamente, magra horticultura, y, con todo, su economía estable. Y el mirarlo bien que me dejaba cojeando, como en "dezires" decimos los cholos; que cómo

sería que estos indios brutos sabían eso y nuestros gordos estadistas astaura olisquean; que no habiendo otro productor de flores y verduras que el chiri —y chimús son, hasta por la cuadratura del círculo— quién en las aldeas aledañas no se provee de sus manos, que él impone su gusto en los pooles. Mientras los mistisos, malhaya, cuando venden azúcar, algodón, petróleo, en mercado sin competidores, algo entre los dedos se les corre, y en vez de rañir utilidades a su grado, el comprador las rañe en ellas. Miren, si brutos semos los zorros khalas.

—¡Siwilla alasita, mamay!

—¡Thikha alasita, mamitay!

Bueno. En misticho, o en hispanoamericano, les diré a vosotros, que la vocesilla que ofrece los milagros de la huerta, rica y dulce, como las entrañas de la Pacha-mama, es delgadita, mismo el piopio del chiwankhu. Ella ignora de qué mazamorra étnica es fruto; pero en las voces con que merca está la olla hedionda de nuestras americana-nohispanistas historietas o frangollos.

Siwilla: cebolla, castellano indianizado.

Alasita: cómprame, aymara.

Mama: señora, o madre, italiano (**Mamma mia**), limeño (mamaíta), y lo mismo rumano; pero, antes de esto, de todo esto después: mamay, sumerio...

Ñiitoy: euskera; por tontito.

Además, dice thika: flor, que es como decirla a flor de catorce aniversarios, pankharay... **Thika**, y bien que pueden acreditárselo no pocos Filipillos, es kheswa del puro. En compañía de famoso etnólogo tudesco anoté (y él a mí me anotó en famoso libro, que no digo; que eso otro cuento) la presencia de palabras pukinas, urus, entre estos shiris, que no chiris, repito; si menos tiemblan al frío que a los puntapiés que disfrutan con monopolio parecido al de sus flores y no menos sus "ajos". Si en parte alguna dable apreciar el valor de la política del Mitmak, que el Orejón impusiera buscando la unidad étnica de su Imperio, es acá, entre estos Chiris, si acá donde se constata, en forma que se vuelve hasta sociológica, la enojada intransigencia de un aristocrático sentimiento del linaje. La institución del **mitimae** (de cómo así el lexicógrafo criollo, o curesco que dijera Sancho Panza, haría este latinismo, ni lo adivino, ni lo sabrá alguien), digo, que la

institución del **mitimae**, de sistema y humano aprovechamiento de la tributación de trabajo que al Estado oblablan los runas, trocöse en servilidad, y ya el latinajo se lo aplicó sólo al forzado de las minas, en donde era sepultado, hasta tanto poderle sacar carroña momia. Así el Mitmak, que era algo como quien dice el contribuyente al Estado, se volvió el "Mitayo", esto es, esclavo de Conquista, Colonia y República.

—¡Cómprame flores! —sibila la Sibila de los Oheranis—: ¡Thika, alasita, ñiiitoy!...

Y de las llikllas de alpakha negra, como negras, y de allpakha, las prendas que viste la tawaku, junto a toronjiles, apios, wakhatayas, soltará la explosión cromática de sus flores; que allí el "tontito" hará babas, si veces —¡ay!— el estallido del polvorín de su khepi, las más las dinamitas de la pankharitay que las ofrece:

—¡Thika alasita, ñiiitoy!...

Paliducha la pisakha; grandes, soñadores, los ojos; de chancaca el hociquito; los senos pequeñines, apeñuscados, camorreros... ¿Y el talle?... Kharrajuskha: eso no más te lo digo: ¡asinita, vieran!, que un beso, asinaso, le sobraba... ¿Y entonces?...

Quién nomás el bienaventurado que su melcochita se lo comiera.

De esa "raza", y del Hichu-marka, a cuyo Hila obedecen los chimos, era la dulce imilla.

Para llegar a su chuklla había más que joderse un poco en la puka-cuesta del Silla-silli; y una vez cobrada altura, desde quien se domina la pampa del Asiruni, por un su lado; el camino que lleva a los Lupakhas; se columbra la vastedad del lago (que hierve en los deltas de los Puma-utas), y entre las "puntas" de los Khapakthikhas y los Chukiwitus, en el horizonte tropieza con el cielo, por el otro; orientándose por la jiba de thanoso kholli, que sombrea en la hondonada, pasos allá de Hichu-marka, tirando a la derecha, por sus espaldas de la capilla, como quien al trepar se da con las del khoto, se cae en ramillete de flores, a cuyo centro, tocada con espeso monterete de totoras verdes, pintarrajada sangre-sangre, se alza la musiña. Allí por dar recado de mi madre a su tiola, conocí a la Amapolita; y ya supe **kosa** que hacerme casero de la tiola.

Con sonrisa llena de arrugas la vieja consentía la linlichada; y es que la su tiola era mi comagre por serlo de mi linda madrecita.

—¡Buscala —me decía—: por ahy está to wiskhacha!

Maver, dirán ustedes: retrata a tu imilla. ¿Retratarla? Es tan difícil retratar un recuerdo. Cuando este episodio refiero de mi vida, háme llovido ya a los ojos el sereno de la noche y soy el más thayacha del chuñuchehe, si por miedo de que no vaya a helarles el corazón nadies me quiere morder. Ella se duerme con los jugos de la tierra, a la sombra de los khiswares, akhollpachada por el calorcito de la tumba; ya del viento libre, libre de heladas, granizos, sobre todo del Tatakora.

De paso, les diré, que para meterse con estos khirkhinchus hay que tener buen corazón; si no no vale... ¿Entiendes, choy, Kharawakta?

¿Retratarla? Cuerpecito de khinwa, corazón dulcete de okhali... ¡Jai!... ¿Y si nada sabía de besos, cuando aprendió a gustarlos, con ellos no se jugaba como el zurriago con el anca del novillo? Bueno, pues. Todo eso se lo comió otro. No digas usted que la muerte: otro; el otro... ¿Me entienden? Si llevaba meses de un manoseo de 40° del más puro Chiclín, casi con miedo de hacerle algo en su dulzura; cierto día concebí la resolución de que me lo diera un llokhallito que trinara des que agüaita Tata-Lupi en el Lago hasta que la noche nos tupe con sus hollines. Me calé el poncho punzó del cacique Rumualdo Pacho, del ayllu de los Khones, y, así, el liwi terciado, mismo allí donde patalea el corazón, khirkhi a mano, chullu y anteojeras, no mal chisme se quedó este werakhoche... ¿Lo que es el camote, no? Pues, así, y todo, a trepar, o a roncar, por la endiablada escalera del Silli-Silli; no sin antes haber parado ma-ratito en la finca del Asiruni, donde, ¡vieran!, con la boca abierta vi cómo los doctores, mis desemejantes, tenían olvidadas del Tatitorius unas lindas piedras khoskhiñas, que otrora debieron alzarse palacio, tampu... ¡Kosa!, ¡Kosa!... Ay, ya las doctoras no hemos podido entender qué no más sería el Asiruni en los tiempos del Inka.

De no ir mordiéndose su lengua la vocecilla chillona del Khirkhi de bien lejos llevaría su olor de mi camote. Y, como tras de todo, de pasar las cosas "como Dios manda", se iría a la feria dominical de la Akhora para la vendeja de sus hortalizas, husmeándola su panal, y a hocicazos, como su anu, con ella me había de ir.

—Yaa... ¿Y las gentes? ¿Y las mistichos?...

—Ñerdas!... La imilla valía para mí más que cien hakhes y todas las borriquetas de las khechekheches. Si me tenía sorbido el seso como se lo sorbe al aguanoso sankhayu de Waksapata.

Llegué.

Acurrucada en rincón de la huertita la tiola hacia calceta; y así me vio, sonrisa de nina-ninas arrugó más su bondadoso rostro. Les juro: sin haber tañido herida, restañé las del khirkhi, que luego se puso a loquear en las arrugas de la vieja. ¿Pero, la imilla? Niií... No estaba en las arrugas.

Después de rato... ¡Ja, ma-ratito, karrajuskha!... Después de ratito, digo, te digo, de heridas y de arrugas que me bailoteaban en la sonrisa de la tiola, y me disponía a marcharme, con diez karrajuskhas, dentro los cabritos que pacen en los chapudos peñascales, saltó a hipidos un cabrito, mismo el años del khamakhe en los pajonales...

—¡Liwlai!... Chuchina...

Corro, trepo, salto de roca en roca, torno, retorno, alcanzo altura, y, finalmente, caigo entre los cabritos con escándalo de cabrones huevones. No te lo cuento más. Además de estar cansado, qué no más, que no lo adivinas, lo que tendría que contarte. La apreto; la muerdo; la hago llorar. Orejas por delante una doctora asnitú para mirarnos se puso sus anteojos y vino a que me arrancaría el chumpi por los riñones, (Purius; mal intencionado siempre estas doctoras), pretendiendo meter su cabeza para... Lo que Tata-Lupi tuvo que tragarse. Que me perdone el Tata: lo habíamos ofendido. Y eso, todo.

—¡Qué Khusillu éste!... Dónde, pues, lo amargo de la historia...

—En que la imilla había dejado de ser virgen hacía sucios meses y poco le faltaba para su charrankhu. ¿No es amargo este confite? Para un misticho ¡hina! lo es... Vi de punta en blanco la capillita de Hichumarka donde, sobrado de gana, me habría casado con ella, así me obligaran a tarro, leva, wiskus, a sus siete suelas corridas, y al cuello de caucho de cuatro dedos ralos. ¡Todo, antes que dejarme majañar con alguna de esas khalas rabonitas de la hidalguería!... Vi al pizarrero del Santiago, patrón de los hichus; le vi trinchando indios con su espada de hojalata. Vi al Pontífice Pegro, su sarta de challwas, vílas, lo mismo que Miuras por el cuerno enjarretadas por la trompa; sus barbazas de crín de sunicho vi... ¡Vi al Tatakora!... Mas cochinas vi ratito que pensé al

verme coronado por las espinas de la Pasión... Tiré el khirkhi; en mi cólera le rompí su barriga contra la roca; sacudí el punzó del poncho; le tapé su vergüenza al taparrabo, si el muy sinberbensa parecía pendón de chichería en domingo; ceñíme el liwi; y... Pu... ¡Puneñito zurroncurrichi soy, ay, kharrajuskha!... Mejor se los contaré en romance...

—¡Kharrajuskha!... ¡Janiwa; ñerdas!...

Me arranqué viento y todavía sigo arrancado.

La pisakha reventó en el parto como el uchukhaspa bajo la pezuña de la mula pajarera del Cura.

¿No es éste un morir de América?

* * *

Tu historia no, querida niña. Tú a mí llegaste con pureza de Luna y en olor de Primavera. Pero es la historia de todas las imillas destinadas a festín de los chanchos, de pura maña, rubios, los putativos de la Rubiola.

Te referiré lo que oí y vi después casi enloquecido de amargura.

Hacia la rinconada de Maurini, región célebre del Titikaka por su abundante pesca de mauris, el cadáver, fajado, como guagua momia en burdo khallapo, vencido desfiladero cobrado a tajo de roca, avanzaba el cortejo fúnebre hacia Pukha-khollo, soberbia, rojiza montaña, a cuya sombra, y sobre la orilla, se está el lacustre montoncito de cruces y túmulos de barro. Los hakhes se piensan que enterrarse allí es lo menos malo que puede pasarle a un muerto; y, por esto, cuando la importancia del difunto lo manda, hacen con él viaje desde cualquier distancia; al menos saben que hasta la jeta del khollo no han llegado mis cabrones y obsecuentes desemejantes: los ñiñitos. En los novilunios las resacas se aproximan tanto, que lamen las cruces, y, veces, cargan con la tierra que cubre los despojos. Es frecuente encontrar que trasladen a él sus nidos tuitikus y lekhelekhes; bien que no para hacer nido, allí se apaguen esas chismosas de las chiaraumas, tan aficionadas a desacreditar a las imillas, como a los gusanitos gordos, que son las criaturas de nuestros pogres muertos.

Pero, eso nada, nada... Plantón, campanero, epíscopo, suele verse al Tata-Waksallu, crucificado en la cruz de su pata, como quien está clavado de patas en la cruz, que desovilla y ovilla sus khaitus trascendentales, mientras en la nuca le juguetea la brisa, peinando su pelo de hallu-pekhe, o agitando sus dos sedeñas plumitas, que si tan lindas y finas en las garzas son adorno caro de hembras caras; en él ornamento de filósofos atontados. ¡Vieran, si no serán para admirarse las desazones de este pekharro cuando la volátil población invade sus refugios y se tornan alharaca a que sólo escopetazo podría poner punto final! Hace como quien va a alzar el vuelo; azorado se mueve; ya se dispone a tender los traposos alones; se acurruca en el plumón, como si por él pretendiera escurrirse; mira con un su ojo, y no le cree, que, luego, mira con el otro, y tampoco le cree a ése; y ya su desconcierto parece aconsejarle plantar el pico: no sabe lo que se pesca. Busca, y no halla; resuelve mudarse, y se queda; quedo, se apresta al vuelo. Y es el de hacer y no hacer; el de ir o no ir. En dos palabras: la doctora. Cuanto se le saca de su acuática filosofía, es que hierve en ganas de romperse el alma, pero ya las ganas se le rompen; y que hervirá en gusanos, y por los gusanos (como cualquier cadáver); hasta tanto las parvadas emprendan vuelo y se alejen en dirección a los totorales.

Sólo entonces volverá por su ánima:

—¡Wakak! ¡Wakak!...

Y esto horas de horas, mismito el Chullpa, para quedarse, luego, opa. Téngalo por hecho: su chullpa-tullu hablará más.

—¡Guaa!... ¿Hablará?...

—Es uno, cínico, o tímido, que habla sólo para adentro, y solo. ¿No les parece que en América hay ya otra América que este pajarraco entre zonzo y crucificado?

Pero, la tiola me dice:

—Misticho: ¡guá!... No seas sonso; enterráte acá...

—Créeme, tiolay, —la babeo— sin eso del Tatakora, aurita mismo... Y dicho, así, casi que se me cae el moco...

—Pobre imilla: su almita no ha de penar. Cuando más akhollpachadita se esté en la tierra; la tinkhemos, llorando, como a las papas en año seco; y todos, cada uno por su camino, humo... Sacará sus grandotes brazos el Achachila; la mirará con sus ojos verdes,

babeando; y cargará con ella al fondo del 'Titikaka; porque, esta pogresita imilla, bueno, era, como tú, su hija del Achachila. ¡Pobre imilla: no pinará!...

Pegada a dorado rescoldo, walteada en sus oropeles la tarde, avanzaba el cortejo en dirección a Pukha-khollo. Las tawakus de Hichu-marka, como el Waksallu en el plumón arrebuajadas en los amplios y negros phullus de luto, liláceas, adoloridas, sus desveladas mascaritas de thanthaguagua, lloran a la palomita sacrificada; si bien callan al ukhumari que por malquererla la había llevado a la muerte cuando la vid se ponía dulce para ella y a mi me hacía zurroneos con su mielura.

Entre remolinos de oro avanzaba caballería por el camino.

—¡Pogre imilla!... ¿Tu mamita te habrá contado, no?... Yo te la estaba guardando, ñiiitu; porque la imilla era mistisa como tú. Mi hija no era: la "señora" me dio para criar. Era hija del Pegros. ¡Ese años no más tiene la culpa!... No sé qué no más lo harían al Pegros... ¿Tu mamita te habrá contado, no?...

Sí, niña querida; la imilla era hija de la "Señora". Pero, cómo no más el bandiro del Pegros la sacaría esa guagua, que ni el olor a Pegro quedó en la Sacristía para contar la historia de su crisma...

He aquí que el kharabotas era el de la caballería, el Pegrito kharabotas; de ojos azules, chamarra y pantalón de cordellate, sombrero de panza-de burro con barboquejo. Y que si khalapata, se ajusta polainas de vaquero que le suben bien cerca los lobanillos; aunque la su kunturina nariz y sus pómulos de piegra, vayan ñerdeándose con el azul de cielo de sus ojos. Elay: como ya la imilla está abrigada en el sepulcro, y a nada más le mandó la "señora", deposita el tributo materno de flores mistis en el montoncito de tierra india.

Y eso todo lo que vi y oí, querida niña. Pero es que no habían callado las sordas paletadas de tierra que cubren el amado y ofendido cuerpo, cuando, estruendo que ensordece, vuelven khellwas y lekelekes, y voltejean sobre el montoncito de cruces y el apuñalado puñado de hichumarkas que llora por la imilla destripada en el suelo, a causa del cielo.

Lindo punto final para la imilla-mistisa. ¿Qué pensará el Pegrito? El, nó hijo de la "señora"; sí de algún "señor" Pegro oculto en sus ojos azules.

Pogre del Pegrito... Aunque no se ha muerto; también le mató América.

* * *

Qué despanzurrar de piojos, no?

Un mundo moreno llevarán los ojos azules del Pegrito y ese moreno mundo será el Crucificado de su sangre. Mirará cruces de sangre en las kharabotas; que nó wili-thika, wilakrusata, en el sombrero de panza-de-burro con barboquejo; que de metal botones en su chamarra de cordellate, nó; si hasta en las cobrizas manos le brotarán crucesitas de sangre. De sangre cruces en el cielo; cruz la luz; la sombra cruz; en el tañido de la campanita de la capilla en vez de ¡talanes! cruces... El piojo de la cruz le morderá ofendido el hocico cuando pretenda subir al Calvario a probar la boca de las khalas.

Todo sangre inocente, niña querida. Sangre en el frac, en la chistera, el Padrenuestro, la Mamitasantisíma, en la thatanguagua; y también, helada y tiritando, en la sonrisa aplastada por la muerte la sangre india, de rodillas, humillada: ¡hacha-tata; ampe, kholi-tata!...

Mírale ahora, si, viejo ya, y rodeado de lo que en las aldeas se llama "el respeto de la sociedad", y es sólo la suciedad de los mistichos, se murió el abogado don José María Cristal: hombre chuñu, de modales thuntas, harinosos, genuflexos; se expresaba con vocesitas ahiladas, en frases de kaitu de wikuña; y con miedo de que no le fuesen a oler a su mama oculta en la suela del su wisku, caminaba como el tiutiku en la espuma del totoral. Si menos era cristiano que leva de fantasía y dos pantalones con flautones. Y, así, y todo, sin recato, fue lo que quiso: prefecto del departamento, diputado, juez de primera instancia, y, al último, hasta finar, y con vitalicias prebendas, vocal de la corte superior de justicia. Y de qué Justicia no me dirás ustedes: del que se gana en ganas el cogotudo y en pocilga lo embute al pogre Pegrito.

Mas, acabósele todo; hasta el vidriado del apelativo.

En su gélido lecho se estiró con sus cintajos: sintilla-pinta. Una, roja, con medalla de plata; verde, la otra, con medalla de cobre, en la fúnebre capilla es cuanto se reclama de su magistratura y dignidades de cofrade del santo sepulcro. Los que bien le conocimos, y quienes sin conocerle puedan leer sus codicilos, tendremos curiosidad por saber de cuáles petacas procedía la fortuna de don José María. ¿Don José María era don José María? Nunca permitiera violaciones en el **Sancto Sanctorum** de su origen. Pero, yo me sé que don José María, nó don José María Cristal: era don José María Khespe.

Un día se dijo don José María Khespe:

—¿A dó irás, José María, con este calandrajo de remoquete? ¡Suprímelo!... Que no en el Imperio de los Inkas; éste el Imperio del Mistichu. Apellíndente las gentes: Cristal, Espejo, o Vidrio...

Así vino al mundo el abogado don José María Cristal; a quien el Khespe indio suministraría virtudes de tenacidad de cristal de roca en no menos berroqueña y aguantadora inesencia. Y si sobriedades de Chuhwa, ya no la untuosa vaselina de los pongos de levita. Por eso sus "Memorias" serán un día la memoria de los desmemoriados...

Veamos si alguna luz proyectan las castellanistas...

MEMORIAS DEL DOCTOR JOSÉ MARÍA CRISTAL

.....

"A ciencia cierta [dice] no ignoro que soy indio; pero cuando a solas a mi conciencia encaro, me reprendo, y me digo, que bien pude no ser tan del todo; ya que mi madre..."

Y, allí, suspensivos que nos suspenden: "Ya que mi madre..."
¿Qué haría su pogre madre para que este Cristal más sonara a tiesto?

En otro, no menos indecente lugar, aunque pávidamente dantesco, agrega:

"¿Por qué tiemblo ante los hombres violentos? No lo sé. Todo vozarrón me suena agrio; huéleme a verga. ¿Serás más que un castellanista, (doctora Crestala)? Cuando por las calles te arrastran y patean; te... Nó: ¡No soy Indio! Siento que cuando tratamiento tal disciernen al ponguito es a mí a quien buscan escarnecer y someter.

¿Es que no debo vomitar las hezes de tales estúpidos innatos estados de la conciencia? Vine a la vida no a llorar con los ojos de mi madre; sino a karrakuskear (como dicen los kharawaktas) con los ajos de mi padre; que ajudo debió ser lo saco de cómo a mí me ajean las crinolinas. ¡Si callas, sangre mía; ajea, corazón!

O, de nó, resígnate a ésto:

"—¡Indio bribón; posma! ¡Carga! Carga, bestia...

"Arre, arre, borrico. Y el borrico, lleve guantes, o sobre usutas vaya, carga y arrea la cruz del doctor Cristal. ¿Fue, acaso, mi destino el del borrico? Nó; mil veces, nó.

"Subiré; así tenga que hacerlo de rodillas".

Y en las rodillas se paraba el pogre.

"27 de Agosto de 189... Día puerco, doctor Cristal. Era tan jovenzuelo entonces... Fundación del Virrey M...; escudo con sinoples, gules, azar y águila rampante, nobiliaria ciudad de mis querencias, en uno de cuyos ruines arrabales, vecino de los juanetes de cierto fidalgo de malos tuétanos, pero que había engendrado la creatura más delicada y tierna que abrióse pétalo bajo el cielo, se alzaba el bohío de la indígena madre mía. De este trasunto de gentilezas tuve la avilantez de prendarme hasta dó acaba la racionalidad del ser humano. Día puerco, el demonio de la rodilla me indujo a decirla no sé qué mendicante palabreja de adoración. Ah, de pétalos de esa linda corola estaba tejido el látigo que mancilló mi lomo y ennublecíó mi vida.

"—¡Indio atrevido! ¡Indio de m...!

"Del corral de esos labios fue mi "eme"... Sólo Dios en su infinita misericordia, sabe si me costó vivir dentro de "emes". Por eso, cuando aferré el pergamino que me volvía gringo, dos litros de pepitas de oro de Kutimpu, junto a bártulos sin raza, embutí en la maleta del turista, y me eché a hollar caminos, a manera de mi paisano el gran trotamundos don Bustamante (Q. D. D. G.); y a los cosos marchéme del Africa, donde compré, a peso de oro, la dulce Gretchen con quien de bracero devolví a las gentes partes alícuotas de la corralera "eme", ya dicha".

.....

"**Mea culpa.** Amigos canallas que me halagais generosos. Acabó la farsa. He muerto. Sabedlo ahora: ¡Soy Un Indio! Y vosotras, adoradas hijas de mi alma: perdonad a vuestro padre infeliz. Cuando leais estas Memorias, estaré muerto en vuestros ojos vivos. Os oigo reprocharme entre lágrimas: "No debiste engendrarnos, si eras indio!". Sí, guagüitas mías; lo sé. Pero, esa "eme" la causante de todo..."

EL SUEÑO DE UN VIDRIO

"He soñado. Camino desnudo por desfiladero que obstruyen dólmenes, menhires, bloques graníticos, labrados sabe Chápiro en qué lejanas edades y que acaso escupió la tierra debido a cataclismos también inmemoriales. Y, allí, súbitamente, se me presenta Su Ilustrísima el Señor Obispo, que al verme no sabe reprimir grito de alegría.

"—¡Mi don José María!... Gracias, Santísimo Sacramento: nos hemos salvado. ¿Usted conoce el camino, verdad?

"—Verdad, Ilustrísimo Señor.

"—Guíenos, por las llagas de Cristo...

"—Esto... No; no conozco el camino, Ilustrísimo Señor...

"—Pero, si voacé es aborígen; el hidalgo conoce estos caminos.

"Debo anotar que las palabras las entendía por literación directa, como dicen los filólogos; y que a más las dignidades del jerarca, tenía perdido todo recuerdo de índole religiosa.

"—Acaso vecino de Borinquen o Barquisemeto, Monseñor; que nó aborígen. Pero, malhora haya (su puerco chukchu); si su Reverencia ha perdido el alma, o la faltriquera, sea hidalgo, y confiéselo; que le guiaré hasta hallarles, enjutos o en retales.

"—Tú nos salvarás, Virgen Santa!

"—¡Cargue, cargue en la jumenta, Monseñor! Si virgen le salva, ¿para qué el doctor Cristal?

"—¡Señor; que nos abandonas!

"—Que no quiero folloncicos, Señoría; y si me respeta, como debe, el título; que en este desierto no le abandonaré, esté seguro. Sígame.

"He aquí que el Señor Obispo me detiene cuando habíamos avanzado no poco camino.

"—¡Mi don José María de mis pecados! ¿Qué es esto, doctor Cristal? Por Dios, que va desnudo el cristiano... Por lo menos trata de cubrirse eso...

"Escudriño eso, que en tanta monta escandaliza al Prelado; pero... No entiendo. No faltaba más: me parece natural y de mundo. Iba a decirle que a él no menos le ennoblecería si pudiese ir desnudo como yo iba; mas ya, sacándola del mangón del hábito, me alarga una hoja de parra.

"—Póngasela, mi don José María: es de nuestro Padre Adán.

"¡Voto a...! Maravilla, que si me sienta de perilla; y con el relente de los nevados que me picaba picazas.

"—Que me queda de perilla, Ilustrísima —le digo—; y gracias por su amiguísima solicitud. Pero, Su Ilustrísima ¿sería gentil y revelarme de qué medio se ha valido para llevar consigo tan preciosa prenda? Habrá tenido que privar de ella a ese su Padre Adán; o acaso a su gentil esposa...

Por mí, y a ser yo su Reverencia, tiraba hopalandas y me prendía tan sobrio e higiénico trapillo; mostrando así al humano gremio, en qué medida la Hoja de Parra no vistió a ese Adán; que le desvistió. Si allí se vino a saber que no pocas las inmundicias deque le habían hecho. Piense, Reverendo, en qué escala cargará podredumbres el hombre, cuando de tan varia cobertura requiere; si a las vistas con ellas persigue quitarse de los ojos lo ruin y puerco que sabe es. Así, sépase de aquí para adelante, Reverendo, que el vestido no viste. Y tan que no viste, que si por algo sabemos que el hombre se horroriza del hombre, es por él, que, al cubrirle, le persuade sólo que aquel a quien cubre es de suciedades indignas de las suyas propias. Desnúdese, vuestra reverencia, y desnude a su Esposa; y nunca estareis mejor vestidos. Eso, si sois limpios...

"Mirábame estupefacto.

"—¡Pecador de mí!... Dé yo crédito a mis oídos ni a mis ojos... ¿Es mi amigo José María Cristal, quien me habló, y va, así, vestido a la adamita? Os tuve por magistrado sabio; mas nó por lenguaraz khalato.

Bien veo que vestís barba y habla de ese fino y peregrino modo por algo que os sonroja mostrar...

"Sigue el **footing**.

"No ha menester le hable para que el Obispo me entienda; si, con mirarme a los ojos, en ellos le guía la espía; tanto que arrebujaado en esta confianza deja temblores y a mi lado avanza con ánimos briosos. Pronto nos insumimos en la Caverna paleolítica. Oscuridad plena en ella si un a modo de estilete de luz no le rompiera el aire "escuro" (con el dicho tan amable al tortolito del Duruelo). El Prelado se lamenta y sofoca. De extremo al otro pasa bullidor arroyuelo haciendo espumarajos. De pronto las moles se animan, rebrillean, se tiemblan y nos tiemblan. Y lo que es muerta piedra se torna viva carne, si bien asquerosísima. Sapos mastuerzos son, que, empavorecidos, nos miran y para huírnos se asen de las paredes, unos en los otros húndense las garras, porfiando por tan torpe modo alcanzar la bóveda. La visión es demoníaca pesadilla. El prelado se derrumba y clama con desesperadas voces.

"—¡Señor!... ¡Señor!...

"Me ofende la astenia del infeliz.

"—Señor doctor —le corrijo—. ¿Tan pocos ánimos, Ilustrísima? A su lado estoy; que le amparo; que le velo y le acorro. Y si no me desdoctora (¡Jaa!), le sacaré con bien el alma, o la piel, a falta de aquélla, si ellas de algo le valieran aún...

"Se arrastra, enloquecido, y gana el boquete.

"Le sigo. Vientre revuelto de volcán sacude la Caverna paleolítica (entiéndame el discreto, que decir eso para letrado es iletradura manifiesta; empero, tal la percepción que de las cosas lograra en ése onírico transporte; no sea me juzgue sandio y analfabeto, que poseo título y aún título crédito de sabio). Tiemblan las estructuras montescas, digo; y se desprenden peñascos. La sensación anoto finalmente que a su finar llegó la vida. Cuando a mi vez gano dintel, ¡horror! Espectáculo que ojo humano columbró hiere mis órganos visuales. Fieras terciarias han brotado del seno de la tierra, y, jadeantes, a espera de aplastar a ésa de micos pareja, pues violamos su multimilenario secreto, impacientes y rabiosas, frente al boquete están. La hora de, entre los fantasmales molares, acabar, es llegada. El Prelado

mascullo de pecatus y pacatas, y no menos de petacas, (digo de pakahakhes), sobre las rodillas cae, cual si so ellas se anacimara, y ya, a hinojos, unce la testa, golpeando desesperado sus pechos.

"¿Llora? Veo le burbujea salivilla, por la color hepática, y que como gurugúa:

—¡**Miserere, Domine!**... ¡**Miserere, Domine!**...

"Bien le huelo que ante lo inevitable la postrer merced que de ese **Domine** aguarda, es pasar, si alcanzar a los intestinos brutos no tiene enmienda, si no liviano, aliviando con su olor de santidad los acres que allí deben reinar.

"¿Yo?... ¡Correr! ¡Correr!... (¿Correr, nayaba?... ¡Guá!...) ¿Adónde? Tiemblo. ¿Herir esos bestiales blindajes de plutonio? Mientras rechúpanse babosas lenguas, fantasmales ojos acribillan. Todo fue (para la doctora Crestala) alcanzar el límite, que el planeta se desmorona (y con amargas violencias de bombo indio que en la noche bombea, golpéale el corazón). Angustia me estrangula; voz me ronca en estertor. Ya no sé si pienso o algo, que muerde la vena, se va en derramas. Mas, he aquí todo: llegóme el definitivo final. Tal se rompiera (phuyu) mi asadura, de pronto a borbotones máname el recuerdo de mi Catecismo, y se pone (a inkarme) en la Cruz la Espina Santísima, la que limpia pecados, y con ellos carga, sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que veo las fojas manoseadas del Divino Breviario, y ya su piadosa mano siento henirme en las apelmazadas entrañas...

"A mi vez, como el Reverendo, clamo con angustiada contrición:

"—¡Recibe mi alma, Jesús mío! ¡Ten piedad y derrama tu misericordia!... ¡Piedad, piedad, (tatay!)...

"Vocesilla casi inaudible:

"—¡José María!... ¡Josesmarías!...

"(¿Josesmarías?, ¿ja? ¿ja?... ¡Josesmarías!...)

"—¿Quién, quién eres?... ¿Tú, Jesús mío?...

"—¿No me reconoces, Josesmarías?...

"Las descomunales bestias se disponen al asalto. Cierro los ojos.

"—¡Josesmarías!...

"¿Quién se ensaliva en mi voz, Jesús mío?...

"Espero la dentellada o pata ciclópea que sobre mí caiga.

"—¡Que se haga tu voluntad, Santo Cielo!...

"La vocesilla:

"—¡Miserable Vidrio!... Mira: te engullirán sin percatarse que tragaron hombre. ¡Alza, levanta la cabeza, Josesmarías!... ¿No me reconoces?... ¡Miserable Vidrio! ¡Soy la guagua de Mama-Liuka: soy Josesmarías Khespe!... ¡Míralos, ya, Hakhe-Runa; míralos a los ojos, Khala Rumi!... No tiembles: yo haré lo demás...

"¡Soy Khespe! ¡Soy Khespe! ¡Soy Khespe!...

"Lo comprendo.

"(—¡Imántame, oh, dulce cúspide del beso, que imanta las estrellas!...)

"Mi Chullpa-tullu fosforesce; y se disparan de mis ojos haces de rayos que sacuden a las bestias, las hacen recular, aterrorízanlas, braman, y, finalmente, arrastrando las desvencijadas ancas, huyen.

"¿Nayaha?... Respiro... Lejos ya, se inmovilizan: son las montañas.

"Late vocesilla en mis trémulos labios: ¡tic-tac-tic-tac-tic-tac! ¡Nayaha, Khespe! ¡Naya Khespe! ¡Khespe nayaha!...

"¿Te has resucitado, vidrio sonso?".

.....

He aquí otra de las febricitantes páginas de esas Memorias: "Visito la Virreynal ciudad de los Degolladores del Tawantinsuyu; y, en rueda de amigotes, y con no velada, declarada por tanto, volteriana y ricardopalmesca galanura, me refieren anécdota del sabio **Lunarejo**, barrendero que fue del Convento de Agustinos de la ciudad del Khoskho, y que por uno de esos volapiés que el viento suele darle a la vida, resultó la mayor lumbrera de púlpito de éstos, no por fenecidos, menos, aún hoy, dolorosos tiempos, y se recuerda y admira como acaso el hablista más fino que el hispano produjo entre los cerdudos indios, a zaga de tantos sedeños barbones de híspido caletre, pero que albardearon su mesnada con lazos de trencilla ovina y sin mitones.

"—Es el caso, tataku —me dicen—, que predicaba en la Basílica del Cuzco ante lo más linajudo de la sociedad de encomenderos coloniales, no menos que ante lo ferido y abatanado de la nobleza inkásika, uno de sus famosos sermones de las "Siete Palabras"..., famosos, de tan oídos que le fueron. Y, cuando, en un puño suspenso su auditorio, se

arrebataba en el giro relampagueante y gorgorino, calló, tan en seco, que si se le quedaron mirando ojos que se saltaban de sí mismos, presto se oyeron sonar sus alientos.

"¡Guá!... ¡Guá!...

"—¿Que se calló el chokllopokhocho del Inka?...

"El Lunarejo, entanto, patético, circunflexo, y en drama, oteaba hacia donde una indiesuca por abrirse paso, para allegarse al púlpito, hacía esfuerzos, menos a codazos que sudando entre los apretones que la daba hasta hacerla hipar la abigarrada barra de señoretas.

"Allí, alzada su voz, abajado el señorío, **El Lunarejo** pidió una caridad:

"—Vuestras señorías, por caridad: hacedme merced de abrir paso a esa indiecita: ¡es mi madre!...

"¡Flauta de cholo!... Mi madre: ésa, que si bien no entenderá palabra, quiere oirme: ¡esa indiecita, mi madre!...

"Para badajos, tata Lunarejo, los tuyos; por algo eres, hoy aún, lunar de la cholería".

.....

"Hijas mías: Mama Liuka fue vuestra abuelita. Rezadla; no, por causa alguna, la deis al olvido. Suya la fortuna que en manos de mi dulce gringuita, vuestra madre, para vosotras dejo. Nunca la viera nadie en los salones ni la mesa del hogar. La fregona fue; la cocinera mugrienta; la homildosa mandadera.

"Si mi recuerdo no os inspira reugnancia, que unais al mío su nombre, y que la bendigais, para que mis tristes huesos alivien la amargura con que a la tumba llegan. Sólo vuestra candidez la compense de la (ella sí repugnante) vergüenza con que la privé el derecho de oirse llamar por su hijo, el doctor Cristal, como con tanta ternura por el llokhallo Josesmarías Khespe: ¡Mamay!... ¡Mamitay!...

"—¡Vámonos, mama Liuka!..."

¡Jüera, estamos jurirus, doctora Crestala; ya no tienes usted otra compañera que la pogre!

.....

Elay, a lo último, solito... Minutos há, el Prefecto y Su Ilustrísima, se postraron ante el catafalco y, a juzgar de sus t i u k e o s, elevaron preces al cielo por el eterno descanso del arrepentido Vidrio. Pero, tras la ostentosa visita...

Ya las "Memorias" del doctor Cristal se crispan, retortijan, rechinan, en los ensortijados deditos de las señoritas Cristal.

—¿Por qué nos engendraste si eras indio?...

Repróchalas la francesita. Por su imaginación de humilde hortera afro-hamburguesa-parisina, pasa milunanochesco relampagueo: ¡Mama Liuka, poseedora de fabulosa fortuna, que, avaros, retuvieron durante siglos los chullpares de Kutimpu; heredera de la sangre y de la ultrajada nobleza de Wayna Khapak, el Gran Emperador!

—¡**Mon cuoer!**... ¡Un Inka!... ¡Qué fascinante!... ¡Qué nutritivo!... Pero, como la francesita duerme, y duermen las Ñustas mistisas, el Inka Khespe se atiene a los Khespes: el portero, el pongo, los cholos curdas de la aldea, electoraleros profesionales, alcahuetistas por fatalidad "racial"... En sus labios, sonrisa casi dulce entibia la fría palidez que, piadosa, la muerte tiende en el cobre vahído de la piel, y que las asustadizas llamitas de los cirios, con no menos piedad que metálicos flameos, acarician... Mañana llevarán el cadáver a la Catedral; bajo Palio le recibirá Su Ilustrísima. Y Su Ilustrísima, pagando amistad que el doctor Cristal, si con tobos y cobos satisfizo, achuntó con retobos, dirá el Panegírico. Después... La carroza fúnebre; el doblar de algunas campanas; los pistones con sus lágrimas baratas; algunos, ya no baratos, discursos pistonudos. Luego, el silencio del sepulcro, la noche y el olvido. El olvido más barato que el llanto del pistón.

¡Pogre Inka Vidrio, querida niña! También le mató América.

K H I R K H I L A S

1

Nó; no pudo ser así, niña querida; si mis sueños carecían de pestañas. Estoy acostumbrado a comer lo que me agrada; y nunca en

mis fogones se cocinó algo no gustoso a mi paladar. En la paskhana de los que se trajinan, todos ojos atónitos cuando la hora llegada de la cena era, y en chuhwa atlanta el paskhañero disponía dos esqueletos y alcuza bien provista, con la que sazónaba los esqueleticos y en silencio les devoraba; pues bien que sentía que para deglutir potaje tal, había que poner sentimiento, o el potaje se potearía. Dábame cuenta que el asombro tornaba locos a paskhañantes y paskhañeros; que nunca vieran hombre devorando esqueletos. Me parece que, aún entonces, sus enloquecidos ojos escudriñábanme con miradas que me pegaban sus khausillus. ¡A mí qué! Tampoco en medio del hartazgo había de ponerme a explicar que el esqueleto del Suchi es tanto o más nutritivo que el Suchi mismo; y que sus babosas carnes hacen babas de las barbas. Los paskhañantes, sin embargo, de rato en rato trocaban el asombro en terror; y era cuando los esqueleticos sacaban Chullpaltullus por mis orejas y les hacían pifias; o de no, por uno y otro lados de mis ojos, agitaban sus caudales abanicando unas lágrimas.

—¡Este hombre —se decían— es una locura inkaika; está enlutado, y come muertos!

Nó; no pudo ser así, querida niña.

2

Cuando las wankaras silenciaron, y presumían llachos y lakhos, llegué punto más ni menos a tu festín.

—¡Está el novio!... ¡Que el novio está! —gritaron.

Y a esa voz pinkhollos y phusiris sonaron al unísono. Pero, la novia no estaba... ¡Necios! Allí estabas, niña querida. Naturalmente estabas allí, como en el mukhu el mucílagos; y era la tuya babilla de enloquecer. Decirte ahora que enloquecido había, no es cantarte nuevos harawis, si bien sabes que nadie hubo más loco entonces ni hoy (en ahora) y que la mía era de tus agrios mucílagos locura. Bien que con los siete suspensivos de su lira lo adivinó el poeta; y como tanto te ama, y a mí me ama tanto, a mí me dijo:

—No la mires; que está a punto de llorar...

Y del poeta la suspensiva lira no vio que ya en mí lloraban tus mucílagos.

No olvidaré cuán bella vestida con mis sakhas estabas; si en hubo hay sedas para tu veste; y habrá (en hubo) candidez atlanta en ojo chokña.

Que dije al poeta:

—No olvides que acostumbrado estoy en el agrado; por manera que suspéndete; al menos no te pongas en lágrima. Que bastaráme saber que la haces tu suspendido trémolo para que luego me la coma.

El poeta te pidió dejaras de mirarme; si ya en mí veía inflamados tus mucílagos. Mas no pudo ser así, querida niña. Con liturgías rompiste, abandonaste festines, en los aledaños dejaste las aldehalas, me echaste caudales de tu cauda; y sin más mandaste al palafrenero:

—¡Palafrenero!... Mírale bien; conócele bien: no sea que en la tiniebla de la noche no sepas conocerle. ¡De hoy, a más, éste, y nó otro, el Señor de los Frenos; y sólo al de Él obedecerán los relinchos!...

El relincho triunfal sobre el camino fue, niña querida; mas como ya mis brazos te acunaban, subimos a la impaciente grupa; hiqué espuelas en la yegua albarina; tembláronla las mamas, y sus diamantinos cascos hollaron los ollares oscuros.

—¿Nó locura fue que dejáramos el lago?

—Locura mayúscula, querida niña.

—Vamos a Él; que no querrá morir...

—¡Vamos, vamos a Él, niña querida!...

3

Flotaba el alga de oro cuando el verde Achachila se enamoró de tus ojos, querida niña, y los metió en el lago; pero te vio llegar resplandeciente ciega, y el alga de oro trinó con sus primores:

—¡Piupiu-titit! ¡Piupiu;titit!

Al trinar el alga, trinó el oro; al trinar el oro, trinaron las flautas del viejo Titikaka. Y he aquí que enloquecieron las flautas con el trino; y tus ojos corrían locos y ciegos en sus flautas.

Ciegos me lloraban tus ojos, niña querida:

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

Espera, querida niña. Dame la kuka de tu awicha, niña querida: la mía está insípida. Y jamás dejes de matarme con estrella; que de

estrellas goteará tu mucílago cuando por Él me atumben en la Batalla del Espanto.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

En esta lágrima, querida niña.

4

Comprendo que en el cielo-lago tus ojos miren, niña querida. Yo te conducire sin ojos; que me son maternales sus entrañas. Verás: cuando Mama Margacha, llevándome a la espalda, fajado y sujeto, la pollera se alzó hasta bien cerca del hoyuelo, mostró con beato impudor las rollizas piernas, que presto mordieron el agua y su avidez helada, y, empinándose, tomó asiento en la balsa que nos llevaría a las islas; tú me guiñaste con el lucero que palpitaba entre los celajes y yo absorto te miré con la pupila del agua. Mi madre resistiera a que la india llevara a su llokhallo; pero ni llokhallo ni india lograban fracturarse. Y esa noche, al largor de la travesía, sentí más pezón su ternura y más trigüeño su pezón.

Ay, querida niña: la infancia lo único que acaba nunca para el viejo.

Como soplaban el vientecillo de los totorales, con él llegaban charangueos de Sirenas y la del Waksallu sorda canción de cuna. Y si en el lago de arriba abrasaban las estrellas; en el cielo de abajo arrullaban las urpillas, cuando sentí que no sentía nada... Pero de sentir todo lo vi: sentí el cárdeno de ver el resplandor que escupían mis olas y sus abrasados ojos que escupían estrellas. ¿Lo has olvidado, acaso? Mama Margacha en el regazo me arrullaba, a medio hecha añicos por el sueño; y, piafante, se sacudió el de la velluda mano de algas; dentro las aguas se salió chorreando; tomóme, tan sin tiempo, que tiempo me dejó para chillar; que ya me vi acostado en tu nidal de sakhas y millares de Ispis y Kharachis...

—¡Tirol! —me cantaban— ¡Tirol! ¡Tirol! ¡Tirol! ¡Tirolí! ¡Tirolí!... ¡Tirol! ¡Tirol!...

Cantaban como pheskhus; danzaban como hunkhallas.

Nunca vieran juguete más pogre, niña querida.

Yo te digo, querida niña: le conozco y me conoce; o por conocerme se conoce. Y ése de la mano velluda sabe las usutas que cabalgo. Yo te guiaré, niña querida. Dicen a diario que gatero imperturbable; cuando en verdad gatero imperturbable. Y aunque el frío me acoquine meneo la cabeza y me pongo a Inkár:

—¡Inká! ¡Inká!...

Toda vez que las gotas gatean por mis ojos. Ellas las que gatean, saben que soy el indio que nació estival; y que cuando gatero, me tiran las barbas en Kutimpu, me las zamaquean los Anchanchos, en Sillustani me las bruñen, los Orkos me las peinan, en Tiwanaku me las talan, en el Kosko me las vuelven a quemar, hasta que al último se las comen los chiwankus... No temas; le conozco. Si jamás pierde piojo en la ola que no triture tus mucílagos.

Cómo... ¿Has olvidado, acaso, niña querida? el hombrón de simple corazón y atlético tendón, el que una pierna inválida arrastraba por no se cual balazo que en las montoneras de Cáceres le dieron, cuando de locumbas se ponía bravo, nada sabía que subirme al hombro, darse de cojo a cojear; y cojeando, cojeando, tirarme al lago.

—¿Qué haces allá con esos Werakhochas, Khorí-Puma —me decía—; si acá estás con tus familias?

Le conozco; le conozco. Si él tira de mí y yo tiro de él, querida niña.

H A Y L L I

Hermano en dolores transparentes;
hermano en coléricos fulgores:
¡que me devore, amarga, tu sed!
No mi sed sacien nunca tus olas,
espantoso hermano, Layka-Pillu.
Ya la noche florece soles de oro;
plata anochece en tus solares cálices.
Estoy a una camisa reducido
de cuatro piojos pétreos. Aquí me tiene

reducido la camisa del piojo de tus olas.

Hermano Titakaka;
Layka-Pillu...

* * *

Que el almibar de tu mucílago, niña querida, ya pone amargo el pan. ¿Cómo, la pogre mamala llora, oyes?

—¡Ayayay, guagüitay!

Y el inmenso aeda, yacente, la cruz entre las frías manos, los fríos cirios en los crespones que arden, yacente el sublime lírida, divo mudo, atayachado hablante, poco tiorba y nada de pututu, en estucos, grecas y volutas disolutas, acurrucada el alma. Sin khepi para el viaje, sin mama para amar, sin kuka para el canto, sin khawa en el rescoldo...

—¡Ayayay, guagüitay!

Este también murió de América: ¡ah, muerte de muertos!

Este, vergüenza hubo de su mama y de la Kuka-mama; éste, el que velaba su Achachila y le maldecía piojo. Este, que enmudecer hizo a látigo el látigo de su piojo; y hora el piojo, opa, quebranto es de su lengua, y no la abre: le tapia su boquete de la Chullpa. Con sus lakhatos no danzan Coribantes; nó en su carroña se oye de Pan la mágica Siringa; Hiperión traga lechuga triste... ¿Tañe el Sistro por él, y le plañe, la Ninfa, hija de Peneo?... ¡Nii!... Pero menos que el divino Febo le ceda su laurel. ¿La Medusa le petrificó montaña? Ni el Dragón que no duerme, ni las doradas Hespérides, maceran para él en oro el jugo de las pomas de oro. ¿Euterpe le fermenta? ¿Melpómene le sufre? ¿Canta para él la dulce Erato? La magna Tritonia no le sabe; la pródiga Hipocrene no le nutre... Y nunca quiso ver que en la Pakcha estaban las Sirenas; y en el charango de las Sirenas las canciones.

—¡Ayayay, guagüitay!

Mendigo: mendigas oros y te rinde el oro.

Nó tuya la cupa. Fueron el miedo al indio y el miedo del indio; miedo a tu madre y el miedo de tu madre.

.....

H A Y L L I

Lupi-tata, challwa y lago, ahóganse en destellos.
Eléctrico kheñula chispea entre las olas.
De pie en la thusa rauda, el challwero verde,
singla; rompe el cristal; dispara la mahaña.
Mas, instantáneo Khesti, con náutica maniobra,
húrtale el arpón... En el chispeante cabrilleo
pincelada argentea, vibra, estalla, desaparece.
Los verdes brazos, broncos, ya lakhos chorrean
del líquido Achachila: y rojos, siniestros ojos,
hipnóticos, sangrientos, entre las olas arden...

¡Abríguemos tu calor, Sol, Lupi-tata!
¡Consérvanos al Inka; danos tus Willkapasas!
¡Al Khawiti, los Thunupas, los huevos del Kunturi!

Caldea la fértil khorota del Kookhena.

.....

* * *

Vamos, pues, querida niña; sabes ya si conozco sus caminos. Acá le dejé; acá tiene que estar... Fue mañana de oriflama y estrella; subí al bajel de nube y perla; y El de su bajel tiraba, cuando ya la oriflama se escurría en las olas. Tokhañas eras en el lago de arriba; bramidos yo en el cielo de abajo.

Vamos, pues, niña querida: ¡aquí le dejé; aquí tiene que estar!

* * *

Muerto le traje, querida niña; pero tan alta vida tiene, que muere porque muere...

LA KHORI WASI

I

Te diré, niña querida, aquello fue descomunal; si apenas las aguas nos sorbieron, como si no ésa el ánfora del Titikaka, en hirvientes lavas mis huesos fueron sometidos a cocción, a ratos placentera, mas otros con olor agudo cuanto la conciencia puede sustanciar. Ojos y entrañas, músculos y nervios, éranme destintegrados por el fuego lacustre, en tales modos, que mis formas de hombre desaparecían, y me fueron devueltas las del Puma; pero las que sufro hoy no; las de siempre: rectilíneas, de ángulos duros y lapídeos.

¿Oyes? Vuelve a oír.

—¡EL PEZ DE ORO!...

—¡EL PEZ DE ORO!...

A mis oídos, que palpitaban en el hervor atómico, rompiendo la masa de agua, llegaban fulgores del esquilón de hidrógeno; y ya, entre ellos, vi centellar la piel del Khorí-Challwa, para, luego, tintinear en ascua de oro.

—¡Hossana, el pescador del Puma!...

Impacientes, millares de badajos se gloriaban por su arribo; millares de gargantas secretaban sus hossanas.

—¡Hossana al Khorí-Challwa!

—¡Gloria al Pez!

—¡Hossana al oro que arde!

Atado a su cadena, agitaba paciente rabo, le husmeaba, y le seguía. Hermosa patria aquélla, niña querida. Ya en sedeña guadeja; ya en fulgentes venablos, o en chaskosas cascadas, se filtraban espadas, o torrentes de luz, iluminando un vientre de cristal...

Como el que cosa suya mira, y remira, y del olvido no le saca la traza, aunque siéntela en lo hondo de sus mostos, y sábelas unidas a

ensordecida saliva que le gozquilla, atónito miraba que todo eso mecíase en mis ojos con un olor a cuna.

—¡Khorí-Puma! —me despertó EL PEZ DE ORO—: Mira...

Y vi grupo de challwas de plata, que avanzaba, danzando, danzando, al són de phusas acompasadas al ritmo monotón de los bombos. Danzaban con lindos movimientos, a uno y otro lados, meneando las cabezas, meneando los remos, con un vaiven de péndulo. Y de qué gracia tierna no estaban poseídas las núbiles danzarinas, si tras las temblorosas cadencias eran arrebatadas por el ritmo febril con que venían sus donceles y las embebían en los wayñus. Allí fue que se unieron, y poniendo al centro su orquestina, dentro ellos destacóse hermoso maestro, que una aleta manejaba a manera de batuta; y mientras hacían inmenso rueda, que, en amplios y armoniosos giros, ya se contraía, o dilataba, a una plañeron la vieja cantiga con que arrulla tu montaña.

H A R A W I

Khaipi
wañuskha
llanta
guaguan.

Khaipi
Laykha-kota
Khorí-Challwa.

¿Oyes, niña querida? En el vértigo de la Wayñusiña, se fundían el Agua, el Pez y el Puma.

Nada tardaron en llegar los diminutos Ispis en bullidoras tropas, bailando, a saltitos, al compás de thinyas y pinkhollos, ora en círculos cerrados, ora en abiertas figuras campales; ya vibradoras las aletas; erguidas las cabecitas; uncidos por melodiosas pesadumbres luego; leves ya, temblorosos o saltarines. Enloquecidos por el líquido vértigo, arrebatados por su armónica locura, eran sólo la música redonda.

Pero, he aquí: mira, querida niña; que llegaron los Suchis... Graves, prosopopéyicos, moviendo al unísono los bigotazos; y lo mismo los tráctiles, y se enhiestan en el hocico, fallida cornamenta de rinoceronte, que los otros de ovino. Hiciéronnos una, dos, tres, solemnes secuencias; tal a su vieja aristarquía cabe. Y como en ese punto sonaron las voces ronquillas de las tarkhas, al amor de su melancólica ternura, danzaron el Inti Raymi del Titikaka; y era el suyo mítico mimo en que el hombre del agua bendecía al astro y agradecía su calor.

¡Qué noble apostura la de los Suchis, niña querida! Los Laykhardemos se prodigaron en hacer de su piel el lujo de la pirografía. Dícenles hermanos de los Khairas; y acaso razón no les falta. Pera la del Suchi es piel con la suavidad del vientre de la mamala cuando ya por sus adentros patales la guagua. Y él... ¡qué noble bestia! Si musculoso, el músculo enternecido, y cuando avanza cortando el agua al amor viboresco de las corrientes, tremula, y ya, con brillos de bronce, acero, de warikhollo que arde, en su piel parpadean constelaciones que sofrien la luz y la obligan a culebreantes fugas entre sus barbas. Mas eso nada, o poco; si del Suchi se dice que tiene la inteligencia del oro, aunque, infelizmente, la soberbia también.

Comprendí que en el garbo, la oronda gravedad de los movimientos en sus papadas linajosas, más se ufanaban heráldicas que silenciaba una proverbial adustez, cierta escenográfica flema, si por saberse familiares de EL PEZ DE ORO y verle restituirse al solar de su casta, por lo mismo que callándolo, bien dejaban entrever que tomaban la grandiosa epopeya de su retorno como la mejor cédula de sus viejas prestancias. Por lo que, si algo, en el majestuoso ritmo de su danza, gorgoreaban sororales hogareñas.

Cómo, con sus sabias, tónicas y graves voces de bajo profundo no repetirían la cantiga.

C O R A L

Khaipi
wañuskha
llanta

guaguan.

Khaipi
Laykha-kota
Khorichallwa.

Acompañado de conjunto de Pinkhollos, Khenas y Khenakhenas, que inspirados maestros conducían, vibraban ya los agudos gorjeos de las rondallas, de quienes los ¡Whipa! ¡Whipa! son Wiphala de la Khachwa, apenas los Suchis se habían alejado, llegaron los Mauris. Danzarán como pocos este diminuto bigotudo y cómo saca ventajas a su pizpiriteo serpentino... Por esto no te digas, que no sepa, o no pueda, traducir de los sentimientos el interno y amargado ritmo, si no poco suspenso me tenía verles cursar, al són de los pizzicatos de khenas y pinkhollos, mullidos en silenciosa gracia, que sabe a miel, sin dislocar el vertiginoso ritmo, y si a ratos dábanme impresión de vértigo de burbujas, luego de agigantados vértigos de formas, ritmos y luz, abscónditos y transidos.

¿Es que, acaso, lo máximo es sólo en cuanto mínimo?

¿En qué intersección, en qué misterioso punto, me preguntaba, están la velocidad hierática, el peso ingrávido, y endulzan, sin que por eso dejen de ser amargura, o movimiento? Entendí, niña querida, que el Khorichallwa era el instante dulce de tu hiel; y comido por el hambre de los chullpares, la fauce abrí, y le devoré.

El en mí esté para que tú jamás me dejes; y estando en tan apretado estuche, para siempre será el grandor de los hombres

.....

Sacudían de sus doradas crines el viejo lodo de aquella región de las aguas que nadie conoce de tan introspectiva, profunda y escurridiza, que es, y ya mis pupilas se dilataban con el asombro, pues, entre relinchos y fogaños aletazos, que las hacían burbujear, llegaban las Hipocampos, no como suelen en noches de luna, confundiendo sus crines espumosas con las babazas del totoral, sino en acordadas cofradías, sujetas a director de resplandeciente y melodioso casco... Casi extranjeros en el Titikaka, le habitan sin embargo junto a

inmemoriales sueños. Quién no se detuvo ante la gallardía y el don de ritmo con que sus movimientos conducían. No pocos instantes dejamos de respirar... Así, pusiéronsenos delante; sus músicos harían el caramillo de los Sikus; arrancábanles extraña melodía, y los caballitos lacustres nos brindaron qué recital, maravilloso, no sé si a causa de su noble sentimiento, o del sortilegio que les presta el lodo, de donde para evidenciarnos emergieran que la presencia de EL PEZ DE ORO había sacudido la entraña de la Madre.

Se hallaban deleitosamente entregados a las teorías de su danza, cuando se anunciaron los pequeños y gordetes Khausis, avanzando con ritmo ondulante entre los flecos que filtra el rayo de luz, y, casi desalojándolos, por su parte bailaron enloquecidos wayñus que acompañaban grandiosas orquestaciones de phusiris. Aquello era fiesta en que a momentos el agua parecía henchirse con manojos de valvas que contraían o dilataban sus ondulantes madreperlas...

* * *

Nadie faltara. Presentes aún los entusiastas Khausis; otras familias se anunciaron en el bello homenaje, demostrándonos su júbilo con la danza —que en el Titikaka hay manera de expresarlo que la música, de la cual, la danza, es la forma que habla—; y ya llegaban Khesti-challwas, Umantus, Khonos, Kharachis, en ordenadas capillas coreográficas, vivo testimonio del amor con que los titikakas cultivamos las expresiones emotivas de nuestro pueblo.

Ver, cuando esperaban no verle más, dirigirse al Palacio de Oro, algo fue que embebía de felicidad ojos, corazones y escamas.

Allí las aguas echaron llamaradas, incendióse el vientre de cristal y hervimos todos en el fuego. Tres volcanes habían roto su clausura; y cuando el ulular del inmenso pueblo, y sus danzas, orquestas, khepas, celebraban el Día del Nuevo Nacimiento, escupieron el fuego de su entraña y bramóles el júbilo en el corazón.

—¡Hossana, al que pescó la muerte!

—¡Hossana, al que vuelve a la patria!

Entre el cremor lumíneo, que todo lo abrasaba, se perfilaron las moles eternas de la Khorí-wasi.

Trinó EL PEZ DE ORO, querida niña; trinó con sus viejos primores.

¡Piupiu-titit!

—He aquí —me dijo—; des hoy el Palacio de Oro será la chuklla que perdimos. Yo saludo en ti a su Emperador, el Khoripuma.

¡Piupiu-titit!

Qué cosas las de tu Khorichallwa, niña querida; si el fuego de los volcanes había vuelto en oro humilde el insensato lodo de Puma.

Más que referirte, qué, si muchas sorpresas me esperaban. Cuando el fuego de los cráteres había cedido, el cárdeno se tornaba rosa de agua, vimos al Huturi y, cerca a él, al Tata-Achachila, avanzando para brindarnos la danza del Chatri-Puli. El voluminoso y aurisolar Achachachila sería el músico, que ya embocaba y tañía el khenon benedicto.

Infante aún rendí culto al Huturi, querida niña; de él maravillados eyrais me cantaba Mama Margacha cuando la mascoteaba el ñuñu todavía; vez en el lago vi su cola de fuego; ojos los suyos de carbunclo noche mirándome desde la paka-balsa. Nunca como entonces en su horrible hermosura. La escama de obsidiana hemofúgida; enormes rubís iluminados por el incendio de los totorales, los ojos; sus bigotes de Suchi, fuego contráctil. Y si abría la melodiosa fauce, los colmillos aguzados diamantes... Ya el Tata-Achachila llenaba con su corpachón media laguna, desgranaba primores del Chatri-puli, la serpiente del Titikaka tremuló con flexiones ondulantes, echaba fuego la fauce, era su cuerpo una llamarada, y, poniéndose vertical, comenzó a danzar...

II

Las fiestas al fin pasaron, niña querida. El Khoripuma asumió el gobierno del Imperio. Y lo primero que hizo fue acercarse a su pueblo; sentir de cerca su corazón; cuidar de su comida; velar su reposo; endulzar sus quebrantos. Y como todo pueblo tiene enemigos, por lo mismo que la ciénega es el tumor de las simas, y los tiene dentro como los tiene fuera, el Rey prudente tratará de entender al enemigo antes que majarlo; que a veces con sólo entenderle ya lo maja. El Khoripuma, lo mismo que a los bajos compadece la montaña, y los abriga y

protege con su sombra, gesto airado hizo a los enemigos de su pueblo. Les atrajo a sus modos; penetró en el fondo de sus apetitos; descubrió el resorte de sus sentimientos. Su asombro no fue vil cuando se enteró que buena parte de esos apetitos y malquerencias era susceptible de ser aprovechada en beneficio de la república. Y los enemigos desaparecieron. Es que el Rey prudente tiene que comenzar de algo para entender a su pueblo, y al hombre que ése pueblo forma. Comience por juzgarles buenos, ínste sobre ese principio, fecúndelo, como el jardinero amoroso; que hay flores feas en el vergel que amamanta quien tiene otra cosa que amor en el corazón. Muchos le censuraban sus métodos; mas cuando comprobaron que la amenaza de intranquilidad y los nubarrones de tormenta habíanse desvanecido, tuvieron que inclinarse y admitir que el Rey es rey también para sus enemigos; y que los enemigos de su Gobierno son únicamente amigos quisquillosos, a quienes hay que majar con la mano blanda de la tolerancia que comprende, antes que con la ruda mano que reprende y no entiende. Que esto es tonto en la medida que no parece humano, ciertamente. Pero sólo el gran Rey será capaz de tontería más útil al bienestar de su pueblo. Otro tanto con éste; que todo pueblo es como niño mimado que se queja más por que gusta de la mano que lo engríe. De manera que al pueblo hay que oírle con bondad y respeto; acariciarle con ternura; jamás permitir que por razón alguna, que siempre esas razones serán irracionales y cínicas, sienta frío, o sufra por hambre. Pero, como el buen padre acaricia a su hijo, le mima, le viste, le alimenta, sin que por eso le dé cuanto quiere, que, a veces, más le convenga que darle mermarle. Hacer con los hijos del pueblo, como con los suyos hacen los ricos tontos, no es, ciertamente, amarle; pues crían zánganos que luego acabarán por roer el hueso del pobre.

Comprende que el Rey que así procede, cuando descubre el empecinamiento de los, ya nó enemigos de su autoridad, cuanto enemigos de la república, adquiere el derecho, y no menos la obligación, de suprimirlos; puesto que será insensato si pudiendo, y debiendo, no libra a su pueblo de sus enemigos irreductibles. Y es enemigo del pueblo todo aquel que sobre los de la colectividad considera válidos sus pasiones, enconos y apetitos.

En qué grado te diré que hay deberes iniciales para un Rey comparables a éstos.

* * *

Antes, querida niña, de informarte de cuanto el pueblo de tu Khorí-Challwa siente y padece, y antes aún de enterarte de las extrañas y suntuosas ceremonias que siguieron al arribo de EL PEZ DE ORO; quiero declararte una de las agudas experiencias que me brindó el gobierno del Titikaka.

Allí reinaba —y según el Hake-hake amenazaba con volver a reinar— un espíritu maléfico que existe sólo en la perversidad de sus obras. Le llamaban el Wawaku. Para mí era el pavor de la muerte que se había adueñado de mi pueblo. De él no habría podido dar fe, ciertamente, si el último día de mi estancia bajo las aguas no hubiese quemado la mía el hedor de su sangre. Vivía confundido con el barro de las profundidades; pero tú no discernías cuándo podía ser la gracia de las cosas bellas; a veces la fuerza; la alegría no pocas; si ya vistiendo los tules cándidos de la ternura, y hasta confundido con el alimento que nutre, era la presencia del terror que se había adueñado de mi pueblo, aunque sólo fuese la bestia en quien la bestia estaba empantanada. Si hubo quienes le concedían poderes represivos sobre los vicios, juzgándole un mal necesario.

—El temor que inspira el Wawaku —me dijeron— es freno para la delincuencia.

Considera la temeridad de exceso tal, si el Wawaku viniera a ser más que la animación simbólica de la Muerte. La Muerte, y su terror, implicarían un freno de la Vida...

No poco indignado les argüí, que el freno del vicio es la virtud; que el vicio no puede ser el freno del vicio. El mal no puede ser enemigo del mal. Y que haya quien suelte el pecado para que destroce y devore como el medio de conseguir que la virtud domine, fundamentará el bien en la coexistencia de poderes que nunca tendrán relación, pues, si son, son precisamente porque se repelen. La vida es buena, y sólo buena; o no es buena, en cuyo caso es mala. La vida no

puede ser buena y mala al mismo tiempo. La vida es Vida: ¿cómo podrá ser Muerte?

Y levanté el corazón hasta mi pueblo:

—¡No tiembles, pueblo valiente! Para llegar a ti nadie desciende; que si eres, es porque necesariamente sólo en ti se está en absoluto. Nadie es sino amigo junto a ti. Enraíza en la grandeza de tu virtud y el mal carecerá de gleba donde fructificar. Jamás permitiré que tus amigos reclamen el derecho a la coexistencia; el Rey que consienta en esa fatalidad, es criminal o loco.

Enemigo de la república suele llamarse al enemigo personal del Gobernante; pero el Gobernante como tal no puede tener enemigos: los tiene como individuo. Y hacer de los enemigos individuales enemigos de la república, es constituirse en el más peligroso enemigo público; y eso nó ya de reyes: de lacayos con poder. En una república, ni en el corazón, cabe, por un día, y a título alguno, la coexistencia del anticuerpo: permaneceremos en guerra contra él hasta suprimirlo o nos suprima. No podemos brindarle el amor de nuestro tálamo.

En la vida y en el Imperio sólo la salud y el pueblo; el justo predominio de éste es el único estado saludable para la república y para la vida.

¿Entiendes, Plato?

* * *

Ya el átomo del sonoro palastro había silenciado, el pueblo dejó de danzar, y tu Khorí-Challwa, y no menos su Puma, fueron conducidos al Palacio de Oro.

Qué maravilla en el vientre del Titikaka, niña querida.

¿Si arquitecturas ciclópeas producían pasmo, asombraban escalinatas de purísimo mármol, ónix en arquitrabes, oro en trapezoides, enchapes metálicos en los muros? Aquello, realmente, el Suntur-wasi tallado con cincel de oro en los carbonatos de la montaña. No encaraba el arte de una Edad de Piedra, sino la edad ya crecida del metal; que ver columna metálica, cuadrangular, ya arbórea, en vanos de los lienzos, como para representar puntales del firmamento; y luego profusión de estatuas de línea sobria, que mantenían las manos sobre el

seno, para representar la fecundidad maternal, era comprender que la antigüedad de tan alta construcción se perdía en lejanías del más agudo recuerdo, y que fue de ella que partió el sentido de la habitación, escultura y de toda arquitectónica.

No bien llegados, seguido de los criados reales, avanzó el Gobernador de la suntuosa morada, que era viejo y barbudo Suchi de color de acero; una y varias veces se inclinó en actitud de reverencia y saludo, postrándose, a espera de que le pagase sus m o c h a d a s.

Luego, desplegando arcaico Khara lipichi, leyó:

—El más viejo dignatario de tu servidumbre, oh, Khorí-Puma, ya puede morir bendiciendo sus muchos y pesados años. las penalidades que le impuso la transitoria administración del hogar de tus mayores, desde el cual gobernaron los hijos de la gloriosa estirpe de los Khorí-Pumas, de quien eres la sangre viva que regresa. Sábate, pues, que este suntuoso Palacio fue erigido en edad remota y no existían las aguas que hoy le cubren. Todo él tallado en noble materia está, que sus gárgolas, cariátides, que simbolizan fuerzas de la Naturaleza y glorias de tus Madres, lo mismo que escaños, chapitales, baldosas, son regalo de las ricas canteras, tesoro de nuestra patria, cubiertas hoy por este undoso Titikaka. Hemos tratado de conservarle brillo y grandeza, pues nunca dejamos de confiar que la gloria de nuestros Gobernantes se levantarían de la tumba. Desde hoy eres la cúspide de nuestras libertades, oh, Khorí-Puma; y serán tu voluntad, sabiduría y mansedumbre, ley a que se ajusten nuestra voluntad, sabiduría y mansedumbre. Si estamos seguros que nunca dejarás de inspirarte en el bien de tus hijos, mandarás y te obedeceremos.

El acento comedido, sin que nada hiciera de él humillante y palaciego, con que el viejo dignatario se había expresado, me hizo entender que en la nobleza de esa palabra, dignidad ancestral, hija de gran pueblo, volvía de oscuros senos del Pasado; que sólo los pueblos eminentes, aunque desaparecido hayan del haz del planeta —que no desaparecen—son capaces de infundir tanta majestad a la palabra.

Después de nuevas reverencias nos invitó a avanzar. Que en estas ceremonias protocolares el pueblo no estaba comprendido pensé, no livianamente contrariado. Pero bien pronto mi desasosiego habría de disiparse; si cuando el Khorí-Puma puso pata en el primer escaño de

mármol que da acceso al mirífico recinto; EL PEZ DE ORO batió aletas, cortando las corrientes, encendíalas con su esplendor, volvieron a estentorear argentinas las campanas del agua, y trueno de pueblo hizo temblar la enorme masa líquida.

—¡Wipha! ¡Wipha!

—¡Hallalla, K h o ri - Pu m a!

—¡Hossana al Khorí-Challwa!

—¡Wipha, hijo y padre de tu pueblo!

Vibraban por doquier los metálicos clarines de las khepas; el tamboreteo de los parches era tamborileo de truenos. Y mi corazón, querida niña...

H A Y L L I

¡Bon! ¡Bon!

Bombos

de los ayllus;

latidos

de la tierra...

¡Bon! ¡Bon! ¡Bon!

Así, con la mayor solemnidad, fuimos conducidos a inmenso salón, donde cien amplios trapezoides absorbían dorada luz que permitía, sobre dombos de cristalizados azules y esmeralda, dominar el soberbio panorama de las murallas monolíticas de Saksaywaman, el circular torreón de Khorí-Kancha, el ancho anfiteatro de la Khusipampa, pánico corazón de la Sumak-Llakta. Y todo enjabelgado de feldespatos, ortosas, oro, en misteriosa lianza. Brillaba el bruñido de zócalos, mármoles de la testera, las veinte escalinatas de andesita de un chokña pulido hasta el cristalino del diamante; y en el remate, en peñasco de oro bruto tallado, el trono imperial. Allí nos esperaba la Ulaka de Gobierno. Suchis, Challwas, Umantus, Mauris, Kharachis, Khestis, Khonos, verticales, manteniendo equilibrio con músicos compases. Si al ingresar por ensalmo el silencio se puso de pie en la inmensidad del Tawantinsuyu, cuando, seguido del Khorí-Challwa, ascendí al trono, ensordecedor estruendo lo anegó todo.

—¡Wipha! ¡Wipha!

—¡Hallalla! ¡Hallalla!

Un sueño soñado, niña querida.

Avanzó Khesti, muy joven, de aspecto al mismo tiempo que pulido grave; con solemne entonación, dijo:

—¡Oh, Khorí-Puma!, en mí te mochan los Pasados y veneran la autoridad antigua que alumbra en tu corazón... Condenados al silencio, la muerte enseñoreó nuestro destino; y el dolor que estrangula fue comparable sólo al dolor de los Chullpares. De una sombra, que nadie conociera hasta entonces, se hizo presente la crueldad en la naturaleza de un monstruo que despedazó el Imperio de los Khorí-Pumas y con diente frío devoró nuestra libertad. Hasta los nobles guerreros hicieron gala de servirle, y obedecerle, cayendo sobre los hijos como sobre lodo abyecto. Pero en el pueblo latía —estrella lejana— la esperanza en la Aurora que sigue a la insondable tiniebla. Todo lo dominaban la abyección y el temor, cuando, predicando en el barro evangelio de parto, apareció extraño ser, que el **Puma** era, decían; o el hombre que perseguía la pesca de la Muerte. Este extraño apóstol azotó la oreja del tirano con palabras de fuego; le hizo ver lo repugnante de su despotismo y le avergonzó al notificarle su inevitable desaparición. Los más viles sintieron que nuevo fuego se encendía en la vida; y uno tras el otro, de los viles que le rodeaban, le fueron abandonando. El repugnante tirano supuso solo frente a un pueblo que tenía otra arma para abatirle que su odio; y con él le sitió hasta envenenarle los jugos de la sangre.

"No te emborrache la negra lujuria (díjole ese extraño apóstol); tú serás devorado por la bestia de zarpa de oro, si no devoras la estrella que late en lo más vil de tu inmundicia. Tu guerra será con la estrella".

Y al pueblo, que temblaba, le anunció:

"Cuando el Lago arda, bramen volcanes, y el Khorí-Challwa regrese de la tierra a la tierra, florecerá el corazón del mundo. ¡Estad atentos a un rugido que sacudirá las estructuras del Universo! ¡Temblaréis los vivos y se levantarán los muertos!".

En el lodo de la Madre un día se estremeció estrella tan diminuta que sólo alcanzaba a verla quien la lloraba; pero ella prendió fogata en el corazón de nuestro derrotado pueblo... Que le dejáramos cumplir su deber fue el encargo del misterioso Mensajero, que presto se hundió para siempre en la entraña de los granitos y del oro. Y he aquí que un día la Estrella se alzó en burbuja y desapareció del Titikaka. El sanguinario Enemigo, frío y rencoroso, escurrióse en las sombras, de donde sale, enloquece a quienes le ven; y pregunta si al fin llegó la Estrella para devorarla. ¡Nuestro pueblo tiembla, oh, Khorí-Puma, lleno de zozobra, enloquecido por el miedo! Pero jamás se doblegó su confianza en este día que fuera alimento en la terrible noche... Hemos tratado de mantener el orden en la descaecida república, vivificar sus instituciones, aliviar al pueblo, y mantenerle de pie frente a las tinieblas siniestras de su destino.

¡Permítenos ya ceñirte el Llauto; y ruge, ruge, Khorí-Puma!...

Calló. Con emocionada reverencia inclinóse; y mientras regresaba a su curul, se alzó montaña de clamores que ensordecía, como si, allí, latiese el corazón de todos los hombres del lago y de la tierra, de las Hespérides por lo alto y de las Atlántidas por lo bajo...

—¡Hossana, al Pescador de la Muerte!

—¡Ruge, ruge, Khorí-Puma!

Comprendí que los hijos de este hermoso país eran tan sencillos como generosos; de manera que cuando cedió el estruendo, en recatadas palabras agradecí la emoción con que se nos recibía, sobre todo la sencillez de que era hijo su afiebrado entusiasmo.

—Pero, yo, como individuo —les dije— participo del convencimiento de que si algo debe ser cauto, es, precisamente, la demostración de los sentimientos; que si es sospechoso siempre quien en ella se excede, no será menos el que frío se muestre; ya que si el meloso y genuflexo nos infunde dudas, el otro puede hacernos concebir temor. No deseo con esto se estime por lo bajo el valor del discurso que acabo de oír lleno de asombro. Sé que él fruto es del infortunio que ha sufrido nuestro pueblo; y que si de proyecciones casi sobrenaturales, es porque sobrehumanas fueron las penalidades que vivió la sagrada tierra de nuestras madres. Querría que en homenaje a

mis condiciones modestas, y al fervor humilde con que mi guagua ha servido, y sirve, la causa de mi pueblo, se supriman algunos conceptos, que de darles asidero me turbarían con su misteriosa grandeza. ¡No se oirá el rugido del Khorí-Puma en las lindes del Imperio de la Vida, si en todos y cada uno de los hombres no ruge el oro de nuestro derecho a ella! Nó algunos; todos los titikakas han sido conformados para alcanzar las más altas palpitaciones de la Naturaleza. Cuanto tenemos que exigir es que sientan que poseen un corazón, y que ese corazón es el hogar del poder de su fuerza.

Seamos fuego sólo para la acción: en la palabra ni fuego ni hielo; que sólo la acción sea el fuego de la palabra.

Cuidarse de fríos y calores al hablar es la más laudable demostración de honradez y prudencia. De conformidad con estas normas de la rectitud, en que debe inspirarse toda conciencia sana, me cuidaré de ser con ustedes ni demasiado explícito ni en extremo parco. Y en cuanto al día que debe coronárseme, no permitiré se me atropelle. Ustedes son los dignatarios del pueblo; nó el pueblo. No seré Rey que gobierne para los dignatarios que le rodean. Entonces, les encarezco seguir ejerciendo la autoridad, mientras por mi parte, como simple ciudadano, voy a vivir con el pueblo y trato de conocerle y que él me conozca en cuanto soy, y así pueda comprobar mis virtudes, si halla alguna; y yo conozco sus efectivas necesidades, sopeso sus cualidades y estudio sus defectos. Sólo cuando me haya connaturalizado con mi pueblo, si a él vengo después de larga excursión por otras vidas, aceptaré sus poderes para conducirlo.

Parecióme que mis palabras causaban impresión enaltecedora.

Bajé del solio real; y fui en busca de mi pueblo.

* * *

Cuando señalé día para la imposición del Llautu; y fui exaltado Emperador del Inkario, mi alma estaba con mi pueblo y la suya enternecida con mi fe. Comprobé que Soy en Él y Él es en Mí. Nada me impediría cumplir honestamente mi Destino; y asumir su defensa.

Qué tremenda responsabilidad no fue esta, querida niña. Si tres hijos nos quitan el sueño, dos veces quinientos millones de hijos no

habrán de procurárnoslo. Y gobernar no es acudir al bien de todos, porque ese todos es una abstracción. El Todo se forma de Unos, y en el problema de ése Uno está el problema de todos; por lo que si no se gobierna para el Uno Todos se quedarán sin gobierno. El Gobernante que ve en el pueblo una masa, y no al hombre que forma esa masa, corre el riesgo de confundirle con el rebaño; con lo que él y algunos diocezuelos resultarán más ruines que el zagalejo que mira menos a su hato que a su chita, y en mirando como mira de ella resúltale que ha mirado por el hato. El buen pastor de cabras, dijo el Pastor, da su vida por la cabrita... Te digo que si no puede comprenderlo demostrará incapacidad para el mando, insensibilidad no menos y egoismo; incapacidad, limitación, inconvenientes en escala elevada para quien en todo momento debe poseer la generosidad y diligencia de la vida.

Nuestros antiguos Khorí-Pumas heredaron tal principio de gobierno, y de él tuvieron, por eso, emoción paternal, y es lo mismo te diga que si jamás permitieron que dolor, hambre, enfermedad, se festinaran en ninguno de los hijos de la Patria, que no salieran por el necesitado abandonándolo todo, fue porque su sentimiento de padres del pueblo se alimentaba en el amor con que atiende la madre al sustento del hijo, cuya vida procura con la suya, si por pintarle la mejilla con sangre se queda sin ella... De los pocos cantos épicos de sus Harawikus, que aun se recuerdan, hay uno que exalta esta virtud del Inka, proclamándole padre del huérfano; y es a causa de ser así que en su república el wakchu existía, no podía existir, cuando tan poderoso y bondadoso padre le tenía cerca de su providencia.

Cierto es que fríos y enérgicos se mostraron también; mas sólo con aquello que va contra el bienestar del hombre o la dignidad de la Patria.

¿Que la bondad es perjudicial a veces? no. La bondad nó: no sería bondad. Y, así fuese, la tiranía tiene oportunidad de ser buena nunca. Si el Gobernante cae, caiga ungido por la bondad (así se le dé el ludibrio que se quiera) y no marcado con el crimen. Entre energía y crueldad hay distancia insondable. Enérgico suele llamarse al Gobernante que disponiendo de la fuerza no vacila en emplearla contra el pueblo, que tiene otra arma que su corazón, y, a veces, las más, su hambre. Sostengo que criminal nato, digno del patíbulo. Además, necio; que la

sangre del pueblo no coagula, como la pasión no razona. Y una vez en movimiento ésta y derramada aquélla, pararán hasta ahogar a los sicarios... Enérgico será el Gobernante capaz de amputar la mano del que pretenda hacerle gobernar sobre los cadáveres y el temblor de los hijos de su pueblo.

¿Cómo puede dormir el Jefe de un Estado, banquetearse, holgar, si le hiere la angustia de hogares desguarnecidos, sin pan, sin fuego, sin risas, y mantiene las cárceles repletas de conciudadanos, de quienes, lo mismo que de sus hijos, mujer, padres, hermanos, debe saberse obligados a protegerles, aplicándoles, como los que seguros se están de su fuerza, el trato respetuoso, conciliatorio, benigno, de quien busca conquistar voluntades y no esclavizar enconos? En todo caso, cuando el enemigo político deba ser privado de sus derechos, reducido a prisión, desterrado, el Estado asumirá el sostenimiento de su hogar; pues hay principio jurídico, ni sentido moral, aun en las codificadas zahurdas de las politiquerías hispanoamericanas, que reconozca la facultad de hacer que el Inocente purgue por el que delinquiró. Y el Cacique se cobra los agravios del enemigo político en el hambre de sus hijos; en la carne honesta de su mujer la infamia que le debe...

Sólo el Gobernante bondadoso será capaz de la verdadera energía, la mayor: la del bien. Sabe que no posee poderes sobrenaturales. Pero, aún así, deberá llegar a todos los rincones donde la vida adopta forma humana. Y lo mismo a los estentorosos que a los humildes; a éstos para que dejen su humildad; a los gallos roncós para que abajen la cresta... Tendría que ser naturaleza sin naturaleza la del Gobernante que admita, y propugne, que las desequivalencias inhumanas que hacen del ciudadano humilde el siervo y la bestia de carga, tienen algún objeto útil para el Estado. No por eso cargue la mano ciega sobre aquéllos, menos aún sobre los hijos o la mujer, que por vozarrones que sean, dejan por ello de ser hombres; y es allí donde el hombre comienza que termina el rigor punitivo. Basta al gallo sacarle el apéndice para que logre estatura decente.

Honre al virtuoso, y de esa manera redima de sus errores al que se descarrió; que no hay mejor educación del malo que levantar los pechos de la virtud.

Sin olvidar que el enfermo puede curar si se le administran medicinas simpáticas, cuando es tiempo, antes que reactivos violentos de éstos que cuando no alivian matan, proteja con entraña de hombre al que delinquiró.

Dura cosa es para el Rey obrar como un dios, como no menos dura para los dioses sentir como hombres; mas el Gobernante sepa que tal su duro deber.

...Si fuere dado al Gobernante la honestidad que le obligue guardar contactos personales con su pueblo sin los intermediarios que le rodean, acaso cometería menos errores... El Gobernante, con todo su poder, y a la medida que éste va esculpiendo con la suya personalidad histriónica (infortunio inevitable de la mediocridad ambiciosa), acaba más que en prisionero de los dignatarios que le rodean, a quienes conviene en alto grado limitar su libertad de juicio, las aprehensiones directas de la realidad; y si le truecan en dipsómano de la fatuidad y vértigo de mando, es sólo para valerse de su dipsomanía y festinar a su amparo. El cinismo del mercachifle, el impudor del avesado delincuente, concluyen por serle facetales. Cuando los síntomas de la quiebra se hagan manifiestos, serán los primeros en abandonarle. Y es que los malos dignatarios del Estado, esto es, la mayoría, disfrutan del poder sin pudor, mas rehuyen pudorosos las responsabilidades históricas del Gobierno. ¡Qué necio si vive crédulo de la realidad que le adoban esos dignatarios! Ellos se agitan en el balandro de los intereses transitorios; mientras la realidad en que se debate el Gobernante por necesidad y naturaleza puede ser una realidad efímera.

Casos innumerables me enseñaron que el dignatario ministerial ignora, o hace que ignora, esta tremenda condición; y que jamás sus informes deben merecer fe hasta tanto los hechos vengán a demostrar la autenticidad de su procedencia. Si desde el ujier le hablan de bonanza; desde el ujier le entonan el engañoso laye de la Sirena, que acaba por presumir que el suyo, por suyo, y sin otra razón, es el mejor de los gobiernos de cuantos padeció el pueblo; y el pueblo se retuerce en el abandono y las cadenas. ¡Lo que son los antros policiales!: ¡el crimen festón del crimen!

Más hicieron que embriagarle con el sahumero del halago que acabó convirtiéndole en necio armipotente. En esto se ha de conocer al verdadero Rey; en que es capaz de mantenerse insobornable a la adulación, mayormente si ella de lacayo jerárquico, el más peligroso. Y busca vivir no por ajena experiencia, la vida de su pueblo, sea ella de penuria o abundancia, de satisfacción o descontento. Como el pueblo no adula (es una voluntad múltiple para esas abulías de la personalidad), cuando ama lo demuestra en formas inequívocas. Por lo que el Gobernante que se conoce amado por su pueblo, que no sea en gracia de magnética simpatía, o de sus magnetos de bruto, y siente que merece ese amor, no sólo podrá dormir tranquilo; sí considerarse ciudadano feliz.

Constituye error sarcástico suponer que el pueblo, como para el filósofo la Naturaleza, se expresa en ecuaciones algebraicas. Pueblo es el estado masa de la ciudadanía; y si le rigen funciones fisiológicas, no yerra en lo menor quien afirma que esa masa constituye forma de conciencia que actúa bajo presión de impulsos normativos viscerales. En otras palabras: el pueblo, si bien el que há hambre de pan, ha, igualmente, hambre de justicia, en cuanto la justicia es levadura del pan. Y, así, como, cuanto le regla y dinamiza corresponde a funciones orgánicas, cuando experimenta que el pan que se le suministra no alcanza a nutrirle, pronto sabe que le amasaron sin levadura. Estimaré que le pretenden alimentar con fórmulas, y no con el pan justo y sano que hinche su torrente sanguíneo. El pueblo no elucubra: digiere.

Si hay quien puede mostrar que el mastín a quien su dueño no alimenta, vaga, por tanto, menesteroso y famélico, siente ternura por su propietario, aún tenida cuenta la santa magnanimidad del perro, todo cuanto me brindaron pasadas experiencias, y las de hoy, que son el siempre, y puntualizo, lo abandonaré sin beneficio alguno.

Se ama para vivir y por vivir; y si secreción de salud, el amor se da con mayor afincamiento cuando la salud reclama de la vida perennidad y ahinco; por lo que en el mismo organismo corroído por el morbo es donde atinge con mayores premuras. Han anotado los sabios que el tuberculoso, a medida le agosta la bacteria, sufre angustiosas exigencias sexuales, y lo estiman marcha galopante hacia la muerte. Craso error: ésa la marcha galopante a la vida; pues el enfermo,

(la célula vital es inmune), siente que no la muerte, la renovación le habrá de redimir, y persigue transfundirse, volver a nacer. Sé que todo esto no es fácil de entender aún; mas por eso dejará de entenderse al fin.

Así, pues, se ama en procura de vida; por lo que habrá hombre, o mujer, que ame a quien le mate de hambre. Y los pueblos amarán sólo a los gobernantes que les alimentan y por ellos velan con acierto, que, en este caso, como el pan vitamina de la justicia, el acierto del Gobernante levadura de su pan.

Suena a intrínquilis acaso; pero día sabremos que el buen Gobernante tiene en sí el instinto del poder; si el bellaco, reincide en bellaco, el jefe magnánimo afina cada vez más su genio, y será, a medida se emplee en el gobierno, más dueño de los medios que procuran acierto; de tal manera que aquel que se halle seguro de esta certidumbre cuidará con pulcritud la conservación de su crédito... En otras palabras: el Gobernante que resplandece con los signos de una necesidad, o destino, que es lo mismo, colectivo, ha hecho más que hacer hoy lo que hizo ayer. Y esto nos será fácil de entender, austero Solón; pues sabes tú cuánto vale que el Gobernante haya gobierno sólo si lo hubo antes de nacer...

Conteste el padre que confronta empellón de manada de búfalos y tras su espalda se guarece su hijo. El Gobernante mida en esto en qué magnitud la suya es una responsabilidad con la vida. Y cómo su deber preguntase: ¿soy el llamado a proteger a mi pueblo? ¿puedo hacerlo? ¿quién me enseñará los mejores medios para ese fin? ¿siento que poseo el destino de ese deber? Ciertamente, le dirá su alma —si sabe oírla— sí o nó.

Ese el problema del Gobernante.

El pueblo es una realidad que se nutre; y se para ello le faltan los medios, enloquece, se estupidiza, o revienta.

Sólo el criminal ahíto desprecia a los hambrientos; y si sólo la lluvia de los cielos aplaca el hambre de la tierra, dígase el gobernante, ¿cuál el tamaño de su destino?

* * *

Cuántos asuntos de un interés seductor no se presentaron, niña querida, en la Ulaka de Gobierno. Uno de ellos fue aquel por el que se sostenía que el mandato del Emperador debía ser irrenunciable, si su origen dinasta así lo determinaba; y yo había pedido interpolar en las Leyes del Imperio una, por la cual, el Inka pudiese, en vista de atendibles razones, que bien podían ser de orden concencial, hacer abandono del Llautu.

—¡Oh, Khorí-Puma —dijo el Hiliri de Phokona—; al haber nuestra patria restituído tu linaje a su Gobierno, ha considerado no solamente tus personales virtudes, de las que largas y buenas pruebas nos tienes dadas; ha considerado tus derechos, que son los de tu pueblo. Durante siglos nos gobernamos por los Mayku-Khorí-Pumas; siglos, ciertamente, de nuestra mayor prosperidad. Las tierras se distribuían considerando las necesidades de la familia; cuidando del ciego, el tullido, el manco, la viuda, el huérfano, el anciano, y esto nó por benevolencia o caridad, por función maternal del Estado. Fue entonces que se levantaron las más aguerridas fortalezas, junto a los más recamados palacios. En fin, épocas de tanta plenitud para el Imperio, si inclusive se nos agregaban muchas naciones y se restituía la unidad que habría acabado por hacer de esta tierra lo que otrora: un solo pueblo en beneficio de la vida. Tras no pocos siglos de esclavitud, en los que si bien salimos de la tiranía del Wawaku, fue para caer a manos de gobiernos tontos, y, sobre eso, tiranos, como aquél, nos ha sido devuelta la casta de los Pumas, y en ti a Gobernante sabio y laborioso. ¿Cómo darte disposición legal alguna que te permita de pronto abandonarnos? Poca sensatez revelaría quien sabiendo que la felicidad entró a su casa no la amuralla para que salga más.

Esta la opinión de la Hilakatura.

Mi proyecto establecía, que el Rey del Titikaka debía elegirse entre los ciudadanos virtuosos, conforme a vieja tradición que contraría la doctrina de que el Llautu se obtenía por herencia, si innumerables signos revelan que no pocas veces correspondió al guerrero que cobrara lauros en la difusión civilizadora del Tawantinsuyu. Lo que consideraba altamente emulable.

—Así aprehendido, —les dije, sintetizando mi alegato—, el valor de un Gobernante está en relación a su capacidad de rendimiento; de

manera que cuando flaquean, ¡y por cuántos motivos puede declinar!, su valor flaquea también. Otorgar en este caso el Llautu al hijo, por ser hijo del Gobernante, la tradición secular lo autoriza, y aunque puede justificarse en muchos casos, no es lo más saludable.

Cuando un Gobernante honesto siente que las energías le abandonan, porque se hace viejo, está agotado, o simplemente enfermo, hay que hacer honor a su honestidad; ya que imponerle que en esas condiciones permanezca es obligarle a situación dañina; que no será él quien gobierne, sino los parásitos que le rodean. Y más los enanos que los gigantes. ¿Tiene derecho a estar enfermo un Gobernante? No sostendréis que el General puede dirigir la batalla desde el lecho a que su arterioesclerosis le haya reducido. La conducción de una república se diferencia de la conducción de la batalla en que posee carácter permanente y el Jefe del Estado debe hallarse a la cabeza de sus problemas, y nó en la retaguardia, o el hospital. No la débil que os someto; os pediría más bien Ley que faculte al pueblo mandar al Gobernante a la vida privada cuando evidencie signos de cansancio y botedad. Nada más pernicioso que el gobierno ejercido detrás de un gobernante destruído; y hay regímenes más frecuentes que estos. Al gobierno hay que llegar con todas las energías, sabiendo que el gobierno acabará con ellas.

Respeto y venero la experiencia; escucho lleno de humildad la sabiduría del viejo... Pero, creo sólo en la rectitud de los jóvenes; y esto porque observo que la vida se magnifica por senecta, sí por floral y juvenil. Los jóvenes traen con ellos no solamente la sabiduría del Pasado; poseen la dinámica de la sabiduría; la capacidad creadora y de acción de la sabiduría. Y es que cuanto en el decurso de los años se acumula es una experiencia no personal; es acumulación de experiencias. Y juzgado esto de conformidad con los sencillos principios de la acumulación de la energía, se viene a saber que la energía acumulada es nó una energía, sino la energía. Cuanto el joven trae nó la experiencia de sus padres, o la suya, inmadura, individual, y aplicaría a la administración de los intereses públicos con juvenil osadía y temeridad. No. La suya experiencia secular, si es de las experiencias de la vida, las cuales, si quereis verlo, viven las de todas sus creaturas. Así —retenedlo— el hombre más viejo cuando más joven; por lo que

juventud, autoridad en acción. Ese el sentido dinámico del deber, que es poder. La acción es el hecho del esquema; pero todo esquema reproduce acciones que generaron acciones. Tal vez algún día me entenderéis lo que con esto quiero deciros; mas adelante ahora que cuanto nos es dable en acción que crea, ordena, y hasta modifica, está dentro y no fuera de las cosas.

La juventud del hijo es la verdadera experiencia para el padre; no lo contrario, como hasta hoy tan neciamente se sostiene. Si por algo se atasca la marcha del hombre es porque no se ha querido reconocer que el padre es el hijo de su hijo. He aquí que cuando nuestros medios de conocer se afinen veremos la profundidad de la experiencia en el embrión que h o y prende, pues ese prendimiento acredita que ha orendido en actualidad el pasado de la vida; que con el hijo nace del padre el abuelo.

Pongamos pronta el destino de la batalla en manos ágiles y firmes; no pretendamos nos guíe el anciano que termula, que es obligarle a ser joven antes de tiempo, cuando –como es fácil verle– lo que desea, gatear de nuevo y de nuevo volver a los pininos. Se es joven no para adquirir la experiencia de los viejos actuales; porque se posee la experiencia en poder de acción. Y es que en el joven la vida urge por volcar sus viejas y sabias cornucopias. Si no esto, la juventud sería un error de la vida; y no, toda juventud profundiza la vida.

Haced que de acá se desprendan las razones por qué sostengo que las condiciones de la sucesión deben merecernos preferencias delicadas. El hombre conquiste con sus virtudes el derecho al trono; no el trono por sus virtudes al hombre. Vereis en mi actitud una manera de dificultar al Príncipe el arribo al sitial, que, por mis años, ya parece corresponderle. Ciertamente, le amo mucho para desear se halle entre los gobernantes a quienes corresponde el trono, cuando ellos no corresponden al trono. Obtenga el Khorí-Challwa el llautu por sus méritos; y sólo así sea el ungido para el llautu...

Desestimó la Ulakha mi proyecto y me impuso permanecer hasta tanto las energías me lo dejaran; mas sostuvo con ardimiento que entre los ciudadanos nábiles, con mayores títulos que Él, ninguno.

Bien que me sabía eso, y más aún, querida niña; mas el Khoripuma había arribado a aquel punto de la edad en que los incendios se nos ahogan, y cuanto de fervor es capaz, o de lujuria, cuanto la vida brinda de su próspera viña, concretase en las tumescencias de la guagua. Y yo sentía hacérseme pirinolas el alma, que ya más sabía que buscar me rociaran los oídos con las melífluas alabanzas que el mundo, y todo él, hacía de mi guagua, de tu guagua, de nuestra guagüita...

—¡Oh, Khoripuma —con voz que atropellaba sus palabras, dijo ese torrencial orador que es el Hiliri de los Umantus—; nó por que el Príncipe lleve tu sangre, aunque esto lo explicaría todo; en su caudalosa voz los gérmenes de la Vida se han hecho tempestad. ¿No bastará el Titikaka la exultación de los recónditos destinos de tu sangre y que en sus ojos vengan escritas las leyes, para que nos sepamos obligados a formar en su guerra y a las siegas de su hoz en la hora de la vendimia? ¡Tú, o Él, y no otros, poseen (pues le poseyeron) el destino del Llautul!... ¿Mandónos el viento enamorarnos de su fuego? no. Tampoco el fuego enamorarnos de su viento. Pero el fuego se hace llamarada si el viento le agita con sus remos; y es su fuego quien engendró fe en nuestros corazones; su viento la causa del nuestro, que, impaciente, le fremita. Es, pues, el beneficio que del suyo, generoso, ha recibido nuestro pueblo, la razón para que nuestro amor le acaricie y nuestra fe le exalte; si cuando mendigaba corajes el valor, le puso de pie, y en la mano su hoguera.

Ya que la oportunidad se me brinda de satisfacer viejo anhelo que en mí late y agujonea mi alma, permítame expresar, ¡oh, Khoripuma, algo... digo... (Perdona si el corazón atropella mi palabra)... Algo que hube de acallar hasta hoy y fue impaciente agujón de mi lengua y diario acicate de mi latido...

¡EL PEZ DE ORO, no es hito terminal; es nuevo punto de partida para la Vida! Cuando El fulgura se rompe la tiniebla que velaba la crisálida en que eclosiona y crea el sentimiento. Si débiles nosotros a la voz de la vida, al deber de la tierra, a las imposiciones de nuestro Destino, consintiéramos en preterir su nombre para darte sucesión, nos haríamos dignos de la befa de quienes, por que tras ellos venimos, tras nosotros vienen, siguiendo sus auríferas huellas; si saberle en

nosotros, y pretender sustraérsele, equivaldría a (para rehuir el impacto de su esplendor), extraer los ojos de las órbitas y hacer que desde el suelo le rastreen. No hay manera de tenerle que saberle, y saberle centro del fuego y centro óseo de la hoguera.

Porque me vedan principios ineluctables de representación, y más no deseo saber de tu monstruosa modestia, ¡oh, Khorí-Puma!, mi austeridad de dignatario de una nación generosa, como es la del Umantu, me obliga a pedirlos a la Ulaka y a ti, muy respetuosamente, suspendais, y de inmediato, la consideración de este aspecto de tus proyectos, por respeto a nosotros mismos y al juicio implacable de la Historia...

—El corazón no me quitará justicia, ¡oh, Hiliris! —repuse—; mi sentimiento de justicia tampoco me impedirá oír la voz de mi corazón.

Veo que Amor ejercita en vosotros sus mágicos poderes; que es propio de este sublime sentimiento revelar la belleza que suele ocultarse tras de tímidas apariencias. Pero, sabed, que el hombre es hijo de su padre sólo en cuanto habita su naturaleza; quien en esa naturaleza viene tiene que mostrarnos sus credenciales. El hombre nacido, oh Hiliris, es el hombre que fue.

—¡Sí, así es, oh, Khorí-Puma: en su juvenil acento está sellada tu zarpa! —clamó, estentóreo, el noble Umantu.

Sentíme, al fin, anonadado por las explosiones de la felicidad que suelen dejar atónita la sangre.

Con voz en que mis lágrimas se ahogaban, dije:

—¡Es vuestro; y nadie tiene sobre El destino sino su pueblo!... ¿Por qué es, oh, Hiliris, que los viejos chochamos con el Porvenir, y somos como la vieja mamala que vive de atizar con huesos su triste fogón? Porque el Porvenir para el viejo es la juventud que le vendrá, y le espera, en el corazón de su hijo; fogón que hace cristales de su triste hueso... ¡Abrid la puerta para que este anciano salga; si ése menos su deber que su derecho! No hacerlo es cerrar las puertas por donde llega el Pasado, que es siempre por venir...

¡Mantanima, achachi-guagua!

* * *

Me alcé muralla punzante para el advenimiento del Khorichallwa, niña querida; pues le sabía el que tumba murallas. Cuando con El a solas, y me trinaban sus primores:

—¡Piupiu-titit!...

Le canté:

—¡Ha llegado tu hora, guagualay! El trino rompe y emboca la trompeta. Hijo mío: el Sol nace viejo porque alumbra luz de los siglos que pasaron; pero jamás nació sino Hoy. ¿Con qué derecho me haré resbaladizo barro en tu camino, si soy el primer valladar que debes destruir para erguirte vencedor? ¡El Hoy es violencia! Nada que darte tengo: dame tú el refugio de tu corazón. Morir en ti es hacer inmortal la juventud. Sabiendo que es tu padre quien en ti ama, ama con pasión, como sólo es capaz de amar el joven. Jamás en tu corazón consientas germine el frío de los viejos; porque ese frío el odio a la vida en que envejecería yo.

¡Cada día más joven; cada día más vibrante; más osado cada día; temerario, explosivo, y esto cada día con los días y para los días!

Ya, como te carito, de cantar te llegará el turno; mas entonces estaré a tu lado, y abrigo te dará, y refugio, el desesperado fuego de mi corazón. Serás tú en mí, otra vez joven; viejo otra vez. Cruzado siempre por ardientes pasiones, siempre enamorado, en el beso tenso, íulgurante en la espada y con la espada de tu verdad palabra de tu beso...

Que ya sienta, hijo mío, en tu sangre, el tropel de mi voluntad.

Tú eres Naya.

* * *

Hícele campo en las Ulakas, y cuidando su florida adolescencia, gusté la embriaguez de saberle ariwallu en que flamea el viejo fuego de la Patria.

De una de esas sesiones conservó largo recuerdo, demostrándome con su interés que sus planteamientos le preocupaban.

—Quien juzgare por las apariencias, Khoripuma, —me dijo—, habría de llegar a la conclusión de que tus doctrinas de Gobierno se dirigen a demoler cuanto los hombres han construido a costa de tanta sangre. Sin embargo, he reflexionado que si la sangre ha hecho la Historia, no es porque el hombre la vierte; sino porque es sangre cuanto anima y fecunda la vida...

Querida niña: mi guagua me sabía a mi agua.

—Alabo con veneración, respetables Hiliris —en señalada asamblea de la Ulaka sostuviera tu Khoripuma—; alabo la organización que habeis conservado de nuestros antepasados, cuya sabiduría nos obliga a desearles diario nido en nuestro corazón, y que en él, enternecidos, se acurruquen, como en su thapita el Cherekheña de Orkopata. Por esto no olvideis que del Pasado hicieron trampera; si ella consistió en que fluían con el Pasado, y desde el Pasado; que si no de él hay posibilidades de fluencia. Y admitirlo es echar por tierra toda la ropavejería que con marbetes pasatistas se ofrece en los mercados. Quien cursa, por que cambie de un k u cambia él; mas lo que de sí echa decursa en su profundidad, que es la de la vida. Así, observad que el cambiar es índole de lo permanente; si para cambiar será forzoso parar, y sólo para lo que tiene naturaleza de estancia. Lo inestable podrá cambiar, si cuando lo quiera tendrá ya dónde querer. Todo cambio exige permanencia; y sólo cambia lo que es en sí incambiable. He aquí que el Pasado, pues es lo permanente, será capaz de cambio, sin que por ello al cambiar sea el cambiado. Ved que si como individuos, y como asociaciones de individuos, adoptamos tan varias formas de vivencia, es porque como individuos, y colectividades, lo mismo, somos incambiables y permanentes; pues obedecemos a exclusivo foco magnético: la fluyente profundidad. Ahondémonos en él y con él.

Aquí representais a los agricultores, a los laboreros, algunos a los comerciantes, no pocos a militares y sacerdotes, y no faltan por cierto quienes representen a filósofos, técnicos, especialistas en industrias extractivas y fabriles. En vosotros, ciertamente, se personalizan los estamentos sociales y económicos de la Nación... ¿Pero, quiere decir que no son un varón y una varona el principio de la generación? La

Nación, familia muy numerosa; no menos; no más. Por ruin trato que se diera a la varona, jamás será asequibla la existencia de hogar sin los derechos de la madre. Ved en esto que la estructura del poder gobernante entre nosotros es incompleta y está, por poco menos, al margen de las leyes de la vida. Acaso de esta causa la política de las naciones delinca intelectualista, se resienta de inhumanidad; si se la ve que obedece a los conceptos que de política ha elaborado el hombre, o séase el animal que no sólo fue capaz de concebir la verdad abstracta, sino la abstracción como la canal que lleva a lo concreto de las cosas.

Llamemos a la varona a participar en el gobierno, mas no en cuanto individuo profesionalmente apto, como varona, parte del varón, como madre, productora de vida. Que sólo ella, con el predominio de las funciones germinales que en su naturaleza manifiesta, concederá a las tareas de Gobierno sentimientos de vida, no abstracciones de ella; medios sensibles de aprehensión de la realidad. Que ese predominio de naturaleza que se le reconoce, con daño por unos, para otros es capacidad de hechos, instinto de realidad, sentimiento de célula.

¿Poseeremos algún precedente que cohoneste la presencia de esta doctrina en nuestra historia? No se ha interiorizado el sociólogo que particularizó el fenómeno del Inkario, dado que su origen arranque, como yo creo, de célula tiwanakota, que la organización política que le antecedió fue radicalmente de matriarcado; lo que se abona por el culto biogenético de la Pacha-mama. El de Inti, (lo sé para mí), es posterior al lunar, y sobreviene cuando se transforma la promiscuidad, o poligamia, en monogamia, adquiriendo el hombre supremacía sobre la mujer, mas sin despojarla de toda autoridad. A la Hatun-warmi, sucede la pareja: Manko-Khapak y Mama-Ocillo, o Aklla. Una observación perspicaz de las simbologías tiwanakotas me daría razón, pues ellas demuestran que la autoridad suprema de la república correspondía a la mujer, la cual mantenía sometido a su dominio al hombre a título de entraña germinal.

No infiere agravio alguno a la antropología consagrada hacer que en nuestras Universidades se sistematice el estudio de este proceso mediante interpretación genética; que acaso sea congruente medio de explorar nuestro pasado como pueblo, y en general el mismo pasado del hombre como tribu o familia.

¿No resulta inexplicable que los Inkas, según les muestra el testimonio de los "Coronistas" hispanos, hubiesen carecido de la más vaga versión del origen, o naturaleza, de la nación, o pueblo, que en tanta manera engrandeció cuanto con ese nombre conocemos? Entre los Inkas y el Imperio Tiwanakota hay abismo que no se alcanza a otear, como si de unos y el otro se hubiesen seccionado los sistemas arteriales. Sé yo que la explicación es muy simple, si bien su simplicidad carece de otro documento que ella. La cultura llamada tiwanakota fue cultura vulvar, pertenece a las iniciales manifestaciones de sociabilidad y política de los grupos humanos, o cierra período más oscuro aún. El Puma, totem lunar; el Kuntur, del Sol. Tiwanaku, ciertamente, el punto crítico en que los kunturis violentan el predominio de los pumas y, sin duda, acaban con él, si cuando sobrevienen los Hijos del Sol, y sean ellos Inkas o Lupihakhes, Tiwanaku hase sumido en la tiniebla del caos histórico.

Y si la ciencia puede un día —para mí que al final le resultará inevitable— convencerse de la realidad del Matriarcado Preamericano de las Mama-Pumas, tendremos que concluir que en cierto momento del proceso humano la población en singulares zonas del planeta alcanzó elevadísimo progreso con el gobierno de la mujer. No se deprecie esta verdad histórica: los Inkas crearon sistema alguno; restablecieron el que heredaron. El colectivismo agrario, el socialismo de estado, el maternalismo de la gens, el selenismo sabeista, son morfologías femeninas, vulvares, maternas. Si se revisan teogonías, folklore, de los pueblos antiguos del planeta, se encuentra que este hecho, y su estudio, resultan básicos para el descubrimiento de las raíces sociológicas del grupo humano.

Hay otro ángulo de apreciación: la prolificidad y regulación de los **nacimientos**. La promiscuidad es matriarcal y las relaciones genealógicas se consideran desde el punto de partida de la madre. El poligamismo y la monogamia son fenómenos que acusan ya el predominio del varón. Pues bien, es lógico comprender que en el matriarcado el número de nacimientos era inmensamente mayor, si se dan casos como el de Tiwanaku cuyo radio de dominio político abarca todo un mundo. Bajo su hegemonía el planeta, indudablemente, se hallaba más poblado, y la superpoblación determinó la crisis técnica

que echa por tierra el régimen, crea el gobierno varonil y la natalidad es férreamente regulada, como se ve aun hoy, seña inequívoca de que el maltusianismo fue eje dinámico de su cultura.

Pero, leyes crueles, sólo a medida de su absurdidad, son las que limitan la generación entre los hombres. Se las autoriza invocando exceso de habitantes; y, en término medio, las áreas del habitat hominal albergan diez individuos por kilómetro cuadrado. ¿Habrá "razón" que permita justificarlo? Yo me digo, y por vuestro intermedio a los hombres digo, ¿si los nódulos del ser humano son de nimidad infinitesimal (y el laboratorio parece haberlo establecido ya), en tanto grado que en una bacteria podría contenerse, sana, y sin posibilidades inhibitorias, (debo aquí reiterarlo necesariamente), la población de cualesquiera de los más densamente poblados países de la era "civilizada", cuál el destino de ese demos microscópico que colma el torrente sanguíneo de los "encarnados", lo sobresatura, y no logra integrarse a su grupo a causa de la miseria y de los estrechos cupos que ésta impone a la generación? Ya considerar que nacimientos y decesos, son, siempre, de uno frente a cinco, es sentir el pavor de la sarcástica y dolorosa desviación que se imprime a la vida. Parece, pues, que esto, entre otras medidas eugénicas, está señalando la necesidad del retorno al matriarcado de las Pumas, o sea a régimen de maternidad para la política del Estado. Ciertamente, carecemos de índices que permitan inducir en qué medida mayor la prolificidad entonces; pero admitiendo fuera de tal naturaleza el imperio tiwanakota, bastaría con estimar el área de su perímetro toponímico, que desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, resulta extrañamente aymara; y si expansión tal es inexplicable dentro de los períodos cholla e inka, propiamente dichos, tiene que concluirse que ella importa fenómeno remoto, y que Tiwanaku, y la cultura que denomina, provienen de estrato social anterior a toda posibilidad política patriarcal o masculina. El toponímico es hito memorial que señala el paso del hombre, su estancia en colectividad; entonces el momento de las Pumas del matriarcado preamericano se caracterizó por una inmensamente mayor prolificidad.

El mismo fenómeno se manifiesta en otros continentes; por manera que la apreciación estadigráfica vendrá a comprobar que la natalidad regulada es el hecho en este orden característico de la

sociedad testicular; como la natalidad ilimitada lo fue del matriarcado. Tras el velo sombrío de la ignorancia de estos hechos, que es otra de las particularidades de la "civilización cristiana", existe densísima humanidad en estado de célula, integrada por núcleos, no sin conciencia, carentes no de facultades sensitivas: humanidad que vive en historia... ¡Qué me digo!... Humanidad que es historia, y alienta con angustioso latido el momento de su reintegración a la vida, que, para el hombre, y para todos los seres de la Naturaleza, tiene forma que la vivencia planetaria y la convivencia en el grupo biológico.

Cada varón engendre cuatrocientos, si no más, hijos; y el Estado entienda al fin que el sucedáneo régimen político económico del Inka no fue de barbarie sino de profunda significación humana, y que haber establecido que nadie sino el hombre tiene derecho a la tierra en cuanto individuo fértil, constituye la raíz de la verdadera cultura. Ese el clima sexual del matriarcado. Es, entonces, que la mujer, además de madre, será eje de la dinámica social; y el hombre, si padre, sólo por hijo, debiendo servir, no al desvarío metafísico, sino a las necesidades lácteas de la generación; dentro, y no fuera, de las coordenadas de la materia que se reproduce y ama.

Me valdré de símil que objetivice las categorías del discurso. Y, para esto establezcamos como punto de referencia los derechos a la vida, derechos que forman, al último, el único y verdadero Derecho.

Suponed que nos hallamos en guerra. El enemigo es aguerrido y valeroso; nuestros soldados tanto o más y las bélicas acciones ya nos prometen los frutos de la victoria. He aquí que nuestros combatientes en el último bastión de la resistencia tropiezan con valladar que escupe muerte implacable por las metrallas. Han sido segadas cien divisiones; y el Director de la Guerra exige otras cien. La Ulaka debe decidirlo. No consideremos ahora si está de parte nuestra el derecho, que, bien sabeis, en casos de esta índole todo contendiente se juzga amparado por él, o, al suyo, que no es derecho, le da cualquier sobrepelliz capcioso que posee todas las trazas del derecho consuetudinario. Nuestro país tiene en los actuales momentos otra amenaza que la no poco fantástica del Wawaku; de suerte que conflicto internacional que devenga acciones bélicas y efusión de sangre, no es de tenerse en cuenta. Acaso debamos atribuirnos el ingrato papel de agresores. Lo

evidente es que Tirteo decide que la Nación, de uno al otro extremo de su ser, por la grandeza épica del acaso mayor acontecimiento de su historia, siéntese sacudida.

Responded: ¿qué decide la Ulaka?

Sería innecesaria la pregunta; pero en un Estado como el nuestro, que si retiene estructuras monárquicas, es, orgánicamente, una democracia, el Khorí-Puma puede sacrificar la vida de ninguno de sus conciudadanos sin que lo haya previamente considerado el Consejo en que confluye la voluntad de las naciones que forman el Imperio.

¿Mandamos, oh, Hiliris, las divisiones que exige el estratega?

Os oigo decidir al unísono:

—¡Sálvense los principios; y que el Lago se evapore! Si van a requerirse doscientas divisiones, irán las doscientas. E iremos todos, hasta el último Khausi, así carezcamos, o por eso mismo, de autoridad sobre éstos a causa de su insignificancia.

Heroísmo abstracto, si le cabe.

Mas, ya tenemos a la Madre en la Ulaka, fijaos, como madre, no doctora o política.

La interroga el Khorí-Puma:

—¿Qué dices, mamala? Júzgalo con tu entraña paridora. ¿Se mandan esos cien millones de challwas que pide el Director de la Guerra?

Evocad a la madre que ante el sabio Salomón consintió en que su hijo fuese entregado a la mujer falsaria a permitir le partiesen como a queso de cabra conforme al fallo del astuto juez. Y vedla representando lado, acaso el más grávido, del complejo vital.

—¡No le mateis, por Dios; que es mi entraña; dádsele: que viva!...

Grito de óvulo.

Grito de la Madre Vida: ¡que viva!... Sí; la finalidad de la vida es que se viva. Estad seguros que ese grito no ha sido oído por el varón.

Además, consideremos la boca del espanto. ¿Esos veinte millones de pescaditos, saldo de la contienda, a uno y otro lados de las trincheras, están muertos de verdad? ¿en verdad se los ha hecho matar? ¿La vida ha roto sus hilos eternos en ellos?.. El estratega lo ignora; el Jefe del Estado no menos; el de la Iglesia, pese al ministerium theologicum, también lo ignora. ¿Y si no están muertos, como que —

me creo con autoridad para afirmarlo— no están: a qué título se los lanzó al LIMBO, contra su voluntad de vida, a merodear (asaltadores de caminos) a caza de vida que les albergue y prohije? De hechos que confirman tal realidad se obtiene la evidencia de que la **canonizada civilización** humana implica negación, o retroceso, al menos, de todo instinto de humanidad en el hombre. Nadie le cura a éste todavía los pavores dantescos con que vive; en las vecindades de la cuna alza patíbulos; suelta las bocas del Infierno apenas la suya abre el niño parido, y, con el primer calostro, ya le asperja los ojos la sombra de la Guadaña... ¿Pero, en dónde es que erige sus doseles esta Divina Civilización, no es sobre charcos de sangre y de vísceras? El hombre necio se crece pisoteado al feto en las entrañas de la madre.

Cuando la ciencia haya logrado desarrollo que le permita enviar especialistas a los campos de batalla equipados con instrumental ad-hoc, los cuales proceden a extraer del "muerto" el nódulo vital, conciente, el ALMA, vamos, y de todos y cada uno de los veinte millones derribados en ella, podremos, nó justificar la guerra, acaso encontrarla paliativo. Mas la ciencia está bien lejos (aunque la realidad le golpea las narices) de tal grado de competencia, si, apenas, ha penetrado en el secreto de la bacteria.

Ya me sé que los científicos que con nosotros parten gobierno deben estar diciéndose, que en qué se apoya el Khorí-Puma para lanzar cargos no sólo vagarosos, si los míos resultan insólitos y temerarios... Los médicos nada tenemos que ver con las almas —me dicen—; que es cura del cuerpo la de nuestra artesanía; pide al sacerdote soluciones para achaques de alma... Y es que, al último, de estos achaques nadie entiende y todos son a desentenderse, con lo que el pobre rebaño arrastra cuerpo y alma maltrechos, porque los médicos de uno y de la otra ignoran que el cuerpo es cuanto alma cuerpo.

Así, pues, Hiliris, ¿quien logró abatir a un hombre, por esto habrá en él abatido al Hombre? No. Lo que hacen las balas es coartar el proceso rítmico de una vida, violentar su discurso; mas por eso la han suprimido. En otras palabras, cuando se actúa sin maternal sentimiento, que ése el sentimiento de la vida, se puede estrangular al feto para librarle del oxígeno y del pecado.

La madre nó; ¡dádsele: que viva!...

Esto lo que nos corresponde defender en el Gobierno: las entrañas de la vida y sus guaguas.

Si nuestra humilde filosofía de felinos y pescaditos permeabiliza las aceradas caparazones de la vacua, y vaca, humanidad, pues ella también de entraña viene, cuál el pueblo que se lance a conculcar la vida, a quintarle sus embriones, ¡y con cuyo derecho!, embriagado por el frenesí de los negocios, psicosis de dominio, o abstractos principios?

Está haciendo falta ya que el Hombre se alce de su pantano de sangre, enarbole "SU" cruz de "sus" brazos, y ruja: ¡Alto, asesinos!

El Estado se guíe menos por la razón de estado que por la Razón Genética, o seminal, como enseñó el ateo.

Sólo una guerra alimenta la vida: la que se afronta contra la bestia sabia, o santa, que se atribuye el destino de esclavizar a los pueblos.

¿Hazme oído, y me entiendes ya, Federico Zaratustra?

¿Te resulto inteligible, general Ludendorff?

¿Acabarás por sentirme, Vicario de la Muerte?

¿Y tú, Schopenhauer, malandrín mamafóbico, tiemblas ya en las mamas de tu madre?

¡Hiliris: el panteón que en la sangre arrastran los hombres es maternal purgatorio de gemidos cien veces más poblado que el panteón que pueblan los vivos!

¿Que no se les oye? Pues ahora se les oirá...

Sacadme la moraleja.

* * *

Nada que no fuese fértil, esto es útil, hizo la vida. El Estado asuma la orgánica de la Naturaleza, que si ha creado vísceras es para que concurren a las funciones vitales, y sean de su función; no para que indolentes presencien el trabajo de las que papel de hormiga tienen en su república. Así, pues, no quiero ministro de Educación poeta; os encarezco darme un Poeta-Ministro, que actúe en el seno de la Ulaka desde el campo de acción de la poesía. No negaré que buenas veces los madrigales tengan algo que ver con el amor, que es acción germinal;

mas aquél sin ésta no se explica. De manera que cuando os pido poeta, quiero induciros a darme germinación sentimental.

¿No será apocado el rey que excusa reconocer que poesía es, no solamente uno de los valores de la vida, sino su único valor; y que si la vida es sabiduría y poder es porque viene, y es, de fluencia germinal del sentimiento? Menguado entonces quien sostenga que extirparla de los negocios públicos no sea tanto como pretender que aun despojado de sus plantas florales el jardín siga siendo jardín. La poesía no está en el floral relampagueo de la Primavera; está en la liebre que bajo las encendidas corolas sazona el óvulo reproductor. Luego, la flor es ya el fruto que sonríe y es sonrisa de vida cargada de embriones en climax germinal.

¿Qué entender por imaginación poética? A mi vez inquiero de vosotros: ¿qué entendéis por óvulo fertilizado? Eso imaginación poética. Como la fisiología de "las ideas", y tanto valdría diga su mecánica, ha pasado de tangenciales constataciones histológicas, no atinamos a distinguir en qué momento la emoción es analítica y se hinche para la creación, pues más socorrido es atribuirlo al mítico intelecto. Tengo para mí que sólo descubren, sistematizan, crean, quienes poseen imaginación sentimental. Veces me produce cruda sensación cerebralista, o como se diga, el orfebre de sonatinas, que no el biólogo, o el entomólogo, cuando encaran sutiles y sublimes acordes de la sinfonía vital. A éstos me inclino a creerles racimos de la vida.

Valioso es, seguramente, el calculador mecánico, pues sus mecanismos miran al autismo del movimiento; y si el principio en que se fundan se puede aplicar al individuo orgánico, fácil es, y no menos inevitable, concluir que eso se que llamamos "ideas" se mueve por integrales de una naturaleza sensible, como virtualidad germinal de la materia.

Así, mira, habla y obra con la entraña. No lles, tú, el encargado de la economía colectiva, la vara del mercachifle a la solución de nuestros problemas como pueblo; ella nunca se subordina fácilmente hasta acomodarse a ganar perdiendo, y nuestro deber otro que hacerle perder, pues hay manera de que gane el menesteroso. Encontrar la sistematización saludable de este principio, de manera que no se haga camino para la bancarrota, es problema que acometerás con

mentalidad sentimental. En otras palabras: piensa de lo que se piensa, y comprenderás que el pensamiento es función de la entraña, y cordial, no cortical. No cargues, pues, la racionalista vara del mercachifle; si en ti debe alentar emoción pigmaliónica, lujuria de artista que anima en greda amorfa el perfil de una creación en que aletee la perdurabilidad del aliento vital. Tu greda es el pueblo; tu deber mirar a sus necesidades, como la tierra a la semilla que se le adentra al seno. Debes crear; o tu sitio la tendija donde impera la usura.

.....

Cuando un pueblo se mantiene sano, niña querida; si no le han envenenado demagogos alevos ni fermentados cristeros, es arcilla modelable en manos de su Gobernante. Pronto toma las formas que le imprime; y él tarda menos en adquirir sustancia histórica en las formas del pueblo. El Imperio de EL PEZ DE ORO adquiriría, sin perder sus viejas estructuras, nuevas expresiones. Y le vi crecer alegre y feliz. No sé si los humildes me preferían más que los poderosos, si a aquellos les hice menos humildes y menos poderosos a éstos. Unos y otros confiaban en mi rectitud.

Es que si antes de llegar al Gobierno perseguí hasta en insignificantes actos privados imponer el despotismo de la equidad: único despotismo que debe reglar las relaciones sociales; si la moral es sólo aquello que conviene a todos —y fui persona sencilla y afectuosa, cuando se me exaltó al Poder, ningún señuelo inspiró mis actos como no fuese el rígido mandato de la conciencia; ninguna gracia le consentí a mi corazón que la de seguir siendo el animal sencillo y afectuoso que la vida y sus embates habían hecho de mí.

El pueblo que observa el gesto airado del funcionario subalterno tiene ya sospecha de que se lo esclaviza; y si de éste pasa al dignatario con jerarquía, y es tratado con frialdad, no digo ya con despotismo, acaba desalentado, y como es un tímido, y el suyo en cierto modo configura el complejo del resentimiento; o va a formar entre los enemigos del Gobierno, o se torna ciudadanía indiferente a todos los deberes que la nación impone. En este último caso es más dañina aún.

Por tales causas, no obstante su competencia, tuve que privarme de funcionarios a quienes el uso del poder les había tornado soberbios e injustos. Necedad vista a la vista. Del pueblo el poder: él su fuente de Juvencio. Mas lo da para que se haga gobierno; nó menester y privanza de clan o cacique. Si en corazones abyectos se trueca látigo para el humilde y porquina servilidad ante el poderoso, el poder así ejercido consagra como ruines los fundamentos del Estado, pervierte su naturaleza y erige frente a sí el patíbulo de las libertades. Estos los verdaderos enemigos de la República y personalísimos del Gobernante: labran su fosa y sólo dan tregua cuando le ven podrirse con los gusanos de su tumba.

Tibia cautela será para con ellos sustraerles al poder, como de prudentes guardarlos con rejas; que importan flagelo constante de los derechos ciudadanos y corrupción del honesto fuero de la autoridad. Un día las ciencias históricas podrán señalar el acervo de crímenes invisibles con que festonaron la biografía de los regímenes a que sirvieron (o de los que se sirvieron), so capa de principios disciplinarios y de jerarquía, encapando, en la realidad, angurria y fetichismo chinescos, que dijera ese mahomético Belengeli, el mayor filósofo de los tiempos hispanos.

Ah, niña querida: sólo en el ancho cielo se mide la caudalidad del cóndor. Así mismo, sólo el poder permitirá alquitarar el grado de virtud ciudadana de quien recibió mando, y lo ejerce, o por destino, que es diputación del pueblo, o por su primer gobernante. El poder humaniza al hombre noble, y puede, inclusive, concederle magnanimidades semi-divinas; extrema su bondad natural y sencillez, como, y esto por imperio de naturaleza, ensoberbece al mediocre, prepotente por cobarde y ruín. Mídase la estatura en quien detenta poder, en que a medida éste le hace omnipotente, emplea mayor solicitud y sentimiento de servicio en el poder, siendo el humilde para el humilde, como, a su tiempo, recio para el rucio...

¿No es sarcasmo mayúsculo, querida niña, que el pueblo delegue su poder, no menos se desprenda de sus armas, para que con ellos se lo esclavice y azote? Jamás olvida el rey sabio que debe su poder al pueblo, para quien se guarda leal y limpio como el servidor que se hizo

ofrenda en aras de la nobleza de su amo, si esta su humildad ni le humilla ni le apoca; que servir tan alto amo no da librea sino honra.

Sin embargo, con el poder en las manos los gobernantes ruines hacen del poder del pueblo el látigo del pueblo. Nada es ya agregar que éstos los ratees del Erario Público.

Deben ser destruidos.

LA HEGEMONÍA DE LOS HERMOSOS SUCHIS

Viejísima rivalidad la de Suchis y Mauris. Estos preciábanse de más antiguos que los hermosos y atléticos Suchis; por tanto con mejores derechos a la hegemonía, cosa que, con no escasas razones, se negaban a admitir los Mauris, sus parientes y rivales. Son de linaje que arranca de común origen, y sólo diminutos los Mauris, como el Suchi el de mayor envergadura del Titikaka. Decidir cuál antes, después cuál, para fundamentar derecho, escapó a la penetración de ictiólogos genealogistas. No por causas de esta índole, sin embargo, estuvieron a punto de ir a la guerra, sino por otras relacionadas con ciertos depósitos de Khausis que unos y los otros consideran regalo del paladar. Ambos se alimentan del pasto lacustre y de los diminutos Ispis, y no se ha sabido que por disputárselos hubiesen reñido o confrontado dificultades, si los Ispis abundan como el oxígeno que nutre.

Los Khausis el origen de sus desavenencias; y en ellas es de considerar que los pequeños Mauris no llevaban las de perder, si obligaron al fuerte Suchi a refugiarse en los ríos, hasta donde iban a perseguirles. Es que se hallan en proporción tan desequivalente, que por unidad de Suchi deben contarse Mauris a millares. Ya a punto de estallar las acciones bélicas, de los Mauris, alguno sabio, o suficientemente zahorí, aconsejó pedir la intervención del Khori-Puma, confirmándole autoridad para zanjar la disputa con su veredicto inapelable. La delegación de Mauris, a la cabeza su Hiliri, se expidió en forma en extremo satisfactoria; por manera que delegué al Khori-Challwa consultar con los Suchis si admitían mi intervención en el arreglo de sus problemas. Los Sucnis no ocultaron su disgusto, pues, seguros de reducir a sus contendientes, nada deseaban como la solución por las armas. El Príncipe

obtuvo que los historiados siluros del Titikaka se sometieran al fallo del Rey.

Aquí tenía que ver el futuro Emperador, si, previa consulta a la Ulaka, resolví delegar en El la judicatura del conflicto; y ya saber que tanto Suchis como Mauris habían recibido la noticia con viva satisfacción, consagró mi acierto: el Khori-Challwa inspiraba confianza a su pueblo.

En la Ulaka no todos aprobaron mi decisión.

—Observa, oh, Khori-Puma, que el Príncipe —dijo el Hiliri de los Khestis—pertenece a la raza de los Suchis. Y será exponerle a que traicione su conciencia, o traicione a su raza; que eso estimarán los Suchis si se pronuncia en favor de los Mauris. Y Él por no traicionar su conciencia traicionará a su raza. O viceversa.

—Esto lo que deseo ver, oh Hiliris; ahora es que el Khori-Challwa va a demostrar que es digno de Él y de su pueblo. Le veremos, y si para alabarle no me faltará lengua, no ha de faltarme tampoco para reprenderle si se comporta como necio.

La justicia del Khori-Challwa, niña querida, compadece con el Derecho que ya fue tradicional para nuestros antepasados, mas nutrido por gérmenes del presente que vivimos; probó, entonces, que en Él se reproducía la ciencia del Antiguo.

Oye; óyeme. Que en dos palabras cabe el famoso

FALLO DEL KHORI - CHALLWA

"Si los Khausis pasaran a libre usufructo de ambos contendientes, lo que es posible, nada se habría fundamentado en favor de una paz estable. Los Khausis, la causa externa, el pretexto de la discordia; su raíz otra. Ataquemos la raíz y el conflicto no volverá a presentarse."

"La Marka de los Mauris se compone de cinco mil hatas; la de los Suchis de mil. La población de los pequeñitos es de cien millones; la de los poderosos y hermosos Suchis de cincuenta. He aquí la fuente de sus ancestrales incomprensiones: "espacio vital"...

"El Juez, con la autoridad inapelable que le reconocen las Leyes del Imperio, y le ratifican los contendientes; FALLA:

Los Suchis serán distribuidos proporcionalmente en las seis mil hatas que desde hoy forman la Marka de los Suchi-Mauris, cuyas autoridades habrán de elegirse conforme a los métodos que la Anfictionía ha consagrado; y tanto unos como los otros poseerán iguales deberes y derechos".

Los razonamientos con que fundamentó su fallo hieren problemas que fueron comunes a los pueblos a lo largo de los siglos. En algún punto del planeta de pronto se hace manifiesto pueblo en lo menor vil, formado por individuos inteligentes, de complexión superior, fértiles en extremo, con mentalidad apta para concebir ambiciones cesáreas, por esta causa destinados a amos de sus semejantes, y cuyo "espacio vital" les viene realmente deficiente, o así lo estiman, a veces por necesidad estética o historiológica. Como no limitan sus pretensiones de dominio a un país, o a un continente sólo, si los suyos son degustos de hegemonía universal, derrotados por confederaciones defensivas, una y mil veces volverán sobre la rota, con cada vez renovada impetuosidad. Alrededor de pueblos de este tipo la guerra es función, y todo cuanto se mueve dentro, o se relaciona con sus actividades, mira sólo a fines belicistas. Un día esperan golpear con eficacia y adueñarse del destino de los pueblos. Se alzarán en sus amos y sacudir su despotismo exigirá el concurso de los milenios.

Cuando (como entendió el Khorí-Challwa), se da la ocasión de revisar su realidad, debe penetrarse en las raíces de que toman origen ese espíritu y la extraña configuración mística, entre bárbara y refinada, que los autodetermina para el gobierno de sus semejantes. Entonces se debe proceder a extirpar las causas, sin suprimirlos; pero arrancándoles del punto donde adquieren naturaleza sus ambiciones.

En este caso el único medio prudente consistía en la absorción del nacionalismo de los Suchis en la comunidad de sus congéneres, mayores en número, aunque de más débiles cualidades. Hoy ha sobrevenido la tranquilidad y los Suchis son elemento precioso en beneficio de su nuevo destino.

Para terminar, no vaciló EL PEZ DE ORO en decir a los pueblos, y en presencia de los individuos de su raza:

—¡No olvidemos que los antiguos Khorí-Pumas trasladaban pueblos íntegros para matar ambiciones despóticas! La autoridad del Khorí-Puma estará de parte de nuestra naturaleza...

Podía, querida niña, sumirme en el deleite de su sangre; porque este mi hijo ya era mi padre.

* * *

EL PRÍNCIPE REVOLUCIONARIO

La Ulaka se hallaba entregada a estudio laborioso de reforma constitucional, si el Imperio, hasta entonces librado a la acción vacilante de gobiernos sin estabilidad, en muchos aspectos permitía señalar síntomas anárquicos. Hecho tan importante no pasó desapercibido al Príncipe Heredero; por lo que tu Khorí-Challwa, por decisión de la Ulaka, concurrió a sus discusiones con pleno derecho a intervenir en ellas. Allí estuvo, casi siempre silencioso, aunque observándolo todo con esmerado interés.

Uno de esos días pidió se le permitiese hablar. Si, niña querida: habló. Y yo comprendí vez más que había llegado para mí la hora de callar.

—Veo que está predominando en el Consejo —dijo— espíritu obcecadamente destructor, y que ustedes han venido nó a labrar una Constitución sino arrancar las raíces de un pueblo. Hay para éstos principios que pertenecen a postulados que integran su naturaleza.

El sentido ancestral, y no digo la intelección del pasado, que en este caso podría subordinársele a flexiones temporales y aleatorias, si es una dirección magnética irrehuible, nos enseña que la riqueza es un derecho del pueblo solamente; y que ceder este derecho al individuo es negar su estructura histórica en cuanto es funcional. Falacia la del constitucionalista que sostiene que la ley configura. No; muy al contrario: es principio universalmente aceptado que los pueblos se adecúan sólo a leyes que responden a condiciones de su naturaleza.

Esto es, la ley social debe ser ley orgánica. Ustedes pretenden introducir un principio, revolucionario nó: subvertor, puesto que se disponen a aplicar al nuestro doctrinas del individualismo económico, postulando la de que no progresan los pueblos sino a cargo de sus minorías excelentes; o séase que el progreso es la resultante fatal de miserables y sobre nutridos. No deseo analizar tales doctrinas en beneficio de otros países; si no se me oculta que en ellos se imponen en forma implacable, y que allí donde el progreso alcanza desarrollo máximo, coexiste máxima miseria.

Si el progreso es la razón de ser de la sociedad, y no el individuo que la forma, esas naciones señalan el único camino a seguir. ¿Pero, en beneficio de quiénes se justifica el progreso por esos medios logrado? De las minorías que detentan el poder. Oigo decir que al progreso le importa menos al hambre de cientos de infelices a la plenitud de un superhombre. Atiende primero a la calidad y cantidad del trigo que llevas a tu hogar, pues él forma la base alimenticia de los tuyos. Después cuídate del brillo seductor de tus botinas, que si ellas ilustres, te acreditan como individuo ilustrado y de botinas. La mala calidad de tu trigo, y su cantidad deficiente, constituyen tu drama, y bien que revelan que eres impúdico o necio.

Ese progreso es legalización de esclavitud para los pueblos que deben soportarlo. Ciertamente, quienes sean capaces de sostener tales principios no vacilarían en decirnos que la única manera de lograr estado de salubridad colectivo, sería la de que unos pocos posean medios sanitarios mientras la mayoría sea destrozada por las enfermedades; o de que la mejor manera de vitalizar a una "raza" sea la de cebar buen número de gordos en ella. Sostengo en nombre de nuestras estructuras, que son las de la vida, que el progreso no es tal si no viene del pueblo y no deviene pueblo; sólo así procede de un organismo y es fenómeno.

Es que el progreso es resultante y nó finalidad; y en manera alguna puede responder, como hasta hoy se ve, a objetivos metafísicos, de evasión. Mirémoslo en la Naturaleza. Se prodiga, ¿para qué? Sólo

para sustentar a sus creaturas. La finalidad son ellas; no los dioses. Si renunciamos a la equidad de nuestros antepasados –y nuestros antepasados viven en las nubes, sino en la tierra, entrañados a sus raíces; y al último en nosotros– y entregamos la riqueza y el poder a unos pocos librando a la miseria a los más, el progreso que por este medio conquistemos será la máscara –si se quiere ilustre– del crimen.

Hemos llegado a estación peligrosa sin duda; pues ya he oído decir que la tierra se someta a estos principios y que su tenencia corresponda a quienes mejor la paguen y haga que en ella produzcan más... ¡los siervos! No; decididamente nó...

Pero quedan ahí, por desgracia, los extravíos; también debe estatuirse el Servicio Militar Obligatorio prestado en ejército regular e imponer religión con repudio de cualquier otro espíritu cultural. Reflexione el Hiliri. Todo esto hace sino negar la patria en nombre del progreso. El progreso no sobreviene a estallidos (a no ser el de los detonantes) ni lo procurarán leyes si no arrancan de la Naturaleza y de las colectividades que en ella se caracterizan y desenvuelven. Pocas requirieron para gobernar su gran pueblo los viejos Khorí-Pumas; pero es que obedecían las de la vida. Porque les estamos a siglos de distancia concebimos ejércitos permanentes y religiones despóticas, cuando articularon ellos un pueblo de guerreros, y sin religión del Estado, y menos negando libertad cultural, una sociedad de valores morales superiores. Los ejércitos permanentes y las religiones únicas "tienen otra finalidad que esclavizar a las colectividades" en beneficio de quienes las explotan.

Muchos de ustedes, Venerables Hiliris, han tratado de confundirme cuando me decían, bien que con bondadosa intención:

–¡Khorí-Challwa !... Serás nuestro rey revolucionario...

Me infundían en la patria; que no hay revolución posible en los pueblos ni en los individuos si ella no importa regreso a las raíces. No, ciertamente, para inmovilizar el ritmo de la marcha; sí para adoptar su tronchado ritmo evolutivo. Revolución no es revolusionar. Al contrario, es redescubrimiento de la célula; es religar: religión: unir al

individuo con su espacio. Lo que la Ulaka parece dispuesta hacer en todo lo contrario: negar la patria para que progrese la patria. Si se la niega, quien progrese en la patria será la hechiza pseudopatria, la grotesca marioneta a que se ha dado su nombre. Nada entiendo de cuanto he oído, o todo se halla lindero del absurdo. ¿Creería alguno de ustedes que el árbol podrá crecer fuera del árbol? La patria posee un ámbito: ella.

¡Hiliris; sabios hombres de Estado!... Si aún es tiempo, el Khori-Challwa pide que el constitucionalista observe cómo, y en qué grávida medida, las leyes del Khori-Puma son leyes de la tierra; y deben seguir siendo leyes del Imperio.

LÍRICA DEL KHORI-CHALLWA

Enternecedora efusión la suya, querida niña.

Reunió a su pueblo; y le habló:

—Pueblo mío: te miro con la ansiedad del hijo que busca el regazo de la madre para nutrirse; con la de la nube cargada de lluvia palpitando sobre la enamorada tierra de los surcos... Si en ti no acariciaran los ojos del Khori-Puma, jamás sabría que la tierna entraña que me hizo tu hijo vive de iluminarse en ellos...

HAYLLI INKÁSIKO

¡Mi pueblo, milenarios de mi sangre!

La eternidad es tu atributo;
nido de tus canciones el surco.
Sólo en ti germinan los amores;
en ti las flores odoran bajo el Sol.

¡Mi pueblo, milenarios de mi sangre!

Sangre vieja es la tuya
que da juventud a mi alimento.

Pasión eres; eres fuerza;
sabiduría tienes:
La sabiduría del esplendor;
de la planta andariega,
pasión sabia;
de la sangre enardecida
La fuerza pasional.
El dolor es panal en tu pecho.
Es hálito, eternidad, raíz,
en cuanto, en ti, mis manos edifican.

¡Mi pueblo, milenarios de mi sangre!

¿Quién a rugir te obliga, pueblo mío?
Cuando ruges tiembla el firmamento.
Si acaricias, el granito echa flor.
Si lloras, llora el volcán, tu hijo;
llora el Lago, tu madre.
La eternidad es tu atributo;
nido de tus canciones el surco.

¡Pueblo: milenarios de mi sangre;
lo fugaz no está en tu naturaleza!

¡Fatígate, laborero!
¡Crea, consumiendo tus ceras, creador!
¡Gobernante:
tiembla como la aguja imantada,
pero encuentra el Norte de tu pueblo!
¡Sólo en Él germinan los amores;
en Él las flores odoran bajo el Sol!

¡Mi pueblo, milenarios de mi sangre!

¿Si un pueblo hay en tu sangre,
qué esperas que no florece en ti

la sangre de tu pueblo?
Creador, gobernante, laborero:
el Sol hace más noble
la severa presencia de la montaña.
Y sólo en la sangre con pueblo
hay semillas del Sol...

¡Mi pueblo, mi sangre milenaria:
yo velaré, erizado de lanzas,
tu libertad, Primavera de mi corazón!

* * *

IMPERIO Y ANFICCIÓNIA

Momentos hay, niña querida, que le miro no sé si presa de arrobo o terror. ¿Quién se blande en El, cuya voz la suya, de qué abismal laboratorio parten los destellos de su mente? Su juventud está acribillada por venablos de fuego.

—¿Cuál la mejor forma de organizar un país? ¿Le convendrá más el gobierno monárquico? ¿el republicano, acaso? ¿el Paksitarquismo de nuestras abuelas? ¿Quiénes junto al mandatario asumirán la administración del Estado, los delegados de la producción, los doctos, los profesionales de la burocracia, los pudientes, los pobres, los sacerdotes? ¿o debe del Gobierno concebirse idea mágica, por tanto, el gobernante y sus colaboradores se elegirán entre los iluminados? Gobernar pueblos es inducir el magentismo cósmico. Por eso mismo, cada vez me persuado de la inmensa razón que asiste al Khorí-Puma, cuando sostiene que si el Inka es el tipo biológico del gobernante su autoridad debe proceder de la voluntad del pueblo que lo señale; pues sólo el pueblo será capaz de penetrar en los sentidos de su propio destino y descubrir si en El viene la sustancia de ese destino...

Le rodeaban viejos dignatarios de la Ulaka Imperial, tanto como jovenzuelos de su edad; y todos le oían suspensos.

—¿Es que tal vez te atemoriza, Khorí-Challwa, —díjole uno de éstos más joven que Él—, y buscas escurrirte a tu destino? Nada falta

para que nuestro pueblo te calce el Llautu de los Khoripumas; y no poco temor inspiran esas ideas en tus amigos. ¿No serás, acaso, el más noble de nuestros Emperadores, el más sabio y el más valiente? La única forma de gobierno que a los titikakas conviene es el Imperio que en nosotros viene. ¿Descontentos se ven por parte alguna? No. Tu padre, el Gran Khoripuma, ha venido a honrar tu estirpe, y ha sembrado fe y alegría en los pueblos de la anfictionía.

Contestó:

—No es que rehuya, dilecto Kharachi, las responsabilidades que me esperan; conozco que son graves y pesadas. Pero, no olvido las enseñanzas de mi padre y maestro; y sé que el deber es el Destino. El destino nos da la estatura que al cumplimiento del deber conviene. En otras palabras, el Destino es ínsito del Deber. Y tan no rehuyo los míos que ya te deseo Hiliri que partirá conmigo las preocupaciones del Gobierno cuando ello nos resulte inevitable... Hablo de algo que constituye derecho para todo patriota: buscar sistema dentro el cual el pueblo encuentre el mayor margen de felicidad.

Le interrumpió el Hiliri de los Khonos.

—Ante la alternativa de elegir entre dos formas de acción, oh, Khorichallwa, da siempre preferencia a aquella a que estés habituado; y sólo cuando la imposición de factores inesperados, o fatales, lo exija, adopta la otra. Los hijos se desarrollan con más salud allí donde fueron concebidos; y no donde, acaso fortuitamente, nacieron. Así para nosotros el único sistema conveniente es el Imperio, pues, como pudo ser de otra manera, en el Imperio ha sido concebida nuestra naturaleza por mandato de la Naturaleza. La Naturaleza devino Imperio; el Imperio no resultado esporádico. Ciertamente, de un ayllu partió porque todo parte de la célula; pero el Imperio es sólo ese ayllu: ha hecho más que crecer. Muy pocas veces tus antepasados tuvieron que emplear la violencia para aglutinar los grupos que se insumirían en la unidad política de que carecían, pero a la cual concurrieron en edades remotas, según estima tu padre, cabe el período milenario de cultura que él llama vulvar, esto es, de Matriarcado. La unidad es unidad en algo y de algunos. La de la vida en las formas de la materia; tanto que

materia y vida —y nada invento— resultan la misma cosa. He aquí que, políticamente, las partes deben sentirse sólo en la unidad, hasta no descubrir linderos individuales, ni desaparecer: paradoja de la realidad. Y tan es así, que cuando la unidad política es facticia, rigurosamente la nacionalidad será ficticia. Hay muchas de éstas llamadas "nacionalidades" que pertenecen a esta condición negativa.

—Entonces, venerable Hiliri —repuso—, el actual Soberano ha tronchado esa naturaleza cohesiva; puesto que hoy la unidad del Imperio, su interna unidad, su unidad orgánica, ha sido fracturada...

—¡Diagnóstico temerario!

—El Titikaka se forma por confederación de marcas libres.

—Libres dentro la unidad: tal el Imperio.

—Les es facultativo hacer la guerra sin consultar al Khorí-Puma, lo que, si sé algo de esto, no constituye norma para otras entidades de tal índole...

—Demostración de que la nuestra no es ya solamente política sino orgánica, funcional. Obsérvalo en la Naturaleza. Ella es permanentemente unidad; pero su unidad viene de la concurrencia de órganos que realizan funciones propias, en cierto modo circunscritas. Sin embargo, cuando se observan síntomas de penuria —y esto acredita con toda evidencia la maravillosa capacidad de la materia— el summum de la vitalidad se vuelca en la zona afectada y la galvaniza. Tal el principio del metabolismo. Así, los conflictos que originan reacciones violentas entre Marka y Marka, alcanzan pronto estabilidad en la unidad; pues basta que una de ellas acuda a la intervención del Khorí-Puma, para que la solución bélica sea desechada y el veredicto inapelable de aquél normalice las relaciones. La cohesión es la necesidad vital de la unidad; si ésta pierde eficacia y no alcanza a restablecer su predominio es natural admitir haya desaparecido. Imperio y anfictonía son términos de ambivalencias inequívocas; aquél de una forma primitiva al lado de ésta que viene de convenio, acuerdo. Esta se forma; aquél es formado. No necesito extenderme en esclarecer, ahora, tales puntos. Dudo que mayor concepción política quepa que el Imperio anfictiónico para organismo de la vastedad planetaria del nuestro. Además, imperio que no deviene anfictiónía está condenado a la desintegración. El del Khorí-Puma no es ya el Imperio, en cierto modo estrecho de tus

antecesores: es un mundo. Y mantener la unidad de un mundo sin la flexibilidad del nuestro, fuera de ser incoercible, daría margen a sistema despótico e inoperante que negaría el método articular de todo organismo destinado a la vida en la tierra. La anfictionía es trato de marcas afines, como naturaleza, como organismo económico, que, implícitamente, se rigen por el sistema federativo, que es el de la política orgánica en nuestra naturaleza. La suma de funciones aisladas determina la suma de vitalidad. ¿Y dónde se regimenta ésta? En el Khorí-Puma, o en ti, que son la central neurovital de la patria. Esta central radica en el Palacio de Oro. Pero el Palacio de Oro no es una marka: es la suma de las marcas. Todas ellas le tributan en medios económicos y en fuerza social. La población del Titikaka es de mil millones de individuos; esos mil millones tributan mil millones de "Intis", que es la unidad monetaria de nuestro país; de su población en edad militar le cede la décima parte, con lo que el Khorí-Puma sabe que posee, a disposición de necesidades comunes, un ejército diariamente adiestrado lo menos de ochenta millones de soldados. En el curso de los años de su Gobierno, el Erario Imperial ha capitalizado suficiente poderío que le permite volcarse en cuanta zona, que por razones geofísicas, u otras, languidece o confronta la insatisfacción de medios para movilizar su energía. Esa zona en muy poco tiempo se transforma.

Pero todo esto es sólo posible porque El Palacio de Oro no tiene intereses en sí; sus intereses están en todas y cada una de las marcas. Los edificios públicos, las fábricas, los servicios hospitalarios, teatros, escuelas, politécnicos, universidades, etcétera, no se conciben y realizan para su brillo; se destinan a las marcas de conformidad con sus necesidades y condiciones básicas. Pero observa que si la vida le viene de las marcas; éstas en compensación reciben de él la vida: la unidad. Aquí se realiza en el orden político la síntesis teologal de ente y sustancia. El Gobierno es un ente que sustancia la Patria. Pero es el ente de un organismo que al desarrollarse le fecunda haciendo su capacidad centralizadora y aglutinante cada vez más vigorosa, y, consecuentemente, la unidad del Imperio a medida del proceso más coherente e infracturable.

Sólo tenemos que mirar a lo más latente de nuestro ser, oh Khori-Challwa, para sentir que el Destino de tu padre era el Deber de nuestro pueblo: eso historia. Tú continuarás fecundando la tierra que él ha hecho prolífica y bendita.

Khori-Challwa, querida niña, oyó al viejo dignatario con respeto y deleite.

—¡Tu sabiduría es dulce, —dijo—, venerable Hiliri y maestro! Comprendo por qué el Emperador te señale con su ternura... Pero este sistema sabio conduce peligro cuya gravedad es visible ya... Dentro el Palacio de Oro se ha creado burocracia hereditaria con intereses cada vez más poderosos y que ramifican tentáculos que van a conectar con las viciosas fermentaciones de análogos intereses en las Ulakas de las Markas, donde, a su vez, proliferan dinastías burocráticas. Un día la enfermedad adquirirá violencia en el Palacio de Oro, reflejará en sus focos ustorios; y el Imperio habrá entrado al estado comatoso, y de atonía, pues su enfermedad será cerebral. He aquí el aspecto negativo del sistema. Por esto sostenía, que el rey, como establece mi padre, sea elegido por los pueblos; y el pueblo lleve al pueblo hacia la Ulaka, extirpando, cuando es tiempo aún, la burocracia ensoberbecida que comienza a corroer la vitalidad de nuestra Patria. Si los microcuerpos infecciosos no son batidos con oportunidad, y de raíz, llegará día en que se hagan imprescindibles primero y después liquiden la vida para ellos vivir. No sé hasta qué punto esos síntomas están a la vista. A espaldas del Soberano la burocracia comienza a gobernar. Si no adoptamos otra, la actual forma de organización debe ser profundamente renovada...

—En cuanto a eso, Khori-Challwa, —díjole el viejo de los Khonos—, tienes toda razón. El mal existe y es terriblemente peligroso. Pero ya es mucho que el Khori-Puma lo haya señalado y lo erradique a tiempo. Por hoy es imprescindible.

—Sí; ha llegado a ser imprescindible; acabará por hacerse insustituible. Y cuando sea insustituible, estaremos estrangulados.

—Aguza el bisturí, oh, Khori-Challwa. Esa amputación salvadora ya no la podrá tu padre.

—Además, del Palacio de Oro debe ser expulsado todo cesarismo...

—¿Cesarismo? No te refieres al Soberano; porque ofenderías tu oro. ¿No has visto que por imposición del Khorí-Puma la Ulaka Imperial puede adoptar determinaciones aún en contra de la opinión del monarca, y que éste pone su conato para que contrariándole se les dé vigencia? El Khorí-Puma es el Emperador; pero el Emperador el primer servidor de su pueblo... Comprendo que en ti hable el germen de ese noble animal: quieres gobernar a tu pueblo con más humildad que tu padre.

¡EL PEZ DE ORO, oh, Khorí-Challwa, inicia los milenios del beso recio!...

* * *

HABLO AL POETA SOBERBIO

A ti me dirijo, poeta soberbio, sabio orfebre, artífice de pirotécnicas; no desprecies a los que tañen la zampoña; no las manos torpes; paga con oro la rústica lengua del gañán. ¿Por qué miras mal, y des arriba, a los que tañen la zampoña? Ninguna de tus canciones tienen más belleza que el trémulo acento de la suya. ¿Por qué te recata la sabiduría de las manos toscas del trabajador que modela su barro; de aquel que rudamente labra su piedra ruda? Nada saben del secreto de las artes, y cuando animan barro o piedra les infunden lo que tienen: los temblores de su corazón. Mira, el prodigio: esas manos torpes no consiguen que su piedra o su barro hablen; mas logran algo sublime; que no callen el sentimiento de que obtienen la vida. Torpe es su expresión; pero esa torpeza nos hace llorar, pese a que no lo busca ni deseamos nosotros. Insúmete en tu alma y pregunta —que ella lo sabe— a qué lenguaje responden esas manos.

Poeta: la palabra es humilde en tanto el hombre no le comunica la soberbia que ofusca. Que la tuya se haga humilde a punto de ya no ser palabra; pues sólo así será lo que la palabra es: sentimiento.

Poeta, dime: ¿Conoces la gramática del Cherekheña? Me respondes que cómo, si el pobrecito no va a la Escuela... Poeta: como si las Escuelas hubiesen creado la gramática. ¡La creó el Cherekheña! Ya ves, sólo así, cuando canta, entenece al hombre, llena de alegría el

aire que respira y hasta impone al rayo de luz el lay de su arpegio. Cómo no ser así; si la gramática de esa bestezuela es la gramática de la vida.

En todo hombre, poeta soberbio, hay auroras en el corazón; que en la Aurora de todos los días se manifiesta el corazón de la vida; y es precisamente en los hombres humildes que se entrega desnuda y fragante.

Deja ya tu necia locura; y parte en la tuya la humildad de tu pueblo; que si el tuyo su latido, sus corajes tu aurora...

Poeta: sólo el sentimiento es sabio y fuerte.

* * *

SIN MANCHA DE PECADO ORIGINAL

Dijo:

—Fuera pecado la vida para quien dícela su creatura si la creó con fealdades. Si nacisteis de pureza sin mácula, hermanos del remo ágil, la vida no ha de manchar vuestros armiños; y sólo porque el armiño no mancha al armiño. Para existir el Pecado requeriría de su Creador, por su creador, capaz del pecado; pues (acaso provisionalmente) necesario que cuanto el hijo es lo deba a su padre. No te darás un Diablo si no eres Diablo; y si existe hay que convenir que el Diablo creó al Diablo. El rugido del Puma enseña que la Vida no es madre de la Muerte; sólo porque ella, que tanto puede con ser, eso no puede; como la muerte tampoco causa de la vida. Admitir que lo malo se origina en lo bueno, o a la inversa, está fuera, inclusive, de eso que tan sin razón se llama "razón". Es absolutamente necesario que lo feo no exista, pues de existir sería madre de todo lo bello, o a la inversa. En ningún caso las cosas son feas en sí, porque en sí las cosas son buenas y bellas, como hijas que son de la Vida. ¿Pero, el criterio de Justicia se ha elaborado en base de este elemental fundamento? Se lo ha elaborado de conformidad con el criterio que del sabor conciben las sociedades. Así, lo repugnante a un paladar, es feo. Se dice que la mentira es fea: ¿y qué

la mentira? lo contrario a la verdad. ¿Y qué la Verdad? lo que es contrario a la mentira. ¡Ananau!... ¿Y no más? El gran calumniado de este agonizante milenio, aparece diciéndonos: "¡Soy la Verdad y la Vida!"...

—¡Cha, cha, hijo mío!... Si la Verdad no eres la Vida; puesto que la Vida es Hecho real, punible, ostensible, posesorio; y la Verdad un concepto. Por lo que si la verdad y además la Vida, hijo mío: no existes. Eres una incoherencia.

Lo que a la vida sirve no servirá a la muerte: ¿por qué? porque la muerte es un concepto, así bueno acá, acullá malo. Y la Vida si concepción nó conceptual.

Nadie pudo definir lo que sea la Verdad, y, por ende, lo que sea mentira. Sábase solamente que la segunda es fea, repugnante, y hasta delictuosa, como aquélla blonda, melíflua y acaso divina.

Veámoslo.

Un guerrero ha caído en manos del enemigo; éste le aplica cepos persiguiendo obtener secretos de su Comando. El prisionero declara todo lo contrario a la realidad; establécese la falsía y, tras breve proceso, es fusilado. Tipificación ética, rigurosamente kantiana, aunque no castellanista: mentiroso.

El reverso: sin tortura ni coerción otro prisionero revela cuanto deseaba el enemigo de su patria; y ya éste en posesión de informes decisivos, destruye sus nidos, arrasa poblaciones y obtiene victoria total. Tipificación del infeliz: veraz.

¿Y este catecúmeno de la Verdad es o nó repugnante y delictuoso? Responde, Immanuel... Por mí que ni chicha ni limonada: forma en los grados isómeros de la Escala del Sabor. Mas sólo en cuanto mira a tus imperativos categóricos; puesto que con los de la vida, este infeliz, además de infeliz, es repugnante.

—¡Soy la Verdad porque soy la Vida!...

Entonces, está demás la Verdad ésa que te cuelgan, infeliz...

Los sabios han rastreado siempre con poca sencillez en los problemas del conocimiento. La mentira que al labio aflora puede ser el grito del corazón, su verdad, si cuanto le aflora es su latido. Lo que debieran los sabios demostrar es, si corazón, sangre, hígado, no son reflexivos, y se desempeñan obedeciendo funciones mecánicas ciegas,

si, lógico es, sólo obedece quien sabe que obedece, por tanto, si las imágenes y las "ideas" que ellas suponen no se originan en las vísceras, las cuales tienen motivo para conocer el valor de las verdades convencionales que son la ruidosa Verdad de los hombres. Y si no lo consiguen, pues más obvio les resultará siempre atribuir las a secreciones del espíritu, en el sentido alemán, tendrían que sustraer del mercado sus vacuos casuismos; que un sacramento no constituye absolución científica alguna.

Observad que gran parte de las verdades oficiales de nuestros días fueron mentiras por las cuales se amputaron dedos, manos, se atravesaron ojos y lenguas con hierros al rojo; se dio cárcel, patíbulo, azote, hoguera. Y en cuánta monta esas mentiras eran verdades, si eran útiles; que a causa de ellas se sabe que la sangre circula; que la tierra es un globo temperamental que gira alrededor de un eje; que el alma es tan materia como el belfo de los sabios que manipularon en la horca el símbolo de la Verdad Inmanente.

Un dulce niño, oh, hermanos del remo ágil, cuando se puso (no tenía edad para "pensar"; y ojalá la tenga nunca), cuando se puso a sentir, digo, en eso del misterio de la muerte, dijo a su padre:

—Los muertos son muertos sólo porque los vivos no pueden oírles; de la misma manera los muertos deben creer que los vivos son los muertos, puesto que tampoco les oyen...

¡Oírles! Sí: el problema es oír, sobre todo con los ojos; oír la voz que se estrangula en el latido.

En el calor de la sangre está, ciertamente, el color de las cosas, y la voz de los muertos. Eso la verdad de la vida, y sólo por vida verdad.

Hermanos del remo ágil: me dirijo al hombre, y no a vosotros; porque a vosotros no os deparo los infortunios del hombre, y a él le deseo que, al fin, recupere la sencillez de vuestro corazón.

No demos categoría de leyes a vuestras codificadas convenciones; llamémoslas lo que son: ordenanzas, justas o injustas, sabias o torpes. Pero ordenanzas a las que deben someterse los hombres; mas sólo mientras no constituyan violación de los fueros de la vida. Para ser leyes las del hombre tendrían que partir de la ley: el pan no es un título de cambio; la vida pertenece al hombre y ni Dios tiene derecho sobre ella.

Eso cuanto se lee en la Ley, aquélla que, según el filósofo, se contiene en las vísceras del organismo vivo. No pertenece a la Ley la ley que manda a la cárcel a quien robó para no morir de hambre; pues la Ley encarcelaría a los causantes de la miseria social lo mismo que a los apañadores, sean divinos o bovinos. El crimen no puede reparar el crimen.

¿Será Ley la ley que mata al que mató? ¿En qué consiste el homicidio: en privar de la vida a un ser "vivo" o en herir los sentimientos de "humanidad" de los jueces? Si en ésto último, ¡a callar, borregos! Pero si en lo anterior, el asesino es suprimido por asesinos. Entonces el crimen no existe; y si existe lo ha creado la ley ésa. Sólo el Diablo puede ser padre del Diablo.

Retened, hombres, la sabiduría cándida del corazón; y os bañará el efluvio de la ternura. Ella la nodriza de la Vida, sin muerte ni mancha de pecado original.

El de la Caverna mataba para comer; el del antro jurídico para doblar en ración su oración; es decir para comer sin riesgos.

ECHAD AL CARCELERO DE LA CÁRCEL

—Permíteme, Khorí-Puma —me dijo, reunir a los maestros de las Escuelas.

—¿Con qué fin quiere, EL PEZ DE ORO, reunir a los maestros de las Escuelas?

Se inmutó.

—¿Yo, EL PEZ DE ORO, Khorí-Puma? Dame mi dulce jerarquía; y me harás poderoso... ¡Sólo aspiro a merecer el abrigo de tu párpado!

—¡Guagualay!...

—No llores, padre...

—Ya no... (¡Gerrrrs!...) Dí: ¿qué quieres?

—Quiero consultar con los maestros proyecto que luego someteré a tu consejo, Khorí-Puma. Además, si accedes a mi súplica, aún te pediría hallarte presente y que la Ulaka también lo esté. Creo que el asunto es de los primordiales de la patria.

—Que seas complacido el día y a la hora que desees.

A poco, niña querida, el gran salón del trono se vio colmado de maestros viejos y jóvenes; Challwas varones y Challwas varonas. Y allí, como había prometido tu Khorí-Puma, estuvieron él y la Ulaka. Comenzó por someter a los maestros a minucioso interrogatorio. Y ya le interesaban antecedentes familiares, de alimentación, estado de salud, recidivas, particularmente de orden digestivo, hepático, tiempo que ejercían el magisterio, grado de alcoholización, capacidad económica, número de hijos, si casados, solteros, viudos, divorciados, ideas políticas, filosóficas, religiosas, si inquilinos o no, afición o indiferencia para el deporte, preferencia por los dados o el ajedrez, en fin, esperanzas y primordiales anhelos. Cuando estimó que había obtenido los datos que le permitirían fundamentar sus observaciones, se dirigió a un lado del trono; y ...

—Los maestros —dijo—, son por desgracia tan naturaleza como nosotros, y se hallan sometidos a leyes que rigen para todo organismo germinal: nacen, crecen, se reproducen, y, finalmente, se inhiben.

El trabajo que la sociedad les impone sin embargo es uno que más parece propio de dioses. El maestro —y téngaseme esto por anticipo de su mayéutica— debe perfeccionar la obra que la vida realiza en el niño; en todo caso dar los toques finales a esa maestra creación... Nada me impide manifestar en este momento a maestros y maestras que me produce sentimiento de admiración el heroísmo y resignada voluntad con que algunos de ellos soportan el peso abrumador de sus deberes. Ello se revela a la simple observación de los estragos que el ejercicio del magisterio perpetra en su naturaleza; si Suchis de cuarenta años parecen de sesenta; Khesti-Challwas de veinticinco ya maduras cuarentonas. Desde luego, toda alegría de vivir ha huido de sus rostros trabajados por la fatiga. Fisognomista agudo podría trazar cuadro psicológico de cada uno de ellos con sólo interpretar el significado del rictus neblinoso, la mirada inestable, vagarosa, el escepticismo que se expresa en el tic nervioso de las contracciones labiales, denunciando a las vistas la presencia de violentas represiones anímicas. En suma, los maestros, así como me es dable observarles, son caracterización patológica del pesimismo...

Maestros: el magisterio es una profesión en cuanto se profesa un culto: el alma del niño. Comenzad por demostrar que sabeis en qué

consiste el alma y cuáles las modalidades del alma de vuestro discípulo, no tanto como resultado de investigaciones sistemáticas y de laboratorio, cuanto como de la exploración de su personalidad por los procedimientos que emplea el enamorado para interiorizarse del corazón de la mujer elegida. ¿Me entendéis? ¿Os falta amativa? Ciertamente, en pocas actividades es inevitable, de necesidad pública, contar con el factor vocacional; pues se debe nacer maestro como se nace para amar. Muchos de vosotros, la mayoría, no sois responsables de veros atrapados en actividad para la cual careceis de condiciones en tanta medida como para otras revelais cualidades excelsas. Fuisteis a la Escuela no a oficiar una liturgia, como suelen los sacerdotes sin sacerdocio en el corazón: perseguíais ganáros la vida. El móvil nó, no es condenable; mas sus efectos son dolorosa y profundamente dañinos.

Esta observación, maestros, que acabo de confirmar, no es mía: es observación de vuestros mismos discípulos. Sé que los más perspicaces de vosotros os habeis dado cuenta que la falta de atención de parte de vuestros niños, de que hay uno de vosotros que no se queje, es más que resultado del linfatismo volitivo que marca el ritmo de vuestro trabajo, quitándoos todo interés por él, automatizándole casi brutalmente. El maestro que realiza con agrado su tarea, es magnético, nunca tiene delante alumnos desatentos. ¿Cómo puede mantener la atención el educando si vosotros teneis amor por ellos e interés alguno por su destino? El maestro que no sienta por su alumno la temblorosa ternura de una madre por su hijo, alce el ancla, tome sus bártulos y enfile a camino radicalmente opuesto; que en él si no sirve al menos no dañará. Considerad la tragedia del hombre que deliraba con geniales concepciones estatuarias; pero ya con el barro en la mano su genialidad se veía despojada de lo entrañable del genio escultórico: el amor al barro. Este no tardaba en morderle y en resistírsele, si, aunque catalogado entre los cuerpos insensibles, el barro en manos del escultor con médula de tal, bien que manifiesta luego que posee el instinto de la forma. Diríais de este infeliz que cualquier cosa, hasta genial virtuoso del badajo; no escultor: ¿verdad?

Sólo el escultor que trata el barro con la ternura de la madre a su feto en la entraña, puede comunicarle el flúido tembloroso de la vida.

Os muerde el niño, maestros. Sufrís la fatiga del claustro; os tortura y araña la psicosis que llevó al maestro a inventar la palmeta y le inspiró principios científicos como ése de que la letra con sangre sine qua non. Padeceis claustrofobia; os ahoga el encierro cúbico; necesitais otro cielo que los ojos del niño.

Romped las trankhañas; y escapad de la cárcel...

Su ardiente emoción había conmovido al auditorio. Vi rostros demudados y no pocos ojos que sorbían sus lágrimas.

No menos emocionado, prosiguió:

—Hacedme gracia de la amargura del requilorio; pero observo el principio de que el ser vivo debe pagar su derecho a la vida defendiendo sus derechos. ¡Y el niño es la Vida!

Someto, pues, a vuestro consejo proyecto de ley que pediré revisar a nuestro magnánimo Khorí-Puma; y él, si le considera digno, lo entregue al juicio de la Ulaka. Es el siguiente en su forma embrionaria:

LEYES DE EL PEZ DE ORO

1º.— Sólo se admitirá en las Facultades Pedagógicas, a quienes, sometiéndose a minuciosas y prolongadas observaciones en orden a su vocación, demuestren ingénita aptitud de maestros.

2º.— El ejercicio del magisterio queda limitado, sin obligatoriedad, a período de cinco años, en el curso de los cuales el maestro podrá hacer abandono de la carrera para entregarse a labores que prefiera o el Estado le señale.

3º.— El maestro, que vencido este período, desee permanecer ejerciendo la profesión, y comprobare suficientemente que sus facultades le permitirán desenvolverse con el mismo interés y tensión con que completara el primer período, recibirá el beneficio de duplicación del haber.

4º.— El Estado reconoce que no hay más alta jerarquía en los servicios públicos que la del Profesor de Escuela, el cual deberá percibir haber igual al que corresponde a los

Ministros de Estado. Implícitamente, gozará de todos los beneficios sociales reconocidos por la Carta Suprema.

Y dirigiéndose a la Hilakatura, agregó:

—¡Barred, por piedad, las Escuelas de los maestros envenenados por el hastío; y creed que hay labor más agotadora que la del maestro que la realiza con honradez y responsabilidad! Por manera que si no le reemplazais pronto le impondreis suplicio que puede convertirle en holgazán cínico, que vivirá envenenando el corazón de vuestros hijos, para sepultar en vida generaciones de ciudadanos útiles.

Esto en cuanto al maestro honrado. Al otro, que buscó la Escuela como solución de su problema económico, que consciente de sus designios consuma la expoliación del Estado, pervierte la función magisterial, es agente de perversiones anímicas en el niño, decretadle categoría de Enemigo N° 1 de la patria. Y si las leyes os facultan, os pediría que le mateis; si pudiera enmendarse con la muerte lo que viene corrompido desde la célula.

Simplemente, medid en la inmensidad de estos hechos el tremendo deber con que os reclama la vida.

Le miraba, querida niña, como el ciego cree mirar el Sol, porque tibios rayos se apiadan de sus muertas pupilas.

* * *

CAUSAS Y EFECTOS

A los médicos y estudiantes se dirigió en mensaje insólito.

—No creo deciros nada nuevo, oh, médicos y sabios estadistas, si afirmo que tanto unos como los otros teneis el mismo origen: el olvido de las leyes de la vida. Estimo que los médicos no ignoran que ingente número de enfermedades tiene causa que el funcionamiento contra naturaleza del órgano digestivo, pues, mediante el fuego que arrebatamos al Titán para entregarlo a los manejos de Maritornes, sin haber antes pasado o Maritornes por el fuego, pretendemos hacer digeribles sustancias para las cuales ese órgano carece de conformación. Si el discurso de la ciencia médica, en todo lo que

somos colectividades "civilizadas", se ha empleado en considerar el problema de la salud vegetativa como simples heteromorfosis de la digestión, me aceptareis que no pretendo deciros nada nuevo. No voy a pedir os que decidais si somos frutívoros o carnívoros, pues las más altas autoridades han reconocido que si no lo primero, sí no podemos ser lo segundo. Sin embargo, lo menos veinte mil años comemos carne; y acabaremos dentro de cien mil convirtiendo nuestro mecanismo abdominal hasta adquirir la eficiencia del felino. ¿Nos llevais, pues, a la felinización? Ya puntos hay del planeta donde los hombres parecen la transubstanciación del esmilodonte, el cual por cierto es forma diferenciada de "Mefistófeles, cazador de ratones"... Entre tanto, la naturaleza, que no pierde batalla, lucha en forma heroica por defender la unidad y armonía de sus leyes; y esa lucha bien que se manifiesta en ésa cada vez más numerosa familia de enfermedades que forman vuestro árbol genealógico de la muerte.

Así, pues, el origen real de las enfermedades que abruma a los pueblos, está en la olla, si en ella sometemos a cocción frutos que directamente no podemos deglutir y menos digerir. Sin embargo, la terapéutica que debiera ser antes higiene y dietética se dirige a eliminar los efectos que esta contranaturaleza de las cosas determina, sin considerar para nada sus causas.

¿Por qué os querellais con los efectos y pactais tan consentidamente con las causas? El fuego es bello y germinal; si cuanto Natura brinda ha sido sazonado en sus misteriosos fogones. Aplicad vuestra sabiduría a descorrer el tenebroso velo del fuego, que tan vilmente empleamos; y ved en el fondo de sus misterios antes que en el misterio de sus maléficas expresiones.

Digo también al estadista que nada nuevo le ofrezco si afirmo que cuando robamos a los frutos de la tierra el fuego económico y lo sellamos en láminas de metal, cometimos el mismo pecado contra la vida que en el caso anterior. Estábamos habituados a reconocer que el valor de los frutos radica en ellos; hoy hemos transferido ese valor a la moneda. Ella, de simple medio de cambio, se ha convertido en el

déspota de los pueblos y representa la medida del valor vital. Ya no perseguimos producir sino ganar.

Ese el norte magnético, el fatal magnetismo; si todo lo que vive es sólo una marcha hacia el valor, en este caso del valor en las esferas de la más plena metafísica.

Estudiad entonces los maléficos efectos del sistema y tened el valor de la vida, devolviéndola lo que es suyo; que así el valor volverá a quienes por él vivimos y somos lo que él. Sed limpios: suprimid la moneda; suprimid la olla...

No hagais más de sacerdotes del pecado.

Ved: ¡los pueblos son hospitales de hambrientos!

¿Adónde os dirigís? ¿A qué abismo arrastrais al hombre?

El Estado devuelva el valor a la producción en sí como elemento de consumo y sustento de los pueblos; que al menos le quedará la certidumbre de que los pueblos viven del valor y no el símbolo del valor de ellos a cambio de matarlos. Porque, si el valor de la moneda está en relación directa con el valor en los pueblos, cuando su capacidad financiera cae la moneda pierde valor. Y esto quiere decir que el pueblo queda desvalorizado y se le condenará al hambre y a la muerte. Saben hasta los que deletrean, que sólo un valor inalterable hace inalterable la economía del Estado.

Bien conocéis cuál la solución. ¿Os espanta? Entonces, estais perdidos. En vuestro honor la humanidad irá al suicidio colectivo: no le queda otro camino.

El valor de la moneda se determina por la producción; y la producción se sujeta a las oscilaciones específicas del valor monetario. Callejón sin salida. ¡Sobreproducción y hambre! Antes que inferir daño a las regulaciones comerciales, el dumping vomitará sus embarazos en el estómago del mar y en las orillas de ese sufrido vientre los hombres morirán de hambre...

El valor de los frutos es en sí mismo. Fácil será para el Estado – fácil y fundamental– edificar la economía del pueblo en la producción y nó en su valor de cambio. No se trata de acertijos ni de soluciones mágicas. El mundo ha vencido mucho camino dentro la economía comercial; mas eso mismo demuestra que esa economía no ha solucionado los problemas vegetativos de los pueblos. Y que girando

alrededor del valor monetario da sólo la medida de la riqueza monstruosa de unos y del hambre no menos monstruosa de los otros.

Para los pueblos la mejor manera de rectificarse es volver a sí mismos —que están en pasado—, impulsando en este mundo de esquizofrenia capitalista, enérgica economía familiar de producción, aunque los medios que para ello empleen sean los de Hammurabí, el padre Abraham o del Inka.

El concepto de valor ha regido todas las relaciones de los pueblos, individualmente de las unidades que los forman y de ellos como grupo y colectividad. Pero el valor hasta el nacimiento del despotismo era un derecho común a todos; supuesto el valor venía de la fecundidad de la Naturaleza y radica en sus productos. Era incambiable, o mejor, intransferible, hasta el momento que el hombre oferta a la Divinidad las primicias de la simiente a cambio de los valores con que ella le compensaría. No se ha visto en esta operación de cambio el punto de partida del infierno y del sistema monetario; pues importa la conversión, por acto de hipotética confianza, o de fe, no menos hipotética, del valor cosa en valor financiero. El billete bancario retiene aún parte de la esencia del talismán. En las esferas de la economía esto es física trascendental de 28 quilates.

Pero, a cambio de sus favores la Divinidad recibía moneda con valor en sí, supuesto un becerro asado, dos quesos de cabra, un amonama de rubia miel de abeja, dos huevos de forrorraco, poseen valor, común a la Divinidad y al Universo. No puede sentirse igualmente compensado porque se paguen sus aquiescencias con un papel mágico de valor convencional. Ciertamente, con el sistema se han hecho capitalistas los sacerdotes y han descapitalizado a Dios. En qué medida no habrán descapitalizado al pueblo a cambio de sus cincuenta, o más, Plutos eufóricos.

También pertenece a la economía mágica el arte de suministrar valores nutritivos mediante procedimientos alquímicos. Desde el punto de vista de la economía vital, el hombre es proclive al morbo porque ha sido desvalorizado.

Es de decir que el pueblo que no regrese a la Caverna, vivirá enfermo y hambriento, mientras pueda subsistir.

* * *

LA REBELIÓN DEL LODO

Conservaré en la sangre, niña querida, el recuerdo de esta página de sus "Meditaciones"; porque es preciso que ella un día sea puesta en la balanza de la vida; si la vida es susceptible de entender la lógica de una medida de las cosas, como las entienden los hombres y las sienten los hijos del agua.

Héla aquí:

"Mauris y Suchis ya no tendrán motivos de procurarse odiosidades y su bienestar refluirá en la paz de mi pueblo. Me ratifica esta experiencia en el convencimiento de que en problema alguno se deben buscar soluciones que orillen la periferia de las causas, o simplemente las pongan de lado; porque, cuando se lleva ánimo honesto a la solución de un conflicto, lo sano es profundizar en ellas, hasta encontrar sus internas leyes. Los Suchis han perdido su marka, no meno que los Mauris; pero han ganado otra común en la cual desaparecen los factores de la discordia y los equivocados móviles de la enemistad.

"Ay, pero esta hazaña, que debiera llenarme de satisfacción, es causa de tortura que cada vez se hace más dolorosa. La paz que disfrutaban Mauris y Suchis se ha logrado a costa de libertad y vida de seres indefensos. El precio de esta victoria del Derecho de Gentes lo satisfacen ellos; ellos, que son de una naturaleza que tierno precipitado es de emotividad genética; obedecen con simpleza simples leyes de la vida, y viven, y se reproducen, porque en reproducirse y vivir realizan la máxima dinámica de su tensión. Son enternecedor latido para nosotros casi imperceptible. A veces se me figuran raíces que reptan a voluntad, o con tanta voluntad de conciencia, como la raíz del árbol; pero que si se desprenden del nódulo vegetal a su arbitrio, o al arbitrio de su ámbito, no le abandonan, y llevánle consigo.

"Terminó el secular y dramático entrevero de Suchis y Mauris; y los Khausis son devorados sin límite, sibarítico el ojo, la fauce famélica. Cuando entre aquellos surgían rivalidades, les envenenaba la codicia, les copaba el fragor de las disputas, el Khausi gozaba períodos de

inmunidad. Mas pasó el ciclo bélico para ellos, se regalan en octaviana negligencia, y los Khausis, no bien han surgido de sus larvas, son implacablemente devorados. Ya no argumenta el Suchi y se apresta; ya el Mauri ceta ni se cuida.

"La paz que he gestado, y de la que gozan, me revela que somos capaces hasta de vivir en paz, si a esa condición se nos consagra el derecho de triturar las vértebras del indefenso.

"¿Fue destino del Khausi servir de regalo a Suchis y Mauris? Y si cuando éstos porfiaban por imponer su mejor derecho se hubiesen presentado los infelices para decirme:

—Mira, que el problema no consiste en que los Suchis o los Mauris tengan mayor o menor derecho sobre los Khausis, validos de que somos humildes y de toda defensa frente a ellos carecemos, lo que no ocurre con el hombre, el cual, como acaso sabes, nos considera venenosos. Lo que antes tienes que decir es si los devoradores poseen, realmente, derecho para devorarnos...

"¿Cuál habría sido mi actitud? Nada vacilara en proclamar que Suchis y Mauris eran muy dueños de cultivar gastronómicamente sus refinamientos de animales complejos; mas no a costa de la vida de seres con el mismo derecho a la vida que ellos. El estrambótico Juez habría sido declarado necio; y para Suchis y Mauris para repudiarle, sobre sus barbas, y convenidos en entente cordiale, revolcarían su lujuria en los criaderos de Khausis.

"Cuando la vida permite que un ser se desarrolle frente a otros sin armas suficientes para cautelar sus fueros, que ha concertado buena prueba es que el fuerte viva de comerse al débil. ¿Pero, entonces, para qué invocamos una trascendente inteligencia, y mantenemos trascendente fuerza coaligada en quien concurren los derechos tras articulación que evite éstas, no tanto injustas, como groseras violaciones? Cómo se ve que el mito, teológico, o racionalista, mito.

"Los Khausis pudieron argüir.

—Si el Khorí-Puma tiene poder ni autoridad para impedir que seamos devorados; reconozca que tampoco los tiene para mandar

sobre nosotros. Desconoceremos su autoridad y nos alzaremos contra los que atropellan la vida en nuestra frágil naturaleza...

"Pero, el Derecho sin Fuerza, ¡oh, creatura seminal!, es un enunciado abstracto. Para que el Khausi se alzara, sería preciso poseer fuerza, y fuerza agresiva, sin la cual el Derecho carece de santidad y la fuerza de derecho. Y eso lo sabe bien el estratega... He aquí el problema despojado de mitos. Entendido así, santidad, virtud, fuerza, son el Trimurti, y dan al Derecho fundamentos jurídicos, no menos teológicos. La justicia de dioses y hombres puede sustraerse a la gravitación de los cuerpos y a la velocidad determinada por su peso; y si reserva para el Derecho sin armas la justificación de la beatitud, inclina la victoria de las batallas a favor del Derecho Armado; pues ni la atracción magnética rige para aquél. Por lo que pueblo, u hombre, que clamen por su derecho, sin previamente armarle de la quijada del asna, harán más que sumarse a la coral del rebuzno. Sansón eligió del pollino la recia mandíbula para meter en las razones de Dios a los filisteos; y sólo así en las sagradas letras de él pudo decirse que fue Varón Divino.

"En las manos de Juez como yo esa fuerza debería ser pulverizada. La verdadera y única fuerza, que el verdadero y único derecho crea, es la Vida; y la Vida en sí, no derecho de la fuerza, fuerza del Derecho. Nadie debiera morir para que otros gocen; si tal el principio, único saludable, que a un no menos saludable sentimiento cabe del Derecho.

"Bien veo que disputo con la Sabiduría de la Vida; y que si ella las cosas hizo así, quien se le opone se alza como el lodo átono contra la Sabiduría Sinfónica.

"¿Por qué el Lodo cobra arrestos tan impropios del Lodo? Tengo que admitir que en el Lodo está el embrión de la Sabiduría y en la debilidad la fuerza; y que tanto más de Lodo el hombre, más hombre. Por lo que, cuanto en mí se conserva de la naturaleza del Caos, en que mi elementalidad es elementalidad de fuerza, me impele al Ser; y que Ser es sólo Querer Poder. No hay otro Derecho que el derecho a la vida; y es Fuerza sólo en cuanto es querer Derecho.

"La Fuerza, en sí, carezca de Derecho... La vida está hecha de arrancar a dentelladas retazos del vecino; es, pues, Violencia y

Violación, animada en la Fuerza del Derecho, que si impele la Vida, la conserva, y por la Fuerza, que es su Derecho; y de nadie el derecho de suprimir la fuerza del derecho, ya que de él haría desecho... ¿Hay orden racional en todo esto? El sentido del pavoroso báratro tiene que mostrarlo el Lodo, donde, si se es, porque se quiere "Poder de Ser". Permanezcamos en Lodo para asistir a la Revelación".

NO SEAS BUSCADOR

Se dirigió a los alcabaleros de los Dioses.

—¿Qué es Dios? ¿Naturaleza de hombre sin la animalidad del hombre? Entonces, ni dios es ni hombre. ¿Naturaleza animal sin Diablo? ¿Es privativo del hombre hacer hombre del Poder Supremo, medio de hacer supremo su Poder de Hombre? Aunque los Suchis no alcancemos sus intelecciones, y sepamos menos definir su naturaleza, nos aproximamos a estimarle como un Poder de Ser que actúa en todas sus manifestaciones como Fuerza. Es fuerza en que estamos, sin la cual no estaremos. Y la forma de inducirla es ser ella; crear en su dirección. Así, toda fuerza es "Ego" en cuanto "Naya". ¿Cómo se explica entonces que su presencia se manifieste en el Suchi y se sustraiga en el Hombre? El Suchi la posee y el Hombre la busca.

—Le conocerás en que el Hombre ha de hundirse en él; y ser, presto, él...

—Pero, Hombre de Dios: dios paquidermo, Pez, Lakhato, es Uchu-khaspa, pues en todos ellos se hunde para ser.

—¡Horror!...

—Oh, creatura seminal: ¿te horroriza? Todo parece aconsejarte que la fuerza del hombre —de él; no la confundas con la del "otro": el pariente cinocéfalo— es la Fuerza de Dios por ser "tú" el destino de esa fuerza.

Como no es así, le buscas y pagas sabuesos que por ti lo hagan. ¡Dios poseerá para ser Dios idioma universal: el combo! No requiera traductores para hacerse entender; menos trocarse receta en manos de facultativo.

—Martillo es Dios para los yunques gélidos del Diablo!

Al contrario, hijo mío: es Omnipotente, Omnisciente... Buscarle es conocer que no está ni es. ¿Has preguntado si alguno de los que están, y son, optó por ser o no ser? Pregúntale a Dios si es porque así le convino y te aventará a la cabeza la fragua de Vulcano. Se es inevitablemente: eso Fuerza. Mete en una retorta el tuétano divino y encontrarás Instinto, o Fuerza, que es lo mismo; y no más y no menos. ¿Es que Dios necesitará de la palanca de Arquímedes para hacerse Fuerza? Es la palanca de todos los Arquímedes, o nada: y eso es: Nada. ¿Qué pretendéis con vuestras abogacías divinas? Desviar al hombre de los caminos de la vida; sustraerle a la dirección de sus violencias creadoras; restarle al espasmo material con que se produce.

¿Ignoráis que la Ternura del Espasmo es sólo posible en la Fuerza, y que Fuerza es? ¿Quién os ha dicho que Dios necesita partero para nacer?

Si Dios no es el efluvio de la Primavera, será prudente estimar que existe sólo en cuanto se le intuye y no en cuanto se le posee.

En ese caso será Deus y no Fortis; es decir, un tropo y no un combazo... ¿Cómo pretendéis hacer de Dios un sub-hombre que no prescribe medicinas si no se le paga en monedas de uso legal? Cuando el hombre, en cuanto animal, ve calvarios en el hombre, no espera reclamo: va por instinto de hombre, por autodefensa, hacia el dolor del hombre. ¿Quién lleva al león a lamer al león herido? ¿El hombre que hay en el león; o es el león que hay en el hombre quien lame la herida del prójimo? Es la Fuerza. No sus ahogos confundais con los negocios.

Hombre: no seas buscador de Dioses; sé buceador de 'Tí Mismo: en tí están ellos en Fuerza; y tuya.

Tal vez llamen a tu puerta; sea el Alba. Y, al abrirla, se te encare resplandeciente peregrino.

—¡Bien te ría la Alborada, hermano!... Aquí me tienes: Soy Dios.

¿Dios? Zambomba... ¿Y alcabalero cual me procura la esplendente sorpresa? Tienes que desconfiar. Le arrancas la careta, y encuentras que el auroral visitante es la Fuerza de la Vida.

Abres los brazos en la Cruz; te baña su ardiente resplandor...

—¡Entra a mi hueso, camarada germinal!
—¡Khusillu!... ¿A tu hueso?.. Pero si de El salgo...

Bebe violento el vaso de la Vida. Es tu Eternidad y 'Tú la Suya...
¡Nadie tiene derecho sobre vosotros, ni Dios, y menos él, puesto que carece de hecho!...

* * *

SALTERIOS DEL KHORI-PUMA

No recuerdo la hora ni la noche;
mas una noche fue, querida niña;
cuando temblor de estrella
miróme desde la estrella conmovida,
de ésa, que me dejaste, lágrima viva.

Si el misterio que rompe del grano
de trigo el corazón, y alumbra
la espiga, que viento y Sol abrazan,
conociera; ahora, por qué crepitas,
estrella, por qué en mi sangre lates,
conocería en el latido de mi estrella.

Sólo dulce pavor fue tu destino.
Si por mi guagua la vida toda diste,
y esa guagua no es 'Tu Hijo. 'Tu Hijo
es el Padre del Hijo, que 'Tú, estrella,
alumbras en centella, en lágrimas y en beso.

Que de estrellas amor el cielo labre;
que fecunde mi llaga y la cascada;
se haga aceite, y miel, y cante,
como 'Tú, que cantas en mi lágrima,
me embriagas con tus lumbres, estrella,
es misterio que ahoga con arrobos.

Oh, estrella, le cantan las Estrellas.
Tú, que unida a El estás, y con su luz
me bañas, dile, que el Khorí-Puma ruge ya.
Y que su rugido incendio y guerra es,
horno donde crepita y cabrillea
tu resplandor, y su Esplendor me ciega.

Con tu aroma tremulan las Auroras;
ellas del viento son tu aroma;
con hielo aroma son del ascua.
Y son taladros del muro de la sombra,
ardiente incendio en mi clamor de luz...

No recuerdo el día ni la noche.
Pero, una noche fue, niña querida,
que con la dulce podre de tu podre,
ardió en aromas el oro de Su luz...

.....

¡ E L W A W A K U ! ¡ E L W A W A K U !

—No creo sensata, oh, Khorí-Puma —me dijo—, la despectiva actitud con que miramos en qué medida alcanzan proporciones fantasmales el terror y la realidad del Wawaku. Carecemos ciertamente de signos objetivos que acrediten su presencia. Pero el pueblo le siente. Nuestro deber es afrontarle sin vacilaciones.

—Se trata de complejo morboso, hijo mío —repuse—. Le arrastra nuestro pueblo en el pavor de la sangre y el miedo tiene otro clima favorable que el miedo. No le demos asidero nosotros, pues temblaremos también. Los pueblos sufren intoxicaciones que deben reabsorberse.

—Si es un complejo tiene elementos de que procede y le originan, padre. El miedo no es de generación espontánea. El pueblo le ha denominado El Wawaku. El Gobernante no puede destruir al Wawaku con sólo ignorarle.

—Desde luego. Pues bien; procedamos a la disección del Wawaku.
¿Qué es el Wawaku? ¿La Muerte?

—¡La Muerte!

—¿O el Despotismo que nos amenaza con el ricorsi? No se puede destruir lo que no existe, hijo mío, como no es prudente crear el mal para convertirlo en bien. Hemos convenido en que si la muerte existiera no existirías tú, ni yo existiría, ni existiría nuestro pueblo. Pueda que el Wawaku sea la Muerte; y eso quiere decir más que el Wawaku no existe.

—Y anda; y mata; y sangra; y enloquece...

—Nó él: lo que de él hemos hecho.

—Y no existe.

—A tu advenimiento, hijo mío, sentí el horror de la Muerte que entristece la vida; pues fue verte, y sentirte, y saberte, para que en la entraña del hueso me latiera la Eternidad. Tú acabaste con esa horrenda pesadilla.

—El Wawaku es una pesadilla convertida en problema para el Estado. Eso lo que te pido considerar, padre.

—El antídoto para la mía fuiste tú; y tú eres naya. Rigurosamente para disparar y hacer puntajes es previo conocer el blanco de tiro; tenerle al frente. Supón que no a tu padre; a la vida le dices: "Vida: la Muerte existe porque mi pueblo tiembla ante ella y juzga que le sustrae a tu dulce imperio"...

—Padre: la Vida respondería que si juzgo que le sustrae existe la Muerte, sea en forma de miedo o de ficción con raíces complejas.

—Bien. Ya la tienes en el campo de batalla. Tu deber de Jefe del Estado es abatirla. ¡Acomete!...

—Acometo.

—Pero haz acometido contra una sombra. Dudo que tu batalla te produzca beneficio alguno. La batalla se plantea allí donde hay cuerpos militarmente identificables.

—Te comprendo. Nada tengo que argüir en ese terreno. Pero, políticamente nos lleva sólo a la estrategia de la avestrús. ¿Porque ocultemos la cabeza desaparecerá el Wawaku? Es un estado de ánimo de la vida; si quieres una enfermedad de la vida. Y si se manifiesta en síntomas es nó por que sea irreal. Todo lo contrario: los efectos son

demostración de causas reales, pues no hay efecto sin realidad. Eso lo que debe constituir el campo de tiro. En el hecho está la razón del hecho.

—Bien, bien, hijo mío...

—¡El Wawaku bramita en la Caverna, padre!

—Mis parabienes lleguen a tu pueblo, como el gozo embriaga a tu padre con su fuerte mosto. El Gobernante jamás concilia la idea ni del hambre ni del temblor de su pueblo. El Wawaku existe, hijo mío: me haz convencido. Es la Muerte; y la muerte es una enfermedad de la Vida. El despotismo es una de las formas de la muerte... Estas verdades percutirán en los ámbitos del planeta: no lo dudes... ¡Nada tengo que replicar, mi hijo bien amado!... ¡A la guerra contra el Wawaku!...

.....

¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!

.....

H A C I A E L I N K A

Diestro y plácido el paso vile llegar, querida niña, a las cúspides de esa edad en que la vida alcanza la plenitud del gozo. Alegre danzaba su pueblo en uno como paréntesis de sus ya neuróticas aflicciones, y batida por las corrientes de agua, que la herían con la blanda gracia de la brisa a las flores, a medio día, y bajo solanas de Primavera, hacía olas en la cima del Palacio de Oro la gloriosa Wiphala del Arco Iris.

Y dijo a su pueblo:

—Seguidme a la profundidad... La Nación, Creatura de Naturaleza. La nacionalidad es, pues, nacionalidad por la Naturaleza, de la Naturaleza y en la Naturaleza. Si nación supone población, población arguye mayorías, y si así, las mayorías constituyen nación por naturaleza y en fuerza de Naturaleza. Son ellas, entonces, la fuerza de la Naturaleza y la nacionalidad. Nadie puede gobernar sin que ellas lo consientan. Oigo a las minorías afirmar que ellas incorporarán a las mayorías a la nacionalidad... Argucia de tramposos: que tanto

equivaldría a que la fontana, que se contiene en un cuenco de la mano, pretenda que ella incorporará la inmensidad de los océanos.

Si las minorías se apropian de los instrumentos del Estado, preveníos: sobrevendrá un cataclismo. No espereis que os lleve de la mano el taimado politiquero: ¡id vosotros; tomad el Gobierno; disponed de él!... Si les dejais despotricar os arrancarán los intestinos. Carecen de las materias de la vida; no tienen los sentidos genésicos de la acción; cualquier enano de los vuestros es un gigante a su lado, porque vosotros teneis naturaleza y ellos materias rarificadas. Si hubiésemos de aceptar su predominio, sería —y es— sobre la base de que la nacionalidad por ese medio será proscrita del Estado; se ejercitará el gobierno con usurpación de autoridad, consagrando la negación de la Patria.

Un solo troquel tenga el Estado: el que burilan a su imagen y naturaleza las mayorías nacionales y respondan a las efectivas y reales estructuras de su ámbito. Lo contrario, tras mugrientos parabanes democráticos, socapa de escrófulas espiritualistas, será gobernar en favor de clanes y aristarquías, con menosprecio de la naturaleza de las cosas, que para todos puede ser contingente, menos para el pueblo; porque el Derecho del Pueblo, esto es, de las mayorías nacionales, es Derecho de Naturaleza.

Pueblo sin Naturaleza, hato.

Escarpada o roma, lisa o aguda, si un país tiene alma nacional, ella es alma de las mayorías. Alma colectiva: naya. Corporación multánime en que las unidades encuentran la unidad.

Las minorías secretan nacionalidad en parte alguna, pues, si minorías, selección y diferenciación; cultiven espíritu de dominio, posean sentidos espectaculares del boato, habilidad para el bien (que no les resulte en daño). Sólo en la espesura de la fronda teje nido seguro el pajarillo; y si sólo las mayorías el hogar de la misteriosa estanciera, es de necesidad sostener que cuando un país se rige sometido a sus minorías, ese país carece de alma nacional; y nada menos admisible que patria sin alma...

Por tanto, Runa-Hakhes, patria no es colonia.

Patria y Vida son ámbito. Esta universal; aquélla social. Y, en ambos casos, óvulo en que el alma conforma y fisonomiza. El instinto

de unidad actúa por atracciones moleculares. En el alma viene de la vida, y sustancia familia, tribu, o nación. Y si le rige instinto de unidad, es porque toda necesidad vital es arquitectónica.

Sólo entendiéndolo así la fraternidad que arreata al grupo es instinto de unidad del universo.

Afinidad con el hombre-challwa; con el hombre-zolipedus; con el hombre de uña yugulada... Acá blancos, amarillos; negros allá. Allí paquidermos; aquí crustáceos. Muchas las formas, el alma una en la Vida. Somos unidad cósmica en ella y con ella. Hombre el agua; el árbol hombre; hombre el Sol y el insecto hombre; y hombre el hermano piojo; y varona la hermanita liendre.

Pero alma es instinto universal de raíz y por eso camino de nido.

El nidal de la Patria está tejido del universo de sus raíces; y en ella conjuga sólo cuanto la afirma en lo que es: en fuerza de Naturaleza.

He aquí que si sacais al estruendoso Marañón de su cauce, ya no será Marañón, aunque siempre agua, y acaso río. No transvasareis el Titikaka de su copel para verterlo en otro, que adonde le lleveis será lago, mas no ya Titikaka.

Asimismo, así volquéis el Atlántico en la hoya del Titikaka, tendrá que tomar sus formas, su nacionalidad, su alma, que es su gusto y su hondor. ¡Estúpido que por haberse volcado en su álveo pretendiera que nó Titikaka; que Atlántico!...

Aquí el nido del Tawantinsuyu, su óvulo; se apeñuscan aquí, y yuxtaponen, las almas, o raíces, que arquitecturaron su unidad. Podrán colmarle otras; pero implicará esto que las desalojen. Porque el alma, el semillar del Tawantinsuyu, su óvulo, funcionan aferrados a sus breñales: tendría que arrancárselos desde el centro de la tierra y con las entrañas de la tierra.

Volvamos al alma multitudinaria de las mayorías nacionales, Runa-Hakhe-Challwas; al óvulo de la Patria.

¡Allí el Inka, espera!

LA BATALLA DEL ESPANTO

III

¿Me quedaría algo por hacer aún, querida niña? Presiento —me decía— que de la sombra se animan los tropeles. La paz ha huído. El pueblo se conturba. Y ya hoy, mañana ya, todos tiemblan con la misma figura del espanto.

—¡El Wawaku se hincha en los totorales!

—¿Quién lo ha visto?

—Muchos. Muchos.

—No, no, tatay: en los totorales no: el mismito Palacio de Oro; en su atrás. Donde pina su pichikha la Mama-Paksi.

La Ulaka Imperial ha tenido que admitir que los temores del pueblo poseen fundamento. Pero, es que pasan cosas raras... Después de la Coronación volvió a saberse nada de él; y hoy en qué labio no estalla.

—¡El Wawaku! ¡El Wawaku!

Su fantasma trajina.

—¡Rastrearé la huella! —dijo el Khorí-Challwa—. No podemos permanecer rumiando el miedo de nuestro pueblo.

Los Suchis pretendieron impedirselo.

—¡Oh, nunca, Khorí-Challwa; los Suchis estamos para eso! ¿Has olvidado que vio en ti el mayor obstáculo en el camino de su tiranía? Nuestro deber rodearte sin descanso; ahora, o nunca.

En efecto, rastrearon las misteriosas huellas, incansables. Mas nunca pudieron decir: ¡Le hemos visto!

Al contrario:

—¡Nada; nada hay! —se lamentaban.

Pero, los compungidos Khestis:

—¡En la Caverna complotan, Khorí-Puma!... Deveritas; no te mentimos, tatay...

—¡Sacuden la Caverna, Puma!

—¡Tienes que ir, oh, P u m a; y enfrentarlos!

—¡En su más nengro tienen su Laykhakuy; de ahy salen gritos desesperados!

Volcábase espantoso silencio.

—No se le ha vuelto a ver.

—No digas eso: el Wawaku es un Kharisiri que ha inventado nuestra cobardía; y no más...

—A lo mejor.

Fue inevitable. No se ha decretado el estado de guerra y sin embargo el pánico empavorece las aguas. Nadie piensa sino en la batalla inminente, la carnicería, la muerte. Me sacudía maléfica desazón. Campo de aprestos bélicos es el lago; y la angustia a que ha dado vida la misteriosa amenaza, polvorín a punto de estallar en los corazones.

¿Qué hacer?

Niña querida: enemigo que no se ve; enemigo que se nos revuelca en la sangre.

* * *

Esta maldita irrealidad acabó por hacerse el torcedor de mi alma. ¡Sí, Wawaku, tata-Wawaku: tu carnaza es EL PEZ DE ORO! ¡Hacia Él se encamina tu siniestro fantasma!

Dicen leyendas oscas, que no de Oskhos, que dios hubo que dio la vida de su hijo para asegurarse autoridad y tiranía... ¡Ah, monstruo!... ¿No le resultaba más fácil dar la suya?... Bien se ve ese dios no tenía corazón de Puma... ¡Mil vidas le daría a la Vida, querida niña, por una hora de la vida de tu hijo!... Guay; pero lo mismo que para mí tormento, la serenidad con que enfrenta los temores de su pueblo, levanta de ras de tierra espíritus que se arrastraban arrodillados.

El implacable lógico del realismo crítico ha vuelto a hablarme de lo que ya tengo como horrible obsesión: el zarpazo que de momento a momento veo dirigirse hacia Él.

—¿Has oído, Khorí-Puma, —me dice—, cuánto en el pueblo se habla del Suchi Viejo? Afirman que labio hay que se le compare si en ellos se animan leyendas del Titikaka. ¿Por qué no le haces venir?

Posee la reciedumbre de los que doman el rayo.

Es un gigante.

* * *

¿Pero, qué crispatura rompe la unidad de la vida, que algo se niega en ella a vivir? Le he sorprendido, niña querida, —coágulo de oro en el ardiente berrocal—, en actitud no sé si de ternura, pesadumbre o tormento.

Absorbiendo en el phuyu bocanadas del agua dulce que no acaba de salar el caliche de las corrientes... ¿lloraba?...

—¡Oh, tú, Miski-mama; más feliz que yo: te endulzas con su lágrima...

¿Por quién su tierna queja, querida niña? ¡Ah!... Cruel presentimiento le había herido con su dardo.

* * *

Tanto su delicada insistencia forzó en mi voluntad y amanecer hubo que habría de satisfacerle. Acompañados del Hiliri de Palacio, salimos al encuentro del Suchi Viejo, a todo su largor hendido el corpachón del Titikaka. Nunca, en día de agua, me alejara de la Khoriwasi a semejante distancia. Pero, a causa del extenso crucero, pude comprobar que la guerra con sus estruendosas premuras ebullición hasta en los soterranos lacustres; lo que si me fue motivo de cívico enternecimiento, también constreñía con aflicción muda el prometido deleite de conocer a ese venerable filósofo, cuya fama parecía, a ratos, mayor que el renombre de la patria... Saber de un gran animal, y encontrarle tan grande como se le predica, puede menos de considerarse codiciable obsequio de la vida; si la fama es funambulesca y suele hacer gigantes de medianías sin valor. La realidad de este genio nos compareció mayor que la de su fama.

Para abandonar Palacio dispuse que adiestrados espías prosiguiesen el empeño de sorprender el rastro del enigmático Wawaku.

Díjome el Khorichallwa:

—Tiraré del carro, Khoripuma :

Cuasi ofendido le atajó el Suchi de color de acero.

—¿Tú, Khorí-Challwa ? ¿Acaso no los sirvientes los llamados a poner el hombro a la **tiana** de sus amos? ¡Alceme yo acémila para tu fuego!...

Mas ya nada les permití decir, ni hacer. Dispuse las fuertes colleras; pedí al anciano atarlas y a ambos subir al bólido impaciente.

—¿Cómo —díjeles—: el P u m a permitirá que el anciano Hiliri del Palacio de Oro, su joven Príncipe y discípulo, contraríen la sabiduría de la vida; si ella manda que el Rey, noble, más noble si lacayo de su pueblo? Aun mandando el Rey sirva sólo para servir. ¡Ea, EL PEZ DE ORO: monte el Relámpago! Que día cantarán Harawikus, que el Puma mordió en el Lago su diamantino rayo...

—¿Yo, EL PEZ DE ORO, Khorí-Puma?
Obedecieron.

Hecho espolón el ojo, niña querida el P u m a, con la humildad del dios que sirve, ardió en el hervor verde de las aguas; y ya ya tizón de Aurora violó la entraña de la Muerte.

H A Y L L I

Alzóse el Puma,
del Khorí-Challwa
bestia de tiro,
canción de fuego,
ascua del oro,
su oro en ascuas;
y en fértil óvulo
de su Relámpago
la chispa ardió.

¡Singla la espada
de nuevo Sol!

Hoy, por las aguas
del viejo Lago,
el oro clama,

crepita el hueso,
el ojo hiende.
Y es el rugido
del Khorí-Puma,
khepa sonora,
zarpa augural.
¡El fuego incendia
de nuevo Sol!

Boga, balsero
del Titikaka;
bogue la thusa
de EL PEZ DE ORO.
Muestre en la zarpa
su khawa el P u m a .
Ya la ñukheña
traza la huella
del viento vivo.
¡Viven los Chullpas!
¡Canta la luz!...

¡El Sol se inflama.
con nuevo Sol!

Dulce coyunda me impuso, querida niña; si cuando la pelton de
la zarpa mordía el agua, en las suyas secretaban mieles tus estrellas.

C O R A L

Pulso del rayo.
Lumbre de asombros.
Viril centella.
Oro en el oro;
Sol en el Sol.

* * *

Rompía las vertiginosas corrientes, abierto camino a la ansiedad; y ya el corazón se anticipaba aquel inolvidable deleite. Encontramos el revés del anciano, en quien, si bien la marcha del tiempo que desgasta dejaba impiadosa huella, ni agilidad le mermaba y menos la seducción de una palabra que armoniosa fluía de cándidos manantiales. Le asiste aura que así como obliga a mirarle con respeto difunde inexplicable ambiente de bienestar, procurando sensación de salud y de fuerza. Emana contagio de arrobo. Parece humilde; pero su humildad es sólo transparencia. El Suchi Viejo es el viejo retenido en vibración infantil que debe ser la vibración de la Vida...

Trémulo, efusivo, poquitín tropezando en guijarros, no bien nos presentamos, me dijo:

—Para conocer a este anciano has dejado el Palacio de Oro, joh, Khorí—Puma!...

Y su pupila se dilataba como la del niño ante un juguete deslumbrante.

—Te presentas a él sin escoltas; tiras del carro de este Relámpago; no te haces anunciar por heraldos. Y con tierna solicitud revelas quién eres... ¡Oh, reconozco por estos signos que el Titikaka posee el tesoro de un verdadero Inka, noble Khorí-Puma, que retoñas! Te callas a ti mismo; mas tu magnanimidad de Orejón denuncia tu animal nobleza. Mis dones llegan a nuestro pueblo y que los Pasados le procuren hacerse digno de su generoso Gobernante. Te digo, oh, Khorí-Puma, que el pueblo conducido por la autoridad de un animal superior, se acrecienta; de la misma manera que se envilece cuando le gobierna el hombre depravado...

Quédame aún la sensación de esplendor que produjo en nosotros este ser excepcional. Háblonos de tantas cosas... De las antiguas costumbres; de los gobernantes ilustres; de las viejas luchas de Khestis y Kharachis; de la milenaria rivalidad de Suchis y de Mauris; de su asombro por la solución que les alcanzara tu Khorí-Challwa... Háblonos, finalmente, del Wawaku. Un cuentito de achachi-guagua, niña querida.

—No he vuelto a verle —dijo— des no poco lejanos tiempos. Ignora que permanezco en el teatro de sus crímenes y anoto sus irredimibles

perversidades. ¡Cuenta con su implacable aversión por mi Khorichallwa! El Wawaku es el monstruo del complejo. No nacido en el Titikaka, es en el Titikaka el que la vida quita a cuanto toca con mal humor. Sometió al Anchacho, al Achachila, al Huturi, al Haipuñi; arrojó del Lago al Supay; al Aukhakhallu le obliga a ocultarse en alguna cueva de las montañas, en fin, ni el mal permite si no suyo. Bien que conviene ya te acuerdes que destruyó el Imperio de los viejos Khoripumas, reinando el Emperador que hoy le gobierna, pese a la siniestra amenaza... Pero está pronosticado, ¡oh, padre de los huérfanos!; que EL PEZ DE ORO, nacido de su sangre, dará fin a sus crueldades. Tiene la virtud de hallarse en muchas partes al mismo tiempo, y en las formas más engañosas. Y así como para enloquecer a los balseros toma figura de Ñusta de hermosura sobrehumana; veces aparece en estrella que mana sangre; es ya la Paksi que multiplicándose ante sus víctimas aterroriza y comunica la idea de que el planeta detonará, desapareciendo del Universo; velado entre los totorales, las más lagarto, o carbunclo, cuyos ojos despiden hollinosas llamaradas, y, así, cuando los challweros en la oscuridad de la noche disponen la Khencha para la pesca, les asalta, por huirle los infelices se lanzan al agua, y se ahogan. No pocas veces pecesito dorado, muy semejante al Khono, de escama recia, que para succionarles la miel merodea entre las shakhas. Qué de apólogos e historias no tiene. Una de éstas, que gusta tanto a los Suchis: Los Amores de la Sirena-Imilla, hija del monstruo, y cierto bravío general de la sangre de los Khoripumas. De la Sirena las viejas cantigas recuerdan que si de cuerpo y rostro primorosos, fue de bien triste destino... Pero, larga historia es.

Oíale EL PEZ DE ORO con fatigado aliento.

—Nos das a probar la miel de tu hospitalidad, sabio maestro —le dijo—; y no bien adviertes que con ella nos deleitamos la quitas de nuestros labios.

Tan gentil y acucioso el interés del llokhallo, querida niña; tan dulce su entonación, por medio su anhelante pulso, que el Suchi viejo le bañó en ternísima mirada; y sólo atinó a suspirar:

—¡Ah, Khorichallwa!... ¡Mi Khorichallwa!...

Luego, asistido por orquestina de pinkhollos, se dispuso a cantar el Romance.

* * *

LA SIRENA DEL LAYKHAKOTA, MADRE DE EL PEZ DE ORO

Holgar, embriagarse, humillar al Hakhechallwa, al Runachallwa, quebrantar al pobre; he ahí cuanto tributaba a la vida ese rey enfermo con tumulto y flatulencia. No se supo si el sueño le embriagaba; mas abrió los ojos nunca que no estuviesen ebrios.

—Es un dios enloquecido en el hombre —decían de él.

Otros:

—Que nó: es el dios de los sarmientos muertos...

Vociferaba:

—¡Aprendedme de la divina maestra!... El que vacile ante la sangre que ella derrama, sea indigno de llevarla en las venas. ¡No me pareis hasta con los abyectos levantar túmulo en que se pudra mi asco! Cuando la rodilla del Wawaku se haya quebrantado ante la Infinita Misericordia, aplastando la cabeza del último esclavo, la Muerte será la Hembra de Dios... ¡Degollad otro Orejón; y colmad de sus hidromieles mi crátera!... ¡Sicio!... ¡No me deis tregua a la espada, mis cachorritos fieros!...

Ese su mosaismo.

En alguna de sus rabiosas orgías había engendrado a la más linda Sirenita del Titikaka. Cómo en ella adoraba nuestro pueblo... Babeando fétidas deyecciones, el regio bruto sabía nombrarla; mas ya, en el pueblo —por el sucio atropello que hiciera de frágil y dulce Khesti-Imilla, dulce y frágil, como todas las niñas que nacen en el agua— la decían su Princesa-Imilla. La tierna muchacha era granito de perfume que todos olían en el lago por muy lejos que estuviesen... El bravo Khoripuma amaba a la Sirena con su lágrima apretada en la zarpa, como los Pumas aman. ¿Y ella? Podía ya nombrarle; si cuando besándola le ensoñaba, en el sueño, le salían al labio sonrisas y suspiros.

Tenía que ofenderse el rey. La recluyó en palacio que se pierde por adentro los barros del lago; alzóle ventrudos murallones; en el

portal de entrada paró su olor como una espada. Y guardianes dejó lagartos que para hacerse el amor en los días del cielo debían ponerse en cruz. Nadie llegaría, que olor y Lagartos de la Cruz eran insufribles.

—¡Sólo un medio: matar al rey! —se decía el Khorí-Puma.

Tromba en la batalla; para enfermo, huérfano, Chullpa-tullu, o encadenado, caricia que florecía en la mano. Nacido bajo el reinado de la mala bestia, pero bruñido de sus ejércitos.

Un solo grito taladraba su corazón:

—¡No vaciles, Khorí-Puma!... Matar al rey será libertar a tu pueblo...

Cierta noche, burlando, como sólo él podía, las fieras guardias, llegó al cubil de la sierpe que retenía a su paloma.

La Sirena tembló sacudida por el espanto.

—¿Cómo has llegado, mi Khorí-Puma?... Si el rey lo sabe qué hará de ti...

—Cuanto quiera, imillay... Lo que no podrá, arrancarte de mis ojos.

Entre las zarpas su beso okllaba la Sirena.

—¡Mi Khorí-Puma!

—¡Está cada vez más loco, imillay!... ¡Vivimos en charcos de sangre; y eres la prisionera de su locura!... Dos caminos nos quedan, imillitay...

—¿Cuáles, Khorí-Puma?

—¡Matar al rey; o huir!

—¡Es mi padre, Khorí-Puma!

—Tu padre y el verdugo.

—Tengo miedo a mi sangre... ¡Dame la muerte, Khorí-Puma!...

—¿Daré muerte a quien me da la vida?

—¡Huyamos, Khorí-Puma!

Khorí-Puma y la Sirena se escurrieron por las claraboyas de adentro los barros del lago.

Pronto, hasta en incógnitas lejanías del Titikaka, se agitó invasión de víboras venenosas. El pueblo lloraba. Pero el rey lanzó enfurecidos sabuesos, y aunque debieron esforzarse mucho, al fin con ellos dieron.

Todo había terminado.

Sin que a nadie cediera ese deleite, en presencia del adolorido pueblo, el rey degolló al Khorí-Puma. Y, tras rejas viles como su crueldad, encerró a la dulce Sirena, que, dulcemente, y allí fue madre y enloqueció... Su guagüita es EL PEZ DE ORO... ¿Qué otra guagüita podía nacer de una Sirena del Titikaka? Mas apenas trinara el pecesito; que era de los challwas trinadores:

—¡Piupiu-titit!... ¡Piupiu-titit!...

Cuando ya su trino agonizaba... Una pepita de oro muerto añuña la Sirena y le arrulla con sus locas tonadas:

E Y R A I

¡Arrurrú! ¡Arrurrú!
¡Arrurrú, guaguay!
Era tu padre el Puma
de ojos de añil.
Y si dormías
rugía así:
"¡Trina,
mi Suchi de Oro;
trina,
mi amor...
¿Porque si tú
no trinas,
qué como
yo?"...

¡Arrurrú! ¡Arrurrú!

¡Pobre Khorí-Puma!... ¡Ay, la Sirenita del Laykhakota!...

Viejas melodías la khachinaban en los ojos; viejo trino trajinábala el corazón. Y, sacando arpegios a la musgosa peñolería, a través de la sorda oreja del agua, los arpegios hacíanse espuma entre las olas...

H A R A W I

Khaipi
Wañuskha
Llakta guaguan.

Khaipi,
Laykha-kota
Khor-Challwa...

He aquí, y he aquí, que el pecesito muerto siente que dentro la
mama de su mama le llora su Tata-Puma:

HARAWI

¿Aleteas en la Khesti loca,
guagualay?

¿Trinan ya tus oros locos,
guagualay?

¡Pero si el loco es tu Puma,
guagualay!

Y su oro loco es tu Khesti,
guagualay ...

Decía la Sirenita loca que a ella, ¡también, también en los ojos
vivos de su guagüita muerta la lloraba su Tata-Puma:

H A R A W I

¿Enloquecieron tus pichikhas,
imillay?

¿Suchis locos, tus ojos,
imillay?

¿Que enloquecen tus ñuñus,
imillay?

En la cruz de tus besos,
imillay;

déjame llorarle con tus ñuñus,
imillay...

Y tu Sirenita loca, porque busca el barro del Puma en el Cielo de Abajo, te llora con el oro del Lago de Arriba...

¡El Wawaku, el Wawaku, Khorí-Challwa, se comerá tu reino y apagará tu estrella!... Pero está dicho que cuando el morrillo de la mala Bestia sea quebrantado, EL PEZ DE ORO se agitará de nuevo; y nuevamente oiremos su trino:

—¡Piupiu-titit! ¡Piupiu-titit!...

Tu Sirenita será el aroma con que cintilen las estrellas y tu Khorí-Puma, rugirá, rugirá, que temblarán los vivos y los muertos...

IV

Habría de vestir cota de hielo al brasero de mi corazón. Los pobres Khestis no cesaban de fatigarme:

—¡Tienes que ir, oh, Puma!... Por lo menos que lo veas de tus ojos... En la Caverna viven... Ocultos en las grietas les waspeamos todas las noches...

—El Wawaku es de una crueldad muda, Khorí-Puma. Le obedece el Achachila; el Anchanchó se le humilla... Y aunque en todo lo demás parece no valerle, el Huturi le sirve de lamparín...

—Dicen que sólo en ti reconocen autoridad, tata P u m a; pero que te la quitarán... Celebran que te pones viejo y que poco les falta para dominar sobre nosotros...

—El Anchanchó es el más activo y peligroso...

—¡Ay, sí, vieras, tatay!... Se echa su sangre nengra y lo tapa sus brillos del lampa-lampa... Redepente parece el tata-Waksallu muerto...

—¡Guá, más mejor el Layka-Khuchi, tatay!... Se hincha y se lo llena todita la pampa-kota... Tata Rauko se lo requinta en la noche ningra con su boca cerrado: ¡Ouiii! ¡Ouiii!...

—¡Susto; susto, no más, tatay!...

—Todito lago si timblas; de veritas.

—El Wawaku, vieras, Khorí-Puma, se apesta, pero no fio; más mejor se apesta a las florecitas de la Mamita-wirgina y a su insinso del Tatakora...

—Te lo rondan al Khorí-Challwa, Khorí-Puma; se cuentan sos gracias; su jüersa; cómo es walinti...

Y, a punto de lloriquear:

—¡No pararán hasta matartélo, Khorí-Puma!...

—¿Tí oluidas il fista so último parida?...

—¿Cuál, sunsusunsus?

—Cuando ti lo has piscado, pois, to Khorí-Challwa... ¡Guá!...

—Ja...

—Ahy no istovieron il Wawaku ni sos Anchanchu; y ahura sawitílo cómo si has inujaru sauier Hotoris ti lu biá ualado y il Tata-Achachila si los has tocó sos khinas. Si lu tas pidronado, is, nu más, purqui sos uijo si disi gosto nu más y las Hotoris nu si has dadu cointa; y si ti lo has ualado purqui turus si has ualaru. Y il dansiri, hina, vieras, sin qui ti poidis rimidiar...

Desbordó el límite de mis cálculos cuanto desde ese momento comenzó a suceder en el Imperio.

Las maniobras del Ejército, que al mando del Khorí-Challwa se habían iniciado poco há, se convirtieron en las primeras acciones de la guerra contra el Wawaku...

Le tuve por cilicio imaginario, fruto de ese suspicaz estado de pánico sanguíneo que suele adueñarse de pueblos y de hombres que han sufrido mucho y gozan de bienes que a todo momento parece burlas que fragua la quimera. Y es que la triste condición del que vive, ignorante del prodigio de que es hija la vida, es ver la realidad sólo en el andrajo, las cadenas, el hambre, la enfermedad que azota, la muerte que suprime. Y cuando sobrevienen la inesperada Primavera y sus halagos, tiene la amarga evidencia de su instantaneidad o de su fatídica ficción. Nó; no miraremos más alzarse en la vida la insolente tiranía. El

Wawaku existe: he dado ya razón a mi guagua. Tiene naturaleza, amenaza, y destruirá, porque es la sangre de los humildes el campo de sus corrupciones y vejámenes. Nuestro deber, pelearle: no rehuiré la batalla.

Cuatro Suchis, en lo menor carentes de autoridad, vinieron a revelarme que las informaciones de los aprensivos Khestis, eran menos aprensión que realidad amenazadora. El Wawaku y sus aliados practicaban galería debajo las aguas que les permitiría llegar al Palacio de Oro, sorprendernos, dar muerte al Príncipe Heredero, para, luego, ajustar cuentas con el viejo Puma. El Khorí-Challwa fue llamado por la Ulaka; y, con ella, y el Estado Mayor, se planearon las acciones bélicas, si bien el punto de su iniciación y desarrollo debía ser mantenido en secreto, por manera que el pueblo tuviese idea de concurrir al mayor simulacro hasta entonces intentado, cuando, en la realidad, se hallara ya comprometido en el fragor de la guerra. Buscábase, al amparo de este clima, la movilización. total, sobre todo en los órdenes psicológico, económico y de transportes. La vitalidad del Titikaka debería hallarse volcada en el presunto campo de operaciones para cuando sonara la khepa marcial señalando la conversión de las maniobras en batalla efectiva.

Todo problema táctico se reduce a cavar un sepulcro. Sentí que en el tuétano se abrían ancestrales heridas. ¿Había en mí odio por el Wawaku? Viejo estaba; no era cosa que me lo hubiesen de escardar. Miréme las zarpas; y las supe capaces aún de restañar ciertas sordas, o ensordecidas, heridas. El ataque debía ser enfocado en punto, uno solo; y allí volcar el poder destructivo del Ejército con ceguedad demoníaca. La misión del arquitecto de las operaciones es señalar ese punto con infalible precisión... Se trata de cráter en las entrañas del enemigo, cráter cada vez más abismal, hasta hacer que por falta de sustento se rindan los taludes y arrastren su universo. Sepa el buen táctico que la mejor trinchera el sepulcro que deber suyo cavarle. Violencia, eclosión, calígene: eso una fuerza guerrera en acción. Ninguna muralla protege más que el ataque. Defensa estática; derrota dinámica...

Me olí polvorines en el resuello. El Wawaku debía ser fulminado antes que abriese los ojos. El duelo era absurdo: la nebulosa frente a la

Nada. Pero la Nada agredía y había que pelearla. El más joven y audaz estratega del Titikaka estaba a la cabeza de su pueblo en armas, y con El su pueblo enamorado de su genio. Se volcaría el Titikaka sobre la mala bestia; y si ésta rechazaba al Titikaka, le aventaríamos estrella ígnea a la cabeza...

—Las circunstancias son la cosecha de la realidad, Venerables Hiliris —dijo EL PEZ DE ORO en ésa de la Ulaka histórica sesión—; tomé la Jefatura del Ejército para una tarea experimental y educativa. Estamos hoy enfrentados con la guerra. Ocuparé mi puesto de combatiente; pero el Comando corresponde al Inka...

Nada que considerar había en este orden que no hubiese sido resuelto. Cruzáronse miradas risueñas, que decían muy significativamente:

—¿Eh? Conque con ésas ahora...

Intervine:

—Permaneceré en retaguardia cuidando de los elementos que contribuyan a la victoria. El enemigo es peligrosísimo, posee fuerza inmensa y carece, o poco menos, de volumen militarmente físico. Si la violencia del ataque fuese superada por su poderío, lo que, momento alguno creo, lanzaremos otro, instantáneo, de tal poder destructivo, que su fuerza estallara, pulverizada, o habremos desaparecido de la faz del planeta. Este bichejo tiene el don de la ubicuidad, según colijo; y la maestría del cuatrero, propia de todo cobarde: nunca atacará con la hidalguía del soldado de raza. Nada extraño que al medir el despliegue de nuestras fuerzas obte por inhibirse. El problema es, pues, agarrarle por las orejas, y obligarle a morir. En cuanto a mí hace, lamento no hallarme en la batalla que conducirá nuestro General en Jefe; mas cuando El lo juzgare oportuno, tomaré, nó la dirección de la guerra: el puesto de soldado de la patria. Espero que la fortuna me depare esta gloria.

El Titikaka se desperezó en inmenso alarido. Las grandiosas maniobras le volvían el brillo de su viejo poderío.

* * *

Si bien, previstos, los hechos comenzaron atropellarnos con su brutalidad. A poco...

—¡Heridos! ¡Heridos!

—¡El Wawaku atacó al Khorí—Challwa!

Estalló clamor de khepas, ululaban los tañidos de la inmensa campana líquida; rabiosos oleajes mordían los belfos de las playas; dentro, muchedumbres enardecidas de Challwas, bramaban; el Lago de Arriba, cargado de nubes de tormenta, daba al viejo Titikaka sus durezas de plomo.

—¡Hallalla! ¡Hallalla!

—¡Muerte al barbudo!

Destacamento de Suchis conducía innumerables heridos.

—¡Hallalla, Khorí-Challwa !

—¡Wipha!... ¡Wiphalitay!...

Aquel estallido de la irrealidad enloquecía a mi pueblo y hacía que las hembras llorasen, los niños se tornaran adultos; y hasta el lodo de los fondos hirviera con cívicos ronquidos. ¡El Enemigo recrudecía en el pánico de la Vida!...

—¡Muerte al hediondo Wawaku!

Mochábame el Jefe del Destacamento; y le mandé:

—Alzate. ¿Hubo batalla?

—Sí, oh, Khorí-Puma. Mas, de ella, sólo puedo anticiparte que el Wawaku, malherido, y derrotado por el Príncipe, se ha escurrido en el Lodo...

(—¡Gerrrrr!...)

—Los más aguerridos vigilan la entrada de la Caverna y el grueso del Ejército la rodea toda. No huirá. El sitio va cerrando cada vez el diámetro del átomo.

—¿Estuviste en la batalla?

—¡Oh, Khorí-Puma ; tuve esa gloria!

—Infórmame.

.....

* * *

El noble Capitán dióme cuenta en ése del acaso más significativo y sublime episodio de la Historia de la Humanidad. La flamígera dinamita del oro había incinerado los ojos de la Nada. Mi General en Jefe se hallara ante problema que táctico alguno habría podido solucionar. El enemigo carecía de tropas y, sin embargo, sus poderes explosivos eran diabólicos; por tanto el verdadero campo de batalla él. Y ese campo de batalla se escurría a las profundidades del caos. Si extraerle para combatirle y destruirle el desideratum, ninguna manera de lograrlo que tentarle con los medios de vencer.

Concibió maniobras que pasarán a la Historia de las guerras acuáticas como las Operaciones 1-2-3.

Consistían en introducir fuerza de tirabuzón, que penetrando hasta su mismo reducto, fuese extrayéndole con engañosos imanes. Dentro de esa maniobra de forceps se desarrollaría otra basada en el principio mecánico del "anillo sin fin"; y cuya misión era filtrar, mientras se cumplían los movimientos de tirabuzón, o forceps, suficiente masa combativa que fuese locupletando el fondo de la Caverna, sin otra misión que, en el exacto momento que el monstruo se despegara atraído por la Maniobra N° 1, esto es, la Operación Tirabuzón; descargar en su retaguardia la suficiente fuerza impulsiva capaz de tirarle más allá del primer boquete.

La N° 1 es la Operación Tirabuzón; la N° 2 la Anillo sin Fin; la N° 3 Operación Embolo. Creyóse que todas las providencias imprescindibles habían sido tomadas.

—Así, pues, oh, Khorí-Puma —prosiguió el bizarro Suchi—, una de las distinguidas unidades de tu Ejército, la de los Suchis, con diez millones de soldados, perfectamente instruídos, se incrustó en la Caverna; y con ella otra de aguerridos Humantus, mayor en número, audaz y expertísima. Estos debían realizar la N° 2 y, consecuentemente, la N° 3. Correspondería a la de Suchis, que integro, la más dinámica y peligrosa: la N° 1. En ella se me distinguió con el mando del Regimiento de vanguardia. Por eso mismo fui el primero en advertir que la concepción, teóricamente original, tácticamente audacísima, confrontaba error de magnitud tal que habría determinado, sin la intervención personal de mi General en Jefe, no su fracaso solo, sí consecuencias antipódicas. Malos informes hicieron, malos o

deficientes, que para el caso es lo mismo, que no se consideraran dos factores fundamentales: la velocidad del movimiento de las aguas dentro la Caverna y la Impenetrable tiniebla. De ésta se ofrece explicación espontánea. Si la galería de acceso es de cuatro leguas, su anchor el de cañadón entre dos montañas no muy alejadas, el boquete de ingreso al cubil propiamente dicho no debe ser más amplio que el portillo que permite entrar manada de bueyes atropellándose. Nada extraño, pues, que la oscuridad allí sea la del intestino de los hombres. No se explica por otra parte cómo el descomunal corpachón del monstruo pueda con él; a no ser considerando su facultad de aumentar y disminuir de volumen a capricho... Pero, por qué las aguas cobran ese fragor de báratro dentro la concavidad, cuasi tan amplia como la campana del horizonte sobre la tierra, no lo sé. Mas ellas son múltiples corrientes de velocidad vertiginosa que se entrecruzan y acometen, y, naturalmente, a cualquiera, que no sea el Wawaku, le sumen en sus remolinos, le atolondran y le privan de todo medio de hurtarse a su acción.

El plan táctico comenzó a realizarse con exactitud mecánica. Ya la vanguardia estaba dentro; y sin los resoplidos del monstruo, que rompían el fragor indescriptible de esa pelea de perros de las corrientes, habría sido forzoso obtener la evidencia de que la Caverna estaba abandonada. Pero no: allí estaba el Wawaku; aunque no sabíamos en qué punto. Penetraba el tirabuzón y uno sobre el otro los regimientos de Humantus se insumían pretendiendo reductos de donde debían desplazarse para la arrancada fulminante en el momento preciso. Lejos, empero, de cumplir objetivos forceps, o émbolo, absorbidos por el hervor infernal, bien pronto habíamos perdido todo sentido de orientación, al extremo de ignorar por dónde ingresamos y desesperar, no ya porque nuestra capacidad de maniobra fuese, así, brutalmente anulada, sino por ignorar aprovechando qué vía podíamos escapar. Finalmente se tornó vértigo de soldados que se daban unos contra los otros; y ya eran arrastrados a las galerías altas de la cavidad, o se internaban por ranuras que debían perderse al centro del planeta. Aquello nebulosa de agua enloquecida moliendo masas de carne. Pocos, por casualidad, que por otra razón no, lograron escapar. Y

fueron ellos quienes anoticiaron al General en Jefe de la catástrofe sobrevenida.

Ese no nuestro mundo; nos devoraría el rencor de la tiniebla; un rencor que se ve porque aulla.

Con la sublime rapidez para la aprehensión de los hechos, que hace del Khorí-Challwa un genio de la Vida, todo lo comprendió. ¡El Wawaku era, acaso, una forma de la oscuridad!

De haber logrado sus fines la sensacional maniobra, el monstruo debía encarar la batalla a campo abierto, y, allí, para desintegrarle, le esperaba nebulosa lista a obedecer la percusión que desataría sus materias volcánicas. Rectificarse, y afrontar los hechos, hecho inconcuso para el Supremo Mando, quien, pese a la contrariedad, se confortaba con el desarrollo de los acontecimientos; que nada halaga más al conductor de una fuerza bélica, que la presencia de hechos que despejen la incógnita representada por el enemigo en estado de inmovilidad. Se habían obtenido dos no despreciables ventajas: saber que el teatro que elegía el Wawaku para dar su batalla era un mundo en el cual rendíase, anulada, la capacidad bélica de nuestras fuerzas y, la segunda, la mayor, que el Wawaku dejaba de constituir una fantasma, para hacerse materia físicamente vulnerable. Mi General en Jefe procedió a selección de unidades veteranas que debían llevar a la Caverna representación y bandera de las naciones todas del Titikaka, y las escogió entre las aguerridas y capaces de hacerle zozobrar en el ataque frontal, como entre las otras, destinadas a cubrir las necesidades plásticas del combate.

Avanzó, luego.

Entre tanto, Tirabuzón y Anillo sin fin dejaban de embutir divisiones que tragaba, insaciable, ese vientre enloquecido.

He aquí que —montaña yacente que se pone de pie— de pronto se alzó el Wawaku, o porque se había distendido saliendo de alguno de sus misteriosos cubiles, o porque se arrastraba supino por el lodo y se incorporó... El agua fue impelida contra grietones y farallones; al escapar, por quién sabe qué laringe, produjo espantoso ronquido, y

aventó contra las rocas el ya espeso cenegal de combatientes y su caldo de sangre. Pero el reflujo pudo ser menos violento. Ese cardumen denso regresó con fuerza demoníaca, anególo, y poco que no le ahogara y sepultara, que la bestia se puso a lanzar bramidos que resollaban, gargareando, en el vértigo. No es que su presencia permitiese visión alguna; pero ella vino a hacernos ver que entre los mareos demoniales que producían las aguas revueltas y los manotazos y pataleos de la bestia, el único recurso deseable huir, huir. Necio intento. Lo que era absorbido por ese esófago no lograría escapar por válvula alguna. Atrapados por el, o los remolinos, íbamos a estrellarnos en la cabeza del monstruo, ya en la espalda, las piernas, si bien, al último, pateados, o aventados, pararon no pocos en la fauce que procedía a triturarlos.

Sentíase que si el Wawaku se movía en mundo a él natural, era, por eso, menos juguete del mordisqueo de los hidrofóbicos perros que dentelleaban en las aguas; si más que matar buscaba librarse de la amenaza de ahogo que empujaba el revoltijo de las corrientes, y contra quien podía sino arañar y manotear, y regresaba a prenderse de su corpachón, embreándolo. El suelo donde paraba, barro de sangre y cadáveres; el aire que le rodeaba, espesa agua, y cadáveres, y sangre; el cebo que engullía, estertor en forma de barro y de víscera.

Se apropiaba de él, cada vez más, sinapismo de materias tibias, pegajosas y corrosivas.

Lo que no habría de fatigarse, ni ceder, las Operaciones 1-2, 1-2, 1-2, implacables, mecánicas, dentadas, que hacían más y más densa la sepulcral gelatina.

Al último, nuestra atomizada vitalidad acabó por integrar la suya, voraz, y de su misma carnicería obteníamos el sentimiento de la carne, pues el carnicero bruto, que pataleaba y gemía despedazando, despanzurrando, desollando, y lo mismo que se revolcaba sobre la vida, bramaba y gimoteaba, se hizo necesidad de forma para el desorientado cardumen, que sin la más vaga idea del monstruo, de sus perfiles y notomías, sentía que toda posibilidad era ya común a ambos. Aquella masa cada vez más dura, a punto de cementarse, acabaría por asfixiarlo, empaderándolo entre su masacote.

Absorbía miriadas de peces; entre cascajeos de enmohecidos hierros, triturábalas; tornaban a despedazar los calludos cocharones de la zarpa, para escupir, presto, carnaza que iba a estampar aullando entre las rocas.

Bien visto, al Wawaku le quedaba vomitarnos por la galería y salir con nosotros, demostrando, a tirios y troyanos, que la concepción táctica que nos insumiera en ese infierno, era ineludible como un proceso de la materia, y si su carne espesa y basta no le sacaba por ese medio, la masa orgánica fraguaría sílice, y, dentro ella, el monstruo acabaría por tomar su naturaleza.

¿Cómo, un alivio? El insondable Moloch de tiniebla y pavora, no cesaba de triturar vidas. ¿Dónde la sabia táctica de los Suchis; qué de los asedios por frecuencias sincronizadas con sus famosos combazos académicos? La sabiduría se arrinconaba pidiendo amparo al corazón.

Sólo fuerza volcánica, que le enfocara con instantaneidad de rayo, podría fulminarle. De lo contrario, poco más, y el Wawaku, se erguiría, apretado entre una materia podre, que, así, de pie, le habría sepultado...

Semilla de podre, al fin, si esta negación fue capaz de embriones.

¡De pronto, oh, Khorí-Puma!, la tiniebla parió al Sol...

Era Él, tu guagua, Khorí-Puma.

Atoróse el estertor; en las ensangrentadas pupilas se dibujó la monstruosa figura, y los agonizantes nos lanzamos sobre ella con el furor de un huracán de arena.

Tembló la concavidad con alaridos de vida.

—¡Suchi! ¡Suchi!

—¡Wípha, Humantay!

—¡Wíphalitay! ¡Wíphalitay!

Y en la erupción del estrangulado fuego:

—¡Wípha, Khorí-Khana!

Era El: el oro de la luz... Igneo venablo infundía oropel en el cenagoso vértigo.

Sacudióse el enorme corpachón; abrió la babosa fauce en bramido de estupor; dibujaron incredulidad sus ojos, lujuria, desconcierto, hambre; enarboló —adheridos nosotros a él— las

ponzoñosas garras, y, tras sus bufidos, lanzóse hacia el foco que avanzaba por la galería irradiando su luz en la Caverna.

De los hacinamientos de cadáveres se alzaron legiones de vidas; y aunque la bestia dábase cuenta sólo entonces que afrontaba la suerte de verdadera batalla, y renovó la cólera de los zarpazos, cayó sobre ella – mundo herido y ferviente– monstruoso microbio que le atenazaba con anillos, que, cerrándose, comenzaron a triturarle. Ya sus resoplidos daban impresión de volcán a quien ahorcaran las entrañas.

–¡Suchi! ¡Suchi! ¡Suchi!...

¡¡Llegó, llegó, oh, Khorí-Puma!

–¡EL PEZ DE ORO!...

–¡EL PEZ DE ORO!...

Germen fúlgido se dirigió hacia el bruto con velocidad de estrella. Al sentir el áureo aletazo, lanzó cavernoso alarido, acudiendo, las zarpas embetunadas en la sangre de los valientes, a cubrirse los ojos. Pero inútil su miserable defensa: estaba acorralado por la luz. Y el oro hendía huesos, garras, sebo, que, haciendo retemblar la Caverna, sin blindaje capaz de soportar los áureos impactos, bufaba como bramaba y gemía. Mas luego le sacudiría célica tenebrosa, y apretando los párpados arremetió con ceguera de toro, resuello y traquido de oso, ruindad de alimaña. Odio, rencor de milenios, roncaba en su garganta. Allí, con la violencia de la descarga eléctrica, vimos que los repugnantes y fieros brazos del monstruo cerrábanse para aferrarle. Fauce de pinnípedo se abrió y sus molares rechinaron con acritud de hierros herrumbrosos.

La estrella estaba al alcance de su diente.

Abortó la visión en el vertiginoso ovario. Suchis y Umantus, que agredíamoslo para despedazarle a mordiscos, y suprimirle por aplastamiento, helados con el espanto suspendíamonos y hasta el remolino sangriento dejó de resollar. Tiempo de un latido cristalizó la tumba.

¡ El Wawaku !...

Le incrustaba las garras, Khoripuma; le aferraba ya... Cuando se inflamó el Relámpago, y la deforme cabeza estalló, cayendo abatida sobre el lomo; y luego el corpachón, escupida piltrafa, fue a dar sobre las grietas.

—¡Wipha! ¡Wipha!

Tardó en caer que en alzarse monstruo descabezado.

Sobre el lomo colgaba la descoyuntada cabeza; sin gobierno le blanqueaban los ojillos; el abdomen se le encogía hacia las vértebras. Mas, pese a todo, contraíanse los músculos del cuello, y éste, a poco, volvió a erguirse. Atontado estaba, medio muerto, o muerto a medias, o medias las suyas con la muerte; pero la furencia de la tiniebla, sus enconos, le volvían vida que no tuvo; le daban conciencia de que nunca hubo ciencia. Manoteaba, bramaba, trazaba atontados círculos...

Los vertiginosos remolinos volvieron a moler masas de oro.

Allí operóse la consumación de ese duelo de los milenios: la cabeza del Wawaku miraba por el lado del lomo. Des tal momento la suya sería guerra consigo mismo, si, buscando acometer, hacía más que presentar la nuca, a tiempo de golpearse dolorosamente los pectorales. Y si persiguiendo pillar su perdido orden vital; se volvía, cuanto le salía delante riñones y giba. Así fue que entre mirar para herir, o herir sin mirar, en segmento de sus disfueros, imbecilizado, abrió los ojos frente a El, profirió pavoroso gemido, lo mismo que sierpe herida por el rayo se contrajo y derrumbó.

¡El rayo, Khoripuma, el rayo, tu rayo, nuestro rayo: su Relámpago!...

—¡Wipha! ¡Wipha!

Los ojos de la mala bestia estaban carbonizados.

Se revolcaba en la ensangrentada lama; roncaba ésta con su alario; en el lodo encharcaba garras; la charca en él hundía las suyas. Luego, como el esqueleto de la montaña cuando el sismo sacude, y montaña de carne encolerizada, trasfundida por el oro, nosotros, sobre él caímos, le habíamos privado de movimiento, nos disponíamos a

atomizarlo, tremuló con sordo calambre, y se desparramó en barro acuoso, desapareciendo ante nuestro asombro con un ronquido que se estrangula.

Gangoso quejido comenzó a borbotar dentro las grietas, y la tiniebla, desde ellas, a mover, distendiéndolas, más oscuras cimpas de humo, o de brea.

Todo había durado el guiño de la estrella.

Mide por esta pálida cuenta los términos de la batalla. Quienes en ella tomamos parte sufrimos la vengüenza de haberle perdido cuando ya derrotado le teníamos.

¡Murieron gloriosos hijos de la Patria, oh, Khorí-Puma; pero ha Relampagueado Él!...

* * *

Y yo te diré, niña querida, ése el momento cuando el Destino transpuso mis dinteles; pasóme su mordiente mano a contrapelo; probó que el fuego aun en Puma ardía, y que el de lanzar el volcán era llegado.

Llamé al Hiliri de Palacio.

—Escoge —díjele— entre nuestras bizarras fuerzas al aguerrido ejército de Khausis, al no menos belicoso de los dorados Hipocampos, ponte a su cabeza, y, dirigiéndote a la Caverna, suplica al Príncipe, que su padre le manda regresar con sus tropas, rogándole disponer se entreguen a sus diarios quehaceres para regocijo de sus esposas e hijos, a quienes mandará dedicar fuertes memorias a su humilde Emperador... Mía la Batalla del Espanto, Suchi de color de acero... Mas si ella desbordara de la Caverna, tenlo como seña de que fue segada mi existencia; y, entonces, con las reducidas fuerzas que haya el Príncipe, le asistirás indomeñable, alimentando el combate en la violencia del agua y la frialdad del fuego, cual a su ayo y maestro corresponde... Esto en tanto no force el enemigo con su mayor poder; pues cuando tal ocurra, sin heroicas sonajerías, pero con escolta férrea, conducirásle al escondrijo del Suchi Viejo, desde donde, Él, sustentará a su pueblo hasta que devuelta sea la Batalla, y le instruirás con estas palabras: "¡El Khorí-Puma, dice, que mientras el enemigo no ha vencido en tus

riñones, ha vencido; por lo que el vencido cuide de los del vencedor, y el vencedor no duerma acariciando los riñones del vencido!"... Tras esto, arrastrarás mis tristes despojos por el barro para que el barro los redima, allegándote, finalmente, al Príncipe con estas palabras: "¡Tu padre te llora dar sepultura a estos huesos en la tierra sobre quien tus almohadas querrán apoyarse desde hoy!"...

Pago tu noble lealtad, oh, Suchi de color de acero, con mi afecto y gratitud.

* * *

Tenía que ir, querida niña; tenía que ir, niña querida. No como el que a la vida espía, sí como el que con la vida, y por la vida, y para la vida, hiere. No bien llegué a la entrada de la Caverna, lancé estruendoso rugido, demostrando, con humildad, que el guerrero estaba armado para la batalla, y que en ella esperaba vencer o morir. Nadie respondiera dentro ni fuera. El paso cauto, que es paso del que pisa volcanes, me interné hasta lo profundo de las tenebrosas galerías. De rato en rato mi paciente rugido buscaba provocar la presencia impaciente. No habría de conseguirlo. Me digo: si tensos sentía los nervios, y presto con ellos el tuétano se quemaba, mi aspecto debía ser fríamente feroz. No obstante, al llegar a ese vientre, gruñí, quizá comedido, cuanto la cortesía del paladín debe; sólo para que el dueño de la casa se enterase que visita ingrata, por eso mismo apatecida, le esperaba, menos paciente que impaciente... Nada se animaba delante ni atrás. Esa, no ha mucho, calígine y remolinos de vértigos, producía flujos lentos, palpitaciones de sustancia gelatinosa, y sólo entrecortados chillidos procedentes de las rocas, o debajo el lodo de los fondos, rompían sus acesos monotones.

Atraído por inlocalizables magnetos, trepé, husmeé, galerías; hociqueaba en fisuras purulentas, y, allí, de nichos que festonan cimpas lacias, raices, me salió la voz que era arrullo de mi sangre, pues diome de bruces carroña que hizo enmudecer mi latido. Eran Chullpa-tullus de algunos de mis bravos y gentiles capitanes, héroes caídos en el Alba de la Batalla.

Vieja ternura martilló mi corazón, pues sentí que los por la nobleza de su causa hechos bandera de mi pueblo, conmigo estaban, y eran ellos quienes encendían el anheloso fuego de mis hogueras.

Mas, además de su estancia, ya nó: ¡nadie!...

Contrariábame la desatención del Wawaku, chirote de capirote, que así se perdía de copar a su mayor enemigo, caer sobre él con sus aliados, reducirle a la impotencia, pulverizarle, y no que le dejaba el ambulatorio desesperar de esa soledad...

Después de tiempo, en ningún caso breve, si llegado al Alba, la nueva ya lamería las pieles del Lago Arriba, uno tras otro, lancé tres rugidos, que, cierto estoy, me oyeron los muertos (si por su causa allí estaba); pero cuyas crispadas vibraciones habrían de atragantarse en ese duro ojo de agua pesada que no ebullicaría más...

Invitando a la batalla ya; en silencio, luego, permanecí, mucho, mucho tiempo. Apenas si respiraba mi impaciencia; y nada, ni nadie.

Comprendí que el Wawaku había huído, o malherido se hurtaba, buscaba el golpe follón, reservaba fuerzas, o avanzaba por secretos viaductos. O, al último, que deseaba morder, y le mordieran, en el Palacio de Oro. Ningún modo de no complacerle.

* * *

Había punto donde no se aguzase el corazón para merecer la libertad. El conmovido mundo del Challwa sacudíase electrizado. Volvieron los fieles Khestis.

—Allí estuvieron, P u m a; temblando de pavor... El Wawaku no mira ya... Le arrastra una sapa leprosa... Que se va a comer tu tomatada de Suchi; eso no más dice... Vuelve, oh, P u m a; hazte el muerto. Al verte así te acometerán; y podrás destruirlos...

El dolor del humilde sabe más que el más poderoso sabio. De sus acongojadas demandas me llegaba raudal de luz. Han comprobado que la sangre del Puma es sangre con poder; que EL PEZ DE ORO es el fuego que si no deslumbra quema; que es necio quien duerme ante el enemigo derrotado; que perder la fuerza no es perder el poder; que el débil acaba siendo invencible; que la melinita no explota si no se le acerca el fuego.

Avanza otro, sonoro, orquestal, además del Khoripuma, en el destino del Khoripuma.

Llegué al fondo de la Caverna; y me tiré en el último aliento. Se diría el Wawaku: "¡El Khoripuma ha venido a morir como un Rey de la Caverna!"... Tan pronto aparecieran se alzaría alud de garras y colmillos; mas tendría que saberse que para herir al Khorichallwa, será necesario en todo tiempo contar con el cadáver del Puma... Nada se animaba, querida niña... De allí me movería milenios sin antes acabar con la ruín alimaña. Veces me estallaban impulsos de levantarme y bramar con los pulmones del vendaval, pulverizar la Caverna, y vaciarle mis amargos ciclones. Mas, luego, como se amaina el tumbo rabioso de la ola, me dominaba la seguridad de que la batalla estaba planteada; y que de allí saldrían arrastrados el Wawaku o el Khoripuma.

No se parece a la amargura de mi corazón esta hedionda gelatina. Cuán más sedante el infierno de vértigos que protegió al Wawaku cuando le reintegró a su tiniebla el rayo de EL PEZ DE ORO.

Mi corazón, volcán con ahogos de fuego; fuego armado con garra amarga y ácida; dolor seco en su lágrima; dolor espina; dolor arena; dolor que a sí mismo se corroe...

Bien sé que este hedor que violenta en la luz se ha hecho sólo para abatirle; es contra Él que se dirige desde el fondo sin principio del Espanto. Y por que así, debo permanecer tirado en el barro, ahorcando toda apariencia de vida; de manera que el enemigo de la Vida suyo me juzgue, y me pisotee, y me escupa, y me befe, pueda yo agarrármele, y, desde su callo, triturarle...

De pronto, las ahiladas vocesillas de los Khestis, desesperando en la amarga borra, angustiosas, lloraron en mi oreja:

—¡Puma, Puma: huyen!

—¡Pumay... Tatitoy!...

—¡Huyen, Khoripuma!...

—¡Tatay!... ¡Tatalay!...

Apestaron solfateras en mis venas; solfateras y lava azotaron los ojos del Achachi-guagua-Puma. Cuando, soltando fuego por ellos y fauce, rompía el agua, empantanadas, me dolieron otras, más angustiosas y duras:

—¡Cierran la Caverna, Puma!...
—¡Te están enterrando, Puma!...
—¡Llegan al Palacio de Oro!...
—¡Matarán al Khorí-Challwa, Puma!...

.....

* * *

¡Piensa, niña querida! ¡Llora, querida niña!... Cuando llegué, peñón de plomo obstruía la entrada de la Caverna... Rugieron volcanes en mis ojos; en mis garras lloraban los volcanes. Y aunque con rugiente y lloradora zarpa incrusté mis llores en la ardiente mole, la roturé surcos, como a tierra tierna, ni se derritió el peñón, ni se hundió la gelatina de la vida.

Era prisionero del Wawaku; EL PEZ DE ORO, tomatada para su hartazgo.

Zumbó rezongo de tempestades que se pudren y la oscuridad del Wawaku comenzó a rodearme por todas partes. Sabía que allí paraba sobre cuatro patas un incendio mudo; pero fuera del Espanto ningún compañero había para mí.

Mas, he aquí, ¡aquí!, ¡aquí!, niña querida: diez, cien, doscientos, millones de Khausis, todos los Khausis del agua, los Khestis, los Kharachis, los Ispis, los piojos, los microbios, se apoderaron del peñón. Y unos horadaban en los resquicios laterales; otros se atragantaban con el lodo de la base; quienes se incrustaban en la parte superior del boquete; y a él se pegaban todos, como inmenso pulpo, para succionarlo y hacerlo babazas de su cólera. A mis oídos llegaba el chirrido de monstruoso roedor devorando la montaña. No pocos se adelantaron a llevar la horrible noticia.

* * *

¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!
¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!

* * *

—¡Viene el Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!...
—¡El Puma prisionero en la Caverna!...

Espanto, cólera, sacudieron los ámbitos del Imperio. Las unidades que acampaban en el área del Palacio de Oro, acudieron, veloces, a ocupar posiciones previstas. Entre tanto el deforme enemigo avanzaba. Suchis y Humantus se posesionaban de otras eminencias, susceptibles de aprovecharse en las gargantas de acceso, que necesariamente habría tenido que utilizar en su intento de aproximarse. El oportuno ataque de EL PEZ DE ORO habíale frustrado el viaducto que practicaba bajo las aguas y al amparo de su definitiva tiniebla veíase obligado a desplazarse sobre rutas solares.

Estruendo ululante sacudía la masa de agua. Enfurecido rebato de olas, las campanas; áspides que saeteaban, las khepas; batiendo el torax de las montañas, el estruendo llenaba la inmensidad con lúgubres balumbas sin punto de partida ni fin.

Cuando al joven Emperador llegó la tremenda noticia...

—Quedas relevado —dijo al Hiliri de Palacio— de la responsabilidad de mi persona; puesto que si el Khori-Puma es prisionero del Wawaku, el Emperador del Titikaka...

—¡Oh, Khori-Challwa —respondió—: mientras a mi alcance esté obedecer las órdenes de mi hijo, permaneceré a tu lado a riesgo de la vida!... Mi última lección será ésta: morir obediente a quien ambos amamos con igual ternura.

Guiado por la sapa leprosa, su asqueroso lazarillo, avanzaba el Wawaku, inmovilizados los ojos, fijos al opuesto destino de sus pasos, sin defenderse de los Challwas, que, arrastrados por la violencia de las corrientes, iban a azotarle, lapeándole, ruidosamente, pecho, nuca,

hocico, o, raudas, disparaban por entre las velludas patas. Avanzaba a trancadas, chapaleando el lodo, ciego; ciego que teme caer en el vacío, o que el suelo estará escurriéndosele, y el suelo le sale al encuentro, golpéale los talones, obligale a morderse la lengua; por lo que luego se lazarilla con la punta del pie, tal si en ella se abriesen los ojos, que, secos, lagriméanle en los orbitales... Bien que sin otro mundo natural que la noche, al fin sentía que la noche le había abandonado a la soledad y que la sapa leprosa, que le guiaba, era sólo esa soledad sin linderos.

Universos de bacterias invadieron y crispaban las aguas. ¡Miedo! ¡Miedo! ¡Miedo!... La Muerte avanzaba feroz, y con miedo. ¡Miedo! ¡Miedo! ¡Miedo!...

* * *

Ya el Fulgor centellaba a la cabeza de su Ejército. Destinadas a sumarse en la teogónica hazaña de Ispis, Khausis, Khestis, diez divisiones de Hipocampos fueron despachadas. Con EL PEZ DE ORO, iban la Ulaka Imperial y su Estado Mayor; y desde granítica eminencia pudieron columbrar la inmensidad hormigueante del pueblo, rígidamente organizado, dispuesto ya a lanzarse sobre la bestia temerosa y temible. Describió los planes de batalla; impartió órdenes que permitirían la coordinada deflagración de las tropas en los grados de la tensión combativa; pudo señalar los puntos débilmente socorridos; vigorizó otros donde el impacto debía alcanzar mayor violencia; dispuso, que, con sujeción al consagrado esquema, el desarrollo de los movimientos fuese regido por el Estado Mayor. Y, luego, avanzó a tomar puesto a la cabeza de las tropas. Ya frente a ellas, arengólas.

ARENGA DEL INKA

"Soldados de la Patria: el enemigo, que hizo de las cadenas de nuestro pueblo la necesidad de su existencia, avanza, ciego y enloquecido, con el siniestro designio de borrar de la faz del planeta cuanto ha bautizado libre el derecho a la vida: y es su carnicero y necio

propósito arrancar de raíz el alma de nuestro glorioso pueblo. Nó los siglos, los milenios, se alzan a nuestras espaldas, sobrecogidos ante su voraz insolencia. No le ha bastado la derrota que le habeis infligido en la Caverna: nó que el fuego de vuestro corazón haya quemado sus ojos impúdicos y crueles: no ya saber que sois capaces de levantaros mil veces muertos para castigar su injusta y satánica soberbia; nó que sienta en las tenebrosas infamias de su sangre que la vuestra es sangre de libres... Ha llegado su protervia de insano y cobarde, a sepultar, vivo, al padre del pueblo, al noble, al generoso Khorí-Puma... ¡El INKA os reclama, Soldados de la Patria; os reclama desde el fondo de la tumba: oid su voz; que os quemen el corazón sus lágrimas y su indignación desesperadas!

"¡Arremeted, tromba gloriosa: los milenios os aclaman ya sublimes vencedores de la Muerte!"

Y, luego, en el vértice de ángulo, que rompía en espolón, mientras alas potentes se abrían en movimiento de tenaza, fulgió, deslumbrante.

Y, con estentórea voz...

—¡Ataque!, —ordenó.

En músicas de fuego estallaron las entrañas del Lago, y ya las artillerías del Sacro-Tata Lupi atronaron el mundo.

Pronto el trasgo, cuyo lomo sobresalía del haz de las aguas, sintió (sin que por ello les comprendiera) los efectos de la acometida; si, al tiempo que el inicial y explosivo empujón se dirigió a partirlo, las vigorosas alas, con firme contracción mandibular, y no menos exactitud que violencia, comenzaron a cerrarse. El moloso, capaz de cubrir áreas lacustres, y a quien el pueblo vio hasta entonces animarse en notomías de Duende, sin que Duende fuera, sintió en carne inmaterial, o que al menos de la materia sensible que es natural al Duende carecía, la enormidad de ese turbión de diminutas existencias, células del orgasmo vital, cuasi microscópicos seres, que si bien despojados de crueldad para enfrentar al hijo natural de la soberbia, traían la fuerza caótica del átomo desintegrado y se descargaban en

nebulosa de fauces que habrían de atomizarlo con arrancarle —de hallársela— partículas de materia.

Libre del hilo inductor del escuerzo, sus brazos se movían con la torpeza de las patas del proboscidio, atinando sólo a aventar cuanto obstáculo encontraban.

El lomo giboso, grande como la giba de cordillera planetaria, si en él se dieron todas las batallas de la Guadaña. Cuellicorto. Tórax plutoniano, que otrora tropezara con el mentón. Aceradas extremidades de antropomorfo, de uñas repulidas al tono y la color del Andrógino; dedos, que entre uno y el otro, perdían las membradas del palmípedo. Velludo, con la verdosa color del animal marino. A juzgar de las protuberancias del esqueleto, debíale articular en morrocotudas trabéculas de sílex, pero, gelatinosidades, que hacían ondular el corpachón al impulso de las corrientes, dejaban entender que la suya era, al mismo tiempo, naturaleza unicelular de infusorio o amiba. Pero, coronando ya la monstruosa arquitectura, daba sensación de galga irreal una cabeza de microcéfalo, plenamente real.

Ojos pequeñitos y estólidlos, sin esclerótica, incinerados en la forma congestionada del pujo; regresivo prognatismo; jetas de místico; frente espantadiza y apretada, que asíase a dos aceradas prominencias córneas; nariz eurásica; hirsuta pelambre; erizadas barbazas en el granítico estribo agudo de la mandíbula...

Para él matar fue oscuro automatismo. Si con guadañas cortaban sus manotones, con cada zancajazo aplastaba miridas de peces. Pronto Satán llegó en su auxilio; y aunque sólo reía, incapaz de llorar, no les faltara Cronos, verdes, socarrones, los ojos, recreándose en la cósmica del drama. Aquél, a su diestra, transpiraba espesa tinta negra que iba a su paso sembrando penumbras, y, con traza de puerco fantasmal hozaba entre espantosos gruñidos en las masas de combatientes, que, luego, infatigable molía en la cremallera estridente de los molares.

Los ataques de EL PEZ DE ORO, eran, ya frontales, ya de flanco; y sucedíanse con irrupiente violencia, magistral sentido de la maniobra, más admirable conciencia del factor soldado y del factor instrumento bélico, sin considerar ahorro de vidas en tributación de violencia sin ahorros. Ante esta creatura impasible salida de los

seminales de Belial, las fuerzas microscópicas del Titikaka tenían medio de vencer que su masa espesa e inmensa como el lago mismo.

Presto cerróse la implacable tenaza, y el Wawaku sintió que le batían, y le abatirían, alas coléricas que agitaban Niágaras de escamas, dispuestas a sepultarle bajo Saksaiwamanes de una indignación volcánica. Agitó, convulso, los brazos para librarse de los empujones, que ya paredan reventarle el tórax, sin más que rebullir. Aullaba su desesperación. Por obtuso que fuese su sentido de los hechos, debía ir comprendiendo que si el Titikaka no le suprimía, él tampoco lograría suprimir al Titikaka.

Llevados a la práctica los principios de "Dinámica Bélica" de EL PEZ DE ORO, en base a las condiciones y naturaleza del mundo acuático, las Divisiones, que de todos los puntos del Imperio confluían, debían descargarse en el centro de la acción, con velocidad multiplicada a la distancia recorrida, sin solución de continuidad, por tanto, con la frecuencia demoledora de un torbellino; cumplir su ofensiva misión, e ir, luego, a densificar las masas de anegamiento, que volverían en monstruosas avalanchas de lodo caótico, acabando por asfixiarle. El Wawaku se ahogaba.

Sacó la cabeza por la superficie de las aguas, irguió el corpachón, y, dándole la espalda, sus ojos buscaron al Sol, sin pestañar; pero el Sol se veló para no mirarle. Le estrangulaban las oleadas masivas; y lanzó alarido de bruto a quien amputan el sexo. Mas ya no pisaba lodo, sino mazmorra de peces que le hacía alfombra babosa y resbaladiza.

¿Cuál, en tal etapa de la Batalla, el resultado del inverosímil duelo entre ese turbión de carne dolorosa, frágil, impelida por ardiente sentimiento de Vida, y de Patria, decidida a quebrantar la amenaza de las cadenas, y trasgos, mitad bestias, mitad animación diabólica de un rencor divino, festonada por barbas rojizas y armada con mortales colmillos?

Estruendo de convulsión estelar revulsionaba millones de cadáveres en la masa de sangre, tibia y densa, en que estaba convertida la inmensidad lacustre.

Entre el masacote de la refriega, estallido de Fulgor se dirigió, falárico, hacia la mala bestia... Comenzaba la segunda parte de la Batalla

del Espanto. La tercera sería la del colmillo que esplende, la garra que hiende, el oro que enciende.

Leyendas, que pretenden deificar al Wawaku, afirman que en esa batalla su testús despedía célicos relumbres; pues cumplía misión en servicio de las almas. Lo histórico es que de entonces su barba tomó enconos de guadaña y el inocente tinte de la sangre...

La tremenda batalla ardía en óvulos y chullpares.

¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!
¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!

* * *

Estaba sepultado. En mí sólo miraba y oía la amargura. ¿Cuál el color absoluto? El fuego de los ojos se había replegado al corazón; y era éste el único que proyectaba vaga estela lumínea que no alcanzaba a romper los tejidos de hueso ni carne, pero alimentaba silenciosa hornalla interior que me permitía, nó verme, mas sí ver a través del sepulcro cuanto se sucedía en torno a Él, y en torno a mí en Él. Fui, muerto, testigo de la Vida; testigo torturado, yacente y desnudo, que vivía de aventar fuera de sí aquella parte indomeñable de su naturaleza, que sin estar a su lado, estaba en Él con pasión de pólvora, con frío temple de espada.

¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!
¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!

¡El Wawaku! Sí; era el Wawaku, con naturaleza, con músculos, con realidad; el Wawaku que demolía al débil hijo del agua; que le suprimía con fiereza de máquina; que llenaba de sangre los confines de la vida; que regaba la tierra seca con la sangre fértil que engendra, llora y ama. El Wawaku, que rompiendo los extremos de su propio ser, alcanzaba los del hombre y se lanzaba con infernal encono sobre la Vida y que devoraría a la Estrella áurea amanecida en el seno caliginoso de su terror. El Wawaku, a quien me había negado a reconocer, cuya

existencia se me ofrecía quimérica y gaseosa; y hoy sacudía el mundo con garra garrafal; arrancaba con ella, a redaños, sin piedad, con famélica complacencia, las vísceras de la vida. El Wawaku, que era resuello satánico en la quietud sedeña de la flor; vómito letal en la euforia de los surcos; espanto de la luz que se oreo en los ojos límpidos.

¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!
¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!

Por mis ojos, que eran llagas de lágrimas, pasaba visión horrible; el Wawaku, devorando en su inmunda fauce las estrellas de oro de mi guagua...

Después de tiempo, del Tiempo ése, que es pegajoso khawsillu en los ojos que lloran, secos, y en ascuas, que fue todo el tiempo de mis viejos siglos de ostracismo y desesperación, en que microscópicos mineros del Titikaka roían el granito, pretendiendo comerlo y arrancar el tapón metálico, que sólo satánica fuerza pudo incrustar a tanta profundidad, cuando resuelto a estrellarme sobre él me lancé con el ímpetu de mi enloquecido furor, castañeteó con crujido de huesos. Y filtróse difusa luz por los resquicios abiertos en el arco románico del boquete.

Por mis orejas culebreó, abombado, lejano bramido.

Me tembló el corazón.

—¡Corre; vuela, Khorí-Puma!

¡Gerrrrr!...

A esa lejana, misteriosa demanda, sólo podía responder mordiendo, impotente, un quejido.

—¡Pobre Khorí-Puma: vuela, vuela!

Las Divisiones que destacara el Emperador, destinadas a electrizar el universo de disolventes salivas, que horas de horas desgastaban la roca, pretendiendo descuajar el tapón y devolverme la libertad, entraron en acción con violencia que hacía retemblar la inmensa osatura de esa cadena de lomos graníticos, que yo, entre gemidos de angustia y coléricos bramidos, me figuraba tempestad que

desuella la tierra... Más no podría esperar sin que en los ojos se rompieran las venas.

Por ellos, que eran llagas de lágrimas, pasaba visión horrible:

¡El Wawaku, devorando en su inmunda fauce las estrellas de oro de tu guagua!...

De pronto, niña querida, se rompió la tiniebla; y gota de luz, como una estrella cayó en lágrima a mi llaga. Chispeó mi cerda; enarqué el lomo; entre su dolor y el mío mi desesperación rompió el cilicio; y me lancé sobre el peñón para estrellarme en la noche de la muerte antes que soportar dos latidos el infierno de la tumba.

El tapón crujió, gimió... Pero, zafó la masa, y cayó, pesada, babosa, roncando.

Como debe caer la cabeza de la inmunda alimaña.

¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!
¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku! ¡El Wawaku!

Lo mismo que el rayo de la nube revienta, y fulmina, y hiende, y abrasa; fulminé la podre, y rompí con fuego los pedernales empavorecidos en el miedo. Y volé, volé... Volé al Palacio de Oro. Singlaba, aullante, el bólido; y ya guerreros que sobrepasaban las retaguardias, al verme...

—¡Vuela, vuela, Khorí-Puma!

—¡Khorí-Puma : vuela, vuela!

—¡EL PEZ DE ORO lucha con el Wawaku, Khorí-Puma!

Pronto mis desesperados ojos ubicaron el centro de la batalla. Y allí vi a tu Khorí-Challwa, querida niña, que azotaba la monstruosa cabeza, ciega para los brillos de su oro, y que enloquecida por las furiosas marejadas de combatientes, desesperaba por aferrarle, lanzando aullidos sepulcrales.

Poco, poco me faltaba para caer.

Y entonces...

Reventó volcán de espanto.

¡El asqueroso endriago mordió con las diez garras fieras el dulce resplandor!

Tumulto estalló despavorido; y las desbandadas fuerzas cayeron sobre mí en masa densa, ciega, impenetrable, que no me permitía avanzar, y, al contrario, hundiéndome en abismos de locura, me alejaba.

Tuve que ver el zarpazo de la bestia...
¡Tuve que ver que le engullía ya!

Rugí. Rugí. Imploré; rugí, de rodillas. Con qué furor de trueno, de aludes que llorando se derrumban desde el nevado. La enloquecida masa recobró la conciencia; y abriéndose...

Cuando llegué, el inmundo basilisco, babeaba, y gruñía, porfiando, por librarse de los desesperados ataques, alargar los brazos hasta la fauce, abierta sobre el lomo, y clavar el colmillo en ese fragor del Sol. Oyó el feroz alarido que salía rompiendo mi garganta, lanzó chillido de espanto, abrió las garras, malherido dejó caer al Khorí-Challwa. Pero, antes que mi rugido le rompiera la oreja, me había prendido del morrillo. Y lo despedacé y trituré; le arranqué las carnes; le destrocé las vértebras; clavósele mi garra y la zarpa le trabucó el abismo del tórax; le arrancó el corazón, y, latiendo aún su pestilencia, lo tragué... El enorme cetáceo se derrumbó pesadamente. Y, muriendo él, seguía triturando carne, nervios, huesos...

Con la ensangrentada fauce, temblando aún de ansiedad y de cólera, el belfo que gimoteaba su ternura, lamí las dulces heridas, levanté del barro su esqueleto, pude acariciarle en el último relampagueo de mis ojos, apenas a entregarle a su pueblo; cuando sentí que el Wawaku muerto me había matado...

Aqué! no fue morir de América, niña querida.

En una lágrima le puse; en una lágrima vendrá.

* * *

Vamos, pues, querida niña: aquí le dejé, aquí tiene que estar.

EL PEZ DE ORO

Bajo nublitas de cielo
en el desconsuelo de la tarde,
la flor se desgaja,
cae en la linfa;
y se va llorando...

Tal los muertos lloran, y se van, aun que no de ellos.

¿El verdadero cósmos no será la célula? ¿El concepto de espacio habrá de ser rectificado, pues, se ve que la "idea" de magnitud se concibe sólo en sentido inverso al volumen; así cuanto mayor su espacio menor? Y esto por que es la célula el individuo que posee la cualidad de permanencia, del poder estar, si las formas a que concurre son susceptibles de desintegración y ella no conoce otro estado que el estar. ¿Ese cuerpo, u organismo, mínimo, constituye la sola realidad? ¿Al último, los sistemas complejos que rigen el movimiento astral determinan el suyo, o del suyo parte la rítmica cósmica? Contesta, Plato.

¿Sostiénese que las células que mueren son presto reemplazadas por otras vivas; por lo que se hace inevitable admitir que, realmente, se vive sólo porque se debe morir? ¿Responde a empirismo absoluto tan magno conocimiento? El que algo se inhiba a los ojos, o al tacto, puede ser suficiente testimonio para darle por desaparecido. Que haya desaparecido para nuestra objetivación no implica que haya desaparecido de sí mismo, lo que ocurriría si al desaparecer muriese, estado en que no estará más en él. Se establece el deceso de un individuo cuando cesó el latido arterial, calló el resuello de los pulmones; que entonces el profesional identifica con la inmovilidad la muerte. Su discrepancia con el brujo arcaico es evidente; pues éste se dispone a operar precisamente cuando esos fenómenos desaparecen, entendiendo que su desaparición ha determinado nuevas formas funcionales de la materia; lo que demuestra que poseía intuición segura de la inmortalidad de la célula; mientras el moderno hombre de ciencia (el oficial al menos) tiene conciencia de su inevitable mortalidad. De ellos hay quien —que sepamos— al autorizar el óbito exprese que sólo

"aparentemente" su enfermo ha fallecido; por lo que, con muchas probabilidades de no incurrir en delito, podíasele cremar o sepultar. Con apretada entraña el brujo sigue tras el lloro de los deudos, y siente, como éstos, que el "muerto" llega vivo a la tumba. Vese que si no ha discurrido científicamente, ha experimentado c o n - c i e n c i a, que si el cuerpo se forma por células, y condición de éstas es ser germinales, por que las formas que conforman desaparezcan, pueden haber desaparecido ellas. Y porque lo siente en conciencia ve patíbulo en la tumba, y cárcel, sabiéndose obligado a llegársele con presentes de afecto y el avío que sustenta. Ya es fácil descubrir que el hombre de ciencia no ve que la huesa es, por lo menos, símbolo patibular del hombre.

Si no hay abismo de ignorancia científica entrambos, que lo demuestre Platón.

Acaso todo esto sepa a paradoja. Por eso mismo correspóndenos buscar los medios que permitan decidir de manera concreta e inobjetable, si la célula muere, cómo muere y cuáles las formas en que tal fenómeno se manifiesta.

Sostiene el miólogo que ciertos sistemas musculares suelen sufrir endurecimientos que impiden el normal riego sanguíneo, o se linfatizan por exceso de trabajo, iniciándose su depauperación y la muerte. De acuerdo con tal doctrina, la vejez, que implica reducción vital (para nosotros aparente) es período en que el organismo comienza a morir, como la semilla que madura; de manera que el viejucu que tremula apoyado en su bordón es uno que anda a medio morir.

La semilla que se desprendió de su yema no apesta; sabe a gusto de tálamo, olores seminales, eróticos, amativos. Y no el pobre viejucu que es sólo madura semilla.

En el organismo viril los sartorios afectados, y muertos al fin, presto se reemplazarán por otros que elabora (cómo, no lo sabemos) el músculo vivo. De suma importancia observar que, en efecto, así es: pero, ¿cuáles los medios y normas de ese proceso? Teníamos que habérnoslo planteado como previa cuestión, pues allí se incorporan

dos fenómenos que polarizan el drama de la materia: por una parte la célula que muere y por otra la que la sustituye; y determinarlo será tanto como haber dado con la clave de la vida y no menos que con la clave de la muerte.

Dada como "verdad" la muerte de la zona muscular enferma, para su reemplazo tiene que producirse germinación y nacimiento de nuevas células; lo que impondrá reconocer que la célula —toda célula— es andrógina, como Jehová; si de otra manera lograría proliferar. Y, así, desde el prendimiento de la semilla en el óvulo la materia se desarrollará por proceso genésico, creciendo hasta sus límites debido a tales funciones. Vivir será germinar.

Ahora bien, la célula enferma para que pueda morir tendrá que ser privada de sus nódulos dinámicos. ¿Entonces, se circunscriben a ella, y con morir ellos mueren? ¿O el principio de movimiento es uno, y cuando la enferma fallece, se infunde en el espora? Considerado así, la célula no ha muerto y su nódulo seminal permanece. De lo contrario la amputación de cualquier miembro secundario implicaría la atrofia vital. Y no. La unidad no ha sido desintegrada por que se le prive de brazo, oreja, labio; contrariamente, las funciones de los miembros seccionados son cubiertas, al menos persiguen serlo, como resultado de mayor capacidad en los órganos subsistentes, haciéndose más agudo el sentimiento de unidad. El ciego "verá" con el tacto lo que no llegó a ver con los ojos, demostrando sólo que las células ópticas no le abandonaron y viven con el tremante sentimiento de la visualidad. ¿Es que, al último, el ciego alcanza a sentir los colores?

Ciertamente, para tal hambre tal pan. Esa es la ley. Los organismos toman la forma que a las necesidades creadas por el habitat, sus medios y oposiciones, conviene. La naturaleza débil suscitará al hombre fuerte. A la inversa, la naturaleza fácil al hombre basto y difícil.

De todo esto se desprende conjetura admisible; y es la de que en la célula está el cósmos; por tanto su potencialidad genésica resulta absoluta. Al relajarse infundirá su módulo individual en célula femenina, y, transfundida por ese medio, rebrotará. Esto es, que no

puede morir quien ya vive. Mirado así el proceso de la arquitecturación celular es una permanente germinación; a medida que vivimos perdemos cáscara mas no células. Cuando muere el individuo –animal o planta– hizo más que penetrar en el óvulo de que tornará a nacer. Morir será solo Nuevo Nacimiento.

Parece, pues, que la génesis celular se opone a toda "idea" de muerte; y esto nos conducirá a reconocer que sér es tan sólo ser personalidad.

Si es genésico el proceso de la vida la inmortalidad de los individuos celulares constituirá una condición erótica; y se ama y germina –lo que parece indiscutible– en tanto se está en sí mismo, en **música redonda**. Los experimentos de Voronoff lo demuestran; y de la manera que tiene la ciencia señalado, aunque explicado no, también los matrimonios cuya prole nace condenada a morir a poco de nacida. El esporo se niega a desarrollarse y acaba sustrayéndose. La célula genésica vuelve a la vescícula de donde fuera expelida, pues acaso no encontró amor o séase afinidad y simpatía. ¿Esto, y el caso de las glándulas de mono, qué sugieren? Sugieren que las células poseen personalidad, inteligencia, capacidad de elección, órganos gustativos; es de ellas que proviene lo que se llama carácter, instintos, modalidades. El botánico dirá que la flor procede con sabiduría, **con-ciencia**, conocimiento del momento, de sus normas y ventajas, y que aún careciendo de células ópticas, y de corazón, ve, y es enamoradiza y propensa a teñir su pudicia con pudibundos escarlatas. De paso observemos en su irresistible **sexappeal**, si cuando odora es porque le cosquillea el ovario y se sale de él en suspiros.

Se ve que las células de la flor podrán morir, así desesperadas se den a cianuros o somníferos. Consecuentemente, la célula es el carácter de la personalidad y el ámbito de la inmortalidad de ésta; pues para que nazca hoy fue necesario que hubiese estado ayer; y quien ha sido, se infiere, tiene una manera de ser.

¿No funcionará un cierto género de células en los idiomas, aun en esos que son tan artificiosa manufactura del hombre? Allí donde, como en América, porque se quiso, o se le impuso otro idioma sobre el ya celular, las células no velarán su desagrado, y el hombre se expresará sin emotividad, haciendo su lengua crispatura y violencia? No se

explica de otra manera que reconociendo personalidad a la célula la frialdad sexual en algunos matrimonios, como se explica por otro medio la gelidez e infecundidad de algunos estilos literarios. El escritor germinal tiene estilo genésico, y bastará profundizar en los mecanismos de su ideación; en la temperatura de las voces que emplea, para comprender que toda vivencia mental es vivencia de la célula, entendido que de todas las que le integran. Ella la que alumbra o se resiste. El egocentrismo es celular, constituye el carácter en el individuo, correlativamente en los pueblos.

Si un idioma puede ser supeditado, se volverá latido tenaz, ágrico diástole, que a diario agreda al régimen adventicio. Acaso los barbarismos sean sólo violencias y dialéctica de la célula, pues, si ella concentra sentimiento y sentido de vivencia, de patria y de nido, permanecerá en agresión constante frente a cuanto la niega y deforma. El calor del verbo es exudación y salud de la célula, y, de hecho, es antiacadémico. ¿No es extraño cuando menos que América haya producido los mayores científicos del hispano y pocos, o ningún escritor con barbarie? Es que en América se estudia el idioma por imposición del Estado, como obligatoriedad contributiva: no se lo extrae. De saber extraerlo, bien pueda que no sea hispano lo que se obtenga. De ahí el miedo, que se disfraza de menosprecio, por las lenguas del indio.

Tampoco se ha decidido si aquello que "raza" se llama, proviene de morfologías celulares y que, desde ellas, se particularizan los hombres; que si el hispano, p. e., se forma por cuarenta millones de células, el americano de América sólo por treinta millones, lo cual, determinando diferencias raciales, autorizaría conceptos de "raza superior" y de "nativas razas inferiores", como sostienen, no pensadores hispanos, cuarterones de América.

La superioridad de los pantalones con flautones no puede ser aducida frente a la realidad celular. ¿Desnudo, y en contacto con la Naturaleza, sin taparrabo ni pudicia? Salvaje... No: sabio y sano, en conciencia.

Las vivencias de la célula están en el paisaje: eso patria y cultura celular. ¿Que el aymara es de la roqueña rudeza de una erizada costilla de granito; que el kheswa mansurrón como babosa brisa que babea

sus maizales? Sí, porque son idiomas de montañas y cielo, vivencias de célula, sus paisajes.

Extraigo del "Incipit" de PUMA-KHAPAK, esta exaltación del Inka:

"TÚ HACES EL MUNDO;
TÚ ANIMAS LA TIERRA;
TÚ ERES LA GRASA DE LOS MARES... "

Traducidas, así, libremente, estas palabras de la Runa-Simi, serían su mejor elogio:

"Pacharurak;
Pachakamak;
Wirakhocha..."

Al último, el Kheswa de las edades mázdicas, tiene salvaciones de hoy.

Y éste, de Timota Aliaga, arrobo verbal y embriaguez de la célula aymara:

¿Unktati urpanaka hiwañan
akiri orasionana llaki?
Pankara kalaktiw hawiraru
hachjasin sarjew...

En pueblos americanos con raíces vivas se dan con no poca frecuencia casos como éstos, y ello nó por decisiones intelectuales, sí por ineluctable determinismo de la materia.

La contrapartida: con estadísticas se ha definido que la criminalidad en los países mestizos está en relación al grado de estabilidad de los agentes del mestizaje; y es que este tipo numano tiene algo así como la fagia, o fobia, de la sangre. No ha producido genio universal alguno la "Literatura Americana"; pero el mundo americano ha parido toreros cósmicos.

Cierta vez, mirando la impunidad con que el mataor charkeaba a su novillo, el cual, acribillado a puñaladas, dobladas filosóficamente las rodillas, se había echado a descansar de la vida y sus incomprensibles monstruosidades, no obstante la cual el mestizo le buscaba la cruz del occipucio para darle la extremaunción, pensamos qué estética ésta de los Hispano-americanos...

Llevamos la tauromaquia de los Pizarros y Torquemadas en la sangre.

En Alemania hay pensador que se estime que no hubiese descubierto la "mónada" y señalado caminejos hacia la metafísica del Incognoscible, juzgándose límite de toda sabiduría. Células adiposas.

Hay político en esta **Sub-América** que no lleve en el meollo montoneras, tremolina y garrote; y de la "historia" de sus democracias —lo saben todos en el mundo inmundo— asuntos son de la patología más absoluta. Célula.

¡Y éstos, en Germania y la pobre América, los sucedáneos "civilizados" del antropófago de "raza inferior"! En algo sí son inferiores los inferiores: en el número de crímenes que festonan su ridiculez.

La célula no muere; mas se le obliga a vivir muerta. Investíguese, entonces, si el mestizaje logra romper la unidad de la célula embrional, y de allí se obtendrá el derecho de esclavizar pueblos en nombre de la cultura, el justificativo no menos como medio de ennoblecer las "razas inferiores". Mas, entanto, si el hombre es celular, y su célula no muere, los pueblos americanos —y otros como ellos— magüer la Revolución independentista, no son libres: siguen siendo colonias, y colonias de los mismos que despanzurraron inkas con la cruz y en la cruz.

No sólo no muere la célula genésica; sí que se niega a toda suplantación.

He aquí caso en plano eminente, que puede multiplicarse. Le tomamos porque se trata de amigo dilecto y escritor de los más brillantes de la América: Fernando Diez de Medina. Sin que muchos lo expliquen, y hayan señalado menos, es, con valor cuantioso; representativo de la encrucijada americana. Nada debió inducirle a indianizarse, ni su hispana progenie, su educación católica, menos, tanto que su obra primeriza es no por poco de un colonialismo radical.

Mas, he aquí, de pronto estalla con hervorosa fluencia vernácula, y no como expresión y verbo, cuanto como pensamiento y obsesión, lo que es mucho más significativo. Evangelismo, mayéutica, política, ásense en él a mitografías aymaras y es el primer escritor americano que para explicar el proceso literario de su patria invoca a las deidades telúricas o a los epónimos de la leyenda. ¿Qué revela esto sino la zarpa celular? La zarpa y su guerra. Parece que mestizaje ni morbo alguno alcanzan a la célula genésica. Somos indios, o no somos de América.

Al enjuiciar su libro "Thunupa", dijimos: Al Inka se le obedece con lengua y la misma sangre de Castilla. Y es que el Inka expulsado del Tawantinsuyu se ha replegado a la célula, donde espera. Es, pues, inevitable.

Se es indio o no se es; y cuando decimos no se es, queremos decir que no se ha sido. Es que lo indio es lo que caracteriza en la célula, como la célula caracteriología del Cósmos. O séase que sólo tiene cósmos quien tiene célula.

No se vea en nuestra actitud fobia alguna contra España; la admiración que cultivamos por su genio, por el genio de sus grandes hijos, como —y más— por los españoles chicos de la gleba, nos cura de odiosidades de espantapajaros. Pueda que en el fondo nos inspiren odio sus hechos; pero el odio no destruye sino a quien le cultiva. Estamos, como hombres, frente a la negación de nuestra naturaleza que ella representa y supone; y sabemos que la manera de cancelarla en nosotros es volviendo por el régimen de la salud celular. Así, toda vez que nos embriaga la voz aborígen y muérdenos el deseo de supervivencia por la reproducción y comprobamos que tales estados tienen los aromas de la americana maternidad, estamos alzando pira que limpia y purifica nuestro destino.

Cualquier mestizaje es imposible, mas hay alguno impasable; y uno —bien se lo ven este libro— es el del hispano y las lenguas aborígenes de la América, si en lo que llevamos de cultura cristiana, y lo mismo es decir española, hemos originado hasta el deleitoso y pecador connubio de Juan de la Cruz y Verlaine; mas hay infarto estético de que podamos decir: he aquí el connubio indio-hispano.

El hibridismo tampoco pudo cristalizar —ni puede— en la sangre; pues es en ella, precisamente, donde se oye el ¡Kharrajuskha! del

caballero español y el lloro del indio. El lloro, lo que en el hombre llora, empero, es él, ÉL, que no tiene otra patria que la suya, de la cual fue echado.

Ya tramontamos una giba del "espacio-tiempo", y podemos decir que el hombre sabe tanto del hombre como de él la Videncia Divina. El hombre está nó en Dios, en la célula; y la célula es de la tierra, como la tierra, inmortal. No columbramos qué número de siglos requiera el NUEVO NACIMIENTO; mas tenemos entendido que no serán tantos que hagan cinco milenios –y así fuesen– los que permitan al americano de América expresarse, y ser, en su idioma lácteo. Esos poetas del ayllu –los orko-patas Mamani o Awaranka– son, ciertamente, hechos que se anticipan; y lo mismo decimos de los poetas que en el solar del Inka, expandido aún a través de tres naciones con unidad de naturaleza, tienen la fortuna de hablar frente a quienes permanecemos enmudecidos, por más que seamos los faramalleros.

Alineamos en la Batalla del Espanto y testificaremos para las venideras edades, presentes en la Caverna, el asalto del PUMA venido del Sepulcro, despedazando con garra de oro y colmillo de fuego el morrillo del WAWAKU , que es la parte hedionda de la luz, camino de muerte, invitación al miedo.

He aquí el áureo mensaje de EL PEZ DE ORO:
–¡América, adentro, más adentro; hasta la célula!...

GUIÓN LEXICOGRÁFICO

Abreviaturas: Kheswa, **Kh.**; Aymara, **Ay.**; Plebeyismo, **Plb.**; Hibridismo, **Hib.**; Neologismo, **Neo.** Los neologismos son de responsabilidad y cosecha exclusivas del autor.

A

Anu. Ay. Perro.

Ariwallu. Kh-Ay. Hermoso jarrón de greda para el depósito, seg. de chicha con fines litúrgicos.

Aparapitas. Ay. Indio estibador.

Allkhamari. Ay. Kh. Gerifalte andino; allkhamarini, habitat del allkhamari.

Achachi-Hila. Ay., o Achachila, Jefe viejo y acaso que rige desde el pasado.

Awayu. Ay. Primorosa manta.

Ahayu-watan. Ay., ahayu, alma; watan, amarrar. El alma fue atrapada.

Añas. Kh-Ay. Zorrino.

Albaru. Hib. Ay-Kh. La hora del alba.

Aptapi. Kh-Ay. Comilona campestre.

Ayrampu. Planta tintorera de hermoso escarlata.

Allku, o allko, Kh. Perro.

Atokwarmi. Kh-Ay. La zorra.

Awatiri. Ay. Pastor de ganado.

Achikiw. Kh-Ay. Interjección que denota dolor.

Allpakha. Kh-Ay. Auquérido. Allpakhero Hib., pastor de allpakhas.

Amaya-tokhaña. Ay. Forma Neo. Canción del, o los muertos.

Ayllu. Kh. Célula gentilicia.

Asnitu. Hib. indígena. Jumento.

Apara. Plb. Mostrar o disponer. Ej.: descubrir el lomo la misma víctima para la azotaina.

Allasito. Plb. indígena, intraducible: allá, pero aquí no más.

Aquisito. Plb. indígena. Lo que aquí se halla puede estar ya más cerca; sin embargo, para el indio, lo que está "aquisito" bien puede hallarse a muchas leguas.

Añasko. Ay. Patronímico; del linaje del zorrino.

Achokhallo. Ay. Comadreja.

Asiritu. Ay. Viborita, híbrido de asiru, víbora, culebra.

Akulliko. Kh. Acto de masticar coca.

Aklla. Kh. Virgen del Sol, sacerdotisa.

Asinita. Hib. indígena, así, pequeñísimo.

Augen. Plb. Ahoguen; augais, me ahogais. Asimismo condimento de las viandas.

Ampe-kolila. Ay. Trato ternísimo entre mujeres, o del hombre para la mujer. Puede dársele sentido peyorativo.

Aura, o ahura. Plb. Ahora.

Amayali (del Inka) Neo. Funeral.

Achachi-guagua. Ay. Niño viejo. En cierto momento la madre india "siente" que su bebé tiene edad adulta...

Alak-pacha. Kh-Ay. Literal: tierra de arriba. Sentido: tiempo astral.

Ajíaco. Plb. Vianda; ají de tasajo.

Ahy. Plb. Ahysito.

Ahystaps. Plb. Pues, ahí está. Sentido: para que veas, te lo anuncié.

Alalau. Interjección. Hace frío; achalau, qué frío. Voces indias.

Asokini. Plb. Kh. Lugar donde se da mercurio. Toponimia mestiza.

Andeveras. Plb. Con veras.

Asukara. Hib. indígena. Azúcar.

Ahurasi. Plb. Literal: sí ahora. Sentido: ¡llegó la hora del agárrate, Catalina!...

Apacheta. Hib. Calvario. Paradero en el camino, mojón; punto fragoroso de la cuesta, donde se tributa a la tierra una pestaña, la coca que se mastica, etc.

Arun-thaya, o taya. Ay. Viento del Véspero que impele el velamen de las barquichuelas lago adentro.

Areches. Neo. Descuartices.

¡Akaru, tata! Ay. Conminatoria. ¡Acá, padre!

Awichitaja. Hib. Se designa así, con suma ternura, al abuelo o abuelita.

Akhollpachar. Kh-Ay. Dar alojamiento. Sentido en el texto: akhollpachada en la tierra, arrebuja en su seno.

Aukhakhallu. Kh. Duende. Diablejo.

Akullikaba. Hib. Kh. Masticaba coca.

Akllawasi. Kh. Monasterio de las Vírgenes del Sol.

Altipampa. Neo., o Antipampa, término introducido por el poeta de "Ande" (Titikaka, 1926) Pampa de las alturas.

Auroraba. Neo. Brotaba, fluía la aurora.

Anchancho. Ay. Variante del Duende indio, o alma del difunto.

Achuntó. Plb. Dar en el blanco.

B

Baneke. Punto en donde esperaba Colón encontrar al Gran Khan, por quien saliera de España; residencia, según los caribes, de un poderoso reyezuelo.

Balbólica. Neo. De Colón, "colónida"; de Balboa, balbólica...

Bandiro. Plb. indígena. ¡Bandiro, hina!; ¡Bandido, aína!

C

Catay. Semántica estrictamente personal del autor: sinología limeña que equivale a dar con el clavo en Catayo...

Coquea. Hib. hispano. Mastica coca.

Cachimbo, o kachimbo. Plb. Polizonte. (Kachaco).

Caráspita. Plb. Cáspita.

Contraparte. Plb. dialéctico, con que se denomina a la esposa. Esto es, la contraria, que es parte de la sociedad conyugal.

Comagre. Plb. indígena. Comadre.

Cristala. Plb. indígena. Cristal, o todo objeto de vidrio.

Criqueos. Chirrido del saltamontes y el del niño que gorjea: Criiii... Criiii...

Candaraveñas. Se dice de las ruborosas manzanas de Candarave, valle moqueguano.

Cenizañas. Hib. Sahumerios de la parcela florida y a punto de cosechar los primeros frutos.

CH

Charki. Kh.Ay. Tasajo.

Charanguero. Plb. Tañedor de charango. Hib. Charranku.

Chibcha. Aborigen del Caribe, área andina de Nueva Granada.

Chullu. Kh. Birrete indio.

Chokña. Ay. Verde.

Chaiñas. Kh-Ay. Gilgueros.

Chochos. Plb. Esferitas de cristal, carbonato u ónix (en estos casos: kachina) con que juegan niños cholos e indios.

Chiwanku. Kh-Ay. Tordo andino.

Chimo, asiento de mitimaes chimús, a quienes hoy se llama chímus.

Chairo. Kh. Especie de cazuela indígena a base de chalona y chuño.

Chihi. Ay. Pasto.

Cherekheñaban. Neo. En el texto: gorjeaban las olas como gorjea el ruiseñor andino.

Cherekheña. Ay. Ruiseñor andino.

Chakharas. Kh-Ay. Campos de sembradura.

Chukchu. Ay. Temblor desde lo interno del tuétano.

Chio-Khori. Kh. AVECILLA de oro.

Chullpa. Kh-Ay. Sepulcro; Chullpar, cementerio; El Chullpa, americano legendario de edades presolares; Chullpa-tullu, el esqueleto, más el esqueleto vivo...

Champi. Kh. Especie de bronce inkaiko.

Chichirranka. Kh. Hormiga león.

Chokhollos. Ay. Perros. Neo. el alma famélica de los hombres a quienes orinaron los perros.

Chiuchi. Kh-Ay. La cría, aun sin plumas, del pajarillo. Pollito.

Chenkho. Kh. AVECILLA de plumón nigérrimo, especie de Observatorio meteorológico del Titikaka. No tiene gorjeo.

Chankhe. Kh. Acción de majar, vapulear. Locución plebeya.

Chivolara. Hib. indígena. El mestizo de barbas de chivo.

Chuma. Kh. Sin sal o sin azúcar. Insípido.

Chillikutea. Plb. Que regatea minucias; chillikuti, lo insignificante.

Chuhwa. Kh-Ay. Plato de greda.

Chipas. Kh. Enseronados de paja para la conducción de frutas u objetos frágiles.

Chaspearía. Plb. Decididamente intraducible. Entiéndase lo que se arrebatara en un juego de prestidigitación; engañar los ojos y arrebatar al vuelo...

Chirolea. Plb. Veranear en los calabozos policíarios.

Charcha-suhwas. Kh.; Sejerero, Ay. Hormiga león; ladrón de moscas.

Chuimaupilas. Neo. Ay. Corazones atortolados.

Choy. Kh. Oyeme. Ay. ¡Chó! Acaso hibridismo del hispano.

Chochokha. Kh. Vianda flemuda de trigo a medio moler: chankhachankha.

Chusekha. Ay. Lechuza.

Chochomica. Plb. Cuchumeca, prostituta.

Chunkituy. Kh. Cuzqueño: Mi corazoncito.

Cholero. Plb. Mestizo o criollo que hacen el Tenorio entre las cholas, o mestizas; instintivamente afectos a ellas.

China. Plb. acaso Kh. Sirvienta de fregar, a quien se destina los más ruines menesteres, como el aseo del W. C.

Champillas. Ay. Patronímico.

Chuskitu, o Chuskito; de chusco, ordinario, sin casta o linaje. Kh.

Chupi. Propiamente, cazuela, cuyos componentes varían según la zona. Hay el chupiuchu, entre los caribes y algunos caribdis mestizos. Pero eso es sólo sopa de fuego.

Chukchu-chukchus. Lupaka. Mimo de las tersianas. Dramatiza el temblor del calofrío.

Chunchu-chunchu. Baile folklórico del habitante de la selva.

Chukchu-Mama. Ay. Algo así como madre del temblor. Animismo lupaka del frío del tersianiento.

Chuñuchehe. Lugar de la pampa mayormente expuesto a los cierzos invernales y que se destina a heladura de la papa y su transformación en chuñu.

Chaiñaguagua. Kh-Ay. Literal: hijo de jilguero.

Chiuchea. Kh-Ay. Hib. Voz onomatopéyica del ¡chiu-chiu! del pajarillo-guagua.

Chunchus. Kh. Lejanos relampagueos que se estiman signo de tempestad en la selva.

Chiris. Kh. Acaso deformación de Scyris Ayllu. Literal: friolentos.

Charranku. Hib. indígena: charango. Literal, tendón. El cordaje del charango es de tendones de llamo.

Chikchipa. Plantita silvestre de flores moarés y chispas áureas. Excelente sozón para molidos de ají. Obra como estimulante sexual.

Chiara-uma. Kh-Ay. Literal: cabeza negra. Gaviota del Titikaka.

Chokllopokhocho. Kh. Avecilla de melífluo gorjeo, preferida del Inka.

Chatripuli. Ay. Baile lupaka de los sacerdotes o hijos del Sol.

Chaksus. Ay. Rompidas de los embalses del riachuelo, que se destinan al regadío de las parcelas.

Chaskosas. Hib. Lo enmarañado. La Chaskosa se llama a Venus por sus vivos centelleos.

Champis, o Chambis. Hib. Kh. Patronímico. Del linaje del cobre.

Charanca, o charranka. Plb. Charanga.

Chuklla. Kh-Ay. Choza.

Chawllero. Hib. Pescador del Titikaka.

Chuño. Plb. Se dice de la naricilla generalmente erosionada del hermano perro.

Chumpi. Kh. Faja de primorosos tejidos.

Chiara-imillas. Ay. Papa negra de la Primavera; dícela también papa nueva.

Chullpateo. Neo. El pataleo de la tumba o del Chullpa.

Chinkhana. Kh-Ay. Caverna. Chinkhana de las Khawras, prostíbulo de la pesetera; esto es de la mujer que se alquila por veinte centavos. Desde luego, es india, llama, o khawra.

Champa. Kh. Panes de tierra raicillosa que se corta en forma de adobe y sirve para levantar cercos.

Chiara. Ay. Negrísimo.

D

Deveritas. Plb. Si la verdad puede ahilarse, el cholo dice deveritas, porque encarece, sobre la Cruz del Cristo, con la buidez de una aguja de arriero.

E

Evétalo, no wayas, ebetálo. Plb. Evítalo: no wayas. La alteración del acento, el fonismo, son formas de la hibridación del hispano con las lenguas americanas.

Elay. Plb. He ahí.

Elake. Plb. He aquí.

Enchinkhanas. Hib. Encerrarse en la Caverna; encuevarse, como dicen los mexicanos.

Eyrai. Ay. Canción de Cuna.

F

Fastirias. Hib. de la tawaku. ¡No me fastidies; o no me manosees!

G

Guaguani. Kh-Ay. El que gusta de la compañía de los niños, los busca y protege. Cierta maternidad del macho integral.

Guagualeo. Hib. Plb. anñarse, hacerse el niño.

Guagualay. Kh-Ay. Intraducible en su entrañable significado. Hijito mío de mis telas.

Guagüítitay. Kh-Ay. Expresión de ternura para el hijo, única en el lenguaje del hombre.

Gamonales. Plb. Dice el indio de los perros felones y malavenidos. Garratierras.

Garagato. Kh. Garfio en los trinquetes de la balsa, por el que corre la piola (phala) de la vela (Khesana).

¡Guá, opa! Kh-Ay. ¡Bah, tontote!

Guagüita. Hib. Niño recién nacido; o de pechos.

¡Guay! Plb. Interjección: ¡Ayayay!...

H

Hodan. Plb. cholo: jodan; plebeyismo culto: "hagan sonetos, pero no hodan", con odas. Es lo mismo.

Hasete. Plb. Hazte.

Hina. Ay. Aína; lo que es de jure.

Hijitoy. Hib. cuzqueño, de posibles influencias nazcas.

Hiwa-hila. Ay. Neo. El que manda sobre los muertos.

Hapapeo. Kh. Grito de guerra que se obtiene lapeando sobre los labios.

Hakja, o aka. Kh-Ay. Chicha, o tekte, de maíz.

Hama. Ay. Estiércol del hombre, divino o humano.

Hallsu. Ay. Moya, abrevadero, pastizal.

Hiru. Ay.; Hichu, Kh. Paja.

Harawi. Kh-Ay. Canción erótica o pastoril.

Hatam. Ay. clásico, sg. filólogos aymaras, Adán procede de esa voz; es, así mismo, semilla; como Hata, célula gentilicia.

Hiwa. Ay. Lindo, bonito, gracioso. Eva sería Hiwa-mama; la madre linda. Pero, Hiwa es, también, la muerte.

Hamatankha. Ay. Escarabajo. Literal: el que acarrea estiércol.

Hañachu-dansiri. Hib. Plb. Danzarín fálico. Hañachu, el genitor.

Hankhos. Ay. Blancos.

Hallpakhamaskha. El hombre en las ideografías inkásikas: tierra animada.

Hampatu. Kh-Ay. Sapo.

Hokhollos. Ay-Kh. Renacuajos.

Hacha-tata. Ay. Señor eminente. El indio, con sardónica sutil, lo emplea para dirigirse al oligarca, o su genízaro: "¡Hacha-tata, ampe, kholi, tata!"...

Haylli. Kh-Ay. Canción de guerra; la Marsellesa del Inka. Forma épica.

Hukhuchas. Kh-Ay. Ratones.

¡Huiiik! Kh-Ay. Interjección deprecante, que equivaldría al ¡nos cacharon! del argentino portuario, o al ¡nos jodimos!, del chulo.

Hisa. Ay. Afirmación tajante: ¡Sí!.

Haniwa. Ay. Nó del no.

Hampatu-ahayu. Ay. Alma de sapo.

Hokho. Ay. Lodo.

Humantay. Kh-Ay. Neo. Estirpe del humanto, pez lacustre.

Hallu-pekhe. Ay. Cabeza de pene.

Hacha-marka. Ay. La ciudad capitana.

Hakhe-challwa. Ay. Neo. Hombre pez.

Harawikus. Kh-Ay. Los que cantan, aedas, rápsodas, de la era inkásika.

Heliotarkismo. Neo. Régimen político solar; el de los Inkas.

¡Hallalla! Ay. Grito de triunfo de los Lupakhas, o Lupi-hakhes, Hijos del Sol, o su estirpe. Corresponde al ¡Wipha!, ¡Wiphallalla!, de los kheswas.

Hilakatura. Ay. Neo. Consejo de Estado de la Khori-wasi, o Imperio de EL PEZ DE ORO.

Hiliri. Ay. Autoridad gentilicia de la hata.

Hemofúgida. Neo. El fuego de la sangre.

Huturi. Ay-Kh. Mito ígneo y ofídico del Titikaka.

Hervorecen. Neo. Los que hierven con fervor.

Hakhe-hakhe. Ay. La colectividad gentilicia: pueblo. Hakhenakha, el individuo del hakhe-hakhe.

Hastaura, o hastahura. Plebeyismo. Hasta ahora.

Hichu-marka. Ay. Distrito, o república, de los Hichus. Hoy se llama –impropiamente– marca al poblacho mestizo.

Hatum-mama. Kh. La madre grande; la tierra.

Hamuy. Kh. Ven.

Hukhucharán. Kh. Neo. Harán ratonerías en tu corazón, en tu sangre, en tus ojos.

Hipoasnos. Neo. El vulgar híbrido de caballo y de asna. Pero, en el sentido intenso de la biótica del mestizo: el hipo del asno; salvando otros hipos.

I

Inka. Kh-Ay. Emperador del Tawantinsuyu.

Inti-raimi. Kh. Fiesta del Sol.

Intip-churi. Kh. El Inka; de la estirpe solar.

Ispi. Kh-Ay. Pececito del Titikaka.

Inkaísmo. Hib. Lo que responde a las radicales inkásikas.

Inka-runahakhe. Forma neo. Soy cosa del Inka.

Inti. Kh. El Sol. Si la cultura del Inkario es solar; debe entenderse que la antecesora fue lunar. De la Quilla-mama.

Iruitus. Baile de los urus, ancestrales habitantes del Titikaka, quienes, hasta no ha pocos años, vivían en él en islotes o aldeas a ras de las aguas.

Isthallas. Ay. Manteletes de finísimo tejido.

Imilla. Ay. Niña; imillitay, mi niñita; imillay, niñita. Imilla es para el mozallón, prometida, o esposa a prueba, que hace el Sirvinakuy (hib.) kheswa.

Inka-thaya. Kh-Ay. Viento del Inka.

Imillero. Plb. Ay. Tenorio, criollo o mestizo, decididamente partidario de la imilla, la niñita india, a quien veces prefiere sobre la señoritinga.

¡Inká! Kh. Neo. El ¡jingá! del nacido de entraña india y con entraña.

Iskinatinta. Hib. sabio, de origen indio: Vendeja de aguardiente de la esquina.

J

Jaranee. Plb. Me vaya de parranda.

¡Jajaillas! Plb. Me haces despepitar de risa. ¡Jai! interjección que denota encarecimiento.

Josesmárias. Hib. indígena de José María.

Jüera. Plb. intraducible. Literal: fuera, fuera. Pero, jüera es notificación de sanciones que esperan al que delinquiró: ¡Jüera, pues!

¡Ja, rato! Hib. ¡Qué rato; eres un gato!...

K

Khepos. Kh. Pelusa ponzoñosa de la tuna.

Khamakhes. Kh. Zorros.

Khillis. Ay. Cernícalos.

Khara-lipichi. Ay. Escritura sobre pergamino, acaso preinkaika.

Khori. Oro. Kh-Ay. El Palacio de Oro.

Khausi. Gusano venenoso del Titikaka.

Khena-khenas. Kh-Ay. Grupo sinfónico de músicos, tañedores de khena. Baile.

Khairas. Ay. Ranas.

Khorota. Kh-Ay. Miembro viril.

Khausillus. Kh. Chicle, goma de mascar.

Kharachis. Kh-Ay. Rico en fósforo, pescadito del Titikaka, de gran poder calcificante. Se caracteriza por el tono amarillo de la panza.

Kusi-pampa. Kh. Explanada en el Cuzco Imperial. Campo festival o de la alegría.

Khori-khana. Ay. Neo. Luz de oro o luz del oro.

Khalato. Kh-Ay. Desnudo.

Khorotudas. Cebollas cabezonas.

Khariwa. Ay. Planta silvestre aéreo-genésica, de penetrante aroma.

Khijo-khijo, Ruido característico de la hiskhacha, o diente con que bate la tejedora, la telatal o trama, del tejido.

Khalas. Kh-Ay, Pelado dijo el indio del Conquistador que vino a someterle con más que la piel y su caballería; Khalas dice hoy del mestizo o criollo y es, finalmente, término con que éstos señalan al forastero.

Khotu. Ay. Morrito, especie de bocio, y bocio es el khotu alzado en la pampa.

Khoskhiño. Hib. indígena, por cuzqueño.

Kharabutas. Hib. Polainas del vaquero, que le cubren el muslo; mas quien las lleva va descalzo. Caballero en caballejo enano, cuida el perímetro de la hacienda. Es "el kharabotas", rodeante.

Khenchas. Especie de estacado de totora donde se atasca el pez.

Khoncha. Kh. Fogón de greda cocida, de tres ojos. Se atiza con leña o bosta.

Khawra-ñaira. Ay. Ojos del llamo.

Khotu-sankha. Ay. El morro amoratado. Constelación Aldebarán del Toro.

Khataripaka. La sierpe alada. Casiopea, constelación. Ay.

Khachwando. Ay. Hib. Bailando la Khachwa.

Kolliri. Ay. Médico herbolario.

Khala-lipichi. Kh-Ay. Neo. Escritura de piedra, o en piedra.

Khinwal. Kh-Ay. Campo de quinua.

Khesti-imilla. Kh-Ay. La novia de los peces del Titikaka. Literal: la niña que refulge; su escama es plateada. Orestias Agazziz.

Khispiñu o khispiña. Ay-Kh. Pan indio, de khinwa cocinado a la olla, y moldeado en la mano.

Khanidios. Los antropófagos del Caribe, o caníbales, que encontró Colón en la América, eran llamados Kanidios.

Khancha. Kh. Maíz tostado.

Khañiwakus. Ay. Harina de khañiwa, de la familia de la quinua.

Khana-taki. Ay. La Vía Láctea; camino de las almas descarnadas. Literal: rúas de la luz.

Khellus. Ay. Amarillos.

Kosa. Plb. indígena. Intraducible; pues ¡kosa! será lo bueno de lo bueno, lo increíblemente bueno.

Khallampudas. Kh. Lo que es semejante a la khallampa (hongo) en lo cabezudo.

Khankhachu. Kh. Carne asada.

Khori-tullu. Ay. Neo. Huesos de oro.

Khonos. Kh-Ay. Pececillo del Titikaka, cuasi giboso, el de mayor escama, color acerado.

Khorokhutay. Ay. Mi tortolita.

Kheñulas. Ay-Kh. Palmípeda del Titikaka cuyas alas parecen en proceso de atrofia.

Khuchi, o Mijji. Kh-Ay. Cerdo; así mismo zancuda de negrísimo plumaje y largo pico. Se alimenta en las ciénegas de la playa.

Khewllas. Kh-Ay. Gaviotas.

Kheñwas. Ay. Arbolillo de madera leñosa de que se obtiene carbón.

Khunu-khunu-tata. Ay. Señor de los nevados.

Khunu-khunu-mama. Deidad matriarcal de la nieve. Ay.

Khori-khellkhata-Khori-Challwa. Ay. Letras de oro de EL PEZ DE ORO.

Khara-juskhita. Neo. Carajito mestizo.

Kharkhas. Ay. Peñolerías.

Khana-mama. Ay. Madre luz.

Kumu-ñeke. Ay. Jorobado.

Khawiti. Ay. Patronímico: el capitán de fuego. Inka del gentilicio de los Mihis, que al caer vencido en el sitio del Cuzco, prefirió destrozarse en el abismo.

Khepas. Kh-Ay. Clarín arcaico.

Kunturina. Neo. De águila, aquilino; de Kuntur, kunturina o kunturinu.

Kharkiento. Plb. Mugriento, áspero.

Khamayok. Kh. Jefe político de las centurias inkásikas. Semántica posible: el que induce, o anima, al grupo humano.

Khirkhi. Kh-Ay. Charango, cuya caja se obtiene del caparazón del armadillo, o Khirchinchu. Su cordaje es predominantemente metálico.

Khero. Kh. Crátera sagrada destinada a libaciones de chicha en el rito solar.

Khantutas. Kh-Ay. Arbusto frondoso, cuya flor, roja, amarilla, tricolor, fue heráldica del Inka. Campánula, especie de fucsia.

Khiswaris. Kh-Ay. Arbol frondoso de la familia del Kholli (olivo silvestre). Soporta alturas que van de los 4000 m. sobre el nivel del mar.

Khan... kha. Kh-Ay. Neo. Khankha, es el gringo, piel de zanahoria. Khan... kha: Khan, el rubicundo.

Khañawal. Hib. Kh-Ay. Campo de kheñawa.

Khomer-khenti. Kh-Ay. Pajarillo verde: Picaflor. En onírica indígena, el alma.

Khaitu. Ay-Kh. Hilo de lana.

Khepi. Kh-Ay. Atado que se lleva a la espalda, y que el runahakhe, noble, o no, debía llevar para comparecer ante el Inka.

Khatekhates. Kh-Ay. Diablejos maléficos del mundo indio. Duendes.

Khatawi-api. Ay. Mazamorra de quinua con cal. Poderosísimo recalificante.

Kharisiri. Kh-Ay. Mito colonial. El duende blanco.

Khankhata. Ay. Ave del Titikaka de plumaje blanco sucio.

Khesana. Kh-Ay. Velamen de totora de la balsa lacustre, de forma cuadrangular.

Khisimiras. Ay. Hormigas.

Kuraka. Reyezuelo preinkásiko.

Kurumpila. Avecilla canora de bello plumaje cardenalicio.

Khillay. Kh. Neo. Difusión de luz lunar.

Kañari. Individuo del gentilicio de los Kañaris.

Kunturkanki. Kh. Patronímico, del linaje del Kuntur.

Khoñichi. Ay. Aguardiente hervido, por tanto, colonial, destinado a relajar la sedencia alcohólica.

Kutimpus. Kh. Pertenecientes al área arqueológica, apenas conocida, de Kutimpu, en la altipampa del Titikaka.

Kakacampana. Kh. Neo. La campana del excremento

Khala-campana. Kh. Hib. Campana de piedra.

Khakhau. Kh. acaso Hib. Expresión de dolor. En ese caso, indianización de la M... hispana.

Khillacheos. Kh. Neo. Juegos de luz lunar.

Kunas. Ay. Qué me quieres.

Kiuchaska. Kh. Dolencias del corazón en las sintomatologías del Kholli. Se ha asustado el niño, y hasta el adulto; se les dio vuelta el corazón. En la realidad, dolencias del alma.

Khamiri. Ay. Hib. Ricachón.

Kheche-kheche. Pajarillo andino. Sentido plebeyo: diarreicos.

Kimsa. Ay. Tres, numeral.

Khonkhachi. Ay. Khon, trueno; Khachi, sal. Ayllu aymara de la pampa lacustre. La trinidad Khon-Tiksi, Wirakhocha, que achacan los frailes al indio, acaso sobre informes intencionalmente falsos de éste, no resiste el más leve análisis semántico.

Khespiña. Kh. Neo. Mujer refulgente por altiva y fecunda.

Kukani. Kh-Ay. Dícese hoy del que trafica con las hojas de coca. Debió entenderse el que las mastica por hábito; ya que no se le llamaría cocanista ni cocainómano.

Koo-khena. Ay. El hombre con cabeza de llamo. Mito ganadero. Acaso de origen sumerio, si el parecido con el Asvinus es sorprendente.

Khumunta. Ay. Producción de la hacienda criollo-mestiza, transportada a lomo de bestia humana. El Inka empleaba para tales menesteres lomo de hombres.

Khellkheres. Kh-Ay. Expresión india peyorativa por escritores, escribanos, plumarios, en suma.

Koya. Kh. Emperatriz inkásika.

Khara-wayus, Khalawayus, Carabayas. Kh. Ay. Del gentilicio de los Kharas, hombres blancos del pasado legendario.

Kancharani. Kh-Ay. Toponimia. La montaña de las canchas.

Khipu. Kh. Contabilidad y mnemotenia en trencillas de colores, usada por los Inkas.

Khapak-raimi. Kh. La mayor fiesta solar.

Khochamama. Kh. Madre de océano y de lagos.

Khenti-punku. Kh. En el monasterio de la Isla del Sol, sg. Ramos Gavilán, la entrada del pajarillo. Neo. la puerta de los gorjeos.

Khenchuda. Plb. Ay-Kh. Malagüero.

Khoas. Ay. Vegetal silvestre, probablemente de la familia del absintio. Su perfume sedante es antiséptico, y estima el Laykha que ahuyenta al Duende malo.

Khollus. Ay. Cerros.

Khaspuñaba. Ay. Forma Neo. Mordía.

Kharkosa. Ay. Plb. Híspido y, también, mugriento.

Kota-anu. Ay. Perro del lago, ave.

Khellu-pallasiri. Ay. Mendigo rubio.

Khellu-pekhe-hisañu. Ay. Hisañu (oca) de cabeza de gringo.

Khitula. Ay. Tortolica.

Kharajuska, o Karrajuskha, Karrajus. Neo. Carajo.

Khetimbos. Plb. Corcoveos.

Khorikancha. Kh. La cancha de oro. Basílica máxima del culto heliotárquico.

Khurmi. Kh-Ay. Arco Iris.

Khantati-ururi. Ay. Lucero de la mañana.

Kaniba. Ciudadano de Kanidia, o Canibalópolis. Kaniba el hijo de Kanidia. Neo.

Kuiku. Kh. clásico. Aborigen, nativo, indio.

Khana-mama. Ay. Madre luz.

Khawrólatras. Neo. Ay. Hib. Los que rinden adoración al llamo.

Khalapata, o Kalapata, Kh-Ay. Plb. Tan miserable que no tiene ni para zapatos y camina sin ellos. Se aplica al niño de la plebe depauperada, supuesto hay otra enriquecida.

Kukita. Hib. Plb. que transparenta la ternura que inspira la hoja de coca, consuelo de hambrientos y afligidos.

Kaukis-markaru. Ay. Cuál tu pueblo; o de qué pueblo eres.

Khenas. Kh-Ay. Flautas de cañahueca.

Khawsa. Kh. Vianda que se prepara con rajas de ají verde, tomate, "colas" de cebolla y pedazos de criadilla, hervidos.

Khiños. Plb. El hombre propina mojicones; la mujer debe dar khiños.

Khori. Kh-Ay. Oro.

Khuchina. Plb. indio: cochina, sucia, atrevida, descocada, etc.
Khusillu. Kh-Ay. Mico.
Khipólogos, o Khipógrafos. Especialistas en el conocimiento y "escritura" del khipu.
Khurpas. Kh. Terrones que deja el barbecho.
Khenayas. Ay. Nubes de lluvia.
Kancha. Kh. Espacio verde delimitado; cualquier explanada marcada por un cerco; los campos del Waraku, o competencias atlético militares.
Khorekhenkhe. Ave Fénix del Inka. Semántica perdida. ¿Fue el Khorí-hakhe: el habitante de oro? Era lanzado hacia el Sol en la gran festividad de la Kapak-Raimi.
Khala-rumi. Neo. Ay-Kh. piedra-piedra.
Khachina. Plb. Bolitas de cuarzo o carbonato de cal.
Kollke turitu imill guaguanqui. Ay. El torito de plata es de mi hijita maltona.

L

Larama. Ay. Azul.
Laykha-pillu. Ay. Corona del brujo. Constelación la Corona Austral.
Laykhalogía. Neo. Ciencia del brujo.
Locro. Vianda mochica. Mazamorra de patata o maíz.
Liwlitu. Uru Neo. Amariposado. Liwlay: mariposa de los totorales.
La pupa de la vaca. Plb. Maver: ¿cuál la parte más ternurosa de la madre vaca? Eso la pupa.
Lakhato. Ay. Gusano de sementera. Lakhos, gusanos en general. Lakhatillo. Dim. Hib.
Lawa. Kh-Ay. Hucha. Mazamorra de chuño, maíz, trigo, etc.
Lekhelekhe. Ay. Terotero.
Linlichada. Plb. Linlichá es la chiquilla cabeza a pájaros; y linlichadas sus coqueteos y demás.
Lampapampa. Kh. Superficie cabrillante del lago.
Laykha-khuchi. Ay. El cerdo brujo.
Laykhadermos. Neo. Brujos expertos en pirografía y tatuajes del hijo del Titikaka.

Liwis. Kh-Ay. Zurriagos.

Langrón. Hib. indio. Ladrón el ladrón; pero "langrón", el que roba al indio.

Laykhakuy. Superficialmente el embolismo del brujo. Neo. Caminos de acción de la voluntad mágica.

Locumbas. Famosos aguardientes moqueguanos del valle de Locumba.

Lupakhas. Hib. de Lupi-hakhes, del gentilicio solar. Grupo étnico que constituye lo más jerárquico del pueblo aymara.

Ladriloquia. Neo. caninólogo: la oración del perro.

Lakos. Kh. Helechos lacustres.

LL

Llata. Kh. Jofaina de greda.

Llakllas. Ay. Parlanchinas, habladoras.

Llatan. Kh. Ají molido.

Llokhellos. Plb. Ay. Deformación de yokhas, hijos. Dícese de todo muchacho.

Lluthu. Ay. Perdiz.

Llama-ñawi. Ojos del llamo en la Vía Láctea. Kh.; Khawra-ñaira, Ay. Constelación El Centauro.

Lluskha. Kh. Plb. Lucio, resobado.

Lliwllij. Ay. Relampagueo.

Llokhenea. Kh. Forma Hib. Rema.

Llautu. Kh. Distintivo heráldico del Inka.

Llameritokuyunkuyun. Baile uru al són de rústicos violines. Es el uru que abandonó el lago y se hizo ganadero, criador de llamos.

Llokhellan-guagua. Ay. El muchacho a punto de la pubertad.

Llukta. Ay.; Llipta, Kh. Sulfato de sosa, obtenido de la carbonización de tallos de quinua, y se emplea para mezclar la coca a tiempo de masticarla y extraerle así las ricas sustancias nutritivas que posee en grado tan eminente.

Lloklla. Kh-Ay. Riacho bullidor.

Llahjwan. Ay. Lamen.

Llachus. Kh-Ay. Helechos lacustres.

M

Mamanis. Kh. Patronímico. Aguiluchos.

Mukhu. Kh. Masa de maíz obtenida de la masticación y se destina a "chicha de mukhu", de alta calidad.

Mankhas. Kh. Comidas. Manca, olla.

Mochas, Mochadas, Mochar. Kh. genuflexiones ante el Sol y el Inka.

Mama-Oklo. Esposa legendaria del primer legendario Inka, Manko Khapak, menos individuo cuanto ciclo histórico.

Mayku-Kunturi. Ay. Capitán, o principal de los cóndores.

Mecha-chuhwas. Plb. Hib. La vela de plato. Palmatoria, con más propiedad.

Mekhalas. Ay. El Duende maléfico.

Miskhi-tullu. Kh-Ay. Hueso dulce, endeble.

Mithanis. Kh-Ay. Niñas, o jóvenes, que prestaban servicios gratuitos, también con las manos, a Curas y encomenderos, y a sus descendientes, por turno semanal. "Semaneras".

Maistro. Plb. Maestro.

Maya. Uno, numeral, Ay.

Mosonis. Hib. indígena. Jóvenes en plena varonía.

Makhanas. Kh. Maza de guerra.

Mamita-Wirgina. Hib. indio: Madrecita virgen. Infiere a María, esposa del carpintero José.

Mamaja. Ay. Mi madre, con fervor, ternura instintiva.

Mismito. Plb. Idéntico hasta la mismidad.

Morokhokho. Ay. Membrillo. Se aplica a los senos de la mujer núbil.

Mokhetos. Ay. Retacones; enanismo.

Mamalay. Kh-Ay. Mi madrecita.

Mama-hupa. Ay. Madre-quinua.

Maver. Hib. A ver. Su expresividad muy mayor, pues ma-ver se dice cuando se exige demostración objetiva. "Maver; papelito-jabla".

Mahaña. Kh. Harpón para la pesca de challwas.

Missi. Kh-Ay. Morrongo, gato casero.

Mauris. Pez del lago, de la fam. del Suchi, muy más pequeño. Siluros, acaso, de agua dulce. Son eminentemente fluviales.

Moksa. Ay. Almíbar.

Mañasa. Femenino de mañaso.

Magre. Plb. Madre.

Musiña. Kh. Casa habitación.

Mamakuna. Kh. Abadesa de las Vírgenes del Sol.

Misikus. Kh. Florecilla reptante, polisépala, cuyos vivos tonos áureos matizan inmensas explanadas de las pampas lacustres.

Mokhontullus. Kh-Ay. Sancochados de carne de cerdo. Literal: nudos del hueso.

¡Mantánima, achachi guagua! Formas neo. ¡Adelante, niño viejo!...

Mayku-Khori-Puma. Formas neo. de, como la anterior, EL PEZ DE ORO. Capitán, o jerarca, de los Pumas áureos.

Muru-muru. Ay.; Chekche, Kh. Piel moteada; y otro tanto el plumón.

Mistisa, Misticho. Hib. Y de ahí misti: cruzado de indio y español.

Mitmak, o Minkha. Kh. Institución de servicios personales prestados al Estado, por turnos, en las minas y la agricultura. Involucra el traslado de poblaciones con criterio ya económico, ya político.

Mama-Khilla. Kh. Luna madre. Deidad matriarcal de la Preamérica.

Markamasi. Ay. Plb. Habitante de la ciudad, ciudadano, y, más propio, poblano.

Mallkis. Ay, Los manes gentilicios, cuya presencia se concita en beneficio de intereses colectivos.

Mariaja. Hib. Ay. María, que así se nombra ahora a la Madre célica; y tanto vale decirla mamaja.

Mamita-thosankheyu. Kh. Saliva de la madre. Salivilla, azulina y odorante florecilla silvestre.

Mamata. Ay. Mama-chokhe, madre papa. Mito sexual que relaciona la vida del hombre y la del fruto vegetal.

N

¡Ni! Kh-Ay. No; nada; ni pizca.

Nadies. Plb. indígena. Pluralización del "ego", que responde al sentimiento de colectividad del pueblo indígena.

Nina-ninas. Ay-Kh. Chisporroteos, fuegos fatuos, luciérnagas.

Nazca. Del área cultural de ése nombre; lo relativo a ella.

Nayana. Ay. Neo. Naya, yo; Kh. yana, negro. "Ego" nocturno.
Nayaha. Ay. Mi yo; yo soy.

Ñ

Ñoka-guaguay. Kh. Yo criaturita.
Ñuthu. Kh. Pulverizado; lo que se tira por inservible.
Ñerdean. Plb. indígena. Forma neo. emporcan.
Ña phara hamunki. Kh. Viene la lluvia.
Ñuñu. Ay. Teta, pezón; ñuñuña, lacta; ñuñué, lacté.

O

Orejón. Orejona. Como a los viejos lamas búdicos, distinguían a los Inkas las enormes orejas, particularidad de carácter numinoso.
Opa, Kh-Ay. mudo, estólido, tonto.
Oherani. Ay. Literal: lugar de olas; movidos deltas del Titikaka.
Orakhe. Ay. Tierra labrantía.
Oka-mama. Kh-Ay. Madre-Oka.
Oyukitus. Kh. Vianda de papalisa (tubérculo) que se prepara con charqui y arroz.
Osles. Kh-Ay. Avecilla palmípeda, amante, conforme al folklore indio infantil, de los frutos del cercado ajeno.
Orkhos. Kh-Ay. Montañas, y, también, varones, machos.
Okchichi. Uru. Cerdo.
Okllada. Ay-Kh. Incubación.
Okali. Kh-Ay. Campo de okas.

P

Parewanas, o Pariwanas. Kh-Ay. Flamencos.
Paksi-mama. Ay. Madre Luna.
Pako-Achachila. Kh-Ay. Causa de todos los maleficios. El brujo fríamente poderoso; a quien asisten los Makalas.
Pichitankas. Kh. Pajarillos de plumaje amarillo fúgido.
Puiskhar. Kh-Ay. Hilar en la puiskha o huso.

Pampa-kota. Kh. La parte grande del lago.

Phanas. Ay. Pato lacustre.

Phusas. Kh-Ay. Zampoñas; phusar, tañer.

Pinkhollo, pinkullu, pinkillo. Kh-Ay. Flautines de cañahueca.

Purkiria. Plb. indígena. Porquería.

Pikchu. Kh. Bola de coca que macera en la boca. Pikchada, Hib. Masticada.

Pako-pakos. Pasto venenoso para algunos animales.

Puku-puku. Kh. Mochuelo.

Pako-wikuñas. Kh. Híbrido de pako y vicuña.

Phasña. Kh. Jovencita y niña en general.

Papay. Hib. indígena. Mi padre.

Phuyu-ojo. Hib. Kh. Ojo de agua.

Padre-Inka-Tiutiu. Hib. Neo. Padre, rey y pajarillo.

Phuti. Kh-Ay. Papa a medio helar, sancochada, con una raja de queso, granos de anís, etc.

Phullus. Kh-Ay. Mantas o cobijas.

Palito. Plb. indio: Pablito.

Pogre. Plb. Indio: pobre.

Phorekhas. Ay-Kh. Papa harinosa.

Pacha-Khamak. Kh. Fluido que anima.

Pukllay. Kh. Manoseo erótico. Jugar.

Pisakha. Kh. Perdiz.

Pukina. Lengua del nazca.

Paskhañero. Kh. Neo. El que conduce la paskhana. Hotelero del camino.

Pututu. Kh-Ay. Cuerno, caracola de guerra; pututear, tocar el pututu; pututazo. Neo. grito de guerra, retumbo.

Phusaremos. Ay. Neo. Doble sentido: haremos leche, la succionaremos del pezón; mas, así mismo, tañiremos en él.

Palla. Mujer de noble sangre inkásika.

Puno manta. Kh. Soy de Puno.

Paka-thusa. Kh. Cuerpo de la balsa (de totora) comprendido entre babor y estribor.

Phutu-phutu. Ay. Choza destinada a la vigilancia de los sembríos. Phutu, nido humano de forma ovoidal; phutu-phutu, nidadas del hombre.

Puñuska llaktapi hatum khapari. Kh. Un grito enorme en la ciudad dormida.

Pu... ñuykita. Kh. Me voy a dormir.

Palomay. Hib. Mi palomita. Palomitay.

Phayis. Ay. Neblinas, marejadas nubosas que suben de las selvas.

Perkha. Pirca. Kh-Ay. Cerco de piedras superpuestas y sin labrar.

Punkhu. Kh. Puerta. Pongo, Hib. celador de la puerta.

Pacha-tata. Hib. católico del Padre Eterno.

Pichikhas. Kh-Ay. Primeras trencillas que se hacen en la cabellera de la niña.

Pukareño. Hib. Kh. De la zona de Pucará. Neo. Color rojizo, rojo sangre seca y tierra germinal.

Paya. Ay. Dos, numeral.

Puma-yunta. Ay. Pareja de Pumas. Constelación Géminis.

Pallapa. Hib. Limosnea. Ay. Rebusca, Terminadas las cosechas todos los frutos que en los surcos quedan, pasan a beneficio de la comunidad, y el dueño del terreno pierde derecho sobre ellos. Son dones de la tierra que legalizó el Inka en beneficio humano.

Pakhe-Khawra-Khollo. Ay. Colina con cabeza de llamo.

Pollkhos. Polcos. Plb. Calceta de tejido basto y suave.

Phekhañas. Ay. Piedras; mas piedras para la molienda de granos mediante frote.

Puma-kota. Ay. Toponimia. El Puma del lago.

Pakho-chupikas. Ay. Color azafranado, yema de huevo.

R

Runa-simi. Kh. Lengua del hombre gentilicia.

Rumi. Kh. Piedra.

Rukhi, Kh.; Luki, Ay. Papa vidriosa, rica en sustancias nutritivas.

Redepente. Hib. Más cinético que derrepente. Lo mismo que Redama por derramar; mas no la derrama, tributación o exacción, que se ejercita sobre las indiadas.

Riuriu. Voz onomatopéyica del movimiento giratorio de un disco de hojalata mediante distenciones y contracciones de la cuerda, centrada en él por dos orificios. Juego infantil.

Runa-challwa. Kh. Neo. El pez-hombre.

S

Sikhu. Ay. Zampoña.

Sunichu. Ay. Hijo del Suni, o nevado.

Sakha. Kh. Chullo, Ay. Las raíces dulcetes de la totora.

"Suas manos". Plb. Neo. del latín. Suhwas, Kh., ladronas.

Sipongo. Forma Neo. de Zipango, punto de la India a que se dirigía Colón cuando tropezó con América. "Pongo", mono antroipoide de las Antillas y del esclavo andino.

Sullu-nayaha. Ay. Neo. Soy el no nacido, el Duende.

Sintakhanas. Ay. Hib. Literal: Hilos de la luz. Baile agrario y fálico; descomposición del espectro solar alrededor del miembro viril.

Sirpa. Ay. Espíritus de la montaña.

Senkhapa. Kh. Bozal.

Supaya. Kh., lo mismo Supay, Hib. Supayita, Supayis, el diablo o los endiablados.

Sonso. Plb. Zonzo; sunsun-sunsun, Hib. tontonazo.

Suyu. Kh. Cada una de las cuatro repúblicas que integraban el Imperio de los Inkas.

Sekhe. Ay.; Kh. Pirwas. Espuertas, depósitos de productos de la tierra.

Sunchu. Planta de flores centifolias, amarillas, que invaden los rústicos cementerios andinos.

Saksaiwaman. Kh. La mayor fortaleza militar, por su concepción y monumentalidad, construida por el hombre en todos los tiempos.

Sufá. Plb. Sofá.

Sorokchi. Kh-Ay. Fatiga de la altura.

Sapallas. Patronímico. Reyezuelos lupakas.

Suntur-wasi. Kh. El palacio de los palacios, primoroso, mirífico; habitación del Inka.

Soknas. Uru, patillos.

Schokha. Ave del lago de negro plumaje y carne negrusca, más en extremo agradable. No es palmípeda. De psicología inconfundible.

Shyris. Linaje de los indios de Quito. Nucleo mitimae de ellos pudo transformarse en los Chiris de Puno.

Sonkho. Kh. Corazón. Sonkhoimi, se dice a la mujer adorada, o viceversa. Estás en mi corazón o eres mi corazón. La madre al hijo.

Sankhayu. Kh-Ay. Cacto en forma de khallampa, adherido a la roca o en terrenos pedregosos. Sus flores, rojas o amarillas, son de vivísimo color. Su fruto, acuoso, aunque flemudo, codicia del niño indio.

Sutuwaillas. Ay. Lagartijas.

Sacha-runá. Kh. El hombre del árbol.

Siwi. Ay. Gallinazo. Siwi-khara el gallinazo blanco, acaso, para el indio, el Conquistador de América.

Sumak-llakta. Kh. La ciudad que sabe en el gusto del hombre, el Khoskho, Capital del Tawantinsuyu.

¡Saj-saj! Voz onomatopéyica del roce de las sandalias (usutas) en el camino soledoso.

Semos. Arcaísmo hispano que permanece entre los hibridismos del mestizo. Somos.

Sinberbenza. Hib. indio. Sin vergüenza.

Soktapichu. Cigarrillos de a seis por medio, lo más ruin en tabacos, que se elaboran especialmente para el indio.

Schirmuya. Ay. Chirimoya.

Sintillapinta. Hib. Literal sería el cintillo que da carácter, valor, al sombrero. Pero hay personas que llevan cintillo y no sombrero. Término despectivo y, no obstante, más gracioso que dañino.

Sehesua. Neo. Ladrón, saqueador de sehes, espartos. Semejante al hermético Joshua.

T

Thikchan. Kh. Intraducible. Acción de impeler –papirotazo– el chocho de cristal o kachina, disparando el dedo pulgar sobre él, del arco que forma con el mayor. El juego –importado– se llama el de las bolitas.

Tata. Kh-Ay. Señor; tatakú, Señor Indio; tatalay, al padre o anciano gentilicio; tatito, Hib. parroquial con que se designa a Dios. Tata, posteriormente se llamó al progenitor.

Tapha. Kh. Nido de pajarillo.

Thampas. Kh. Greñas.

Trankhaña. Hib. Trancazo del portillo del uyu, o corral, deheza.

Theskho. Kh. Saltamontes.

Thokhe. Inteligentísimo palmípedo del Titikaka.

Tukuyrikuy. Kh. El Argos, el que todo lo ve. Autoridad inkásika. El veedor.

Tari. Ay. Mantelete de finísimo tejido muchas veces; se emplea para echar las hojas de coca en las mancias del Laykha, menos brujo, cuanto sacerdote de la **Mama-Kuka**, Madre Coca.

Tatakora. Hib. indio. Señor Cura.

Tokpina. Kh. Soplete con que se aviva el fogón.

Taruka. Antílope, o de su familia. Hib. Tarukita, se aplica a la jovencita india, vivaz y grácil como ella.

Thusa-phusiri. Neo. La barquichuela que tañe.

Thikhis. Las malas pulgas de Benvenuto, bonete de Cardenal, diplomático como el mejor Richelieu, avecilla de los totorales, por la hopalanda, soldado de Iñigo, y hasta por las maquiavélicas bribonerías.

Tawaku. Ay. La indiecita a quien se le han hinchado los senos y los labios. Hib. tawakitu.

Takia. Kh. Excremento de llamo que se empleaba de combustible.

Tokaña. Ay. Canción.

Thantoso. Hib. Harapiento.

Thayas, o Tayas. Ay. Viento; Kh. Wayra.

Tutuma. Kh. Poro de calabaza que se emplea para trasegar la chicha.

Tokras. Kh. Terrones.

Thaya-chokhollos. Ay. Neo. Perros del viento.

Thantha. Kh-Ay. Pan; Thantha-Guagua, creatura. El niño de pan. Ofrenda de los niños a los muertos en Todos Santos, a quienes acuden con sus juguetes.

Thukhus. Ay. Kh. Buhos.

Taklla. Kh. Arado de mano; lo más arcaico en artefactos agrícolas.

Thayacha. Ay. Dícese de la oka hervida, puesta al relente. Hib. el que se hiela: thayachea. Y se hiela de miedo, de pasión, etc.

Thinkha. Kh. Tributar a los Duendes en la tierra las primicias de sus frutos, antes de paladearlos.

Tiola. Hib. indígena. Hermano o hermana de los padres.

Tamién. Plb. También.

Tiana. Kh. Palanquín de oro en que era conducido el Inka a hombros de sus Capitanes.

U

Ultraórbicas. Neo. Más allá de las órbitas estelares; es decir, "en acá".

Uma. Ay. Agua; Kh. Cabeza. Uma-mama, madre agua; Wilakuma, Cabeza de sangre.

Ulaka. Ay. Consejo gentilicio de gobierno; Khutisi, Kh.

Uchate. Instrumento que emplean los "salvajes" del Amazonas para el desfloramiento de las vírgenes.

Umantos. Kh-Ay. Pez lacustre, Orestias gigante.

Ukhumari. Kh-Ay. Oso.

Uspa-khuchu. Kh. Kuchu, cenizal, o echadero de desperdicios. Uspa, libélula que vive en los cenizales.

Untu. Kh. Sebos del hígado.

Uchukhaspa. Coleóptero cuya caparazón recuerda al ají tostado.

Urus. Hombres del lago, arcaica familia étnica de primitividad adánica.

Unku. Especie de coselete de burdo tejido que usan los balseros para protegerse del frío y del agua.

Uka. Kh-Ay. Oca, tubérculo dulcete.

V

Visaré. Plb. indígena: avisaré.

Ventrífago. Neo. El hombre que ha aislado las funciones ventrales, las que se realizan en sí y en cuanto sí.

W

Warikollo. Ay. Llámase así, sin que se descubran razones, la flor de la totora.

Wasintin. La sociología peruana habla de una casa colectiva en la era preinkásika, de promiscuidad: la Wasintin: casa de todos.

Wikhuña: Kh.; Ay. Wari. Auquénido de dorado vellón y fina y atlética musculatura. Apenas domesticada.

Wilamaywas. Ay. Amapolas.

Werakhochas, Wirakhocha. Kh. La grasa de los mares; nombre de dios barbudo; deidad de la lluvia, y que finalmente los indios aplicaron al español generoso, a causa de las barbas.

Wara-wara. Ay. Estrellas; Warawarani, el piélagos estelar.

Wakas. Hib. Vacas. Wakha, Kh., lo que es una superación de la naturaleza. Fenomenal.

Waksallu. Kh.; Wakhana, Ay., especie de Pájaro bobo; sinónimo de sabio tonto.

Wankharas. Kh. Tambores.

Wakatay. Kh. Planta estomacal, odorante; se emplea en la preparación de viandas.

Wiskus. Ay. Sandalias; aplícase a los zapatos.

Waynitus. Kh. Hib. Jovencitos.

Wayñusiña. Ay. Tiempo de wayñu.

Wiphando. Hib. Resollando como una bandera.

Wiphalitay. Ay. Hib. Mi bandera; bandera de mi sangre, si se ve a su sentido entrañable.

Wakchitu. Kh-Ay. Hib. Huerfanito. El que no tiene pareja en el mundo. **Wakchar,** caer huérfano, mendigar.

Wachalomo. Hib. Filetes del ovino.

Wiskhacha. Kh-Ay. Roedor silvestre de la familia del conejo de Castilla.

Wali, waliki. Ay. Bien; muy bien.

Waspearte. Hib. Observarte, atisbarte.

Waksapata. Ay. Toponimia. Altosano anfructuoso. Neo. Fragores de la piedra.

Watia. Kh. Asado en horno que se practica en la tierra.

Wakhaycholo. Hib. El aguardiente; lo que obliga a llorar al cholo. Wakhaicholear, embriagarse, ir de parranda.

Wata. Kh-Ay, Isla.

Walatha, Wallata, corpuda ave del Titikaka de plumaje blanco. Especie de ganso.

Warmi-munachi. Kh. Sortilegios del Laykha para provocar el enamoramiento; la mujer se disponga a corresponder de amores o el hombre enloquezca por la mujer.

Wakra-wiswi. Kh. Neo. Cuerno sucio, el del cornudo y el del Wakhatokhori.

Wiphala-takhata. Bandera que ondea. Constelación: la Cabellera de Berenice.

Wakatokori. Hib. Baile mímico, compra venta del ovino y que ridiculiza a abogados y tinterillos.

Wawaku. Kh. Mitografía de la pestilencia de los pantanos.

Wincha. Kh. Anillo de oro que se tocaba el Inka, signo de realeza.

Wara-wara-chipa. Ay. Atado de estrellas. Constelación El Tucán.

Wilathika. Kh. Flor de sangre. Neo. Wilakrusata, cruces de sangre.

Walteado. Hib. Kh. Envolver en pañales al niño, privándole de todo movimiento. Tradicional hábito de la madre india, que ha heredado la mestiza.

Warayok. Hib. Portador de la vara por las autoridades españolas; degeneración colonial del Khamayok.

Y

Yauri. Un áspid. Se lo da al aguja del arriero.

Yau. Kh-Ay. Oyeme; o ven.

Yanatata. Kh. Neo. Padre negro.

Yoka, yokay. Ay. Hijo, hijo mío.

Yuyu. Kh-Ay. Hoja de quinua del primer brote.

Yokha-tata. Ay. Neo. El hijo es el padre.

Yarakhaquea. Plb. Neo. Grazna o pitea a manera del Yarakaka (Akhakllu): ¡Yarakakaka!...

OTRAS VOCES: A las anteriores agregaremos las que enseguida se consignan, y que al elaborar el Guión, pareciéronnos innecesarias. Así, p. e.:

Auricanoras. Es un neologismo, hasta donde alcanzamos, y dice tanto como cantares de oro. Lo mismo aurilácteo: leche de oro, etc.

Hallugritos. En Ay. Hallu es pene; pero en el neologismo se toma como gritos viriles; que no podrá reprocharse por su propiedad.

Paksitarkismo. Literalmente, gobierno lunar. Cuando la sociología sea menos racionalista, y sí más genética, se entenderá la Paksitarkía aymara (Paksi, luna) como régimen presolar, esto es, vulvar, prevaronil.

Runa-hakhes. Runa y Hakhe, Ay. y Kh. gente, individuo gentilicio. La fusión de ambas voces en el sentido de EL PEZ DE ORO persigue la unidad de aymaras y kheswas como elementos vertebrales del inkaísmo.

Achachiauki. En puridad, el auki es el provecto; en Ay., con cierta naturaleza de numen, una como forma antropológica del espíritu de la montaña: el Achachila.

Ananau. Kh. Rigurosamente intraducible; tiene dos sentidos. Uno por el que se encarece algo por muy bonito; otro sarcástico, que denota lo inaceptable. Así, quien ofrece un negocio en que todas las ventajas están de su parte, oirá que se le dice: ¡Ananau!... Y eso quiere decir: qué lindo; todas son granjerías para usted.

Hakhe-challwa. Ay-Kh. Hombre-pezu.

Khachinaba. Kh. La barquichuela de totora del nauta del Titikaka es impelida por el viento; pero cuando éste se amaina se le induce, haciendo de la ñokheña, o remo, que no es propiamente, especie de báscula que importa modo de remar. A tal forma de debilísima impulsión se llama khachinar.

ÍNDICE

	Pág.
HOMILÍA DEL KHORI-CHALLWA	5
Alzamiento de los Pizarros	34
Encrucijada del Ego	36
Radiografías del Cáncer	38
Germinación como Estética	41
La Caverna	49
EL PEZ DE ORO	54
Paralipómeno Orko-Pata	99
Khorí Khellkhata Khorí-Challwa	157
PACHA MAMA	172
ESPAÑOLADAS	202
PUEBLOS DE PIEDRA	224
Hañachu	228
Los Sapos	229
La Zorra Tonta	230
Wirakhocha y su Diluvio	231
Piruetas del Chullpa-tullu	245
Pekhe Khawra Kollo	248
MAMA KUKA	255
El Facitol	274
Pastoral del Allkhamari	279
Sincretismo	284
Crucifixión del Chullpa-tullu	285
PURO ANDAR	316
LOS SAPOS NENGROS	399
El Sapo Negro y el Khawra	417
El Vuelo de El Pez de Oro	423
La Batalla del Sapo	430
Del Sapo Nengro a los Sapos Blancos	439
THUMOS	447
El Ego en el Mundo Primitivo	470
MORIR DE AMERICA	502

El Sueño de un Vidrio	520
La Khorí-Wasi	533
El Príncipe Revolucionario	572
Lírica del Khorí-Challwa	575
Imperio y Anficiónía	577
Hablo al Poeta Soberbio	582
Sin Mancha de Pecado Original	583
Echad al Carcelero de la Cárcel	586
Causas y Efectos	590
La Rebelión del Lodo	594
No seas buscador	597
Salterios del Khorí-Puma	599
¡El Wawaku! ¡El Wawaku!	600
Hacia el Inka	602
La Batalla del Espanto	604
La Sirena del Laykha-Khota, Madre de El Pez de Oro	683
Arenga del Inka	634
EL PEZ DE ORO	643
GUIÓN LEXICOGRÁFICO	652